PEDRO FEIJOO

VERSATIL thriller

LA MEMORIA DE LA LLUVIA

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Título original: *A memoria da choiva*

© 2016: Pedro Feijoo

Diseño cubierta/Fotomontaje: Eva Olaya
Fotografías cubierta @Shutterstock
1ª edición: enero 2016

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:
© 2016: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601. Planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com
ISBN: 978-84-16580-24-8
BIC: FF
Depósito legal: B 29.519-2015
Impreso en España
2016.— Estilo Estugraf Impresores S.L.
Pol. Ind. Los Huertecillos — nave 13
28350 Ciempozuelos (Madrid)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Para Marta.
Porque el viaje no es tan divertido si no es a tu lado,
porque las sonrisas no tienen la misma luz,
y porque todas esas razones que tú y yo sabemos,
todas ésas, vienen sumando, aproximadamente,
21.

Table of Contents

Prólogo: Un entretenimiento de altura

PRIMER ACTO: LA SANGRE
-1- El psiquiatra y el clavo
-2- La vida que faltaba
-3- La escritora en la bañera
-4- Poemas ensangrentados

SEGUNDO ACTO: EL RUIDO
-5- Curiosa Sofía
-6- El árbol de la vida
-7- ¡Padrón, Padrón!
-8- Una bañera llena de letras
-9- Los hijos que tanto quería
-10- El bibliotecario de Alejandría
-11- Modus Vivendi
-12- VHS
-13- Un mar de tiempo atrás
-14- Miedo
-15- Mi padre es quien sabe de estas cosas

TERCER ACTO: EL VIENTO
-16- El oficio de dar miedo
-17- El profesor Solano
-18- Océanos de tristeza sin fin
-19- El conejo blanco
-20- El historiador y el filólogo

CUARTO ACTO: EL FUEGO
-21- Mi corazón en tus manos
-22- Los viejos que contaban historias
-23- La escalera de Jacob
-24- La ciudad es un buen marco para tus ojos
-25- Torres altas, voces que escapan

QUINTO ACTO: EL MAR
-26- No puedo dormir
-27- El lobo
-28- Mi nombre es el de todas las cosas que no son
-29- ¿Dónde está mi cabeza?
-30- Las puertas del mar

EPÍLOGO: LA LUZ

Prólogo: Un entretenimiento de altura

Se dice, y con razón, que la música amansa a las fieras. También nos enseñaron en el colegio que la letra con sangre entra. Leyendo *La memoria de la lluvia* lo comprobaréis: es más peligroso leer a Rosalía de Castro que acudir a un concierto heavy metal. Al fin y al cabo, en esos eventos todos acaban hermanados, con el mechero encendido. Pero a menudo, la pasión destructiva que despierta la literatura no tiene límites. Recordad aquella noticia reciente sobre la pelea entre dos seguidores de la filosofía de Kant. Empezaron con los puños y acabaron con pistolas. La poesía es un arma y las palabras matan.

Pedro Feijoo es una de las voces más interesantes y aclamadas de la literatura gallega; que reverbera en el resto del territorio español. Sus principales características son la palabra bien dicha, la prosa exacta, la eficacia narrativa, la limpieza en la exposición, todo ello sin salir de un planteamiento de «pasapáginas» gracias al cual los que tenemos el gusto de disfrutarla, no podemos abandonar su lectura una vez la hemos empezado. Lo más llamativo es que Feijoo es capaz de desplegar simultáneamente todas estas habilidades con soltura, como si no le costara esfuerzo.

Sumemos a estos atractivos su defensa apasionada y contagiosa de nuestra tradición literaria, esa que hemos conocido de refilón, incluso a regañadientes, en colegios e institutos. Cuántas de estas obras nos estaremos perdiendo por culpa de haber padecido unos planes de educación un tanto rígidos, una lista de lecturas obligatorias propuestas con poco entusiasmo, incluso a veces por la labor de docentes apáticos…

La memoria de la lluvia es un *thriller* que, en tiempo real y partiendo de sucesos sangrientos, nos acerca a la figura de Rosalía de Castro —emblemática poetisa española de vida oscura, cuya reivindicación en la actualidad esconde intereses cruelmente enfrentados, si nos ceñimos al argumento propuesto por Feijoo, claro—. Una cadena de asesinatos rituales llamarán la atención del periodista Aquiles Vega, siempre dispuesto a pisar charcos con tal de superar la precariedad laboral; un buscavidas, vamos. En su búsqueda de una verdad definitiva, Aquiles irá pelando las capas de una cebolla a la vez que escarba en el pasado de la poetisa, una mujer incomprendida y de vida muy amarga. Sumado al interés literario por el trabajo de la escritora está el interés humano por

conocer la trastienda de su vida, lo que nunca han contado los libros de texto y que merece una verdadera labor detectivesca para ser desvelado, ya que apenas queda nada ni nadie que sepa o recuerde lo que realmente vivió Rosalía. Finalmente, intriga criminal, indagación en el pasado y resolución de los conflictos que se plantean, casan hábilmente hasta que llega el eureka, como si Pedro Feijoo orquestara el espectáculo de un circo de tres pistas.

Tras la lectura de la novela que tenéis entre las manos, no puedo dejar de recordar a otro clásico de la novela negra española, el llorado Francisco García Pavón, que siempre tuvo como objetivo ofrecer literatura de entretenimiento con la suficiente habilidad como para retener la atención de sus lectores. Pero además, como el propio García Pavón decía, también vio imprescindible dotar de una cierta altura a sus novelas para que una vez leídas, no se nos cayeran de las manos. Cerraré estas líneas diciendo que Pedro Feijoo, salvando todas las distancias entre una época y otra, entre La Mancha de Plinio y Lotario y la Galicia actual, también escribe un entretenimiento de altura.

David G. Panadero,
director de la colección *Off Versátil*

«¡Silencio!
la mano tensa y palpitante el seno,
las nieblas en mis ojos condensadas,
con un mundo de duda en los sentidos
y un mundo de tormento en las entrañas,
sintiendo cómo luchan
en sin igual batalla,
inmortales deseos que atormentan
y rencores que matan,
mojo en la propia sangre la dura pluma
rota la vena hinchada
y escribo…, escribo…, ¿para qué? ¡Volveos
al fondo de mi alma
agitadas imágenes!
¡Id a poblar con las muertas añoranzas!
Que la trémula mano en el papel solo escriba
¡Palabras, y palabras, y palabras!
De la idea la forma pura y nítida
¿dónde quedó velada?».
Rosalía de Castro, *Follas novas* (1880)

«Toda arte verdadera es en el fondo religiosa.
Y el artista que camina por la vía de la religión explícita, las confesiones religiosas,
hace lo que tantos espíritus fuertes que se someten a formas de masoquismo:
buscan humillarse para obtener un tipo de paz dentro y recibir una bendición…».
Suso de Toro, *Botella ao mar*

«Tall buildings shake,
voices escape singing sad sad songs
tuned to chords strung down your cheeks
bitter melodies turning your orbit around».
Jeff Tweedy, *Jesus, etc.* (2002)

Muchas fueron las horas de tristeza y soledad que pasé en silencio bajo la lluvia pensando en todas estas cosas, muchas las que corrieron antes de ponerme por vez primera en pie, solo y con el cuchillo en la mano. No, mi madre no fue la mujer que todos pensabais. La voz de la nostalgia, el cantar del pueblo. ¿Una santa, incluso? Por favor… No, ella no fue tal. Mi madre fue la desgracia, la rabia y la furia hechas carne. Pero vosotros no lo sabéis, porque nunca lo habéis querido saber. Nadie sabe todavía hoy cuánto hemos tenido que pasar para llegar hasta vosotros. La ahogasteis, enterrasteis la verdad bajo un mundo de mentiras que todos disteis por buenas, porque a todos os convenía esa nueva realidad. No, no quisisteis saber, jamás os ha importado, y ahora corre por mis venas una sangre negra, dura como hierro, un río denso y viscoso de cólera y desesperación. Nunca hubiese querido yo, señor, que las cosas devinieran de tal modo hasta llegar a este punto. A este tan interesante punto en que ahora nos encontramos… Tanto sufrimiento, tanta vida derramada. Pero lo cierto es que así ha sido. Contempladlo, corre un río de sangre, mi sangre, que también fue la suya. Ya es suficiente, son horas de reclamar lo que siempre ha sido nuestro. ¿Una santa? Ahora, ahora es cuando vais a descubrir de qué madera están hechos vuestros santos. ¿Acaso cree usted que yo soy una mala persona?

¡Vosotros habéis sido unos malos hijos!

PRIMER ACTO:
LA SANGRE

«Dime tú, ser misterioso,
que en mi ser oculto moras,
sin que adivinar consiga
si eres realidad o sombra».
Aurelio Aguirre, «El murmullo de las olas»

-1-
El psiquiatra y el clavo

Martes, 7 de mayo

Andrés llamó a primera hora. «Tienes que ver esto, Aquiles, es una barbaridad. Parece un matadero, hay sangre por todas partes…», dijo. Casaperda apenas habla. Nunca demasiado, mucho menos por teléfono. Esto tiene que ser algo grave, algo serio para haberle impresionado de este modo. «Mira, chaval, no sé en qué mierda andarás metido ahora, pero si todavía tienes algún interés por recuperar tu trabajo te aconsejo que te pases por aquí. Ya».

Calle República de El Salvador. Esa cierta sensación de elegancia, casi lujo, que pretende dar el portal del número 28 no se corresponde con lo que el edificio realmente es, un montón de pisos de estudiantes, apartamentos llenos de mugre, pequeñas guaridas en las que nadie conoce a nadie, espacios todos alquilados sin demasiados miramientos a cualquier alma que tenga a bien pagar religiosamente el alquiler a primeros de cada mes.

Aprovecho el viaje en el ascensor para sacudirme el agua de la lluvia que cae a mares en la calle. No son más que tres pisos, pero el trasto tarda como si fueran treinta. Definitivamente, estoy en un edificio viejo. Por fin en el descansillo, la presencia de un agente haciendo guardia en la entrada me ayuda a identificar cuál de todas las puertas es la del 3º A. Intento volver a orientarme. ¿Cómo hice para entrar en el ascensor? Giré a la izquierda. Sí, la calle queda a mis espaldas. Deduzco pues que se trata de uno de los pisos interiores del edificio. A ver, ahora toca explicar qué demonios hago yo aquí. Me voy preparando, que ya me conozco la cantinela: «Soy Aquiles Vega. Sí, Vega, el de los marcianos, sí…». Las coñitas de siempre.

—Buenos días, señor Vega —me saluda el agente con cara de circunstancias. ¿*Señor*, yo? Espera… ¿qué pasa?—. Bueno, *buenos días* por decir algo. Tremenda salvajada, señor…

El agente me flanquea la puerta que, abierta de par en par, da directamente a un pequeño vestíbulo. Lo atravieso y me encuentro en un pasillo. Por su longitud me imagino que recorre el piso de punta a punta. En el extremo derecho, a través de su cristal translúcido una puerta entornada deja entrever un salón amplio. Desde donde estoy no se ve mucho más mobiliario que unas cuantas sillas de pala, debe de tratarse de una especie de aula improvisada,

o algo así. Por el cristal se adivinan las siluetas de varias personas enfundadas en monos de trabajo blancos dentro de la habitación. Los de la Científica. Todavía no tengo muy claro qué es lo que hago aquí. ¿Iré hacia ellos? Ya me encamino en esa dirección cuando a mis espaldas oigo una voz familiar.

—Aquiles.

El inspector Andrés Casaperda y yo nos conocemos desde hace años, tantos ya que apenas son necesarias unas pocas palabras pronunciadas entre nosotros para que nos entendamos. Ahora las cosas ya no son como antes, yo (ese animal que siempre va delante) y mi infinita capacidad para echarlo todo a perder. La última vez había metido la pata hasta el fondo, y por eso ahora mi vida estaba como estaba. Un desastre. Pero antes no era así. A pesar de lo distinto de nuestras profesiones, Andrés y yo trabajábamos bien juntos. A cambio de las posteriores exclusivas, yo le ofrecía mi particular manera de ver las cosas. Siempre he tenido mano para enfocar las situaciones de un modo diferente, para captar esos pequeños detalles a los que los demás o bien no llegan hasta un segundo después, o bien directamente no llegan nunca. Los dos sabíamos hasta donde podía alcanzar el trabajo de cada uno. Y sabíamos todavía mejor cómo complementarlos. De vez en cuando también discutíamos; nuestras maneras de llevar adelante los asuntos en común no siempre eran del agrado del otro, pero al final siempre nos entendíamos. La mayoría de las veces poco más que un gesto era suficiente para hacerlo, y no necesitábamos ningún tipo de pista para leer la importancia de cada momento en la expresión de nuestras caras. Un movimiento apenas perceptible en una ceja, y el otro ya sabía por dónde tenía que tirar.

Es justamente uno de esos sutiles ademanes el que ahora me indica que me acerque a mi compañero, quien me espera al lado de una puerta abierta en uno de los laterales del pasillo. Al llegar a su altura echo de manera casi automática un ojo al interior del cuarto del que Andrés acaba de salir. Sentada sobre un sofá de auténtica polipiel, una mujer embutida en un traje tan elegante como la propia entrada del edificio llora desconsolada sobre el hombro de otro agente que, con paciencia, intenta tomarle declaración.

—¿De quién se trata? —pregunto por todo saludo.

—¿Ella o él?

De sobra sé que *él* no se refiere al policía. Mejor ir por partes.

—Primero ella.

—Yénifer Sánchez, la mujer que ha encontrado el cuerpo. Dice que es paciente del difunto.

—¿Paciente? ¿Qué es esto, la consulta de un médico?

Andrés sonríe ligeramente.

—Vaya, ¿acaso no sabes dónde estás?

«No te imaginas en cuántos sentidos…», pienso.

—¿Y cómo leches quieres que lo sepa? Recibí tu llamada, y me he venido directo para aquí.

—Ya… Bueno, pues sí. No —Casaperda duda—. A ver, más o menos… Esto es un consultorio psicológico.

—¿Consultorio psicológico? —pregunto frunciendo el ceño—, ¿y qué coño se supone que es eso, Andrés?

El inspector se extraña de mi pregunta.

—Pues hombre, a mí me parece que está muy claro, ¿no?

—Sí, hombre, clarísimo. Tan solo te lo pregunto porque me pareces un tipo interesante y no sé cómo comenzar una charla un poco más íntima contigo… A ver, Andrés, ¿a ti qué te parece?

Al inspector Casaperda no le gusta mi cinismo.

—Pues un consultorio es… Un consultorio, Aquiles, que hay que explicártelo todo —responde con incomodidad—. Un sitio donde las personas con cierto tipo de problemas vienen a contar lo que les pasa: que si oyen voces, que si están preocupados por el fin del mundo, que si la tostadora les ha dicho que tiren al chucho del vecino por la ventana… ¡Yo qué sé, Aquiles!, todo eso, tú ya me entiendes…

—Un gabinete, Andrés, eso a lo que tú te refieres es un gabinete, una consulta, una clínica.

—Bueno —responde con desprecio Casaperda—, pues es lo mismo, ¿no?

—Pues no, no lo es. Consultorios son los que tienen los videntes, los astrólogos, y toda esa chusma…

Mierda. Andrés vuelve a sonreír al darse cuenta antes que yo de lo que acabo de decir.

—Vaya, vaya, compadre… Así que *toda esa chusma*, ¿eh? Pues mira, tú llámalo como quieras, chaval —sentencia mientras echa a andar delante de mí hacia el final del pasillo—, que aquí lo importante no es eso, sino lo que te estaba diciendo: la cosa no está clara. Tanto puede ser la querida como la propia ejecutora.

—¿La querida, dices?

—Digo. Porque, por lo menos hasta donde yo sé, las pacientes no acostumbran a tener llaves de la consulta, ¿no te parece?

—Hombre, pues *hasta donde yo sé*, los ejecutores tampoco es que acostumbren a implicarse de un modo tan rápido y, sobre todo, tan estúpido, Andrés.

—Dejémoslo por lo de ahora en querida, entonces. Quizás no tenga demasiada importancia.

—Quizás la tenga toda.

Casaperda aprieta una mueca en sus labios.

—No sé, Aquiles, yo no estaría tan seguro…

—¿Por?

—Porque, amigo mío, si esta mujer tiene algo que ver con el asunto, se trata de la mejor actriz que he visto en mi vida.

—Vaya, ¿y cómo es que tú sí puedes hablar con tanta seguridad?

Inmóvil ante la puerta al final del pasillo, Andrés me observa fijamente. Ahora mira hacia la puerta. Y otra vez a mí, de nuevo clavando sus ojos en los míos.

—Porque yo ya he estado ahí dentro, compañero.

Me encojo de hombros, no entiendo qué quiere decir.

—Espero que ya tengas hecha la digestión del desayuno.

—¿Desayuno? —pregunto rascándome la cabeza—. Pero si acabo de salir de la cama, Andrés. Y porque eras tú quien llamaba, que si no…

—¿En la cama? —El inspector Casaperda echa un vistazo a su reloj—. ¿A las once de la mañana?

—Bueno, oye —respondo con indiferencia—, tú mejor que nadie deberías saber que ciertas declaraciones no se pueden conseguir hasta bien entrada la noche.

Condescendiente, Andrés vuelve a contemplarme, meneando la cabeza arriba y abajo.

—*Ciertas declaraciones* —repite—, ya sé yo cuáles son las *declaraciones* a las que te refieres tú, desgraciado… Así que no hemos tenido desayuno, ¿eh? ¿Ni un café?

—Ni un café.

—Ya. Pues mira, mejor para ti —responde echando una mano sobre el pomo de la puerta ante la que todavía seguimos inmóviles —, porque tampoco te iba a aguantar dentro del cuerpo.

Andrés gira sobre sí mismo y abre por fin la puerta al final del pasillo. Ahí vamos…

La pieza permanece en poco más que penumbra. Tan solo dos puntos de luz iluminan la escena. Uno sobre un escritorio al fondo de la habitación. La bombilla bajo la tulipa de color verde, una mala imitación en plástico y latón de una Faro Banker, proyecta la luz justa para distinguir dos montañas de papeles mal ordenados sobre la mesa de trabajo. El otro, una vieja lámpara de pie en el centro de la estancia, es el que alumbra con más claridad la pieza. Las paredes están cubiertas por estantes repletos de libros sin orden

ni concierto aparente. Y en el centro del despacho, enfrentados, dos amplios butacones de cuero viejo, quizás algún día de color negro, hoy muy estropeado, desgastado por el uso. Como aquellos en los que Neo y Morfeo se sentaban a charlar sobre píldoras azules y píldoras rojas, los sillones le dan mucha solera a la habitación, si bien a la vista de la calidad de todos y cada uno de los demás trastos que abarrotan la estancia, lo más probable es que no se trate más que de un par de gangas rescatadas de algún Centro Reto, o de cualquier otro rastrillo de oportunidades al peso. De los dos asientos, el que se encuentra frente a nosotros está vacío. El otro no.

Es sobre este último que se recorta la silueta de una cabeza reclinada. Una mano, inmóvil, descansa en el reposabrazos izquierdo. Ahí está el cuerpo. Pero no veo toda esa sangre de la que Andrés me había hablado en su llamada…

En la pared a nuestra izquierda un gran ventanal deja pasar minúsculos rayos de luz por los huecos de una persiana destartalada, cerrada casi por completo, contra la que la lluvia, fuera, sigue cayendo con fuerza.

—Está todo sin tocar, ¿verdad?

—Así es. Nosotros solo hemos entrado para reconocer la situación. Cuando llegaron los de la Científica, uno de ellos hizo algún comentario que me llevó a pensar en ti, y decidí llamarte. Todavía están en la sala al otro lado del pasillo, esperando a que les demos el visto bueno para entrar. Prefiero que le eches un ojo tú primero, que me digas qué te parece.

¿*Algún comentario*? ¿A qué se refiere Andrés con eso de *algún comentario*? Aunque me lo puedo imaginar, sé que tampoco me lo dirá hasta que lo considere oportuno. Nunca antes. Con el cuidado aprendido en tantas otras ocasiones de no tocar ni alterar nada, avanzo hacia donde está claro que tengo que avanzar: hasta situarme frente al cadáver. Y, la verdad, ojalá nunca tal cosa hubiese hecho. Las palabras del agente que me acaba de recibir en la puerta vuelven a mí. Y comprendo. Lo que tengo ante mí es la primera de una serie de imágenes que de ahora en adelante me perseguirán en largas noches de insomnio. He ahí la sangre. Toda la sangre…

En la gran butaca de cuero ocupada se derrama el cuerpo sin vida de un hombre, completamente derrumbado sobre su asiento. Visto de frente, entiendo mejor lo intuido desde atrás. Las manos descansan con aparente naturalidad, cada una sobre un reposabrazos; no así la cabeza, amarrada contra el respaldo del sillón con cinta americana. Algo en ella, en la cinta, llama mi

atención. Parece nueva. Intacta, como si en ningún momento hubiese tenido que soportar resistencia alguna. Sin embargo, el horror que todavía se puede apreciar en los ojos del difunto, abiertos de par en par, habla del terrible sufrimiento padecido por el desgraciado. Este hombre ha sentido dolor. Muchísimo dolor. Su camisa, en un principio blanca y ahora casi por completo teñida de rojo, se abre también de par en par mostrando las formas atroces de la matanza.

—Andrés, eso que asoma por ahí abajo… Eso es el corazón, ¿verdad?

No obtengo respuesta. Tampoco la necesito. Alguien le ha abierto el pecho a este pobre fulano sin demasiados miramientos. El despojo que descansa a sus pies no es otra cosa sino su propio esternón. Así es como el camino le quedó despejado al asesino para abrirle las costillas. Efectivamente, frente al cuerpo hay sangre por todas partes. Sobre las piernas, en el suelo, bajo el sillón, en los libros frente a él… En todas partes. La autopsia tendrá que confirmar esto, pero las marcas dejadas por las fuertes salpicaduras dan a entender que la sangre todavía corría por sus venas mientras al pobre infeliz le hacían semejante atrocidad. Este tipo estaba vivo mientras alguien le abría el pecho en canal.

¿Y todo para qué? Pues para llegar al corazón. Está bastante claro que ese era el objetivo de su verdugo, pues justo ahí, hendido entre aurículas y ventrículos, es donde el asesino ha dejado algo clavado.

Una pieza de hierro.

Una especie de clavo enorme, o algo semejante, que todavía sobresale unos cuantos centímetros sobre el pecho del difunto. Un clavo de hierro de una cuarta de largo. Esto es trabajo para los de la Científica, ya ellos lo confirmarán más tarde, pero por lo pronto yo diría que se parece mucho a una de esas piezas como las que se colocaban antiguamente en las juntas de grandes estructuras metálicas, para enganchar vigas de hierro unas a otras, o tal vez como las que se utilizaban para asegurar las traviesas en las vías del tren, no sabría decir…

Sea lo que sea la pieza en cuestión, el cuadro resulta dantesco, de una violencia extrema. Extrema, y absurda. ¿Quién demonios es capaz de hacer algo tan cruel? ¿Y por qué? Quiero decir, ¿qué es lo que puede llevar a una persona a hacerle tanto mal a otro ser humano? Vuelvo a mirar el rostro de la víctima, terriblemente empapado en su propia sangre.

Ya no hay vida en esta cara. Su lugar lo ocupan los rastros de

otras emociones. Hay sufrimiento. Hay dolor en el gesto retorcido de sus labios, mucho dolor. Y miedo, sobre todo miedo. Hay un pánico atroz en la expresión de sus ojos. Miedo marcado a fuego en el fondo oscuro de sus retinas.

—Pobre hombre… ¿Sabemos ya de quién se trata?

—Sí, claro. De hecho, en realidad esta persona es la razón de que tú estés aquí. ¿Acaso no lo has reconocido aún?

La sangre sobre la cara no permite adivinar demasiados rasgos. Quizás bajo tanto desatino se esconda algún rostro conocido, pero por lo pronto…

—Pues no. ¿Debería?

—Pues sí, deberías. Por lo que me han contado, este viene siendo de tu gremio.

—¿De mi gremio? ¿Periodista?

El inspector Casaperda vuelve a sonreír.

—No, del otro. Esto que tienes delante es lo que queda del famoso Xosé Carneiro, reputado psiquiatra y, según tengo entendido, incipiente estrella mediática.

Espera, espera… No puede ser.

—¿Carneiro, has dicho? Esto… ¿Este hombre es Xosé Carneiro?

—Era. ¿Os conocíais?

Este dato le da un nuevo aire a la situación.

—No personalmente. De oídas, nada más. Pero por lo que yo sé, este tipo no era psiquiatra. El fulano se presentaba a sí mismo como psicoanalista.

Andrés me mira de reojo.

—Ya empezamos… —masculla entre dientes—. A ver, psiquiatra, psicoanalista, qué más da. Total, todo viene siendo la misma cosa, ¿no?

—Pues no. Ni mucho menos. Para empezar, un psiquiatra sí es un médico, uno especializado en dolencias mentales, mientras que el psicoanalista no lo es. De hecho, creo que ahora ya ha cambiado la cosa, pero hasta hace relativamente poco alguien que se proclamase psicoanalista ni siquiera tenía que tener estudios universitarios. Y francamente, conociendo el trabajo de este pobre miserable, hasta me sorprendería que tuviese acabada la guardería.

—A ver, Aquiles, vamos a ver si nos aclaramos… Si no te he entendido mal, los psicoanalistas son esos que se dedican a analizar lo que sueñas, y les digas lo que les digas ellos siempre te van a decir que lo que a ti te pasa es que te quieres acostar con tu madre, o con tu padre, o con todos a la vez, ¿es eso?

—Hombre…

—Vale, pues muy bien. Por lo que he oído, parece que este tipo estaba cogiendo cierta fama por algo relacionado con cierto tipo de actividades muy parecidas a esto que te estoy diciendo, ¿no es así?

Aunque parezca una pregunta, yo sé que Andrés conoce perfectamente la respuesta, no necesita que nadie le diga nada. Ahí está la relación. *Del gremio*, había dicho. La madre que lo parió…

—Efectivamente —respondo de todos modos—. Este canalla estaba haciéndose famoso por ser uno de los colaboradores habituales en los programas de «Galicia a dos lenguas».

—El canal de la gente *a la derecha de la derecha*… —confirma Casaperda.

—Bueno, es una manera de llamarlos… A mí se me ocurren unas cuantas más no aptas para el horario infantil. Me imagino que ya lo sabrás, pero el asunto es que, una vez a la semana, este tipo se dedicaba a desentrañar en antena la psique de algún personaje relevante, ya fuese de la actualidad, histórico, del famoseo… Lo que fuese, pero preferentemente del bando contrario, tú ya me entiendes. El muy imbécil hasta se atrevía a ofrecer sus propios diagnósticos psiquiátrico-forenses.

—Pero si tú mismo acabas de decir que no era psiquiatra…

—Y es que no lo era. Pero al pobre infeliz lo mismo le daba. Hacía lo que fuera necesario, lo que fuera, con tal de alcanzar una migaja más de popularidad. Y claro, como en este país lo que gusta es el mambo, raro era el caso de quien conseguía pasar con buena nota el «Informe Carneiro».

Andrés se queda por un instante contemplando el cadáver.

—¿Crees que esto podría ser obra de alguno de esos que no hubieran pasado la prueba?

—No —respondo casi al momento—, no creo que su fama llegase tan lejos… Los blancos de sus análisis solían ser nombres de mucha más altura que la de este desgraciado. Mira, para que te hagas una idea, hace un par de semanas llegó a decir en antena que el mismísimo presidente de la Xunta no era en realidad más que un desequilibrado sexual que vivía obsesionado por una supuesta competición con el vicepresidente por conseguir los favores del conselleiro de Cultura. No, no creo que se trate de eso.

—Ya veo… Pues haya sido quien haya sido, tenemos un problema. Uno de los gordos… —Casaperda vuelve a quedarse en silencio, contemplando una vez más las heridas abiertas en el cuerpo de Carneiro—. ¿Qué clase de animal hace una cosa semejante?

La pregunta hecha por el inspector queda en el aire, y mis ojos

buscan una respuesta para ella. Sabiendo que no la encontraré en el rostro del difunto, comienzo a buscarla por otra parte. Inconscientemente, vuelvo a quedarme atrapado en la contemplación de la herida abierta. Algo, sin que yo apenas lo perciba todavía, algo se revuelve en mi cabeza.

—Oye, Andrés…

«¿Qué es, qué significa esto?», me pregunto.

—Andrés, tú… Escucha, ¿a ti esto no te suena de nada? —pregunto señalando el hierro.

—No te sigo, Aquiles. ¿A qué te refieres?

Creo que ni yo mismo soy capaz de seguirme. Me froto la cara con fuerza. A ver…

—Sí, el clavo… Quiero decir, ¿por qué un clavo? ¿A qué viene esto precisamente?

—¿El clavo? Pues no lo sé, tal vez estemos tras un herrero enfadado con la televisión.

«¿El qué?», me pregunto y miro a Andrés—. Durante una décima de segundo no sé si está hablando en serio o no. No, claro que no lo está.

—No, no, Andrés. No es eso, no… —Sigo pasándome la mano con fuerza por la cabeza, mi pelo entre los dedos—. Nosotros ya conocemos esto, hay algo aquí, algo, ya…

Andrés me interrumpe de repente.

—¡Por supuesto, Aquiles, claro que lo conocemos! —pronuncia con rotundidad. «¿Sí? ¡Bien!», pienso—: ¡Se trata de uno de los famosos clavos de Cristo!

¿Seré imbécil? Por un momento he llegado a creer que Andrés tenía algo. Capullo… Casaperda se ríe con su propio comentario. ¿Los clavos de Cristo? Este desgraciado dista mucho de ser un *ecce homo*. Qué Cristo ni que niño muerto… En los despojos del pobre Carneiro no hay ni el más remoto indicio de santidad alguna. Andrés lo sabe muy bien, y por eso sigue riéndose por lo bajo. ¿Pero qué coño es todo esto? ¿Qué es lo que estamos viendo? Le doy vueltas y más vueltas, algo patalea al fondo de mi pensamiento. Yo ya conozco esto, ya lo conozco…

Intento una conferencia directa con mi subconsciente, pero no hay manera. No da línea. Comunica. Sobrecarga en la red, por favor inténtelo de nuevo más tarde. No va. Qué, qué, ¡qué! Qué es…

—Avisa a los de la Científica —desisto—, a ver qué encuentran ellos. Yo me voy ya.

Andrés arruga el entrecejo.

—¿Qué, que te vas ya? ¿Cómo que ya te vas? —protesta.

—¿Y qué leches quieres que haga? Aquí no veo nada…

Por un instante, el inspector se queda en silencio, observándome fijamente. Lentamente se acerca a mí, me agarra por las solapas de mi chaqueta de pana, y sin demasiado esfuerzo por su parte pega mi cuerpo al suyo.

—Oye, Aquiles, escúchame, y escúchame bien. No hace ni dos semanas que tú y tu borrachera os estabais quejando de vuestra pésima suerte, de lo mucho que tú vales, y de lo muchísimo que todavía podrías demostrar si alguien te diera la oportunidad. Bien, lo que te estoy dando ahora esa puta oportunidad, chaval. —Casaperda me aprieta todavía más contra su rostro, puedo sentir su aliento golpeando con fuerza contra mi nariz—. Dime que no lo vas a joder todo otra vez.

A tan poca distancia no tengo dificultad para reconocer que Andrés Casaperda sí ha desayunado. Vómito y carajillo, tal vez no en ese orden.

—Te agradezco el gesto, Andrés —respondo intentando librarme de la presión—, ¿pero qué quieres que le haga yo ahora? Sé que aquí hay algo, lo intuyo. Pero no consigo verlo… —admito—. ¿Qué quieres que haga?

Casaperda vuelve a quedarse en silencio, y por fin se decide a soltarme. Me ha dejado la chaqueta hecha una mierda.

—No lo sé, Aquiles, no lo sé —responde al fin—. Tan solo espero que te des cuenta de lo mucho que arriesgo dejándote entrar aquí.

El inspector Andrés Casaperda quiere hablar con Aquiles Vega, el brillante periodista de investigación. Pero la verdad es que es conmigo con quien está hablando: Aquiles Vega, el imbécil que esta vez, más y mejor que de costumbre, lo había echado todo a perder.

—Yo ya no trabajo para *El País*, Andrés —respondo con amargura—, eso se acabó. Si quieres, puedo quedarme y redactarle el horóscopo a este pobre infeliz, pero ya te digo que no le va a salir nada bueno, por lo menos para hoy…

Andrés alivia la presión, comprende que por ahí no hay mucho más que hacer.

—¿Y qué pasa con esto? —pregunta señalando al cadáver—, ¿qué hago yo con el tipo este?

—Pues hombre, puedes probar a hacerle el boca a boca si quieres, pero para mí que no te va a servir de mucho. Y sí, me voy. Tengo una reunión muy importante a la que ya estoy llegando tarde.

Andrés asiente con resignación al tiempo que repite mis palabras sin dejar de mirar el cuerpo sin vida del falso psicoanalista.

—*Una reunión muy importante*, ya.

Salgo del despacho sin decir nada más. Cuando todavía voy por el pasillo escucho al inspector gruñendo dentro de la habitación.

—El boca a boca te lo va a hacer tu puta madre…

La Praza Roxa bajo la lluvia. Cómo ha cambiado todo esto en apenas qué, ¿diez años? ¿Quince? Hace veinte todavía nos juntábamos unos cuantos bajo los soportales de la plaza. Tenía amigos que vivían en algunos de esos mismos pisos de estudiantes. Bebíamos vino a ríos, como si fuese agua, y vasos infinitos de garrafón con lo que fuera. Por aquel entonces todo era de otro color, no pintaban bastos. Y nadie mataba a nadie. O por lo menos no en nuestro mundo. Hace veinte años yo ya tenía media carrera hecha, y estaba convencido de que, para cuando llegase nuestro propio *Watergate*, no habría otro periodista para descubrirlo primero y contarlo después que no fuese yo. Todo eso, aquello, nuestro mundo de entonces, todo quedó enterrado muchos años atrás. Tanta lluvia… ¿No dejará de caer agua nunca? Cómo ha cambiado todo esto… ¿Quién coño le ha hecho semejante barbaridad al pobre Carneiro?

***

Me extrañó mucho no encontrar a nadie en el cuarto. La cama estaba deshecha, la ropa revuelta. Pero allí no había nadie.

—¿Mamá?

—¡Pasa, hijo, estoy aquí al fondo, en la cocina!

La voz venía del cuarto de baño. Me asomé a la puerta. Los grifos del lavabo dejaban correr el agua sin parar. Bajo el chorro, mi madre, vestida solo con el camisón de la residencia, revolvía insistentemente algo entre sus manos empapadas.

—¿Mamá? Pero mamá, ¿qué haces? ¡Por favor, qué demonios estás haciendo ahora!

—Bueno, hijo, ¿y qué es lo que voy a estar haciendo? Revolver el caldo para el cocido, ¿o es que no lo ves?

No, no lo veía. En sus manos no había más que un paño retorcido, la propia toalla empapada, y agua corriendo. Agua por todas partes. Fui directo hacia ella.

—Pero venga, mamá, ¿cómo te lo tenemos que decir? Este ya no es tu trabajo —hablaba con toda la tranquilidad que me era posible fingir mientras cerraba los grifos—. ¿O para qué tienes ayuda, si no? Por cierto, ¿dónde está?

—Ah, pues mira, acaba de marcharse ahora mismo. No os habéis

cruzado en la puerta por muy poquito. Vete para tu casa, Shakira, que para lo que queda ya puedo seguir yo, le dije, anda, vete, que tú también tendrás cosas que hacer en tu casa, le dije yo. Y claro, se ha ido.

—Xaquina, mamá.

—¿Quién?

—Xaquina —le respondí cogiéndola del brazo para ayudarla a salir del cuarto de baño—. La chica que trabaja contigo se llama Xaquina, no Shakira. Shakira es otra, una que canta, ya te lo he dicho un millón de veces, mamá.

La mujer se quedó por unos segundos con la mirada perdida en los grifos, ahora mudos.

—¿Xaquina, dices? Pues será… A veces tengo la sensación de que olvido algunas cosas —comentó lentamente, como con cierta ausencia en sus ojos. Parecía triste, pero de repente volvió a sonreír —. Y Shakira, Xaquina, que más dará. ¿Por qué en vez de meterte tanto conmigo no te metes un poco más contigo, eh? Que mira cómo estás.

Yo también sonreí, ahí volvíamos otra vez.

—¿Cómo estoy yo? Bueno, ¿y qué se supone que es lo que tengo yo?

—Oi, oi, oi… Que cómo está él, dice el señorito. ¡Pero si estás en los huesos! Te quedas a comer, ¿no? Sí, claro que te quedas.

—No, mamá, no me quedo.

—¿Cómo que no te quedas? —respondió ella con aparente escándalo.

—No puedo, mamá, tengo muchísimo trabajo —mentí—. Solo he venido para comprobar que estuvieses bien. Y ya veo que estás mejor que bien.

(Mamá no está bien).

—El trabajo, el trabajo… Siempre a vueltas con el trabajo. ¡Bo, maldito muchacho! ¿Acaso no sabes que tanto trabajo va a acabar contigo? Y dime una cosa, ¿qué tal te ha ido hoy en el trabajo? ¿Alguna novedad?

¿Alguna novedad? Bueno, supongo que podría ser una manera de decirlo…

—Novedades… Sí, supongo que sí, hoy sí ha habido novedades. Un muerto, ¿qué te parece?

—¿Un muerto? Caramba, hijo, hay que ver, qué cosas más feas dices —protestó mientras yo la ayudaba a meterse en la cama—. Siempre con esas barbaridades en la boca, que si un caso de corrupción, que si una pelea con el director, que si te han

despedido… ¿Un muerto? Qué cosas dices. Si supieras la ilusión que a tu padre y a mí nos habría hecho que te hicieses pianista. O médico. ¿Tú sabes cuánto gana un dentista? Un muerto, dices. Por favor…

Mamá no está bien. Hace ya cuatro años que nos dieron el diagnóstico. Al principio la cosa fue más o menos bien. Claro que hubo cierto susto inicial, por supuesto, algo así no resulta agradable para nadie. La angustia, esas cuerdas tensas dentro del pecho. Pero poco a poco nos fuimos haciendo a la idea. Mi madre siempre había sido una mujer muy independiente, incluso en vida de mi padre. Siempre se había valido por sí misma. Pero de seis meses a esta parte el deterioro se había hecho evidente. Comenzó a no regir bien, se perdía, tenía pequeños momentos de delirio. Y a mi hermana y a mí no nos quedó otra que buscar ayuda. Xaquina es la enfermera del turno de día. Yo vengo a verla siempre que puedo. A mi madre, no a Xaquina. Y ella siempre pregunta.

Es curioso, porque antes, cuando todo iba bien, nunca lo hacía. Todos saben que hay cosas de su trabajo que un periodista especializado en ciertos temas no debe comentar con nadie. Todos saben que hay cosas de mi trabajo de las que ni siquiera yo querría hablar conmigo mismo… Pero cuando la enfermedad llegó, ese fue uno de los aspectos que cambiaron. Mi madre comenzó a preguntar. Pedía detalles de todo. Especialmente de mi trabajo. Y cada vez con mayor insistencia. Al principio yo intentaba disimular, dejar fuera los detalles más escabrosos de los que día a día tenía que ir dando cuenta. Pero ella siempre ha sido más lista que yo. Al final acabé comentando lo que ya se había convertido en una obsesión por su parte con el doctor que la trata, y fue él quien me dijo que, llegados a este punto, en realidad ya no había peligro en contarle nada. No habiendo nadie más delante, los secretos de mi trabajo estarían a salvo en su mente, por completo olvidados al poco tiempo de ser escuchados. «Lo que sea con tal de mantenerle esa cabecita ocupada», me había dicho.

Así fuimos tirando hasta que, como siempre, yo acabé arrojándolo todo por la borda. Perdí mi trabajo, ¿cómo demonios iba a saber que aquella chorrada acabaría llegando tan lejos? Ya era tarde, de madrugada, yo llevaba unas cuantas copas encima, y pensaba que aquella cosa también servía para enviar mensajes por el móvil. ¡Pero no a todo el puto mundo! Twitter, vaya un invento de mierda…

Ahora, yo le hablo de cosas terribles, observaciones de naves extraterrestres por la banda del Pedroso[1], planes secretos de

colonización marciana, crisis salvaje en todo el país, paro, «lo que sea con tal de mantenerle esa cabecita ocupada», y, al final, ella siempre acaba respondiéndome que lo que tengo que hacer es comer más.

—Pues sí, un muerto. Y aquí al lado, en República de El Salvador.

—Mira tú, un muerto. Y vaya sitio para morirse, con lo bonita que ha quedado esa calle ahora… ¿Y cómo ha sido?

—Pues de una manera terrible, mamá. Resulta que le han abierto el pecho en canal.

—¿El pecho abierto en canal? Qué barbaridad, qué barbaridad… Me has dicho que te quedabas a comer, ¿verdad?

—No, mamá, no te he dicho nada de eso, y lo sabes. Tengo trabajo.

—Caramba, hijo, siempre el trabajo, siempre el trabajo. Esas prisas tuyas acabarán matándote. El pecho abierto, qué barbaridad…

—Pues sí, el pecho abierto. Y un clavo clavado en el corazón.

—Mira tú, como en el poema —respondió mi madre con toda la naturalidad del mundo mientras sus manos volvían a remover la olla del caldo invisible.

«Espera…».

—Mamá… ¿Qué has dicho?

—Que esas prisas tuyas te van a matar, chiquillo. Que tienes que tomarte la vida con más calma. A ver, ¿te quedas a comer, sí o no?

—No, mamá, eso no, ¡lo otro! ¿Qué es eso que has dicho? Lo del clavo…

—¿Eso? ¡Ah! —sonrió divertida—. Que ese muerto tuyo está como el del poema aquel, que decía que tenía un clavo clavado en el corazón.

—El poema aquel…

—Sí, el poema aquel, hijo, el poema aquel, que pareces bobo, todo el tiempo repitiendo lo que yo digo. O espera —de repente hizo un gesto con la mano, dubitativa—, ¿acaso no era un poema?

Se quedó por un instante mirando hacia la cama, como si la respuesta a sus dudas se ocultase bajo el embozo de la colcha.

—¡Era, era! —se respondió por fin a sí misma, satisfecha—, claro que era. Cómo no iba a serlo… ¡Mucho le gustaba a tu padre recitarme versos! Él se los sabía a cientos, ¡y me los recitaba de memoria! Yo creo que estos que te digo eran muy hermosos. Un poco tristes, tal vez —matizó apuntando con el dedo, como si se estuviese dirigiendo ahora a una arruga concreta de las muchas que

se formaban en la colcha que la cubría—, pero muy hermosos, sí señor.

Sí señor… Eso era. Esa era la imagen que se había estado revolviendo en mi interior. Sabía que de un modo u otro yo ya había visto esa misma figura. Quizá hubiese sido escuchándosela a mi propio padre en alguno de aquellos recitales caseros de los que hablaba mi madre, o quizá en la escuela, tan lejos ya. Pero lo cierto es que ahí estaba. Y había sido ella, mi madre, quien acababa de traérmela de vuelta.

—Claro, eso era, mamá. Son de Rosalía, ¿verdad? Quiero decir, los versos a los que te refieres…

En aquel momento mi madre se quedó mirándome, sus ojos entornados, y por unos segundos tuve miedo de que hubiese entrado en otro de aquellos episodios repentinos de demencia, y ya no me reconociera. Pero no, la cosa no iba por ahí.

—¿Me estás diciendo que no sabes de quién son estos versos? ¿Acaso es eso lo que me estás diciendo? —Volvió a quedarse en silencio—. De verdad, Aquiles, a veces no sé si lo que parí fue un hijo o un sandalia. ¡Pues claro que son de Rosalía, tunante! ¿De quién iban a ser si no?

El pequeño acceso de ira de mi madre, ofendida ante mi propia ignorancia, me arrancó una sonrisa.

—Mamá, tu esplendor no conoce límites —le dije sin dejar de contemplarla con asombro. Me incorporé y, con gran satisfacción, le di un beso en la mejilla izquierda.

—¡Vaya! ¿Y esto qué significa, caballerete? ¿Es acaso que al final te quedas a comer conmigo? —Me observaba sin dejar de sonreír, como si toda la brutalidad de este mundo salvaje no fuese con ella—. Te puedo freír unos huevos si no te apetece cocido.

Me rendí.

—Pues claro, mamá. Cómo iba a dejar de aceptar el convite de una mujer tan guapa.

—¡Ay, cómo eres de embaucador, sinvergüenza! ¡Pues claro que te quedas a comer! Anda, siéntate a la mesa, que enseguida estoy contigo, ya verás qué rico. Anda, come, que tienes que comer más. ¡Que te estás quedando en los huesos!

***

A punto estoy de colgar ya cuando una voz metálica responde desde el otro lado de la línea.

—Anatómico Forense, dígame.

—Buenas tardes, doctor, aquí Vega. No sé si Casaperda te habrá avisado de que iba a llamarte…

—¡Hombre, Aquiles, cuánto tiempo! Sí, sí, ya me dijo Andrés que seguramente llamarías. Así que por fin volvéis a trabajar juntos, ¿eh?

—Sí, bueno, más o menos…

—Pues me alegro, muchacho, que ya iba siendo hora de que dejaras esa revistilla de tres al cuarto en la que te habías metido, hombre. ¿Cómo se llamaba? *Revista Marciana y Picheleira*[2], ¿no era así?

Paco Troitiño, el doctor jefe del Anatómico Forense, sabe perfectamente que ese no es el nombre de la publicación para la que, de hecho, todavía trabajo. Lo sabe tan bien como yo sé que, efectivamente, no se trata más que de una revistilla de tres al cuarto. Y eso por decirlo de una manera amable…

—Ufológica, Troitiño, ufológica. *Pico Sacro, revista ufológica*. ¿Y tú qué tal, cómo va la vida por el depósito?

—¿La vida por el depósito? —Troitiño ríe desde el otro lado—. Eres un cachondo, chaval… ¿Pues cómo va a ir, hombre? ¡De muerte!

Supongo que tantos años trabajando rodeado de cadáveres tienen que acabar por desarrollar en quien lo hace un inevitable gusto por el humor negro. Bueno, a mí me habría llevado de cabeza a una depresión de caballo, así que, bien visto, puestos a escoger entre el humor y el Trankimazin, también me quedo con la primera opción.

—Aunque en esta ocasión —sigue hablando el forense al otro lado del teléfono—, si como imagino el motivo de tu llamada no es otro que el de interesarte por la salud de nuestro amigo Carneiro, aquí presente por lo menos de cuerpo, temo no tener demasiado que ofrecerte, compañero.

»Según los resultados de la autopsia, vuestro hombre estaba limpio —Troitiño hace una breve pausa que yo no me atrevo a romper. De sobra sé que después de esos silencios dramáticos que tanto le agradan siempre llega alguna apostilla—. A ver, *limpio*… si no tenemos en cuenta el hecho de que el pobre desgraciado llevaba encima bromuro de rocuronio suficiente como para detener el movimiento del planeta entero.

—¿Bromuro de qué?

—De rocuronio, muchacho. Un paralizante neuromuscular muy empleado en los quirófanos en situaciones de cirugías severas. Nuestro amiguito llevaba tanto encima, que bien le habrían podido

amputar la cabeza y el tipo no habría movido ni un solo músculo por el camino. Bromuro de rocuronio para parar un tren, nunca mejor dicho…

—Ya, bromuro de…

—De rocuronio, Aquiles, de rocuronio —repite con paciencia Troitiño.

—De eso mismo. Y dices que viene siendo algo así como un anestésico, ¿no?

—No. Lo que he dicho es que se trata de un paralizante que, efectivamente, se podría combinar con ciertos anestésicos… Aunque en este caso no haya sido así.

—Vaya. ¿Y de dónde viene esto? Quiero decir, ¿se puede conseguir con facilidad?

Troitiño se lo piensa por unos segundos.

—Hombre, tanto como *con facilidad*… No. O sí, depende. En realidad no se trata de nada que no haya en todos los hospitales. Si hay un quirófano, hay rocuronio. Su nombre comercial más habitual es Esmerón. Ahora, sobre el modo de hacerse con él… Eso ya no te lo puedo decir. De cualquier modo, y como te digo, más allá de estas cuestiones la causa de la muerte está bien clara: este hombre murió cuando le reventaron el corazón.

—¿Cuando se lo reventaron, dices?

—Claro, Aquiles. A ver, como poco eso es lo que ocurre cuando a alguien le atraviesas el ventrículo derecho con un hierro de veintidós centímetros y medio: que se muere, aunque nada más sea un poco…

Me siento idiota ante la explicación dada por el médico. Intento matizar mi pregunta.

—Eso ya lo sé, doctor. Lo que te estaba preguntando es si Carneiro murió justo en ese momento, o si pudo haberlo hecho antes.

Presiento la sonrisa de Troitiño.

—No, amigo, no. No fue antes. Por el bien del difunto ojalá hubiera sido así, pero no. Teniendo en cuenta la cantidad de sangre que hemos encontrado en el corazón, sabemos que quien lo hizo se preocupó de mantener con vida a su víctima hasta el último momento.

A cada nueva explicación voy entendiendo menos el asunto. No, no lo entiendo. Porque, con todo, lo cierto es que Santiago es una ciudad tranquila. Curas, funcionarios, y estudiantes, ¿qué coño va a pasar? Aquí no hay mucha más historia que pequeños delitos. Robos, putas y chulos en el Pombal, un poco de narcotráfico que

entra por la parte de Noia, alguna que otra pelea los jueves por la noche… Y para mí, para mi trabajo (bueno, mejor dicho, *para mi anterior trabajo*), lo que más chicha le daba al asunto era la colección de intrigas palaciegas de Raxoi, todo ese trasiego inconfesable que siempre se ha dado intramuros de la Xunta de Galicia, y que con la llegada del último gobierno había ido a más si cabe. De hecho, una de esas miserias me había costado a mí el puesto… Pero nada como esto. Una mano es suficiente para contar los homicidios que se registran al año, y todavía te sobrarán unos cuantos dedos. Nada que no hubiese hablado ya un montón de veces con los compañeros del periódico, especialmente con aquellos que trabajaban en la sección de Sucesos en Madrid. La capital de España es una ciudad salvaje, deshumanizada, a la que no le importa cobrarse cuantas vidas considere necesarias, sean cuales sean. Pero Compostela… No. Aquí todo es mucho más tranquilo. O por lo menos así era hasta ahora. ¿Qué carajo pinta en esta ciudad un tipo que se dedica a ir reventando los corazones de sus víctimas con hierros de veintidós centímetros y medio? Este no es lugar para esa clase de historias.

—Qué pasa, Capote, parece que esta vez no tiene buena pinta la cosa, ¿verdad?

—No, Troitiño, no la tiene. Ni mucho menos… Justo antes de llamarte he estado hablando con los de la Científica, y ellos también están en las mismas. Lo único que me han podido soplar es que, efectivamente, el clavo es uno de los que Renfe empleaba antiguamente para asentar las traviesas de las vías. En realidad una especie de tornillo, para ser precisos, pero nada más. Sea quien sea el que lo ha hecho, se trata de alguien muy limpio.

—¿No hay huellas?

—No hay nada. Ni huellas dactilares, ni pelos, ni piel bajo las uñas del fiambre… Nada, ni una triste colilla. El tipo es bueno, muy bueno. Fue capaz de entrar y salir de la consulta sin dejar el más mínimo rastro.

—Pues entonces, Aquiles, la cosa está bien clara: a vuestro hombre lo ha matado un fantasma.

Ya… Cuelgo el teléfono molesto. Otra puerta que se cierra. ¿Un fantasma? No. Los fantasmas no matan. Ni tan siquiera existen. O por lo menos ya no aquí. Se fueron todos, se mudaron a un viejo castillo escocés lleno de humedades. O viven dentro de coches deportivos pintados de colores muy llamativos… ¿Un fantasma? No. No sé cómo lo llevará Andrés por su parte, pero por lo que Troitiño me acaba de decir no parece que le esté yendo mejor que a mí. Sin

rastros en la escena del crimen, sin indicios en el cuerpo del difunto, ya solo me queda un hilo del que tirar. Quizás sea una idea absurda… No, *quizás* no. Es una idea totalmente absurda, pero es la única que tengo.

En el exterior, las primeras estrellas del atardecer asoman su luz al cielo de una noche aun por llegar. Recuerdo algo, algo que ella siempre decía. «¿Sabes, Aquiles? Hay una canción triste dentro de cada estrella. Al fin y al cabo, ninguna de ellas es más que otro sol apagándose lentamente. Como nosotros…». Las contemplo con el teléfono pegado a la oreja, y mientras espero a que alguien responda al otro lado de la línea pienso en cuál de esas estrellas será la que guarde mi propia canción.

—Universidad de Santiago. ¿En qué puedo ayudarle?

No debió usted hacerlo, señora... No.

-2-
La vida que faltaba

Miércoles, 8 de mayo

—«De aquellas que cantan a las palomas y a las flores,
todos dicen que tienen alma de mujer.
Pues yo que no las canto, Virgen de la Paloma,
¡ay!, ¿de qué la tendré?».

»Amigos, estos versos solo son oscuros para quienes como tal los quieran ver. La poetisa, muy consciente de su propia condición, huye en ellos de lo fácil, y reclama para sí misma una lectura diferente, una visión nueva. Una lectura completa, y un estudio limpio de prejuicios. No en balde, hoy estamos en condiciones de reivindicar la presencia de una de las figuras más representativas del siglo XIX, injustamente reducida al tópico a lo largo del XX, y que hoy, ya lanzado el siglo XXI, viene exigiendo con fuerza su lugar. Aquel que más allá de viejas leyendas le corresponde verdaderamente, tanto en la historia de la literatura europea como, sobre todo, en nuestra propia historia como pueblo. Tal es el momento.

El tono con el que la mujer hablaba, serio y rotundo, me recibió al entrar en el auditorio. Reconozco que me causó cierta sorpresa el encontrar tanta gente. El salón de actos de la facultad de Filología estaba lleno desde la primera hasta la última fila. Los que no habían llegado a tiempo de conseguir sitio aprovechaban los huecos en las escaleras para sentarse en los escalones, o se apoyaban contra las paredes laterales. Otra cosa que también me llamó la atención fue lo variopinto del público. Las carpetas, los cuadernos, los libros, detalles que hablaban de una presencia mayoritaria de estudiantes, probablemente alumnos de la propia facultad. Pero también era destacable lo abundante de otro tipo de auditorio bien diferente, concentrado sobre todo en las primeras filas del patio de butacas. Gente de más edad, trajes, corbatas, una mezcla mal disimulada de solemnidad y aburrimiento en las expresiones de sus rostros. Autoridades. Contra todos, en el escenario, tres personas sentadas a una mesa alargada. La que hablaba era quien ocupaba el extremo derecho, una mujer mujer mayor, alrededor de los setenta y de voz grave, profunda. Di por sentado que esa era la persona de la que me había hablado el decano la tarde anterior. A su lado, en el centro de la mesa, una mujer mucho más joven, en algún punto indefinido

entre los treinta y los cuarenta años, no dejaba de reajustarse, nerviosa, una y otra vez las gafas sobre la nariz. Gafas de pasta negra, ese modelo que, pese a su antigüedad, hoy volvía a estar de moda. Finalmente, en el otro extremo de la mesa y también en silencio, un hombre. De él me llamó la atención su manera de colocarse sobre la silla, más tumbado que sentado. Un traje azul derramado sobre una silla…

—Como a lo largo de esta presentación hemos venido explicando, son muchas las voces de otros autores que en esta misma dirección se han ido manifestando, denunciando la perversión a la que nuestra poetisa había sido sometida por buena parte de nuestros eruditos, convertida por no pocos investigadores en una suerte de leyenda popular. Según estos últimos contaban, no se trataba más que de la *Santiña*, la inmensa madre gallega que, desde la mayor de las bondades, lloraba desconsolada por el dolor de su pueblo.

»¡Basta! La que nos ocupa es mucho más que la voz de una poetisa dulce, blanda, llorona, y ya va siendo hora de reclamar para ella una voz más recia, mucho más compleja. Una voz dura y, porqué no, a veces incluso seca. Y aunque es cierto que en el transcurso de los años hemos podido ir avanzando en el estudio de su obra, el de su vida ha sido otro *cantar*.

»Ya por el 1886, apenas un año después de su fallecimiento, su viudo, Manuel Murguía, se refería a ella con esta perla sin desperdicio posible: «La mujer debe ser sin hechos y sin biografía». O lo que era lo mismo: a lo que había que dedicarse era al estudio de su obra, y dejar su vida en paz. Fue con este fin que el viejo erudito comenzó a poner todos los impedimentos a su alcance para conseguir que la vida de quien había sido su compañera durante casi treinta años quedase de entonces en adelante sepultada bajo un manto de misterio y leyenda impenetrable. Y hemos de reconocerle el mérito, que no fue poco el éxito obtenido en su empeño. Incluso hubo quien, ya ausente Murguía, contribuyó a que ese mismo estado de cosas se prolongase a través del tiempo.

»Tanto es así, que no sería hasta hace bien poco, hablando en tiempo histórico, que esta situación comenzase a mudar. No ha sido fácil llevar a cabo este cambio, que muchas han sido las trabas dejadas por el camino. El mismo camino por el que todavía hoy intentamos avanzar. De este modo, gracias al esfuerzo de autores como el profesor Solano Dumont, o el erudito Calímaco de Brión, hemos ido teniendo acceso a las diferentes facetas de la vida de nuestra autora. Trabajos exhaustivos y muy bien documentados

sobre muchos aspectos, algunos de más notoriedad, otros más oscuros, de una vida que a lo largo de casi dos siglos nos había sido ocultada.

Durante el breve intervalo que la mujer empleó para beber un trago de agua ni uno solo de los presentes se atrevió a hacer el más sutil de los movimientos, absolutamente nada que rompiera el silencio que la oradora había dejado en el aire.

—Estudios muy brillantes la mayoría que, aún así y muy a nuestro pesar, teníamos que señalar como análisis, todos ellos, en realidad aislados. Faltaba otro trabajo, uno que en realidad todavía no se había podido hacer: la biografía integral, el estudio que en la medida de lo posible recogiera en sí mismo el resultado de todos esos documentos anteriores, desde un principio hasta un final. Pero eso es algo que por fin, hoy, se ha acabado.

Nueva pausa dramática.

—Porque hoy es un día de fiesta para todos nosotros, amigos, y como tal hemos de marcarlo en el calendario. Lo guardaremos como aquel en que por fin nos fue regalado ese trabajo, ese libro por el que tantos y tantos hemos estado esperando. Y es por todo lo dicho, pues, que quiero concluir volviendo a pedir el más fuerte de los aplausos para la mujer a la que le debemos semejante esfuerzo: la profesora Sofía Deneb.

La salva de aplausos solicitados atronó en el auditorio al tiempo que yo intentaba reorientarme. Me había equivocado identificando a la oradora. La mujer por la que me había acercado al campus no era la que había estado hablando todo el tiempo. La mujer más joven, la misma que mientras con una mano se apartaba el bucle de cabello negro que insistentemente se empeñaba en caer sobre su rostro, y con la otra volvía a colocar una y otra vez, casi de manera obsesiva, la montura de sus gafas sobre la nariz, esa era la profesora Deneb. Sofía Deneb, la mujer de la que me habían hablado por teléfono.

Cuando por fin consiguió dominar aquel mechón que le ocultaba parte del rostro y sus lentes estuvieron en la posición correcta, hizo un gesto, un ademán tímido con el que calmar el aplauso que todavía seguía sonando.

—Gracias, muchas gracias —respondió con voz discreta, a todas luces lejos de la épica derrochada por la anterior oradora—. Tanto por las apasionadas palabras de la profesora Grandal, como sobre todo por vuestros aplausos. Desde luego, y como ya hemos venido repitiendo todos los aquí presentes, es mucho el trabajo que todavía queda por hacer, pero por lo menos hoy, y gracias a la inestimable

ayuda de don Manuel Pintado, también presente en la mesa —la mujer hizo un gesto hacia el hombre que más que sentarse se derramaba a su izquierda— en calidad de director general de Ediciones Principales, traemos ante vosotros la primera biografía completa, integral, de la autora que hoy y siempre nos ocupa. Pero hay algo que no debemos olvidar: la empresa todavía no está concluida. Nuestra intención al presentar este libro aquí, en la facultad de Filología, es clara: seréis vosotros, estudiantes de hoy, los investigadores a los que mañana les tocará completar este camino.

Brillaban los ojos de la mujer. Lo catedrático de su discurso no conseguía disimular la emoción que en él había.

—En esta primavera que ahora florece se cumplirán los ciento cincuenta años de la publicación de los *Cantares gallegos*. Conmemorando tanto esa efeméride, como el quincuagésimo aniversario de la creación del Día das Letras Galegas, este año la Real Academia vuelve a dedicar, en un gesto sin precedentes, su fiesta anual a la autora de los *Cantares gallegos*. Estamos, por lo tanto, ante un nuevo *año rosaliano*. Ojalá sea este el que pase a la Historia como el año en que, de una vez por todas, fuimos capaces de dejar en el lugar que verdaderamente le correspondía a nuestra más grande autora: Rosalía de Castro.

Y de repente, como si por fin el relámpago hubiera sido desatado, el auditorio en pleno rompió en un fortísimo aplauso al mismo tiempo en que todos los asistentes, tal como si hubiesen sido movidos por algún tipo de resorte invisible, se ponían en pie. Con un gesto suave de sus manos, la mujer en el centro del escenario agradeció la ovación recibida, saludó a sus compañeros de mesa y, aún con el tronar de las palmas batiendo como fondo, bajó del estrado.

Un hombre, uno de los que había permanecido sentado en las primeras butacas, salió a su encuentro y comenzó a hablar con ella. Aunque lo hacía en voz baja, mi proximidad a ambos me permitía escucharlos con claridad.

—Bravo, Sofía, bravo. Has hablado exactamente como teníamos que hacerlo… —con marcado acento extranjero, el hombre hablaba sin dejar de aplaudir—. Acabamos de meternos a toda esta gente en el bolsillo, peces gordos incluidos —apuntó al tiempo que le guiñaba un ojo a la mujer. Se trataba de un hombre alto, muy delgado. Su pelo, una mata oscura de rizos revueltos entre sí, bailaba al ritmo que las afirmaciones de su discurso marcaban. Aunque hablase en voz baja, sus movimientos dejaban clara la

vehemencia con que lo hacía—. Bravo, querida.

—Gracias, Dorian —respondió ella sin dejar de mirar al público asistente, tal como si entre todos estuviese localizando a esos peces gordos de los que su acompañante le hablaba. La mujer respondía también en voz baja, y la proximidad entre sus cuerpos, con sus hombros tocándose, hablaba de una gran complicidad entre ambos —. Ya veremos ahora si los demás también piensan como tú…

—¿Y cómo no hacerlo, queridísima mía? No se puede pensar de otra manera. Me voy, ya sabes que todo este circo no es de mi agrado. Te espero en el despacho. Bravo, querida, ¡bravo!

Al tiempo que el hombre comenzó a alejarse de ella, algo en su gesto me llamó la atención. Tal vez fuese su postura, tal vez el modo en el que hasta ese momento había estado aplaudiendo. Quizás fuese cómo caminaba, o la tensión con la que su brazo izquierdo apretaba los libros contra el pecho.

—¡Enhorabuena, hija mía, enhorabuena!

Otra asistente al acto salía ahora al encuentro de la mujer. Se trataba de una de las personas que habían estado ocupando los asientos centrales de la primera fila. «He aquí uno de los peces gordos», pensé. Ya mayor, en las proximidades de los setenta, tal vez más, la mujer se fundía en un abrazo con la oradora.

—Muchas gracias, señora Mendoza.

—No, no, no. Nada de eso. Nada de formalismos conmigo en un día tan glorioso como este. Si hay alguna persona que hoy se merezca todas las reverencias, no es otra sino tú, Sofía.

—Bueno, doña Alba, no sé qué decirle…

—Tú no tienes que decir nada más —le atajó la anciana—, somos nosotros los que tenemos que darte una respuesta a ti, hija mía. Y esa respuesta no puede ser más que una: gracias. Muchas gracias, Sofía. Eran ya muchos los años que desde la Fundación veníamos reclamando la aparición de este libro.

La mujer joven parecía ligeramente incómoda ante tanta alabanza.

—Vaya, pues ya le agradezco el cumplido…

—No, querida, no se trata de ningún cumplido. Déjate de falsas modestias, que de sobra conoces la importancia histórica de tu trabajo.

—Oh, no, no, por favor. Yo no me atrevería a decir que un trabajo como este sea solamente mío, señora Mendoza. Tal como yo lo entiendo, este libro nos pertenece un poco a todos. De hecho, no fue poca la ayuda que desde la Fundación siempre me brindaron, doña Alba. Tanto ustedes como la señora Santalla… A propósito,

¿dónde está doña Penélope? Me ha sorprendido no ver a la presidenta sentada con ustedes…

—Sí, bueno, lo cierto es que también nos ha sorprendido a nosotros —respondió el hombre que acompañaba a la tal doña Alba. Un tipo alto, de aspecto fuerte, algo más joven que su acompañante y elegantemente vestido con un traje de carísima factura—. Precisamente comentábamos ahora, escuchando tus palabras finales, cuánto le habría gustado a ella presenciar tan hermosa defensa de la memoria de nuestra rapsoda en la voz de una investigadora tan joven como tú. Tan joven y, si me permites que te lo diga, tan bella…

Aquel Don Juan de Armani debía de andar quemando sus últimos cincuenta, tal vez ya incluso en la cata de los primeros sesenta, y la pompa que gastaba no solo en sus palabras sino también en su pose y en las confianzas que con todo descaro se tomaba con la profesora Deneb hablaban de su importancia en toda aquella película. A pesar de que ninguna de las dos mujeres se lo había pedido, él siguió con su explicación.

—Penélope había quedado en asistir con nosotros a la presentación de tu magnífico libro, querida, pero a la vista está que al final decidió cambiar de planes. Se ve que le ha debido de surgir algún compromiso ineludible de última hora.

Definitivamente, aquel hombre era un pedante empedernido. Lo observaba con discreción mientras le escuchaba hablar, e inconscientemente ya me lo estaba imaginando ajustándose el monóculo con una mano, mientras con la otra sacudía la ceniza de su cigarro emboquillado. Sonreí pensando en lo traicionero que puede llegar a ser el subconsciente.

—Vaya, pues es una verdadera lástima —respondió Sofía.

—Sí que lo es, sí —la anciana retomaba el timón de la conversación—. De sobra sabes la ilusión que a ella le hace la publicación de esta biografía. Si hay entre todos nosotros un corazón que lata con más fuerza al sentir la presencia de Rosalía, ese no es otro sino el de Penélope. Pero mira, parece que Diego va a estar en lo cierto esta vez… Sofía, te ruego que no se lo tengas en cuenta. Tú sabes bien que si Penélope no ha venido solo puede ser porque alguna cuestión de fuerza mayor le ha tenido que surgir en el último momento.

—Bueno, Alba, ya sabes —aprovechó para volver a meter baza en la conversación el tal Diego—. Últimamente ella y su famoso calendario se están convirtiendo en impagables estrellas mediáticas.

Me pareció detectar algo a caballo entre la burla y el desprecio

en las palabras del hombre.

—¿Calendario? —preguntó Sofía con cara de no entender nada.

—Sí, hija, sí. Su calendario… No me digas que no has oído nada al respecto. ¡Pero si no se habla de otra cosa! Gente de la cultura gallega dejándose la piel por la defensa del idioma. —Me pareció detectar cierta retranca en el modo en que la mujer pronunció lo de *dejándose la piel*—. ¿Cómo es que le han llamado…?

Alba Mendoza se quedó por un instante mirando para el suelo al tiempo que chasqueaba los dedos en el aire, a la búsqueda de un recuerdo escurridizo que no acababa de responder a su llamada.

—¡Ya, ya lo tengo! «Un año en gallego: todo por enseñar, todo por aprender» —dijo de repente, muy satisfecha de haber atrapado el recuerdo.

—¡Ah!, eso, sí. Algo he visto estos días… —respondió Sofía con una sonrisa—. Estáis hablando del calendario este en el que la gente sale así, con más bien poca ropa, ¿verdad?

—¿*Con poca ropa*? ¡En pelota picada, hija mía, salen todos en pelota picada! —le aclaró divertida la señora Mendoza con gran alboroto—. En fin, otra de las brillantes ideas de Penélope, ya te imaginarás…

Sofía volvió a mostrar su sorpresa.

—No me diga, ¿la historia esta del calendario es idea de la señora Santalla?

—Bueno, ¿me vas a decir que no le habías reconocido la marca de la casa? ¿Cómo crees tú que habría podido adjudicarse «el mes más caliente», si no?

—¿Agosto?

—¡Enero! «En lo más frío del invierno, nada como tomar un baño caliente sumergiéndose en las más tórridas páginas de nuestra literatura…», dice el pie de foto. Y ahí tienes a Penélope, como dios la trajo al mundo, en la bañera de su casa, cubierta solo por una marea de páginas y libros en gallego.

Los ojos de Sofía se habían ido abriendo al ritmo marcado por el exagerado crecimiento de su propia sonrisa.

—¿Desnuda? ¿Doña Penélope? —preguntó la profesora Deneb, intentando aguantarse la risa.

—¡Y tanto! —le confirmó pícara la señora Mendoza—. Hombre, ver nada se le ve, por supuesto. Pero la intención es la que es… ¡Ay, qué mujer esta!

—Mira tú, la señora Santalla —rio al fin Sofía—. ¡Pues no tenía ni idea! Sí que había oído hablar del asunto este del calendario como campaña para protestar contra la reforma de la ley del idioma

en la enseñanza. Pero no sabía nada de que hubiese sido idea suya, ni mucho menos de que ella apareciese en esa foto… Impresionante —concluyó con una sonrisa—, impresionante… Pues qué quieren que les diga, la verdad es que a mí me parece algo muy divertido. ¿Y dicen ustedes que está teniendo mucho éxito la campaña?

—Vamos a ver, querida: tampoco sabría yo decirte si lo que está teniendo más éxito es el fondo, o más bien la forma —respondió el hombre sin hacer ningún tipo de esfuerzo por disimular el desprecio que todo aquel asunto le merecía—. Todo este montón de fotos absurdas… Por favor, ¡es grotesco!

La señora Mendoza mostró su desacuerdo con el comentario realizado por su acompañante.

—A ver, Diego, yo tampoco creo que sean así las cosas. La intención de este gobierno es intolerable, y es nuestra obligación hacer todo cuanto esté a nuestro alcance para pararle los pies. Y si uno de esos recursos es hacerlo llamando la atención del mundo a través de nuestros cuerpos serranos… ¡Pues mira, que así sea!

La mujer lanzó una sonrisa pícara a la búsqueda de alguna señal de complicidad con la profesora Deneb, pero el tal Diego atajó con gesto serio cualquier posibilidad de guasa al respecto.

—Por favor, Alba. Permite que no esté de acuerdo contigo. A sus años, y una mujer de su posición social… ¡Por favor! Y a pesar de todo —volvió a dirigirse a Sofía—, lo cierto es que no para. La llaman de todas partes. Es por eso que supongo que a última hora le habrá surgido alguna entrevista que no se haya visto capaz de rechazar.

—¿Pero entonces es cierto que no saben dónde está?

—Sí, sí, totalmente cierto —respondió el hombre, de nuevo sin molestarse en ocultar su menosprecio—. La hemos llamado varias veces, pero en ningún momento recibimos más información que esa grabación tan insulsa, ya sabes: «el teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura». Supongo que, si ha apagado el móvil, será porque debe de andar por algún plató de televisión, o en alguna emisora de radio. ¡La fama, qué cosa tan sacrificada! —exclamó el hombre del traje caro con más desdén que retranca.

—¡Diego, por favor! —volvió a reprenderlo la mayor de las mujeres—. Creo que estás llevando las cosas demasiado lejos, ¿no te parece?

Ante tal amonestación, el hombre mudó súbitamente la expresión de su rostro. Como si algún tipo de insecto invisible acabara de clavarle un aguijón en la piel.

—¿Yo? Con la que está cayendo, ¿y crees que soy yo el que está

llevando las cosas demasiado lejos? —Algo había cambiado: de repente ya no era ironía, sino enojo lo que asomaba a su voz—. Pues permíteme que te recuerde, Alba, que no soy yo quien va por ahí sacándose fotos estúpidas en bañeras llenas de hojas mientras los inspectores de Hacienda investigan nuestras cuentas. Por favor, Sofía, te ruego que me disculpes, pero creo que acaba de hacérseme demasiado tarde. Adiós.

Dio media vuelta y se fue, dejando plantadas a las dos mujeres y sin tiempo para más explicaciones. Al abandonar tan bruscamente la conversación, yo aproveché para colocarme por detrás de doña Alba, quien del modo más amable posible intentaba ahora concluir también su charla con Sofía.

—Por favor te ruego que nos disculpes, hija. Últimamente las cosas no nos están yendo todo lo bien que desearíamos, supongo que ya estarás al tanto…

—Lo comprendo, doña Alba, lo comprendo —la mujer más joven respondió compartiendo el mismo tono confidencial que su interlocutora acababa de emplear—. No se preocupe, no tiene por qué pedir disculpas.

Pero la anciana volvió a pedirlas igualmente. Tras esas disculpas vino una nueva montaña de felicitaciones por el libro, otra tanda más de disculpas, y finalmente también ella se fue, siguiendo los furibundos pasos de su acompañante. Así fue, que cuando me quise dar cuenta ya no había nadie entre nosotros dos.

—Hola. ¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó ella mucho antes de que yo estuviese preparado.

—Bueno, sí, espero que sí… Pero vaya, antes de nada, por favor permita que la felicite por su discurso. Me ha parecido una charla interesantísima.

—¿Una *charla*? —Un mohín de desacuerdo y la vista perdida en otra dirección dejaron bien claro que mi comentario no había sido precisamente de su agrado—. Bueno, supongo que es una manera como otra cualquiera de referirse a la presentación de mi libro…

Pues no, definitivamente mi comentario no había sido de lo más afortunado… Intenté arreglar el desaguisado.

—Vaya, disculpe si no me he expresado correctamente. Tengo que admitir que esto de la poesía no es mi fuerte. Bueno, a decir verdad, ni la poesía ni todas estas cosas de las que usted hablaba son asuntos que surjan con demasiada frecuencia en mi trabajo. —Mi intención había sido la de arreglar las cosas y, curiosamente, tenía la sensación de acabar de estropearlas un poco más…

—No hace falta que lo jure. —Vale: las había estropeado un

mucho más—. ¿Y a qué se dedica usted, que no tiene la suerte de encontrarse habitualmente con la poesía en su trabajo? Porque desde luego alumno de esta facultad no es…

—Oh, no, no lo soy, no. Me llamo Aquiles, Aquiles Vega, y soy periodista. Bueno, investigador, o sea… Soy periodista, periodista de investigación. —Por un momento no tuve demasiado claro si era a ella o a mí mismo a quien estaba intentando convencer de la veracidad de mi respuesta.

—¿Periodista de investigación, dice? —repitió la mujer al tiempo que arqueaba las cejas, dejando bien a las claras la poca convicción que yo le inspiraba—. *Vaites, vaites, con don Saturio*[3]…

—No, no: Aquiles —le aclaré—, Aquiles Vega. Si me permite…

Rebuscando en los bolsillos de mi americana encontré una de mis tarjetas de visita. Me aseguré de que se tratase de una de las nuevas y se la entregué. La contempló sin mostrar demasiado interés, y al momento la guardó entre sus papeles.

—Verá, sucede que ahora estoy colaborando con la policía, intentando esclarecer un asunto, y vaya, he pensado que tal vez usted…

Me observó de arriba abajo, como si estuviese a la búsqueda de algo en mi aspecto que le confirmase la verdad de lo que acababa de escuchar.

—Con la policía…

La mujer se quedó en silencio, sin dejar de observarme con descaro. Comprendí que mi fachada estaba siendo objeto de examen.

—Pues mire —dijo al fin—, no sé por qué, pero lo cierto es que no me sorprende nada de nada. —Un momento, ¿qué clase de comentario era ese?—. Me llamo Sofía Deneb, profesora de literatura.

—Lo sé —respondí al tiempo que le tomaba una mano ofrecida con más bien poco interés—. Me dieron su nombre ayer, cuando llamé a la facultad.

—Vaya, ¿acaso tenemos algún problema con la policía?

—No, no… ¡O por lo menos no que yo sepa! —añadí en tono de broma; de nuevo, idéntico resultado en el rictus de la profesora: ninguno—. Verá, el motivo de mi llamada tiene que ver con una nueva vía de investigación abierta en el caso en el que estoy trabajando. Una línea en la que quizás una especialista en poesía nos podría ser de gran ayuda.

—Una *especialista en poesía*… Un campo un poco vasto, ¿no le parece?

—Bueno, sí, supongo que será mejor concretar un poco más…

—Si, será mejor.

—Lo que yo estoy buscando es una especialista en la poesía de Rosalía de Castro.

—Vaya, Rosalía. Pues ya nos vamos centrando un poco más… E imagino, señor Vega, que si está aquí es porque ya está usted al tanto de que esa es justo mi especialidad, ¿no es así?

—Así es. Eso fue exactamente lo que su decano, el señor Santiago Seoane, me dijo cuando hablé con él. Según me ha explicado, para cualquier cosa que uno necesite saber sobre Rosalía de Castro, no hay en toda la Universidad de Santiago persona más capacitada que usted.

—Mira tú, el señor Seoane, siempre tan atento… —¿Ironía?—. Bueno, pues si él lo dice será verdad… ¿En qué puedo ayudarle, pues?

—Bueno, supongo que en realidad no debe ser nada complejo para usted…

—No me sobrevalore antes de tiempo, señor Vega. Usted pregunte primero, y luego ya veremos.

—Como quiera…

Tragué saliva. «Vamos allá…».

—El asunto es el que sigue: ¿podría usted confirmarme si efectivamente existen unos versos de Rosalía de Castro en los que se hable de llevar un clavo clavado en el corazón?

La mujer se quedó en silencio, sin dejar de observarme fijamente. No fue hasta una décima de segundo más allá de que la espera hubiese comenzado a hacerse demasiado larga cuando por fin me respondió.

—Usted no es de aquí, ¿verdad?

—Sí, lo soy. ¿Por?

—Porque, señor, hasta los niños de la escuela Primara conocen esos versos… El poema por el que usted pregunta es «Una vez tuve un clavo»:

«Una vez tuve un clavo
clavado en el corazón,
y yo no me acuerdo ya si era aquel clavo
de oro, de hierro o de amor…».

Y todo lo que sigue. Ese es el poema que busca, ¿me equivoco?

—Bueno, sí —respondí torpemente, abrumado por la aparente facilidad con la que mi interlocutora había encontrado la respuesta a mi pregunta—, supongo que sí.

—Sí —confirmó ella, más allá de cualquier duda posible—, claro

que lo es, no hay otro. *Follas novas*, La Habana, 1880, libro I, *Vaguedades*, décimo poema —sentenció con la misma rapidez y precisión con la que el sacerdote localiza un versículo de la Biblia—. Lo que no entiendo es porque necesita que yo le explique algo que podría usted consultar en cualquier libro, o incluso solo con una mínima búsqueda en internet. ¿Qué ocurre, señor Vega, acaso los *periodistas investigadores* de ahora tampoco saben trabajar con ordenadores?

Eh, ya estaba bien, ¿a qué carajo venía tanta hostilidad? Yo tan solo había ido a pedir un poco de ayuda, no tenía por qué soportar pullas de nadie.

—Por supuesto que sí, señorita. Incluso algo hemos escuchado ya sobre un tal señor Google. Pero para conseguir la información preferimos echar mano de las fuentes más fiables a nuestro alcance. O por lo menos de aquéllas que pensamos que tal vez lo puedan ser, aunque después comprobemos que nos habíamos equivocado… —«Bueno, bueno, vamos recuperar la calma, chaval, a ver si esta vez no acabamos liándola, ¿sí?»—. De cualquier modo, profesora, lo que de verdad me gustaría que me aclarase es si ese poema tiene que ver con algún tipo de venganza en concreto.

Poco a poco se fue dibujando en el rostro de la mujer una expresión a medio camino entre la sorpresa y la incertidumbre. En realidad, lo justo sería decir que se trataba de esa expresión frente a la que uno se encuentra justo después de haber dicho alguna estupidez…

—*¿Algún tipo de venganza en concreto*? Disculpe, pero creo que no le estoy entendiendo…

—Bueno, lo que quiero decir es si este poema habla sobre la venganza, o si trata sobre un ajuste de cuentas, o…

—No, no —me interrumpió ella—, la cosa no va por ahí. En «Una vez tuve un clavo», ese clavo al que la autora se refiere no es otra cosa sino su propia angustia. Verá, señor Vega, el poema no trata sobre ninguna venganza, sino sobre ese dolor vital que siempre acompañó a la poetisa a lo largo de toda su vida, el dolor de no llegar a comprender el sentido de la propia existencia, no sé si me me sigue usted…

—Más o menos —mentí.

—Ya… Mire: si bien es verdad que existe algún poema de Rosalía en el que sí le podría asegurar que lo que se aborda de modo explícito es el tema de la venganza, desde luego ese poema no es este.

»Ahora bien —continuó—, sería bueno, señor, que tuviese usted

en cuenta el hecho de que la poesía y los prospectos medicinales nada tienen que ver entre sí.

—Disculpe, pero creo que ahora sí que no consigo seguirla…

—Lo que quiero decir, señor Vega, es que por fortuna no existe ningún tipo de expresión artística que venga con su propio manual de instrucciones, ninguna guía en la que se nos indique cómo debe ser interpretado tal cuadro o leído tal verso. La poesía es la expresión de un sentimiento, y cada cual es muy libre de hacer la lectura que mejor le vaya, dentro de unos límites más o menos razonables, por supuesto. ¿Venganzas ocultas dentro de «Una vez tuve un clavo»? Hombre, pues qué quiere que le diga… Quizá si usted me pudiese explicar a qué vienen estas preguntas tan, digámosles, *peculiares*…

—Verá, como ya le he dicho de entrada, puede que la poesía no sea mi fuerte —escuchando esto la profesora volvió a arquear sus cejas con descaro. Estaba claro que para ella ni la poesía ni probablemente cualquier otra expresión artística estaban cerca de ser ninguna de mis debilidades. Bueno, tal vez razón no le faltase, pero no por ello dejó de incomodarme todavía un poco más aquella actitud suya tan altiva—, pero lo cierto es que existen algunos indicios que nos llevan a pensar que el caso que estamos investigando está relacionado con ese poema.

—¿Relacionado? Vaya… ¿Y se puede saber de qué modo? ¿Acaso han encontrado ustedes estos versos escritos con sangre de mujer virgen en la escena de algún crimen?

Sonreí ante el cinismo de la profesora Deneb. Ojalá fuese tan fácil… Por lo menos así podría sentirme un poco más seguro de lo que estaba haciendo.

—Pues no, no se trata de eso. Es más bien una posibilidad. Una intuición, si lo prefiere.

—¿Una *intuición*, dice? —La mujer acomodó sobre sus labios un gesto de incredulidad—. Pero a ver, ¿se puede saber en qué consiste ese caso que está usted investigando, señor Vega?

Por el tono de la pregunta se podía ver con claridad meridiana que a la orgullosa profesora Deneb mis preocupaciones no le inspiraban demasiado respeto.

—Pues no. Lo siento, pero lo cierto es que no le puedo dar más detalles. —Empapé mi respuesta de tanta amabilidad como me fue posible, aunque solo fuera para disimular el placer de no darle el gusto de saciar su curiosidad—. Tan solo le puedo decir que se trata de un asesinato.

—¿Un asesinato? —Esta vez sí pareció sorprendida—. Bueno,

esto sí que era lo que me faltaba por oír… ¡El colmo! —exclamó con aire de fastidio. Su reacción me pilló por sorpresa.

—Disculpe, pero no comprendo. ¿A qué se refiere cuando dice que esto es lo que le faltaba por oír?

Se quedó por un instante observándome en silencio. Apartó luego la vista, como si estuviese a la búsqueda de orden para sus palabras en el vacío, y por fin, juntando dedos corazones con pulgares, puso los ojos en blanco y simuló estar armándose de paciencia.

—Mire, no sé si habrá llegado a tiempo de escuchar nuestra *charla*, como usted la ha llamado…

—He llegado al final —atajé sin dejar espacio para más ironías.

—Bien, pues peor para usted. Si así ha sido, me habrá escuchado hablar de los diferentes motivos por los que decimos que este es un año «rosaliano». ¿Le han parecido suficientes? Pues todavía nos quedamos cortos… No sé si habrá caído usted en la cuenta de esto que le voy a decir, me imagino que no, pero desde aquí se puede ver con claridad que hoy, ahí fuera, Rosalía está por todas partes. En realidad, el mío no es más que uno de los muchos libros que sobre ella saldrán este año al mercado. Tenemos conferencias, charlas, coloquios en escuelas, en facultades e incluso en asociaciones de mujeres rurales. Rosalía está más presente que nunca, sí. Pero muy pocas veces de la manera más aconsejable… Nuestros políticos no dejan de hablar de ella, aún cuando jamás hayan sido capaces de abrir ni uno solo de sus libros. Se hace y se dice lo que sea con tal de quedar bien en la foto. Los chavales llevan camisetas con su rostro estampado sobre el pecho, como si de otra estrella pop se tratase. ¡Por el amor de dios, pero si hasta hay un centro comercial en la ciudad que está empleando unos versos suyos como eslógan publicitario!

—¿Un centro comercial?

—«Venga a gozar de nuestro centro, *festiña por fóra, festiña por dentro*[4]». ¿Va a decirme que no sabe usted de qué le estoy hablando?

Sí que sabía, sí. La frase estaba por todas las vallas publicitarias de la ciudad. Lo que no habría adivinado jamás es de dónde se habían sacado la frase.

—No me parece muy afortunado el juego, no.

—¡Venga, hombre! ¿Que no le parece muy afortunado, dice? Por favor… ¡Pues claro que no! ¡Una auténtica aberración, eso es lo que es! Pero claro, como aquí somos así… Y ahora aparece usted.

—¿Yo? —Lo súbito de la incriminación me cogió desprevenido.

—Mire, no sé cómo será ese caso tan misterioso del que tan poco me puede decir. Pero, desde luego, pretender relacionar una obra de Rosalía de Castro, un texto escrito y publicado hace más de cien años, con un asesinato cometido hoy…

—Ayer —puntualicé.

—¡Usted perdone! —despreció ella mi corrección—. Por favor, señor Vega… Eso es elevar las celebraciones del año rosaliano a cotas de delirio que ni al más folclórico de los presidentes de la Xunta se le habría ocurrido jamás. ¡Lo que usted pretende hacer, señor mío, es catapultar el concepto de «año rosaliano» a una nueva dimensión!

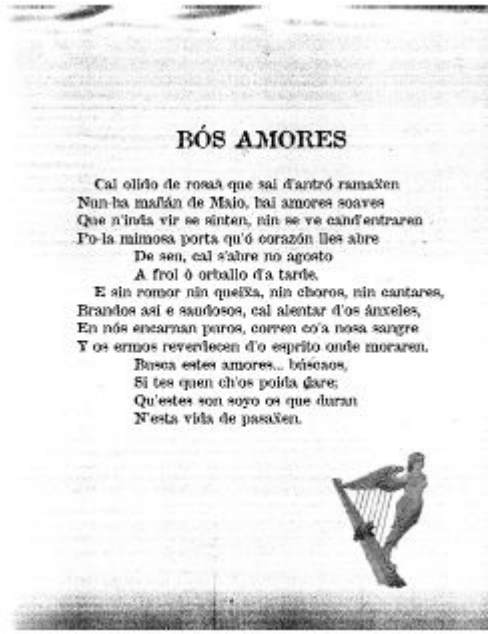
Hubo un brevísimo silencio, el tiempo justo para que la profesora cogiese aliento, y yo sintiera como algo, tal vez una especie de puerta, se cerraba en el interior de aquella mujer.

—Si me lo permite, señor *periodista investigador*, le daré un consejo: busquen ustedes nuevas líneas de investigación, y dejen a Rosalía en paz, que ya tiene la pobre bastante con lo que tiene. Y ahora, si no necesita nada más, me gustaría seguir saludando a mis compañeros.

Y sin más miramientos, la profesora avanzó un par de pasos, dejándome de lado para sumergirse en un nuevo corro de cuadernos, chaquetas de pana y gafas de pasta que llevaban ya un buen rato esperando por ella. No tardé en volver a escuchar el rosario de felicitaciones, agradecimientos, loas y más felicitaciones a mis espaldas. Había dejado bien claro que nuestra conversación no había sido de su agrado, y que por ahí ya no había nada más que decir. Salí del salón de actos pensando en lo antipática que aquella mujer me había parecido. Sí, muy antipática…

… Aunque, en el fondo, yo era perfectamente consciente de lo que ocurría. Lo que estaba haciendo no era otra cosa sino tapar mi verdadera preocupación: el enorme absurdo que en realidad era mi *línea de investigación*.

de: Adriano [enclosed recipient]
para: Sofía Deneb [sofia.deneb@gzmail.com]
fecha: 8.05.2013 20:27
asunto: Buenos amores



BÓS AMORES

Cal olido de rosaà que sai d'antró ramaẽen
Nun-ha mañán de Maio, hai amores soaves
Que n'inda vir se sinten, nin se ve cand'entraren
Po-la mimosa porta qu'ó corazón lles abre
De sen, cal s'abre no agosto
A frol ó ortallo d'a tarde.
E sin romor nin queixa, nin choros, nin cantares,
Brandos así e saudosos, cal alentar d'os ánxeles,
En nós encarnan puros, corren co'a nosa sangre
Y os ermos reverdecen d'o espirito onde moraren.
Busca estes amores... búscaos,
Si tes quen ch'os poida dare;
Qu'estes son soyo os que duran
N'esta vida de pasaẽen.

* Cual aroma de rosas que sale entre el ramaje / en mañana de mayo, hay amores suaves / que ni venir se sienten, ni se ven cuando entraren / por la mimosa puerta que el corazón les abre / como en agosto la flor / al rocío de la tarde.
Y sin rumor ni queja, ni lloros, ni cantares, / blandos así y saudosos, cual un aliento de ángeles, / se nos encarnan puros, corren con nuestra sangre / y el yermo reverdecen del alma en que morasen. / Busca estos amores…, búscalos, / si tienes quien te los pueda dar; / solo estos son los que duran / en la vida, que es pasar.

Un poco más, ha de aguantar un poco más, y ya estará todo hecho. ¿Conoce usted eso que dicen, eso de que solo se vive una vez? Pues morir tampoco son muchas más… Venga, despierte, no querrá usted llegar tarde a su propio entierro, ¿verdad? No, yo creo que no… Despierte, que solo se muere una vez.

¡Venga, despierte! ¿Está usted conmigo? ¿Sí, ya? Como le estaba diciendo, no debió hacerlo. No, aquello no estuvo bien. Porque hay cosas que se pueden hacer, y cosas que no. Y todo aquello, toda aquella historia suya… En esta vida, señora, hay ciertas cosas que no se deben hacer. Bien es verdad que no aparecen recogidas en ninguna lista, pero no por ello dejamos de saber cuáles son. Hay cosas que no se pueden hacer y, pese a todo, a usted no le importó echarlo todo a perder. Venga, venga, vaya despertando, que ya son horas, y usted y yo tenemos todavía mucho de qué hablar. Tengo entendido que mañana es un día especial, ¿no es así? Sí, claro que lo es: mañana es su cumpleaños. *Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos*… Venga, deme, ponga aquí detrás las manos, eso es. ¿Está bien así, se encuentra cómoda? Sí, sí que lo está. ¿Y cuántos van ya, setenta años? No, ya son más. ¿Setenta y cinco, tal vez? Sí, y alguno más también. Y la verdad es que no se le notan…

¿O tal vez sí? Quizás ahora que la veo de cerca, tan de cerca… Sí, ahora sí. Viendo las cosas desde tan poca distancia surgen otras evidencias que antes pasaban inadvertidas. Como el *usted*, por ejemplo. De repente todas estas cortesías se descubren ciertamente absurdas, ¿verdad? Sobre todo cuando uno de nosotros dos lleva tan poca ropa encima… Haces muchos esfuerzos porque no se te note, pero desde aquí no hay engaño posible. Las arrugas, las manchas en la piel, la vejez… Poco te falta para los ochenta. Y qué más dará… Sean los que sean, supongo que estarás de acuerdo en que ya han sido suficientes, ¿no te parece? Sí, desde luego que sí.

Porque hay que ver cómo es el tiempo, que los años van pasando y nosotros aquí, como si no nos diésemos cuenta, viéndolos pasar sin más. Los vemos pasar, sí, como las vacas en el campo ven pasar frente a ellas el tren que se dirige a la ciudad. ¿Y qué crees que hacemos nosotros, entre tanto? Déjame aquí los pies, anda. Así, bien juntitos, uno sobre otro, que no se diga que no estás cómoda. ¿Qué tal el agua, está a tu gusto? Bueno, pues supongo que eso depende

un poco de cada uno: los hay que se quedan quietos, casi inmóviles, viendo el tiempo pasar, observándolo de reojo, como no queriendo ver correr todo ese torrente de días. No, no tienen el valor necesario para sostenerle la mirada al tiempo, no vaya a ser que él también perciba la presencia de todos estos cobardes y decida pararse a ajustar cuentas con ellos. ¿Acaso no lo sabías? Hay gente que va dejando pasar los años sin hacer ningún ruido, asustados, temerosos del mundo, en la espera miserable de que tras una noche como esta todavía venga otro día más.

Pero hay otra gente, una bien diferente,que no comulga con semejante manera de hacer. Personas que se arrojan a los años como si el tiempo les perteneciese. Cada minuto, cada segundo que transcurra por sus vidas, todos deberán ser de la máxima intensidad. Y no importa cuáles sean los precios que por cada uno de esos instantes de plenitud haya que pagar. Lo que sea, se entrega lo que sea necesario con tal de mantener sus puestos en la primera fila, en el centro del escenario, en el lugar más destacado de la foto. No, no, no cierres los ojos ahora, no vayas a quedarte dormida otra vez. Mira, mira ahora, no dejes de mirar. Mira, ya va, ya va…

Ahora.

Piel, carne, sangre, nada más. Aquí, aquí está. ¿Ves? ¿A que no has sentido nada? Ya está, ya está hecho. Mira, ya comienza a salir. ¿Ves, lo ves? Claro que sí, cómo no lo ibas a ver… Es todo tuyo, eres tú, tienes que verlo. No vayas a dormirte ahora, algo como esto no se ve todos los días. Y tú no tendrás otro… Otro día, quiero decir. Deja que abra un poco el agua fría, no quiero que te me quedes dormida. Todavía no.

Así es como los hemos ido pasando, ¿verdad? Aquellos primeros años en la aldea, la guerra todavía fresca. Y a continuación la dictadura. Mucha represión, apenas se podía hacer nada si no era desde la clandestinidad. *Clandestinidad*, qué tendrá esa palabra que a todos nos gusta tanto… Y lo bien que te sentaban aquellas pintas de juventudes revolucionarias… Después vino la Transición, la democracia, y todo aquel circo de la posmodernidad. ¿Y después, qué? ¿Ya estaba todo hecho? Qué cosa más dura sobrevivir a todo eso, ¿verdad? ¿Qué se supone que viene, que puede venir, después de algo que se llama a sí mismo *posmodernidad*?

Pues una resaca terrible, qué iba a ser si no… Mas, pese a todo, había que seguir manteniendo aquello a lo que vosotros llamabais «compromiso», ¿me equivoco? Qué otra cosa podía hacer alguien como tú, si al fin y al cabo eso es lo que siempre has sido, una *comprometida con la causa*. ¿La *causa*? Sí, la causa. La que fuese,

cualquiera que fuese en cualquiera de los momentos. Luchando por la causa de la libertad para nuestro pueblo, o por la de nuestra cultura, o la de nuestra lengua, la de nuestra voz. Nuestra *lo que sea*. Mira, mira lo que asoma por aquí. ¿Duele? ¡Y a quién le importa! Vamos a dejar que salga todo, todo eso que escondemos dentro. Así…

Y no te confundas, no pienses que yo critico nada de lo que has ido haciendo. No. Al fin y al cabo, tú y yo somos muy semejantes. ¿Qué crees que estoy haciendo sino mantener el compromiso con mi trabajo intensamente? Hay cosas que es necesario hacer. No son agradables, desde luego, pero alguien ha de hacerlas.

Por lo que a ti te toca, he de reconocer que en un principio me hiciste dudar. No acertaba a pensar con claridad. ¿Qué se suponía que era todo aquello? Una mujer de tu renombre en aquella… ¿pose? tan descarada. La verdad es que no supe qué pensar. ¿Qué era aquello? ¿Un divertimento? ¿Una vergüenza? No, eso no estuvo bien. Ni siquiera viniendo de tu excéntrica mano. La mujer del césar no solo ha de ser honesta, querida mía, sino que además ha de parecerlo. Siempre. Entiendo que a tus años ya no van siendo muchos los focos bajo los que colocar tu presencia, y que todo pase por bueno con tal de figurar. Pero no a cualquier precio. Sí, reconozco que todo aquello me enojó.

Sin embargo, no es esa la razón por la que ahora estamos aquí tú y yo, en tu cuarto de baño, charlando tranquilamente como dos buenos amigos. No, aquello no estuvo bien. Pero lo que estuvo mucho peor fue lo otro.

Desde mi posición te veo con claridad meridiana. De todos los posibles no fue la soberbia el pecado que te condenó. No.

Fue la avaricia.

Ahí fuera todavía no lo saben. Ni lo sabrán nunca, ya me encargaré yo de que así sea. Pero tú y yo sí… Nosotros sí sabemos lo que hiciste. Y eso, querida, eso sí estuvo mal.

Sé que mantener esta vida que llevas no es cosa fácil, todo esto cuesta mucho. Mira a tu alrededor. Esta casa. Esos trapos que abarrotan tu ropero. El oro que llevas encima. Todas estas cremas… ¡O incluso el grifo por el que ahora sale el agua! Por el amor de dios, mujer. Los grifos que hay en mi casa son mucho más simples, más baratos que este, y sin embargo el agua también sale por ellos. ¿De verdad necesitabas todo esto? ¿Cuánto cuesta cada pieza que nos rodea…? Dime, ¿de verdad lo necesitabas? Porque todo esto vale mucho, pero aquel dinero no era vuestro. No debiste meter mano en ese asunto. No, no tenías derecho, no te correspondía.

Y además, ¿para qué? Solo para mantener las apariencias, para seguir figurando, aun sabiendo tan bien como yo que tú ya no tienes nada que decir.

Patético.

¿Cuántos años van ya? Demasiados. Y a lo largo de todos ellos, de uno tras otro, la soberbia y el orgullo han ido pudriéndote por dentro. Qué lástima. Oh, disculpa, ¿he dicho *lástima*? No, lástima no. *Asco* era lo que quería decir… Asco de verte todo este tiempo víctima de una apariencia, prisionera de un ansia enfermiza por seguir figurando.

Y pese a toda la repugnancia que me provocas creo que aún soy capaz de comprender algo de todo esto. Porque lo cierto era que picaba, ¿verdad? Sí, picaba, algo quemaba en tu interior, y tú no eras capaz de controlarlo. Tenías hambre, hambre de *más*. De *más* presencia, de *más* reconocimiento. Pero por mucho que le ofrecieras esa hambre nunca desaparecía, la ofrenda nunca era suficiente.

Porque así es como se nos va la vida: por la barriga. La vida se difumina por los rincones en que habita el orgullo de los hombres. Todos esos hombres y mujeres cuya atención has querido llamar. Tantos y tantos esfuerzos hechos a lo largo de una vida consagrada a ti misma, a reclamar todos los reconocimientos, a ser el centro de todas las miradas. Y ese hueco, ese vacío que no se llena… Ese vacío que el placer no calma, ¿verdad? Justo aquí, en el vientre…

Eres patética, mujer. Tanto como lamentable resulta el espectáculo de ver los esfuerzos que haces en el intento de seguir engañando a la galería, sin darte cuenta de que aquí la única persona que hoy sigue cayendo en tus propios engaños eres tú misma. Mira a tu alrededor. Aquí, en esta casa tan grande y tan vacía, no hay nadie más que nosotros dos. Estás sola, como siempre has estado. Nadie te echará en falta mañana.

Haz un esfuerzo, el último, y contempla como el agua, esta agua sucia de tu propia inmundicia, huye por el desagüe llevándose consigo tu vida. ¿Acaso no te gusta lo que ves?

«Pues consuélate, Rosa,
que mucho ha de sufrir en esta vida
quien mucho de ella goza…».

-3-
La escritora en la bañera

Jueves, 9 de mayo

Los nombres de las personas son como el mundo: en general una cosa bastante curiosa. Por ejemplo, hasta donde yo sabía, el comisario Napoleón Sevilla ni era andaluz ni mucho menos tenía ningún tipo de querencia por el asunto galo. Es más: que yo supiese, las únicas disciplinas por las que el comisario tenía algún tipo de interés eran la de comer y la de tocarles las pelotas a sus subalternos. Y en ambas era todo un campeón. Dispuesto a poner en práctica una de esas dos virtudes, Sevilla se acercó a la mesa en la que yo hablaba con el inspector Casaperda.

—Hombre, pero si tenemos con nosotros al mismísimo Aquiles *Capote* Vega… A ver, ¿se puede saber qué cojones es lo que anda haciendo un payaso como tú en una comisaria como esta? ¿Acaso estamos a punto de un encuentro en la tercera fase, o qué?

Sí, el tipo estaba loquito por mí…

—Lo he llamado yo, señor —intercedió Andrés—, está echándonos una mano con el caso de República de El Salvador.

—¿Una mano? ¿Y entonces qué coño pasa, Casaperda? ¿Ahora resulta que también necesitamos saber el horóscopo del pobre Carneiro?

Aquel montón de mierda era el jefe de Andrés, sí. Pero no el mío, así que yo nada tenía que perder con él. (Bueno, al paso que iba, ni con el comisario ni con nada a mi alrededor…). Por eso tampoco tenía ningún miedo de darle a aquel gordo seboso las respuestas que sus comentarios iban pidiendo a gritos.

—Efectivamente, Napoleón. Precisamente ahora le estaba entregando la predicción a Andrés. ¿Quiere que se la repita?, me la sé de memoria: *Leo: tendrás un mal día. Especialmente para la cosa de morirte*.

El tipo se quedó allí, de pie, observándome en silencio durante un buen rato. Me lo imaginé sopesando cuál de las dos opciones que presumiblemente estaba barajando le daría más placer: si soltarme un sopapo o mandarme a la mierda. Pero mientras esperaba cualquiera de las dos, el comisario optó por una tercera vía.

—Caramba, qué ocurrente… Pues mira, visto que aquéllas en las que decía *periodista* ya no te sirven, ya sé lo que puedes poner en tus nuevas tarjetas de visita. ¡Es que las estoy viendo, chaval! —

Sevilla levantó la mano en el aire, y comenzó a moverla por delante de los ojos siguiendo la cadencia de sus palabras—: *Aquiles Vega, estrella estrellada. Asesoramiento astrológico a precios astronómicos*. Qué, ¿qué te parece?

Intenté cargar mi sonrisa de tanto cinismo como el que él había empleado en su comentario.

—No, comisario —rechacé lacónicamente—, ya sabe usted que no. Mis precios son de amigo por ser para quien son: mi agudísima perspectiva a cambio de la exclusiva de la noticia para este su humilde servidor, nada más.

El comisario Sevilla volvió a quedarse en silencio, toda esa cara suya de cerdo malhumorado observándome de arriba abajo.

—Tu decadencia alcanza cotas de récord, muchacho —dijo al fin—. Llegarás lejos en esta vida. Cuesta abajo, eso sí, pero lejos… A ver, ¿cómo va el asunto? —preguntó dirigiéndose ahora a Andrés—. Con semejante ayuda me imagino que ya tendrás el caso resuelto, ¿no?

—Bueno, la verdad es que…

Andrés entornó sus ojos.

—Sí, hombre, sí, si ya sé lo que me vas a contestar: que ni puta idea por el momento, ¿no es así?

Pedazo de imbécil… Siempre he sentido lástima del pobre Andrés por tener que soportar cada día a un incompetente como el comisario Napoleón Sevilla.

—Su sapiencia necesitaría de la invención de un nuevo sistema de medida capaz de abarcar dimensiones infinitas, comisario…

El gordo Sevilla volvió a quedarse mirándome, de nuevo en silencio.

—Hay que ver, pero qué espabilado es ahora el chaval, y lo estúpido que parecía cuando fuimos a cogerlo, todavía con el teléfono en la mano… ¡Pues mira qué bien, Casaperda, que todavía vas a estar de suerte! Ya que tienes aquí al macaco este, ¿por qué no le pides que te eche una mano? Igual puede seguir *asesorándote* en tu nuevo caso —dijo en el más irónico de los tonos.

—¿Otro asesinato? —preguntó Andrés.

—No, creo que no. Por lo que me han dicho, esta vez la cosa tiene más pinta de suicidio. Un fulano, creo que el portero del edificio, acaba de encontrar a una de las inquilinas muerta en la bañera de su piso. De cualquier modo, sea lo que sea, el asunto aún no está claro. Y para eso es que los buenos contribuyentes pagan tus malas nóminas: para que aclares mis dudas. Así que venga, andando. Al paso que vamos, parece que este mes vas a trabajar

todo lo que no has trabajado el resto del año.

El comisario se apoyó sobre el escritorio de Andrés para apuntar en una hoja de papel doblada la dirección a la que teníamos que dirigirnos. Preocupado por la proximidad de su superior, mi amigo simuló estar a la búsqueda de algo en el caos evidente de su mesa. En realidad no buscaba nada, tan solo intentaba que el gordo Sevilla no cayese en la cuenta de que sobre el escritorio de Casaperda no había más que un vaso de plástico con un café frío, paquetes de tabaco vacíos, y una hoja con un poema de Rosalía de Castro escrito a mano de mi puño y letra.

Todavía estaba yo pensando si a sus padres ya les habría caído mal el niño nada más nacer para haberle puesto por nombre Napoleón, cuando caí en la cuenta de que Andrés salía por la puerta. Dejé cualquier hipótesis para más adelante y seguí los pasos de mi amigo. La nota que le había dado el comisario era bien sucinta: Plaza de Galicia 3, 4º A.

***

Un punto complicado de la ciudad. La parada de los buses urbanos primero, la de los taxis después, los coches que entran y los que salen del aparcamiento subterráneo, y el tráfico en el cruce de las calles Montero Ríos con Doutor Teixeiro. Creo que cada vez me siento menos a gusto en la ciudad. Llueve, comienza a caer con fuerza. Pero la plaza no queda lejos de la comisaría, Andrés ha pensado que tal vez sea mejor ir andando… Un sitio complicado. El aire en la calle está viciado. Huele a asfalto mojado. Y a polución, todo ese veneno condensado sobre nosotros. Empiezo a pensar que todo en esta ciudad está viciado. A estas alturas ya tengo otra vez los pies empapados. Nunca acierto con el calzado. Somos muchos aquí, demasiados para esta aldea tan grande que llamamos ciudad. El aire en la calle pesa mucho. Entro en el portal del número 3. En el interior, al lado de la portería, un agente habla con un hombre. Reconozco al policía. Definitivamente sí, tengo los pies empapados hasta los tobillos. Andrés me lo había presentado tiempo atrás. Xabi Carnota, un tipo duro, buena gente. El otro fulano va vestido con una bata azul. El portero. Algo en sus manos llama mi atención. Una prótesis… El tipo es manco. Todavía lleva el susto escrito en el rostro. Cogemos el ascensor. Qué carajo está pasando con esta ciudad… Cuarto piso. Venga, despierta. Andrés tiene razón, esta puede ser tu oportunidad. Concéntrate.

—Buenos días, inspector Casaperda. ¿El señor viene con usted?

A este no lo conozco, y parece que él a mí tampoco. Empate.

—Buenos días, Barbosa. —Andrés devuelve el saludo por los dos—. Sí, viene conmigo. Aquiles Vega, colaborador del departamento. —El agente Barbosa me devuelve el saludo llevándose la mano a la gorra. —A ver, ¿de qué va la historia esta vez?

Barbosa se pasa la mano por la cara antes de responder. Se le nota el hastío, otro más que también va estando cansado de su trabajo.

—Un suicidio, señor.

—¿Un suicidio, sin más?

—Bueno, por lo menos eso es lo que parece. Una mujer sumergida en un bañera llena de agua y sangre hasta el borde. De hecho, el agua está tan roja que más parece pintura que sangre, señor. Es imposible ver nada dentro de la bañera.

—¿Tanto es? —pregunta extrañado Casaperda.

—Tanto. —El agente vuelve a frotarse la cara antes de seguir hablando—. No sé, señor, me imagino que no será más que otra mujer que se cansó de esperar por la primavera. ¿Cuándo demonios dejará de llover en esta maldita ciudad?

—Usted no es de aquí, ¿verdad? —pregunta Andrés con retranca al tiempo que el agente Barbosa comienza a guiarnos por el piso.

Justo ayer también a mí me hicieron esa misma pregunta. «Usted no es de aquí, ¿verdad?», me preguntó la profesora Deneb. Un mal momento aquel. Hoy tampoco hay respuesta. El agente Barbosa está muy ocupado frotándose una y otra vez la cara, ya casi de manera compulsiva. Este hombre parece estar más que harto de su propio trabajo. El piso es enorme. El recibidor conecta con un salón bastante amplio del que salimos por un largo pasillo. Un olor fuerte a cera quemada inunda toda la casa.

—¿Cuánta gente vive aquí?

—Pues por lo que yo sé, no mucha ya. Según lo que el portero nos ha dicho, la mujer vivía sola, así que…

—¿Sabemos de quién se trata? —pregunto.

—Sí, sí. Carnota le tomó declaración al portero nada más llegar.

—¿Al tipo de abajo?

—Sí, Nano no sé qué. Fue él quien nos avisó. Parece que no anda muy fino, ya saben, de la azotea. —El agente hizo girar su dedo índice contra la sien—. Por lo visto no rige demasiado bien… Desgraciado, menudo susto se ha llevado el pobre…

—¿Fue él quien encontró el cuerpo? —pregunta nuevamente Andrés.

—No lo sé. Como les he dicho, fue Carnota quien le tomó

declaración mientras yo hacía el reconocimiento de la escena. Por lo que me ha parecido entender, creo que se trata de una poetisa, o de una escritora famosa, o algo de eso… Pero el nombre no se lo he oído.

Esa voz que a veces me advierte de los pequeños detalles comienza a resonar en mi interior. Observo con recelo al agente que, sin demasiadas prisas, nos guía a través de la vivienda. No debe de llegar ni siquiera a los treinta y, definitivamente, ya está quemado para este trabajo. Una bomba de relojería en potencia. Doblamos otra esquina y seguimos avanzando por el largo corredor hacia un resplandor cálido, como si en el cuarto al fondo del pasillo ardiese un fuego de chimenea.

—¿Pero dónde diablos queda el cuarto de baño ese? —protesta Andrés.

—Hemos llegado, inspector. Es ahí, la puerta del fondo.

Como un perrito fiel, Barbosa nos cede el paso y se coloca ahora a nuestras espaldas, dejando que seamos nosotros quienes tomemos la delantera. Por fin ante la puerta abierta, un primer latigazo llama mi atención. Me detengo justo antes de entrar y hago una señal para que nadie se me anticipe. La voz sigue hablándome. «Fíjate bien», me dice. El cuarto de baño. Un lavabo de loza a un lado, un retrete al otro, y al fondo, bajo un pequeño tragaluz, una vieja bañera de hierro pintado de blanco. Y nada más. Algo no marcha bien.

—Agente, dice que ha sido usted el encargado de realizar el registro de la escena, ¿no es así?

—Exacto.

—¿Tocó algo durante el registro?

—No, señor. Solo me acerqué a la mujer para comprobar que, efectivamente, estaba muerta. Y, como puede ver, eso es algo sobre lo que tampoco caben demasiadas dudas. O eso, o aguanta de maravilla la respiración bajo el agua…

Andrés y yo nos quedamos mirando al agente.

—Discúlpenme —responde avergonzado—. Creo que no tengo un buen día… —Se frota la cara una vez más—. Como le he dicho, una vez comprobado que la mujer estaba muerta, salí sin tocar ni alterar nada, y he permanecido a la espera de su llegada.

—¿Qué es lo que pasa, Aquiles, ves algo? —pregunta Andrés, quien hasta ese mismo momento se ha mantenido en silencio a mi lado.

Pero yo no respondo. Con la mirada fija en la bañera, otro relámpago sacude mi cabeza.

—Todavía no nos ha dicho usted cómo se llamaba la mujer, agente…

Porque esa es la verdad, y aunque seguimos sin conocer la identidad de este cuerpo, una posibilidad empieza a revolverse en mi pensamiento. Sutilmente, la voz al fondo comienza a hablarme con un poco más de fuerza. Un nombre, me dice un nombre. ¿Y si…?

—Háganos a todos un favor, agente, y baje de inmediato al portal. Busque a su compañero, hable con él, y no vuelva a subir si no es con el nombre de esta mujer en los labios. Y si puede ser para hoy, mejor.

El tal Barbosa se me queda mirando. No me conoce de nada. «¿Quién cojones se cree que es el fulano este para darme órdenes a mí?», debe de pensar. Contrariado por encontrar una confirmación a mi orden en el rostro de Casaperda, el hombre da por fin media vuelta y nos deja en la puerta del cuarto de baño.

—A ver, Aquiles —comenta por lo bajo mi amigo—, tremendo corte le acabas de meter al chaval. ¿Qué pasa, que tú tampoco tienes un buen día hoy, o qué?

—Pues no, no lo tendré, no lo sé. —De hecho, creo que ni siquiera recuerdo cuándo fue mi último día bueno. Y tanto me da si a este hombre le parece mal mi manera de dirigirme a él. El agente de guardia solo escucha palabras secas. Nosotros tenemos que escuchar, ver, sentir cosas muchísimo peores todos los días. ¿O no era ese nuestro trabajo?—. Que se vuelva para su pueblo sin lluvia si no le gusta mi manera de hablar. Pero antes de hacerlo, que me diga de una puta vez cómo coño se llamaba esta mujer.

Andrés me observa fijamente, como si de repente no me conociera. A veces, últimamente, yo tampoco me reconozco a mí mismo en el espejo.

—Oye, compañero, ¿quieres decirme qué carajo está pasando aquí?

Pasa que esto no está bien. Nada bien.

—Lo que está pasando aquí son cosas malas, Andrés. Cosa muy malas…

El cuarto de baño es una habitación interior, una estancia de apenas seis u ocho metros cuadrados, con una única abertura en la pared del fondo, el tragaluz presumiblemente asomado a algún patio interior del edificio. Apenas pasa un hilo de luz a través del cristal esmerilado. Forradas las paredes de azulejo blanco desde el suelo hasta media altura, la decoración es más bien espartana. Aquí no hay mucho con lo que distraer la vista. Como ya he observado al

llegar, en la pared de la izquierda no hay más que un gran lavabo de loza blanca, al modo de los aseos antiguos, y un espejo, sin más adornos que una pequeña repisa de cristal sobre la que descansan un par de peines y abundantes botes de cremas. A la derecha, un mueble de madera blanca con estantes llenos de toallas de diversos tamaños, rollos de papel higiénico y un pequeño botiquín, y justo a continuación el váter. Casi al fondo, muy cerca de la bañera.

La bañera…

La bañera ocupa toda la pared del fondo. Una enorme bañera de patas, con sus bordes repletos de velas. Una colección de velas, grandes, pequeñas, de muchos colores, aromáticas algunas, diferentes todas. Y todas encendidas. Esa es la razón del extraño resplandor que nos ha llamado la atención desde que hemos doblado la esquina del pasillo, así como la explicación del fuerte olor a cera quemada que impregna toda la casa. La colección de docenas y docenas de velas encendidas que se reflejan sobre las baldosas impolutas del suelo.

Hasta ese momento inmóvil bajo el quicio de la puerta, por fin entro en el cuarto de baño. Camino derecho hasta la bañera. Está por completo llena, exactamente hasta su límite, de un líquido rojo, tan intenso que, tal y como nos ha advertido el agente Barbosa, no permite ver más allá de un centímetro o dos de profundidad. En la superficie, tan solo sobresale la mitad superior de una cabeza apoyada contra el lateral izquierdo. La voz de Andrés vuelve a quebrar el silencio del cuarto de baño.

—Aquiles, por favor, ¿quieres decirme de una vez qué demonios estamos viendo?

No, esto no está bien. Vuelvo a fijarme en el suelo, en las paredes, otra vez en la bañera, en el retrete. No hay mácula más allá de los regueros que la cera ha ido formando al caer derretida por los bordes de la bañera. No siendo por este detalle, todo lo demás está limpio. *Enfermizamente* limpio. Me siento en el váter.

—¿Qué tal si lo haces tú, Andrés?

—¿El qué? —Casaperda me observa con cara de no comprender lo que le he dicho.

Andrés y yo somos de la misma quinta, los dos acercándonos peligrosamente a los cuarenta. Al contrario de lo que sucede conmigo, él sí es un hombre grande, corpulento. Pocos ojos hacen falta para darse cuenta de lo fuerte que es. No es un tipo al que te apetezca demasiado tocarle las pelotas. Pero yo lo conozco bien, sé hasta dónde puedo llevarlo.

—Pues eso mismo: decirme qué es lo que estamos viendo.

Me mira con desconfianza, tal vez crea que pretendo tomarle el pelo, pero al fin se decide a dar su respuesta.

—Pues yo creo que está muy claro, Aquiles: estamos viendo a una vieja loca que, harta de vivir sola en un piso tan rematadamente grande, ha decidido ponerle fin a la historia. Y me imagino que ha debido de hacerlo cortándose hasta la última vena de su cuerpo, a la vista de tanta sangre como aquí hay. Yo creo que está bien claro, ¿no?

Andrés me habla de manera expeditiva, a mucha velocidad y con el desdén de quien da una explicación demasiado detallada para aquello que en realidad no lo merece. Pero mi tono va a ser todavía más tajante que el suyo:

—No.

Pequeño silencio.

—¿*No*? ¿Cómo que no?

La mujer en la bañera tiene todo su cuerpo sumergido en el líquido rojo. Tan solo la parte superior de su rostro se mantiene sobre la superficie del agua, lo justo para que podamos ver sus ojos abiertos, perdidos en en infinito. Tomo aire lentamente, el momento ha llegado.

—Como que no, amigo. Esto no está bien, y las cosas no son lo que parecen. Lo que tenemos delante no es un suicidio, Andrés, sino otro asesinato.

Casaperda frunce el ceño.

—¿Asesinato? —repite con incomodidad—. A ver, no nos precipitemos… ¿Tú estás seguro, chaval?

Le dedico una mirada de soslayo. Andrés es un buen policía, y a mí me gusta trabajar con él. Aunque a veces tanto músculo no le permita pensar con claridad.

—El agente de guardia nos acaba de decir que él no ha tocado nada, ¿verdad?

—Exacto.

—Pues si eso es cierto, ¿entonces cómo es que no tenemos los pies mojados, *chaval*?

—Los pies…

—¡A ver, hombre! —aunque nadie parezca creerlo, mi paciencia también tiene un límite—. O espabilas de una vez, o para este caso el amigo Sevilla te va a tener haciendo horas extras de aquí al Día del Juicio Final… Los grifos, Andrés, los grifos del agua. ¡Tendrían que estar abiertos! ¿O cuándo coño has visto tú un suicida que ya casi sin sangre en las venas sea capaz de sacar fuerzas para cerrar los grifos justo antes de que el agua desborde la bañera?

En el rostro de Andrés la expresión muda por completo. Por fin comienza a comprender.

—Y venga, joder: aunque hubiese sido capaz, ¿tú te has fijado en cómo está el agua? ¡Pero si es imposible ver medio palmo en su interior, de tanta sangre que hay! ¿Cómo puede ser entonces que estos grifos estén tan limpios? Fíjate bien —indico, señalando las piezas de metal—, ¿cómo explicas tú que no haya ni el más mínimo rastro de sangre en ellos?

Otro silencio, y Casaperda recoge la pregunta que yo acabo de dejar en el aire.

—Están limpios… Porque no estaba sola.

—Por supuesto que no lo estaba —concluyo—, sino en compañía de alguien.

—Su asesino.

—El mismo. Alguien probablemente frío, lo bastante tranquilo como para esperar a que la bañera estuviese llena, y después cerrar los grifos —continúo hablando al tiempo que miro hacia la taza del váter sobre la que estoy sentado—. Probablemente la suficiente sangre fría para sentarse a contemplar como a su víctima se le va la vida.

Casaperda reacciona alarmado ante mi último comentario.

—Pero entonces…

—Ya —le interrumpo—, ya sé lo que me vas a decir: *pero entonces*, ¿cómo es que estoy ahora aquí, sentado en este trono real, en lugar de mantener intacto el soporte de alguna posible prueba, no es así? Pierde cuidado, Andrés, porque lo más probable es que ahora mismo mi culo esté sentado sobre el retrete más limpio de todo Santiago de Compostela. ¿Tú has visto cómo reluce todo el cuarto de baño? No, aquí no encontraremos huella alguna. Haya sido quien haya sido, el tipo lo ha limpiado todo. A conciencia.

Y no lo digo en voz alta, pero lo cierto es que tengo la sensación de que ese mismo *todo* parece dispuesto como para algo más. Todo es tan… ¿«bonito»? Hermoso, macabramente hermoso. Me da vergüenza reconocerlo, y supongo que por eso no lo digo en voz alta, pero lo cierto es que todo, el espacio, la limpieza, las velas, la luz, todo parece dispuesto para ser visto, preparado para que alguien lo encuentre de esta manera. Incluso el propio cuerpo de la mujer: nada en él deja entrever el más sutil rastro de violencia. Nada que no sea el mar de sangre en el que está sumergido. Bien al contrario, parece instalado en la postura cómoda, relajada, de un baño habitual. El fulgor de las baldosas deja claro que el motivo de los cuidadosos trabajos de limpieza no ha sido el de eliminar

posibles huellas, sino algo más. Toda esa limpieza… Apenas me doy cuenta, y estoy pensando en la pulcritud de los altares. La expresión en los ojos sin vida de la mujer se asemeja mucho a aquella escondida en las tallas de los santos, vírgenes de ojos perdidos en oraciones lanzadas a un cielo ausente.

—Estamos en un escenario, Andrés. Y no —atajó una posible interrupción—, no me estoy refiriendo al «escenario del crimen», sino a un escenario teatral. Todo esto es una representación, el teatro privado que alguien ha dejado dispuesto para que nosotros nos lo encontremos así.

Termino de hablar, y al mismo tiempo oigo como por el pasillo alguien se aproxima. Varios juegos de pasos. Aún sentado en el sanitario, miro hacia la puerta, y no tardo en cruzar la mirada con la del agente Barbosa, que regresa si cabe más cansado que antes. Vuelve en la compañía de dos hombres vestidos con uniformes diferentes al suyo. Personal de emergencias.

—Señor, están aquí los del 061 —informa a Andrés sin dejar de observarme de reojo. Supongo que le debe de resultar chocante la imagen de verme sentado en el retrete—. Parece ser que el portero también se puso en contacto con ellos antes de que llegásemos.

—Pues a buenas horas… ¿Y la mujer, sabemos ya su nombre?

—Sí, inspector. La mujer se llamaba Penélope. Penélope…

—Santalla —termino yo la frase al tiempo que algo encaja en mi interior.

—Sí, esa misma —confirma con sorpresa Barbosa—. ¿Acaso sabía usted ya de quién se trataba?

Detecto cierta molestia, quizás incluso reproche en la pregunta del policía.

—No. Tan solo ha sido una intuición —respondo secamente.

También desconcertado, ahora es Andrés el que busca alguna otra explicación en mi mirada. Sé que no comprende el porqué de mi respuesta, pero después de las evidencias pasadas por alto no se atreve a decir nada. No importa, es normal que no comprenda, ya lo hará. De hecho, la verdad es que yo tampoco me siento demasiado seguro de lo que realmente supone, implica, la confirmación de este nuevo detalle. No. Lo único que sé, lo que sí sé, es que no me gusta. No me gusta nada.

Me pongo en pie, me echo a un lado, y dejo que sea Andrés quien tome la iniciativa ante los tres hombres que acaban de llegar.

—Venga, muchachos, haced lo que tengáis que hacer. Pero id guardando el desfibrilador en su cajita —sugiere señalando la máquina que uno de los dos especialistas trae en las manos—. Aquí

ya poca reanimación hay que hacer.

Los miembros del equipo médico, dos chavales jóvenes que apenas deben de llegar a los treinta, se acercan a la bañera. Uno de ellos, probablemente el doctor de la unidad, coloca sus dedos índice y corazón sobre el cuello de la mujer, intentando encontrar alguna señal de pulso en el cuerpo. Confirmaciones de rutina. Siempre la maldita rutina… Por el tragaluz se cuela el soniquete amplificado de la lluvia cayendo con fuerza contra el patio interior y por un instante vuelvo a sentir el frío en mis pies, los calcetines aún mojados. Con un simple gesto de la cabeza el doctor le indica al enfermero que proceda a vaciar la bañera. El auxiliar sumerge la mano con decisión en el agua y revuelve el líquido a la búsqueda del tapón. Revuelve, pero no consigue encontrarlo. Sigue moviendo el brazo hasta que, de repente, algo en su gesto vuelve a llamarme la atención.

—Aquí… Aquí hay… cosas —dice.

Retira el brazo, y su mano sube con algo entre los dedos. Un trozo de algo viscoso, pegajoso. Algo blando, sin forma definida, sanguinolento, que se prolonga desde la mano al agua.

—¿Pero qué cojones…? —Hay asco en la voz de Andrés.

—Eso… —sorprendido, el doctor frunce el ceño y, muy lentamente, intenta seguir con su respuesta—, eso es…

—Sacadla —ordeno sin llegar a saber demasiado bien de dónde sale mi propia voz.

—Pero señor —replica el agente Barbosa dando un paso adelante—, el juez está de camino…

Sé lo que quiere decir, no podemos mover el cadáver sin un juez que autorice su levantamiento. Pero si eso que el enfermero tiene entre sus dedos es lo que yo creo que es, la orden de levantamiento es lo último que me importa ahora mismo.

—¡Andrés, hazme caso, a la mierda el juez! ¡Sacadla! —insisto—, ¡sacadla del agua! ¡Ya!

Con mi orden confirmada por un rápido ademán afirmativo por parte del inspector Casaperda, el enfermero y el doctor vuelven a meter las manos en el agua para agarrar el cuerpo sin vida de la mujer. Lo cogen con fuerza por debajo de los brazos y, después de contar rápidamente hasta tres, lo levantan de golpe, sin vacilar, intentando sacarlo de la bañera para dejarlo en el suelo.

Algo más viene tras el cuerpo. Algo que ahora se está derramando sobre el agua roja.

—¡Santo dios! —grita Andrés—, ¡qué coño es eso!

—Cristo bend… —El agente Barbosa se lleva las manos a la boca

sin tiempo para contener el vómito que ya se le está escurriendo entre los dedos.

—Por el amor de Dios… —lamenta el doctor al tiempo que, incapaz de retener el caudal de inmundicia que se está derramando del propio cuerpo, deja caer los restos de la mujer, más pesada de lo que en un principio había calibrado, sobre el borde de la bañera. El enfermero ya no es capaz de cargar él solo con todo ese peso y acaba por dejar caer el cadáver al suelo. Me impresiona el ruido húmedo, reverberado, que la cabeza de la mujer produce al golpearse contra las baldosas del cuarto de baño. La visión es estremecedora, y nadie es capaz de soportarla.

Le habían hecho un corte, un único tajo limpio y profundo desde la base del esternón hasta el comienzo del pubis, partiendo el ombligo por la mitad. Probablemente apenas sucediese nada mientras el cuerpo permaneció tumbado en la bañera. Pero ahora, al ser revuelto por los miembros del equipo médico, la gravedad ha hecho el resto. Sencillamente, aquella bolsa abierta que era el abdomen ha dejado que todo su contenido se esparza. Caído sobre el borde de la bañera con los brazos echados hacia el suelo, tenemos antes nosotros el cuerpo sin vida de una mujer de unos ochenta años, sin una sola gota de sangre en la venas y completamente vaciado, todas sus vísceras derramadas, resbalando por las paredes de la bañera, terriblemente colgadas de su abdomen del modo más dantesco. Mantener la vista sobre este cuadro se vuelve difícil. La piel, azul, completamente arrugada, habla de las muchas horas que el cuerpo ha permanecido en el agua, y si para datar la hora exacta de la muerte el forense quiere tomar la temperatura del hígado, no le va a quedar más remedio que buscarlo en el fondo de la bañera. No sabría decir si «espectáculo» es la palabra más indicada para referirse a esto, pero, sea lo que sea, es horrible, y ni el propio personal médico sabe demasiado bien cómo hacerle frente a la situación. Una y otra vez intentan levantar el cuerpo como mejor pueden, pero una y otra vez hay algo que les queda atrás, algo que se derrama, algo que se vuelve a caer. Una y otra vez, ese mismo ruido, la cabeza contra el suelo.

—¡Por el amor de dios, dejadla! —ordena Andrés—. Dejadla, dejad… *eso* en la bañera. Salid, por favor… Esto ya es trabajo para los de la Científica.

La visión nos altera a todos, los del equipo médico todavía siguen pálidos cuando salen del cuarto de baño. Pero a Andrés le sobrepasa. Yo mejor que nadie sé que son muchas las cosas que tiene que ver en su trabajo, y es cierto que pocas son agradables.

Pero esto rebasa todos los límites. Mi amigo es todo fuerza, pero esto es demasiado. Solamente soy capaz de recordar otro momento que se aproxime a este, y está demasiado cerca. Busco a Andrés, cruzamos nuestras miradas, y al momento comprendo que los dos estamos de regreso en ese mismo punto. La consulta del psicoanalista Carneiro.

—Jesucristo, Aquiles, qué demonios está pasando aquí… —Andrés habla, y su voz suena como si en realidad estuviese suplicando que alguien le diese una explicación, algo por donde poder comenzar a asumir tanta barbarie—. ¿Qué clase de animal hace una cosa así? Dime, ¿qué clase de monstruo es capaz de hacer algo semejante?

Pero yo no soy la persona indicada. Esta vez nada me sugiere nada. Debería confesar que, en este momento, el giro atroz que la situación acaba de dar también me coge a mí por sorpresa. Es imposible no relacionar los dos crímenes: ayer mismo oí pronunciar el nombre de la víctima, Penélope Santalla, en el lugar al que había ido a pedir información para esclarecer la muerte de Xosé Carneiro, y hoy la brutalidad presente en ambos casos hace pensar al momento en una misma mano ejecutora. Datos concretos, evidencias, sí… Pero más allá de esas cuestiones no soy capaz de ver otra relación. Aquí no hay clavos clavados en ningún corazón. Es más: la verdad es que no me atrevo a mirar, pero juraría que ahí dentro ni siquiera hay corazón. Qué es lo que se me escapa, qué es…

Andrés vuelve a observar el cuerpo sin vida de la mujer, de nuevo sumergida en el agua encarnada de la bañera. Yo no soy tan fuerte como el inspector Casaperda, no soy capaz de mantener la vista sobre el cadáver. De hecho, si sigo mirando lo más probable es que yo también acabe vomitando. Doy media vuelta y me apoyo sobre el lavabo. Como si por ahí fuera a llegar la respuesta que no tengo, me quedo durante un momento escrutando el reflejo que de mi propio rostro me devuelve el espejo en la pared. Andrés tiene toda la razón, ¿qué clase de animal es capaz de hacer una barbaridad como esta?

Observo mi propio reflejo, lo que sea con tal de no tener que ver de nuevo lo que duerme en la bañera. Me fijo en las marcas que ya comienzan a hacerse fuertes en mi cara, recorro con los ojos las arrugas de mi piel. Momentos como el que acabamos de vivir te hacen un poco más duro, por fuerza. ¿Cómo se convierte uno en la clase de animal que hace algo semejante? Definitivamente, este trabajo no es el más agradecido del mundo, y si algún día me gustó,

hoy ya apenas recuerdo el porqué. ¿Qué clase de monstruo le hace algo así a otro ser humano? ¿Cómo acabamos llegando a esos extremos? Las preguntas vienen a mí como rayos en la tormenta sin que el espejo refleje ninguna respuesta. No, por mi reflejo no va a venir ninguna respuesta.

O sí… Espera. Espera, ¿qué es esto?

—Andrés…

Hay algo en el cristal.

—Andrés, ven. Mira, mira aquí…

Se acerca lentamente a mí.

—¿El qué? —pregunta extrañado—. Yo no veo nada.

Pero yo sí que lo veo. Sí, sí, ahí está. Un leve reflejo, un centelleo, ahí está. Hay algo, unas pequeñas marcas sobre el cristal del espejo.

—¡Aquí está, aquí! —Caigo en la cuenta, ya sé de qué se trata—. Espera.

Mi hermana y yo jugábamos a esto todas las mañanas. Agua. Abro el grifo de la izquierda y dejo que el agua caliente corra. Cuando alcanza suficiente temperatura y el vapor impregna toda la superficie del cristal, el espejo nos devuelve una frase oculta escrita sobre él.

HÉ AQUÍ UNA MUJER MUY DICHOSA, MUY DICHOSA

La incomprensión deja paso rápidamente a la rabia en la expresión de mi compañero.

—¡Pero qué puta broma es esta, Aquiles! ¿Ahora resulta que también tenemos mensajitos ocultos? ¡A qué mierda de juego estamos jugando!

Una vez más, la misma respuesta.

—No lo sé, amigo, no lo sé… Ve a buscar a los de la Científica, que vengan cuanto antes.

Andrés se va, ya solo quedo yo en el cuarto de baño. La luz de las velas que todavía siguen encendidas alumbra la frase escrita sobre el espejo, ahora casi por completo enterrado bajo el manto de vapor que, poco a poco, ha ido cubriendo el cristal. Inmóvil frente a él, sigo dándole vueltas. *He aquí una mujer muy dichosa, muy dichosa*. Qué significa todo esto… ¿Es esta la respuesta, el vínculo? No. No lo sé. Andrés tiene razón: ¿a qué estamos jugando?

-4-
Poemas ensangrentados

—¡Señor Vega! Por fin, benditos los ojos que le ven, caballero. ¿Tendría usted la bondad de decirme dónde demonios se mete, muchacho? ¡Ya son dos los días y dos las noches que llevo dejándole recados por todas partes, alma de Dios!

—Buenas tardes a usted también, señor Capón. Yo también me alegro mucho de verlo a usted, señor Capón…

—Caramba, le ruego disculpe mis formas amigo Vega, pero ha de comprender usted que aquí llevamos ya casi tres días con la edición parada y sin poder cerrar el número de este mes porque usted, mi querido señor, no ha tenido a bien entregar su artículo. Y de sobra sabe que el suyo es el reportaje central: «Monte Pedroso: ¿base encubierta?».

—Pues pierda cuidado, señor director, que aquí le traigo su reportaje. Aunque, si me lo permite, ya le voy diciendo que, o mucho me equivoco, o por increíble que le parezca en el monte Pedroso lo único que hay son repetidores de televisión.

—Eso es lo que quieren que pensemos, amigo Vega. Eso es lo que *ellos* quieren que pensemos… Deje que le eche un vistazo a ese reportaje suyo, y permita que sea yo quien saque las conclusiones apropiadas.

—Pues nada, no se hable más. Aquí tiene su artículo, diez hojas mecanografiadas a doble espacio. De todos modos, señor Capón, ya le he dicho en incontables ocasiones los muchos problemas que ambos nos ahorraríamos si en lugar de tener que entregarle cada artículo aquí en la redacción, sobre papel impreso y a doble espacio, me permitiese enviárselo por correo electrónico…

—¡De eso nada, ni hablar del peluquín! ¡No pretenda comenzar esta discusión una vez más, amigo Vega! Usted es mi mejor redactor, y por eso le permito ciertas licencias, pero ¿emplear el correo electrónico? ¡Eso jamás! Como también yo le he explicado a usted en ocasiones más incontables que las suyas, *ellos* controlan la red…

Después de no pocos años trabajando para *El País*, el gigante de la información y yo acabamos separándonos por un pequeño «desacuerdo» entre las partes: el periódico decidió despedirme, y yo no estuve de acuerdo con su decisión. A decir verdad, razones para hacerlo tampoco les faltaban, toda aquella historia del presidente

Rajoy, el Holocausto, y un *tuit* con más bien poca fortuna. Para cuando se me pasó la borrachera yo ya estaba en la calle, y no me quedó más remedio que empezar a buscar un nuevo trabajo. Como si por cosa de una mala corriente de aire se tratase, de repente las puertas de todos los periódicos importantes del estado se cerraban ante mi presencia. Las conversaciones telefónicas se cortaban al escuchar mi nombre, y mis correos electrónicos se perdían en el ciberespacio por algún agujero negro de *bits* sin que nadie llegase a darles respuesta alguna. Resulta increíble comprobar hasta dónde te puede dejar marcado en este país un mal comentario sobre la factura del gas… No me quedó otra que sobrevivir trabajando como periodista por cuenta propia para publicaciones…, ¿cómo llamarlas?, ¿«diferentes»?

Así, era mi talento como periodista de investigación lo que ahora se ocultaba tras la corresponsalía en España para la revista *¡Vaca!*, una publicación argentina dedicada exclusivamente al mundo bovino para la que no dejaba de enviar cada mes un buen puñado de fotos con imágenes de los mejores y más bellos ejemplares de rubia gallega[5], ponderando siempre la excelencia de este animal sobre la frisona Holstein, las famosas vacas teutonas de color blanco y negro. De hecho, mi último artículo para la revista pampera había alcanzado cierta trascendencia gracias a una posible lectura alternativa, una en clave de crisis europea: «Frente a la tiranía alemana, ¡viva el color gallego!». Todo un canto a la libertad…

También era yo el responsable de la sección gastronómica de *Tú y tú, revista para el nuevo divorciado*, donde iba dando cuenta tanto de los mejores bares con menú del día, como de las últimas novedades en cocina para microondas.

La publicación que me traía por el camino de la amargura era *Compos7ela*, uno de esos periódicos gratuitos que se repartían semanalmente por toda la ciudad, y en el que yo hacía prácticamente de todo. La cosa fue yendo más o menos bien hasta que alguien se dio cuenta de que era yo quien redactaba el horóscopo del periódico. De repente todo el mundo empezó a llamarme para pedirme explicaciones sobre porqué no había sido un buen día económicamente hablando, o cómo podía ser que la apasionada Piscis no hubiese encontrado a su fogoso Acuario. Santo dios, ¡pero cómo podía haber gente capaz de tragarse semejantes estupideces! Desde entonces siempre escribía predicciones funestas. «Tauro. Amor: mejor que te vayas acostumbrando a esas protuberancias que tu signo lleva en la cabeza. La reunión que tu

pareja tuvo ayer por la noche no fue de trabajo». «Sagitario. Salud: ese lunar no es lo que parece. El mejor plan a largo plazo que puedes hacer es ir pidiéndole vez a tu médico. O a un cura» y cosas por el estilo.

De toda aquella colección de despropósitos, la que en buena parte me salvaba la papeleta era esta que precisamente ahora me ocupaba: *Pico Sacro*. Centrada en el asunto de la ufología, la revista no era en realidad mucho más que una suerte de folletín mensual donde se daba cuenta no solo de la efervescente actividad alienígena que de un tiempo a esta parte flotaba sobre nosotros, sino también de los denodados esfuerzos que poderes muy por encima de los gobiernos mundiales llevaban a cabo para ocultarnos los evidentes planes de colonización a los que estábamos a punto de ser sometidos. *Evidentes*, sí, aunque nada más lo fuesen para la persona con la que ahora estaba a punto de comenzar la misma discusión de siempre, don Pancho Capón, director de *Pico Sacro*.

A don Pancho le gustaba definirse a sí mismo como «un viejo periodista, forjado en la escuela de los de antes, pero versado en temas contemporáneos», aunque nada más fuese para corregirse al momento: «Bueno, *contemporáneos* de aquella manera, porque en realidad lo que estamos a punto de contemplar será el Segundo Advenimiento y Medio, que el primero ya fue el de Nuestro Señor Jesucristo, el primer extraterrestre en caminar entre humanos». Según el señor Capón, hubo en los años ochenta una nueva tentativa de colonización, personificada en la figura de Ronald Reagan, osado líder mundial. «No me cabe duda, amigo Vega, no me cabe duda: ¡la política de aquel cerebro no podía ser de este mundo!». Por razones que se escapan a nuestra capacidad de comprensión, la cosa acabó por no salir bien, y la segunda colonización no pasó de ser eso, «medio Advenimiento». Pero ahora el mensaje oculto en las señales interceptadas volvía a ser evidente para don Pancho, muy especialmente después de esos «misteriosos avistamientos lumínicos», como él mismo se refería a lo que en realidad no era más que el sistema de iluminación de las antenas del monte Pedroso vistas desde la plaza del Obradoiro en una mala noche de borrachera. La invasión era inminente, *Pico Sacro* daba noticia de ello, y a mí me pagaban bastante bien, dadas las circunstancias, por escribir chorradas sobre repetidores de televisión en la cima de un monte al poniente de la ciudad. El señor Capón, que me conocía de mi época anterior, estaba convencido de que una firma como la mía contribuiría a darle cierto prestigio a su revista (quitárselo sería imposible…), y gracias a él llegaba yo a fin

de mes. Por eso estaba ahora allí: necesitaba entregar mi artículo y coger el cheque para poder seguir centrándome en lo que verdaderamente me importaba.

—Y entonces, ¿dónde es que se ha metido usted todos estos días, señor Vega? Si no es mucho atrevimiento por mi parte el preguntárselo, por supuesto…

—Pues dónde iba a estar, señor Capón. Trabajando más que duro, preparando la tarea que usted me había encomendado.

—Caramba, muchacho, pues la verdad es que aquí ya estábamos empezando a estar harto preocupados por usted. ¿No es así, señorita Aldebarán?

La señorita Aldebarán era otra redactora de la revista. Bueno, para ser exactos, era *la* otra redactora de la revista, además de ser la encargada del departamento de diseño, del de maquetación, la responsable de la sección de ventas y distribución, la de llevar la revista a los quioscos, y la de mantener limpia la redacción, que, ya puestos a sincerarnos, en realidad no era más que un cuarto que al señor Capón le quedaba libre en su casa, un piso que se caía a cachos en la calle de San Pedro.

—Así es, papi. —Olvidaba decirlo: además de todo lo anterior, la chiquilla también era la hija de don Pancho—. Estábamos muy preocupados por ti, Aqui —apuntilló ofreciéndome una mezcla de corrector dental, chicle y sonrisa adolescente.

—Vaya, pues créanme si les digo lo mucho que lo siento, pero les aseguro que no tenían de qué preocuparse. Usted sabe mejor que yo mismo cómo son estas cosas, don Pancho. De estar usted en lo cierto, el «caso Pedroso» podría tratarse de algo muy gordo —dije mostrando un repentino y amplísimo interés. Interés que, ni que decir tiene, no sentía ni de lejos—, y eso requiere tomarse el asunto muy en serio, darle un enfoque verdaderamente profesional a la noticia. Mucha investigación, mucho trabajo de campo, usted ya me entiende…

Pero la mirada de don Pancho Capón se parecía más bien a la de quien no entiende nada en absoluto. O tal vez a la de quien prefiere no entender…

—¿Trabajo de campo, dice usted? Curioso —pronunció lentamente—, muy curioso…

Cuidado. Algo no iba bien.

—¿Perdone?

—Digo que me parece muy curioso lo que me cuenta, muchacho, porque según mis fuentes, parece ser que donde usted anda metido hasta las trancas es en la investigación de otros sucesos. Eventos

estos, por así decirlo, más «terrenales». O eso es lo que por aquí hemos oído… ¿No es así, Aldebarán?

—Así es, papi —respondió la chica sin dejar de marear el chicle ni apartar los ojos de la pantalla de su ordenador.

Mierda. Otra metedura de pata. Y ya iban…

—Señor Vega, haga el favor de pasar a mi despacho.

Aquello me había cogido a pie cambiado. De nuevo pillado en otra de mis historias, y a estas alturas ya estaba más que claro cómo solían acabar estas películas: yo, alguien muy cabreado conmigo, un despacho y una carta de despido. En realidad, esta vez el *despacho* no era sino la cocina de la vivienda, pero no por ello mejoraba la pinta de la situación. Y yo necesitaba ese trabajo. Lo necesitaba.

Don Pancho cerró la puerta a sus espaldas y, tras echar a un lado las sobras de la comida que todavía reposaban sobre la mesa, me ofreció una silla y tomó otra para sí. Sentados los dos, y con la solemnidad que a la situación le imprimía la presencia de los restos de un besugo a medio comer sobre uno de los platos, el director de la revista habló por fin.

—Aquiles, hijo, sé que esta misma mañana ha sido usted visto entrando en la compañía de un conocido inspector de policía en el edificio en el que residía doña Penélope Santalla. Y por las mismas fuentes sé también que hace un par de días estuvo usted en donde el ahora difunto Xosé Carneiro mantenía consulta abierta.

La mía debía de ser la cara de la incomprensión hecha carne, porque al momento el señor Capón me ofreció su aclaración.

—Esta ciudad es pequeña para tanto portero como en ella hay. El portero de este es conocido del portero de aquella. Y el portero de aquella se llama Nano[6], y viene siendo un buen amigo mío. Él es quien me lo ha contado todo… Aquiles, compañero —don Pancho se fue echando muy lentamente hacia adelante, su pechera acercándose intimidatoria a los restos del pescado asado—, tengo que confesarle que no doy crédito. Dígame, hijo, en confianza: ¿de verdad es tan terrible la cosa como por ahí se cuenta? Hable, Aquiles. ¿Qué es lo que se nos está ocultando?

Así que de eso se trataba… El viejo andaba buscando carnaza para la revista. Convencido de que el peligro había pasado, intenté resolver la situación de la mejor manera posible.

—Peor, don Pancho. —Breve pausa dramática—. La cosa es muchísimo peor.

—Dios mío… ¿Y cómo llevan ustedes la investigación, tienen ya algo en claro sobre por dónde tirar?

Qué poco me gustaba que me hiciese esa pregunta… Me ponía

en la obligación de enfrentarme a ella, y las respuestas que tenía no eran satisfactorias para nadie. Mi primera opción como línea a investigar había acabado conmigo haciendo el ridículo ante una profesora de la universidad. Y hoy tampoco habíamos encontrado más que un cuarto de baño inmaculado y una frase escrita en un espejo. Y el portero… Por lo visto, el tal Nano se había mostrado de lo más comunicativo con el señor Capón, pero con nosotros la cosa había sido bien diferente. En todo el tiempo que intentamos hablar con él no conseguimos sacarle nada que realmente fuese de valor. Andrés había hecho todo lo posible por que se centrara en responder a sus preguntas, pero una y otra vez el hombre acababa hablando de lo primero que se le pasaba por la cabeza. De hecho, cuando yo los dejé, el tipo no hacía más que explicar por qué aquí somos así. *Positivamente*[7], decía todo el tiempo…

—A ver, don Pancho, ya se imaginará usted. La cosa está en manos de la policía, y poco es lo que se puede contar. —La decepción fue asomándose al rostro del viejo. Intenté ganarme algún punto—. Mire: por ser usted quien es, lo que sí le puedo confirmar es que sí, la cosa es terrible. Crímenes atroces, más que probablemente con una única mano ejecutora detrás.

La luz volvió al rostro de don Pancho. «Ahí tienes la carnaza» pensé definitivamente aliviado… Señor, ¿cómo podía haber gente que se emocionase de tal modo ante algo semejante?

—Dios del cielo, homicidios *sanguíneos* aquí, en Santiago… ¡Dónde iremos a parar! —exclamó con la mirada perdida en el minúsculo balcón interior, donde un par de bombonas de butano, un tendal y una lavadora oxidada dormían la siesta. De repente, don Pancho se volvió hacia mí y, cogiéndome fuertemente por los hombros, me clavó sus ojos grises y me preguntó:

—Aquiles, hijo, dime la verdad: ¿crees que pueden ser *ellos* quienes estén detrás de todo esto?

El sonido de alguien llamando a la puerta me alejó de mis pensamientos, ideas comprometedoras sobre la salud mental de mi principal pagador. Don Pancho se incorporó.

—¿Sí?

La sonrisa en forma de corrector dental de Aldebarán se asomó por la puerta entreabierta.

—Perdona que os moleste, papi, pero es que hay una llamada para Aqui. Una tal Sofía Deneb, que dice que es muy urgente. ¿Le digo que estás reunido, Aqui?

¡La profesora Deneb! Aquella sí que era una sorpresa. Sofía había sido una puerta cerrándose en mi investigación, y tal vez

ahora su llamada supusiese la apertura de alguna nueva posibilidad.

—No, no le digas nada. Voy inmediatamente. Con su permiso, don Pancho.

—Vaya, vaya usted —concedió don Pancho con un gesto de su mano—. ¡Pero recuerde, hijo! —me advirtió cuando yo ya salía por la puerta de la cocina—, no se fíe de nadie: *ellos* lo controlan todo…

Entré como una flecha en la redacción y cogí el teléfono.

—¿Profesora Deneb?

—Señor Vega, disculpe que le moleste, pero es que no sé muy bien…

La mujer dejó las palabras colgadas en algún punto al otro lado de la línea. Como si estuviese dándole vueltas a algo.

—Profesora, ¿sigue usted ahí?

De sobra sabía que estaba, podía oírla respirar al otro lado. Pero no respondió de inmediato. Tardó en hacerlo. Por fin, cogió aire, y comenzó a hablar.

—Dios mío, esto es una locura… Señor Vega, ¿está usted al corriente de la muerte de la señora Santalla?

Vaya, las noticias corrían definitivamente rápido en esta ciudad.

—Sí, lo estoy.

—Me lo imaginaba… Yo también, acabo de saberlo. Lo que me lleva a su visita de ayer, a sus preguntas sobre el poema de Rosalía y todo eso. Me hablaba usted de algo como una «línea de investigación» abierta sobre otro caso… ¿Sabe usted si existe algún tipo de relación entre ambos casos?

Tengo que confesar que la conversación estaba empezando a correr por caminos que yo no habría esperado. Interesantes, sí, pero inesperados. Decidí contraatacar.

—Sí, la hay. Lo más probable es que el asesino sea la misma persona en ambos casos.

—¿El asesino? —repitió levantando la voz la profesora—. Disculpe, pero… ¿ha dicho usted *asesino*?

—Sí, eso he dicho. ¿Por qué, qué ocurre?

Se produjo un nuevo silencio.

—Hombre, pues sucede que yo no sabía nada de ningún asesinato. O por lo menos no en el caso de la señora Santalla. Verá, señor Vega, ¿puedo llamarle Aquiles? —No aguardó respuesta—. Doña Penélope me ayudó muchísimo durante todo el proceso de elaboración de mi libro, y me sorprendió mucho que ayer no viniese a la presentación. El caso es que me quedé preocupada, y hoy decidí venir a hacerle una visita. Pero no he podido pasar del portal: un tipo más que peculiar, uno que debía de ser el portero del edificio

—sonreí: otra que había quedado impresionada con el tal Nano—, me acaba de decir que doña Penélope está muerta, que lo más seguro era que haya fallecido durante la noche. Pero nada más. Nadie me ha contado nada sobre ningún asesinato. Eso es lo que ocurre.

—Comprendo… Pues siento haber tenido que ser yo quien le haya hablado con tanta franqueza, profesora Deneb. Pero sí, esa es la realidad.

Tras un instante en que ninguno de los dos dijo nada, fue ella quien retomó la conversación.

—En fin, supongo que esto le da más sentido a esta llamada.

—¿Disculpe?

—Vega, ¿sabe usted cuál era la principal ocupación de Penélope?

—Pues según tengo entendido, se trataba de una conocida escritora, ¿no es así? Ustedes mismos estaban hablando ayer sobre algún trabajo suyo que estaba teniendo mucho éxito, una campaña con un calendario, o algo parecido…

—Sí, sí. Eso también —corroboró Sofía. Su voz volvía a empaparse de un tono rápido; comprendí que no era a eso a lo que ella se refería—. Pero usted no sabe nada más, ¿verdad?

—No —confesé sin ambages.

Sofía volvió a dejar que el silencio corriese por la línea telefónica.

—La señora Santalla era la presidenta de la Fundación Rosalía —anunció de repente.

«Claro —pensé—, eso era…». Aquello le daba un nuevo giro a la situación. Las partes del rompecabezas que Andrés y yo teníamos todavía eran demasiado pequeñas como para que nos hiciésemos una idea de la imagen a la que hacían referencia. Pero ahora lo veía claro. Todos aquellos elementos, el psicoanalista, el clavo en el corazón, la escritora en la bañera, todo eran piezas de un mismo juego. Eslabones de una misma cadena.

—La Fundación Rosalía —repetí lentamente.

—Sí, la Fundación Rosalía —repitió a su vez Sofía de modo expeditivo—. ¿Qué ocurre, que tampoco conoce usted la Fundación, *señor periodista de investigación*?

—Por supuesto que la conozco, señora Deneb —afirmé con demasiada celeridad—. Bueno, más o menos…

La oí soplar contra el micrófono del aparato primero, y rezongar algo al otro lado del teléfono después.

—La Fundación —explicó por fin— es una entidad dedicada a

fomentar y difundir el culto a la memoria de Rosalía de Castro y de su familia, así como de todo lo que tenga que ver con el mantenimiento y divulgación del patrimonio rosaliano.

Rosalía… De nuevo la poetisa. El espejo vino a mí con la velocidad a la que en plena tormenta el rayo baja a tierra.

—Permítame que le haga entonces otra pregunta a usted, profesora. —Volví a recordar su actitud de la tarde anterior—. Una de ésas que tan poco le gustan.

—¿Más preguntas sobre clavos?

Durante un segundo tuve miedo de lo peor, de que volviera a cerrarse en banda. Pero no, en realidad su tono no era el mismo que el del día anterior. La guardia aún estaba bajada.

—No, no son clavos esta vez, sino una frase.

—¿Una frase? ¿Cuál?

—«He aquí una mujer muy dichosa, muy dichosa» —cité de memoria—. ¿Le dice algo a usted?

—¿*Muy dichosa, muy dichosa*, ha dicho?

—Exacto.

Otro silencio. Tuve la sensación de que la profesora estaba considerando el peso de mi pregunta. Por fin respondió.

—Sí, la frase me dice algo… Es más —añadió—, quizás incluso diga mucho más que *algo*. ¿Puedo saber esta vez de dónde la ha sacado?

Resoplé.

—Supongo que sí… Estaba en el cuarto de baño donde hemos encontrado el cuerpo de la señora Santalla, escrita sobre la superficie de un espejo.

Más silencio.

—Aquiles, dígame cómo murió Penélope.

«¡Hey, hey, hey!, para el carro, amiguita…». Aquello era pretender saber demasiadas cosas a demasiada velocidad.

—Va a tener que disculparme, pero…

—No.

Sacudí la cabeza. «¿*No*? ¿Cómo que no?».

—Perdone… ¿cómo dice?

—Digo que, según usted me cuenta, a la señora Santalla la mataron, ¿no es así? Bien, pues si quiere que yo le diga a usted algo sobre esa frase, entonces ha de decirme usted a mí cómo lo hicieron. Tampoco creo que sea tan difícil de entender, ¿no le parece?

La mujer era bien directa. A pesar de las formas, lo cierto era que se trataba de una pregunta muy pequeña para una respuesta

demasiado grande, si bien también era cierto que Sofía jugaba con ventaja. La frase en el espejo. Estaba claro que ella conocía ya el significado de piezas que yo aún no había encajado. Ella tenía los significados, pero desconocía las piezas. Justo al contrario que yo. Quizás había llegado el momento de compartir.

—A Penélope la vaciaron, profesora —escupí más que hablé—. La abrieron en canal y después la dejaron así, dispuesta para que sus vísceras se derramasen cuando nosotros diésemos con ella.

Me pareció escuchar algo semejante a un balbuceo. Quizás estuviese por fin ante la primera muestra de debilidad por parte de la profesora…

—Dios del cielo —le oí decir con la voz entrecortada. Casi la podía ver, horrorizada, llevándose la mano a los labios. La crudeza de mis palabras no permitía muchas otras reacciones.

Y sin embargo, tras el enésimo silencio, durante el cual los remordimientos casi me obligan a pedir disculpas por la franqueza de mis palabras, se produjo otra reacción. Y no fue la de romper a llorar, ni la de lanzar maldiciones, ni siquiera la de colgar el teléfono. No fue así como Sofía Deneb reaccionó sino, por el contrario, respondiendo con una frase todavía más sorprendente.

—No podía ser de otra manera.

Confieso que no me lo esperaba.

—Disculpe, pero creo que no la entiendo. ¿Qué quiere decir usted?

No respondió al momento. Como si estuviese valorando el peso de lo que estaba a punto de decir, se tomó su tiempo, cogió aire y, al fin, habló.

—Quiero decir que deberíamos vernos, señor Vega.

***

Le ofrecí quedar en comisaría. Di por sentado que, dada la situación, la presencia del inspector Casaperda le resultaría tranquilizadora. Pero ella se negó en redondo: «Nada de policía» respondió. Propuso como alternativa el Paradiso, en la calle del Vilar, y a mí no me quedó más remedio que aceptar. Ya le pasaría el informe de mis avances a Andrés más tarde. Si es que había algo de qué informar… Cuando por fin apareció por el estrecho pasillo que conducía al interior del café yo ya llevaba más que un buen rato sentado a mi mesa.

—Buenas tardes, Aquiles. ¿Puedo sentarme?

—Por favor.

Nada más verla, lo primero que hice fue intentar calibrar hasta dónde estaría unida a la señora Santalla. La profesora Deneb parecía sofocada, tal vez por una carrera hasta el bar, pero nada más. Su aspecto distaba mucho de ser el de una mujer deshecha por la circunstancia de haber acabado de perder a un ser querido.

—Disculpe el retraso. Pensé que sería mejor pasar un momento por casa y recoger algo que con toda seguridad agradecerá que le haya traído.

¿*Un momento*? ¿Cómo que un momento? Pero si yo ya llevaba más de una hora esperándola…

—¿Por su casa, dice? Pues debe de vivir usted muy lejos, ¿no?

—En absoluto. Vivo aquí al lado, en el número 41 —respondió sin dejar de rebuscar algo en las carpetas que traía bajo el brazo, ni dar la más pequeña impresión de haber captado la verdadera intención de mi pregunta.

—Bueno —desistí—, pues usted dirá. ¿Eso que dice que me trae es la razón por la que estamos aquí?

—«Muy dichosa, muy dichosa», dijo usted, ¿verdad? —me ofreció ella por respuesta, sin levantar los ojos del revoltijo de papeles que sacaba y volvía a meter en las carpetas.

—Sí, eso es lo que le he dicho —respondí, todavía sin poder ver nada en claro en el galimatías de hojas y más hojas que empezaban a abarrotar la mesa.

—Claro… —dio por toda aclaración al tiempo que se ajustaba las gafas de pasta, recién sacadas del bolsillo superior de su chaqueta.

Agustín, el dueño del Paradiso, se acercó a nosotros, pero no consiguió que Sofía le prestase la más mínima atención. Con la confianza labrada a fuerza de cientos, probablemente miles de copas consumidas entre aquellos muros, le hice un gesto al hombre, que dio media vuelta, comprendiendo que, por lo menos en ese momento, no habría más consumición que los dos cafés que yo ya llevaba encima.

—¡Aquí está! —exclamó Sofía tomando con decisión una hoja entre el caos que ya comenzaba a desbordar los límites de nuestra mesa—. Creo que debería echarle un ojo a esto, señor Vega.

Me la ofreció con la rotundidad de quien presenta un valiosísimo documento.

—¿Qué es esto?

—Una hoja de papel.

—Sí, eso ya lo veo… —confirmé con paciencia—. Lo que estoy preguntando es qué se supone que debo ver aquí.

La mujer resopló con fastidio, como si todo aquello fuese demasiado evidente como para tener que dar más explicaciones.

—¡Pues creo que está muy claro! Se trata de una fotocopia de la página 128 de la edición de *Follas novas* que la profesora Mariña Grandal publicó en el año 1990. Pero lo inteligente no es preguntar *qué es*, sino *qué contiene*. Así que, por favor, señor Vega: hágame caso y lea el texto de una maldita vez.

Volví a mirar la hoja. Un poema, eso era lo que contenía. Lo leí.

Como ya he contado por ahí atrás, mis capacidades para la cosa poética siempre han sido muy reducidas, sí. Pero no tanto como para no comprender la importancia de aquellos versos. Empezando por el primero.

—Oh, Dios…

—Qué, ¿le dice algo este poema de Rosalía, *señor periodista de investigación*?

Leídos por fin los dieciséis versos del poema, mis ojos se encontraron con los de la profesora, tercamente clavados en mí. Sin llegar a acabar de entender por completo aquello que la intuición comenzaba a gritarme, decidí darle una nueva lectura.

«Cuando se es muy dichoso, muy dichoso,
¡incomprensible arcano!,
acaso —no es mentira y lo parece—
a uno le pesa serlo tanto.
¡Que en lo hondo bien profundo de las entrañas
hay un desierto páramo
que no colman ni risas ni contentos,
sino los frutos del dolor amargos!
Pero cuando uno tiene penas
y es en verdad desdichado,
hueco no encuentra en el herido pecho,
porque el dolor, ¡llena tanto!
Tan pródiga es la desgracia en sus dones,
que los vierte, ¡Dios se lo pague! a los rezagados.
Hasta que el que los recibe,
¡ay!, revienta de hartazgo».

Esta vez me quedé especialmente atrapado en el último verso. Levanté la cabeza y, de nuevo, mis ojos volvieron a encontrarse con los de la profesora.

—Como puede observar, yo también tengo cosas que ofrecer. ¿Qué le parece, pues, si empezamos a llamar a las cosas por su nombre, Aquiles?

Por poco que yo pudiera saber de poesía, me bastaba para

comprender que las imágenes descritas en aquel poema, en aquella fotocopia vieja y sobada, estaban claramente relacionadas con la escena presenciada apenas unas horas antes. La desgracia había vertido sus dones en Penélope, mujer *dichosa*, hasta hacerla reventar de abundancia, de *hartazgo*… ¿Podría ser eso? ¿Era esa la lectura correcta de aquello que ahora tenía ante mí? Desde luego, resultaba evidente que en aquel caso existía una relación directa con un mundo que yo desconocía.

—De acuerdo —comprendí—, ¿qué es lo que quiere usted a cambio?

—Saber más sobre cómo ha muerto la señora Santalla —respondió sin tiempo para reflexiones de ningún tipo, como si la respuesta fuese parte de un recitado ya conocido.

—Pero Sofía, perdón, profesora…

—Sofía está bien.

—De acuerdo, Sofía… No puedo hacer eso, yo no soy la policía, sino poco más que un…

Me atajó antes de que pudiese concluir mi definición.

—Como ya le he dicho por teléfono, yo no tengo ningún interés en trabajar con la policía. Es más, tengo razones más que fundadas para desconfiar de las capacidades de esos… —Sofía apretó los labios—. De esa gente. Sé que ayer pude haber sido un poco más amable con usted…

—Bueno —interrumpí—, con haberlo sido *algo* ya habría sido suficiente.

—De acuerdo —confirmó ella con una sonrisa—, lleva razón, no fui nada amable. Pero confieso que me gusta su estilo y, si tengo que escoger, prefiero trabajar con usted.

Yo también habría confesado, si alguien me lo hubiera pedido, que no tenía ni idea de lo que aquella mujer quería decir con todo aquello, pero comprendí que, por lo menos, era ayuda lo que estaba ofreciendo. Tal vez toda la ayuda que la tarde anterior se había negado a dar. De nuevo ante la oportunidad de salir adelante, esta vez preferí no dejarla pasar.

A riesgo de tener un enfrentamiento directo con Andrés, quien por motivos evidentes jamás habría aprobado lo que yo estaba a punto de hacer, decidí ponerla al día tan exhaustivamente como fuese capaz, procurando ahora el equilibrio justo para ser lo más preciso y, al mismo tiempo, lo menos desagradable posible.

Una vez hube concluido mi descripción, Sofía se quedó callada un momento, con la mirada perdida en la montaña de papeles que había dejado desordenados sobre la mesa. Al cabo, se ajustó las

gafas de pasta negra con su dedo índice sobre el puente de la nariz, y comenzó a hablar con suma tranquilidad.

—De acuerdo —dijo como si acabara de confirmarse algo a sí misma—. Si me lo permites, necesito explicarte algo…

Admito que sentí cierto alivio al comprobar que la profesora Deneb dejaba a un lado el tratamiento de cortesía. Mejor así, más cómodos.

—Tal como la profesora Grandal explica en esa misma edición de *Follas novas* de la que antes te hablaba, en el poema que acabas de leer se pueden distinguir dos partes diferenciadas. Así, tenemos una primera en la que la poetisa nos confiesa la extraña condición de su espíritu complejo, la de un alma que no consigue encontrar alivio ni plenitud en el placer. Pero por el otro lado…

La profesora volvió a ajustarse las gafas.

—Por el otro lado, aquel que a nosotros más nos importa, tenemos una segunda parte en la que se nos advierte que no han de faltar dolores ni desgracias con los que llenar ese vacío que llevan en su interior aquellos desdichados que no son capaces de encontrar placer con nada, pobres infelices a los que la desgracia colma de tantos dolores que acaban reventando por dentro.

No resultaba difícil imaginarse a Sofía en sus clases de literatura empleando ese mismo tono con el que ahora me hablaba a mí.

—Dime, Aquiles —dijo tras una breve pausa—, todo esto de lo que te estoy hablando… ¿no te suena de nada?

No respondí. No me pareció necesario: bien claro estaba que sí. Las palabras con las que la profesora acababa de explicar el texto ponían orden en el remolino de mis propias sensaciones tras leer el poema. Y, a decir verdad, no sé qué me impresionó más, si lo que todo aquello significaba o la ponderada elocuencia de mi acompañante. Al fin y al cabo eran ya dos las muertes que teníamos sobre la mesa, incluida en la cuenta una conocida suya… Me quedé por un instante observándola en silencio. ¿Qué clase de mujer era la que se sentaba frente a mí?

Cogí la taza vacía de mi segundo café y comencé a jugar con ella entre mis manos. Por el amor de Dios, ¿qué diablos significaba todo esto? Como si me estuviera leyendo el pensamiento, Sofía preguntó:

—El otro caso en el que estás metido, ese por el que ayer viniste a hablar conmigo… ¿Qué más hay que lo relacione con el de Penélope? Además de lo netamente poético, por supuesto.

Tampoco esta vez respondí. Andrés volvió a aparecer en mi pensamiento. ¿Qué coño estaba haciendo? La cosa estaba muy lejos de ser de dominio público. Seguí jugando con la taza entre las

manos.

—Ya veo… Otra mutilación, ¿verdad?

Mi silencio no nos llevaría a ninguna parte.

—Un clavo… —comencé a responder.

—… clavado en el corazón. Por supuesto… —comprendió—. Dios mío, ¿pero qué clase de animal puede estar haciendo algo semejante?

Volví a levantar la mirada. Sofía me había sorprendido con su comentario. O tal vez fuese el tono empleado lo que me cogió por sorpresa. Esta vez sí parecía afectada por la brutalidad de la situación.

—Bueno, por lo que se ve, supongo que algún animal que admira mucho la obra de tu querida poetisa —respondí sin pensarlo demasiado. Me llamó la atención el detectar en mis palabras cierta dosis de algo muy parecido a la rabia. O quizás al desprecio. Intenté suavizarlo—. O vaya, no sé, Sofía, quizá no sea tanta la admiración…

Una pregunta se arrugó en la frente de Sofía.

—¿Por qué no?

—No lo sé… Supongo que de tenerle realmente tanta devoción a su *Santiña* —dije recordando el modo de referirse a la poetisa escuchado el día anterior en la facultad—, no se le habría ocurrido darle muerte también a la presidenta de una fundación que tiene como principal finalidad la de defender el culto a su memoria, según tú misma me has explicado.

Sofía dejó correr por sus labios una sonrisa, una apenas imperceptiblemente cargada de resentimiento.

—No sé, Aquiles. También puede ser que nuestro hombre sea unos de esos discrepantes que no ven con buenos ojos el trabajo de la Fundación…

Dos fueron las cosas que me llamaron la atención en el comentario de la profesora. Mi cerebro decidió preguntar primero por la segunda.

—¿Qué quieres decir con eso de *discrepantes*?

Se lo pensó por un buen momento, sopesando la respuesta.

—Supongo que a veces resulta complicado asumir el hecho de que en un país tan pequeño como este puedan existir tantos frentes abiertos, pero lo cierto es que así es. Rosalía es una especie de tótem, algo casi intocable. «¡Rosalía es nuestra!» gritaban hace años por la calle. Como el idioma, como nuestra propia cultura… Como tantas y tantas cosas que al final acaban no sabiéndose a quién le pertenecen en realidad…

—Pero… ¿cómo que no se sabe? Pues a la gente, al pueblo —respondí sin dudar—. ¿A quién si no le va a pertenecer su propia cultura?

Sofía sonrió con un gesto triste en los labios.

—Parece evidente, ¿no? Pues aquí las cosas no siempre son así.

—Oh, venga, Sofía —protesté—, ¿de qué va esto? ¿Acaso me estás diciendo que la cultura es patrimonio exclusivo de un élite intelectual? Pues oye, no sé, que yo soy todo un campeón en la cosa esta de ir equivocándome una vez tras otra, pero vaya, a mí me da que todo eso no son más que chorradas…

Volvió a sonreír. Nada como un análisis rápido, barato, y sobre todo poco cabal para quitarle hierro a cualquier situación.

—Pues probablemente sí, pero lo cierto es que aquí hay que andarse con mucho ojo con lo que se dice o con lo que se hace según cuál sea el fondo de esos dichos o de esas acciones. Rosalía es uno de esos fondos, así que con la Fundación las cosas no iban a ser diferentes, sobre todo desde que la señora Santalla se puso al frente.

»Penélope intentó dinamizar de un modo especial la figura de la poetisa. «Somos los encargados de introducir a Rosalía en el siglo XXI», decía constantemente… Pero hay personas a las que todo eso no les parecía bien. —Sofía hizo una breve pausa, su mirada perdida en la puerta del café—. Y bueno, por si todo eso fuese poco, ahora suenan ciertas trompetas de escándalo por no sé qué asuntos relacionados con las cuentas de la organización.

—¿Puedes ser un poco más específica?

—No, no puedo —respondió devolviéndome la mirada—. No conozco los detalles, tan solo sé del ruido que algunos medios del bando más feroz están levantando contra el trabajo de la Fundación.

—¿*El bando más feroz*? —sonreí—. Hablas como si esto fuese una guerra…

Sofía también sonrió, pero ella lo hizo con amargura.

—¿Crees que no lo es? Pues tú deberías saberlo mejor que yo…

¿Cómo? Su respuesta me puso alerta.

—Llevamos ya tantos años con esta historia a vueltas, con esta guerra. Tal vez encubierta, no lo sé, pero guerra al fin y al cabo, un conflicto entre diferentes bandos, todos luchando entre sí por ver quién es capaz de imponer su propio modo de entender nuestra cultura.

Sofía hablaba de *guerra* y, mientras tanto, yo intentaba adivinar si en ese conflicto ella se consideraba parte o víctima.

—De cualquier modo —siguió hablando tras haber vuelto a

coger aire—, una cosa sí es evidente, Aquiles.

—¿Cuál?

Una vez más volvió a quedarse en silencio, como si de nuevo estuviera valorando el peso de lo que estaba a punto de decir.

—Tú ya lo sabes —respondió por fin—: la relación entre Rosalía y los asesinatos es innegable.

Sofía no podía tener más razón. Ahí fuera alguien había ejecutado a sus víctimas sin piedad, valiéndose de imágenes sacadas de *Follas novas* para encuadrar sus actuaciones dentro de un paisaje rosaliano. Y esas mismas imágenes eran todas las pistas que teníamos, justamente aquellas que el propio asesino había dejado dispuestas para que nosotros las encontrásemos. A no ser que el inspector Casaperda hubiera hecho algún avance de última hora del que yo no supiese nada, todo lo que teníamos no era más que un hilo, apenas una finísima hebra, que comenzaba en mis manos y terminaba en un libro publicado ciento treinta y tres años antes. No solo era indiscutible lo evidente de la relación señalada por Sofía, aquella dibujada en la forma en que los asesinatos habían sido cometidos, sino que, a mayores, la señora Santalla resultaba ser la presidenta de una fundación relacionada con Rosalía que, por lo visto, también estaba bajo sospecha.

—Supongo que es por la propia Fundación por donde debo seguir tirando del hilo —concluí mis propios pensamientos, casi sin darme cuenta de que lo hacía en voz alta.

—Mucho me temo que sí. De hecho, creo que lo mejor será que nos demos una vuelta por Padrón y les hagamos una visita, a ver qué nos encontramos…

Ahí estaba, otra vez aquella sensación de sorpresa. ¿*Nos*?

—Un momento, un momento… ¿*Que nos demos una vuelta por Padrón*?

—Pues claro. Es ahí donde la Fundación tiene su sede, en la Casa-Museo da Matanza —contestó Sofía sin mirarme, echando mano nuevamente de ese tono suyo tan «de profesora», intencionadamente ajena por completo a la verdadera razón de mi pregunta.

—Discúlpeme, *señora profesora*. De sobra sé dónde tiene su sede la Fundación Rosalía —volví a mentir al tiempo que Sofía ladeaba su cabeza, como si también ella se hubiese dado cuenta de mi engaño—. Lo que no acabo de comprender es ese empeño tuyo en el uso del plural.

—Oh, vamos, *señor periodista* —Sofía sonrió sarcástica, echándose hacia atrás en la silla y dejando caer sus brazos sobre los

costados—. No pretenderá ir a hablar con esa gente usted solito… ¡Por el amor de Dios! —dejó escapar una carcajada fingida—. ¡Pero si tú no sabrías distinguir un verso de Rosalía de un eslógan de la Coca-Cola!

De repente ahí estaba, de nuevo aquel tono con el que me las había tenido que ver la tarde anterior en el salón de actos de la facultad de Filología. Sentada frente a mí, la profesora Deneb ponía ahora todas sus fuerzas en disfrazar de superioridad su postura. ¿Pero a qué venía ese cambio? Demasiada obstinación repentina. Algo no iba bien…

Y entonces lo vi. Solo fue una intuición, pero durante un segundo percibí un destello, había algo diferente en aquel ataque. Era otra la sensación que la profesora intentaba ocultar: Sofía tenía miedo.

—Escucha, te agradezco tanto tu preocupación como tus esfuerzos por salvar mis carencias literarias, pero estoy convencido de que ya me has ayudado más de lo que yo esperaba. Creo que lo mejor es que de aquí en adelante siga por mi cuenta.

Sofía se me quedó mirando en silencio. Hubo en su rostro un gesto sutil, algo casi imperceptible, una intención de volver a la carga, de seguir intentándolo por la vía de la superioridad. Una superioridad que, de haber continuado por ese camino, comenzaría a rayar peligrosamente en el desprecio. Pero no. Consciente del riesgo que esa actitud implicaba, la desechó al momento, y volvió a desviar la mirada. El silencio en el que se había sumido dejaba bien claro que le estaba dando vueltas a algo. *Algo* que yo no conocía. Todavía.

—¿Qué es lo que ocurre, Sofía? —pregunté sin más rodeos.

Nuevo silencio.

—Sofía…

—He recibido un correo —respondió sin más. Seguía con la mirada perdida en la barra, pero ya no había sarcasmo ni agresividad en el tono de su voz.

—¿Un correo? —No comprendí—. ¿A qué te refieres, qué clase de correo?

—Me refiero a un correo electrónico en el que alguien me envía un poema amoroso.

—¡Oye, pues qué suerte! —Ya sé, ya: no me lo pensé demasiado antes de hablar. Pero es que tenía más en mente la clase de correos que yo solía recibir, textos no precisamente amorosos…—. ¿Y qué tiene eso de malo, si se puede saber?

Sofía cruzó la mirada de un extremo a otro del café. Comprendí

que no se sentía cómoda.

—Pues tiene de malo, señor Vega, que se trata de un poema de Rosalía —me soltó de repente—. Los «Buenos amores», eso es lo que tiene de malo.

—Del mismo libro que el que acabas de enseñarme… —quizás mi intención primera fuese la de hacer una pregunta, pero sin darme cuenta fue directamente una afirmación lo que me salió.

—Sí, Aquiles, sí: del mismo libro —confirmó ella clavándome sus ojos azules—. Del mismo libro que «Una vez tuve un clavo», y del mismo libro que «Cuando uno es muy dichoso, muy dichoso». Del mismo libro del que vienen los poemas de los muertos: de *Follas novas*.

Mierda. Por fin comprendí, aquello explicaba muchas cosas. Explicaba su actitud, su interés por los detalles del caso. Y explicaba también su máscara: esa agresividad repentina disfrazada de superioridad y arrogancia no era más que el manto bajo el que ocultaba su propio miedo.

—¿Sabes quién te lo envía?

—No, no lo sé —respondió después de soltar todo el aire que acababa de coger—. El remitente es un tal Adriano, pero su dirección electrónica viene oculta.

—¿Encriptada?

—¿*Encriptada*? —repitió Sofía mirándome con extrañeza—. ¡Y yo qué sé, Aquiles! Lo único que sé es que su dirección no aparece, nada más. *Adriano*, punto.

—Ya veo… ¿Y no sabes de nadie que se llame así?

La frente de Sofía volvió a arrugarse, como si acabara de escuchar una pregunta estúpida.

—Pues claro que no, Aquiles. Si lo conociera no estaría tan… —prefirió no terminar la frase—. No, no conozco a ningún Adriano.

—¿Algún alumno, tal vez? —insistí.

—¡Que no, que ya te he dicho que no! —mis preguntas la incomodaban. Miró hacia otro lado, volvió a coger aire e intentó relajar nuevamente el tono—. Disculpa… Recibí el correo ayer por la noche, al llegar a casa, y tampoco le hice demasiado caso. Pero hoy, después de hablar contigo por teléfono, volví a recordarlo. Sobre todo después de que me contaras lo del texto en el espejo. Y ahora ya no soy capaz de quitármelo de la cabeza. Llevo todo este tiempo pensando en quién demonios ha podido enviármelo. Porque lo que está claro, Aquiles, es que no puede ser casualidad. Sea quien sea, tiene que estar relacionado con todo esto.

Estaba claro que sí. No quise reconocerlo en voz alta, pero la

relación era evidente.

—¿Y por qué no hablas con la policía? Ellos te ayudarían si tú…

—No, no, ya te lo dije antes. Nada de policía.

—Pero… ¿Por qué?

Hubo de nuevo un silencio incómodo.

—No sé, Aquiles —dijo al fin—, tal vez a ti te parezca estúpido, pero yo les tengo miedo…

Sonreí, aquello no podía ser verdad.

—¿Cómo?

—¡Comiendo!, ¿vale? —De acuerdo, sí: era verdad—. Mira, ya sé que a ti te parecerá raro, pero la última vez que anduve cerca de la policía acabé pasando tres meses en el hospital. No sé, supongo que a ti te parecerá una idiotez por mi parte, pero desde entonces les tengo miedo a los policías.

—Vaya… ¿Y puedo preguntar qué es lo que te pasó?

Se lo pensó por un rato, resopló, se revolvió en su asiento y volvió a resoplar. Al final ganó el sí.

—Lo que pasó fue que en el año 1995 vinieron a desmantelar los viejos barracones del Burgo de las Naciones[8]. Unos cuantos chavales se habían encadenado a ellos, protestaban contra su derribo. Tras varios días de tensión, la policía acabó cargando…

—¿Contra los chavales?

—Sí, bueno… Contra los chavales, y contra todo el que se pusiera por delante, en realidad.

»Yo pasaba por allí, solo porque era el camino para entrar en la facultad, pero alguna de esas malas bestias debió de pensar que yo también era un elemento peligroso, así que decidió incluirme en su lista de méritos… Lo último que recuerdo es el estruendo de la escopeta de pelotas de goma, y el tacto del cristal de mis gafas clavándose en mi ojo izquierdo. Me desperté en el hospital, saliendo del coma medio ciega, con traumatismo craneal y dos meses de reposo forzoso por delante. Y todo por ir a clase… No, mejor no, dejemos en paz a la policía.

Quise tranquilizarla.

—Bueno, supongo que habrá de todo… —El comisario Napoleón Sevilla me vino a la cabeza—. De cualquier modo, aunque tú no quieras saber nada de ellos, yo sí tengo algún buen amigo en el cuerpo, como el inspector Casaperda, que es quien está llevando este caso. Si quieres puedo pedirle que se ocupe del asunto. Si dejas tu ordenador en algún lugar donde ellos lo puedan recoger, el inspector se encargará de que alguien rastree la procedencia del correo.

—No sé… —dudó—. Bueno, como tú veas. Pero por favor, Aquiles, no me dejes fuera de esto. Tú y yo podríamos complementarnos.

—¿Complementarnos?

—Por supuesto. Mira, no te lo tomes a mal, pero resulta bastante evidente que tú no estás preparado para leer según qué mensajes que nuestro hombre pueda ir dejándonos por el camino…

No, no me lo tomé a mal. Toda opción de arrogancia o agresividad había desaparecido de la voz de Sofía.

—No sé, profesora —respondí lentamente—. No es poco lo que me pides, y desde luego, sea quien sea la persona que se esconde tras estos asesinatos, lo que está claro es que no se trata de una hermanita de la caridad, precisamente…

—Pues precisamente por eso, Aquiles —me atajó ella al momento, interpretando la lentitud en mis palabras como una señal de estar bajando la guardia—. Si ese individuo es el mismo que ahora me envía correos a mí, el último sitio en el que me apetece quedarme quietecita es precisamente ahí, en mi casa —dijo señalando hacia la calle—. Mira, Aquiles, yo no puedo quedarme sin hacer nada con esta persona rondándome. Y bueno, luego está lo tuyo…

Otra vez esa sensación…

—¿Lo mío? No sé a qué te refieres…

—A ver, hombre, está bastante claro que tú necesitas esta historia.

Ahí está, otro de esos apuntes incómodos.

—¿Que yo necesito el qué? Perdona, pero no veo…

—Ya, claro —sonrió cínicamente—. ¡Por favor, Aquiles! ¿Necesitas que te refresque la memoria? ¿O acaso creías que no sabía con quién estaba hablando? Tú eres Aquiles Vega, el periodista que colgó aquel famoso comentario sobre el presidente del gobierno cuando lo del «tarifazo» de las eléctricas, cómo era… «Y menos mal: de haber sido Rajoy el responsable del Holocausto, antes de meternos en las cámaras nos habría subido la factura del gas!». ¿No era así?

Dejé escapar el aire con fastidio. Ya me extrañaba a mí que no hubiese salido el temita todavía…

—A ver, era tarde, yo llevaba unas copas de más, y creía que le estaba enviando un mensaje privado a un compañero de la redacción… —expliqué por enésima vez.

—¡¿Un mensaje privado?! —Sofía soltó una sonorosísima carcajada—. Pero por favor, Aquiles, ¡si lo que hiciste fue colgarlo

en la cuenta de Twitter del periódico!

—Mpf… Sí, nada menos —admití—. Vaya, supongo que de la mezcla de alcohol e incompetencia tecnológica nunca puede salir nada bueno…

—Y por eso fue por lo que te echaron de *El País*, ¿verdad?

—Sí. Desde luego, gente con más bien poco sentido del humor…

Sofía volvió a mostrar un amplia sonrisa.

—Como diría Groucho, de la élite del periodismo a las más altas cotas de miseria impresa, ¡sí señor!

—Supongo que sí… Pero bueno, ¿hace mucho que lo sabes? Tan solo te lo pregunto para saber desde cuándo llevo haciendo el ridículo contigo…

—Pues desde que dijiste cómo te llamabas. Tienes que comprender que al fin y al cabo una historia como esa no se olvida tan rápidamente… Pero venga, hombre, que no pasa nada —intentó animarme—. Tú eres Aquiles Vega, y necesitas esta historia. Por eso estás ahora aquí, hablando conmigo, porque necesitas esa exclusiva. Sabes que ese sería el titular que te volvería a poner en el lugar que mereces. Así que déjate de chorradas y cuenta conmigo.

Una vez más, Sofía volvió a quedarse mirándome en silencio. De repente se echó hacia adelante y, tendiéndomela por encima del caos de papeles revueltos sobre la mesa, me ofreció su mano.

—Qué, qué me dices: ¿nos vamos juntos a Padrón, o vas a hacerme ir a mí sola?

Estaba claro que aquella mujer no iba a darse por vencida sin más. No sin cierta resignación, le choqué la mano.

—Está bien —acepté—, nos iremos a Padrón.

En la calle la lluvia caía a mares.

SEGUNDO ACTO:
EL RUIDO

«Ángel, mujer o delirio,
que bajo distintas formas
a mis ojos apareces
con la noche y con la aurora».
Aurelio Aguirre, «El murmullo de las olas»

-5-
Curiosa Sofía

Y la verdad es que aún me costó terminar de convencerlo. Se nos había hecho tarde en el Paradiso, y ya no eran horas de ir a ninguna parte. Seguía lloviendo con fuerza, ¿cuántos días llevábamos así? Cruzamos la calle corriendo. Quedamos en vernos a primera hora en la entrada de la Alameda para hacer el viaje juntos a Padrón, y nos despedimos allí mismo, delante del escaparate de la sombrerería Iglesias, protegidos bajo los soportales de la marea de agua que caía del cielo.

Cuando nos separamos, Aquiles siguió su camino en dirección a la calle de la Raíña, dejando la del Vilar a paso ligero por Travesa do Franco. La curiosidad —siempre la curiosidad— me hizo espiar un poco más, lo justo para ver, oculta entre un bosque de sombreros, boinas y gorras, cómo se perdía en el tropel de paraguas encontrándose unos con otros en la esquina del bar Trafalgar. Me imaginé que una vez llegado al Franco seguiría por Travesa de Fonseca, bordeando el edificio de Correos, ya que ese era el camino más rápido a comisaría. Pero vaya, que de todos modos, fuese por donde fuese el periodista, sus movimientos ya no eran visibles desde el lugar en el que me encontraba, así que por fin di yo también la media vuelta y, aún a refugio de los soportales, puse rumbo a casa. Sonreí al caer en la cuenta de que yo solita ya había dado por sentados todos los movimientos de Aquiles. Ya estaba, ya sabía que iría a comisaría, corriendo a contarle todo a ese policía del que me había hablado, cómo se llamaba… Siempre hago lo mismo, dar las cosas por sentado. Yo y mis conclusiones. Bueno, ¿y a dónde iba a ir, si no? Pues mujer, a su casa. Como tú. ¿O habría quedado con alguien más? ¿Quién espera al *señor periodista de investigación*? Oye, vete tú a saber, que a lo mejor ya lo estaba contando en su Twitter… ¡Hey, no seas víbora! Volví a sonreír, qué más me daría a mí todo eso… Deja a la gente vivir en paz, *señorita Todoloquierosaber*. Total, donde quiera que se encaminasen los pasos del señor Vega, los míos ya me habían llevado a mi destino.

Tampoco es que fuese cosa muy complicada. El Paradiso está en los bajos del número 29 de la calle del Vilar, y yo vivo en el primer piso del 41, así que tampoco se trataba de ninguna odisea. Subí las escaleras y, ya delante de la puerta de mi apartamento, comencé con mi ritual de todos los días: ¿dónde estaban las llaves? En el

bolso. No. En los bolsillos del abrigo. El derecho. Nada. Pues será en el izquierdo, entonces… No, aquí tampoco. A ver. ¿Y me las habré dejado en el bar? Quizás en uno de los bolsillos de la chaqueta… Tampoco. Oh, no, ¿y si con las prisas me las he dejado dentro? A ver, no perdamos la calma… Se me cae una de las carpetas que tengo bajo el brazo. Hala, venga, todos los papeles desparramados por el suelo… Vuelvo a buscar en los bolsillos del abrigo. ¡Que no, mujer, que ahí no están! Oigo un ruido, crujen las maderas del suelo. Pero no es en mi piso, este edificio es tan viejo… A ver, mujer, que todos los días es la misma historia… ¿Pero dónde diablos he puesto las malditas llaves? Pues tendrán que estar en el bolso, que ya no queda otra. O eso, o va a ser cierto que me las he dejado dentro. ¿Seré boba? Ay, dios, a que las he perdido… Me agacho, flexiono las piernas, y mientras con una mano sigo revolviendo en el interior del bolso, con la otra intento recoger los papeles caídos por el suelo. Otra vez ese ruido, ¿hay alguien ahí?

—¿Hola?

Juraría que hay alguien ahí arriba, en el descansillo del segundo piso. Pero no, no responde nadie. Bueno, ¿y quién iba a haber? El piso de arriba lleva muchos años deshabitado. Venga, mujer, céntrate en lo que estás, déjate de chorradas, que aún te vas a quedar en la calle como no… ¡Hombre, por fin! ¡Aquí estaban, en el bolso! Si al final siempre están en el bolso…

Entro en casa, y con gestos automáticos dejo el condenado bolso y las carpetas que todavía llevo bajo el brazo sobre la mesa del recibidor. El siguiente paso tendría que ser el de meter el paraguas en el paragüero. Tendría que ser…

—Mierda.

Es el quinto paraguas que pierdo en lo que va de año. Como no deje de llover de una vez me voy a arruinar en paraguas. ¿Se me habrá quedado en el Paradiso? Bueno, tanto da, ya preguntaré mañana… Bastante ha sido llegar a casa después de un día como el de hoy… Dejo el abrigo en el perchero. Recuento sobre la mesa del recibidor: a ver, ¿estamos todos? Cartera, llaves, gafas, teléfono móvil, y por hoy doy por concluida mi relación con el mundo exterior.

***

Me tomé un tiempo para ponerme cómoda. Me quité la ropa, todavía húmeda tras el diluvio, y me puse un pijama viejo. Unos trapos con más años encima de los que podía recordar, y muy poca

puntuación en el campeonato mundial de *sex-appeal*. Pero mira, aquí tampoco había nadie que se fijara en estas cosas, así que… Paré en la cocina para prepararme un café rápido, y con la taza todavía caliente entre mis manos me dirigí a la galería.

Unida con el salón principal de la vivienda, la galería hacía las veces de cuarto de estudio, biblioteca, salón y todo lo que fuese preciso. Me senté en la vieja silla de roble situada frente al escritorio, una superficie de cristal transparente con la palabra «amor» escrita en varios idiomas diferentes montada sobre un par de caballetes de aglomerado blanco. Al otro lado de mi mesa de trabajo, los grandes ventanales de la galería asomaban la biblioteca a un anochecer de agua y frío sobre la calle del Vilar. Parecía que la primavera hubiera llegado a algún tipo de acuerdo con el invierno para tomarle prestados todos estos días de lluvia para el mes de mayo. Fui dándole pequeños sorbos a mi café mientras me distraía en la contemplación del río de personas en la calle que, ocultas bajo sus paraguas, intentaban pasar inadvertidas a los ojos de aquel tiempo inclemente. Sentada en el calor de mi apartamento, observaba desde muy poca distancia a toda esa gente allá abajo. Gente de camino a sus cosas, probablemente de vuelta a sus hogares. Toda esa gente ahí fuera…

Y, escondido entre ellos, un asesino.

La conversación con Aquiles regresó al primer plano de mi atención. Recordé las descripciones de los dos crímenes. La brutalidad con la que habían sido cometidos. Una atrocidad. Aparté la vista de la ventana. Me puse en pie, y sin dejar de sujetar la taza comencé a dar vueltas por la sala. El modo en que los asesinatos habían sido realizados era de una violencia extrema, superando con mucho la raya de lo sádico. Tanta dureza… Intenté visualizar las escenas descritas por el periodista. Los cuadros se iban formando en mi imaginación al compás que mi andar marcaba: pasos cortos, lentos, caminando muy cerca de las baldas, dejando que los dedos de la mano que me quedaba libre, la que no sujetaba la taza de café, fuesen rozando ligeramente, casi sin querer, los lomos de los libros. Volúmenes y más volúmenes que sin orden aparente a los ojos de nadie que no fuera yo misma abarrotaban todas y cada una de las estanterías de mi biblioteca. Casi de manera inconsciente, mis pasos fueron a terminar su camino frente a la sección dedicada a Rosalía. Al fin y al cabo, la brutalidad empleada no era más que la representación física de aquella otra fuerza, la de los sentimientos convertidos en versos. La fuerza descarnada de las emociones dibujadas por la poetisa en sus composiciones. Aunque, por

descontado, una cosa era una mujer hablándole al mundo, a través de sus poemas, de los terribles dolores que su espíritu padecía, y otra muy distinta poner todo eso sobre piel, carne y huesos. Todo aquello era querer llevar la poesía demasiado lejos.

Lentamente, mi cabeza comenzó a hacer un movimiento suave, casi imperceptible, de negación, al tiempo que yo intentaba comprender cómo alguien, un desconocido oculto en la negritud de la noche, se había podido valer de algo tan hermoso como lo que Rosalía representaba para llevar a cabo acciones a todas luces despiadadamente salvajes. ¿Quién se escondía detrás de aquellos dos crímenes sin compasión? En mi cabeza un pensamiento se revolvía incómodo entre los demás. Volví a concentrar la mirada sobre mi escritorio. Detrás de dos crímenes, y tal vez de algo más.

Sí, muy probablemente de algo más.

Ligera, volví atrás sobre mis pasos y me senté nuevamente en mi silla de roble. Pulsé el tabulador del teclado, y al momento la imagen volvió a aparecer en el monitor de mi ordenador portátil. Ahí estaba, tal y como yo lo había descubierto la noche anterior. El correo con los *Buenos amores*.

Una vez más volví a leer el poema que alguien, un emisor escondido bajo el nombre «Adriano», me había enviado por correo electrónico para que yo, apenas veinticuatro horas antes, lo descubriera. Alguien, fuese «Adriano» quien fuese, me enviaba una pieza en la que la voz de Rosalía me invitaba a ir a la búsqueda de los amores buenos, a gozar de sus bondades casi inmaculadas, «sin rumor ni queja, ni lloros, ni cantares, blandos así y saudosos, cual un aliento de ángeles». Siempre y cuando tuviese yo la fortuna de tener quien me los ofreciera: «si tienes quien te los pueda dar…». ¿Y quién podría ser aquel que me los diese a mí? ¿El propio remitente del *e-mail*? «Adriano»… ¿Sería esa su intención? Y, de ser así ¿quién es Adriano? Una vez más recordé las preguntas del periodista, «¿y no sabes de nadie que se llame así?».

No, no sé.

¿Quién estaba detrás de ese correo? ¿La misma persona que se ocultaba tras los asesinatos de Penélope Santalla y de Xosé Carneiro? Una mezcla a partes iguales de miedo y rabia casi consiguió arrancarme las lágrimas, aquello suponía algo terrible. Me acurruqué en la silla, abrazándome con fuerza las piernas contra el pecho, y me quedé por un buen rato así, mirando en silencio para el ordenador. Como si la respuesta a esas preguntas fuese a aparecer escrita en el monitor por arte de magia.

«A ver, mujer, tranquilízate. Quizá no tenga nada que ver con

esto», quise pensar. «a lo mejor no hay ninguna relación entre las muertes y el *e-mail*. No, seguro que no…».

Al fin y al cabo, esta había sido una época de enorme actividad «rosaliana» por mi parte. Había sido muchísimo el tiempo invertido investigando primero, escribiendo después, completamente entregada a aquella biografía que justo la tarde anterior acababa de presentar. Y eso sin contar mi trabajo como docente en la facultad de Filología. Mi entrega a la materia rosaliana era conocida por todos a mi alrededor. Tal vez este envío no fuese más que la respuesta a alguna petición pendiente en las muchas entrevistas y demandas hechas a lo largo de todo el proceso. Tanto la austeridad en las formas como su contenido apuntaban a la posibilidad de que el remitente fuese alguien relacionado con el estudio de la obra de Rosalía, ya que, en realidad, el cuerpo del *e-mail* solo estaba compuesto por una imagen escaneada, y, a pesar de que aún no había podido comprobarlo, a la vista de las peculiaridades gráficas del texto recogido (por ejemplo, el uso reiterado de las «x» con diéresis) juraría que se trataba de una fotocopia, o muy probablemente incluso de un escaneado de la página tal como esta aparecía en la primera edición de *Follas novas*, excepto por aquel extraño grabado impreso en la esquina inferior derecha, aquel arpa con forma de mujer que el remitente se había tomado la molestia de añadir, quizás a modo de firma, sobre la imagen original. Supongo que sí, que eso debía de ser. Al fin y al cabo, estos textos no están al alcance de cualquier fotocopiadora…

O, vaya, quién sabe, a lo mejor también podía ser lo que aparentaba, una especie de declaración amorosa…

Sonreí.

Oye, ¿y por qué no? Aun no eran más que unos pocos años los transcurridos desde que había cumplido los treinta, y fuera de aquel viejo pijama tampoco estaba de tan mal ver. Volví a sonreír. ¿Y por qué no? Mira, vete tú a saber, quizás al final de la historia resulta que tengo un admirador secreto… Sí, por qué no. ¿Y quién sería, pues? ¿El propio Dorian? Eran muchas las horas que mi ayudante y yo pasábamos juntos en el departamento de la facultad, trabajando codo con codo. Tal vez, el roce… Para, para, ¡para! Pero qué diablos estoy diciendo… ¡Si Dorian es homosexual hasta la médula! Ser más gay que él sería tener todos los colores de la bandera del orgullo en la sangre… No, no podía ser Dorian. «Adriano» era otra persona, otra. ¿Pero quién?

Quizá Seoane, el decano de la facultad. Sí, Santiago siempre había mantenido conmigo esa relación extraña, tensa, la cosa esa

del amor-odio, tal vez… El caso es que a mí siempre me ha dado la sensación de que si me habla mal en realidad es porque nunca le he dado eso que sus ojos tanto y tanto piden. Pero ¿y qué esperaba?, es un hombre casado. ¡Y con la jefa de mi departamento, nada menos! Viejo verde, siempre mirándome el culo. Igual se cree que no me doy cuenta. No, no, estos versos no vienen de esos lodos. Alguien de fuera, entonces, alguien que no tenga que ver con la facultad… Oh, vaya, Sofía. Al final va a ser cierto eso que dicen, que existe un mundo más allá de los muros de la universidad… Sonreí con una pequeña dosis de tristeza y autosuficiencia en los labios. Desde ya no recordaba cuándo —supongo en realidad que desde el primer día en que entré como estudiante en la facultad—, mi vida había transcurrido en todos sus aspectos dentro de la universidad, protegida por sus paredes, tanto las visibles como las que no, de todo cuanto acontecía en el mundo exterior. Un mundo en el que sucedían cosas horribles. Asesinatos, crímenes, violencia, todo quedaba fuera, más allá de mi torre de letras y papel.

Quizá fuese de ahí, de ese mundo exterior, de donde viniera mi remitente. Un visitante de otro planeta, pensé. Alguien a quien yo realmente no conociese. Alguien siguiéndome sin yo saberlo. Recordé el ruido que había escuchado mientras estaba en la puerta del apartamento, el crujir de maderas en el descansillo mientras yo buscaba las llaves. ¿Y si era cierto? Tal vez ahí *sí* hubiese alguien… Un escalofrío me sacudió el cuerpo. Guardé el silencio de quien está al acecho, intentando reconocer algo extraño en la tranquilidad de la noche, ya instalada sobre la ciudad vieja. Escucha, escucha…

¡Por favor! ¿Pero qué diablos estaba haciendo? No, por supuesto que allí no había nadie, y aquella tensión resultaba absurda. Tranquilízate, mujer, no seas paranoica. Me ajusté las gafas sobre la nariz, acercándomelas más a los ojos, y volví a leer el poema. Ahí seguía, íntegro, en la pantalla de mi ordenador. Un texto sacado de *Follas novas*, los «Buenos amores». De «Adriano» para Sofía Deneb, dos muertos y un poema. Y, de fondo, Rosalía. Siempre Rosalía. De nuevo regresaron las preguntas de Aquiles dispuestas a golpear con fuerza. ¿Quién es Adriano? No lo sé, no lo sé… La taza de café, todavía entre mis manos, era ya poco más que un trozo de porcelana fría. Yo no conozco a ningún Adriano. ¿Quién era, quién se escondía detrás de esa dirección, bajo ese nombre? ¿Quién había tenido el descaro de meter a la poetisa en toda esta historia tan desafortunada?

Pulsé con el puntero del ratón sobre una esquina del rectángulo, y la ventana con el *e-mail* fue a guardarse en la parte inferior del

monitor, dejando a la vista la imagen que yo había puesto, mucho tiempo atrás, como fondo de pantalla en mi ordenador: una de las pocas fotografías que de Rosalía se conservan. Y quizás también por eso una de las más conocidas. En color sepia, la cabeza ligeramente ladeada hacia la izquierda del cuadro, y en los labios la expresión de algo parecido a una sonrisa… O no. Sin darme cuenta del tiempo a mi alrededor me quedé atrapada en la contemplación de aquella imagen. Qué expresión tan enigmática… ¿Qué había debajo de aquel gesto? La boca entreabierta, como a punto de decir algo. A punto de guardar un secreto. Ahí estaba, nuestra propia Mona Lisa. ¿Qué palabras no contadas guardaban aquellos ojos? Mi *buen amor*. «¿Quién es, lo conoces tú?», escuché mi propia voz, dirigiéndose al monitor del portátil, impasible sobre el escritorio de cristal. «¿Algún conocido tuyo, tal vez?», le pregunté a una Rosalía ausente. «¿Quién es Adriano?».

Y, justo en ese instante, Rosalía me contestó.

Espera, pensé. No podía ser…

—Adriano —dije en voz alta y con ritmo lento. Sí, conocíamos a un Adriano… Lo conocíamos nosotras, las dos. Rosalía y yo.

Él sí era alguien, había sido alguien. Alguien muy breve, pero intenso, muy intenso. Aquel había sido un dolor enorme, tal vez el más grande de todos a lo largo de una vida cargada de grandes dolores.

Me levanté con la velocidad del rayo, ¿dónde estaban aquellos datos? Dolor, mucho dolor encima de la mesa. La situación le era propicia. Venga, dónde había metido yo aquellas anotaciones… Una vez más, la segunda ya en lo que iba de día, volví a revolver entre mis papeles. Busqué en las carpetas donde tenía guardada toda la información que había ido manejando para la elaboración de mi libro. En realidad yo ya lo sabía, lo sabía perfectamente, pero necesitaba verlo escrito. Ciertos aspectos de aquel asunto no habían podido ser contrastados, y por eso los había dejado un poco más de lado. Pero sabía que existían, aquellos papeles tenían que estar en alguna parte. Estaba ahí, tenía que estarlo. Buscaba ese papel solo para confirmarlo, porque en el fondo ya lo sabía. Adriano, eres tú, ¿verdad? Pues claro, claro que lo era. «¡Boba, boba!», me llamé en voz alta. Cómo no me había dado cuenta antes… Si Rosalía era el fondo, y yo no conocía a nadie más, Adriano no podía ser ningún otro. ¿Dónde demonios había metido aquellos papeles? Miré el reloj. Las once y media. ¿Era tarde para volver a llamar a Aquiles?

-6-
El árbol de la vida

Viernes, 10 de mayo

Fue una noche larga. Demasiadas horas navegando por un mar bravo de carpetas que ya había dado por cerradas. Un laberinto de fotocopias archivadas, de recortes de prensa antigua, de fotografías viejas, documentos de texto en el disco duro de mi ordenador, datos apuntados de cualquier modo sobre todos los soportes imaginables. En los márgenes de un libro, en una servilleta, en un recibo de la luz… Contemplando tanto desorden volví a maravillarme de haber sacado mi propio trabajo adelante a partir de aquel caos documental.

Aunque, bien visto, en realidad lo lógico era que fuese de aquel modo. No había otro. Si la aparición de mi libro había sido tan bien recibida era porque, a casi ciento treinta años de su muerte, la mía era la primera biografía integral que de Rosalía de Castro se conseguía sacar adelante. Por supuesto, todavía faltaban espacios por cubrir (espacios como aquel por el que me había pasado media noche en vela), pero teniendo en cuenta el celo puesto desde el primer instante por el propio Murguía en apagar las luces que habían alumbrado la vida de quien fuera su esposa, era evidente que redactar una biografía absoluta de la poetisa no iba a ser tarea fácil. La intención primera de su viudo era la de conseguir que la crítica, y quizás incluso la propia Historia, tuviesen ojos exclusivamente para la obra de su difunta esposa, sin permitir que nada más allá de la vida literaria de Rosalía pudiera despistar al juicio del tiempo. El patriarca de las Letras gallegas sabía que existían en la biografía de Rosalía ciertos aspectos de muy difícil disimulo para su tiempo, e hizo cuanto estuvo en sus manos por conseguir que todo lo que no fuese literatura quedara sepultado en los rincones más oscuros de la memoria, dejando que las verdades morasen a medio camino entre la leyenda y la memoria, entre el mito y la realidad. Él primero, y todos los que le sucedieron después, comenzando por sus propias hijas y siguiendo por aquellos que más tarde se erguirían como custodios de la memoria de los Castro-Murguía, supieron enmarañar la historia en el más denso oscurantismo.

Por eso, llegar a discernir cuestiones tan aparentemente sencillas como el número exacto de hijos que el matrimonio había traído al

mundo fue en su momento una ardua labor, un trabajo que supuso no pocos esfuerzos para determinar el dato con seguridad. Y concretar sus nombres, los nombres con los que aquellos pequeños habían sido bautizados, aún lo había sido más. Pero al final, y sin lugar a dudas, se supo. Entre los años 1859 y 1877, el matrimonio Murguía y Castro dejó constancia en los registros civiles de las diferentes ciudades y villas en las que se encontraban en cada ocasión de los nacimientos de hasta siete hijos: Alejandra, Aura, Gala, Ovidio, Amara, Valentina…

Y Adriano.

Fue una noche larga, de revisiones y de confirmaciones, algunas con éxito, otras quizá no tanto. Una noche larga de muy pocas horas para el sueño. ¡Boba!, cómo no lo había visto antes. ¡Yo, precisamente yo!

Al principio no caí en la cuenta de que era él, pero cuando por fin reconocí a Aquiles al volante del coche que se detenía a mi lado, un viejo Mercedes destartalado, también él se fijó en el poco descanso que mis ojos habían tenido.

—Buenos días, profesora —saludó al tiempo que yo ocupaba el asiento del copiloto—. Por lo visto, tú tampoco practicas la benéfica costumbre de dormir.

Hablaba sin dirigirme la mirada, de nuevo concentrado en el tráfico de la calle.

—Pues no, últimamente no mucho —contesté, todavía impresionada por la impenitente decrepitud que aquella cafetera con ruedas mostraba sin rubor alguno. Si por fuera el aspecto era lamentable, por dentro la cosa no mejoraba en absoluto—. Pero has de saber que lo de esta noche ha sido por una buena causa, Aquiles. Creo que ya sé quién es Adriano.

El periodista, que ya había metido su reliquia germana en el suave baile de los coches que iban y venían por la avenida de Juan Carlos I, redujo bruscamente la marcha del Mercedes hasta dejarlo completamente parado justo en medio de la calzada.

—¿Que ya sabes quién es Adriano? ¿Cómo que ya sabes quién es Adriano?

Un camión de reparto que circulaba detrás de nosotros tuvo que pisar los frenos a fondo para no llevársenos por delante.

—Sí, eso es lo que he dicho —respondí echando las manos sobre el salpicadero.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? ¿Se puede saber a qué demonios estás esperando?

—¡Pues a que vuelvas a arrancar el coche, por ejemplo! —

protesté al tiempo que oía cómo el conductor de atrás insistía en hacer sonar la bocina de su camión.

»Lo que te estoy diciendo es que ya sé quién es Adriano, no que sepa quién es el asesino. Y muévete de una vez —le increpé con un gesto violento de mi mano—, que este tío aun nos va a pasar por encima con su camión. ¿Estás sordo? ¡Que te muevas!

Aún con cara de no entender nada, finalmente Aquiles decidió hacerme caso y reemprender la marcha.

Salimos de la ciudad con rumbo sur. Mientras Vega iba maniobrando para coger la circunvalación primero, y la Autopista del Atlántico después, yo fui poniéndolo al día de mis descubrimientos. Ya un poco más tranquilos los dos, le conté que había tardado en llegar a esa conclusión porque todo el tiempo había estado contemplando la situación desde el punto de vista equivocado. El mío. Y yo no conocía a ningún Adriano. O por lo menos no personalmente.

Pero si, como el día anterior habíamos concluido sentados a la mesa del café, todo en esta historia giraba alrededor de la figura de Rosalía, entonces era ella, y no yo, quien tenía que saber de alguien con ese nombre. Y quién mejor para ser conocido de la poetisa que unos de sus hijos…

—Entonces, ¿estás diciéndome que nuestro hombre podría ser uno de los hijos de Rosalía de Castro? —preguntó por fin el periodista al tiempo que nuestro coche comenzaba a rodar ya por la autopista.

—Bueno, si entre tus opciones cabe la de tener en consideración a un sospechoso de más de ciento treinta años de edad… Podría ser, sí —respondí con un gesto de fingida convicción—, no veo porqué no.

Observándome de reojo, comprendí que mi comentario no le había hecho demasiada gracia…

—A ver, Sofía, ya sabes lo que quiero decir —protestó—. Me refiero a algún hijo del fulano este, a un nieto de Rosalía, un bisnieto… ¡Joder, ya me entiendes: algún tipo de descendiente!

La vieja cuestión…

—No, no —respondí dejando fuera esta vez cualquier asomo de burla en mi voz, intentando recuperar el más reconciliador de los tonos posibles—. Efectivamente, Adriano Murguía de Castro nació en el año 1875. Pero, por si eso no fuese bastante para descartarlo, existen otros matices de su biografía que cortan de raíz cualquier posibilidad.

—Que son… —inquirió Aquiles sin dejar de mirar al frente.

—Su corta existencia. Adriano murió cuando apenas contaba un año y medio de vida.

—¿Murió siendo un bebé?

—Así es. Uno de los capítulos más dolorosos de la vida de Rosalía.

Hubo un pequeño silencio.

—Tiene que ser terrible perder a un hijo…

—Tiene que serlo. Y más si ocurre de un modo tan brutal como el que a Rosalía le tocó vivir.

—¿Un accidente? —preguntó Aquiles.

Volvió a mirarme, y esta vez, picada por su comentario anterior, le sostuve la mirada. Ojos del color de la miel, a veces verdes.

—Exacto —confirmé, volviendo a mirar yo también al frente, incapaz de mantener aquella mirada tan intensa—. A ver, hay que tener en cuenta que esta es una de esas partes de la biografía rosaliana que todavía no han podido ser esclarecidas del todo. Pero por lo que parece, en un despiste de una de las chicas que servían en la casa, el pobrecillo se cayó de una mesa al suelo. Y allí quedó, con su madre mirando desesperada cómo a su pequeño se le iba la vida.

—Terrible… —repitió Aquiles muy lentamente.

—Como te decía, aun siendo uno de los episodios más oscuros en la vida de Rosalía, es innegable que Adriano es el nombre de uno de sus hijos. El único hijo al que ella vio nacer y morir.

—Adriano…

Aquiles pronunció el nombre poco a poco, como si estuviese intentando detectar su sabor en el paladar, a la búsqueda de un regusto que, finalmente, le resultase desagradable.

—Sea como sea, lo que cada vez se ve con más claridad es la implicación de tu poetisa en todo este jaleo —concluyó con la mirada perdida en el firme de la autopista.

—Bueno, supongo que sí. O, por lo menos, tan metida como una mujer que lleva casi ciento treinta años muerta lo pueda estar…

Los dos seguimos camino en silencio, sin decir nada más hasta que el automóvil enfiló un ramal que se apartaba de los dos carriles principales de la autopista. Sobre nuestras cabezas, un gran cartel: salida 93, Padrón-Pontecesures.

A las diez en punto de la mañana, nuestro coche se detuvo ante el pequeño portal de acceso a la Casa-Museo. Siguiendo mis indicaciones, Aquiles todavía dejó rodar el vehículo un poco más, y el viejo Mercedes ronroneó con suavidad sobre el camino de asfalto para volver a detener nuestra marcha apenas unos cincuenta metros

más adelante, justo frente a la vieja estación de ferrocarril, al otro lado de las vías del tren. Dejamos el coche aparcado y desandamos el camino a pie. Ya fuera, aún volví a echarle un vistazo, y una vez más me asombré de que aquel cacharro, más parecido a un tanque que a un automóvil, nos hubiese llevado tan rápido desde Santiago hasta Padrón.

Llegamos al portal y nos encontramos las dos pequeñas hojas de forja arrimadas. Empujamos la de la derecha, lo justo para entrar en los jardines de la finca, y caminamos hacia el edificio principal, la conocida como «Casa da Matanza». El suelo, recubierto de gravilla menuda, crujía a nuestro paso.

—La verdad es que pensaba que tardaría un poco más en volver a poner los pies aquí —dije recordando las muchas horas de estudio que a lo largo de todo el año anterior me había pasado encerrada en la biblioteca de la Fundación.

—Pues yo, si te digo la verdad, la última vez que vi esta casa —respondió Aquiles con la mirada puesta en el balcón de la antigua vivienda— fue teniendo en las manos un billete de quinientas pesetas…

De entrada creí que se trataba de una broma, pero después de ver la expresión en los ojos del periodista, detenidos en la contemplación de la casa, comprendí que no. No solo había verdad en su voz, sino que incluso me pareció encontrar cierta dosis de asombro en sus ojos, ahora más verdes que marrones a la luz de la mañana. El asombro de quien contempla con sorpresa algo que le resulta familiar. Sonreí ante su franqueza y los dos seguimos caminando. Derechos a la entrada principal.

-7-
¡Padrón, Padrón!

En la estancia que hacía las veces de recepción al museo, tras un mostrador bajo repleto de libros, tarjetas postales, lápices y demás *souvenirs*, un hombre se aburría con la mirada perdida en el monitor de su ordenador portátil.

—Buenos días —saludé.

—Está cerrado —respondió indolente el hombre antes de levantar la vista de la pantalla. La claridad que entraba por la puerta a nuestras espaldas generaba un contraluz que impedía el inmediato reconocimiento de los visitantes por parte del interrumpido empleado. Entornó los ojos intentando aguzar la vista y, al momento, la sensación de apatía desapareció.

—¡Profesora Deneb! —exclamó al reconocer a mi acompañante—. ¡Pero qué sorpresa tan agradable!

Cerró el ordenador sin demasiados miramientos y, haciendo gala de una torpe agilidad, se levantó rápidamente para salir a nuestro encuentro. Se trataba de un hombre alto, de unos cincuenta años. De abundante calva frontal, llevaba su cabello, casi todo cano, peinado hacia atrás, y pese al descuido físico que su barriga pudiera sugerir, se le adivinaba que de fuerzas no andaba mal, tal como revelaba lo frágil que la profesora Deneb parecía ahora entre sus brazos.

—Bueno, ¿pero cómo usted por aquí? No me diga que todavía sigue a vueltas con su libro…

—Venga, Tino, otra vez no. ¿Cómo tengo que decirte que no me trates de usted? —preguntó Sofía—. Tú no.

La profesora respondió con una sonrisa en los labios y, con todo, durante un segundo me pareció ver que el tipo se había quedado perdido, intentando descubrir si aquello era una reprimenda o una muestra de cariño.

—Ah, no, no —reaccionó con gesto sumiso el conserje—. Nada más lejos de mi intención, profesora. Ya sabe que es mucho el respeto que usted y su trabajo nos merecen en esta casa, mucho. ¡Como para tutearla ahora sin más ni más! ¡Ca, nada de eso! —reiteró negando con la mano en el aire.

—Bueno, pues nada, que de nuevo seguiremos igual… —aceptó Sofía, con el gesto resignado de quien renuncia una vez más a la misma batalla mil veces perdida—. Pues no, Tino, esta vez no he

venido por nada que tenga que ver con el libro —cambió de tema bajando notablemente la voz—. Me imagino que a estas alturas ya estaréis todos al tanto de la muerte de Penélope, ¿verdad?

El hombre de la recepción mudó de inmediato la expresión de su rostro.

—Oh, sí, profesora. Por supuesto. Qué desgracia más grande… Aquí estamos todos muy afectados, una pérdida irreparable. —Completó su respuesta mirándome, y yo me limité a asentir con la cabeza, en silencio.

—Pues por eso hemos venido, Tino. Mira, deja que te presente. —La profesora hizo un gesto en mi dirección—. Este es Aquiles Vega, un periodista de Santiago.

—Encantado de conocerle —respondió adelantándose hacia mí con la mano tendida.

Viéndolo ahora más de cerca, la verdad es que tampoco sabría precisar con exactitud su edad. Siempre me pasa lo mismo cuando tengo que tratar con gente de fuera de la ciudad: si bien el espacio que lo rodeaba podía mitigar la sensación, bien se le veía que se trataba de uno de esos hombres a los que el sol del campo les había curtido la piel. Una de esas personas a las que la vida en el medio rural había convertido en entes de edad indefinida, tal era el caso del hombre que ahora salía a mi encuentro.

—Igualmente.

—Así que un periodista. ¿Y eso? ¿Acaso están ustedes haciendo algún tipo de reportaje sobre la muerte de doña Penélope?

—No, no se trata de eso, Tino. Simplemente hay un par de cosas sobre ella que me gustaría que alguien más cualificado que yo le explicase al señor Vega. Por eso es que hemos venido.

La aclaración no pareció convencer del todo al hombre, ahora con la boca entreabierta y las manos cruzadas una sobre otra contra el pecho. Sofía siguió hablando.

—¿Sabes si Alba o Diego están aquí?

—Sí, claro. Están, los dos. —La sonrisa volvió a convertir en afable la expresión en el rostro de Tino—. Están atrás, en las oficinas, ellos dos y doña Andrea.

—Pues perfecto, entonces —respondió Sofía satisfecha—. Con ellos queríamos hablar.

—Ah, pues pasen, pasen —nos ofreció el conserje—. Vayan para allá, que ya les aviso yo por la línea interna.

El hombre de edad indefinida y manos fuertes, como yo mismo acababa de comprobar, hablaba con gran solicitud al tiempo que regresaba a su puesto. De repente, a medio camino se detuvo y

volvió a mirarnos.

—¿O prefieren quizá que les acompañe yo…?

—No, Tino, no te preocupes —declinó Sofía con una sonrisa la oferta—. ¡Creo que a estas alturas conozco el camino más que de sobra!

—De acuerdo entonces —confirmó el hombre volviendo a sentarse tras el mostrador—. Vayan tranquilos, que ya los aviso de que van ustedes para allá.

Abandonamos la recepción para salir nuevamente al jardín sin que yo hubiese tenido ocasión de decir ni mu. Bordeamos en silencio la casa por su flanco izquierdo, y tras un brevísimo paseo, dejando los jardines a nuestra izquierda, llegamos a otra construcción, un pequeño edificio de piedra de dos alturas. Nos detuvimos frente a la puerta principal, una hoja de madera arrimada, sin cerrar. Sofía dio en ella un par de golpes con los nudillos y, sin aguardar respuesta, la abrió lo justo para meter medio cuerpo dentro.

—Toc toc —dijo asomando la cabeza al interior de la estancia—, ¿se puede pasar?

Estaba claro que la profesora Deneb contaba con la confianza suficiente para andar por esos pagos como si fueran suyos de toda la vida. Fue una voz conocida la que le dio respuesta.

—¡Sofía! Qué sorpresa más agradable… Pasa, hija, pasa.

La profesora volvió a sacar la cabeza fuera, y con un gesto rápido me indicó que entrase con ella.

Pasamos directamente a una estancia de tamaño medio. Al contrario que en el edificio principal, aquí no había ningún tipo de recibidor. De la calle pasamos directamente a una especia de sala de juntas, ampliamente iluminada por las ventanas abiertas en la pared a nuestra derecha. Sobre el suelo de parqué, una gran mesa de nogal ocupaba la mayor parte de la pieza. Sentada en el extremo opuesto de la mesa, una mujer observaba por encima de sus gafas, milagrosamente colgadas sobre la punta de la nariz, nuestra entrada.

La reconocí al momento. Se trataba de la misma mujer que el jueves, apenas un par de días antes, felicitaba a Sofía en el auditorio de la facultad de Filología. Se levantó de su silla y vino a nuestro encuentro. Mientras ella y la profesora Deneb se fundían cariñosamente en un abrazo, yo volví a recorrer con la mirada el vacío que la mujer había dejado.

La pared del fondo estaba cubierta por una aparatosa biblioteca de madera y cristal, con estantes repletos de libros que llegaban

hasta el techo. De la pared tan solo cedía la biblioteca su espacio central para que una enorme fotografía enmarcada presidiera, magnífica, la sala de juntas. Una foto sacada al aire libre, un grupo de gente que posa relajada en algún rincón, tal vez unos jardines. Sé quién es la mujer en el centro del cuadro. Vestida de traje oscuro, quizá negro, Rosalía de Castro aparece en compañía de aquellos que identifico como su familia. Cuatro mujeres, en realidad tres de ellas poco más que unas niñas, y un chiquillo. Y, tras él, protegiéndolo bajo su brazo, un hombre. El marido de la poetisa, supuse, el padre de la prole. Mientras Rosalía mira de frente a la cámara con expresión tranquila, el hombre lo hace de reojo, como si desconfiara del objetivo.

—Esa foto es de las últimas que le sacaron.

La mujer, aún abrazada a Sofía, se había dado cuenta de mi interés por la estampa familiar. Como quien habla para nadie, siguió con su explicación.

—Pobrecita, ya el cáncer la devoraba por dentro sin piedad, y ella todavía sacaba fuerzas para sonreír. Ahí está, rodeada de lo que ella más quiso en el mundo.

—¿Su familia?

—Exacto.

—De las pocas fotografías que de ella se conservan —intervino Sofía, también con la mirada puesta en el retrato—, esta es una de mis favoritas.

—A mí me ocurre lo mismo —respondió la otra mujer sin dejar de mirar tampoco ella para el mismo punto—. Sé que no habríamos podido encontrar mejor imagen para presidir nuestra sala de reuniones. Aquí, en la casa donde todas estas personas fueron tan felices. Que, para ser francos, tampoco es que lo fueran demasiado…

Casas de pocas felicidades… Los recuerdos se cuelan mucho antes de que nadie les dé permiso para hacerlo. Yo también tenía fotos como esa en mi casa. Imágenes en las que salíamos nosotros. Ella, yo…

—¿Nos conocemos? —La voz de la mujer me trajo de vuelta a la realidad. Se dirigía a mí con la mano tendida en el aire.

—Permíteme que os presente —medió Sofía—. Este es mi amigo Aquiles Vega, periodista, de Santiago.

¿*Mi amigo*? ¿Cómo que «amigo»? Sofía volvía a pillarme con el pie cambiado.

—Tanto gusto, señora —respondí estrechándole la mano.

—Por favor, el gusto es mío. Alba Mendoza, vicepresidenta… —

titubeó por un instante, como si dudara de su propio título—, vicepresidenta de la Fundación Rosalía.

Presentada por fin, la mujer se quedó contemplándome de arriba abajo, como si estuviera pasándome revista.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

Sonrió levemente, de manera apenas perceptible.

—No, hijo, no ocurre nada… Es tan solo que no sé qué es lo que más sorpresa me causa: si el hecho de recibir la visita inesperada de Sofía, o que aparezca en la compañía de un periodista tan… famoso. —«Señor, dame paciencia…»—. Decidme, ¿qué os trae por aquí?

—Penélope —respondió Sofía con gesto grave.

Alba Mendoza asintió lentamente con la cabeza sin decir nada, como si por fin hubiese llegado el momento de dejar las banalidades a un lado.

—Supimos de la triste noticia ayer a última hora, y por aquí todavía estamos en estado de *shock*. Ya habréis visto que hoy no estamos abiertos al público…

—Nos lo dijo Tino —le confirmó Sofía.

La señora Mendoza negaba lentamente con la cabeza.

—Es que estamos todos desolados, hija mía. Y sobre todo después de las noticias que nos han ido llegando.

—¿Noticias?

—Bueno, ya te imaginarás… Aquí no sabíamos nada. Dimos por sentado que se habría tratado de algo natural. Pero después alguien llamó diciendo que no, que parecía que la cosa se trataba de un suicidio. —Sofía y yo intercambiamos una mirada fugaz sin que Alba se diese cuenta—. ¡Es que no me entra en la cabeza, hija mía, no me entra! —dijo tensando las manos en el aire—. Cómo tenía que estar pasándolo la pobre de Penélope, cómo tenía que estar para hacer una cosa así. Una mujer como ella, siempre tan alegre… No me entra en la cabeza.

—Verá, señora. El asunto es que Penélope no ha hecho nada de eso.

A veces me sorprendo escuchando el sonido de mi voz, y no soy capaz de reconocerme. ¿De dónde demonios me viene esta forma tan brusca de decir las cosas, que casi parece que las esté escupiendo? En consecuencia, la mujer me devolvió una mirada cargada de incertidumbre.

—¿Perdón?

A punto estaba de ofrecer la explicación que me pedía, cuando se abrió una de las dos puertas situadas a nuestra izquierda para

que por ella apareciera otro rostro conocido.

—¡Sofía! —Un hombre de impecable traje azul vino caminando hacia nosotros, con los brazos abiertos y la sonrisa milimétricamente orientada a la profesora—. Me pareció escuchar tu voz, pero no estaba seguro. ¡Qué sorpresa tan agradable!

—Buenos días, Diego —respondió tranquilamente Sofía devolviéndole la sonrisa y aceptando el abrazo ofrecido por el mismo hombre que el martes acompañaba a la señora Mendoza.

Mientras Sofía y el tal Diego intercambiaban saludos yo aproveché para echar una mirada en la dirección por la que había aparecido nombre. Había dejado la puerta abierta, y desde lo que ahora se descubría como un pequeño despacho nos observaba una mujer más joven. Sentada al escritorio, parapetada tras la pantalla de un ordenador. Apenas se le veían los ojos tras el monitor pero, pese a sus esfuerzos por disimularlo, me pareció percibir cierto aire de preocupación su mirada. Ocupado como estaba espiando a la mujer, no me di cuenta de que el hombre, el tal Diego, ahora me observaba mí.

—¿Y usted es? —me preguntó sin dejar de ofrecerme su mano. Me llamó la atención la sonrisa perfecta que de repente se abría ante mí. Toda una colección de incisivos, caninos, e incluso algún que otro premolar, todos ellos perfectamente dispuestos para causar la mejor de las impresiones. Al momento acudieron a mi cabeza los galanes de aquellas viejas películas de los años cuarenta, una especie de Clark Gable con su corbata de seda y nudo Windsor.

—Aquiles. Aquiles Vega, periodista.

—Periodista… —repitió el hombre en un rápido arqueo de cejas.

Un súbito *tic* nervioso apareció sobre su párpado izquierdo. Tuve la sensación de que algo en mi presencia incomodaba al galán.

—Efectivamente —le confirmé—. Y su nombre era…

Retiró la mano para pasarla como de manera casual por sus cabellos.

—Por favor, le ruego que disculpe mi torpeza, señor Vega. Soy Diego Castro, secretario de la Fundación y director del museo —se presentó aparentando no darles demasiada importancia a sus títulos —. ¿Y a qué debemos el placer de la visita de un periodista a la Casa da Matanza? ¿Acaso tenemos algún acto programado para hoy, Alba? —preguntó intentando combinar aquel talante cordial que había empleado para saludar a Sofía con cierto aire de despistado encantador ante la señora Mendoza.

Pero la vicepresidenta, que en ningún momento había borrado la preocupación dibujada en su rostro desde la última respuesta que

yo le había dado, no le siguió el juego.

—No, Diego, ya sabes que no. Según me ha parecido entender —volvió a observarme—, lo que el señor Vega estaba diciendo justo antes de que tú hicieras tu entrada triunfal era que la muerte de Penélope no se ha debido a ningún suicidio, como nos dijeron ayer. ¿No es así?

Seguí observando el rostro del señor Castro antes de responder a la pregunta que Alba Mendoza me estaba haciendo. Definitivamente sí, había en su párpado un tic nervioso, uno en el que no había reparado al verlo por vez primera, dos días antes. La mujer en el interior del despacho seguía observándonos con disimulo. Por muy grande que fuese la pantalla tras la que se ocultaba, un nuevo un ruido, el del golpear constante de su pie en el suelo, ponía en evidencia los problemas que a todas luces tenía para controlar sus nervios.

—Efectivamente, señora —respondí al fin—. Lamento mucho traerles tan terribles noticias, pero lo cierto es que la señora Santalla ha sido asesinada.

—¡Asesinada! —repitió Alba Mendoza llevándose las manos a la boca.

—¿Asesinada? ¡Pero eso es terrible, por el amor de Dios! —el tono en la expresión del director del museo se parecía más al de una protesta que al de una exclamación—. ¿Quién iba a querer hacerle daño a una mujer como Penélope? ¡Eso es imposible, imposible!

Me cogió por sorpresa lo airado de aquella respuesta. Pensé que no, que no era ni imposible ni muchísimo menos, y tuve que morderme la lengua para no hablarle de una bañera llena de despojos humanos en un piso enorme de Santiago. «¿Qué sabrás tú lo que es imposible…?». Pero esos no eran los pensamientos más apropiados para mis intereses, y al momento los canjeé por otro más apropiado. A mi mente vino el recuerdo de la rabia con la que el propio Diego Castro se había referido a la señora Santalla en el auditorio de la facultad de Filología.

—Pues precisamente por eso estamos aquí —volví a responder—. Según me ha explicado la profesora Deneb, la señora Santalla era la presidenta de la Fundación, ¿verdad?

—Exactamente —respondió Alba Mendoza—. Desde hace ya casi cinco años.

—Cuatro años y diez meses —anotó con precisión el director del museo.

—Ya… Y teniendo en cuenta sus relaciones como miembros de la junta directiva, me imagino que sería mucho el tiempo que

pasarían todos ustedes juntos —sugerí.

—Bueno, sí… —respondió el señor Castro—. Aunque tal vez no tanto como usted supone. La nuestra es una organización sin ánimo de lucro, y todos los que la componemos tenemos otros cargos, otros trabajos que también nos suponen tiempo y dedicación —aclaró—. Pero bueno, sí, supongo que se puede decir que sí que pasábamos tiempo juntos, sí.

—Excepto en nuestro caso, claro —intervino doña Alba con la mirada puesta en Sofía. Ella le devolvió una sonrisa sin que yo acabase de entender nada.

—Diego y Alba son marido y mujer —me aclaró Sofía.

El matiz me cogió por sorpresa. Confieso que hasta ese momento no se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que esa pudiera ser la razón de la extraña complicidad, por decirlo de un modo sutil, que había entre ambos. No era el trabajo conjunto en la fundación, sino el matrimonio lo que favorecía que entre ellos se hablasen de semejante modo.

—Aun así —retomé el hilo—, ¿podrían decirme ustedes si tienen conocimiento de alguna posible amenaza a la que la señora Santalla pudiera haber estado expuesta?

—¿Penélope, amenazada? —repitió el tal Diego—. Pero por favor, ¡no sea ridículo! Como ya le he dicho, ¿quién iba a querer hacerle daño a una mujer como Penélope? ¡Pero si a todo el mundo le caía bien!

La conversación que había escuchado en el auditorio de la facultad entre las tres mismas personas que ahora tenía delante volvió a golpear con fuerza en mi memoria.

—Bueno, podría ser. Pero por lo que yo tengo entendido, alguno de sus últimos trabajos no solo no había sido del agrado de todo el mundo, sino que incluso podría haber motivado que alguien se sintiese ofendido por él. ¿Sabe usted de qué le estoy hablando, señor Castro?

Pregunté esto último clavando cada palabra en los ojos del director del museo. Y algo debí de tocar en él, porque enseguida respondió como bestia aguijoneada.

—Perdone, pero creo que no le estoy entendiendo. ¿Matar a Penélope por un calendario? Por Cristo, señor, ¡eso es rematadamente absurdo!

Al mismo tiempo que Castro rechazaba mi insinuación, Alba volvía al lugar en que la habíamos encontrado al entrar. Revolvió algo sobre la mesa, en los papeles que tenía a su lado, y al momento regresó a nosotros con una especie de cuaderno en las manos.

—Aquí tiene, señor Vega.

—¿Qué es esto?

—El último número de la *Revista Rosaliana*, todavía caliente del horno. El número 5, acabamos de recibirlo de la imprenta. Busque usted en la página 75 —me indicó—. Allí encontrará un artículo donde nos hacemos eco no solo de la salida del calendario por el que usted pregunta, sino, y sobre todo, de la campaña a favor de nuestra lengua, de la que el almanaque no es en realidad más que un puntal. Si las fotos son lo que le preocupa, señor, en el artículo podrá ver algunas reproducciones.

Efectivamente, tal como había dicho el director, las fotografías de las que se acompañaba el calendario de la campaña «Un año en gallego: todo por enseñar, todo por aprender» eran… diferentes. Toda una colección de nombres más o menos conocidos, caras familiares de la cultura e incluso de la farándula gallega, muy respetables casi todas ellas, incluso teniendo en cuenta la curiosa coincidencia en el hecho de aparecer fotografiados tal como Dios los había traído al mundo. Sí, *a priori* la cosa podría parecer atrevida, pero lo cierto era que no había nada por lo que escandalizarse, ya que en realidad todos aparecían con sus «cositas» salvadas *in extremis* por algún que otro objeto relacionado con la actividad del modelo en cuestión. Así, entre otros personajes, la revista recogía la foto de un conocido gaitero amontonando gaitas unas encima de otras, o la de un famoso presentador de la tele con medio cuerpo saliendo de un armario… Fotos diferentes, en definitiva. A primera vista, a mí me parecieron simpáticas, pero comprendí que también podría haber quien no compartiera mi opinión. Al fin y al cabo, y como más o menos apuntaba Carlos Reigosa, el nuestro es un país que se mueve en ese espacio extraño entre el tercer mundo y el quinto carajo… Para alguien con ciertas carencias humorísticas, las fotos podrían no parecer divertidas. O, incluso tratándose de una persona tan estirada como el señor Castro, incluso ofensivas, pero desde luego no tanto como para que alguien matara por ellas. Cerré la revista.

—De acuerdo. ¿Y cualquier otro motivo que ustedes puedan intuir?

—¿Qué otro motivo podría haber? —protestó nuevamente Castro.

—No lo sé… ¿No tienen ustedes últimamente problemas por ciertos asuntos de cuentas? —comenté del modo más torpe que fui capaz de aparentar. Y, en honor a la verdad, tampoco me hizo falta demasiado esfuerzo para aparentar tal torpeza, ya que, en realidad,

no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Me había limitado a repetir algo que yo mismo le había escuchado al propio Castro en la facultad de Filología. Resumiendo: un auténtico farol.

—Disculpe, pero creo que no sé a qué se refiere usted —desvió la pregunta el director del museo.

A punto estaba de apretarle un poco más la cadena cuando algo me interrumpió. Un golpe, algo se había caído al suelo en el despacho. Alba, Sofía y yo miramos hacia su interior; no así Castro, que apartó la mirada en dirección contraria.

—¡Andrea! —exclamó la señora Mendoza—. Andrea, hija, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, sí —respondió la mujer que todo el tiempo había permanecido tras la pantalla del ordenador y ahora aparecía por la puerta—. No ha sido nada, señora, solo unas carpetas que se han caído al suelo. Si me disculpan, tengo trabajo en el museo.

Y del mismo modo en que apareció por la puerta del despacho, desapareció por la que daba al jardín, la misma por la que nosotros habíamos entrado. Llevaba las carpetas a las que se había referido apretadas contra el pecho, y mucha prisa en el cuerpo. El *tic* sobre el ojo izquierdo de Diego Castro no hablaba de tantos nervios como el cuerpo entero de aquella mujer.

—¿Quién es? —pregunté mientras la perdía de vista.

—Andrea Muruáis —respondió la señora Mendoza—, nuestra gerente.

Yo seguía con la mirada perdida en la puerta cuando oí que Sofía retomaba la conversación.

—¿Y no se os ocurre ninguna otra opción?

—¿A qué te refieres, hija? —preguntó doña Alba.

Sofía se lo pensó por un instante, lo suficiente como para que yo comprendiese que estaba dándole vueltas a las conexiones «rosalianas» de las muertes.

—No sé, Alba. Me refiero a cualquier cosa fuera de lo normal. ¿Sabéis si estaba trabajando en algún proyecto nuevo? Tal vez algún nuevo texto sobre Rosalía, o…

—¿Algún nuevo trabajo sobre Rosalía? —a Diego pareció sorprenderle el comentario hecho por Sofía—. No, eso es imposible.

Me llamó la atención lo categórico de su respuesta.

—¿Por qué está usted tan seguro, señor Castro?

El hombre hizo un gesto exagerado con sus brazos, señalando a la sala.

—Por favor, señor Vega, eche una mirada a su alrededor. Está usted en el corazón de la Fundación Rosalía. Si Penélope estuviera

preparando algún nuevo trabajo sobre ella, nosotros seríamos los primeros en saberlo, ¿no le parece?

Era una obviedad. Tanto para bien como para mal, y por ahí no había mucho más que hacer. Comprendí entonces que ya era suficiente.

Ante la insistencia del matrimonio, prometimos mantenerlos informados de cualquier avance en la investigación y nos despedimos. Después de que Sofía los hubiese convencido de que no era necesario que nos acompañaran, y con el compromiso por parte de ella de no demorar demasiado un siguiente encuentro, volvimos a encontrarnos los dos en el jardín.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que todavía llevaba en las manos el cuaderno que Alba Mendoza me había ofrecido, aquel quinto número de la *Revista Rosaliana*. Di media vuelta para devolvérselo, pero ella lo rechazó.

—Lléveselo con usted, tal vez le sirva de ayuda para conocernos un poco mejor. Entre estas paredes, señor Vega, no hay ningún asesino —aseguró sin dejar de mirarme a los ojos—. Aquí solo hay genio, memoria y poesía. Sobre todo poesía.

Sofía y yo deshicimos el camino que nos había llevado a las oficinas de la Fundación. Al pasar nuevamente por el lateral de la casa pude observar cómo al fondo de los jardines del museo, Andrea, la mujer que había salido del despacho como alma que lleva el diablo, hablaba con un hombre. Un tipo alto, de complexión muy fuerte. Vestido con un pantalón de peto y una chaqueta de trabajo verde, apoyaba las manos sobre el mango de un rastrillo. De lejos, pude ver cómo al percatarse de nuestra presencia la gerente le hacía una indicación con el mentón sin dejar de mirar hacia nosotros. Su acompañante, a quien identifiqué como el jardinero del museo, también nos dedicó una mirada, y después de comentar algo entre ellos, ambos se colocaron de espaldas a nosotros.

Pensé en acercarme a ellos, en hablar con la mujer e intentar saber un poco más sobre el porqué de tantas prisas. Pero justo en ese momento, ya doblando la esquina que daba a la fachada principal de la casa, volvimos a encontrarnos con el portero. El hombre que apenas media hora antes nos había recibido.

—¿Qué tal, señorita Deneb? —se dirigió a la profesora con una amplia sonrisa en los labios—, ¿todo bien con doña Alba y don Diego?

Esta vez fui yo quien le respondió.

—Sí, muy bien. Todo lo bien que se puede estar en un día como este, ¿verdad, Tino?

Eché las nasas al mar, a ver si recogía algo…

—Sí, desde luego, un día triste para todos —me respondió al tiempo que borraba la sonrisa de la cara—. Por aquí echaremos muchísimo en falta la energía de la señora Santalla.

—Sí… Pero no parece que sea solamente tristeza lo que lleven ustedes hoy encima, ¿no cree? —respondí sin dejar de mirar a la pareja que ahora se alejaba de nosotros perdiéndose por el jardín.

El conserje siguió la dirección marcada por mis ojos, y sonrió al comprender mi comentario.

—¿Lo dice usted por doña Andrea? No le haga demasiado caso. —Se quedó mirando a Sofía, y el gesto de preocupación regresó a su rostro —. No me diga que también les ha hablado mal a ustedes…

—No, no —respondió ella intentando calmar las preocupaciones del conserje—. Ni mucho menos.

Pero a mí me había llamado la atención el comentario, y quise saber un poco más.

—¿A qué se refiere usted con eso de hablarnos mal también a nosotros, Tino?

Como si de repente acabara de descubrirse a sí mismo en medio de una conversación en la que no le agradara encontrarse, el conserje torció la boca en un pequeño mohín de fastidio y apartó ligeramente la mirada.

—No quiero decir nada, señor Vega. —Un nuevo gesto de incomodidad en los labios—. Solo es que, últimamente…

Pero no terminó la frase. De sobra se notaba que el hombre no estaba cómodo en la situación. En aquella en que, al fin y al cabo, él solito se había metido. Quise echarle un capote.

—Puede hablar con tranquilidad, Tino. Entre nosotros no hay problema.

Un ademán rápido por parte de Sofía le confirmó mi oferta.

—Bueno, miren, al fina y al cabo hoy estamos cerrados al público, ya lo saben ustedes, así que creo que puedo tener un poquito más de tiempo para mí. ¿Llevan prisa? Porque si no es así, y ustedes me lo permiten, puedo invitarles a un café…

Comprendí la intención del conserje. Quería hablar, pero no allí dentro. Probablemente no se sintiera seguro entre los muros de la Casa da Matanza, tal vez algo lo cohibiese. Estaba ofreciéndonos una salida, y yo no estaba dispuesto a dejarla pasar.

—Por supuesto que sí. ¿Verdad, Sofía? Qué, ¿a dónde vamos? —pregunté con fingida despreocupación al tiempo que inconscientemente me encaminaba hacia el portal por el que habíamos entrado al llegar. Pero el conserje tomó otra dirección.

—No, por ahí no —me corrigió—. Vamos por arriba, por la puerta principal.

—¿La puerta principal? Yo pensaba que la puerta principal era la de abajo —comenté señalando el pequeño portal de dos hojas que dejamos arrimadas al llegar.

—No —respondió Tino tomando el sentido opuesto para bordear la casa por su lateral derecho—, la principal es aquella de allá arriba.

En una de las esquinas superiores de la finca, la del extremo derecho, había un gran portalón, también de color verde, pero este ya con dos hojas altas de madera cerradas bajo una mole de granito del país que hacía las veces de dintel, probablemente coronado por una gran cruz de piedra, hoy completamente cubierta por la vegetación.

El conserje nos franqueó el paso mientras nos contaba que esa era la verdadera entrada a la finca, y no la otra, abierta tras la reforma a la que la casa había sido sometida cuando por fin el Patronato Rosalía de Castro, prehistoria de la actual Fundación Rosalía, consiguió comprar los terrenos de la Matanza gracias a los esfuerzos del *Vello dos Contos*, como era conocido don Xosé Mosquera Pérez, uno de los padres fundadores de aquel patronato.

Por fin en la calle, avanzábamos por el camino alejándonos de la finca mientras el conserje seguía explicándome cómo la verdadera fachada de la casa no era la que todo el mundo pensaba, la de los billetes aquellos de quinientas pesetas que yo recordaba, con la galería y los jardines, sino la opuesta, aquella otra que daba a las oficinas de la Fundación.

—Ese jardín que hoy ven ustedes es muy bonito, pero en realidad todo eso no eran más que las huertas de la casa, y los bajos, ahí por donde hoy se entra y se sale del museo, los corrales de las bestias.

Tino concluyó su pequeña conferencia a tiempo para cruzar la carretera al final del camino y entrar en un bar abierto al otro lado. Sonreí, no se podía llamar de otro modo: Café Bar Rosalía.

Con la seguridad de quien se sabe reconocido como habitual de la casa, saludó al chaval tras la barra con un movimiento de cabeza, y nos indicó que le siguiésemos hasta una de las mesas del fondo. Nos sentamos a tiempo para que el camarero viniera a preguntarnos qué íbamos a tomar Sofía y yo. Cuando el muchacho, que poco debía pasar de los dieciocho, se fue con la comanda de dos cafés solos para nosotros y la confirmación de lo de siempre para nuestro Cicerón, el conserje volvió a hablar.

—Verá, señor. Últimamente todo el mundo anda un poco nervioso por aquí. La semana pasada aparecieron por la puerta dos fulanos de la Consellería de Facenda con no sé qué historia sobre los libros de cuentas de la Fundación. Por lo visto algo no iba bien…

»Se pasaron una mañana entera encerrados en el despacho del señor Castro, con don Diego y doña Andrea, y ya pasaba bastante del mediodía cuando los dos tipos aquellos se fueron por fin. Está mal que lo diga yo, pero hubo un momento en que lo que se escucharon fueron más que voces, usted ya me entenderá… Todavía es hoy que no han vuelto a venir por aquí, pero la cosa tiene que ser sería. Muy seria, porque desde ese día la señora Muruáis, doña Andrea, ya saben, anda muy alterada. Muy alterada… —repitió con la mirada perdida en la superficie de la mesa—. Y claro, los que pagan los platos rotos siempre son los mismos, los de abajo —añadió bajando la voz todavía más.

—Usted —quise confirmar.

—Claro. Yo tengo que aguantar todos los días este tipo de… —Tino andaba a la búsqueda de la palabra justa, quizás la menos grosera—. De *caralladas*, señor, usted comprenderá. A la señorita —me pareció notar cierto desprecio, resentimiento tal vez, en el empleo del término *señorita*— todo le parece mal. Que si esta lámpara está fundida, que si la calefacción está muy baja, que si no hay flores en el jarrón del cuarto de la señora, que si la calefacción está muy alta, que si la colcha de la cama no está bien colocada, que si la calefacción está altísima… Vamos, que últimamente no damos una en el trabajo.

—Y antes las cosas no eran así, ¿me equivoco?

—¡Por favor, dónde va a parar! —respondió el conserje recuperando su tono más fuerte—. Ni así, ni mucho menos. Pero ya le digo: desde la semana pasada, insoportable —concluyó—. Y cuando no es conmigo, pues es con la señora Carme, que es quien se encarga de la limpieza de la casa, o como ahora, cuando salíamos de la finca, que estaba con ese pobre desgraciado… Y ahí debe de estar todavía, martirizando al pobre Xermán.

—Xermán… ¿el jardinero? —arriesgué.

—El mismo, criatura…

La insistencia en el modo en que el conserje se refería al jardinero me llamó la atención.

—¿Por qué le llamas así, Tino? *Pobre desgraciado*, quiero decir…

El hombre se quedó mirándome en silencio, como si de nuevo dudara en la respuesta.

—Le llamo así porque lo es, pobre. Un ángel del cielo que no se

mete con nadie, señor.

Miró hacia ambos lados. El chaval volvía a nuestra mesa con los cafés que Sofía y yo le habíamos pedido y una copa colmada de un líquido incoloro sobre la bandeja. El aroma del aguardiente penetró con fuerza. *Lo de siempre*, recordé. Tino esperó a que el camarero se volviese a marchar, y solo cuando estuvo seguro de que nadie más que nosotros podría escuchar lo que dijese, recuperó su tono confidencial.

—El pobre tiene una discapacidad, como le dicen ahora. Un retrasado, usted ya me entiende… Ahí donde lo ven, es todo cuerpo, todo fuerza. Pero en su cabecita poco más sentido hay que el de un niño de cinco años.

Por si todo lo anterior no fuera suficiente, esta última revelación me sorprendió todavía más. Yo no había tenido la sensación de estar viendo discapacidad de ningún tipo cuando, apenas diez minutos antes, mis ojos se cruzaron con los del gigante aquel.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Tan cierto como que soy yo el que le tiene que atar los cordones de las botas cuando se le desatan durante el trabajo. Aquí no está como un contratado más, forma parte de uno de esos acuerdos que se firman ahora con las asociaciones de integración laboral, o algo así, ya saben…

—Ya, ya sabemos… —repetí yo sin saber demasiado.

Con la mirada perdida en el camino por el que habíamos llegado, me quedé pensando en lo que Tino nos estaba contando. La Fundación Rosalía investigada por la Consellería de Hacienda… ¿Fraude? ¿Desfalco? Suspiré. Fuese lo que fuese, no era por eso por lo que aquella mañana habíamos viajado hasta Padrón. Meterme ahora a hacer preguntas sobre posibles fraudes económicos era más trabajo del que tenía pensado para hoy. Y si los tiros iban por ahí, desde luego aquello no era cosa mía. Volví a pensar en la finca del museo. ¿Cuántos problemas pueden caber en una casa tan pequeña?.

Como quien no quiere la cosa, el conserje lanzó una mirada a su reloj.

—Vaya, huye el tiempo… Se me hace tarde.

Nos quedó claro que Tino, el conserje de la Casa-Museo da Matanza, estaba dando por finalizada su sesión de confidencias y, ahora, nuestra conversación recuperaba el tono distendido y el aire de encuentro inocente. Con asombrosa decisión resolvió el asunto pendiente con su copa, generosamente llena y todavía intacta, apurándola de un único y seguro trago. Como quien bebe agua.

Percibiendo que mis ojos se habían quedado enganchados en la contemplación de tal hazaña, aprovechó para que, sin palabras, fuesen los suyos los que hablasen: *aquí nadie le ha dicho nada a nadie*, me recordaron en un encuentro rápido, aparentemente casual, los ojos del hombre de edad indefinida.

—Yo tengo que volver al trabajo, que con toda seguridad ya me habrá echado en falta doña Andrea, y tampoco es cosa de darle motivos para que se ponga hecha una fiera con uno, ¡que ya ella los encuentra sin que nadie le diga nada! —explicó el portero guiñándonos un ojo cómplice—. Sigan, sigan ustedes sin mí, que seguro que tienen mucho de que hablar. Cuídese usted, doña Sofía, y no deje de venir a visitarnos cuando quiera. Encantado de conocerle, señor Vega.

Un último saludo para la parroquia congregada en el bar, algo comentado por lo bajo con el chico tras la barra, y el conserje se fue sin mirar atrás, como si nunca hubiera estado sentado a nuestra mesa.

Tino ya había cruzado la calle y retomaba su andar por el camino que lo llevaba de vuelta a la Casa da Matanza cuando oímos la voz del camarero dirigiéndose a nosotros.

—¡Están ustedes invitados! —nos indicó el chaval al tiempo que seguía colocando ceniceros limpios sobre la barra de bar.

-8-
Una bañera llena de letras

Mediodía. De regreso a la ciudad, apenas nos cruzamos con nadie en la autopista. El coche rodaba con suavidad, todo lo contrario que mis pensamientos, empeñados en agolparse de manera caótica en mi cabeza. Pese a los esfuerzos por disimularlo lo cierto era que me sentía frustrado. Tenía la sensación de haber hecho el viaje en balde, sin conseguir sacar nada en limpio de nuestra excursión a la tierra de los pimientos de picante indeciso. ¿O acaso no?

Acomodada en el asiento del copiloto, Sofía no dejaba de pasar adelante y atrás las hojas de la *Revista Rosaliana* que Alba Mendoza nos había dado en las oficinas de la Matanza. Una y otra vez volvía a ver las fotografías del artículo sobre el famoso calendario. Y, una y otra vez, siempre volvía a detenerse en la misma: aquella en que la promotora del almanaque aparentaba estar desnuda sumergida en una bañera. Una bañera llena de libros y hojas impresas.

En realidad, la profesora Deneb había descubierto la foto al comenzar a hojear la revista en el café, mientras el conserje y yo hablábamos. Había sido el día anterior, en el Paradiso, cuando yo le había descrito cómo habíamos encontrado el cuerpo de Penélope Santalla. Y aunque no había entrado en detalles (o por lo menos no en los más desagradables), tampoco Sofía los había necesitado para darse ahora cuenta de que aquella foto estaba directamente relacionada con el modo en que Penélope había muerto. Ni yo tampoco.

Cuando la profesora Deneb vio la foto por primera vez, la sorpresa en su rostro se hizo evidente. Pero en aquel momento no dijo nada. Se limitó a dirigirme una mirada sin que Tino se diera cuenta, y yo no hice más que asentir en silencio. Volvió a clavar la mirada en aquella imagen, buscándole alguna explicación. Y ahora, ya sentada en mi coche, volvía a encontrarse ante ella.

—«Para Penélope Santalla no hay mejor modo de luchar contra el frío invernal que sumergirse en las páginas más apasionadas de nuestra literatura» —leyó en voz alta el pie de foto—. Fue así, ¿verdad?

Apenas aparté los ojos de la autopista, lo justo para ver la fotografía durante una décima de segundo. La misma mujer que yo había encontrado destripada dentro de una bañera llena de sangre sonreía ahora divertida, con la expresión pícara en los ojos de quien

sabe que anda metida en alguna travesura. Allí, en la misma bañera donde yo había encontrado su cuerpo apenas veinticuatro horas antes. Libros, hojas de papel cubriendo su cuerpo. Y una sonrisa pícara. Nada que ver con lo que yo había descubierto el día anterior.

—Sí, así fue —mentí.

Sofía volvió a negar con la cabeza.

—Por el amor de Dios, Aquiles, por el amor de Dios…

Rodábamos de regreso a la ciudad sin que yo fuera capaz de sacar ninguna conclusión. Los dos en silencio, Sofía sin dejar de leer la revista, y yo intentando poner algo de orden en todo cuanto había visto y oído.

Que aquella gente ocultaba algo era evidente. El tal Diego Castro no era trigo limpio. ¿Qué digo trigo limpio? El fulano ni tan siquiera estaba cerca de ser ningún tipo de cereal a medio limpiar. Y aquella otra mujer, Andrea Muruáis… La gerente había pasado a nuestro lado como una exhalación, pero por mucho que hubiera intentado ocultarlos, de sobra me había dado cuenta de que lo que llevaba apretado contra el pecho no era otra cosa sino los libros de contabilidad de la Fundación. Estaba claro que allí había un problema, sí… Pero no el problema por el que yo había ido a meter las narices en aquel lugar. El problema de aquella gente tenía más trazas de ir con la Consellería de Hacienda, con el Tribunal de Cuentas, o con las monedas que el ratoncito Pérez les hubiera dejado bajo la almohada. Pero no conmigo, no con el asesinato de Penélope Santalla.

O tal vez sí, y yo todavía no era capaz de verlo… Pensaba ahora en la sensación tan extraña que había tenido al descubrir a Andrea Muruáis con el gigante aquel en los jardines. Fuese lo que fuese lo que le estuviera diciendo, se notaba que era de nosotros de quien estaban hablando. Seguía dándole vueltas a todo esto cuando la voz de Sofía penetró con fuerza en el caos de ideas en que me había sumergido.

—Aquiles, escucha esto: «Psicología del disparate: réplica de la Fundación Rosalía a un artículo publicado por el señor Xosé Carneiro».

—¿Carneiro? —exclamé al escuchar el nombre de la primera víctima en el titular de la revista leído por la profesora Deneb—. ¿Qué es eso, de qué va?

—No lo sé muy bien —respondió Sofía por lo bajo—. Parece que… Espera, espera.

Mi acompañante comenzó a emitir un ruido extraño con la voz,

una especie de ronroneo al ritmo de la lectura diagonal que iba haciendo del artículo que tenía delante. «Sí» se le entendía de vez en cuando, «claro…».

—¡Sofía, por favor! —me estaba impacientando—. ¿Qué es eso que lees, qué es lo que está *claro*? ¡Dime de una vez qué es lo que pasa!

—Sí, eso es —concluyó ella sin que yo tuviera la más mínima sensación de que me hubiese hecho caso ninguno—, eso es. Mira, Aquiles, escucha esto.

Sofía comenzó a leer en voz alta:

—«Teniendo presente la lectura del artículo titulado "Rosalía: examen de una suicida", recientemente publicado por el diario *La verdad*, la Fundación Rosalía se ve en la obligación de darle respuesta a su autor, el señor Xosé Carneiro, arrojando sobre él y su trabajo toda la luz que sea necesaria con el fin de aclarar la gran colección de imprecisiones, incorrecciones, mentiras y barbaridades que el citado señor Carneiro vierte sobre la autora cuyo nombre lleva esta Fundación».

—Vaya —interrumpí—, parece que el amigo Carneiro había vuelto a tocarle las narices a alguien con otro de sus famosos «Informes»…

—Pues sí. Y por lo que se ve, esta vez es en las fosas nasales de la propia Rosalía donde había ido a meter las zarpas. Escucha, escucha esto, casi al final del texto: «Así pues, tal como el señor Carneiro pretende concluir, nuestra bienquerida Rosalía, faro no solo de la poesía gallega, sino incluso de un espacio cultural universal, no es más que «un tótem mitificado hasta el exceso, un símbolo modelado a la conveniencia de unos pocos bajo el cual en realidad se esconde una mujer con evidentes problemas mentales de profunda gravedad, fortísimas crisis depresivas (fruto de las cuales nació la mayor parte de una obra claramente sobrevalorada, según el señor Carneiro tiene la generosidad de aclararnos), y una obvia tendencia a la autodestrucción. En resumen: una suicida de manual. Y todo esto gracias a la lectura parcial e interesada de no más de cuatro o cinco poemas ladinamente escogidos entre la gran colección que nuestra más universal autora dio en publicar…». ¡Qué te parece!

—Guau… Pues me parece que, de ser así, esta vez el intrépido Carneiro habría ido un poco lejos de más —respondí.

—Un poco bastante, diría yo… Escucha, escucha, que aún hay más. Mira cómo concluye el artículo: «Solo haciendo el esfuerzo de intentar comprender cuál es la clase de individuo que firma tales

barbaridades (una persona que se presenta a sí misma como "psicólogo" pese a no tener estudios, formación o carrera de ningún tipo que tal titulación avale) podremos llegar a imaginar bajo qué prisma es lícito el reclamar credibilidad, o tan siquiera respeto, para el análisis psiquiátrico de una persona que lleva muerta más de cien años, y a quien su pretendido psicoanalista por descontado jamás conoció».

—Esto no tiene buena pinta —concluí—. Si el artículo original es tan hiriente como lo que por la respuesta ofrecida se intuye, tal vez en esta ocasión Carneiro sí hubiese llegado a molestar en exceso a alguien. Quizás a alguien a quien no debió tocarle las pelotas…

Sofía echó la cabeza hacia delante y se quedó mirándome, los ojos por encima de la montura de pasta negra y un gesto de incredulidad en su boca a medio abrir.

—Venga ya, Aquiles. No me digas que crees que alguien mataría por esto…

El recuerdo de la facilidad con la que un hombre tranquilo puede llegar a apretar el gatillo de un revólver me hizo sonreír con cinismo.

—Y por mucho menos también, Sofía… Quizás estaría bien echar un ojo al texto de Carneiro.

—Yo me encargo.

—¿Lo tienes?

—No, yo no. Pero sé dónde conseguirlo. Mi ayudante está al tanto de todo cuanto se dice, hace, o publica sobre Rosalía. Déjame que hablé con él.

Ya metidos en el tráfico de Santiago, la conducción se había ido volviendo más y más lenta hasta dejarnos detenidos en un atasco a la altura de la Alameda. Sofía volvió a revolverse en su asiento. De repente parecía incómoda.

—No lo puedo entender, Aquiles. Si es cierto lo que dices, yo no lo puedo entender.

—¿El qué?

—Pues todo, supongo. Me cuesta entender todo esto. Un hombre escribe algo, una mujer se hace una fotografía… Alguien mata al hombre y a la mujer. Aquí, justo nuestro lado, en nuestro mundo… —Sofía hablaba lentamente, gesticulando con las manos y la mirada en ninguna parte—. ¿Pero por qué? No lo entiendo, Aquiles, no puedo entenderlo. ¿Por qué mata una persona a otra persona?

La miro y comprendo. Comprendo la distancia. Vuelvo a concentrar la mirada en el tráfico que tenemos por delante. Por mucho que ella hable de un «nuestro mundo», Sofía y yo no

pertenecemos al mismo planeta. No, ni siquiera a la misma galaxia.

—Por cualquier cosa, profesora Deneb, por cualquier cosa. La gente mata por cualquier cosa…

***

—Andrés, ¿cómo tenemos el asunto del correo del que te hablé ayer? ¿Estáis ya con el ordenador de la profesora Deneb?

Yo había dado por sentado que sí, ya que al entrar en la «sala de guerra», que era como el inspector Casaperda se refería a la sala donde los detectives tenían sus mesas de trabajo, lo había encontrado muy concentrado delante del ordenador. Pero no me dio respuesta alguna. Andrés se limitó a seguir observando fijamente la pantalla de su aparato. Un dedo entre los labios y el ceño fruncido.

—Hey, que te estoy preguntando si habéis ido…

—Ya, ya. Que si hemos ido a la casa de tu amiguita, ya… Ya te oí la primera vez, Aquiles. Y no, nadie ha ido por la calle del Vilar —dijo con la mirada todavía fija en la pantalla.

Estaba claro que en ese momento la intención del inspector no era otra sino la de seguir ignorándome, cosa que por lo general no acostumbraba a sentarme precisamente bien.

—Vaya, ¿y entonces qué ha pasado, chaval? Es que ya tenéis el caso resuelto, ¿o qué? —protesté—. Me imagino que tendrás por ahí una buena razón para no haber hecho lo que te pedí, que de sobra sabes que era importante. ¿O es que lo has olvidado?

El inspector Casaperda es un tipo tranquilo, bastante tranquilo.

Hasta que deja de serlo.

Yo tampoco es que sea el más cabal de los oradores…

Sabidos nuestros comunes precedentes, yo ya estaba convencido de que aquel iba a ser el comienzo de otra de nuestras discusiones.

Pero no.

En lugar de responderme con un tono de voz más alto que el mío (al que por supuesto yo, todo sensatez, habría respondido con otro todavía más elevado), Andrés apartó lentamente los ojos de su monitor y fue dejándose caer hacia atrás, hasta acabar casi tumbado sobre su silla, los brazos cruzados por detrás de la cabeza y las piernas sobre el escritorio. Así se quedó, durante unos segundos en silencio y con la mirada perdida en algún punto indefinido del techo de la sala, hasta que, por fin y cuando él lo consideró oportuno, pronunció su respuesta:

—No me he olvidado de nada, Aquiles. De hecho, incluso había decidido no enviar a nadie, sino encargarme yo personalmente. Y ya

estaba para salir por esa misma puerta por la que tú y tu arrogancia acabáis de entrar, cuando oí un *bip*.

El inspector Casaperda hablaba con suavidad, calmadamente, pero sin el más mínimo rastro de alegría o tan siquiera tranquilidad en su voz.

—*Bip* —repitió—. Mi ordenador fue el primero, y detrás de él, poco a poco, todos los demás. *Bip*, *bip bip*, y uno por uno todos los monitores fueron encendiéndose.

No comprendía nada de lo que Andrés me estaba diciendo, pero por la expresión de su rostro, por el tono bajo y preocupado de su voz, no había duda de que se trataba de algo serio. Se reincorporó hasta quedar de nuevo sentado en su silla.

—Aquiles, creo que deberías echarle un ojo a esto…

—¿A qué?

—Este hijo de puta es listo, compañero, muy listo.

Andrés ladeó ligeramente el monitor para que me resultase más fácil verlo. Fui derecho hacia él, a paso ligero. Y, por fin delante de la pantalla, comprendí. Ahí estaba. No lo podía creer, pero ahí estaba.

—Un hijo de puta muy listo…

de: Adriano [enclosed recipient]

para: Brigada de Investigación Criminal [bic.santiagodc@policia.es]

fecha: 10.05.2013 08:31

asunto: …

Aquès que tên fama d'honrados n'a vila
Rouharonme tanta teancura qu'en tiña,
Rotáronme estrume n'as galas d'un día,
A roupa decote puberonma en tiras.
Nin pedra deixarbn, en dond'eu vivía;
Sin lar, sin abrigo, morey nas cortiñas,
Ó raso cas lebres dormín nas campías;
Meus fillos... ¡meus anxos!... que tant'eu quería,
¡Morreron, morreron, c'a fame que tiñan!
Quedey deshonrada, marcharonm'a vida,
Fixeronm'un leito de teixos e silvas;
Y en tanto, os raposos de sangre maldita,
Tranquilos n'un leito de rosas dormían.

* Aquellos que el pueblo honrados estima, / me robaron cuanto candor yo tenía; / mancharon de estiércol mis galas de un día, / mi ropa sencilla pusieron en trizas.
No dejaron piedra donde yo vivía; / sin casa ni abrigo anduve aterida; / como liebre al raso, dormí en las campiñas; / y mis hijos…, ¡ángeles…!, que tanto quería / ¡murieron, murieron, de hambre que tenían!
Quedé deshonrada, me ajaron la vida, / me hicieron un lecho de zarzas y espinas; / y en tanto, raposos de entraña maldita, / tranquilos en lechos de rosas dormían…

-9-
Los hijos que tanto quería

—Disculpe.

Cómodamente instalado en su particular aduana, el conserje de la facultad se entregaba a la lectura con absoluta concentración. Por la expresión de su rostro cualquiera diría que aquel hombre estaba a punto de descubrir el último secreto del universo sin fin en las páginas del más complejo tratado de ingeniería astro-espacial.

—¿El despacho de la profesora Sofía Deneb, por favor?

El tipo había oído perfectamente mi voz, pero parece que la demanda hecha no tenía la altura necesaria como para romper la espiritual comunión establecida entre el funcionario y su periódico deportivo. Pero qué coño pasaba hoy, que nadie me hacía ningún caso…

—¡Oiga! —insistí—. ¿Sería tan amable de decirme dónde puedo encontrar a la profesora Deneb, por favor?

Con la misma expresión en los ojos que la de quien acabara de descubrir un chimpancé parlante, el tipo me observó por encima de sus gafas. Me confirmé a mí mismo el hecho de que últimamente ya no conseguía impresionar a nadie, porque el fulano en cuestión, todavía se tomó su buen tiempo para observarme con toda la tranquilidad del mundo, los segundos justos para que aquella expresión suya mudase en una bien medida mezcla de sorpresa e indiferencia sospechosamente parecida al desprecio.

—Despacho 210 —dijo mostrando todas sus dotes para la cosa de la apatía.

Y con la misma parsimonia con la que había tardado en tener a bien atenderme, volvió a sumergirse en su ocupación principal. Le habría dicho cuatro cosas bien dichas, pero si yo había entrado corriendo en el *hall* de la facultad no era por hacer ejercicio precisamente.

No me costó demasiado dar con el despacho indicado por el eficiente bedel, el edificio de la facultad de Filología era de una sencillez laberíntica, así que después de haberme perdido dos o dieciséis veces llamé con decisión a la puerta del despacho 210.

—Adelante.

Reconocí la voz de Sofía y entré con determinación. Tanta que ya había empezado a hablar incluso antes de entrar en el despacho.

—Sofía, tengo que comentarte algo sobre…

Me detuve. Sofía no estaba sola.

Forradas las paredes con estantes llenos de libros, un gran escritorio para dos ocupaba el espacio central de la habitación, un cubículo estrecho y alargado. Al fondo, recortada en el contraluz de la única ventana que tenía la estancia, Sofía me observaba sentada en su silla. Del otro lado del escritorio, entre la profesora y yo, un hombre también miraba en mi dirección. Pese a lo incómodo de su pose, girado sobre sí mismo en la silla, lo reconocí al momento: se trataba del mismo individuo que apenas un par de días antes felicitaba a Sofía nada más bajar ella del estrado. Aquel tipo amanerado… El instinto me hizo retroceder desde la efusividad de mi entrada.

—¡Aquiles, qué sorpresa! —dijo ella al tiempo que se ponía en pie—. Permíteme que te presente a mi ayudante. Dorian, este es el periodista del que te hablé, el famoso Aquiles Vega.

El tal Dorian, un tipo alto y flaco de paño de seda ceñido al cuello, caminó hasta la puerta en la que yo me había quedado clavado. El modo en que me ofreció la mano, avanzada y caída al mismo tiempo, también me llamó la atención. Era como si la dejase ahí, suspendida en el aire, a la espera de que fuese yo quien la rescatara de una fatal e inminente caída al vacío. Aparentemente no había nada que denotase el más pequeño rastro de fuerza en aquellas manos. Huesos, piel, y poco más.

—Aquiles Vega —le confirmé.

—Lo sé, lo sé —respondió él observándome de arriba abajo. Con descaro, sin disimulo ninguno—. Mucho me ha hablado la profesora Deneb sobre usted.

Se acercó un poco más a mí, todavía sin soltarme la mano.

—Mucho —repitió sin dejar de mirarme a los ojos—. Mi nombre es Dorian Castle, profesor adjunto del departamento de Filología Gallega, y ahora comprendo el porqué del entusiasmo por parte de mi jefa… —dijo volviendo a mirarme de aquel modo tan incómodo.

Visto el acoso al que estaba siendo sometido, Sofía se decidió a salir en mi rescate. Por fin.

—¡Oh, venga, Dorian, por favor, compórtate! —había por parte de Sofía más divertimento que reproche en aquella llamada de atención—. Y tú no te quedes ahí, hombre, que no somos peligrosos. Pasa, siéntate con nosotros —dijo ofreciéndome una silla—. ¿Qué te trae por aquí, tenemos novedades?

Avancé hasta donde Sofía me indicaba, pero en lugar de hablar aún le dediqué otra mirada desconfiada a su ayudante. Ella captó mi recelo.

—No te preocupes por nada, Aquiles. Dorian es de mi total confianza. Asusta… —dijo echando la frente hacia su ayudante y apuntándolo con el dedo.

—¡Pero no muerde! —el propio Dorian terminó la frase empezada por la profesora al tiempo que con la mano imitaba el movimiento de las garras del león—. ¡¡¡*Groarrr*!!!

La complicidad que había entre ambos se hizo evidente en forma de carcajadas. Supuse que aquella escena debía de tratarse de una broma habitual entre ellos. Todavía no muy seguro de dónde acababa de meterme, decidí confiar en Sofía. Y hablé.

—Verás. Venía por lo del artículo de esta mañana —mentí—. ¿Has conseguido descubrir algo más?

—Pues sí, aunque no he sido yo, en realidad —respondió, señalando nuevamente a su ayudante—.

El profesor volvió a acercarse a la mesa de trabajo y, con las manos apoyadas sobre ella, comenzó su exposición.

—Bien, queridos. Atended, porque la cosa no tiene desperdicio. El artículo que habéis encontrado es la respuesta que nuestro amigo Calímaco de Brión, entre otros cargos bibliotecario del IER…

—¿El *ier*? —interrumpí.

—El Instituto de Estudios Rosalianos —me aclaró Sofía.

—Ese mismo. ¿Puedo seguir? Bien… La respuesta, os estaba diciendo, que el bueno de Calímaco ha dado a un artículo publicado hace un par de semanas por el no tan bueno Xosé Carneiro.

—Sí, eso ya lo lo sabemos, es lo que hemos visto en el artículo de la *Revista Rosaliana.*

Mi nueva interrupción tampoco pareció ser del agrado del ayudante. Tras hacérmelo saber con una de esas miradas asesinas que solo las mejores y más experimentadas *reinonas* saben lanzar, retomó su explicación.

—Sí, eso ya lo sabéis —subrayó con veneno—. Pero intuyo que lo que todavía no sabéis es lo que el camarada Carneiro decía en su columna, ¿me equivoco? —Por supuesto, esta pregunta también era retórica—. Pues no os preocupéis, *beibis*, que para eso está el siempre eficiente y nunca bien valorado Dorian —respondió con fingida afectación.

»No sé si lo dicho por Carneiro es argumento suficiente para que alguien decida darle muerte. Pero de lo que no cabe duda es de que su artículo está constituido por tal cantidad de barbaridades, semejante colección de despropósitos, que con toda seguridad ni a los muertos habría dejado indiferentes.

—¿Barbaridades? —repetí—. ¿Como por ejemplo?.

—Pues como por ejemplo, querido, que Rosalía era una especie de reprimida sexual insatisfecha con todo. Con el país, con la vida, con la muerte, con la existencia en general y, ya puestos, con el putero de su marido.

—¡Dorian, por favor! —exclamó Sofía— ¡Compórtate! Tú sabes que no dice nada de eso.

—Bueno, puede que Carneiro no lo diga abiertamente —respondió el profesor al tiempo que con un gesto de su mano despreciaba la reprimenda de Sofía—, pero no hay duda de que es a eso a lo que se refiere cuando dice que «son muchos los textos en los que se puede ver la relación que la poetisa establece entre la represión del sexo y la certeza del engaño». ¿O de qué crees tú que está hablando, si no? ¿De *Blancanieves y el enanito Gruñón*? Vaya —dijo llevándose la mano al cuello al tiempo que ponía sus ojos en blanco—, podría ser otro modo de verlo, palomita mía…

Sofía hizo ademán de responderle algo, pero finalmente optó por callarse. Pensé que tal vez hubiese considerado que, pese al descaro evidente de sus formas, quizás el profesor adjunto tampoco estuviera tan desencaminado. Y su silencio me dio muy mal pálpito. Que alguien siempre tan dispuesto a introducir su propia explicación como la profesora Sofía Deneb diese por bueno lo dicho por su ayudante me hizo pensar que a lo mejor la cosa sí era tan sería como él proponía… Sofía pareció leerme el pensamiento.

—Sí, Aquiles. Dorian tiene razón. Lo más amable que se puede decir sobre el texto del individuo este es que se trata de una completa burrada. Desde la primera hasta la última letra.

—¿Tanto es?

—Y más también —me confirmó—. Apoyándose en alguno de los poemas más conocidos, el tipo va formulando sus tesis, barbaridades que no llevan a más conclusión que la de que Rosalía era una mujer fuertemente desequilibrada, llena de miedos e insatisfacciones. Y valiéndose muy partidariamente de la escasa correspondencia personal que de ella se conserva, llega a insinuar que se trataba en realidad de una persona muy violenta, atreviéndose incluso a esbozar la posibilidad de que fuese una mujer maltratadora.

—Maltratar a Murguía… ¡Con el carácter que aquel hombre tenía! —exclamó Dorian—. Por favor…

—Y eso no es lo peor. Porque después de darles un repaso a todos sus miedos e insatisfacciones, después de decir que era una mujer que vivía obsesionada por el pecado y el poder de la *sombra*, concluye que la verdadera manía de Rosalía no era otra que el

suicidio, insinuando que si no fue capaz de hacerlo no fue más que por el excesivo control al que la sometía el propio marido.

—El tal Murguía —quise confirmar.

—El mismo —me aclaró ahora el profesor adjunto—. O, como Carneiro se refiere a él, «el Gran Manipulador», no solo de su esposa, sino de toda nuestra historia cultural. El único responsable verdadero de que Rosalía sea, en definitiva, el mito sobrevalorado que hoy es. Siempre según la teoría de Carneiro, por supuesto.

Concluidas las explicaciones de Dorian y Sofía, ambos me observaron expectantes.

—Vaya, vaya…

Intercambiaron miradas entre ellos. Supuse que tanto él como ella esperaban algo más por mi parte. Un poco de entusiasmo, tal vez…

—¿*Vaya, vaya*? ¿Qué quiere decir con *vaya, vaya*? ¿No tiene usted nada mejor que decir al respecto? —protestó Dorian.

—Sí —se sumó Sofía—, venga, Aquiles, ¿qué nos dices? ¿Te parece suficiente todo esto?

—¿*Suficiente*?

—¡Sí, por Dios, suficiente!

—Pero cómo que *suficiente* —repetí sin comprender—, ¿suficiente para qué?

—¡Pues para qué va a ser! —explotó Sofía al tiempo que volvía a ponerse en pie.

—¿Os estáis refiriendo a si esto es excusa *suficiente* para que alguien se haya decidido a matar a Carneiro?

—No, hombre. Lo que te estamos preguntando es si esto es excusa *suficiente* para que alguien se haya decidido a subir el precio del petróleo… ¡Pues claro, Aquiles! —volvió a protestar Sofía—, ¿para qué va a ser si no?

Sentado en una de las sillas de aquel despacho, perdido entre los muros de la facultad de Filología, y con aquellas dos personas observándome con esa expresión tan curiosa en sus rostros, semejante a la de tus padres cuando después de haberte leído la cartilla esperan algún tipo de respuesta por tu parte, tuve nuevamente la sensación, la certeza más bien, de que, definitivamente, yo venía de otro planeta. De otra galaxia muy distante a la de la profesora Deneb.

—Ya te lo he dicho esta mañana, Sofía, la gente mata por un coche aparcado en doble fila. No sé cómo lo veréis vosotros desde aquí, pero ahí fuera una persona mata a otra por un comentario sin importancia, por una mirada mal interpretada —respondí desde la

más completa pasividad, como si estuviese explicando algo que para mí era obvio—. La gente mata porque sí. ¿Necesitáis que os concrete más?

De los dos profesores ninguno dijo nada. Comprendí que, otra vez, eran mis desencantos los que habían hablado por mi boca, y que una vez más lo habían hecho sin pedir consejo primero. Había vuelto a ser demasiado duro con quien no tenía culpa de nada. Intenté un cambio de tercio.

—¿Y qué me decís del otro? Cómo era que se llamaba, ¿Calimero? El otro tipo, el del artículo en la *Revista Rosaliana*…

—Calímaco, Calímaco de Brión —creyó aclararme Dorian.

—¿De Calímaco? Pues nada. Nada que no sean cosas buenas, quiero decir.

Comprendí que lo que Sofía quería decir era que, a su juicio, el tal Calímaco no era el tipo de individuo sobre el que pudiese recaer sospecha de ninguna clase.

—Yo lo conozco desde hace años —siguió—. Trabaja en el Consello da Cultura Galega, es el responsable de su biblioteca. Y en Padrón coordina las publicaciones del Instituto de Estudios Rosalianos, además de ser también el responsable de la biblioteca de la Fundación.

—De hecho, él mismo es autor de una colección infinita de trabajos sobre Rosalía que también va a publicando en el IER —apuntó Dorian.

—Exacto. Calímaco es un buen tipo, Aquiles, una persona excelente. Todo corazón —aseveró Sofía a modo de sentencia final.

—Yo no digo que el tipo no tenga un corazón de oro. Pero la pluma también la tiene bien afilada… —respondí con los fragmentos del artículo leídos por Sofía en el coche todavía en el pensamiento.

—¡Eso no quiere decir nada! Cualquiera de nosotros habría firmado una respuesta como la suya ante la ofensa del desgraciado ese —atajó Dorian sin hacer el mínimo esfuerzo por ocultar la rabia que viajaba en su voz.

Como si también él hubiese caído en la cuenta de lo evidente de su gesto, intentó matizarlo.

—Yo no le deseo la muerte a nadie, señor Vega. Pero entiéndanos, hay cosas que no se pueden hacer.

Dorian cruzó los brazos sobre el pecho al tiempo que negaba con la cabeza.

—No, eso no estuvo bien —completó Sofía, como si con sus palabras intentara avalar las de su ayudante.

Se acercó a él, y ambos quedaron apoyados sobre el escritorio. Estaba claro que aquellas dos personas que ahora tenía frente a mí, uno con la cabeza baja, y la otra con la mirada perdida en un punto cualquiera de la pared de aquel minúsculo despacho, estaban de acuerdo en el cierre de filas en torno a la defensa de su poetisa. Y por un instante no pude evitar pensar si, tal vez,esa defensa no les parecería válida a cualquier precio…

—A ver, vayamos por partes. Yo tampoco estoy diciendo que el tal Cali…

—Calímaco —volvió a apuntarme Sofía, no sin cierto fastidio en su voz.

—Calímaco —repetí clavándole la mirada, marcando bien cada sílaba—, sí. Yo no estoy diciendo que vuestro amigo Calímaco sea el responsable de haberle dado pasaporte a Carneiro, a la señora Santalla o a nadie. Pero decidme una cosa, entonces: ¿a quién creéis vosotros que le podría haber molestado tanto lo dicho sobre Rosalía como para, llegado el momento, decidirse a matar al mensajero?

Sofía y Dorian volvieron a quedarse en silencio. Ni ellos podían ofrecer ninguna respuesta, ni en realidad tampoco yo pretendía que lo hiciesen. Mi intención no era más que encontrar un pretexto para colar mi propia hipótesis. La verdadera razón por la que yo había ido esa tarde a la facultad de Filología.

—¿Qué me decís de un posible descendiente?

Mis dos acompañantes se quedaron observándome en silencio, mirándome como si esta vez hubiera sido yo quien acabara de decir una burrada.

—¿Qué, ocurre algo?

Otro intercambio de miradas cómplices entre ellos, aún en silencio, y de nuevo esa sensación por mi parte de estar en inferioridad. Inferioridad en todos los aspectos.

—¿Qué, qué pasa? —insistí.

—Amigo —se atrevió Dorian—, eso es imposible.

—¿Imposible?

—Sí, imposible.

—¿Pero cómo, cómo que imposible? ¿Por qué?

—Pues porque Rosalía murió sin dejar ningún tipo de descendencia más allá de sus propios hijos.

Me costó comprender lo que el hombre aquel me estaba diciendo. Sofía me había hablado de un montón de hijos… Aquella misma mañana habíamos visto en las oficinas de la Fundación una foto en la que aparecía la mujer rodeada de varios niños. Eran seis o siete, por lo menos. ¿Cómo iba a no tener ningún nieto? No podía

ser. Quise asegurarme de que no estaba entendiéndolo mal.

—Pero… ¿a qué se refiere con eso de más allá de sus propios hijos? ¿Acaso no tuvo nietos?

—No, no los tuvo —sentenció el ayudante—. Rosalía de Castro dejó este mundo sin llegar a contemplar la luz de ningún nieto.

Algo en la respuesta me pareció ambiguo.

—¿A qué te refieres? ¿Acaso hubo algún nieto que naciese después?

Silencio. Nuevo intercambio de miradas entre los profesores. Sofía hizo un ademán apenas perceptible… Algo como una concesión, una licencia tal vez, lo justo para que Dorian se decidiera a hablar.

—A ver, es verdad que corre por ahí cierta leyenda sobre un posible hilo pendiente…

—¿*Leyenda*? ¿Cómo que leyenda?

—Bueno, quizás leyenda no sea la palabra más apropiada… Una especie de cuento de viejas sobre el misterioso niño perdido de Ovidio, su hijo varón, pero…

Otra vez el silencio. Estaba claro que la situación no era del agrado del profesor adjunto, a todas luces más cómodo en la seguridad de los datos concretos que en las imprecisiones de las leyendas y de los cuentos de viejas.

—Un cuento que habla de un bebé concebido poco tiempo antes de caer Ovidio enfermo de muerte —dijo al fin.

»En aquel tiempo, en los últimos años del siglo XIX, el único hijo varón de Murguía, por entonces ya viudo, se había revelado como una de las más prometedoras firmas del panorama artístico madrileño. Uno de los principales exponentes de la llamada *Generación Doliente*, y habría llegado a ser un reconocidísimo pintor… De no ser por la tuberculosis. Fatalmente enfermo, Ovidio regresa a Galicia, de vuelta a la casa paterna, para terminar sus días al cuidado de su familia.

—A Padrón —interrumpí.

—No. Por entonces, lo que queda de la familia Murguía-Castro vive en A Coruña. Ahí, en la casa de la calle San Agustín, será donde sus hermanas, Alejandra y Gala, le proporcionen al hermano moribundo todas sus atenciones. Incluida la de protegerlo de la amenaza de un dolor más grande.

Apenas el gesto de incomprensión había tenido tiempo de asomarse a mi rostro, el ayudante ya estaba dando una explicación.

—Según parece, antes de regresar al hogar paterno, el artista había concebido un hijo con una tal Visitación Oliva, una muchacha

gitana con la que, por lo visto, había estado manteniendo relaciones en Madrid. La versión que ha llegado a nosotros cuenta que en las cartas que desde la capital mandaba la futura madre se le hablaba a Ovidio de esa criatura que la gitana llevaba en el vientre. Preocupadas por las terribles consecuencias que el conocimiento de tan impactante noticia pudiese tener en la por entonces ya precaria salud del hermano, se dice que fueron las propias Alejandra y Gala quienes decidieron ocultarle a Ovidio toda la correspondencia que a Coruña iba llegando desde Madrid. Y se cuenta también que, entre tanto, el desdichado muchacho se iba muriendo con el dolor en el pecho y la tristeza en el corazón.

»¿Por qué no recibían respuesta las cartas que él enviaba? El pobre desgraciado no lograba entender cómo aquella mujer, gitana ingrata, había sido capaz de olvidarlo tan rápidamente. Murió el hijo de Rosalía recién estrenado el año 1900, sin que sus hermanas hubieran llegado a poner en el correo ni una sola de las cartas que el pintor había escrito. Y sin que ninguna de ellas, ni Alejandra ni Gala, le hubiesen hablado nunca de las recibidas. Cartas en las que se hablaba de un niño, una criatura nacida en Lavapiés con los mismos ojitos de su padre, Ovidio Murguía de Castro.

Cuando Dorian terminó el relato, aquel cierto tono de cuentacuentos que había empleado para hacerlo fue sustituido por un elocuente silencio que se hizo clamoroso en el despacho sin que nadie se atreviera a romperlo. Nadie, hasta que yo, claro, volví a oír el sonido de mi voz. Y cuando hablé, lo hice como tantas otras veces: dejando la cosa del tacto muy lejos de mi discurso.

—Menudo culebrón…

De repente tuve la misma sensación que si hubiese acabado de blasfemar en el templo del mismísimo Apóstol. Ya estaba a la búsqueda de alguna excusa cuando, curiosamente, fue el propio Dorian quien vino a coincidir conmigo.

—Y tanto que sí. Por eso le decía antes que la cosa tiene mucho de leyenda, y más bien poco de realidad. Demasiado pintoresco para ser cierto —concluyó al tiempo que él mismo desechaba su historia con un gesto despectivo de la mano.

—¿Y eso es todo? —respondí con evidente decepción. Todo eso de la leyenda había hecho que despertaran en mí ciertas esperanzas, y ahora me resistía a aceptar que no hubiera nada más—. A ver, Sofía. ¿Tú no me has hablado esta mañana de una burrada de hijos?

—Hombre, igual no en esos términos, pero sí. Siete, para ser exactos.

—Siete hijos… —repetí—. ¿Y me estáis diciendo que el linaje de

una mujer que trae al mundo siete criaturas muere con ella y con sus hijos? ¿Siete hijos y ni un solo nieto? Pues perdonad que os lo diga así, pero a mí esa historia sí que me parece bastante más increíble que la de una gitana abandonada y un puto tuberculoso enamorado…

Insisto, la cosa del tacto nunca ha ido conmigo. Dorian y Sofía me observaban con asombro. No era para menos. Comprendí que era enojo más que otra cosa lo que ellos detectaban en mi réplica. «¿Qué demonios tenía que ver todo ese sindiós genealógico con las muertes de Carneiro y de la señora Santalla?». La rabia se me iba de las manos. Pero es que yo había llegado convencido de haber encontrado un nuevo hilo del que tirar, algo. Una nueva posibilidad que apenas una hora antes había llamado mi atención, y renunciar tan rápidamente a ella me costaba más de lo que, por lo visto, estaba dispuesto a aceptar.

—Pues, querido amigo, no le dé más vueltas, porque esa es la historia que hay —volvió a sentenciar el ayudante, tal como si también él fuera capaz de leerme el pensamiento—. La estirpe se extingue en 1964, el año en que, sin haber dejado descendencia alguna, fallece doña Gala Murguía, la más longeva de los hijos de Rosalía de Castro y Manuel Murguía.

Las palabras de Dorian se confundieron en mi cabeza con el sonido de otra puerta que se cerraba. Y, de nuevo, el silencio volvió a hacerse dueño del despacho de la profesora Deneb. Esta vez fue ella misma la que se decidió a romperlo.

—Aquiles… Como te acabo de decir, creo que ya sé por dónde vas. O por donde pretendías ir, mejor dicho. Pero, de todos modos, ¿por qué no nos lo cuentas tú? Si nos hablas con un poco más de claridad, quizás todavía te podamos servir de ayuda…

Sofía se había dado cuenta de mi decepción, y volvía a tenderme la mano. «De acuerdo, pensé, vamos allá». Decidí ser franco con ella. Y cogí aire.

—Esta mañana, mientras tú y yo estábamos fuera, nuestro misterioso amigo Adriano ha tenido la gentileza de enviarnos un nuevo correo electrónico.

Los ojos de Sofía se abrieron como platos.

—¿A ti también?

—No, no a mí, sino a los de la Brigada de Investigación Criminal. La gente que lleva el caso dentro de la policía, casi nada.

—¿Y qué correo es, el mismo que me envió a mí?

Esta vez fue a Dorian a quien el comentario de Sofía cogió por sorpresa.

—¿Cómo que el mismo que a ti? ¿El asesino te envía correos?

—A ver, a ver —intenté poner calma—, aquí nadie ha dicho nada de que sea el asesino quien esté enviando los correos. De hecho, en la comisaría ni siquiera saben si los responsables de los dos textos son la misma persona —dije eludiendo la evidencia de tener ambos el mismo remitente.

»Aunque sí —admití tras una breve pausa—, hay ciertos motivos para pensar que este nuevo correo podría provenir de la misma persona que se puso en contacto contigo, Sofía —reconocí, todo el tiempo con el nombre de Adriano en el pensamiento.

Una vez más, silencio en el despacho.

—¿Y qué es lo que les ha enviado a los de la Brigada, otro poema?

—Sí, otro poema —confirmé.

—¡¿Poemas?! —preguntó Dorian—. ¿El tipo está enviándoos poemas?

—Sí. Yo recibí ayer un *e-mail* con el texto de los *Buenos amores*.

—Los *Buenos amores*… —repitió el profesor—. ¿Y puede saberse cuál es el que le ha mandado a la policía?

—La verdad es que no sé cómo se titula. Pero he traído una copia conmigo, creo que la tengo aquí…

Eché la mano al bolsillo, en busca del folio en el que había imprimido el correo, y se lo pasé inmediatamente.

—Yo no entiendo mucho de esto, ya sabes —le dije a Sofía—, pero para mí que la cosa va de alguien a quien le han hecho muchísimo daño…

—¿Muchísimo daño? —preguntó la profesora, que no entendía a qué rayos pretendía referirse mi torpeza.

—Sí, no sé… A ver, yo creo que se trata de la descripción de una violación —me atreví al fin—. Y también habla de unos hijos, unos que dice que han muerto. Y claro, como tú me habías contado la historia esa del tal Adriano, el hijo que por lo visto se le había muerto a Rosalía en los brazos, supuse que tal vez…

Pese a lo torpe de mi descripción, lo dicho fue suficiente para que Sofía identificara el texto.

—¿«Aquellos que el pueblo honrados estima»? —quiso confirmar citando el primer verso.

—Por supuesto —respondió el profesor sin levantar la vista de la hoja que yo le había entregado—, no podía ser otro. Y tomado directamente de la primera edición…

El matiz añadido por el profesor Castle llamó la atención de Sofía.

—¿De la primera, has dicho?

—Sí. Está claro que esto que nos trae el señor Vega no es otra cosa sino el escaneado de la hoja tal como aparece en el ejemplar de 1880… No siendo por este pequeño detalle, claro.

—¿Detalle? —volvió a preguntar la profesora Deneb acercándose más a su ayudante—. ¿A qué te refieres?

—Al grabado —respondió el adjunto señalándole la parte inferior del folio, donde un arpa con tronco de mujer aparecía justo al pie del poema—. En realidad, este dibujo no está en el original. Alguien, probablemente el mismo que escaneó el documento, se tomó también el trabajo de añadirlo a mayores a la imagen del texto.

—Como si se tratara de una especie de firma… —dijo Sofía, más para sí que para nosotros.

Un gesto de incomodidad, tal vez incluso de preocupación, planeó sobre su rostro. Era evidente que algo de lo que acababa de ver no le había sentado bien. Y yo lo comprendí, sí, pero ahora lo que más me urgía era la respuesta a otra cuestión.

—Es de Rosalía, ¿verdad? —pregunté, aunque en el fondo ya supiese la respuesta.

Pero esta no llegó de la profesora Deneb. Sofía se limitó o a cruzar una nueva mirada cómplice con su ayudante, quien acababa de terminar la lectura para sí del documento que yo le había entregado. Dorian no hizo más que asentir en silencio.

—Oh, no… —la voz de Sofía no era más que un finísimo hilo que por entre los labios, apenas abiertos, se le escapaba, lo que no hizo más que aumentar mi preocupación.

—¿Qué ocurre, qué significa esto? ¿Por qué *oh, no*, Sofía?

El silencio volvió a tomar el despacho durante un tiempo que los profesores llenaron con nuevos intercambios de miradas entre ellos, alternándolas con recaladas en el folio impreso que el profesor adjunto Dorian Castle aún sostenía entre las manos.

—¡Venga, qué pasa! —protesté—. ¿De qué va todo esto, qué es lo que sucede con este poema?

Sofía tardó un poco más en responder.

—Aquiles, el poema que acabas de recibir no es solamente la descripción de una humillación, de una ofensa terrible, sino algo más. Se titula «La justicia por la mano», y su tema central no es la humillación, Aquiles. Tú no lo ves, porque lo que te han enviado aquí no es más que la primera parte. No lo tienes completo, te falta el resto del poema.

«Aquellos que el pueblo honrados estima,

me robaron cuanto candor yo tenía;
mancharon de estiércol mis galas de un día,
mi ropa sencilla pusieron en trizas.
No dejaron piedra donde yo vivía;
sin casa ni abrigo anduve aterida;
como liebre al raso, dormí en las campiñas;
y mis hijos…, ¡ángeles…!, que tanto quería
¡murieron, murieron, de hambre que tenían!
Quedé deshonrada, me ajaron la vida,
me hicieron un lecho de zarzas y espinas;
y en tanto, raposos de entraña maldita,
tranquilos en lechos de rosas dormían.
¡Salvadme, oh, jueces! grité… ¡Tontería!
De mí se mofaron, me hirió la justicia.
¡Buen Dios, ayudadme! clamé todavía…
Tan alto que estaba, buen Dios no me oía.
Entonces, cual loba doliente o herida,
de un salto con rabia tomé la hoz erguida,
rondé despacito… ¡Ni la hierba sentía!
La luna ocultábase, la fiera dormía
con sus compañeros en cama mullida.
Los miré con calma, la mano extendida,
de un golpe, ¡uno solo!, los dejé sin vida.
Me senté, contenta, al pie de las víctimas,
tranquila, esperando el alba del día.
Y entonces…, entonces se hizo la justicia:
Yo, en ellos; las leyes, en quien los hería».

Dorian terminó de recitar el texto. Y de nuevo me quedé impresionado. Aunque toda la primera parte del poema estaba en la hoja que el profesor adjunto sujetaba entre las manos, Dorian había realizado la declamación de memoria, sin mirar ni una sola vez el papel. De memoria, tal como si acabara de reproducir el Padre nuestro, el Credo o cualquier otra oración en la que un buen creyente tuviese puesta toda su fe.

—No, Aquiles, la cosa no va de describir ofensas sin más —retomó Sofía—. Este poema es la descripción detallada de una venganza. La muerte a hierro de aquellos que hicieron el mal primero. Esto que Adriano nos envía no es sino una declaración de intenciones.

A medida que escuchaba las palabras de la profesora Deneb, la situación iba cambiando de rumbo en mi pensamiento. Aquello le daba un nuevo sentido a las cosas. Uno nuevo y terrible.

—Lo que Adriano pretende decirnos es que todo esto no es más que una venganza. Un ajuste de cuentas. ¿Pero de quién? ¿Y por qué?

Sofía le ponía voz a las mismas preguntas que, una tras otra, comenzaban a agolparse en mi cabeza. ¿Venganza? Venganza de qué. Por qué. Y sobre todo, quién. ¿Quién estaba detrás de todo esto? Recordé uno de los versos, *¡mis hijos…, mis ángeles!…, que tanto quería*, y volví a oír la voz de mi instinto reclamando mi atención.

—Tiene que ser un hijo suyo —respondí sin pensarlo demasiado—, tiene que serlo.

Sofía y Dorian volvieron a mirarme. En el largo tiempo de silencio que sucedió a mi afirmación, el único movimiento del que tuve constancia fue el de los labios del profesor adjunto separándose lentamente. Muy lentamente. Previendo su comentario, intenté adelantar una posible explicación a mí más que reconocida ignorancia.

—Ya sé, ya sé lo que vais a decirme. Rosalía murió hace muchos años, demasiados. Y no, no tuvo más descendencia que sus propios hijos… Aunque a veces yo mismo tenga mis dudas, creo que no soy tan estúpido como para no entender una cosa cuando se me explica, así que no, no es necesario que me lo repitáis.

»Y sí, también es verdad que yo no sabré mucho sobre poesía, no es necesario que me lo recordéis. De acuerdo. Pero si hay algo sobre lo que sí sé un poco más que la mayoría de la gente, es sobre las cosas que llevan a una persona a matar a otra.

»Mirad, ni Carneiro ni Penélope son los primeros muertos que se cruzan en mi trabajo. Y cuando llevas tantos años revolviendo en este tipo de historias aprendes a detectar ciertas pautas. Cuestiones, por ejemplo, como que si alguien se ensaña de tal manera con su víctima solo puede ser porque una pasión muy fuerte guía sus actos. La brutalidad siempre habla de lo mismo: sentimientos. En un caso como este, con dos crímenes cargados de tanta ferocidad, el asunto está claro: tiene que tratarse de algo muy personal. Ahora sois vosotros los que habláis de venganza, ¿no es así? Yo no sé qué grado de contacto tendréis con las cosas que suceden ahí fuera. No sé si todo esto de lo que os hablo vendrá contado en alguno de esos libros que recitáis de memoria, supongo que sí. Pero ahí fuera, en el mundo de verdad, los muertos también son de verdad, y para que haya venganza tiene que haber antes una ofensa personal. ¡Venga, señores! Ahí fuera está muriendo gente relacionada con vuestra poetisa querida. A nosotros nos envía correos alguien que firma

empleando el nombre de uno de sus hijos. Y no de uno cualquiera, sino justamente del único que a la madre se le murió en los brazos. Y ese mismo individuo, sea Adriano quien carajo quiera que sea, tiene el valor de enviarle ahora a la mismísima policía un nuevo correo en el que, según vosotros mismos confirmáis, habla de venganza. ¡Eso es toda una declaración de intenciones, por el amor de Dios! ¿De verdad vais a seguir pensando que es imposible que exista una relación personal?

No contestaron. Tal vez no supiesen qué decir. Tal vez no se atreviesen.

—Vosotros ya me entendéis, no me estoy refiriendo a un hijo suyo propiamente dicho. Estoy hablando de un familiar, quizás un pariente suyo, quiero decir… El nieto del sobrino de una cuñada de un primo… —fui enumerado al tiempo que arqueaba las cejas y con las manos iba haciendo gestos.

Pero ni Dorian ni Sofía se decidían a hablar. Los dos seguían allí, mirándome en silencio. Él con la boca todavía entreabierta, y ella con los ojos tan abiertos y las cejas tan altas que casi se le juntaban con el nacimiento del cabello sobre la frente.

—¡A ver, no me miréis así! No sé de cuánto tiempo estamos hablando —confesé—. ¿Qué tendría que ser, dos generaciones, tres tal vez?

—Sí, y más también —respondió Dorian al tiempo que resoplaba incómodo—. Pero es que eso que usted propone es imposible, señor Vega…

Y dale.

—¿*Imposible*, otra vez? ¡Pero por qué!

—¡Pues por qué va a ser! ¡Ya se lo hemos explicado antes! —El adjunto parecía desesperarse ante lo insistente de mi torpeza—. Porque los vínculos familiares de Rosalía son muy escasos. Y por la parte directa, ya se lo hemos dicho un ciento de veces: no tuvo descendencia más allá de sus propios hijos. *And that's for sure!*, ¡eso es un hecho! ¡No nietos, no bisnietos, no nada! *Nothing at all!* —exclamó el profesor en perfecto inglés.

A ver, a ver. No perdamos la calma… Era necesario que todos nos tranquilizásemos un poco.

—Vale, sí. Eso ya me lo habéis dicho, de acuerdo. Pero vosotros mismos también me habéis hablado hace apenas un momento de otra posibilidad —contrataqué—, un hijo olvidado en Madrid, y Sofía, tú misma dijiste el otro día en la presentación de tu libro que no son pocas las cosas de la familia que gracias a los esfuerzos del propio Murguía no se saben con certeza, ¿no es así?

Sofía permaneció en silencio, dando por buena mi última afirmación. Seguía habiendo algo en todo aquello que no me permitía parar, algo que me decía que ese era el camino.

—¿De cuántos hijos estábamos hablando?

—De siete, Aquiles, acabamos de decírtelo.

—Alejandra, Aura, Gala, Ovidio, Amara, Adriano y Valentina. —La única lista que yo podría reciatar con semejante seguridad sería la alineación titular del mítico Barça de Pep Guardiola, y aun así, nunca con tanta rapidez como la que el profesor adjunto había empleado para nombrar a los siete hijos de Rosalía.

—Muy bien. ¿Y pretendéis decirme que con toda esa prole la cosa va a quedar ahí? Eso es imposible, ¡imposible, coño! ¡Y más en aquellos años!

Había entrado en aquel despacho con mi pequeña teoría recién montada, y era el enfado, la rabia de ver cómo las palabras de los profesores invalidaban una y otra vez mis hipótesis, las mismas que ahora pataleaban en mi voz.

—¡Pero qué mierda le pasaba a aquella gente!, ¿acaso se dedicaban a capar a sus hijos según iban naciendo, o qué?

—¡Aquiles, por favor! —protestó a Sofía colocando sus gafas de pasta negra sobre la nariz.

—No, no se trataba de eso, Aquiles, ni mucho menos. —Ahora era Dorian el que intentaba recuperar la calma dentro del despacho —. A ver, tenga usted en cuenta que de esos siete hijos uno, el último, nació ya muerto.

—Valentina —puntualizó Sofía.

—Exacto, y otro murió en un descuido fatal al caer desde una mesa al suelo siendo todavía un bebé.

—Sí, sí, el tal Adriano —atajé rápidamente, haciéndoles ver que también era capaz de retener las explicaciones que se me daban—. Pues muy bien, pero todavía nos quedan cinco más, ¿me equivoco? Decidme, ¿qué es lo que pasa con ellos, pues?

—A ver… —prosiguió Dorian no sin cierta resignación—. Pues en el caso de Ovidio pasa lo que acabamos de contarle, nada si no tenemos en consideración todos esos cuentos de viejas. Y con las otras hijas…

—Pasó lo que pasaba tantas veces en aquellos años —siguió Sofía con la explicación al tiempo que se encogía de hombros. No me costó comprenderla.

—No puede ser… Se quedaron para vestir santos.

Lejos de llamarme la atención, la profesora dejó escapar esta vez una sonrisa franca. Supongo que lo directo de mi estilo no era lo

habitual en su campo de trabajo.

—No exactamente. Sí, es cierto que algunas se casaron, pero ahí se quedó la cosa —Sofía hizo una breve pausa—. No sé, tal vez dejaron pasar demasiado tiempo…

—Vamos, que se les pasó el arroz.

Sofía volvió a reírse ante mi capacidad de síntesis.

—¡Por Dios, Aquiles, cuánta concreción! Pero sí, supongo que eso debió de ser.

—Bueno, a todas menos a Aura, claro.

Aún no sabía a qué se refería, pero tal y como acababa de decirlo el ayudante, no podía estar hablando de otra cosa. Por fin una grieta, la puerta volvía a abrirse, y las esperanzas de sacar adelante alguna de mis hipótesis resurgían.

—Vale —dije intentando contener la ansiedad—, decidme que esta sí tuvo un hijo…

—Pues no —respondió Dorian.

«¡Mierda, mierda, mierda!».

—Lo que tuvo fueron dos —apuntó Sofía—, fruto de su matrimonio con Don Francisco Prats. Una pareja de gemelos, para ser exactos.

—¿Dos chavales? —quise confirmar, intentando que los ojos no se me saliesen de las órbitas.

—Sí, dos pequeñines de los que, gracias a un detallado y exhaustivo trabajo, firmado precisamente por el propio Calímaco de Brión, sabemos que por lo menos uno de ellos se llamaba Xaime.

—¡Bien! —exclamé—. Entonces Rosalía sí tuvo nietos, ¿no?

—No en vida —matizó el preciso profesor Castle—, pero sí, supongo que se podría decir que sí…

—De acuerdo, pues nietos de muerta, ¡llamadlos como os dé la gana! Pero lo que no podréis negar, por lo tanto, es que sí hubo una segunda línea de descendencia. Por lo menos es un hilo del que tirar, ¿no? Pues hagámoslo —era mi propio entusiasmo el que ahora hablaba por mi boca—, a ver a dónde nos lleva.

—Al cementerio —respondió Sofía secamente—. Ese hilo tuyo, Aquiles, no nos lleva más que a un cementerio de Yecla.

No podía ser, otra vez no…

—Lo cierto es que no hay datos verdaderamente fiables al respecto, pero lo más probable es que los niños vieran la luz del mundo en tierras murcianas, que es donde los padres se habían instalado nada más casarse. E insisto, querido, en que los datos que manejamos son muy confusos, pero por lo visto los pobrecillos no llegaron a pasar en este mundo más que seis meses —explicó Dorian

—. Y esa fue toda la experiencia que Murguía tuvo como abuelo.

—Y con todo, bastante más extensa que la que tuvo Rosalía, que fue ninguna —apuntó Sofía.

No podía ser. Me costaba un mundo darle crédito a lo que oía. Siete hijos y ni un solo nieto que perpetuara el nombre de los Murguía-Castro…

Pero si en la profesión había algo por lo que yo era conocido, no era por otra cosa que por mi cabezonería. Bueno, por eso, y por algún que otro error que ahora no viene al caso… Después de darle vueltas un momento volví a intentarlo.

—Vale, ya me imagino que me vais a decir que sí, pero… ¿Estáis seguros de todo cuanto decís? No sé, tal vez…

—No, Aquiles, en este particular no hay dudas posibles. De hecho, tal y como te he dicho hace un momento, De Brión fue el primero en conseguir cerrar el árbol genealógico de los Murguía-Castro, por cierto con un trabajo muy celebrado, por la evidente dificultad que hasta entonces había entrañado.

»No sé si el otro día llegaste a tiempo para oírme hablar sobre esto. En la presentación expliqué que el hermetismo con el que no solo el propio Murguía sino sus hijas y los depositarios de su memoria guardaron todo lo referente a la biografía de la poetisa fue tanto que incluso llegó a apagar casi todas las luces que pudiesen alumbrar estas cuestiones. De hecho, era tanta la oscuridad que rodeaba a este asunto que las propias hijas se contradecían constantemente. Sobre todo Gala, en sus últimos años.

No comprendí este último comentario.

—¿Que se contradecían? ¿Qué quieres decir, Sofía, que ni siquiera ellas sabían cuántos hermanos, hijos, sobrinos, tenían? Eso no puede ser…

—No, no se trata de eso… O por lo menos no exactamente. Lo que la profesora intenta explicarle es que, en sus últimos años, la vieja Gala ya no era capaz de citar con precisión los nombres completos de sus hermanos.

Probablemente la intención del profesor adjunto fuese la de aclarar las palabras de Sofía, pero yo me había quedado todavía más perdido de lo que estaba.

—¿Cómo?

—Por causa de alguna que otra imprecisión de la vieja Gala, fueron no pocos los estudiosos que anduvieron durante mucho tiempo a la búsqueda de otro hermano —aclaró Sofía—, un tal Honorato Alejandro…

—Que finalmente resultó no haber existido nunca —concluyó el

ayudante—, como años más tarde confirmaría el propio señor De Brión. Según parece, Honorato Alejandro no era más que un despiste, una asociación equivocada en el recuerdo de nombres y segundos nombres de sus propios hermanos.

—Por eso es tan valioso, en definitiva, ese trabajo de Calímaco de Brión, su artículo sobre el árbol genealógico de la familia; porque tras muchos años de confusión él fue el primero en concretarlo y dar por cerrada la cuestión.

Me rendí. Definitivamente, quedaba claro que la vocación de esa puerta respecto a mi investigación no era otra que la de cerrarse.

O tal vez no.

—De acuerdo. ¿Y dónde puedo dar con él?

—¿Con el artículo? —Sofía apenas tuvo que pensarlo—. En la revista de la Real Academia Galega, creo recordar. No me acuerdo del número exacto, pero si nos das un poco de tiempo seguro que Dorian puede localizarlo…

—Ya, muy bien. Pero yo me refería más a nuestro amigo. ¿Dónde puedo encontrar a Calímaco de Brión?

-10-
El bibliotecario de Alejandría

Entré en la inmensa sala de lectura. A pesar de la penumbra que la envolvía, los reflejos de las luces de seguridad en las paredes hablaban de su tamaño. Protegida de las humedades que todavía se hacían fuertes en buena parte del Pazo de Raxoi, la biblioteca del Consello da Cultura Galega era un espacio enorme. O por lo menos así me lo pareció a mí… Situada al fondo del pasillo, en el último piso del ala norte del pazo, era en realidad uno de esos salones gigantescos, el techo allá arriba, localizable solo por la tenue iluminación de unas curiosas formas semicirculares de neón azul. Hasta donde se podía ver, las paredes se intuían repletas de libros, y sus estanterías se dividían en dos alturas, como si de dos pisos se tratase, marcada la frontera entre un nivel y el otro por un balcón interior que rodeaba toda la biblioteca por el piso superior, y que la arrojaba sobre una enorme mesa circular en el piso inferior.

—Sí.

Aún inmóvil en la puerta, impresionado por el tamaño de la estancia, no había caído en la cuenta de que no estaba solo.

—Hola —respondí—, soy Aquiles Vega, y venía a…

Un gesto hecho con la mano derecha a modo de *stop* me hizo entender que aquel *sí* no había sido dirigido a mí. Apenas alumbrado por la débil luz de una pequeña y moderna lámpara de LEDs, un hombre permanecía sentado al fondo de la sala, en la esquina de la mesa opuesta a la puerta por la que yo había entrado en la biblioteca. A pesar de la poca luz, pude ver que se trataba de un tipo corpulento, grande. La lámpara ofrecía la luz justa para reconocer una buena cantidad de canas, y si yo no me había dado cuenta de que estaba hablando por teléfono era porque el aparato quedaba enterrado bajo la mata de cabellos grises que componía su melena al mezclarse con los de la barba.

—De acuerdo, sí —continuó con su conversación telefónica—. La tendré, sí. Te dejo, que acaba de llegar.

Con parsimonia, apartó el teléfono móvil de su oreja, pulsó uno de los botones del teclado y, buscando algún tipo de confirmación a la operación realizada, se quedó viendo para la pantalla del aparato con la misma expresión de extrañeza que la de quien observase un artefacto recién caído del espacio exterior.

—Estos chismes —dijo sin dejar de ver para el móvil—, no me

acostumbro a ellos… Cuántas veces no pienso que ya he colgado, y resulta que estoy llamando de nuevo… ¿En qué puedo ayudarle, señor Vega?

—¿Me conoce? —pregunté tan sorprendido como desconfiado.

El hombre arqueó las cejas.

—¿Acaso no acaba usted de decirme su nombre?

—Sí, pero también acaba de decir usted por teléfono que…

El hombre hizo un nuevo ademán con la mano, atajando mi comentario.

—Parece que ha estado usted haciendo nuevos amigos estos días, *señor periodista de investigación*… Tengo entendido que esta mañana pasó usted por la Fundación. La profesora Deneb me ha hablado esta tarde sobre su persona. Y no hace ni quince minutos que su ayudante, el profesor Dorian Castle, me ha llamado para decirme que acababa de salir de su despacho, y que muy probablemente sería aquí adonde dirigiría sus pasos. Como puede ver, últimamente todo el mundo habla de usted…

—Sí, parece que mi tasa de popularidad va en aumento… Entonces me imagino que ya sabrá el motivo de mi visita, ¿me equivoco?

—Sí, lo sé, lo sé… —respondió el hombre levantándose de su asiento, no sin cierta dificultad.

No me había equivocado en mi primer reconocimiento. Sí, se trataba de un hombre mayor, con un serio problema de sobrepeso. Caminó balanceándose de un modo ciertamente gracioso hasta la pared y, con la seguridad de quien ha hecho el movimiento infinidad de veces, activó un interruptor disimulado en un lateral. Una vez encendidas todas las luces de la sala, de repente lo intuido se reveló magnífico. Una biblioteca hermosísima, toda construida en madera y piedra del país. Los libros, efectivamente, llegaban hasta el techo.

—Pase, amigo Vega, pase y tome asiento. Está usted en su casa. Yo soy Calímaco de Brión.

Avancé flanqueando la enorme mesa central, hasta detenerme en la silla más próxima a la que él volvía a ocupar. No habían sido pocas las veces que mi trabajo anterior me había llevado al Pazo de Raxoi, mas, con todo, lo cierto era que nunca antes había entrado en esta parte del edificio. La belleza de la gran biblioteca me cogió por sorpresa. Aún le dediqué otra mirada panorámica a la vasta sala antes de volver a concentrar mi atención en el hombre que acababa de recibirme.

—Por lo que me han contado, parece ser que está usted muy

interesado en encontrar una grieta por la que colar su peregrina teoría acerca de un posible descendiente de Rosalía de Castro, un hijo de la poetisa perdido en el tiempo, del que nadie ha tenido noticia nunca, y que ahora, además, está relacionado con dos muertes de las que, más o menos, todos hemos oído hablar estos días. Esto así, a grandes rasgos. ¿Me equivoco?

De acuerdo, reconozco que dicho así sonaba más ridículo de lo que ya de por sí era… Y, pese a todo, me atreví a responder.

—Sí, así es —respondí aparentando no sentir ni un ápice de pudor.

De nuevo recostado sobre su silla, el hombre todavía se me quedó mirando un buen rato. Me observaba, supongo que intentando confirmar cuánto de cierto había en todo lo disparatado que de mi le habían contado. Finalmente optó por sonreír.

—Pues hijo, con la autoridad que varias décadas entregadas al estudio de esa parte de nuestra historia me otorgan, temo no poder ofrecerle más que un café, y una confirmación. Comenzando por lo segundo, es cierto eso que otros le han dicho ya: no existe tal descendencia rosaliana. ¿El café cómo lo quiere?

No, no podía ser, no era ese el tipo de respuesta por la que yo había subido corriendo desde el campus norte hasta la plaza del Obradoiro.

Bueno, corriendo, lo que se dice corriendo…

—Ya, eso es lo que me han contado. Esa parte del trabajo ya está cerrada, y usted es precisamente la principal autoridad en la materia, ¿verdad?

—Bueno, yo no diría tanto, pero…

Me pareció detectar cierta soberbia en el movimiento con el que el hombre se acarició sus barbas blancas. «Sí, sí que lo diría», pensé.

—Pero también es cierto que no han sido pocas las veces que he oído eso de que casi todo es oscuridad alrededor de esta familia. Por lo visto, nada parece estar realmente claro.

—Así es, no le falta razón en este aspecto, mi nuevo amigo —respondió incorporándose en su asiento—, es verdad que son muchos los hilos que aún nos quedan por aclarar.

»Pero no es menos cierto, señor Vega, que tenemos gente muy buena trabajando en estos asuntos… Verbi gratia, la señorita Deneb. No tiene usted por qué dudar de su palabra. Por cierto, su café…

—En ningún momento he dicho que lo haga, señor. Pero hay ciertas cuestiones sobre las que ella no me puede ofrecer respuestas concluyentes.

—Como por ejemplo…

—Sobre Honorato Alejandro —respondí con rapidez, dejando que mis palabras sonasen en el aire con la misma cadencia con la que el jugador de cartas deja caer sobre la mesa el póquer de ases.

Hubo un pequeño movimiento en el entrecejo del bibliotecario.

—¿Honorato Alejandro? —repitió.

—El mismo. Qué me dice, ¿acaso es este uno de esos hilos sueltos, señor De Brión?

Pero Calímaco de Brión no respondió al momento, sino que de nuevo se limitó a observarme. Me pareció detectar cierta curiosidad en sus ojos. Lentamente, cruzó las manos bajo su barbilla y apoyó la cabeza sobre ellas sin dejar de mirarme.

—Vaya —dijo al fin—. Veo que el profesor Castle no exageraba nada al describir lo empecinado de sus ideas… Señor Vega, permítame que le aclare que Honorato Alejandro no son más que el segundo y el tercer nombre de Adriano —respondió el barbudo investigador mientras volvía a reclinarse en su silla con la seguridad del tahúr que acaba de dejar sobre el tapete una escalera de color.

—¿Adriano? —respondí desconcertado.

—El mismo. Mire, señor Vega: no debe olvidar que está usted hablando de una familia más o menos típica de finales del siglo XIX —explicó—. Una de las costumbres más asentadas en la tradición de las casas que quisieran aparentar cierta posición en sociedad era la de lucir una buena colección de nombres de pila antecediendo a los apellidos familiares. Y el pequeño Adriano no iba a ser menos… Ese era su nombre completo: Adriano Honorato Alejandro Martínez-Murguía de Castro. Poco tiempo tuvo para llevarlo por el mundo adelante… —recordó Calímaco—, pero así fue como se llamó el pequeño. ¿Tomará usted café, sí o no?

Por un instante pude sentir como la desesperación intentaba volver a hacerse fuerte en mí. El sonido de aquella puerta se acercaba nuevamente a su cierre… Y esta vez era el propio Adriano el que le estaba dando el empujón. Las palabras de Dorian y Sofía regresaron a mi pensamiento.

—Pero por lo que tengo entendido, una de las hijas del matrimonio, esa tal Gala, había dicho que…

—Doña Gala dijo muchas cosas, hijo —cortó de raíz el viejo erudito—. Pero muy pocas interesantes. Mire, por aquel entonces yo era poco más que un pipiolo recién salido de la facultad, pero me daba buena cuenta de las cosas, amigo Vega. Cuando por fin pude hablar con ella, muy poco tiempo antes de su muerte, ya era una mujer muy mayor. *Muy* mayor —subrayó con especial énfasis—, no sé si usted me comprende…

—Vamos, que chocheaba. —Yo y mi famosa capacidad de síntesis.

El viejo investigador esbozó una sonrisa por respuesta.

—Pongamos en las actas que ha sido usted quién ha dicho tal cosa, y no yo ——matizó para su seguridad.

»Lo que yo diría es que se trataba de una mujer entrada en años, y con serios problemas para distinguir entre lo que había sido real, y aquello que le dijeron que había sido real… Además, señor Vega, debe tener usted en cuenta que, a lo largo de todo el Régimen, y hasta su propio fallecimiento, en el año 1964, la pobre mujer no fue más que una muñeca pasando de mano en mano.

—Disculpe, pero creo que no le entiendo…

El viejo se quedó observando el techo de la biblioteca, y yo le seguí la mirada con los ojos. Para mi sorpresa, me encontré con una reproducción del mapa del Antiguo Reino de Galicia estampado en la cubierta de la sala. Abandoné mi observación al oír que el bibliotecario del Consello retomaba su explicación.

—Aquellos fueron años bárbaros, amigo mío. La brutalidad del Régimen había acabado prácticamente con todo lo que algún día había sido nuestro. Cuando por fin consideraron que el momento era el oportuno, decidieron dar un paso más, el definitivo… Fue entonces cuando se apropiaron de lo poco que aún permanecía en pie. Rosalía, con todo lo que ella pudiera representar, era de aquellos pocos símbolos identificadores que todavía perduraban en la memoria del pueblo, y como tal debían apoderarse de él. Apadrinarlo, por decirlo sutilmente…

»Alejandra, la hija mayor del matrimonio, había muerto en A Coruña en el año treinta y siete. La segunda hija, Aura, aún tardó un poco más, en el año cuarenta y dos, haciéndolo además en Carmona. De manera que, para cuando las autoridades pertinentes decidieron poner la máquina en marcha, aquí ya solo quedaba una persona sobre la que echar sus garras. La parte más preocupada por la cultura del *Glorioso Movimiento* (si es que semejante monstruosidad se puede decir) decidió convertir a la pobre Gala en la personificación de la mismísima Rosalía de vuelta en la tierra. Algo así —volvió a sonreír el bibliotecario— como su nuevo Cristo hecho carne, usted ya me entiende…

»Y como tal comenzaron a moverla. Por eso le decía antes aquello de que doña Gala había sido una especie de muñeca, un juguete que, en el nombre de Rosalía, comenzó a pasar de mano en mano, de autoridad en autoridad, validando con su presencia todo cuanto disparate se hiciera en nombre de la poetisa. La

inauguración de un monumento, una ofrenda floral, una misa… Según el Régimen se fue sintiendo más cómodo en el poder, más pasaron a ser las actividades en que la presencia de doña Gala era requerida. A cambio, más y más, tanto en cantidad como en importancia, iban siendo los figurones que se colocaban a su lado para la foto.

»Mire, señor Vega, para que se pueda hacer usted una mejor idea de lo que le estoy diciendo: en 1958, y para conmemorar algo tan absurdo como los cien años del matrimonio de sus padres, uno de los incipientes hombres fuertes del Régimen, un tal Manuel Fraga, no sé si le sonará, se encargaría de hacerla ir a Madrid para descubrir una placa en la casa de la Ballesta donde había vivido su madre. ¡El propio Fraga! Por favor… Ahora, eso sí, a cambio el muy zorro supo ofrecerle una pensión vitalicia. Una bastante sustanciosa, según tengo entendido…

—Vaya, pobre mujer… —dije pensando en el circo que el historiador me estaba describiendo.

—¿Pobre mujer? Bueno, según se mire… Porque aquellos mamoneos en que la metían eran muy descarados, sí. Pero ella… —Hizo otra breve pausa—. Yo no creo que ella fuera consciente de todo lo que aquello suponía realmente. En el fondo, con la excusa de honrar la memoria de su madre, la vieja salía de casa. La traían para aquí, la llevaban para allá… Tal y como ella lo veía, era el centro de la fiesta, así que ¿dónde estaba el problema? Dios mío, lo que tal hicieron…

Calímaco de Brión volvió a quedarse en silencio, como si estuviese a la búsqueda del recuerdo exacto en el inmenso océano que a todas luces era su memoria.

—Para los que conocimos a doña Gala en aquellos últimos años, la manipulación a la que la memoria de Rosalía estaba siendo sometida a través de la imagen de su hija resultaba escandalosa. Se trataba de algo tan obvio como fácil de ver que la pobre vieja ya apenas se enteraba de la misa la mitad.

—¿Quiere decir que estaba senil? —pregunté yo, intentando ser esta vez un poco más sutil que en mi entrada anterior.

—Quiero decir que la mujer era, por entonces, una persona muy mayor. Yo pude hablar con ella en el año sesenta y tres, apenas unos meses antes de su fallecimiento. Tenía ante mí a una mujer muy anciana que no paraba de hablar sobre una madre suya que, en realidad, nunca había existido. «Cuente usted a sus alumnos que mi mamá siempre estaba cantando» me decía. A aquellas alturas, resultaba evidente que el recuerdo que guardaba de Rosalía no era

ni mucho menos real, sino uno bien distinto que fuerzas muy interesadas le habían metido en la cabeza. Y me imagino que no debió de costarles demasiado, ya que de los noventa y dos años que doña Gala pasó en este mundo, tan solo pudo compartir con su madre los catorce primeros…

El bibliotecario guardó de nuevo un silencio que, esta vez, tampoco me atreví a romper, ocupado como estaba en maldecir mi suerte ante otra opción que, una vez más, se me escurría entre los dedos.

—Escuche, es tarde ya, e imagino que ha de haber ahí fuera quien esté esperando por usted, ¿no es así? —dijo el viejo barbudo al tiempo que se ponía en pie. Había acertado en una de dos. Lo escaso de la luz del día que se colaba por las ventanas de la biblioteca abiertas al Obradoiro dejaba bien clara la llegada de la noche—. Visto que usted no va a tomar café alguno, tampoco será necesario que yo siga aburriéndolo con mis memorias. Acabo de recordar que tenemos aquí un documento, uno que le servirá a usted para hacerse una idea mucho más apropiada que todo lo que mis recuerdos le puedan ofrecer. Deme un segundo, señor Vega…

Montó sobre su nariz unas pequeñas gafas de lectura, y comenzó a revolver en uno de los estantes que había a sus espaldas, en otro después, y aun en un tercero, y no paró hasta que no encontró aquello que andaba buscando.

—¡Este es, aquí está! —exclamó al fin.

Regresó a mi lado con una cajita plástica en las manos.

—¿Posee usted algún tipo de sistema reproductor «videográfico», amigo querido?

Cogí la caja en las manos, y volví a quedarme mirando al viejo. Aquel hombre sería todo un erudito en el asunto rosaliano, pero, definitivamente, la cuestión tecnológica no iba con él.

—Sí, algo tengo —respondí al tiempo que guardaba la cinta VHS en el bolsillo de mi americana.

—Bien, pues lléveselo entonces. Tenga buena cuenta de él, ya que préstamos de este tipo no son habituales, y pocas copias quedan del archivo que usted lleva… —advirtió el bibliotecario apuntándome con un dedo amenazador.

—Por supuesto, pierda cuidado.

—Bueno, de cualquier modo, si por la razón que fuera no pudiese usted ver este documento, creo que ahora también está disponible en internet, *la red de redes*…

—¿En la red? —pregunté no sin cierta sorpresa.

—Sí, en la red misma. ¿Conoce usted un sitio llamado *lloutuve*?

—pronunció de manera grotesca.

—¿YouTube? —quise confirmar.

—¿Pues no se lo acabo de decir? —protestó él—. Sí, ese mismo. Bueno, pues creo que si en su buscador introduce usted los términos «Pelerinaxe Lírica aos lugares Rosalianos[9]» también podrá visionar el filme que aquí le entrego. Busque la parte de la película en la que aparece doña Gala, y fíjese, fíjese en ella. Verá como comprende a qué me refiero…

Le di las gracias por la ayuda prestada y me dirigí de nuevo a la salida, no sin cierto poso de decepción. Que aquello que con tanta pompa se me entregaba entre los muros de una biblioteca solitaria en un palacio del siglo XVIII fuese algo que, al mismo tiempo, también se pudiese consultar en YouTube, como si de cualquier vídeo de gatitos y monetes se tratase, le restaba cierta dosis de credibilidad al asunto. ¿Qué nuevo argumento para seguir echando por tierra mis teorías me esperaba en aquella película?

Había sido un día largo, cansado, duro, y la recompensa con la que contaba para clausurar la jornada finalmente había decidido no llegar. Ya estaba de vuelta en el largo pasillo que conducía a la salida del Consello da Cultura, cuando volví a oír la voz del bibliotecario a mis espaldas.

—Por cierto, muchacho…

Me di la vuelta y volví a asomar la cabeza al interior de la gran sala de lectura.

—¿Sí?

—Blanca Eleonora —citó el viejo sin tan siquiera levantar la vista de sus papeles.

—¿Quién?

—Blanca Eleonora —repitió al tiempo que volvía a observarme —. Al igual que su hermano Adriano, ella también tenía un nombre compuesto.

—¿Doña Gala?

—La misma. Gala Blanca Eleonora Martínez-Murguía de Castro. Ya sabe, por si volviera a tener dudas sobre nuevos y misteriosos hijos fantasmagóricos… —dijo al tiempo que me guiñaba un ojo.

—Gracias, lo tendré en cuenta —respondí asumiendo la burla.

Había sido un día largo, cansado, duro… Como lo que iba de semana. Salí a las luces artificiales de la plaza. La iluminación de la fachada del Obradoiro recortaba el perfil de la catedral contra la oscuridad de una noche que había terminado de llegar mientras yo hablaba con Calímaco de Brión. Recordé sus palabras, ya casi al final de nuestra conversación. «Es tarde ya, alguien habrá ahí fuera

que esté esperando por usted…». Un acierto, una equivocación. Era tarde ya, pero nadie esperaba por mí… De camino al coche no pude evitar pensar en ella. ¿Con quién estaría ahora?

-11-
Modus Vivendi

¡Hey! ¿Quién es aquí el jefe, eh? ¡Quién es aquí el jefe! ¡A ver, que alguien me responda! Disculpe, déjeme pasar… ¡Oiga, que está usted ocupando toda la puerta! ¿Quiere, quiere dejarme pasar? Chemita, cómo estáis esta noche, hay que ver, que casi no se puede ni pasar… ¿Soy yo que veo doble, o hay más gente que de costumbre? ¡Quién, dime, quién es el jefe aquí, Chemita! Tú, amigo, por supuesto, claro que sí… ¡Tú, y yo, claro! Aquí no hay más jefes que tú y yo, Chemita, tú y yo que somos grandes, Chema, grandes. No como todos estos desgraciados… Ponme, Chemita, escucha, me vas a poner un vodka, con naranja. ¡No, quién te ha dicho tal! ¡Aún no son suficientes! Qué van a ser suficientes… Ponme un vodka con naranja. ¡Y con mucho hielo! Disculpe, ya me he fijado antes en usted, en la puerta… Su cara me es muy familiar… Chemita, escucha, mejor no le pongas ese hielo, a ver si me va a hacer daño tanto frío. Y mira, ya puestos, tampoco le pongas la naranja… Sí, lo demás sí, todo igual. Le estaba diciendo que me era usted una cara muy familiar. Aunque no sé… ¿Siempre ha tenido usted esas melenas? No, de la puerta no. ¿No estaba usted en el bar anterior? O en el otro, en el… En el otro más anterior que el otro… No sé, no sé, igual tiene razón Chemita, muchas copas ya, demasiados bares… Y todos igual, todos llenos de gente, ¿sabe usted? De hombres y de mujeres… Todos juntándose unos con otros, como si fuéramos animales… Gracias, Chemita, tú sí que sabes… Decía que si sabe usted lo que le digo. Que si las personas se quisieran más, ¡no habría tanta gente en los bares! Sí, todos unos desgraciados… Todos, excepto usted y yo, por supuesto. Porque yo soy un tipo importante, ¿sabes? Yo soy una personalidad, aquí donde me ves. La gente no lo sabe, pero yo soy de los que hacen que pasen cosas… Aunque no lo parezca. Y mira una cosa, ese pelo que llevas, es tuyo… ¿o es mío? No, perdona, no me hagas mucho caso… Mira, te voy a contar un secreto, mira lo que tengo aquí. Mira, mira, acércate, que te voy a… ¡Acércate, coño, que no muerdo! Mierda, disculpa, disculpa. ¡Chemita! Chemita, ponme otro vodka, y aquí a mi acompañante ponle lo que te pida, que mi copa de antes ya la lleva puesta por encima de la chaqueta. Disculpe, disculpe, no me lo tenga en cuenta, que es que está el bar llenísimo. Desgraciados… Yo estoy trabajando en algo gordo, no sabes tú lo que llevo aquí, en el

bolsillo de la chaqueta. Mira, deja que te enseñe… ¡Hostia, dónde está! ¿Dónde coño he metido la chaqueta? Ya está, ya la he jodido otra vez… Oh, no, pero si la tenías… ¿tú? ¿Cómo que te la he dado al entrar? ¡Yo no recuerdo tal cosa! Bueno, pues lo haría, qué sé yo… Lo que llevo aquí guardado, en el bolsillo, eso sí que es algo gordo. Sí, justo eso… Sí…Eh, espera un momento… ¿Cómo es que lo tienes tú? ¡Trae acá! No, no, discúlpame… No me lo tengas en cuenta… Es que se trata de algo muy importante, esta cinta de vídeo podría ser la clave para resolver un asunto muy tenebroso… Y la tengo yo, ¿sabes? Porque yo soy una personalidad, ya te lo he dicho. ¿No te lo dije antes, no te lo dije? Un tipo importante, yo, aunque ahora nadie lo recuerde. No como todos estos desgraciados, toda la noche buscando lo mismo… ¿Qué queréis? ¡¿Qué es lo que queréis todos, putos desgraciados?! Ya, ya, Chemita, ya me calmo. Perdona. Todos buscando lo mismo… Un poco de carne caliente, un cuerpo al lado del que pasar la noche. Qué sabréis vosotros lo que es el amor… ¡Qué puta mierda pensáis vosotros que es el puto amor! ¡No me digas que me calme, Chemita, que no me digas que me calme! Porque yo también tenía el mío, lo tenía, tú lo sabes… Cuando el mundo esté a punto de reventar, cuando todo explote, yo te seguiré queriendo… Yo se lo dije, Chema, tú sabes que era verdad… ¡Déjame en paz, lloro sí me da la puta gana! Yo la quería más que a mi puta vida, y ella prefirió irse con el primero que pasó… Yo la quería, Chema, yo la quería, más que a mi vida. La quería por encima de las ciudades, de las autopistas, del mar… Yo la quería más que al mundo entero. Más que a las estrellas, más que al sol y a la luna juntos… Y ella prefirió marcharse. Ahora ya puede reventar el mundo. Que explote el universo todo, que a mí ya me da igual. Que os jodan… ¡Que os jodan a todos!

Creo que no me encuentro bien. Chemita. Y usted, disculpe, tiene que disculparme. Escuche… ¿Dónde coño se ha metido? ¡Hey! ¿Se ha ido? Pues que te follen… Chemita, creo que no me encuentro demasiado bien. A lo mejor tienes razón, quizá debería irme ya. Que no abran la puerta, que no la abran, que eso que entra por ella parece ya la luz del sol… Ahí tienes lo malo de hacernos mayores, Chemita, que las resacas comienzan a llegar cuando las borracheras aún no se han ido… De acuerdo, de acuerdo, ya me voy… Pero antes dime una cosa, Chemita… ¿Quién es el jefe aquí?

-12-
VHS

Sábado, 11 de mayo

Creo que mi disposición no fue la mejor.

Me desperté hecho una mierda en Pandataria, la isla de los exiliados del Imperio. En realidad no se trataba de isla ninguna, sino del lugar en donde vivía, una vieja casa de piedra a medio caer en las afueras de la ciudad, a la que me había tenido que mudar después de haberlo echado todo a perder. Una ruina alejada en una aldea perdida al sur de la ciudad y del mundo, donde a veces no parecía que pasara ni el propio tiempo… Pandataria. Como decía, ahí me desperté. Hecho una mierda, sí, sin recordar nada de la noche anterior, y con los dolores de todas las resacas del mundo juntas. Aquello solo podía deberse a no haber bebido nada más ligero que gasolina con cicuta. Agitada, no revuelta… Me arrastré como pude hasta el «Sistema de Recuperación», un bote de galletas que tengo en la cocina en el que guardo todo tipo de analgésicos y la receta detallada del *Bloody Mary* (por lo que pueda pasar), y eché mano de la caja de Analgilasa. Cogí uno de los comprimidos. Volví a sopesar mi dolor y reconsideré la dosis. Cuatro, mejor cuatro comprimidos para luchar contra la madre de todas las resacas. Sabía que tenía algo que hacer. Regresé al dormitorio buscando la ropa que llevaba puesta el día anterior. Tampoco es que fuese muy difícil dar con ella. Años de práctica… El revoltijo de residuos textiles en que mis vestimentas se habían convertido a lo largo de la noche del viernes al sábado dormía el sueño de los justos tirado de cualquier manera a los pies de mi cama. Revolví en él hasta localizar lo que buscaba, y con las pocas fuerzas que me quedaban arrastré el despojo pestilente que todo yo era hasta la sala de estar. Le dediqué de refilón una mirada al reloj de la pared: las ocho de la tarde. Madre mía, qué vergüenza… Metí la cinta de vídeo que aún llevaba en la mano en mi viejo reproductor, y me dejé caer sobre el sofá.

Creo que la disposición que llevaba no era la idónea para ver nada, pero aun así, ahí estábamos. A ver, veamos de qué va la historia esta…

Media hora más tarde, no había sacado nada en claro. Lo que la cinta de vídeo contenía no era más que la reproducción de una vieja película casera, hecha en algún soporte que de lejos recordaba a la textura del cine. Quizá un súper-8, o tal vez algo ligeramente

mejor… Unos rótulos caseros y un narrador a veces un tanto demasiado épico iban explicando lo que en cada momento teníamos delante.

Así, el filme constaba en realidad de dos partes. En la primera, un nutrido grupo de hombres y mujeres pasaba el día de excursión recorriendo una serie de lugares por lo visto relacionados con Rosalía de Castro. Compostela primero, las aldeas de Ortoño y Lestrove después, la iglesia de Bastavales, el pazo de Arretén… Mucha gente caminando, de vez en cuando alguno de ellos hablándoles a los demás… Nada.

La parte más interesante para mis inquietudes era la segunda. O eso debió de pensar Calímaco de Brión… En ella, el cineasta eventual había recogido un resumen de los actos que en honor a la poetisa se organizaron en Compostela la mañana del 24 de julio de 1951. Tenía que ser, ese tenía que ser el corte que el bibliotecario del Consello da Cultura quería que viese, ya que el personaje central de toda esta parte no era otro sino doña Gala Murguía de Castro, la hija de Rosalía de la que últimamente tanto había oído hablar.

Pronto comprendí la intención del señor De Brión. Aquella mujer, pequeña, bajita, no tenía el más mínimo aspecto de ser consciente de por dónde andaba… Cuando no estaba sentada, inmóvil, aparecía cogida de algún brazo que la guiase, caminando con dificultades y la mirada siempre perdida. Ahora junto a una mujer joven, muy elegantemente vestida, ahora junto a un hombre, también de domingo, ahora el sacerdote, otra vez la mujer joven sonriéndole a la cámara sobre su collar reluciente… Todos, todos queriendo salir al lado de la vieja en aquella fotografía en movimiento. Vaya, al fin y al cabo aquella mujer era *el nuevo Cristo hecho carne*, en palabras del bibliotecario… Y por si a alguien le quedara alguna duda sobre qué pintaba aquella mujer en medio de aquel circo, hubo un momento en que el narrador se refirió a ella del modo más aclaratorio posible: «Esta mujer lleva la sangre y los nombres que alumbran el alma gallega: Gala Murguía de Castro», dijo. Sí, desde luego resultaba evidente cuál era el papel de la buena mujer en toda aquella verbena: validarla. De acuerdo, una mujer muy mayor llevada de un lado para otro como si de una marioneta se tratase. ¿Y qué?

Cuando terminó la película, la imagen se fundió a negro, y todas las preguntas que hasta ese momento yo me había hecho siguieron tal y como estaban: rebotando en mi dolorida cabeza sin que nada les proporcionase respuesta alguna. Todavía me quedé por un buen rato tumbado en el sofá, la mirada perdida en la pantalla,

intentando encontrarle algún sentido a todo aquello, y pensando en cómo podía ser que tanta codeína y tanto paracetamol corriendo por mi cuerpo aún no me hubiesen hecho ningún efecto. ¿Qué pasaba, que de tanto tomarlos había acabado por volverme inmune a los analgésicos? Algo dicho por el bibliotecario vino entonces a mi cabeza: aquello que me había desencantado… «Creo que ahora también está disponible en internet. La red de redes», había dicho. El otro principio activo de la Analgilasa es la cafeína, así que hice valer ese extra de fuerzas que no eran mías, y corrí a sentarme a la mesa de mi ordenador. (Bueno, lo de correr es un decir…).

Entré en YouTube, e introduje en su buscador los términos que Calímaco de Brión me había indicado: «pelerinaxe lírica aos lugares rosalianos». Pulse la tecla de *enter*, y sí, ahí estaba. «Pelerinaxe lírica aos lugares rosalianos (1951), un fragmento irrenunciable da memoria colectiva do país», según rezaba el texto que acompañaba al documental. Lo primero que me llamó la atención fue comprobar que la duración del vídeo en la red era bastante mayor que la del VHS. Cuarenta y ocho minutos de metraje total. No tardé en comprender la causa, al comprobar que en realidad no se trataba más que de la misma filmación que ya había visto, pero introducida ahora por una serie de instituciones que se apuntaban para sí el tanto de la restauración de la vieja película original. Además, el filme venía acompañado por los comentarios de una serie de personalidades de algún modo relacionadas con aquel momento. Animado por la posibilidad de que por ahí pudiera venir alguna nueva pista, volví a tragarme la película entera…

Cuarenta y ocho minutos más tarde, tras casi una hora viendo gente que caminaba para aquí, gente que caminaba para allá, y otra vez aquel extraño primer plano, demasiado largo, de un pulpo sacado de su perola de agua hirviendo, comprendí que esta vez tampoco iba a sacar nada en claro. Nada que no fuese la expresión perdida de una mujer muy mayor. Volví atrás, a la búsqueda del primer momento en que la anciana aparecía en la filmación. Cuando Gala volvió a aparecer en la pantalla, pulsé la barra espaciadora, y el vídeo detuvo su marcha. Quedaron allí sus ojos, congelados en el monitor de mi ordenador, observándome desde algún lugar indefinido de un ciberespacio oscuro y frío. Dos ojos negros, perdidos en sus propias cuevas, colgados de un fragilísimo hilo de vida. La mirada perdida en el objetivo de la cámara de una mujer que parecía estar haciéndose la misma pregunta que yo.

«¿Por dónde se sale de aquí?».

Un mar de tiempo atrás

Domingo, 12 de mayo

Me desperté sobresaltado. Las perlas.

Finalmente, el atracón de pastillas que me había metido en el cuerpo acabó por hacer efecto, comenzando por dejarme completamente noqueado allí mismo, en el sofá. Había vuelto a quedarme dormido, y tan pronto como mi cabeza dejó de ser de este mundo, mis sueños comenzaron a hablarme de sangre. Sangre y perlas. Toda la noche había estado soñando con ellas. El collar, un collar de perlas, uno que aparecía y desaparecía todo el tiempo. Y una bañera llena de sangre. Yo volvía a entrar en aquel cuarto de baño. La mujer seguía allí, tumbada. Cuando yo me acercaba a la bañera ella abría los ojos y, con la mirada perdida en el infinito, ausente, comenzaba a levantarse. Lentamente, de pie, sus ojos clavados en los míos, sus vísceras derramándose viscosas sobre su propio cuerpo. No quiero verlo. Busca otra cosa, mira hacia otro lado. Y ahí estaban, alrededor de su cuello. Las perlas llenas de sangre. Se dejaban ver, aparecían a mi lado, la mujer ya no era la vieja, sino aquella muchacha del vídeo, ahora desnuda ante mí. Ya no tengo miedo. Quiero tocarla, acariciar las perlas, pero ya no están ahí. Hay sangre otra vez, un cuello abierto, un clavo en un corazón que no deja de latir. Despiértate, ¡despiértate!

Me desperté de madrugada, con la camiseta completamente empapada en sudor y con la imagen de aquellas perlas grabada en mi pensamiento. Me lancé de nuevo sobre el ordenador, y busqué una vez más el vídeo en la red. «Esta casa donde murió Rosalía todavía no es nuestra», dijo la voz en *off*. No, no era esa la parte que estaba buscando, le di hacia adelante. «Pura Vázquez lee su poema "La sombra de Rosalía". No, no es eso lo que busco. "El cementerio de la Adina, con sus oscuros olivos"… No, eso tampoco. "Víspera del Patrón"». Aquí está, congela la imagen, ¡párala! Esa es.

Quieta, congelada entre los millones y millones de píxeles que conforman la pantalla de mi ordenador, la vieja Gala no es la única que mira fijamente al objetivo de la cámara. A su lado hay otra mujer, otra a quien la hija de Rosalía le confía el brazo. Otra que, inmóvil, también concentra su mirada en el mismo punto que la vieja, si bien su expresión es completamente distinta a la de la anciana. Una mujer muchos años más joven que la hija de la poetisa, vestida con un traje azul, discreto pero elegante. Un bolso negro. Y un collar de perlas alrededor del cuello, alto, orgulloso.

Vuelvo a dejar que la grabación siga corriendo.

A veces es otro el apoyo del que se vale doña Gala. Un hombre vestido de domingo, una silla. Pero la presencia constante siempre es la misma. «El representante del Centro Gallego de Buenos Aires, don Daniel Calzado, expresa el sentir de los gallegos de América», dice la voz del narrador. Habla el tal don Daniel desde lo alto de las escaleras de Santo Domingo de Bonaval, justo en la entrada a la iglesia. La multitud atiende como cuando escucha hablar al cura en la hora del sermón, con aburrido compromiso… Y ahí está otra vez. Para, ¡para! Ahí está… Pequeñita, casi en minúscula, ahí está la vieja. Es nada, apenas un segundo lo que aparece en pantalla. Casi ni se la distingue, pero ahí está. Sentada en el pórtico interior de la iglesia. Y sobre su hombro, una mano. Ese es el detalle que busco, una mano como la que vino a acariciarme en sueños… ¿De quién es, a quién pertenece esa mano? La manga de un traje azul… Vuelve a cambiar la escena, toda la atención para ella ahora. Doña Gala. Un hombre de rostro serio y finas gafas de carey guía su andar, tan solo dos pasos por delante de un traje azul y un bolso negro. Pobre mujer, pero si casi no puede ni caminar…

Ahora aparece sentada. Atiende divertida el saludo ofrecido por el párroco. Y ahí está de nuevo. Tras ella, en lugar marcadamente preferente. La mujer joven del traje azul. La chica conversa con aire distraído con otra mujer de chaqueta blanca. Pero no es verdad… Algo en el cuadro no resulta creíble. No, no hay relax en su pose. Habla con la mujer de la chaqueta blanca, sí, pero sin perder detalle de la otra conversación, la que la vieja mantiene con el hombre de sotana. Un gesto sutil, apenas una mirada de reojo, una ligera inclinación de la cabeza para estar más cerca de la conversación. ¿Qué haces, qué es lo que estás haciendo? ¿Espías, tal vez? Sí, eso es, controlas la conversación de la vieja…

Un plano general, unas treinta personas alrededor de doña Gala, encuadradas desde uno de los laterales de las escaleras. Miran al frente, a un lado, doña Gala a ningún lugar, todos a cualquier parte… Nadie le presta atención a la cámara. Nadie, excepto una mujer. La chica del traje azul clava sus ojos en el objetivo. Mira fijamente, con expresión severa en su mirada. Ojos duros… ¿Qué es lo que estas mirando? El cámara nos ofrece una panorámica de la comitiva, pero en ningún momento aparta ella su mirada del objetivo.

Habla ahora un tal don Manuel Casás, presidente de la Academia Gallega, según la voz en *off* nos cuenta. Apenas sale en el cuadro la pequeña doña Gala, sentada delante del orador. Y justo al

lado del mismo, la mujer de azul. Mantiene la cabeza inclinada hacia adelante, tal vez esté mirando a la vieja. Por una décima de segundo, apenas un arañazo en el tiempo, alza la mirada, y vuelve a sonreír a la cámara. Espera, espera… Vuelvo a detener el vídeo. ¿Qué clase de mirada es esa? ¿Es picardía? O no, tal vez… Qué es, qué es eso que asoma en tus ojos. ¿Un desafío?

Sé que hay mucha más película de aquí en adelante, toda la parte en que la comitiva aparece en la Carballeira de Santa Susana. Pero eso ya lo recordaba de la tarde anterior. Más gente caminando, más gente hablando, un primer plano muy largo de un pulpo *á feira*, nada que suscita mi interés. No, ya está, ya he visto lo que quería ver. Al verlo por primera vez, la resaca no me había permitido atisbar más que lo evidente. No, no había visto nada, ni en la cinta de vídeo ni en la red, porque mi disposición, efectivamente, no era la adecuada. No había tenido atención para otra cosa que no fuese aquello a lo que el bibliotecario me había dicho que tenía que atender. Había sido el bosque el que no me dejó ver los árboles…

Tuvieron que ser mis sueños los que vinieran a avisarme. Las perlas, busca las perlas. ¿Quién era esa otra mujer que miraba fijamente a cámara? ¿Quién, esa que lo hacía incluso cuando nadie más miraba…? Tenía que tratarse de alguien muy próximo a doña Gala para permanecer todo el tiempo situada donde estaba… Y tenía que ser alguien de toda confianza para ella, por como la vieja se cogía de su brazo…

Quise asegurarme. Volví atrás una vez más, hasta el comienzo de aquella parte de la película. Y una vez más allí estaban todos, en la puerta de la iglesia. Quietos, inmóviles en sus puestos, como si estuvieran a la espera de que alguien les diese la salida, una extraña carrera de gente avanzando a paso lento. Sí, la vieja parecía perdida, pero no así la otra mujer. ¿Cuántos años tendría? Yo y mi incompetencia para detectar las edades de las personas… De cualquier modo, lo que sí estaba claro era que, fuesen los que fuesen, eran muchos menos años que los de la hija de Rosalía. Muchos menos. Volví a congelar la imagen por última vez.

De pie, al lado de la vieja doña Gala, la mujer de traje azul sonríe con satisfacción por encima del collar de perlas que engalana su cuello, más estilizado si cabe por llevar su cabello negro recogido en un moño por detrás de la cabeza. ¿Qué es lo que hay en esos ojos oscuros? Hay satisfacción, hay orgullo, quizás incluso haya algo semejante a la desconfianza… Y otra cosa más. En esos ojos, oscuros, jóvenes, hay un desafío: ¿quién eres tú?

-14-
Miedo

Me costó volver a coger el sueño, con un millón de teorías luchando nuevamente por hacerse un hueco en mi cabeza. Quizá no tuviesen importancia.

O quizá sí.

De cualquier modo, esta vez quería estar seguro. Aún tenía bien fresca en la memoria la sensación de haber hecho el ridículo con mis hipótesis anteriores, así que de dar un nuevo paso, este no podría ser en falso. Cuando por fin llegó la primera hora de la mañana que pude considerar prudente, cogí el teléfono y marqué el número de quien para entonces ya se había convertido en mi principal e ineludible fuente de referencia, la profesora Sofía Deneb.

Como demostración de mis capacidades en modo «a lo bruto» ya había tenido un par de actuaciones estelares a lo largo de la semana, pensé que esta vez sería mejor ir poniéndola al día de mis avances poco a poco. Así, decidí preguntarle primero si sabía de la existencia de aquella vieja película de 1951.

Me respondió que sí, que por supuesto («faltaría más», no pude evitar pensar…), dejándome vía libre para que yo pasase a la segunda parte de mi programa de actos. Comencé preguntándole por las identidades de ciertos nombres que se citaban en el documental: quién era el Viejo de los Cuentos, de dónde venía Borobó, si estaba relacionado el tal Antón Beiras con el político nacionalista… A todo le dio respuesta detallada Sofía sin que a nada le prestase yo demasiada atención. Más bien ninguna, para ser exactos. Porque mi verdadera intención no era otra que la de ir acercándome sutilmente a la única cuestión que en realidad me interesaba.

—Y dime una cosa… ¿Quién es la otra mujer?

Sofía se quedó en silencio.

—¿Qué otra mujer, Aquiles?

—La otra, esa más joven que aparece todo el tiempo al lado de Gala…

Más silencio.

—¿Quién?

Concreté la descripción con los mismos datos que en un principio habían llamado mi atención. La mujer joven, el collar de perlas. La presencia constante.

Tampoco en esta ocasión hubo respuesta concreta. Sofía no solo confesó no saber quién era, sino que admitió no haber caído jamás en la cuenta de su presencia.

Pues ahí estaba, le expliqué, todo el tiempo ahí, alrededor de la hija de Rosalía. Y tal como yo lo veía, aquella mujer tenía que ser alguien importante, por lo menos para nosotros. O, sobre todo, para mí. Porque a pesar de que en aquel momento me cuidé mucho de contarle a Sofía todo lo que estaba empezando a pasárseme por la cabeza, de lo que no cabía duda era de que aquella mujer tenía que ser alguien muy ligado al entorno de doña Gala, tanto por la proximidad con que se movía alrededor de la vieja, como sobre todo por la confianza con la que se acercaba a ella.

Después de darle vueltas unos segundos, finalmente fue la profesora Deneb quien le puso voz a la proposición que yo mismo estaba a punto de hacer.

—Podemos hablarlo con Calímaco…

—¿Calímaco? —fingí sopesar el valor de su oferta.

—Sí, claro. Al fin y al cabo, en su momento él fue el responsable de que se llevara a cabo la restauración de la película, por lo que no creo que haya nadie más indicado para hablarnos de todo cuanto aparezca en ella. Lo más probable es que no sea nada —desechó Sofía, retomando ese tono suyo tan orgulloso de sí mismo—, pero si hay alguien que conozca todos los detalles de la película, ese es Calímaco de Brión.

—Sí, tienes razón, lo más seguro es que no sea nada —respondí sin dejar de fingir—, pero mira, por probar…

A pesar de mis reticencias, la profesora Deneb insistió en ser ella quien hablara esta vez con el bibliotecario del Consello da Cultura y, por fin, con la promesa en firme de informarme tan pronto como supiese algo, nos despedimos.

Esas reticencias mías se debían básicamente a la poca gana que por mi parte tenía de perder el control de la situación. Prefería ser yo quien hablara con Calímaco, preguntas concretas con respuestas concretas…

De cualquier modo, la preocupación —o por lo menos *esa* preocupación— me duró mucho menos de lo supuesto. Apenas habían pasado cinco minutos cuando en la pantalla de mi teléfono móvil volvió a aparecer el número de Sofía.

—Dime.

—¡Oye, sí hay una cosa en el mundo que me pone de muy mal humor, es que me cuelguen el teléfono!

«¿Cómo?».

—Disculpa, Sofía… ¿Qué dices?

—Mira, Aquiles, si tenías un problema con el señor De Brión podías habérmelo dicho antes de enviarme a mí a hablar con él en tu nombre, ¿no te parece?

¿El qué? ¿Cómo que si yo tenía un problema con el tipo este? Es más, ¿qué rayos era eso de que yo le había pedido nada a Sofía? No, no, no, definitivamente las cosas no estaban bajo control…

—A ver, profesora, no tengo ni idea de lo que me estás diciendo. ¿Qué tal si te explicas un poquito mejor, sí? ¿Cómo es eso de que yo tengo un problema con el tal Calímaco?

—¿Qué me explique un poco mejor? ¡¿Yo?! —La exasperación en la voz de la profesora Deneb dejaba bien claro que mi propuesta no había sido de su gusto—. Pues mira, pasa que el bibliotecario del Consello da Cultura Galega, el mismo hombre que anteayer se ofreció a prestarte ayuda, hoy no quiere ni oír pronunciar tu nombre. Eso es lo que pasa. ¿Se puede saber qué rayos es lo que le has dicho, don *Mefaltatiempoparameterlapata*?

Para el carro… Aquello no tenía ni pies ni cabeza. ¿Qué coño le había dicho yo? ¡Nada!

—A ver, Sofía. A ver si nos tranquilizamos todos un poquito. Yo no le dije nada, fue él quien me habló a mí. Venga, un poco de relax, por favor —eché un vistazo rápido el reloj, las once y cuarto de la mañana—, que todavía es muy temprano. ¿Qué es lo que ese tipo te ha dicho exactamente? Y Sofía —añadí antes de que ella tuviese tiempo de decirme nada—, te agradecería mucho que por favor tuvieras el detalle de gritar un poco más bajo, ¿te parece bien? Gracias…

Durante una décima de segundo esperé que la cólera de los dioses se desatara sobre mí.

Pero no.

Para mi sorpresa, la profesora de literatura moderó un poco el tono, haciéndolo pasar desde la posición «de ataque» hasta la de «explicación para imbéciles».

—A ver, Aquiles. No lo sé, exactamente no lo recuerdo… Al principio me habló con normalidad, como si nada. Pero tan pronto como le saqué el tema del vídeo él me preguntó si aquello tenía algo que ver contigo.

—¿Conmigo? No entiendo… ¿Y tú qué le dijiste?

—¡Pues qué le iba a decir! La verdad, que sí.

—¿Y él qué te respondió?

—Nada.

—¿Nada? ¿Cómo que nada?

—Pues *como que nada*, Aquiles. A partir de ahí tan solo se esforzó en concluir la conversación, sin ningún disimulo y cuanto antes. Simplemente me dijo que no tenía ganas de hablar con nadie. Y contigo menos. Para cuando me quise dar cuenta ya me había colgado el teléfono. Mira, muchacho, yo no sé qué diablos le habrás hecho, pero desde luego una cosa está clara: lo de hacer amigos no va contigo…

—Venga, Sofía, no seas ridícula. Sabes de sobra que yo no le he hecho nada. ¡Pero si casi ni tiempo he tenido! Tiene que tratarse de otra cosa…

—Pues tú dirás… Pero si algo tengo claro es que Calímaco es un hombre encantador, que desde luego jamás en la vida me había colgado el teléfono hasta hoy, y que, antes de hacerlo, lo último que me ha dicho es que él estaba muy tranquilo hasta que tú llegaste, y que tranquilo era como quería seguir, haciendo su trabajo sin meterse con nadie, ni con nadie tener problemas.

—¡Sofía —insistí—, te estoy diciendo que yo no le he hecho nada, por el amor de Dios! Tiene que tratarse de otra cosa…

Un nuevo silencio, esta vez más largo, enrareció la conversación.

—Pues yo no sé qué más decirte, Aquiles. —Sofía comenzaba a bajar por fin su tono—. Desde luego, parecer ya te digo yo que parecía muy convencido de lo que estaba diciendo. Quizás algo nervioso. Pero convencido… Eso seguro.

Nervioso, Sofía había dicho *nervioso*… Espera, espera un momento. Un rayo de luz avivó una pequeña posibilidad en mi pensamiento. De acuerdo, era preciso atacar de frente.

—¿Sabes dónde está Calímaco ahora?

—¿Que si sé dónde esta? —mi pregunta cogió por sorpresa a la profesora—. Pues no, no lo sé… ¿Por qué?

—¿Lo has llamado a su casa?

—No, no tengo el número de su casa. Le llamé al móvil. Y antes de que me digas nada —dijo adivinando mi intención—, ahora ya lo tiene apagado. Intenté volver a hablar con él nada más darme cuenta de que me había colgado el teléfono, pero para entonces ya lo había apagado. Así que no, no sé dónde está.

Mierda… Esta vez fui yo el que se quedó sin palabras, y Sofía debió leer en mi silencio la importancia de mi pregunta.

—Pero, si te sirve de algo, lo que sí sé es donde estará esta tarde…

—¿Dónde? —pregunté al momento.

—En Padrón.

—¿En el museo? ¿Un domingo por la tarde? No sabía que

estuviera abierto…

—Y no lo está. Es en el IER donde va a estar.

—¿En el IER?

—Sí. Sé que tienen reunión de la junta directiva del Instituto para darle los últimos retoques al programa de actividades del Día de las Letras, que, como imagino que ya sabrás —la ironía era de nuevo evidente en el tono de su voz—, se celebra esta semana que entra, el día 17. Siempre se reúnen en domingo porque es el único día en que les es posible asistir a todos. Y él es el director, no puede faltar. Calímaco estará allí, esta tarde en Padrón.

Tal como acordamos antes de concluir la llamada, a las cinco en punto de la tarde yo recogía a la profesora Deneb en el mismo lugar en que lo había hecho el viernes por la mañana. Bueno, en realidad tampoco sabría decir si *acordamos* es la forma más correcta… Es increíble lo convincentes que algunas mujeres pueden llegar a ser cuando una idea se les mete en la cabeza. Básicamente, la cuestión se reducía a una serie de premisas a aquella altura ya de sobra conocidas por ambas partes: una, ante determinadas cuestiones yo venía siendo un total analfabeto; dos, frente a estas mismas cuestiones Sofía constituía mi única posibilidad de iluminación; y tres, discutir cualquiera de las dos anteriores era una pérdida de tiempo. Para qué darle más vueltas.

Esta vez apenas hablamos de nada. Muy poca cosa, algo sobre la historia de la película, poco menos que un juramento de sangre por mi parte para eliminar toda sombra de duda acerca de una posible ofensa al bibliotecario, y prácticamente nada más. No reconocer que nuestra conversación telefónica de la mañana había dejado en el aire algún poso de desconfianza, quizás incluso cierto malestar entre nosotros, sería poco honrado por mi parte.

Llevábamos ya un buen rato en silencio cuando caí en la cuenta de que Sofía no dejaba de observar con curiosidad algunas de las piezas interiores de mi coche, a veces incluso toqueteándolas. Lo intérprete como una muestra de interés por su parte, quizás incluso una tentativa de romper el hielo.

—Este coche es una joya rodante, profesora —dije golpeando un par de veces con orgullo el inmenso volante de mi automóvil, por tamaño más parecido al de un camión que al de un coche—. Un Mercedes W-115/8 de 1968. Modelo 220 D para los no iniciados —maticé con orgullo—. Pocos ejemplares quedan ya por ahí de esta obra de arte de la ingeniería germana, en este caso con más de novecientos mil kilómetros encima.

¡Una joya, profesora, una auténtica máquina de conducción! —

exclamé al tiempo que aceleraba la marcha, haciendo rugir un poco más el motor teutón.

—Ahá —respondió ella con desgana—. Y supongo que entre tanta joya no te quedó sitio para el aire acondicionado, ¿verdad?

Vaya. No solo no la había impresionado, sino que su apatía ante mí demostración de fuerza y satisfacción comenzaba incluso a irritarme a mí. Aquel coche era el último de mis bienes por el que yo todavía podía sentir algo semejante al orgullo. Igual resultaba que sí, que los demás tenían razón y aquel cacharro no era más que un montón de chatarra vieja, pero, para mí, despreciar su valía era en cierto modo despreciarme a mí mismo.

—¿Se puede saber qué es lo que quieres decir con *ahá*? ¿Acaso mi coche no es de tu agrado, o qué? —pregunté dejando en la cuestión el tono justo para que ella comprendiera que *no* no era de ningún modo una respuesta admisible sobre mi berlina.

—No, qué va, no se trata de eso. Supongo que está muy bien… —respondió, después de volver a pasarle revista al habitáculo interior, empleando para esta ocasión más indiferencia que curiosidad—. Sí, supongo que no está mal. Para ser un coche viejo…

—¡¿Cómo que un coche viejo?! —protesté—. Alto ahí, señorita. Este coche no es *viejo*, es *antiguo*, un clásico. Se trata de un «vehículo histórico», hay una diferencia enorme…

—Sí, claro, por supuesto, perdona. No me había dado cuenta del matiz… De cualquier modo, viejo o antiguo, dice mucho de ti esta querencia tuya por la tercera edad automovilística.

—¿*Tercera* qué? ¡Pero qué dices, profesora! ¡Si este coche es todo un tesoro, un auténtico prodigio de la tecnología del automóvil!

—Sí, dicen que muchas cosas del Tercer Reich también lo eran… —oh, venga, ya estamos: como es un Mercedes, ya tiene que ser el coche del Führer, ¿no? Ya me era conocida esa cantinela… Con todo, el tiempo que me llevó coger aire para volver a soltarlo, a Sofía le sobró para retomar su ofensiva.

—¿Y cuánto dices que consume este trasto?

Mierda. Ahora sí que…

—Un nueve y medio —dije con la boca pequeña.

—¡¿Un nueve y medio?! —repitió ella con la grande—. Pues no sé si estarás al tanto, Aquiles, pero hay quien dice por ahí que ya se fabrican coches que no hacen subir el precio del petróleo cada vez que se ponen en marcha…

Volvió a colarse entre nosotros un espacio silencioso, algo muy

semejante a una cierta sensación de victoria final en el marcador de Sofía. No, yo no estaba dispuesto a entregar tan fácilmente las llaves de mi orgullo. Volví a salir al campo de batalla dispuesto a reclamar la prórroga.

—Pues a mí me gusta mi coche. Mucho.

—Pues muy bien, Aquiles —respondió ella sin dejar de mirar por la ventana—. Es a ti a quien le tiene que gustar, no a los demás. Lástima del aire acondicionado, eso sí…

—Además —refunfuñé por lo bajo—, al paso que voy, mi Mercedes viene siendo el único modo digno que últimamente tengo de estar dentro de algo con nombre de mujer…

***

Debían de ser las cinco y media de la tarde cuando Sofía golpeó con el aldabón en el gran portal de madera. La entrada principal a la finca, según el recepcionista del museo me había explicado dos días atrás. Fue precisamente él quien apareció para abrirnos la puerta.

—Profesora Deneb, qué… Qué sorpresa —dijo con la incertidumbre dibujada en los ojos—. ¿Cómo ustedes por aquí? ¿Es que hay algún problema más con doña Penélope?

—No, no, Tino —respondió Sofía al mismo tiempo que avanzaba hacia el interior de la finca sin dejarle al recepcionista más opción que la de echarse a un lado—. Necesitamos hablar con Calímaco. Este es el señor Vega, no sé si lo recordarás. Está aquí, ¿verdad?

—¿El señor de Brion? Sí, sí, está. Claro que lo recuerdo, ¿cómo está usted? —respondió el hombre ofreciéndome una mano mientras con la otra intentaba volver a cerrar la hoja del portalón. Sofía había entrado como un tifón por el portal, dejando apenas margen para que el pobre hombre pudiese reaccionar mucho mejor.

—Bien, bien, gracias. Disculpe usted el asalto, pero es importante que hablemos con el señor De Brión, si pudiese avisarlo…

—Pero, es que ahora… Están en plena reunión, la junta del Instituto, no sé sí sabrán, y el director —el hombre intentaba responder al tiempo que se iba atropellando a sí mismo—, yo no creo que…

El conserje miraba de un lado a otro, repartiendo su atención entre Sofía y yo.

—Tino, es urgente —dije al fin—. Háganos el favor, y dígale que venga.

Un gesto en el rostro de Sofía le confirmó la importancia de mi

petición, y el conserje se fue en la búsqueda del bibliotecario del Consello da Cultura, reunido en ese momento en calidad de director del Instituto de Estudios Rosalianos, según el propio Tino nos había confirmado.

—Pueden aguardar en la oficina, si lo prefieren —nos ofreció cuando ya se alejaba, señalando la puerta abierta por la que ya habíamos entrado el viernes por la mañana, mientras él se dirigía a un edificio notoriamente más moderno, de reciente construcción, en el otro extremo del jardín.

—¿A dónde va? —pregunté.

—Al Instituto. Ese edificio se construyó para ser su sede. Ahí era donde iba a estar la biblioteca de la Fundación, las nuevas salas de juntas, los despachos de Instituto…

—¿*Era*? ¿Por qué dices que era? ¿Es que no está terminado?

—No, no se trata de eso. Por lo que yo sé, en la práctica sí, o poco es lo que le falta. Pero parece ser que en algún momento de todo el proceso de construcción tuvieron problemas con la empresa responsable de la obra, que los dejó colgados, o algo así, por lo que, en teoría, no está terminado. O por lo menos no de modo oficial. Por eso no tienen seguro que cubra el edificio, y no pueden abrir al público. De momento solo se emplea como lugar de encuentro para las reuniones privadas del Instituto, y poco más.

Entramos en la salita donde dos días atrás nos habíamos reunido con la vicepresidenta de la Fundación, doña Alba Mendoza. Apenas tuvimos tiempo de sentarnos a la mesa cuando por las ventanas vimos aparecer de nuevo a Tino. Se apartó a respetuosamente antes de entrar en la oficina para que por delante de él lo hiciese el señor De Brión.

—Sofía, ¿qué es lo que ocurre, qué estáis haciendo aquí? —Tuve la sensación de que era más incomodidad que curiosidad lo que había en su voz.

Estaba a punto de responder yo cuando comprobé que Calímaco no venía solo. Más caras conocidas entraban ahora en la pequeña sala de juntas: Alba Mendoza y su marido, el director de la Casa-Museo y secretario de la Fundación, Diego Castro.

—Gracias, Tino. Ya puede dejarnos solos, haga el favor —dijo este último cerrando la puerta tras él sin esperar confirmación ninguna por parte del recepcionista, que no se fue con la puerta las narices de puro milagro.

—¿Qué ocurre, Sofía —preguntó la mujer—, qué es eso tan urgente que nos tienes que decir? ¿Acaso hay más problemas?

—Sí, ¿de qué se trata, profesora? Ya tiene que ser importante

para interrumpir una reunión de la junta…

—Les pido disculpas por las molestias que les estamos causando —respondí dirigiéndome al director del museo—, pero en realidad solo queríamos hablar con Calímaco…

—¿Conmigo? —preguntó el bibliotecario—. Pero yo no tengo nada que decirles, señores. Ya se lo dije a la profesora Deneb esta mañana…

En la voz del bibliotecario era patente el malestar. Y los nervios…

—Pues por eso mismo, señor de Brión —respondí—. Usted y yo estuvimos hablando tranquilamente el viernes por la tarde, y los dos sabemos que allí no pasó nada que justifique este cambio de actitud por su parte, señor.

—¡No alcanzo a ver a qué cambio de postura se refiere, caballero! —bramó el viejo bibliotecario—. Usted vino a mí con teorías peregrinas, y así y todo lo atendí con tanta paciencia como me fue posible. ¡Pero todo tiene un límite, señor mío! Si estamos esta tarde aquí reunidos no es para desgranar hipótesis absurdas sobre una familia oscura que a nadie le interesan ya, sino para tratar asuntos verdaderamente relevantes, ¡y usted está haciéndonos perder un tiempo valiosísimo! Y usted —dijo ahora señalando con su dedo trémulo a Sofía—, usted, profesora Deneb, debería tener mucho ojo y ver con quién decide juntarse. Tiene usted una reputación que cuidar, un prestigio que defender, señorita…

El enojo que el viejo Calímaco de Brión acababa de desplegar ante las atónitas miradas de todos los allí presentes resultaba a todas luces desproporcionado. No, aquello no era normal. Ya se encaminaba de vuelta hacia la salida cuando volví a dirigirme a él.

—¡Señor De Brión! Esos asuntos que están tratando aquí, esos tan verdaderamente relevantes, como usted los califica, ¿son tanto más importantes que la muerte de dos personas? Dos muertes, por si tampoco alcanza a verlo, relacionadas con usted, señor.

Súbitamente congelado, el hombre se quedó de espaldas a todos, inmóvil, su mano aferrada al pomo de la puerta. Con la mirada perdida en ninguna parte, todavía tardó en moverse hasta que, por fin, comenzó a girar sobre sí mismo. Lentamente, poco a poco, hasta quedarse observando a la señora Mendoza, a su lado.

—Calímaco —dijo ella al tiempo que posaba una mano sobre el hombro del bibliotecario—, díselo.

Ahí estaba, lo sabía. La reacción de Calímaco no había sido normal, algo se ocultaba bajo todo aquel berrinche suyo. Algo que, por lo visto, también era del conocimiento de Alba Mendoza.

—¿*Que se lo diga*? —preguntó Castro—. ¡Que le diga el qué! Por favor, ¿podría alguien explicarme qué demonios está pasando aquí?

Nadie atendió las demandas del director. Calímaco de Brión siguió mirando a la mujer, que aún mantenía la mano apoyada sobre su hombro. Volvió a mirarme, todavía sentado a la mesa, y tan despacio como rápido había hecho antes el movimiento de acercarse a la puerta, vino a sentarse a nuestro lado.

—Díselo, Calímaco —insistió la mujer, sentándose al lado del bibliotecario—, sabes que estás entre amigos.

Diego Castro, el secretario de la Fundación, enfundado en un elegante traje gris, hacía exagerados ademanes de desesperación, como los de quien no entiende nada de lo que pasa a su alrededor, mientras también se iba acercando a la mesa. Una vez sentados los cinco alrededor de la gran tabla de nogal, y después de observarnos lentamente a todos y cada uno de los allí presentes, el bibliotecario habló:

—Acabo de recibir una cosa.

—No —comprendió Sofía—. No será…

Et voilà. En realidad yo había empezado a sospecharlo tan pronto como Sofía me habló por teléfono del repentino nerviosismo del bibliotecario.

—Ha recibido usted un correo con un poema, ¿no es así?

Pero no fue Calímaco quien me respondió, sino otra persona.

—Sí, exactamente —dijo doña Alba—. ¿Cómo lo sabe?

—Porque no es el primero —atajó Sofía.

—No, no lo es —corroboré yo—. Ni el segundo tampoco.

—Ni el tercero, entonces…

«¿Cómo?». El último comentario de la señora Mendoza me cogió por sorpresa. ¿A qué se refería? ¿Es que acaso también ella había recibido otro de los famosos *e-mails* firmados por Adriano?

—¿Correos?, ¿todo esto es porque estáis recibiendo correos? —preguntó Castro—. Pues vaya… ¿Y se puede saber qué tiene eso de especial? Yo también recibo cientos de correos todos los días. Aquí, en la Academia… ¿Qué tiene que ver eso con las muertes? Y ahora que lo pienso… —se quedó mirando a su mujer—, ¿por qué sabes tú todo esto, Alba?

—Esos correos, Diego, son especiales por lo que contienen, pero sobre todo por quien los firma. Lo sé porque días atrás Penélope ya me habló de uno que ella había recibido. —¿Penélope? Por supuesto, cómo no se me había ocurrido antes…—. Y porque Calímaco me lo contó hoy antes de comenzar la reunión de la junta.

»Ya son muchos los años que hace que nos conocemos, ¿verdad,

Calímaco? —El bibliotecario asintió en silencio—. Sí, lo son. Y si él entra por la puerta con la cara grave con la que ha llegado esta tarde, yo sé que entre nosotros hay confianza suficiente para preguntarnos según qué cosas. Por eso lo sé.

—Si no lo interpreto mal, está usted diciendo que la señora Santalla había recibido otro correo firmado por Adriano, ¿no es así? —quise confirmar.

—¿Adriano? Pero bueno, ¿quién demonios es Adriano? —preguntó el director del museo, todavía sin que nadie le aclarase nada.

—Sí.

—¿Cuándo?

—No sabría decírselo con exactitud… Me parece que a mediados de la semana pasada, creo recordar, tal vez a finales… No lo sé. Lo que sí recuerdo es que este lunes pasado Penélope me comentó algo sobre un poema de Rosalía que un tal Adriano le había mandado a su cuenta de la Fundación.

—¿Le pareció preocupada?

—No —respondió con seguridad la señora Mendoza—. Tan solo se trataba de un correo con un poema. Por lo visto le había llamado la atención porque era una copia sacada de la primera edición de *Follas novas*. Pero, como usted comprenderá, recibir correspondencia relacionada con Rosalía no es cosa extraña en esta casa, hijo.

»De hecho, yo ya habría olvidado el asunto de no ser por lo que Calímaco me contó hoy. Su preocupación me hizo recordar el caso. Eso, y el detalle de venir ambos correos firmados por un nombre con tanto significado en esta casa, claro está.

—Adriano —apuntó Sofía.

—Adriano —confirmó la señora Mendoza.

«Mala suerte», pensé. Si hubiera prestado más atención a ese correo del que ahora teníamos noticias, tal vez hoy Penélope Santalla seguiría viva…

—Y no sabrá usted de qué poema se trataba, por casualidad.

—¿No sería «Cuando uno es muy dichoso»? —se anticipó Sofía.

Alba Mendoza, la actual presidenta en funciones de la Fundación Rosalía, se quedó mirando a la profesora Deneb con sus ojos entornados, a la búsqueda de la respuesta en sus recuerdos.

—No lo sé, querida, no me acuerdo ya. A mi edad, hija mía, cuesta cada vez más recordar algunas cosas… De cualquier modo, ahí tenéis el ordenador que utilizaba Penélope —dijo señalando la puerta, ahora cerrada, del despacho en el que el viernes por la

mañana trabajaban Diego Castro y Andrea Muruáis, la gerente de la Fundación—, podéis consultarlo vosotros mismos si queréis…

Castro se revolvió en su asiento.

—¿El ordenador de Penélope, has dicho?

—Sí, eso es lo que he dicho, sí. ¿Ocurre algo?

El director del museo se pasó un dedo entre la garganta y el cuello de la camisa y tosió ligeramente, como queriendo aclarar la voz.

—Vaya —respondió con gesto afectado el señor Castro—, pues sí, ocurre algo… Me temo que eso no será posible…

—¿Cómo que no será posible? —preguntó Alba extrañada—. ¿Por qué no, Diego?

El director del museo, visiblemente incómodo, se pasó esta vez la mano por el cabello, llevándose el pelo hacia atrás.

—Verás, Alba. Según me ha estado contando Andrea, parece ser que esta semana entró algún tipo de virus informático en el disco duro de ese ordenador, algo muy fuerte, y por lo visto no le ha quedado más remedio que formatear el aparato entero.

—¿Formatearlo? —repitió la señora Mendoza—. ¿Cómo que formatearlo?

—Bien, cariño, tú ya sabes que yo de esas cosas no entiendo mucho. No sé, eso es lo que me dijo Andrea. Disculpa si no te lo he comentado antes, yo pensaba que sí…

—Pero bueno —protestó la mujer—, ¿y entonces, qué pasa con toda la información que guardábamos en él?

El director arqueó todavía más las cejas.

—Diego…

—Lo siento, mi amor. Me temo que se haya perdido toda.

—¡¿Toda?!

—Sí. Por lo visto se trataba de un virus muy nocivo… O eso me aseguró Andrea.

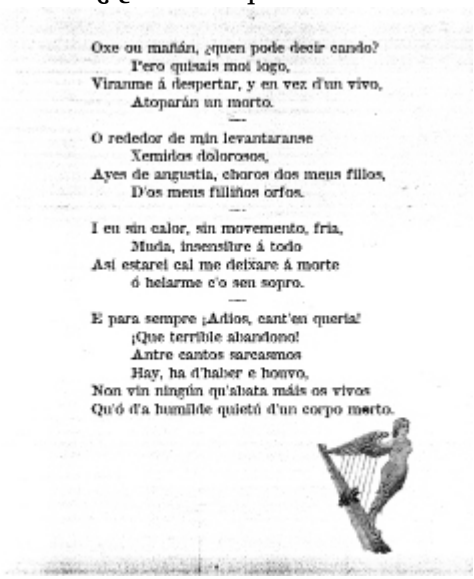
La presidenta en funciones se quedó observando durante un buen rato a su marido, con una expresión en los ojos que por vieja probablemente quisiera decir mucho más de lo que ninguno de los allí presentes podría descifrar. Significara aquello lo que significara, el asunto olía muy mal. ¿Formateado el ordenador en el que el secretario y la gerente de una Fundación bajo sospecha habían estado trasteando con los libros de cuentas de la misma Fundación en las manos? No, aquello más que oler mal apestaba, pero por otras razones, otras no relacionadas con la correspondencia privada de la anterior presidenta.

—Bueno, supongo que ahora mismo ya nos da igual todo eso…

Por lo menos en la parte que a Sofía y a mí nos ocupa. Ahora lo importante es otra cosa. ¿Por qué no nos habla usted de su propio correo, señor de Brión? Por lo que parece también ha recibido usted carta de nuestro viejo conocido, ¿verdad?

—Así es, sí —me confirmó el bibliotecario con el mismo gesto grave en su rostro al que la señora Mendoza se había referido—. De hecho, llevo una copia conmigo. ¿Quieren verla?

de: Adriano [enclosed recipient]
para: Calímaco de Brion [calimaco@consellodacultura.org]
fecha: 11.05.2013 06:34
asunto: ¿Qué es lo que estás haciendo, bibliotecario?



Oxe ou mañán, ¿quen pode decir cando?
Pero quisais mui logo,
Viranme á despertar, y en vez d'un vivo,
Atoparán un morto.

—

O rededor de mín levantaranse
Xemidos dolorosos,
Ayes de angustia, choros dos meus fillos,
D'os meus filliños orfos.

—

I eu sin calor, sin movemento, fria,
Muda, insensibre á todo
Así estarei cal me deixare á morte
ó helarme c'o seu sopro.

—

E para sempre ¡Adios, cant'en queria!
¡Que terrible abandono!
Antre cantos sarcasmos
Hay, ha d'haber e houvo,
Non vin ningún qu'abata máis os vivos
Qu'ó d'a humilde quietú d'un corpo morto.

* Mañana, hoy, ¿quién puede decir cuándo? / Pero quizás muy luego, / vendrán a despertarme y, en vez de un vivo, / encontrarán un muerto.
En torno a mí sé que han de levantarse / gemidos lastimeros, / ayes de angustia, lloros de mis hijos, / de mis hijitos huérfanos.
Yo sin calor, sin movimiento, fría, / muda, insensible a todo, / estaré cual la muerte me dejare, / helada con su soplo. / Y para siempre, ¡adiós cuanto quería!
¡Qué terrible abandono! / Entre cuantos sarcasmos / que nos depara el tiempo, / no hay ninguno que abata más a un vivo / que la humilde quietud de un cuerpo muerto.

Le devolvimos la hoja al bibliotecario. No, la cosa no era como para estar tranquilo. Comenzando por la intimidatoria pregunta del asunto. «¿Qué es lo que estás haciendo, bibliotecario?» Tampoco eran mucho más tranquilizadores aquellos versos, «vendrán a despertarme y, en vez de un vivo, encontrarán un muerto…». El poema escogido por Adriano, fuese este quien fuese, era tan explícito que ni siquiera yo necesitaba ningún tipo de aclaración adicional por parte de la profesora Deneb. A la vista de todo lo acontecido anteriormente, el mensaje resultaba evidente: «No sé qué demonios te crees que estás haciendo, amigo, pero ándate con mucho ojo, porque igual eres tú el siguiente». El miedo que había llevado al bibliotecario a reaccionar de tal modo era más que comprensible.

Pero yo no podía dejarlo pasar. Necesitaba a aquel hombre, necesitaba que hablara conmigo, y sabía que, tal como estaban las cosas, él no querría hacerlo bajo ningún concepto.

Decidí echar mano de la caballería. Me disculpé ante todos ellos y, pidiéndoles que por favor no se moviesen de sus sitios, salí al jardín con el teléfono móvil en la mano.

—¿Andrés? Soy Aquiles. Escucha, necesito un favor.

—Aquiles. Vaya, pues yo también tengo algo que contarte…

Cuando volví a entrar, los ánimos de todos parecían más calmados. La pesadumbre que flotaba en el aire era evidente, pero por lo menos ya no había aquella tensión del comienzo. De nuevo fui derecho hacia el bibliotecario.

—Calímaco, no podemos perder más tiempo. Sé que está asustado, y créame si le digo que lo comprendo. Pero me temo que ahora mismo usted es su mejor ayuda posible. Usted, y todo lo que usted sabe.

—Ya le he dicho que yo no sé, yo no sé nada…

—Sí, sí que sabe, y yo necesito que usted lo comparta conmigo.

—¿Pero el qué? ¡¿Qué es lo que quiere que comparta con usted?! ¡Le estoy diciendo que no sé de qué me habla!

Esta vez Calímaco respondió sin dejar de mirar a los ojos de todos y cada uno de los presentes. ¿A qué venía esa mirada? ¿Acaso desconfiaba de sus propios compañeros?

—Escuche, escúcheme —atajé echando mano del tono más tranquilizador que me fue posible aparentar—. Sí que sabe, o eso es lo que me han dicho. Lo comprendo, comprendo su miedo. Y por eso estaba hablando ahora con el inspector Andrés Casaperda. Se

trata del mando al cargo de esta investigación dentro de la Brigada Criminal de la comisaría de Santiago. Acabo de referirle con todo detalle la situación en la que se encuentra, y me ha garantizado protección absoluta para usted. Tendrá una patrulla las veinticuatro horas guardándole las espaldas. Le aseguro que no le pasara nada… Siempre que colabore con nosotros. Ayúdenos, señor De Brión, ayúdenos a coger a Adriano. —Hice una breve pausa, el tiempo justo para que mis palabras calaran en la conciencia del bibliotecario—. ¿Qué, qué me dice?

Pero no me dijo nada. Se limitó a extraviar la vista por todos los rincones de la pequeña sala de juntas. Observó sin mirarlas todas y cada una de las fotografías de todos y cada uno de los muertos que desde las paredes de la fundación Rosalía nos contemplaban, hasta concentrarse finalmente en la gran fotografía colgada en la pared del fondo: Rosalía en compañía de su prole. Por fin, todavía con la mirada clavada en aquel retrato de familia, Calímaco respondió.

—Por favor, dejadnos solos.

Lentamente, y después de haber intercambiado algunas miradas entre ellos, Sofía, Alba y Diego comenzaron a levantarse de sus asientos, y uno por uno fueron saliendo jardín. Diego cerró la puerta tras de sí.

Cuando no quedó en la sala de juntas nadie más que nosotros dos, sentados ambos frente a frente, Calímaco de Brión clavó sus ojos en los míos, y se decidió a hablar.

—Dentro de poco hará cinco años que perdimos a Patricia. Mi mujer, ¿sabe usted? En agosto se cumplirán cinco años desde que murió. Y nosotros no tenemos más familia, señor Vega. Mi hijo y yo no tenemos a nadie más en el mundo. Si algo me ocurriera a mí, el muchacho se quedaría solo, sin nadie que se hiciera cargo de él. Y eso, señor, es algo que no me puedo permitir. Se llama Beltrán, es un buen chico, y pronto será un buen hombre. Dejarlo solo en este mundo sería algo que ni en todas las vidas posibles de aquí al fin de los tiempos me podría perdonar. ¿Comprende usted lo que le quiero decir?

Esta vez fui yo quien prefirió no hablar. Un ademán rápido de mi cabeza, una afirmación dibujada en el vacío, y mi respuesta ya estaba dada.

—De acuerdo, entonces…

Sin prisa, Calímaco de Brión fue cogiendo aire hasta llenar los pulmones. Lo guardó por un tiempo para sí hasta que, de repente, lo dejó salir. Sonoramente, hasta no dejar nada en su interior.

—Dígame, muchacho, ¿qué es lo que quiere saber?

-15-
Mi padre es quien sabe de estas cosas

Lunes, 13 de mayo

—¿Pero por qué, Aquiles? Yo no acabo de ver la relación…

—Venga, Sofía. Ya te lo expliqué ayer. A estas alturas resulta estúpido no admitir el hecho de que todo esto tiene bastante de asunto personal.

—Pues la policía no lo ve como tú. Según tú mismo acabas de contarme, ellos siguen investigando a las víctimas de cerca.

—Porque eso es lo que tienen que hacer, profesora. Pero nosotros no somos la policía. A Andrés y a su gente no les queda otra que llevar el asunto por las vías habituales. Aunque sin demasiado éxito, todo hay que decirlo… Así que el camino queda libre para que yo, nosotros, probemos estas otras posibilidades. Creía que estábamos de acuerdo en esto. ¿Qué pasa, Sofía, es que ya no te interesa? Porque si es así, podías haberlo dicho antes de salir de Santiago…

—Claro que me interesa, Aquiles, no se trata de eso. Lo que pasa es que no acabo de ver qué crees que vamos a descubrir ahora en A Coruña. ¡Hace casi cincuenta años que en esa casa no vive nadie, por el amor de Dios! ¿Qué diablos se supone que esperas encontrar allí?

No respondí. Sofía tenía razón, esa parte era la más débil de mi propuesta. Pero esa *propuesta* era mi única opción…

Entramos en la ciudad de la Torre recorriendo la avenida de Alfonso Molina hasta su final, en el encuentro con la calle Linares Rivas, y seguimos avanzando hasta la avenida de la Marina. Siempre me ha gustado mucho esta entrada a la ciudad, el reflejo del mar en las vidrieras de los Cantones. Seguimos adelante a tanta velocidad como el tráfico de media mañana que había salido a saludar nuestra llegada nos permitía. A Coruña es una ciudad hermosa, pero de conducción imposible. O por lo menos para mí y para mi paupérrimo sentido de la orientación. Cuando por fin encontramos el mercado que yo había guardado como punto de referencia, aparcamos mi larguísimo coche en el primer hueco en que nos fue posible, y salimos a la búsqueda de la calle de San Agustín. Por suerte, Sofía conocía la ciudad bastante mejor que yo, y no nos fue complicado dar con ella. La calle, casi callejón en realidad, era poco más que un pasaje que conectaba la plaza del

mercado de San Agustín con la calle de San Nicolás. Nuestro destino estaba justo a media altura, por el lado derecho caminando desde la plaza de abastos.
Preguntándole el día anterior por la identidad de aquella mujer, también Calímaco había coincidido con Sofía al responderme que no sabía de quién se trataba. Insistí, le hablé de aquellos detalles para mí tan llamativos. La juventud, la elegancia… Nada, el resultado seguía siendo el mismo. Al explicarle que, tal como yo lo veía, tenía que tratarse de alguien muy próximo a doña Gala, él respondió sin demasiado interés que lo más probable era que se tratase de algún tipo de dama de compañía. El servicio… Eso tenía sentido. Pensé que si la vieja Gala provenía de una familia tan importante, lo más probable sería que tuviese algún tipo de servicio personal. Una chica de compañía, alguna persona que estuviera al tanto de sus necesidades, y de quien la señora se hiciese acompañar todo el tiempo. Claro… Eso podría significar muchas cosas, y todas buenas para mí.

Le pregunté a Calímaco si sabía algo más sobre el asunto, pero sus respuestas tampoco fueron demasiado esclarecedoras. De hecho y para ser del todo sinceros, lo que me aconsejó fue que echara un poco más el freno, ya que por lo visto en realidad la cosa nunca llegó a tener tanto señorío como el que yo le estaba poniendo. Según el señor De Brión me contó, la familia siempre había sabido guardar muy bien las formas (cosa que, a aquella altura, yo tenía más que sabido), pero lo cierto era que la situación de la economía familiar no estaba para muchas alegrías. Más bien todo lo contrario. Según el bibliotecario, hasta donde él tenía conocimiento, doña Gala vivía en unas condiciones bastante complicadas, situación esta que ya venía heredada de los tiempos en que toda la familia vivía bajo el mismo techo.

—¿De la época de Murguía y las hijas en la casa de A Coruña? —había preguntado yo.

—Sí. Y de la de Rosalía en Santiago también.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Una familia de origen tan hidalgo, según la profesora Deneb me contó, y con tantos hijos…

—Señor Vega —me aclaró el bibliotecario—, ha de tener usted en cuenta que si algo caracterizaba la vida de esta familia era que, en ella, las cosas rara vez eran lo que parecían. Todos sus miembros, probablemente empezando por la propia Rosalía, supieron practicar siempre con maestría el muy difícil arte de la apariencia…

Siendo así las cosas, ¿cómo podía ser entonces que una mujer

con las dificultades económicas que, al parecer, ocupaban el día a día de doña Gala, tuviera servicio propio? Por lo visto, tal y como el propio bibliotecario me explicó, la clave estaba en aquello que doña Gala representaba. Volvió a poner énfasis en la ascendencia de la mujer, heredera de uno de los principales símbolos del país. Había, por lo tanto, ciertas entidades a las que les interesaba seguir mamando de una teta que a ninguna de ellas les hacía mal. Con la precisión que el hablar de memoria le podía dar, Calímaco me contó que, hasta donde él recordaba, doña Gala vivía gracias a las ayudas que organismos como la Diputación de A Coruña o el propio Ayuntamiento de la ciudad le prestaban. No estaba seguro, pero creía recordar que la hija de Rosalía incluso recibía algún tipo de pensión por parte de alguno de los centros de emigrantes en América, e incluso quizás algo de la Real Academia Galega, fundada y presidida en primera instancia por su propio padre. Además, claro, de aquella otra pensión de la que ya me había hablado en el Obradoiro, aquella que el propio Fraga le había ofrecido para conmemorar el centenario del matrimonio paterno. Así que lo más probable era que la mujer por la que yo preguntaba fuese una asistenta puesta a trabajar al servicio de Gala Murguía por cuenta de alguna de estas entidades.

Me había quedado pensando en todo lo que acababa de escuchar.

—¿Interna? —pregunté al fin.

—No lo sé. Ya le he dicho que en este apartado desconozco la historia. Como le conté el viernes en la biblioteca del Consello, yo solo estuve una vez en la casa de doña Gala. Pero no fui solo. Éramos más, gente de la universidad, de la Academia… Y ya han pasado muchos años, justo ahora medio siglo —me respondió nuevamente con paciencia el bibliotecario—. No lo sé… Pero si tuviera que aventurar alguna respuesta —añadió después de pensárselo por un momento—, yo le diría que sí.

Sí, eso era lo que yo quería escuchar. Intenté algún tipo de confirmación.

—¿Por qué lo cree?

—Bueno, en el momento en que esa película fue rodada, en julio de 1951, Gala Murguía tiene 80 años recién cumplidos. La hija de Rosalía, y más para esa época, era entonces una mujer ya muy mayor como para vivir sola. Sí, yo diría que sí: si la esa persona por la que usted pregunta era su asistenta, entonces tenía que tratarse de una interna.

Esa era la razón por la que esta mañana habíamos ido a Coruña,

buscando el rastro de una persona que hubiera sobrevivido a la familia. A la búsqueda de alguien más joven que conociera las intimidades de una casa en la que, sobre todo, nada estaba claro.

Así que aquí estábamos, Sofía y yo, en medio de la calle de San Agustín, mirando el edificio que llevaba el número 16. Una placa enorme colocada a la derecha del portal, «Aquí vivió y murió Manuel Murguía, 1833-1923, impulsor del Resurgimiento Nacional de Galicia», confirmaba que estábamos en el lugar correcto; si bien las ventanas que daban al pequeño balcón del primer piso, el del apartamento en el que según me había explicado el día anterior Sofía vivió la familia, no prometían muchos más avances, a tenor de las señales evidentes de llevar mucho tiempo cerradas.

—Aquiles, ya te lo he dicho. Aquí no vive nadie.

—Bueno, espera, deja que lo comprobemos…

Me acerqué al portal. Había un interfono con cuatro botones, uno por cada piso. Pulsé el timbre del primero.

Silencio.

Volví a pulsar, esta vez un poco más de tiempo, pero con la misma respuesta de antes. Nada, nadie respondió. No se escuchó ningún sonido, ni tan siquiera zumbido eléctrico que confirmara el funcionamiento del timbre.

—¡Aquiles, por favor! Está claro que aquí no hay nadie. Está todo cerrado y lleno de polvo, ¿es que no lo ves?

Retrocedí hasta su lado, y volví a quedarme mirando hacia el balcón del primer piso, el único de todo el edificio que no estaba cubierto por una galería. Sofía tenía razón. Allí no había nadie.

—No es que me guste demasiado repetir las cosas, Aquiles, pero tengo que decir que ya te lo había dicho. ¿O qué esperabas encontrar aquí?

La verdad es que me tocaba un poco las narices…

—No lo sé, Sofía, no lo sé… Estas cosas nunca se me han dado demasiado bien, pero estoy seguro de que la mujer de la película no podía tener mucho más de veinte años. Veinticinco como mucho. Si es cierto que la muchacha vivía aquí, entonces no podía tener mucho más de treinta y ocho cuando doña Gala murió. Y si era así, a ver, ¿quién te dice a ti que no hubiera decidido quedarse aquí, pues?

—¿En el piso de la vieja? —preguntó Sofía sin hacer nada por disimular su asombro—. ¿La criada quedándose en el piso de la señora? ¿Pero tú te oyes cuando hablas, Aquiles? ¡Por favor, eso no tiene ni pies ni cabeza!

—¡Bueno, mira —me defendí—, y por qué no! Por lo que todos

contáis esta gente no tenía ni un duro, así que tampoco creo que el «señorío» fuera para tanto. Y además, ¿tú te has fijado bien en el edificio? ¡Ni que esto fuera el Palacio de Oriente!

—¡Oh, venga, Aquiles! —Sofía alzó los brazos en señal de protesta—. Por favor… Aunque diésemos por buena la posibilidad de que Gala no hubiera cambiado nunca de asistenta, ¡sigo sin comprender qué rayos esperabas encontrar aquí!

El tono de voz que había adoptado Sofía me ponía de los nervios. Solo le faltaba comenzar cada frase con un «hey, tú, tontito…». Por no contestarle, volví a acercarme al portal, y esta vez pulsé los llamadores de todos los pisos del edificio, del primero al cuarto. ¿Pero qué coño pasaba aquí, es que el edificio al completo estaba abandonado?

—Aquiles, párate a pensar un momento, ¿sí? Aunque la muchacha tuviera esos treinta y pico años que tú le supones en el momento de fallecer la vieja, ahora tendría bastantes más de ochenta. ¡Y eso en el caso de que siguiera aquí y, sobre todo, viva! ¿Qué diablos esperabas, que saliese a recibirte con los brazos abiertos, o qué?

—¡Pues no lo sé, Sofía, no lo sé! —respondí gritándole desde el portal—. ¡Lo único que tengo claro es que por Santiago aún no se ha podido hacer ningún avance! Y sí, ya me imagino que debe de tratarse de una persona muy mayor. Eso si sigue viva, sí, que no soy imbécil, ¡o por lo menos no tanto como te lo parezco! ¡Pero también pensé que a lo mejor dábamos con alguien que la hubiese conocido! ¡Si no a mi misteriosa mujer, sí a la anciana hija de tu poetisa, o alguien que nos pudiera decir algo a lo que agarrarnos! ¡Coño, ya!

Me di la vuelta y, llevado por la rabia, volví a apretar todos los botones, aunque en realidad esta vez no fuese más que por no seguir viendo la cara asombrada de Sofía.

—¿Alguien que nos pueda decir algo sobre la hija de Rosalía? —contratacó ella—. ¿Y para eso tenemos que venir hasta A Coruña? Pues me vas a tener que perdonar, muchacho, ¡pero sigo sin comprender por qué!

—¡Porque es desde esta puta ciudad desde donde han enviado tu puto correo, Sofía!

Me pasé. Perdí la paciencia y fui a gritarle directamente a la cara. Sofía se quedó en silencio, sus ojos observándome perplejos tras las gafas de pasta negra.

Nos quedamos en silencio, ambos observándonos fijamente por un tiempo que a mí se me hizo interminable.

—¿Cómo dices? —preguntó al fin.

—Perdóname —me disculpé bajando el tono—, lamento habértelo dicho así, de esta manera. Andrés me lo contó ayer por la tarde, cuando lo llamé desde Padrón. Me dijo que por fin habían conseguido rastrear la línea de correo de tu cuenta, y que acababan de descubrir la I.P. del ordenador desde el que te habían enviado el poema.

—Pero cómo, ¿desde este edificio? —preguntó Sofía, dando instintivamente un paso atrás.

—Eso aún no lo saben. Por lo que me dijo Andrés, de momento lo único que han podido confirmar es que el usuario envió su correo desde algún servidor de la parte vieja de la ciudad. En nada tendrán la dirección exacta, pero, por lo de ahora, solamente saben que tu poema ha salido de esta misma zona.

—Disculpen…

Enredados como estábamos en nuestra conversación, apenas hicimos caso de la voz que se dirigía a nosotros.

—¡Disculpen!

Lentamente volvimos a dirigir la mirada hacia el edificio. Del portal verde, ahora entreabierto, una mujer asomaba medio cuerpo. Casi se me escapó el corazón por la boca cuando la descubrí, con una mano sujetándose la chaqueta cruzada sobre el pecho y agarrando la puerta con la otra. Nos observaba con recelo, ahora Sofía, ahora a mí.

—¿Les puedo ayudar en algo?

Me quedé mirando fijamente a la mujer, y por una décima de segundo pensé que se trataba de ella. Ahí estaba, la mujer de la película… Pero al momento caí en la cuenta de que no era ella. No podía ser.

—Acaban de llamar al timbre, ¿verdad? ¿O no han sido ustedes? —preguntó a los dos pasmarotes que seguíamos allí, mirándola como quien ve a un fantasma. No, no era ella. Esta no debía de tener ni la mitad de los años que hoy se le supondrían a aquella otra mujer.

—Sí, sí, disculpe —reaccionó Sofía—. Hemos sido nosotros.

—Ya me lo imaginaba yo. Perdonen que haya tardado tanto en contestarles, este condenado cacharro —dijo señalando al portero automático—, lleva averiado desde el día que lo pusieron. Funciona el timbre, pero nada más. Ni podemos hablar, ni abrir la puerta. Acabo de asomarme a la galería, pero no han debido de verme ustedes, que se ve que estaban ahí, hablando de sus cosas… Bueno, ¿y en qué les puedo ayudar?

—Por favor, señora, somos nosotros quienes tenemos que pedirle

disculpas. ¿Podría decirnos si vive usted aquí?

—Sí, claro. ¿Por? Un momento, no serán ustedes de esos que andan vendiendo enciclopedias, ¿verdad? Porque si es así ya les digo yo que no…

—¿Vendedores de…? No, señora —respondí—, nosotros…

—¡No serán testigos de Jehová! Porque entonces sí que tampoco…

Aquella mujer no tenía más de 50 años. Era imposible que hubiese llegado a conocer a la vieja. Pero teníamos que probar, seguir tirando de aquel hilo que había aparecido ante nosotros, tal vez consiguiérmos algo. Una vez más, volví a mentir.

—No, señora. No vendemos nada.

Le conté una historia sobre un trabajo que estábamos haciendo para la Universidad de A Coruña, un reportaje sobre la relación entre Rosalía de Castro y la ciudad herculina. Estábamos siguiendo las huellas que la poetisa había dejado por la ciudad y, tirando de la mentira, le hablé de cómo el siguiente paso de nuestra lista nos había llevado hasta el portal de su edificio, el mismo en que había vivido hasta su muerte la última de sus hijas.

—Me imagino que ya sabrá usted de lo que le estoy hablando… —dije señalando la enorme placa anclada en la pared a su izquierda.

La mujer, que había ido arrugando la frente y asintiendo en silencio a medida que yo soltaba mi rosario de medias verdades, volvió a quedarse mirándonos por un instante. Yo ya estaba convencido de que el siguiente paso por su parte sería el de echar mano de la escoba que con toda seguridad ocultaba al otro lado de la puerta y corrernos de su portal a escobazos, cuando de repente respondió:

—Pues si les digo la verdad, yo no es que sepa mucho de todo eso…

»Ahora, quién sí lo sabe todo de esta mujer por la que ustedes preguntan es mi padre. Si les sirve de algo…

Sentí como la luz volvía a encenderse en el fondo de mis esperanzas.

—¿Su padre, dice usted?

—Oh, sí, muchísimo —confirmó con orgullo—. ¡Con decirles que era él quien le subía el pan todas las mañanas!

La lucecilla esa al fondo de mi pensamiento se convirtió entonces en una luminaria más potente que el propio faro de la Torre de Hércules.

—¡Vaya! ¿Y sabe usted si a su padre le importaría hablar con

nosotros? No sé, quizás tuviese a bien concedernos una entrevista cuando le fuera posible, o…

—¿Concederles una entrevista, papá? —repitió la mujer con gesto divertido—. ¡Mi madre, ni que fuera el presidente de la Xunta! ¡Suban, hombre, suban! —dijo la mujer metiéndose ya en el portal, al tiempo que hacía un gesto invitándonos para que la siguiéramos escaleras arriba.

—¿Vive? Quiero decir, ¿está aquí?

—¡Y tanto que está aquí, y bien vivo! —respondió mientras seguía ascendiendo con paso firme a través de la penumbra que envolvía las escaleras del edificio—. Esta es la casa de mi familia desde que mis abuelos llegaron a la ciudad, en el año 1954. Pasen, pasen, es aquí —nos indicó al llegar al segundo piso.

A estas alturas, la luz que alumbraba mi pensamiento ya quemaba con fuerza dentro de mi cabeza. Miré hacia atrás, buscando los ojos de Sofía, que llegaba justo o detrás de mí, y le ofrecí mi sonrisa más amplia. Y bastante más grande habría sido de no tener que terminar en las orejas…

***

Estuvimos esperando en el pasillo, mientras la mujer hablaba con un hombre junto a la galería. Cuando volvió a asomarse a la puerta nos hizo un gesto para que pasáramos al interior, señalándonos un sofá al lado del gran sillón de orejas en el que se sentaba el viejo.

—Mire, papá, éstos son los señores de los que le he hablado. Les dejo con él —nos dijo—, que a mí todavía me quedan un montón de cosas por hacer, y por lo menos tengo que tener preparada la comida antes de que lleguen Ovidio y los niños. Con su permiso, estaré aquí al lado, en la cocina, por si necesitan cualquier cosa.

—Gracias —respondió Sofía.

—Así que me dice mi hija que vienen ustedes preguntando por doña Gala, ¿no es así?

—Sí, así es —le confirmé—. Le pido disculpas por asaltarle así, de esta manera tan poco ortodoxa, pero es que no contábamos con encontrarnos a nadie que…

—¡Qué va! No se preocupe, hombre —me atajó él desde una sonrisa animada—. Siempre es un placer recordar aquellos días, cuando yo aún era un chiquillo alegre y revoltoso, y no el viejo carcamal enfermo que ahora tienen ante ustedes… ¡Y más si es para hablar de una persona tan excelente como la señora Murguía!

—¿Entonces es cierto, la conoció usted en persona?

—¿Que si la conocí? —respondió al fin—. Y tanto que sí, señorita… Vivía aquí abajo, justo aquí, debajo de nosotros. Era una mujer maravillosa, una persona muy generosa. Y sí, a mí me quería mucho… Apenas era un crío cuando la conocí, pero ella me quería mucho, sí señorita…

—¿Y cómo fue que la conoció usted?, señor…

—Bareda, Antón Bareda —se presentó con gran solemnidad—. Pero una mujer tan hermosa como usted puede escoger.

—¿Yo? —preguntó Sofía sin acabar de entender la oferta—. ¿Escoger entre qué?

—¡Pues entre qué va a ser, reina mía! Entre llamarme usted *mi vida, mi amor*, o simplemente *Antón de mi corazón.*

—¡Papá, por favor! —Desde la cocina llegó inmediata la reprimenda por parte de la hija del señor Bareda, dándonos a entender, además, que no estaríamos solos en aquella conversación. Con todo, Sofía respondió al ofrecimiento del viejo con una sonrisa de velado malestar, dejando entrever que no era ella amiga de este tipo de licencias. Decidí ser yo quien retomara las riendas de la conversación.

—Si me lo permite, ¿cómo fue entonces que se conocieron ustedes, señor Bareda?

El viejo aún siguió sonriendo sin dejar de mirar a la profesora Deneb antes de volver a concentrar la atención en mi pregunta.

—Yo llegué a esta ciudad en el año 1952, con los diez añitos recién cumplidos. Mis padres y yo veníamos desde San Sadurniño, un poco más al norte de Ferrol, donde hasta entonces ellos habían estado trabajando como panaderos. Llegamos directamente a esta casa, porque aquí, en el bajo, era donde estaba el horno que mi padre acababa de coger en traspaso. Pese a lo estrecho de la fachada, el edificio es muy grande hacia el interior, como pueden comprobar —dijo señalando a su alrededor—, de tal manera que lo mismo ocurría con el bajo. El local permitía a mi familia tener el despacho de pan abierto, el obrador, y aún quedaba espacio para una pequeña zona de vivienda. Así que ahí era donde vivíamos los tres.

»Pronto supimos de la ilustre inquilina que ocupaba el piso de arriba, y de quién era hija. Mi padre, como buen artesano que era, siempre tuvo gusto para las cosas buenas, y consideraba un auténtico lujo poder presumir de compartir el mismo techo que guardaba a la hija de una personalidad tan insigne como Rosalía de Castro. Al poco de estar instalados y trabajando, mi padre le encargó a mi madre una docena de pasteles especiales, melindres

hechos con los más exquisitos ingredientes, un esfuerzo considerable para unos tiempos tan duros. Cuando aquellos tesoros de azúcar y canela, de jarabe y chocolate, de nata y frutas estuvieron listos, los colocó sobre la mejor de nuestras bandejas, y poniéndomelos en las manos, me dijo: «Sube con mucho cuidado al primero, y dile a doña Gala que este regalo va en agradecimiento a los más inspirados versos que en Galicia se han escuchado jamás». Ya salía yo por la puerta, cuando mi padre volvió a hablarme: «¡Y mucho ojo con meterles mano, que van contados!». Como muestra de su generosidad, doña Gala bajó al obrador para regalarles a mis padres un par de libros. Creo que uno era las obras completas de su madre, y otro, más pequeño, una edición muy antigua de sus *Follas novas*. Con el tiempo solo Dios sabe a dónde habrán ido a parar aquellos libros, que yo ya no los tengo, pero lo cierto es que aquella fue la primera de una larga lista de visitas diarias. El primer pan de la mañana salía del horno para doña Gala. Y el responsable de llevárselo siempre era el mismo: yo. Desde el día aquel en que le llevé los pasteles, doña Gala siempre tenía un detalle cariñoso para mí. No se trataba de una mujer muy habladora, la verdad, pero siempre, siempre, enviaba una sonrisa de vuelta. Incluso en los últimos días…

El viejo terminó de hablar y se quedó observando sus propias manos, como si en aquellas de anciano estuviese buscando aquellas otras más jóvenes, las manos del chiquillo que le llevaba el pan a doña Gala, escondidas en algún lugar bajo el mapa de arrugas y manchas que los años habían ido dejando en su piel. Decidí que era el momento de ir a por él.

—Y mire una cosa… Después de tantos años, ¿sabría usted decirme si doña Gala tenía algún tipo de servicio?

—¿Servicio? —repitió él, aún a medio regresar desde algún rincón perdido de la memoria.

—Sí, ya sabe… Sí tenía servicio doméstico, asistenta, algo.

—Ah —respondió al fin echando la cabeza hacia atrás—, usted pregunta por la chica, ¿no?

El rayo volvió a sacudirme por dentro.

—Sí —respondí intentando contener la emoción—, supongo que sí… ¿Había una chica, entonces?

—¡Y tanto que sí!

—¿La había? —volvió a preguntar Sofía.

—¿No les estoy diciendo que sí? Pues claro que la había. Ariel se llamaba, la recuerdo perfectamente.

—¿Está usted seguro de ese dato? —quise confirmar.

—¡Como para no estarlo! Uno nunca se olvida de su primer amor.

Aquello estaba dando mucho más de sí de lo que yo hubiera esperado.

—Disculpe… ¿Ha dicho usted *su primer amor*?

—Bueno, tienen ustedes que comprender… Como ya les he dicho, yo, que apenas contaba unos días por encima de los diez añitos, pocas chicas había visto hasta entonces. Ariel, la muchacha que atendía a doña Gala, era mayor que yo, debía de llevarme bien unos quince años, tal vez incluso más. Pero a mis ojos de niño, aquella chica, que me recibía también siempre con una sonrisa, que me daba un dulce, una propina, era como un ángel de cabellos negros que había bajado del cielo para vivir sobre la panadería de mis padres. Puede que yo no fuera más que un mocoso con la vida por descubrir, pero uno nunca sabe cuándo le van a robar el corazón por primera vez, ¿o sí? Por supuesto, nunca hubo nada entre nosotros, pero créanme si les digo que jamás olvidaré a aquella mujer.

Sofía se revolvió en su asiento. Sacó el teléfono móvil y comenzó a teclear algo en él.

—¿Y dice usted que era una muchacha que atendía a doña Gala? —insistí—. Quiere decir que era algo así como su asistenta, o tal vez…

—Bueno, no sé si era la asistenta, la criada, la secretaria, o el qué, eso no lo sé. Lo único que sí le puedo asegurar es que siempre estaba con ella.

—¿Siempre?

—Sí, siempre. Vaya —dijo después de pensarlo y toser durante un buen rato—, todo lo «siempre» que alguien que vive con ella puede estar.

Eso era, ahí estaba…

—O sea, que esta mujer…

—Ariel.

—Eso mismo, Ariel, vivía aquí, con ella, dice usted…

—A ver, muchacho, ¿se puede saber cuál es su problema? —dijo volviendo a toser—. ¿No le acabo de decir que sí? Se supone que aquí el sordo soy yo…

—Disculpe, señor Bareda. —Sofía se acercó al viejo con su teléfono móvil en la mano—. ¿Podría decirme si la mujer a la que usted se refiere está aquí? ¿La reconoce en este vídeo?

Eso era lo que Sofía estaba buscando en su aparato. Que yo sea un inútil con la cosa tecnológica y que a mí el teléfono no me sirva

más que para ir cagándola por ahí no quiere decir que el resto de la humanidad no sepa cómo emplearlo. Se había conectado a YouTube, y ahora estaba mostrándole el mismo vídeo que yo había visto un par de días antes en casa.

Me acerqué a ellos para ver cómo la profesora adelantaba la acción hasta el momento en que la mujer del collar de perlas aparecía por primera vez.

—¡Ahí está, esa es! —dijo el viejo señalando la pantalla del aparato.

—¿Esta? —preguntó Sofía apuntando deliberadamente a otra persona.

—No, no, esa no. Esta.

El señor Antón Bareda acababa de posar su dedo sobre la imagen de la mujer que se me había estado apareciendo en sueños a lo largo de toda la noche del domingo, y en sus ojos apareció el mismo brillo del niño que contempla en el escaparate su juguete preferido.

—¡Se lo he dicho! —exclamó con orgullo el viejo—. Lo sabía, sabía que ni en una vida entera olvidaría el rostro de aquella mujer —nos respondió sin dejar de observarnos con satisfacción el viejo Tenorio.

Respiré hondo. La confirmación del señor Bareda significaba mucho más que ponerle un nombre a aquella sonrisa de perlas. Suponía, además, un respiro para mi instinto. No, no íbamos mal. Había dado en el clavo, y aquella mujer estaba más próxima a la hermana de Adriano que cualquier otra persona con la que hubiera podido hablar hasta ahora. El siguiente paso ya no podía ser otro: debiamos encontrarla.

—Sí, está usted en lo cierto —le respondí—, dicen que hay cosas que nunca se olvidan… Y mire otra pregunta, ¿sabe usted dónde podríamos localizarla ahora?

El viejo respondió con aire resignado, la mirada todavía puesta en la pantalla del teléfono móvil.

—Pues con gran dolor de corazón, voy a tener que decirles que no, muchacho: no lo sé. Y muy a mi pesar, me puede usted creer… Si Ariel aún sigue con vida, y así le pido a Dios que sea, esos ojos tienen que seguir siendo hermosos como dos lunas llenas. Por fuerza que sí. Como los suyos, señorita —volvió al ataque el emérito donjuán—. Tiene usted unos ojos muy parecidos a aquellos… ¿Está segura de que no quiere reconsiderar mi oferta? Porque yo todavía puedo hacerla muy feliz, ponerle un piso en la calle Real, y hasta un palco en el Teatro Rosalía si usted me lo pidiera… ¿Qué, qué me

dice?

—¡Papá, por favor! ¡Que estoy aquí! —La hija de don Antón volvió aparecer en la sala en la que los tres estábamos, ahora protegida con un mandilón, un cuchillo en una mano y una patata a medio pelar en la otra—. ¡Haga el favor de comportarse! Y usted, señorita, por favor discúlpele, no se lo tenga en cuenta. A veces ya…

—No se preocupe —dijo Sofía guardando nuevamente el teléfono móvil en uno de los bolsillos de su chaqueta—. Así que dice usted que no sabe dónde podemos dar con esta mujer, ¿verdad?

—Pues no, confieso que no lo sé. Quién me diera a mí saberlo, hija mía. Pero no, no lo sé.

—¿Recuerda usted cuándo fue la última vez que la vio? —pregunté.

—Hombre… Calculo yo que sería después de la muerte de doña Gala. La señora Murguía debió de morir allá por el año…

—Sesenta y cuatro —aseguró rápidamente Sofía—, el 18 de enero de 1964.

—Sí, más o menos por ahí… —concedió el viejo—. Pues me imagino que en esas fechas debió de ser cuando vi por última vez a Ariel. Al morir doña Gala, no tardaron nada en vaciar la casa. Lo que no fue para los de la Academia Galega, que están aquí al lado, no sé si sabrán, fue para el Ayuntamiento, o para la familia del señor Aián, que creo que fue quien más cosas se llevó.

—¿Se refiere usted a don Anxo Aián?

—Sí, al mismo. Otro de los que más tiempo pasaba en la casa…

—¿Quién es Anxo Aián? —pregunté.

—Por aquel entonces era numerario de la Real Academia, además de uno de los periodistas más populares en la ciudad.

—Sí, y uno de los que llevaban siempre a doña Gala cogida del brazo —añadió el viejo, no sin cierta intención en el tono de su voz —. El caso es que tan pronto como la casa estuvo vacía, los Aián echaron el cierre, les entregaron las llaves a los dueños del edificio, y por aquí no se volvió a ver a nadie más. Ariel incluida. Se fue, y ya nunca más volví a saber de ella. Con los años acabé heredando el horno de mis padres, las cosas me fueron bien, y pude comprar el edificio para mi familia. Lo reformamos, le añadimos los dos pisos superiores, y la galería. En el piso de doña Gala, que albergó también a su familia, casi nunca volvió a vivir nadie. Y, si les digo la verdad, a mí no me importa que siga así. Mi dormitorio está justo encima de donde ella tenía el suyo, y a veces, por las noches, oigo

ruidos. Me gusta pensar que es ella, que vuelve para gozar con los pasteles que, en algún lugar, mis padres siguen preparándole…

Muy bonito, aquello era muy bonito. Pero también muy poco esperanzador. Si nuestro futuro pasaba por ir a la caza de fantasmas con alto riesgo diabético, mal asunto. Entendiendo que ya no había mucho más de lo que hablar con el señor Bareda, no siendo que Sofía tuviese algún otro asunto amoroso-inmobiliario que tratar con el trasnochado galán, me puse en pie y, en compañía de mi sainete de agradecimientos, comencé a moverme en dirección a la puerta. Ya estaba pensando en otras opciones, en el censo de 1964, en el Registro Civil, posibles salidas a esta nueva vía, cuando el viejo volvió a hablarme:

—De todos modos, joven, hay algo que igual debería concretar usted un poco más…

Intrigado, volví a detenerme.

—¿A qué se refiere?

—A eso que ha dicho sobre Ariel… Mire, doña Gala era una persona muy mayor cuando yo la conocí. Cuando mis padres se mudaron a esta ciudad, hacía años que yo no tenía abuelos. Mentiría si dijera que no veía a aquella mujer, tan mayor y tan cariñosa conmigo, un poco como si fuese mi propia abuela. Creo recordar que, en cierto modo, y no teniendo a nadie que ocupara ese puesto, mi corazoncito de niño decidió tomar a doña Gala como una especie de abuela adoptiva —el viejo volvió a sonreír en silencio—. Sí, para mí, como para todos en el barrio, ella era nuestra abuelita. Aunque nadie se lo dijera abiertamente…

—Disculpe, pero no acabo de ver a dónde quiere llegar.

—Porque es usted un muchacho demasiado impaciente, jovencito. Tal vez si dejara de interrumpirme…

—Perdón.

—Quiero llegar a que, en todos aquellos años, en realidad tan solo a una persona la oí llamar a doña Gala *abuela.*

No podía ser…

—Por favor, no se calle ahora —interpelé intentando disimular el temblor de mis piernas.

—Recuerdo una de aquellas mañanas que subí a dejarles el pan. Probablemente ellas estuvieran preparándose para salir a la calle, porque la puerta ya estaba abierta cuando llegué al descansillo del primero. Pensé que tal vez fuese porque me habían oído subir, y entré sin llamar.

»Allí estaba ella, doña Gala, de pie en el recibidor, ajustándose los guantes. Casi nunca hablaba, apenas decía nada, así que en

aquella ocasión también se limitó a sonreír al verme. Yo ya estaba a punto de darle los buenos días cuando oí la voz de Ariel, que se aproximaba por la esquina del pasillo. «Ya te he encontrado el bolso, abuela. Lo habías dejado en la butaca de la galería. ¿Nos vamos ya?». Justo doblaba la esquina con el *nos vamos ya* en la boca cuando la chica casi se da de bruces conmigo, de pie ante doña Gala, que seguía sin decir nada. No contaba con encontrarme allí, bien se le notó. Ni a mí, ni a nadie, claro está.

»Por un instante ninguno de los dos supo qué decir, hasta que por fin Ariel volvió a reaccionar. Tomó a doña Gala por el brazo y, dirigiéndose las dos a la puerta, volvió a hablar: «Se había dejado usted el bolso en la galería, señora. Ya podemos irnos. Antón, deja el pan en la cocina y no te olvides de cerrar la puerta al salir». Y nada más. Se fueron sin volver a hablar ni mirar atrás. Aturdido, dejé la barra de pan sobre una mesita que había en el recibidor y salí tras ellas. Sí, cerré la puerta al salir, y ni yo volví a oír esa palabra dentro de aquella casa, ni jamás ninguno de los tres volvió a hablar de aquel asunto. Y hoy aparecen ustedes por aquí preguntando por ella, por Ariel. Me hablan ustedes de una sirvienta, de una asistenta. Pero, si les digo la verdad, yo siempre pensé que aquellas dos mujeres no eran otra cosa sino abuela y nieta.

***

Bajé como una exhalación hasta la calle, saltando los escalones de tres en tres. Inspiré hondo y sentí el aire del mar, que por las calles de la ciudad subía desde el puerto, penetrando hasta el último alveolo de mis pulmones, empapando todo mi cuerpo como si de la más potente droga se tratara. Todo yo era puro estímulo.

—¡Te lo dije, te lo dije! —gritaba la euforia por mi garganta.

—¿El qué? —respondió Sofía con desaire—. Todo esto no cambia para nada las cosas, Aquiles.

No me lo podía creer, ¿cómo que no?

—¡Pero si acabas de oírlo tú misma! La vieja tenía una nieta, Sofía, ¡una nieta! ¿Sabes lo que es eso? ¡La hija de un hijo, Sofía! ¿Cómo que no cambia nada?

Pero ella, lejos de dejarse impresionar por mis agudos conocimientos en lo que a cuestiones de parentesco se refiere, empezó a caminar de vuelta en dirección a la plaza de San Agustín.

—Eso es lo que tú has querido oír, pero lo que yo he escuchado ha sido a un viejo verde hablando de un recuerdo aislado, guardado hace más de medio siglo en su cabeza. Simples suposiciones —

sentenció ella con desdén al tiempo que giraba a la derecha, hacia una pequeña plaza con una serie de ilustraciones grabadas en el suelo—. Y al fin y al cabo, Aquiles, doña Gala era una mujer muy mayor, toda una *abuelita*, aunque no en el sentido literal… O a ver, dime, ¿qué hay de raro en que alguien una vez la haya llamado *abuela*?

No daba crédito a lo que oía. ¿Pero cómo podía ser tan cabezota aquella mujer?

—¿Pero cómo que qué hay de raro, Sofía? Pues hay que igual estamos ante un dato que nadie ha tenido en cuenta antes…

—Oh, venga, Aquiles, ya te lo hemos explicado todos —dijo *todos*, y con sus brazos hizo un gesto, como si dentro de ese *todos* estuviera abarcando a toda la humanidad, incluida la estatua de piedra sentada en el banco en el que ahora ella también se acomodaba—. Sabes que eso es imposible.

La actitud de la profesora Deneb comenzaba a parecerse más a la de un fundamentalista impasible ante cualquier demostración que pudiera ir en contra de su fe.

—O muy poco menos… —siguió—. Y además, aunque así fuera, ¿de qué nos sirve todo esto? O sea, a ver, dime, ¿qué es lo que demuestra?

Allí estábamos los dos, parados en medio de aquella extraña plaza. Sofía sentada al lado del mismísimo Castelao, según en el suelo se podía leer, ella mirándome con cierta expresión de desafío en sus ojos, él con gesto divertido, las manos tranquilamente cruzadas sobre su cuerpo de piedra, y yo de pie, armándome de paciencia al lado de una fuente con la estatua de un gato con un cuerno en la cabeza. «El Gatipedro», leí en el suelo.

—A ver, profesora. Esto demuestra muchas cosas. Muchísimas.

—¿Ah, sí? —respondio con desdén—. Pues venga, dime una.

—¿Quieres una, es eso, quieres una? —dije respondiendo por fin a su desafío—. ¡Pues voy a darte unas cuantas! Tal y como yo lo veo, para empezar esto demuestra que yo estaba en lo cierto. Sí hubo una descendencia…

—¡Pero es que eso es imposible! —volvió a protestar Sofía—. Muchísima gente antes, yo misma después, todos hemos estudiado este asunto. Te digo que no hubo tal descendencia, es imposible, no hay ni la más mínima pista, ¡no la hubo!

—¡Pero por qué coño tienes que ser tan cabezota, Sofía! ¿Cómo que es imposible? ¿Por qué? ¿Solo porque tú y tus amiguitos no hubieseis dado antes con ese dato ya no puede ser real? ¡Por el amor de Dios, cuánta arrogancia! ¡Pero si incluso tenemos un

testigo que te acaba de abrir una puerta, ¿qué digo *puerta*? ¡Un pórtico, te acaban de abrir un jodido pórtico a esa posibilidad! Ahí arriba —dije señalando en la dirección del número 16— tienes un hombre que oyó cómo aquella mujer tuteaba a doña Gala al mismo tiempo que la llamaba *abuela*. ¡¿Qué más quieres?! ¿Acaso vas a rechazar todo cuanto acabas de oír solo porque el nombre del señor Bareda no sale en vuestros libros? Pues yo te digo que no. ¡No!

Me di cuenta de que estaba volviendo a gritar en medio de la calle. Intenté relajar un poco la situación.

—Sofía, tienes que abrir los ojos, tienes que abrirlos, porque muy probablemente tu querida Rosalía sí tuviera nietos, bisnietos, y solo Dios sabe qué más… Y nosotros estamos en la obligación de tirar de ese hilo, profesora, no podemos dejarlo pasar, porque, también muy probablemente, sea ese el que nos lleve hasta la puerta de nuestro amigo Adriano.

Sofía se quedó en silencio, observándome desde su banco sin moverse ni un milímetro.

—De acuerdo —dijo de repente.

Sentí como mis cejas se disparaban. ¿*De acuerdo*? Sorpresa…

—De acuerdo —repitió confirmando su claudicación con un golpe de ambas manos sobre las piernas—, vamos a suponer, y ojo, que solo estoy diciendo *suponer*, que estás en lo cierto. Muy bien. ¿Qué es lo que piensas hacer ahora?

Vaya, definitivamente era esa una concesión con la que no contaba. Y menos aún con la pregunta consiguiente.

—Pues está claro, Sofía —improvisé—. Ahora tenemos que ir al Ayuntamiento.

—¿A la casa del pueblo? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Sí, a la misma —respondí con decisión—. Si durante tantos años vivió aquí, es imposible que desapareciera sin dejar rastro. Ahí es donde tenemos que buscar. Registro Civil, listas del censo, lo que sea. Algo encontraremos.

Mi último comentario dejó en evidencia lo débil de mi propia argumentación.

—Impresionante… ¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Buscando por la «A» de «Ariel Noséquémás»? O, vaya, tal vez por la «L» de «La bisnieta perdida de Rosalía de Castro»… —De acuerdo, ahora le tocaba a ella devolverme los ataques—. No, Aquiles, por ahí no vas bien. Si ocultaba su parentesco, lo más probable es que también ocultara su identidad. No sé si lo sabrás —venga, ahí vamos otra vez…—, pero según tengo entendido por aquellos años no era necesario el carné para ir a votar…

Se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro de la plaza. Del banco de Castelao a otro ocupado por Cunqueiro, del de Cunqueiro de vuelta al de Castelao, del de Castelao al de Cunqueiro, y así *ad infinitum*. De vez cuando miraba al cielo, como si estuviera sopesando las posibilidades de alguna decisión todavía por tomar.

—No —dijo al fin deteniéndose en medio de la plaza—, no. Deja ese trabajo para tu amigo Andrés y sus perros de presa… Escucha, Aquiles, escúchame con atención: yo no digo que sea así —advirtió a modo de cura en salud—, pero si al final resulta que tú estás en lo cierto, y la vieja Gala sí tuvo una nieta, entonces sé con quién tenemos que hablar. Espera un momento.

Sofía volvió a sacar el teléfono móvil del bolsillo en que lo había guardado después de mostrárselo al señor Bareda. Marcó un número, y mientras aguardaba la respuesta fue alejándose de mí, caminando en dirección al edificio del mercado. Aún seguía yo al lado del tal Gatipedro cuando me di cuenta de que Sofía hablaba con alguien al otro lado del aparato. Durante un buen rato permaneció gesticulando, caminando en círculos, negando con una mano. Y todo demasiado lejos como para que yo pudiera escuchar nada.

Al final, cuando la conversación estuvo concluida y el aparato de vuelta en su bolsillo, la profesora Deneb hizo un gesto para que me acercase a ella.

—Nos vamos —dijo caminando hacia el coche.

—¿Nos vamos? ¿Así, sin más?

—Así, sin más —repitió ella, con rotundidad y sin más aclaración por su parte que el enésimo ajuste de las gafas sobre su nariz.

—Vale, muy bien —acaté yo siguiéndole el paso firme—. ¿Y hacia dónde es que nos vamos, si se puede saber?

—A Vigo.

—¿A Vigo? ¿Ahora?

Sofía se detuvo en el medio de la calle.

—¿Quieres encontrar a la nieta de Gala, sí o no?

—Sí, claro que quiero —respondí desconcertado.

—¿Y acaso tienes algo mejor que hacer esta tarde? Porque si es así también podemos llamar a Calímaco y decirle que por hoy ya no vamos a hacer nada por solucionar este asunto.

Calímaco de Brión… En mi euforia por lo conseguido había olvidado que todo apuntaba a que el bibliotecario podría ser el siguiente en la lista de Adriano.

—No, Sofía, por supuesto que no.

—Pues venga, andando —respondió ella retomando la marcha —. Dicen que las Rías Baixas están preciosas en esta época del año. Ah, y una cosa más, Aquiles.

La profesora volvió a detenerse en el medio de la calle, ahora apuntándome con el dedo índice.

—Si vuelves a gritarme, te mato.

TERCER ACTO:
EL VIENTO

«y a todas partes me sigues,
solícita y cariñosa,
y en todas partes me buscas,
y en todas partes me nombras».
Aurelio Aguirre, «El murmullo de las olas».

Ha quedado hermosa la tarde, quién lo diría… Los cuerpos se dejan acariciar por este sol de primavera, y ya nadie recuerda las lluvias que apenas dos días atrás ahogaban al mundo. No, ahora ya nadie recuerda nada. Porque no sois personas, ni siquiera sois gente. Sois bancos de peces, pececillos con tres segundos de memoria. Pececillos dentro y fuera de los estanques de la Alameda.

Aquí ya es primavera. Las parejas de enamorados, cogidos de la mano, se van metiendo en las oscuridades del Paseo de los Leones. De la Puerta Faxeira vienen mujeres empujando sus carritos de bebé. Criaturas… Si me doy la vuelta puedo ver la calle de la Senra desde aquí. La máquina a mi lado no deja de trabajar, huele a palomitas de maíz con mantequilla. Y a algodón de azúcar. Apesta…

Ahí están, ya salen. ¿Qué hora es? Dos minutos más allá de las cinco. Sois puntuales… Me pregunto si también lo seréis para entrar a las clases. Tiene gracia, el nombre del instituto: Rosalía de Castro. No podía ser de otro modo… Ahí está, ese es. Él, con su grupo de compañeros. Cruzan la calle, vienen hacia aquí. Siempre hacen lo mismo, una tarde tras otra. ¿También queréis el sol de la Alameda? Somos animales de costumbres, sí… Una bolsa de palomitas de maíz, y se van caminando. Al cruzarse con la estatua, uno de los chavales le da una sonora palmada en el culo a la más alta de las Marías. Todos se ríen con la broma. Todos, menos las viejas, claro, que ya no dicen nada. Porque son de metal, sí. Pero también porque son viejas… El pasado prefiere permanecer en silencio, inmóvil ante el futuro, estrepitoso y en movimiento. Un futuro que viene para arrollar al pasado dándole palmadas en el culo. Bárbaros… Ellos siguen caminando, van en dirección al Paseo de la Ferradura. Van cogiendo distancia, alejándose. No importa, de sobra sé lo que vais a hacer. El palco de la música.

Todo el grupo de chavales sube al viejo kiosco de música. Palomitas de maíz para todos, las bolsas y los libros tirados de cualquier manera por el suelo. Y ahí estáis, los pececillos en vuestro acuario. Chicas y chicos jugando al juego de los amores por llegar. Pececillos que poco a poco van yendo, «de la fuente al río, del río a la vega». Míralos, míralos bien. Cada uno de estos chiquillos no es más que un pensamiento, una idea por hacerse.

O no.

Sí… Estos sí. Pensamientos volando locos. Como los míos, vosotros, que nunca me dejáis vivir en paz. Luce el sol por fuera,

pero por dentro sigue lloviendo. Mi madre la lluvia, que cae con fuerza. Qué buscáis, mis pensamientos locos, si yo no lo digo nadie lo sabrá… Chicas, chicos…

Y de entre todos, uno.

El más alto. Es un buen chaval el crío espigado, un buen chaval, por lo visto. Habla con los demás, algunos atienden, todos ríen a carcajadas. Y de entre todas, una. Esa chica, esa, la morena. Esa chica te mira con ojitos golosos, muchacho. Lástima…

Se acabaron las palomitas, va siendo hora de marchar. El chaval coge su bolsa, parece pesada. ¿Cuántos libros tiene que llevar hoy un bachiller a clase? Muchos deben de ser… Y para no aprender nada. Todos se despiden. Esa chica se fija mucho en ti, muchacho, ¿no lo ves? No, tú aún no lo ves. Una lástima, desde luego. El chico espigado atraviesa el paseo central de la Alameda de Santiago, se dirige hacia la avenida. Cruza con cuidado, apenas hay tráfico. Pero él presta atención. Muy bien, campeón, muy bien. Baja las escaleras, sigue hasta la calle de abajo. Carrera del Conde, ya estás en casa, ahí está tu portal.

«…del río a la vega
de la vega al mar».

-16-
El oficio de dar miedo

El profesor Solano es mucho más que una autoridad en la materia. Se trata de una especie de «Guardián del templo», «El maestro de las llaves», o algo así… Si la memoria de nuestro pueblo tiene un portero, ese es él.

Dicen los escritores que «uno siempre debe saber más de lo que cuenta». Si es así, desde luego en el caso del profesor Solano la norma se observa hasta extremos insospechables. Solano no solo sabe más de lo que cuenta, muchísimo más, sino que en aquello que no dice es donde se ocultan las verdades con las que podría cambiarse la memoria del país. Él peina todos los tiempos, recoge en todos los campos de nuestra historia, y después es él, y nadie más que él, quien decide lo que sale a la luz y lo que queda en la oscuridad. Bueno, en realidad no sé si lo hace él solo, o si hay alguien más, alguna suerte de «Consejo de sabios» encargado de administrar las cuentas de nuestra memoria para marcar cuánto se puede saber en cada momento y cuánto no… No lo sé. Yo solo sé que, hace muchos años, a mí me había llevado mucho tiempo descubrir la verdad sobre aquel asunto. Las cosas sucedieron en el segundo año de carrera, con el profesor Solano como uno de mis tutores. En realidad ya lo había tenido como tal en primer curso, donde nos había animado a todos sus alumnos de Literatura Gallega 1 a participar en la redacción de algún trabajo de investigación libre sobre la historia de nuestras letras. Yo había escogido algo sobre Blanco Amor y *A Esmorga*, algo que, en realidad, pronto olvidé. Preparando la documentación pertinente para mi trabajo, encontré por casualidad un par de artículos en los que se insinuaba aquella otra cuestión: ¿quién había escrito realmente los *Seis poemas gallegos* de Federico García Lorca?

Era mi primer año, y yo todavía creía en las luces de nuestra Historia. Nuestro idioma, otrora digno de reyes, volvía a ser merecedor de ser cantado por las mejores voces. No solo gallegas. Y nosotros teníamos la suerte de contar con el poeta de Granada como el principal referente de nuestra alofonía. Así pues, ¿qué era eso de insinuar que no era su mano la que había compuesto aquellos seis poemas?

Me supuso mucho tiempo de investigación. Muchas las horas encerrada en la biblioteca, sumergida en interminables sesiones a la

búsqueda de información, en un tiempo en que internet aún no era la herramienta a disposición de todos que ahora es. Por lo menos no aquí.

Pero un año más tarde ya no había vuelta de hoja. Cuando por fin tuve todos los datos y ninguna duda sobre su confirmación subí corriendo al despacho del profesor. Allí estaba él, sentado en su sillón, sonriéndome tranquilamente, las manos cruzadas sobre su escritorio. «¡Profesor Solano! —exclamé todavía desde la puerta—, tengo que enseñarle algo, ¡algo increíble!».

Pero él no me dejó hablar. Con una mano me hizo un gesto para que aguardase, mientras con la otra abría uno de los cajones de su escritorio. Cogió un folio en blanco y, con mucha calma, lo posó sobre la mesa. Después, sacó del bolsillo interior de su chaqueta una estilográfica y comenzó a escribir algo en la hoja. «Parece que finalmente ha hecho usted algún avance en su investigación. Avance del que, con toda seguridad, quiere hablar conmigo, ¿no es así, señorita Deneb?», dijo al tiempo que daba por concluido su escrito. «Sí, profesor, lo tengo», respondí yo mientras él doblaba el folio en el que había estado escribiendo. «No se lo va a creer, pero ya sé la verdad. Los poemas no son de Lorca, sino…».

El profesor Solano repitió el ademán primero, volviendo a levantar la misma mano en el aire. «Espere, espere, señorita… Tenga —dijo ofreciéndome la nota que acababa de escribir—, esto es para usted». Me sorprendió su gesto. ¿A qué estaba jugando? Cogí el papel, lo desplegué, y las carpetas que traía conmigo cayeron todas al suelo. No podía creer lo que estaba leyendo.

Con caligrafía clara y rotunda, lo que el profesor Solano acababa de escribir ante mis ojos en aquel folio no era otra cosa sino un nombre. El mismo nombre que a mí me había llevado casi un año entero descubrir. No podía ser. «Cómo…».

Pero esta vez tampoco me dejó seguir.

«Querida, lo importante no es *cómo*, sino *para qué*». Y, de nuevo, volví a sentirme todavía más perdida de lo que ya estaba. *Cómo que para qué*…

—Para contarlo —respondí cuando por fin pude encadenar dos pensamientos coherentes seguidos.

—¿Para contarlo? —repitió él arqueando las cejas con aire inocente.

—Por supuesto, profesor. Esto es ha de saberse…

—No, querida señorita, nosotros no vamos a contar nada. Y usted tampoco.

—No vamos… ¿*Nosotros*? ¿Cómo que no? Pero…

—No —repitió sin más al tiempo que volvía a cruzar sus manos sobre la mesa y restauraba su incómoda sonrisa de viejo amable en el rostro.

La incipiente sensación de ahogo en la boca del estómago me indicaba lo lejos que me encontraba de entender nada de lo que estaba sucediendo entre las paredes de aquel despacho.

—Pero, ¡¿cómo que no?! ¡Algo como esto no puede quedar así! Da igual quien lo haya descubierto, profesor, usted sabe mejor que yo que esta noticia rompe con uno de los grandes mitos de nuestra tradición literaria, tenemos que…

Pero ya no me dejó continuar.

—Pues precisamente por eso, querida señorita. Cierre la puerta de una vez, siéntese, y escuche.

La mirada grave, casi intimidatoria, que en ese momento descubrí en la expresión del profesor me hizo obedecer. Cogí la única silla que había frente a su mesa, y allí, sentada en el despacho 210 de la facultad de Filología, recibí una explicación que no olvidaría en la vida.

—Son tiempos difíciles éstos, joven, tiempos de reconstrucción. Ahora tenemos a la ciencia de nuestra parte. Tenemos estudios de sonido, laboratorios en los que analizar el idioma, tenemos editoriales, tenemos la gramática. Y eso está muy bien…

»Pero nuestra historia, como todas las grandes historias, sigue necesitando de sus propios mitos fundacionales. Y ese que usted pretende desarmar ahora es uno de los más importantes, pequeña mía. El de la alofonía… Usted ya lo sabe, porque fui yo mismo quien se lo explicó a lo largo del curso pasado, toda literatura que se precie ha de ser capaz de enamorar incluso a sus visitantes extranjeros. La literatura gallega ha tenido muchos amantes, es verdad. Pero no es menos cierto que ninguno como Federico García Lorca. ¿Echar eso por tierra? —volvió a sonreír—. No, no podemos hacer tal cosa. No ahora. Y, si me lo permite, todavía le daré un pequeño consejo más…

Echó su cuerpo hacia adelante, y acariciando sobre la mesa los papeles que yo había recogido del suelo, siguió hablando sin mirarme a los ojos.

—Si usted, querida, tal vez llevada por ese ímpetu iconoclasta, rompedor e incluso un tanto ácrata por otra parte tan propio de su juventud, decidiera finalmente sacar estos papeles a la luz, a mí no me dejaría en otra tesitura que no fuera la de recomendar su expulsión de esta universidad.

Así me lo dijo, ahora sí sus ojos clavados en los míos. Sin

pestañear. No podía creer lo que estaba oyendo. Mi propio profesor acababa de amenazarme. Con toda seguridad, hoy lo habría mandado a la mierda. Pero por aquel entonces yo era demasiado joven.

—Cada cosa a su tiempo, señorita Deneb, cada cosa a su tiempo —le oí decir cuando ya me iba del despacho—. Está usted llamada a hacer grandes cosas. No lo estropee ahora con esto.

El impacto directo en la línea de flotación de mi fe hizo que ese cuatrimestre me costara sacar el curso adelante. Pero al final conseguí hacerlo. Muchas veces a lo largo de ese año me pregunté a quién se habría referido el profesor Solano con su plural en aquella respuesta, «no vamos a contar nada». Estaba claro que a nosotros dos no había sido, «y usted tampoco», había añadido. Nunca lo descubrí, y con el tiempo las cosas fueron cambiando. Solano se jubiló al año siguiente, dos cursos después mi grupo se licenció, y fue esa misma generación la que sacaría adelante estudios muy interesantes, tanto en el campo de la Lingüística como en el de la Literatura. Con el tiempo, yo misma acabé publicando no solo aquel trabajo sobre los *Seis poemas gallegos*, ampliado en profundidad, sino muchos otros sin que nadie me ocasionara ningún problema, y por descontado sin recibir ninguna amenaza. Nada… Pero sin llegar a desechar jamás aquel pensamiento: nunca tuve ninguna duda sobre la existencia de aquella especie de mafia cultural, un extraño consejo que desde la oscuridad dictaba lo que se podía saber y lo que no, lo que se contaba y lo que no. Lo que era cierto y lo que no. Ni mucho menos dudé de que Solano ocupaba uno de sus asientos principales.

Todo esto era lo que yo le iba contando al todavía desconfiado Aquiles para justificar el viaje repentino que su reliquia con ruedas pero sin aire acondicionado estaba haciendo ahora desde A Coruña hasta Vigo. El pobre escuchaba y asentía a cada poco, pero, a decir verdad, no sabría decir muy bien cuánto de lo contado le había quedado retenido cuando su teléfono móvil comenzó a sonar con insistencia. Lo sacó del bolsillo, le echó un vistazo a la pantalla, y a mí me pareció percibir una sombra de incomodidad en su rostro. Después de disculparse tímidamente, atendió la llamada.

—Hola, m… —volvió a mirarme de refilón—. Hola.

—…

—No.

—…

—No, hoy no podré ir.

—…

—Sí, yo también lo siento, pero…

—…

—No, no. Que no.

—…

—No, no estoy solo…

—…

—Sí, se trata de una mujer, sí.

—…

—No lo sé.

—…

—Que no lo sé, no te lo puedo decir, ahora no…

—…

—¡Sí, vale, de acuerdo: es muy guapa!

—…

—Por favor, ¿otra vez con eso? No, no tengo nada con ella. Ya lo sabes, ¡ni con ella ni con nadie!

—…

—Que sí…

—…

—Pero a ver, ¿no te lo estoy diciendo? Siempre lo tengo, m… —una nueva mirada de reojo puso en claro que algo le incomodaba. Mi presencia, claro.

—…

—¿Con las balas? ¿Cómo que con las balas?

—…

—No, no son las balas. ¡Son las armas las que carga el diablo!

—…

—Sí, estoy bastante seguro, sí…

—…

—Sí, mañana, mañana estaré ahí. Yo también te quiero, mucho. Sí. Otro para ti.

Colgó el teléfono, y aún con aquel gesto de incomodidad en los labios volvió a meterlo en el mismo bolsillo del que lo había sacado.

—¿Tu novia? —pregunté con toda la indiferencia que fui capaz de aparentar.

Pero él no respondió. Por lo menos, en ninguna de las direcciones que yo esperaba.

—¿Mi novia? —Me miró con aire sorprendido.

Y aún se me quedó mirando, hasta que poco a poco comenzó a dibujársele una sonrisa extraña en los labios.

—¿Me estoy perdiendo algo…?

—Disculpa —dijo todavía sin dejar de sonreír—, supongo que

me hace gracia… No, no era mi novia. Era mi madre.

—¿Tu… madre?

—Sí —volvió a sonreír—, toda ella. Llama de vez en cuando, y una vez que empieza a hablar ya no hay quien la pare… Ya te imaginarás, ella fue quien me puso el nombre, así que supongo que en realidad también es ella mi talón…

Los dos reímos la ocurrencia, pero poco a poco su sonrisa, franca, divertida, fue dando paso a una especie de gesto triste.

—Es que ella no está bien, ¿sabes? Tiene… Tiene problemas. Siempre llama, en cualquier momento. Está en una residencia, pero llama para ver si hoy voy a ir por casa, o para preguntar a qué hora iré a cenar esta noche…

—Ah, vaya —comprendí—. Lo siento mucho.

—No, no te preocupes. La verdad es que ya casi no se da cuenta de nada… De hecho, ahora lo único que le preocupa es que coma bien, que me abrigue y que siente la cabeza, que ya voy teniendo una edad.

Sonreí.

—Vaya, así que que sientes la cabeza —comenté de nuevo con curiosidad.

—Pues sí. Que a ver si encuentro una chica que me aguante, que ya son horas, y todo eso… Y no.

—¿*No* qué?

Aquiles volvió a sonreír, esta vez con amargura.

—Tu otra pregunta: yo no tengo novia —respondió sin apartar la mirada del asfalto que se extendía ante nosotros.

—Ah… ¿no?

—No. Ya no.

Me quedé mirándole, esperando algún tipo de continuidad, alguna explicación, una historia. Pero ya no hubo más. Aquiles se quedó en silencio, el Mercedes rodando por el puente de Rande. Al otro lado de su ventanilla la isla de San Simón recibía tranquila las olas del mar de Vigo.

—A mí no me quiere nadie —dijo cuando ya no esperaba oír su voz.

-17-
El profesor Solano

Vigo, *la ciudad abierta al mar*[10] en la que, curiosamente, nunca verás el mar hasta que lo tengas justo delante de las narices. Calles empinadas, cuestas interminables y un tráfico endiablado. «Llevar el coche por Compostela es más bien fácil. En fila india para aquí, en fila india para allá, atasco, paciencia, y poco más. Pero si algún día te ves en la necesidad de conducir un coche por el centro de Marrakech, mejor será que antes hayas hecho alguna práctica por Vigo, chaval». Esto era lo que siempre me decía el hombre que me enseñó a conducir. Y Patricio Pi, que así se llamaba mi monitor en la autoescuela, de estas cosas sabía mucho. Por su trabajo, sí. Pero sobre todo porque era portugués. Y desde luego nadie me negará que si de algo saben los portugueses es de conducir mal… Este era el primer pensamiento que siempre me venía a la cabeza cada vez que entraba conduciendo en esta ciudad.

Ocupado como estaba en la exposición de mis protestas, no me resultó nada complicado perderme varias veces de camino a nuestro destino. La «Ciudad Olívica» y sus condenados cambios de dirección… Hasta donde yo recordaba, la calle Travesía de Vigo era una especie de avenida amplia, una de las viejas entradas a la ciudad viniendo desde Pontevedra, y sin mayores dificultades que los dos sentidos de circulación. Hasta donde yo recordaba… Hoy, la confluencia de la Travesía con la calle Aragón es una rotonda gigantesca en la que el señor Pancho Capón habría visto *ipso facto* espacio suficiente para el aterrizaje de los platillos volantes extraterrestres, con un paso subterráneo de cuatro carriles, el acceso a un gigantesco centro comercial construido sobre los restos de una estación eléctrica abandonada y, sobre todo, muy poco sitio para aparcar. Justo ahí era a donde íbamos. Travesía de Vigo 198, último piso. La dirección del profesor Solano.

Cuando salimos del ascensor, el viejo maestro, avisado de nuestra llegada por el portero automático, ya nos estaba esperando en la puerta de su piso, embutido en un suntuoso batín de seda. Al verlo, la primera imagen que me vino la cabeza fue una instantánea de Alfred Hitchcock. En cierto modo, se asemejaba mucho a la estampa del director inglés en sus últimos años. Pero con el pelo más ondulado. El profesor era un hombre mayor, bajito, unos cuantos años ya por encima de los ochenta. Nos invitó a entrar y,

siguiendo su vacilante paso pendular a través de la vivienda, acabamos llegando a su despacho, una sala amplia al fondo de un pasillo eterno. La habitación, iluminada solo por la tenue luz de una pequeña lámpara de latón instalada sobre el escritorio, se mostraba completamente cubierta de libros, más o menos apilados en espacios de dos o incluso hasta tres filas de profundidad en estantes que iban desde el suelo hasta el techo. Nos sentamos donde se nos indicó, y allí quedamos todos. El viejo profesor emérito, nosotros dos, y todos aquellos libros contemplándonos desde el silencio de la penumbra.

—Cuánto tiempo sin vernos, señorita Deneb. Si me permite usted que así la llame. Aunque de sobra sé que hoy ya es usted una brillante profesora, para mí, un humilde catedrático jubilado, siempre será usted la última de mis alumnas escogidas…

Sofía dejó escapar una pequeña sonrisa, la unidad de aprobación mínima.

—No en balde —siguió hablando el profesor en ese mismo tono exento de humildad—, doy por sentado que ya habrá reparado en lo poco de casual que hay en el hecho de que ahora sea usted quien ocupe mi viejo despacho en la facultad, profesora.

Sofía volvió a sonreír.

—Por supuesto, profesor. Es ese un detalle en particular que me llena de orgullo.

Sentado desde mi posición de observador, a la derecha de la profesora Deneb, me pareció percibir cierta sensación incómoda. Calma tensa… Intenté romper el hielo.

—Profesor, si me lo permite —dije tendiéndole la mano—, mi nombre es…

—Sé perfectamente cuál es su nombre, caballero —respondió al tiempo que me estrechaba la mano—. Usted es Aquiles Vega, antiguo periodista de *El País*, muy agudo en su trabajo, pero muy poco avispado a la hora de hacer públicos ciertos comentarios que, con toda seguridad, deberían permanecer en los terrenos de lo particular, ¿no le parece?

Tanto me desconcertó lo concreto de su reconocimiento como la fuerza con la que a lo largo de toda la descripción mantuvo cogida mi mano.

—Sí, bueno, supongo que sí… —Siempre he tenido una excelente facilidad de palabra.

—Por supuesto que sí. Bien, vayamos a lo que importa. Me veo en la obligación de confesarle, querida, que no sabría decir qué me ha causado mayor sorpresa, si lo inesperado de su llamada, después

de tantos años, o esas prisas por su parte en vernos hoy mismo. Así que, por favor, díganme ahora: ¿a qué debo el placer de su visita? Porque, aunque mucho me habría alegrado, de sobra sé que por mi cumpleaños no es…

—Vaya, ¿está usted de aniversario? Pues felicidades, profesor.

El profesor Solano se quedó mirándome en silencio.

—Pues sí, lo he estado. Hace seis meses, para ser exactos… Así que, confirmado a través de su ignorancia confesa en lo que atañe a esta cuestión que ese no es el motivo de su visita, ustedes dirán.

Por un momento, Sofía se quedó observando a su viejo profesor de literatura, ahora cómodamente reclinado contra el respaldo de su sillón, con las manos cruzadas sobre la barriga y el rostro alejado de la claridad emitida por la pequeña lámpara. Me la imaginé poniendo en orden su discurso, reavivando los recuerdos, escogiendo los datos con los que poder hacer la mejor descripción posible de los hechos que nos habían llevado ante él.

—Está muriendo gente, profesor.

Bueno, puede que me hubiese equivocado…

—Así que es verdad lo que se comenta por ahí, viene usted por eso… El *asunto Rosalía*, ¿no es eso?

—Exacto —respondió ella.

—¿Están ustedes trabajando con la policía?

—No, profesor, ya sabe usted que no. Ellos van por otros caminos, otras sendas digamos más…, ortodoxas.

—Sí… Pero este caso no lo es, ¿verdad? *Ortodoxo*, quiero decir… ¿No es así, hija mía?

—No, no lo es, profesor. Y nosotros estamos convencidos de que hay algo más detrás de estos asesinatos. Algo diferente.

—Por supuesto, querida, por supuesto. ¿Podríamos hablar, tal vez y recordando a Murguía, de *Cuentas ajustadas, medio cobradas*[11], quizás?

—Sí, algo así. Los datos que Aquiles y yo manejamos apuntan a la posibilidad de que la autoría de estos dos asesinatos corresponda a un descendiente de Rosalía.

Pese a la poca luz en la que se había instalado, todavía pudimos ver cómo el profesor Solano nos ofrecía ahora una mirada de medio perfil, una sonrisa velada.

—¿Un descendiente de Rosalía? Pero eso es…

—Imposible —le atajó Sofía—, sí, ya lo sé. De hecho, esa es la palabra que yo he venido repitiendo todos estos días. Hasta hoy mismo. Pero a estas alturas, profesor, los dos sabemos que en este mundo en el que nosotros vivimos *imposible* no tiene porque ser

sinónimo de irreal, ¿verdad?

El viejo maestro volvió a sonreír.

—Tal vez… ¿Y en qué vía de descendencia están ustedes pensando? Porque si es para volver a sacar el viejo asunto del hijo que Ovidio dejó en Madrid, sepan ustedes que hoy…

—No, no se trata de Ovidio, profesor —volvió a interrumpir Sofía—. Es Gala.

El profesor Solano se quedó en silencio, repartiendo miradas alternativas entre la profesora Deneb y yo.

—¿Gala?

—Gala —le confirmé.

—¿Y qué es lo que les ha llevado a pensar semejante cosa, señores? —preguntó desde la penumbra en que el respaldo de su sillón se encontraba.

—El encuentro con un antiguo amigo de la familia, señor.

Ahora sí, Sofía puso al día a su antiguo profesor sobre todo cuanto había ido aconteciendo, desde la muerte del falso psicoanalista hasta nuestra llegada a Vigo, haciendo especial hincapié en el encuentro que apenas unas horas atrás habíamos tenido, a casi ciento sesenta kilómetros de donde ahora nos encontrábamos, con el antiguo vecino de doña Gala. No dejó de llamarme la atención ver cómo Sofía se guardaba para sí ciertos datos concretos en lo tocante a la identidad del señor Bareda, quizás interesada en la preservación de las fuentes para un futuro libro, pensé…

—Señores, por favor… —respondió Solano después de que Sofía hubiese dado por concluida su sinopsis de la situación—. Permítanme que les muestre una cosa.

El profesor se levantó de su asiento para ir a la búsqueda de algo en su biblioteca. Un libro, entre los miles que allí había. Hojeó sus páginas hasta que, una vez encontrado lo que estaba buscando, pasó a ofrecérselo a la profesora.

—Si son tan amables de repasar con un poco de atención este capítulo de mis famosas *Notas rosalianas*, uno de los primeros libros en abordar con cierta profundidad este tipo de cuestiones, podrán echarle un ojo a los detalles del testamento de doña Gala. En él se habla de su matrimonio con el señor don Pedro Izquierdo Corral, con quien efectivamente estuvo casada entre los años 1922 y 1942. La hija de Rosalía contaba ya los cincuenta años cumplidos cuando contrajo matrimonio, por lo que no resulta difícil comprender la falta de descendencia proveniente de esa rama. De hecho, es el propio testamento el que lo deja bien claro. Si me permite, señorita

Deneb —Sofía le devolvió el libro, y el profesor Solano comenzó a leer tras haber localizado el epígrafe concreto—. Sí, aquí está.

»"Declara ser hija de los finados consortes Don Manuel y Doña Rosalía, y hallarse viuda de Don Pedro Izquierdo Corral, de cuyo matrimonio no le quedó sucesión, pudiendo por tanto disponer libremente de sus bienes". Como pueden ver, no cabe duda a ese respecto…

Pero Sofía tampoco tardó en responder.

—Conozco perfectamente lo que pone en ese testamento, profesor. No hay más herederos que el Patronato, la Real Academia, la Diputación, el Ayuntamiento de A Coruña, y la familia Aián.

—Además de un tal Pedro Moncholi, que hereda una pequeña parcela en Sevilla —matizó el profesor con el texto del testamento ante los ojos.

—Sí, sí, él también… De hecho, incluso hoy yo misma he negado la posibilidad teniendo en mi pensamiento este mismo argumento que ahora usted, como siempre, nos concreta con todo lujo de detalles.

»Pero, señor, como ya le he dicho, usted y yo sabemos de una buena cuenta de capítulos que, a pesar de su aparente imposibilidad, están ahí, ocultos en nuestra historia, ¿verdad? De hecho, mientras veníamos para aquí, yo misma le iba dando vueltas al hecho de que alguien no declare ninguna descendencia en su testamento no quiere decir que no la tenga.

El profesor Solano escuchaba la propuesta de la profesora Deneb sin dejar de negar con la cabeza.

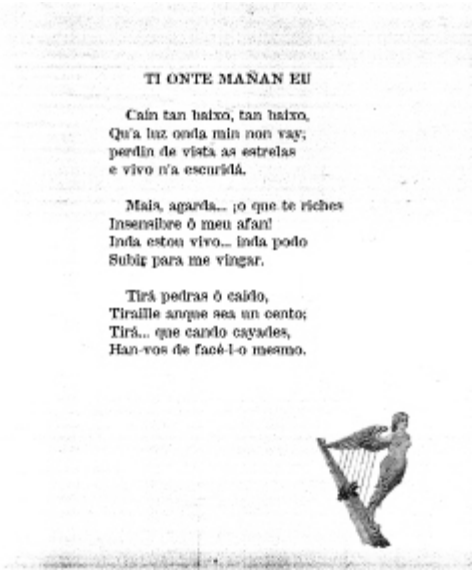
—Mire, señorita, como en cierta ocasión le dije en aquel despacho que entonces era mío, hay ciertas cosas que…

El sonido de mi teléfono móvil interrumpió la respuesta del profesor. Observé la pantalla. Andrés Casaperda. Me disculpé y salí de la estancia, dejando a los dos catedráticos enredados en una nueva disputa. Antes de responder la llamada, pude oír como Sofía dejaba una pregunta encima de la mesa.

—No, profesor, esta vez las cosas no son como entonces. De lo que estamos hablando ahora es de gente de verdad, muriéndose de verdad. Xosé Carneiro, Penélope Santalla. Y la cosa no tiene visos de parar. ¿Sabe usted quién ha recibido una amenaza hace apenas un par de días?

—Sí —respondió Solano con rotundidad—. Calímaco de Brión.

de: Adriano [enclosed recipient]
para: **Brigada de Investigación Criminal [bic.santiago@policia.es]**
fecha: **13.05.2013 18:38**
asunto: Tú ayer, mañana yo



TI ONTE MAÑAN EU

Caín tan baixo, tan baixo,
Qu'a luz onda min non vay;
perdín de vista as estrelas
e vivo n'a escuridá.

Mais, agarda... ¡o que te riches
Insensibre ô meu afan!
Inda estou vivo... inda podo
Subir para me vingar.

Tirá pedras ô caído,
Tiraille anque sea un cento;
Tirá... que cando cayades,
Han-vos de facé-l-o mesmo.

* Caí tan bajo, tan bajo, / que la luz a mí no va; / dejé de ver las estrellas / y vivo en la oscuridad.
Mas, aguarda… ¡Lo que reíste, / todo insensible a mi afán! / Aún estoy vivo…, aún puedo / subir para vengarme.
Tirad piedras al caído, / tiradle así sea un ciento; / tirad…, que cuando caigáis, / a vos lo mismo han de haceros.

Volví a entrar en el despacho. El profesor Solano, sentado de cara a la puerta, fue el primero en darse cuenta.

—Señor Vega… ¿Se encuentra usted bien?

Alertada por el comentario de su viejo profesor, Sofía también me buscó con la mirada.

—Aquiles, traes mala cara… ¿Qué ocurre? ¿Quién era?

—Malas noticias, Sofía. Eran malas noticias.

—¿Malas noticias? —La preocupación volvió a asomarse a su rostro—. Dios mío, Calímaco…

—No —respondí—, no se trata de Calímaco. Es… Es otra persona.

—¿Otra persona? —preguntó Solano—. ¿Cómo que otra persona?

—¿Pero qué es lo que ocurre, Aquiles? ¿Se trata de otro asesinato, sí o no? —se atrevió por fin a preguntar ella.

—No lo sé…

La llamada de Andrés había sido muy desconcertante. Cuando hablamos él acababa de llegar al lugar del suceso, y en tan poco tiempo solo me pudo concretar un par de datos.

—No —continué—, todavía no se sabe nada. Por lo visto, el asunto podría tener más trazas de ser un accidente doméstico. Pero tal y como están yendo las cosas, Andrés ya no sabe qué pensar. Sobre todo, teniendo en cuenta quién es el chaval…

—¿*El chaval*? ¿Cómo que teniendo en cuenta quién es el chaval? ¿Quién es, Aquiles, de quién se trata?

Ese era el primer dato que Andrés me había dado.

—El muchacho se llamaba Beltrán, y…

Sofía no me dejó seguir.

—¡Oh, Dios mío, no! ¿Beltrán?, ¿Beltrán de…

—Sí —le confirmé—, Beltrán de Brión. El hijo de Calímaco.

—¿Muerto?

Asentí en silencio.

—Dios mío, no, no puede ser…

La profesora Deneb se echó las manos a la cara y comenzó a frotar con fuerza los ojos por debajo de las gafas. Mientras Sofía hacía esfuerzos evidentes para ocultar las lágrimas que comenzaban a rodar por sus mejillas, el profesor Solano seguía al otro lado de su escritorio, la boca entreabierta y la mirada perdida por encima del libro que unos minutos atrás nos leía en voz alta.

—Pobre Calímaco, pobre Calímaco —repetía Sofía—, tiene que estar destrozado… Beltrán era todo lo que tenía en la vida. ¿Qué es eso que has dicho de un posible accidente doméstico? ¿Se sabe

cómo ha muerto?

Sí, sí que se sabía. Ese era el segundo dato que Andrés me había dado.

—Se cayó por la ventana —respondí sin ningún tipo de miramiento.

Y ahí pasó, ese fue el momento, el punto de corte en la curva de inflexión.

Él apenas se movió, pero yo me di cuenta de que algo había llamado su atención. Los ojos del profesor, de repente más abiertos, volvieron de su viaje por ninguna parte para concentrarse ahora todo él en lo que acababa de oír. Sofía también lo notó, algo había pasado.

—¿Qué ocurre, profesor?

Pero él no escuchó la pregunta de la mujer.

—No puede ser…

Solano comenzó a levantar la cabeza muy lentamente, hasta que su mirada se cruzó con la mía. Tenían sus ojos una expresión a medio camino entre el asombro y el miedo.

—¿Está usted diciendo que Beltrán de Brión, el hijo del director del Instituto de Estudios Rosalianos, acaba de morir… cayéndose por una ventana del piso a la calle?

Parecía como si por fin hubiera reaccionado.

—Sí.

—¿En su casa?

—Sí, creo que sí. En el número 2 de la calle Carreira do Conde, en la esquina con la calle General Pardiñas. ¿Qué tiene eso de importante, profesor?

Pero Solano tampoco pareció escuchar mi pregunta.

—En Carreira do Conde… —repitió apenas en un hilo de voz el viejo, como para sí. Volvió a dirigirle una mirada a la profesora Deneb—. Dios mío, pero si incluso está al lado de la Senra.

—La Senra… —repitió Sofía.

Los dos profesores se quedaron en silencio, observándose el uno al otro.

—¡Por favor! —protesté—, ¡que alguien me diga de una vez qué coño está pasando!

—Lo que está pasando, Aquiles, es que el pobre Beltrán no ha tenido ningún accidente. ¿No es así, profesor?

En silencio, Solano respondió asintiendo ligeramente con la cabeza. Nada, en definitiva, que despejara mis dudas. Comencé a perder la paciencia.

—Un poco más de concreción, Sofía, por favor…

El profesor Solano volvió a observarme, visiblemente aturdido.

—Por favor, le ruego que nos disculpe, señor Vega. Lo que ocurre es que así, exactamente así, fue como murió el hijo pequeño de Rosalía.

—Así —confirmó Sofía al tiempo que volvía a frotarse con fuerza los ojos—, cayéndose de una ventana a la calle.

Algo resonó en mi cabeza. El hijo pequeño…

—No puede ser —empecé a comprender—, no puede ser. Me estáis diciendo que fue así como murió…

—Le estamos diciendo, señor Vega, que el joven De Brión acaba de morir del mismo modo que el verdadero Adriano.

—¿Y la Senra? —pregunté recordando la obsesión de ambos con la calle adyacente— ¿Qué tiene que ver la Senra con todo esto?

—Tiene que ver con que esa era la dirección de la familia Murguía-Castro en el momento del fatal accidente, señor. Calle de la Senra, número 17.

—Hoy 25 —concretó Sofía,

Por fin pude comenzar a comprender algo.

—Senra 25. Señor, pero si eso está a un tiro de piedra del paso de peatones de General Pardiñas…

Adriano seguía jugando con nosotros, con todos nosotros, y su mano se nos descubría ahora evidente en la muerte del pobre muchacho. Intentando poner orden en mis pensamientos a marchas forzadas, algo fue abriéndose paso entre ellos. Algo que la profesora Deneb me había contado días atrás, algo que no encajaba…

—Pero, Sofía, eso no fue lo que me dijiste… Tal y como me explicaste la primera vez que fuimos a Padrón, el verdadero Adriano murió al caer de una mesa al suelo…

—Y no le explicó mal —intervino el profesor Solano—. Sobre las causas de la muerte de Adriano, la teoría que explica la caída de la mesa, defendida entre otros por el profesor Fermín Bouza-Brey, una de las voces más autorizadas sobre la cuestión rosaliana a lo largo de casi todo el siglo XX, es la versión más extendida.

»Pero tal y como imagino que usted sabrá a estas alturas, señor Vega, de lo que estamos hablando aquí es de una familia con muchas versiones posibles… También para este episodio. Por eso, si busca en la hemeroteca del *ABC* podrá usted encontrar un artículo publicado alrededor del año sesenta y siete, tal vez sesenta y ocho, comprenda que le estoy hablando de memoria, en el que el profesor Ramón González-Alegre nos ofrece una versión diferente. Una en la que el pequeño Adriano cae desde la ventana a la calle al resbalársele entre los brazos a una de las tres criadas que atendían

la casa.

Adriano, siempre Adriano. ¿Pero por qué? Andrés me dijo que esta vez había entrado en la casa del señor De Brión con los ojos bien abiertos, pero que no había encontrado nada. Nada de clavos, nada de versos en cristales, allí no había nada. O por lo menos no a su vista… No importaba: si el pequeño Adriano había muerto de esa manera, esta vez nuestro hombre había dejado su mensaje claramente dibujado en la acera de la calle Carreira do Conde. Sí, sobre eso no había duda posible. ¿Pero por qué, por qué el muchacho? Era Calímaco, su padre, quien había recibido el correo. Era con él con quién iba el asunto, no con el chaval. Y otra cosa más…

—Pero algo ocurre con esa versión para que no sea marcada como la definitiva, ¿me equivoco?

Solano sonrió tímidamente.

—Exacto. Ocurre que la vía de llegada no es la más indicada…

—Lo que González-Alegre hace en ese artículo del que habla el profesor Solano —aclaró Sofía— no es en realidad más que reproducir lo dicho anteriormente por otra de aquellas voces que en la época también era reconocida como autorizada en la materia rosaliana.

—El gran erudito y amigo de la familia, Anxo Aián.

Me pareció percibir tanto una intención irónica al pasar la voz del profesor Solano por la palabra «erudito» como resentimiento al citar el nombre. Aián, un apellido que últimamente estaba empezando a sonar con cierta frecuencia… Yo me había quedado en silencio, pensando en lo que todo aquello podía significar, cuando la voz del profesor volvió a distraerme de mis cábalas.

—Y además, no debemos olvidar cuáles fueron las fuentes que ambos manejaron…

—¿Cuáles?

El viejo profesor volvió a dibujar una sonrisa semejante a la anterior, si bien esta vez ligeramente cargada de cinismo.

—Las conversaciones que sobre el tema ambos mantuvieron con doña Gala. Quizá en los años en que Bouza-Brey pudo hablar con ella no fuera la vieja el banco de recuerdos más fiable del mundo, pero con el asunto de Adriano, a aquellas alturas ella era la única que quedaba para contarlo, así que… Tiene usted vía libre para escoger la versión que más le plazca. Aunque, en realidad, yo me atrevería a decir que ahí fuera hay quien ya lo ha hecho por todos nosotros.

Por supuesto. Adriano lo había hecho. Y Gala. Gala y Adriano,

otra vez los mismos nombres… Esta vez fue Sofía la que reaccionó.

—Basta ya, profesor, basta ya de secretos. Ahora no estamos hablando de ninguna familia con muchas versiones posibles. No, ahora la cosa va en serio. Ya no se trata de salvar los mitos, sino de hacer lo propio con la vida de inocentes que nada le han hecho a nadie. ¿Quiere seguir jugando, profesor? ¡Mire, mire, tenemos las manos manchadas con la sangre de un muchacho inocente! —dijo tendiendo las palmas de sus manos hacia el profesor Solano, que no dejaba de observar fijamente las suyas—. ¿Quiere seguir jugando, sí? Porque yo no. Por favor, profesor, basta ya… Si sabe usted algo que tenga que ver con todo esto, este es el momento de contarlo.

El viejo catedrático jubilado volvió a levantar la cabeza, y sus ojos se quedaron clavados en los de la profesora Deneb sin que ninguno de los dos dijera nada durante un rato que a mí se me hizo eterno. Finalmente, Solano comenzó a asentir lentamente con la cabeza. Se puso en pie y, sin decir nada, salió del despacho.

Tardó en regresar. Cuando al fin lo hizo, traía en sus manos una vieja carpeta de papel con gomas elásticas y el color comido por el tiempo. El polvo acumulado sobre ella hablaba de los muchos años que llevaba sin ser abierta. Quizás ni tan siquiera tocada…

—Tengan mucho cuidado con esto —advirtió con expresión grave—, muchísimo. Estos papeles lo cambiarán todo.

-18-
Océanos de tristeza sin fin

Apenas fueron cuatro las palabras que cruzamos de regreso a Santiago. O, si fueron más, el desánimo que rodaba con nosotros hizo que no lo parecieran. Supongo que el ambiente no era el más propicio para muchas charlas. No, claro que no lo era. Habíamos llegado a Vigo animados por la posibilidad de hacer algún tipo de avance en nuestras investigaciones. Pero la noticia de una nueva muerte vino a caer como un jarro de agua fría sobre nosotros. Aunque nadie nos lo hubiera confirmado, nosotros sabíamos que no se trataba de ningún accidente. No… Era la mano de Adriano la que nuevamente había dibujado aquella caída al vacío, y yo tuve la sensación de que a Sofía le había afectado aún más el hecho de tratarse de un chaval tan joven. Porque además Beltrán no tenía nada que ver con todo este asunto… Era un joven brillante, que se preparaba para comenzar en la universidad al año siguiente sin meterse con nadie. Por lo visto pensaba seguir los pasos de su padre. Según Sofía me contó, Calímaco y su mujer habían tenido al pequeño siendo el bibliotecario ya un hombre de edad. Muerta la madre cuando Beltrán apenas era un niño, el pequeño creció en la única compañía de su padre. Ninguno de los dos tenía a nadie más en el mundo.

—¿Qué cosa es la felicidad, Aquiles, qué cosa es —preguntó la profesora sin dejar de mirar por la ventanilla de su lado—, que cuando tienes toda su plenitud por vivir viene un desgraciado malparido y te arroja a ti y a toda tu vida por la ventana? Dime, amigo, qué cosa es…

Me quedé mirándola por un instante. Algo, no sabría decir el qué, tal vez una sombra negra, incómoda, algo triste viajaba con nosotros.

—No lo sé, Sofía —respondí—. Ojalá pudiese decir cualquier cosa que te hiciera sentir mejor, pero no sé el qué… Y, si te soy sincero, creo que yo no soy la persona más indicada para tener esta conversación.

Me miró. Volví a fijarme en sus ojos, aun a la espera de una respuesta. Dios mío, aquellos ojos tan azules, tan increíblemente hermosos. Ojos de otro planeta…

—¿Por qué?

Y la sensación volvió a mí.

Ahí estaba, en el centro del pecho, el dolor por el que había estado llamando ese mismo viernes por la noche, borracho perdido por las calles de la ciudad. Ese mismo dolor por el que Sofía me había preguntado mientras cruzábamos el puente de Rande.

—Mira, yo no sé qué cosa es esa felicidad por la que preguntas, y si algún día la conocí, hoy no la recuerdo ya. Pero sí sé lo que es la vida. Una cosa triste, algo casual y, en casos como este, demasiado efímera. Yo no creo en esa felicidad de la que me hablas, y mucho menos en plenitud alguna.

»Antes me preguntaste por mi novia… En mi vida no ha habido más que breves instantes de eso que tú dices, y ni siquiera puedo decir que hayan sido míos, profesora. No. Esos momentos fueron de la mujer que los quiso compartir conmigo, y solo hasta donde ella quiso que llegaran… Cuando se fue, con ella se fueron también la plenitud y la felicidad. ¿Y el resto? El resto no son para mí más que instantes sueltos de algo parecido a la calma. Pequeñas, muy pequeñas islas de tranquilidad en medio de grandísimas extensiones de soledad. Un océano de tristeza sin fin. Eso es para mí la vida…

Y esta vez mi desencanto y yo fuimos uno. Una misma voz, un único sentir. La ocasión tampoco estaba para más fiestas. Seguimos lo que quedó de viaje en silencio, conduciendo en la primera oscuridad de una noche que se mezclaba con la autopista. De vez en cuando volvía a echar una mirada al regazo de Sofía. La carpeta del profesor Solano… ¿Qué secretos eran los que todavía dormían en aquellos pliegos? Al contrario de lo hecho regresando de nuestra primera visita a Padrón, cuando Sofía se pasó todo el viaje de vuelta hojeando el número e incluso leyendo en voz alta el artículo que Calímaco de Brión había firmado para la *Revista Rosaliana*, esta vez ni siquiera abrió la carpeta. En ningún momento le quitó la mano de encima, pero tampoco la abrió. «Estos papeles lo cambiarán todo», había dicho el profesor Solano, y yo no podía dejar de preguntarme qué era lo que había querido decir con eso. ¿Qué se ocultaba en aquella carpeta?

-19-
El conejo blanco

Martes, 14 de mayo

Otra noche larga. Mi espalda tenía las formas de mi sofá, y sus cojines aún llevaban escritos los nombres de todas y cada una de mis costillas. Me había quedado dormido en el salón, tras varias horas navegando por la red. No nos había mentido el viejo profesor, y sí, allí estaba aquel artículo, en la hemeroteca digital del *ABC*. Efectivamente firmado por Ramón González-Alegre, no lo había fechado mal el profesor Solano: publicado el 18 de noviembre de 1967. Se trataba en realidad de una pequeña memoria en la que el autor empleaba la prematura muerte de aquel hijo de Rosalía para justificar la composición de otra pieza de la poetisa, la titulada «Santa Escolástica», una especie de *via crucis* doloroso por las calles de Compostela, caminando por la ciudad desde Fonseca hasta San Martiño Pinario. También encontré la otra versión, aquella del tal Bouza-Brey, publicada en la página de la Real Academia Galega. Y todavía continué navegando a la búsqueda de más información, algo que me sirviera de ayuda para dirigirme en una u otra dirección.

Sí, encontré cosas, pero nada valioso. Incluso apareció quien sugiriese que en el parte de defunción del pequeño Adriano figuraba la enfermedad de Croup como causa de la muerte, aunque solo fuera para evitar el mal trago de la autopsia. La mayoría de los autores pasaban por alto las causas de la muerte del pequeño, y aquellos otros que no lo hacían repetían una y otra vez la versión traída por Bouza-Brey: el niño murió al caerse desde una mesa. En ningún otro lugar volví a encontrar la versión de la caída a la calle. No, nadie se había hecho eco de ella. Y, sin embargo, esa había sido la versión escogida por nuestro asesino. Por qué esa, Adriano por qué…

Mi situación actual se había convertido en algo duro, difícil de llevar. Después de que ella se marchara, mi vida comenzó un interesante viaje de superación personal. La perfección en su progresión habría sido todo un éxito de no ser por un pequeño detalle: su sentido descendente. Y el momento culminante de esa expedición mía a las más altas cotas de patetismo personal se vio coronado con mi ya más que celebre incidente en la red. Tras aquel desastre, perdidos mi primera fuente de ingresos y el último vestigio

de dignidad, decidí cambiar de aires. Llegué a un acuerdo con el banco, una repartición equitativa mediante la cual yo me quedaba con la vajilla que me habían regalado y ellos se quedaban con mi piso, y decidí que ya era hora de mudarme a un lugar más acorde con mi posición. Qué remedio… Allí, en Pandataria, clavado en plena madrugada, como tantas otras veces observando la noche oscura desde la ventana del salón, mientras esperaba a que simplemente ocurriera algo, una idea vino a mí. Aquella que me hizo comprender.

Porque de un modo u otro, él ya estaba ahí mucho antes que nosotros…

Ya la noche anterior había intentado hablar con Andrés nada más llegar a casa, pero ni yo conseguí localizarlo ni esta vez él me devolvió las llamadas perdidas, así que a primera hora de la mañana salí de casa, dispuesto a hablar con el inspector Casaperda directamente en comisaría.

Cuando entré en la sala de guerra, Andrés mantenía una agradable conversación con nuestro común amigo el comisario Napoleón Sevilla.

—Escucha, muchacho, si el asunto es como los *cuatroojos* de Informática dicen, la cosa es todavía más seria de lo que pensábamos. Hoy ya he tenido que empezar la mañana recibiendo una llamada del Pazo de Raxoi. Mucho ojito con lo que hacéis, no quiero comenzar la tarde recibiendo otra de más altas instancias, ¿te queda claro?

—¡Hombre, comisario —interrumpí intencionadamente el sermón que el pobre Casaperda estaba recibiendo—, no me diga que se ha metido usted a teleoperador!

—Coño, mira tú qué bien, el que faltaba para el duro… ¡Cerrad las puertas del circo —exclamó gritando para nadie—, que ya tenemos a todos los payasos juntos!

—¡Efectivamente, comisario Sevilla! Y ahora también estoy yo, así que además tienen público. ¡Venga —dije dando una palmada festiva en el aire—, que comience el espectáculo!

Napoleón Sevilla se me quedó mirando en silencio. Me observaba fijamente, con rabia, dejando claro que mi comentario no le había hecho ninguna gracia. Lentamente, también él comenzó a aplaudir.

—Muy bien, Vega, muy bien… Pero escucha una cosa, imbécil de mierda: ¿acaso no se te ha pasado por la cabeza a ti, que siempre eres tan agudo, que si no hubieras ido a tocarle los cojones al pobre fulano ese, a lo mejor ahora su hijo aún estaría vivo?

El tipo era un perfecto incompetente, pero sabía bien cómo tirar golpes bajos. No solo me borró la sonrisa de la cara, sino que consiguió hacerme apartar la mirada hacia otro lado. Porque la respuesta a la pregunta que el bastardo aquel acababa de hacerme era «sí». Sí, desde luego que sí. De hecho, lo cierto era que no había dejado de pensar en ello desde el día anterior, nada más oír la voz de Andrés dándome la triste noticia desde el otro lado del teléfono.

—¡Lo sabemos todo, puto desgraciado! —explotó el comisario—. No hace ni cinco minutos que acabo de hablar con una persona. Diego Castro, ¿te suena? Por si no recuerdas su cara, deja que te refresque la memoria: secretario de la Fundación Rosalía de Castro, director de la Casa-Museo da Matanza y miembro numerario de la Real Academia Galega. ¿Sabes qué foto aparece en el diccionario si buscas *persona importante*? ¡La suya, mamón de mierda! ¿Y a que no sabes cuál es el primer nombre que le ha venido a la cabeza al preguntarle si no había visto nada anormal en estos últimos días? ¡El tuyo, tonto del culo! ¡No ha tardado nada en contarnos cómo, entre otras cosas, anteayer estuvisteis en Padrón tocándole las pelotas al pobre Calimero!

—Calímaco —le corregí sin levantar la vista.

—¡Su puta madre! —el grito del comisario vino acompañado de un sonoro golpe sobre el escritorio de Andrés Casaperda—. ¡Me importa un cojón de mico cómo coño se llame el fulano! Lo único que sé es que si tú y esa amiguita tuya, de la que por cierto ya hablaremos, no estuvierais metiendo la nariz donde nadie os ha llamado, a lo mejor ahora no tendríamos tantos problemas…

El comisario hizo una breve pausa, y aprovechó para volver a colocar en su sitio sus cuatro pelos, todos ridículamente disparados tras la súbita explosión de cólera. De buena gana le habría respondido un montón de cosas, pero sabía perfectamente que hablar con aquel inútil era malgastar saliva. Viendo pues que nadie le respondía, aprovechó para dejar la discusión zanjada.

—Así que, esta vez, papanatas del carajo, si no quieres pasarte una larga estancia en los calabozos de esta santa casa, haz por dejar las narices metidas en tu propio culo, y deja trabajar a los que saben. O, en su defecto, a tu amigo Casaperda. ¡¿Estamos?!

Napoleón Sevilla sabía perfectamente que no llegaría ninguna respuesta, por lo que, sin esperar más, dio media vuelta y atravesó la sala de guerra hasta meterse en su despacho. Tanto Andrés como yo habríamos intercambiado algún pensamiento sobre la madre de Napoleón Sevilla de no ser por el hecho de que, pese a todo, esta vez sus palabras llevaban algo más de razón que de costumbre. El

sonido de la puerta de su despacho cerrándose con fuerza nos dio el alivio necesario para saber que por fin podíamos hablar sin ser escuchados.

—A ver, Andrés, ¿se puede saber qué demonios pasa aquí?

—Pues pasa que el asunto se nos está yendo de las manos, Aquiles. Eso es lo que pasa… Me imagino que ya lo sabrás, pero lo del chaval que ha salido volando por la ventana de Carreira do Conde tiene toda la pinta de ser cosa de nuestro amigo Adriano.

Sí, yo ya lo sabía. Pero no dejó de sorprenderme que ellos también lo tuvieran tan claro.

—¿Qué os lo hace pensar?

—El muy hijo de puta ha vuelto mandarnos otro de sus jodidos poemitas.

—¿Otro correo?

Me pareció notar algo extraño en la mirada de Andrés.

—No te dije nada cuando te llamé porque en aquel momento aún no lo sabía. Lo envió mientras estábamos en la calle. Desgraciado, aún debía de estar caliente el cuerpo del chaval cuando él ya estaba mandándonos el correo. Pero puedes verlo ahora, si quieres. Mira, échale un ojo tú mismo —dijo al tiempo que giraba la pantalla de su ordenador.

No tardé nada en leer el texto. Esta vez tampoco era nada más que un poema, «Caí tan bajo, tan bajo…». Pero la intención oculta en aquellos versos también resultaba más que evidente.

—¿Qué, qué te parece?

—No sabría decirte, Andrés, tú ya sabes que yo no soy ningún experto en poesía… Pero a mí esto no me huele nada bien. Y, lo que es peor, desde luego no parece que tenga pensado parar.

—No, no lo parece —respondió Andrés con la mirada perdida en el monitor—. Fíjate en estos versos: «Aun estoy vivo…, aún puedo subir para vengarme». ¿Qué cojones significa esto? ¿Vengarse? ¡Pero de quién! ¿Qué coño es lo que le han hecho a este hijo de puta?

Preferí no seguir por ahí por el momento.

—Lo que no entiendo es cómo ha podido ocurrir, Andrés. ¿No era que estabais vosotros al cuidado de la casa?

—Pues no, Aquiles, eso no era lo que habíamos acordado. Lo que tú nos dijiste fue que protegiéramos al tal Calímaco, que es quien había recibido la amenaza, y con él era con quien estábamos, no con el chaval. ¿Cómo carajo íbamos a saber nosotros que era a su hijo a quien el desgraciado este atacaría?

Escuchaba a mi amigo, sin dejar de leer una y otra vez los versos

del monitor.

—Sí, supongo que tienes razón… ¿Y cómo está él ahora?

Andrés se quedó viendo para mí.

—¿Quién, Calímaco? Pues bien, pensando en su será este un buen momento para montar una mercería… ¿Pero dónde coño tienes tú la puta cabeza, Aquiles? Acaban de tirarle a un hijo por la ventana, ¿cómo esperas que esté? Pues deshecho, cojones, el pobre hombre está deshecho.

—Sí, claro… ¿Y dónde está ahora, en el tanatorio?

—No. Se ha encerrado en la casa, dice que ya no quiere saber nada de nadie. Está mal, Aquiles, el tipo está muy mal. —Andrés volvió a quedarse en silencio—. No sé, pero a mí me da la sensación de que esto le ha barrido el juicio por completo.

—Coño, ¿y aun así lo habéis dejado solo?

Casaperda se encogió de hombros.

—¿Y qué quieres que hagamos? El tío se niega en redondo a quedarse con nadie. Los médicos le han dado sedantes como para tumbar a un caballo, y por si acaso yo le mantengo un hombre en la puerta, no vaya a ser que le dé por hacer cualquier locura.

—Señor, pobre hombre…

—Pues si lo dices por mí, muchas gracias —apuntó Andrés con un gesto torcido en los labios—, porque a todo esto aquí la cosa se va complicando por momentos…

—¿A qué te refieres?

El inspector Casaperda volvió a coger aire.

—Los de Delitos Informáticos ya tienen más datos sobre los correos.

Por fin, una buena noticia. Tal vez esto sirva para arrojar algo de luz en tiempo presente…

—Bueno, ¿y qué es lo que han descubierto?

—Aquiles, dime una cosa… ¿Tú que sabes realmente sobre la profesora Deneb?

… O tal vez no. ¿Que qué sé yo sobre Sofía?

—Creo que no entiendo por dónde vas, Andrés…

El policía se quedó callado por un instante, su mirada perdida en el techo de la sala de guerra.

—Mira, amigo, lo que quiero decir es que ya sabemos de dónde vienen todos los correos.

—¿Los cuatro?

—Los cuatro —confirmó Andrés.

—Según me dijiste el domingo, el primero, aquel que le habían enviado a Sofía, venía de algún punto de la ciudad vieja de A

Coruña, ¿no?

—Sí. Pero ahora ya sabemos más. En este momento sabemos que tanto el *e-mail* recibido por tu profesora como el que le enviaron al bibliotecario proceden de una misma dirección coruñesa. Ambos salieron de una IP localizada en el número 11 de la calle Tabernas.

Andrés volvió a quedarse en silencio, tal vez esperando a que yo dijese algo al respecto. Y habría estado bien, de no ser porque a mí esa dirección no me decía absolutamente nada…

—¿Y bien? —pregunté, para mayor desencanto del inspector Casaperda.

—¿Cómo que *y bien*? ¿Es que no te dice nada esa dirección?

Me lo pensé por un instante.

—¿Tabernas, 11, has dicho?

—¿Es que ahora tampoco oyes bien, o qué? —protestó Andrés.

Aparté la mirada, torcí los labios e hice todo cuanto gesto se me ocurrió. A quién pretendía engañar…

—Ni idea. ¿Debería decirme algo?

—Pues sí, Aquiles, sí, debería decirte algo. Sobre todo teniendo en cuenta tus nuevas amistades. Tabernas, 11 es la dirección de la Real Academia Galega.

Vaya, la Real Academia, nada menos. Ahora comprendía las quejas del comisario Sevilla. Llegando a ciertas direcciones, la cosa comenzaba a salpicar a trajes demasiado comprometedores. Y todo el mundo sabe que la mancha de sangre es muy difícil de quitar. Especialmente a ciertas alturas.

—Pero eso no es lo mejor, amigo…

—¿Ah, no?

Creo que no fui capaz de reprimir la expresión de sorpresa en mi rostro. Superar la marca que dos *e-mails* amenazantes implicados en una historia de asesinato múltiple, enviados desde la sede de una de las instituciones más importantes del país, era mucho superar.

—No. Todavía nos queda lo de los otros dos correos.

—Los que os enviaron a vosotros.

—Los mismos. Esos fueron mucho más fáciles de localizar.

—¿Ah, sí?

—Sí. Venían de aquí al lado.

—¿De Santiago?

Andrés asintió moviendo la cabeza lentamente, arriba y abajo.

—*Muy* de aquí al lado —repitió—. Dime una cosa, chaval: ¿a cuánta gente conoces tú qué tenga un ordenador en el 41 de la calle del Vilar?

«¡¿Cómo?!».

—¿El 41 de la calle del Vilar, has dicho? —repetí desde el asombro.

Esta vez sí que tuve que hacer un esfuerzo consciente para no abrir los ojos como platos. Porque no podía creer lo que acababa de oír, tenía que tratarse de un error. Andrés Casaperda me leyó el pensamiento.

—No hay ningún error, Aquiles. Lo hemos comprobado varias veces, la IP que los técnicos han descubierto engancha con un *router* localizado en ese edificio.

—Bueno, pero eso no significa nada. También puede ser que…

Pero Andrés no me dejó continuar.

—Eso lo significa todo. En el bajo está el restaurante Carballeira, que no tiene más servicio informático que la caja registradora, y de los dos pisos, el segundo lleva años desocupado. En este edificio no vive nadie más, Aquiles.

Mi cabeza iba dándole vueltas a aquello tan rápido como podía, pero en ninguna de las puertas a las que llegaba daba con una explicación posible. Aquello no tenía sentido.

—Pero no puede ser, Andrés, ¡eso es absurdo!

Lo airado de mi reacción sorprendió al inspector.

—¡Hey, relájate, chaval! ¿Qué es lo que te ocurre? Yo no he hecho otra cosa que repetirte la información que nuestros técnicos acaban de pasarme. Te estoy hablando de datos informáticos. Números concretos, Aquiles…

—¿Concretos, dices? Pero Andrés, por favor, ¡eso no tiene ningún sentido, y tú lo sabes!

Casaperda volvió a quedarse en silencio.

—No, Aquiles, yo no sé nada. Eres tú quien lo sabe —dijo clavándome la mirada—, no nosotros. Por ahora vamos a investigar un poco más esas IP, a ver qué encontramos. Pero, como comprenderás, nuestro siguiente paso será ir con un coche patrulla y unas esposas.

—¿Cómo? Pero qué coño estás diciendo, hombre, ¿es que os habéis vuelto locos, o qué?

A Andrés no le gustó mi respuesta.

—¿Cómo? ¿Que nos hemos vuelto locos, nosotros? ¿Pero tú estás imbécil, o qué cojones te pasa, Aquiles? ¡Te recuerdo que aquí hemos recibido dos correos relacionados con tres muertes, y que ambos han salido de esa misma dirección! ¿Qué coño esperas que hagamos? ¿Llevarle un ramo de flores, tal vez? ¿Es que has perdido la puta cabeza, o qué? ¡Pues claro que vamos a ir a buscarla, Aquiles!

No, no, no. Eso no estaba bien, y las cosas no marchaban como yo quería. Era preciso rebajar el tono, recuperar la tranquilidad. O, en su defecto, aquello que más se le pareciera. Mierda, tenía que pensar, y tenía que hacerlo rápido. ¿Qué podemos hacer, qué hago? No, Andrés tenía razón, aunque solo fuera en parte. Apenas eran cuatro las cosas que yo sabía sobre ella, y de tres no estaba muy seguro en realidad… Tal vez Casaperda estuviera en lo cierto, pero dar el paso que mi amigo pretendía suponía cerrar la más activa de mis vías de trabajo. Por no decir la única, en realidad. No, no podía permitirlo. El avance, mi gran descubrimiento del día anterior, había venido justo por ese camino. No podía permitir que la policía fuera a por ella.

—Escucha, Andrés —dije intentando empapar mi voz en el más cordial y sumiso de los tonos posibles—, escucha. No digo que no tengas razón, ¿vale? Pero a mí me da que la historia no va por ahí. Las cosas no son lo que parecen, amigo.

—Pero, Aquiles…

—No. No… Escúchame, por favor. Quizá esté equivocado, no te lo voy a discutir. Pero con razón o sin ella, lo cierto es que ahora la necesito. Tenemos algo importante entre manos, Andrés, y sin ella no podré seguir adelante. Dame un día más, dos como mucho. No te pido más. Yo me hago responsable. Y si en esos dos días no tenemos resultados, yo mismo te la traeré. Pero todavía no, Andrés, ahora no. Confía en mí.

El inspector Andrés Casaperda se quedó observándome fijamente por un buen rato. Al final acabó por bajar la cabeza. Resopló, se pasó las manos por el cabello y, con la mirada perdida en el mismo punto por donde unos minutos atrás había desaparecido su superior, respondió.

—Dos días, Aquiles, te doy dos días. Pasado ese tiempo —añadió volviendo a mirarme—, si no tienes nada, la detendremos. ¿Te ha quedado claro?

—Como el agua —sonreí satisfecho.

Andrés volvió a resoplar.

—Y, Aquiles: vigila. Por mucho que tú digas otra cosa, los dos sabemos que esto está empezando a afectarte de manera personal. Y, amigo, no quisiera que volvieras a joder las cosas…

—Pierde cuidado, no lo haré —dije sin pensarlo demasiado, enfilando ya el camino de la famosa puerta—. ¡Hablamos, Andrés!

—Hablaremos, sí —respondió el inspector con tono resignado—, ¡pero por si acaso que no sea desde muy lejos! —le oí gritar ya desde la calle.

***

Salí de nuevo al aire fresco de la mañana. Desorientado por el jaleo de mis propios pensamientos, todos discutiendo a gritos entre ellos, no fui capaz de escoger un rumbo determinado, así que fueron mis pies los que decidieron por mí. Me llevaron justo hasta la puerta del Paradiso, y de ahí derecho a la barra.

—¿Qué, qué va a ser? —preguntó Socorro.

Llevo media vida desayunando en el Paradiso. Diez mil cortados, uno detrás de otro, todas las mañanas desde hace más de veinticinco años. Y la vieja Socorrito me hace la misma pregunta todos los días, uno detrás de otro.

—Venga, va, Socorro, a que no lo aciertas…

—A ver, corazón… ¿Acaso piensas que si yo fuera adivina iba a estar aquí, atendiendo a todos los muertos de hambre de esta ciudad?

—Pues no lo sé. ¿Estarías?

La vieja Socorro sonrió, dio media vuelta, y para cuando me quise dar cuenta ya estaba otra vez allí. Con un cortado en las manos.

Revolví el azúcar en el café con la mirada perdida en la cuchara, como si del fondo de la taza fuese a emerger ella con la respuesta precisa para mis dudas. Manejando la pieza de metal dibujé un 41 con la espuma sobre el café. Andrés tenía razón, ¿qué diablos me estaba pasando? ¿Por qué aquella negación tan rápida por mi parte? Al fin y al cabo, los años que Casaperda y yo llevábamos trabajando juntos eran muchos, y a ella la había conocido apenas la semana anterior… Una mujer terriblemente arrogante, muy pagada de sí misma, y con un rechazo visceral contra la policía. ¿Y por qué no? La profesora Deneb era en realidad una completa desconocida para mí. Una completa desconocida… ¡que ayer por la tarde, mientras el chaval salía volando por la ventana de su piso, estaba conmigo! No, aquello era absurdo, no podía ser. ¡Sofía no podía ser! Aquellos ojos azules eran demasiado hermosos para pertenecer a ningún asesino. «Aquellos ojos azules eran demasiado hermosos…». ¡¿Pero qué cojones estaba diciendo?! Tenía que haber algún otro argumento, algo que justificase mi tozudez y que, sobre todo, no me hiciera parecer tan imbécil. Tenía que haberlo.

¿Pero cuál?

¿De qué otro modo se podía explicar todo aquello? ¿Por qué iba a enviar ella los correos? No tenía sentido… Es más, ¿cómo demonios podía haberlo hecho? El día anterior, a la hora en que los

de la Brigada recibieron el último poema, ella estaba conmigo, en Vigo. De acuerdo, pudo haberlo hecho sin que yo la viera, a estas alturas era evidente que ella estaba más puesta que yo en la historia está de los teléfonos inteligentes… ¡Pero no desde Santiago! A esa hora estábamos en Vigo… Espera…, tal vez estuviera pasando por alto otra posibilidad. Que el correo se hubiera enviado desde la IP (signifique lo que signifique eso de la *ipé*) de Sofía no quería decir que ella fuera la autentica responsable. Tal vez… Sí, tenía que haber alguien más implicado. Dorian. ¿Qué pasaba con el tipo aquel? Ese tal Dorian… Sí, por qué no. El tío era un mundo de raro, ese modo tan altivo de hablar, aún más, si cabe, que el de la propia profesora. No en vano, él era su ayudante y, por lo visto en el despacho, era evidente que estaban bien compenetrados… El sonido del teléfono me trajo de nuevo de vuelta a la realidad. Vi la pantalla. Mi talón.

—Mamá, qué alegría…

—¡Escúchame una cosa, sinvergüenza! —En tromba, la voz de mi madre paso del teléfono a mi oreja como si fuera una manada de ñus en estampida—. No sé con qué clase de gente estarás acostumbrado a tratar, aunque me lo puede imaginar. Pero aquí las cosas no van así. ¡No señor, desde luego que no! ¡Descastado, que eres un descastado!

No comprendía nada.

—Mamá, ¡mamá! Haz el favor de dejar de gritar, que me vas a dejar sordo. ¿Se puede saber qué pasa? Y trata de calmarte, que aún va a hacerte daño…

—¿Que me calme? ¡¿Que me calme?! ¡Cálmate tú, gandul! ¡Escúchame bien, jovencito, escúchame bien, porque que yo sepa todavía soy tu madre! Y llevo toda la mañana encerrada en la cocina, ¡toda la mañana! ¿Tú sabes cuánto cuesta preparar un cocido para toda la familia? Eh, ¿lo sabes? ¡Un auténtico cocido! Con su pollito, con su ternera, con su morro, con su repollo, con las lenguas y los rabos de cerdo, con el lacón, las patatas, los garbanzos… ¡Y los chorizos! ¡Los chorizos, los rojos y los de cebolla! —Me asombraba comprobar cómo para según qué cosas la memoria le funcionaba tanto y tan bien—. ¿Y para qué, para que luego me hagas esto? ¡No señor, eso no se le hace a tu propia familia!

—Pero a ver, mamá…

—¡Ni mamá ni gaitas! Porque aquí ya estamos todos esperando por ti, muchacho. Todos sentados a la mesa, ¡y tú sin aparecer! ¿A ti te parece bonito? ¡Dos horas llevamos ya esperando por ti! Pero no,

claro, por supuesto que no. El señorito no puede venir a comer con su familia. Dime, jovencito, ¿se puede saber qué demonio de asunto es más importante que venir a comer un domingo con tu familia?

—¿*Un domingo*? ¿Cómo que un domingo? Pero mamá, si hoy es martes…

—*Si hoy es martes, si hoy es martes* —repitió ella imitando burlonamente mi voz—. ¡Qué clase de excusa es esa! ¡Tú eres muy capaz de mover los días de la semana arriba y abajo con tal de no venir a ver a tu madre! Mira una cosa, chiquillo, tengo que decirte que no me gusta nada esa vida que llevas, siempre corriendo de un lado para otro, y sin pararte a comer como Dios manda. No me gusta nada, ¡nadita! A ver si por lo menos le dices a esa novia tuya que te cuide bien, que haga de ti un hombre de una vez por todas.

—¿Esa *novia* mía? —definitivamente, no comprendía nada—. Pero mamá, si ya sabes que yo no tengo…

Pero ella no me dejó seguir.

—Esa novia tuya, sí, esa novia tuya. ¿O acaso te crees que yo no me doy cuenta de las cosas? Ya puedes ir diciéndole que te cuide si no quiere que la llame a ella también. ¿Tienes su número? Porque ahora que lo pienso, sería mejor que se lo dijera yo… ¿Tienes su número, sí o no? Que te ponga firme, ¡firme!, que eso es lo que necesitas tú …, ¡zarrapastroso! Y si está contigo es que tiene que ser buena, ¡tiene que tener el cielo ganado! Céntrate, Aquiles, céntrate en ella —repitió relajando por fin ligeramente el tono de su voz—, porque esa chica será tu salvación. Y come, ¡ que te estás quedando en los huesos!

Y con la misma, colgó. Así, sin más, conversación terminada. Llegó el tornado, arrasó con todo, y se fue. Otra de las crisis de mi madre. No había de qué preocuparse, en realidad. Si Xaquina, su cuidadora, la dejaba llamar significaba que la cosa no era seria. Y, con todo, algo de lo que acababa de decirme (de gritarme, más bien) se quedó rebotando en mi cabeza. Aquella mujer sería mi salvación… Intenté retomar mis pensamientos, pero todavía con ese hilo cogido entre las manos. Tal vez mi madre estuviera en lo cierto… «Confía», me dije.

El tiempo volvió a correr, yo sentado a la barra del Paradiso, mi mirada perdida en aquel tanque de café helado en que mi cortado se había convertido. Me di cuenta de que seguía con el teléfono en la mano. «Sí —pensé—, tengo su número». Cogí aire y marqué.

Tono de llamada.

Dos, tres.

Ocho. Quizá sea mejor colgar…

—Aquiles —respondió Sofía con voz cansada—, qué casualidad. ¿Qué hora es? A punto estaba de llamarte yo…

—Pues ya ves, me he adelantado. Oye, ¿le has echado un vistazo ya a esos papeles? Urge, Sofía, necesitamos algún avance. —Había mucho de torpe en el modo en que mis palabras iban saliendo, atropellándose unas a otras. Lo notaba, pero probablemente explicarle a Sofía las causas de mi preocupación tampoco fuese la mejor idea—. ¿Qué es lo que hay en esa carpeta? ¿Has encontrado algo importante?

Sofía se quedó callada por un buen rato, quizás desorientada por lo caótico de mi propio discurso.

—¿Qué si hay *algo importante*? —la oí preguntar—. Aquiles, Solano tenía razón, esto es muy serio. No es que haya avances, como tú dices. Es que de salir a la luz estos papeles efectivamente lo cambiarán todo. Todo, Aquiles.

—¿Tanto es?

—Y más también. Si se hacen públicos estos documentos, un buen número de nombres desaparecerán de nuestra memoria. O como poco pasarán a ocupar espacios menos luminosos, menos meritorios de nuestra historia. Te digo que esto es serio, Aquiles. Lo mejor será que les eches un ojo tú mismo. Esto… ¿Qué hora es?

Busqué el reloj en mi muñeca, y volví a sorprenderme. La mañana se nos había echado encima.

—Mediodía.

Sofía se quedó nuevamente en silencio, supuse que intentando organizarse.

—Bien, yo estoy en la facultad ahora, pero creo que en media hora, una como mucho, podría estar de vuelta en la ciudad… ¿Te viene bien que nos veamos?

—Sí, claro.

—De acuerdo. ¿Qué te parece si quedamos en mi piso y dejas que te lo explique con calma? ¿Tienes mi dirección?

Me mordí el labio pensando en la respuesta.

—Sí, la tengo. Calle del Vilar, número 41.

-20-
El historiador y el filólogo

—Me imagino que el nombre de Said Armesto no te dirá nada, ¿verdad?

—¿Saíd? —repetí al tiempo que iba siguiendo a la profesora Deneb por el pasillo de su piso se convertía—. Pues no, no me suena de nada. ¿Quién es, algún árabe, o algo así?

Sofía dejó escapar algo entre dientes, camuflando su comentario sobre mi ignorancia con algo parecido a una sonrisa amable.

—Said, Aquiles, no *Saíd*, y no, no se trata de ningún árabe. Siéntate, ponte cómodo —dijo señalando en la dirección de un pequeño sofá de color blanco en un rincón de la estancia—, y deja que te ponga al día. Es necesario que sepas un par de cosas antes para que puedas comprender la gravedad de los hechos.

Sofía se sentó al fondo de aquella suerte de biblioteca particular en la que habíamos entrado, en una gran silla que me pareció de roble, justo por detrás de un escritorio de cristal. Y sobre el escritorio, abierta de par en par, la carpeta de Solano. Y también un ordenador portátil.

—Víctor Said Armesto es el nombre de otro de esos secundarios, desconocidos para nuestro gran público, pero imprescindibles para comprender la historia de este país. Filólogo de carrera, la parte de su trabajo que ahora nos interesa es la que tiene que ver con la correspondencia que entre los años 1903 y 1914 mantuvo con otro viejo amigo nuestro, el señor Manuel Murguía.

»Hoy se conservan veinte cartas cruzadas entre ambos, a lo largo de las cuales vemos como la relación establecida entre los dos eruditos va evolucionando. Así, mientras en un principio la correspondencia mantenida es la propia entre estudiosos que intercambian información sobre diferentes asuntos relacionados con la cultura del país, con el paso del tiempo vemos como la relación va mudando, evolucionando hasta el punto de que el filólogo ya se dirige al patriarca como quien habla con un maestro al que, si bien aún quiere y respeta, sabe que ya ha comenzado a superar. Y Murguía, por su parte, va ahondando no solo en la confianza, sino incluso en el afecto que siente por el joven, hasta llegar a considerar a Said Armesto como una especie de hijo putativo. Lo más parecido que el viejo historiador tiene a un hijo varón vivo. ¿Me sigues hasta aquí? Bien, pues atiende, porque ahora es cuando las cosas

comienzan a ponerse interesantes.

»Si bien es cierto que en estas cartas cruzadas entre ambos el filólogo muestra cierto pudor a la hora de sacar el tema ante el viudo de la poetisa, no es menos verdad que Said Armesto siempre estuvo interesado en el estudio de la biografía rosaliana. Esto es algo de lo que hoy tenemos constancia, aunque por otras vías. Así, es un hecho sabido que él habría sido el primero y, dada su buena relación con la familia, el mejor capacitado para redactar esa biografía, si tenemos en cuenta además el abundante número de fichas que a tal efecto había ido redactando y guardando en su archivo personal.

—¿Fichas?

—Sí, pequeñas cuartillas en las que de modo sintético iba apuntando cuanto dato sobre la poetisa caía en su poder.

—¿Son esos los papeles que te entregó Solano?

Sofía hizo un ademán brusco, una especie de rechazo con las manos.

—No, no se trata de eso sino de las cartas, Aquiles. Es la correspondencia cruzada entre ambos lo que verdaderamente nos interesa —los ojos de la profesora Deneb brillaban ahora como dos centellas en medio de la noche—. Como te acabo de decir, son veinte las cartas intercambiadas entre los dos hombres, y su importancia es capital para nosotros porque gracias a ellas sabemos muchas cosas.

—¿Como por ejemplo?

—Como *por ejemplo* que Said seguía muy interesado en indagar sobre ciertos aspectos de la vida de Rosalía. O que el fortalecimiento de la relación existente entre aquellos dos hombres sin duda habría llegado mucho más lejos de no ser por la llegada de la muerte.

—La de Murguía —aventuré.

—No. Murguía no moriría hasta el año 1923. Fue la muerte de Said Armesto la que puso fin a la relación. El filólogo falleció en Madrid cuando estaba a un mes de cumplir los cuarenta y tres años, el 17 de julio de 1914. Intenta recordar esa fecha, porque luego verás de su gran importancia… En los meses anteriores a su defunción, nada presagiaba tan triste noticia, que llegaría de modo súbito y, por supuesto, inesperado. Sobre todo para Murguía.

Sofía acentuó aquel último matiz con el fin de captar mi atención.

—¿A que te refieres?

—Me refiero a que de haber sabido Murguía, de haber

simplemente intuido por muy de lejos que fuera, la posibilidad de la muerte inminente del que fuera su discípulo, el viejo zorro que siempre fue el patriarca jamás, absolutamente jamás, habría puesto en el correo la carta número 21.

Un momento…

—Querrás decir la carta número 20…

Los ojos de Sofía volvieron a clavarse en los míos, aquellas dos chispas convertidas ahora en hogueras, un fuego de pura excitación expandiéndose por todo su rostro.

—No, sé perfectamente lo que digo. Porque el centro de toda esta historia es ese, Aquiles —afirmó Sofía posando una mano sobre la carpeta abierta en su mesa de trabajo—. Solano guardaba en esta carpeta las copias de las veinte cartas conocidas, pero también el original de otro documento…

Sofía volvió a quedarse en silencio, sus ojos aún clavados en los míos, esperando como en un desafío por mi voz. Sonreí.

—La carta número 21 —me atreví a decir.

—Exacto —respondió ella—, la carta número 21…

Sr. D. Víctor Said Armesto
Madrid

Mi querido Víctor:

Mucho he cavilado en estos últimos días acerca del significado de los tiempos que sobre nosotros se precipitan. La suerte de un viejo como yo, la de un hombre que ha consagrado la mayor parte de su vida al estudio de ese arte fino y sublime que es la Historia, es la de saber leer en sus entrelíneas, en las ondas que el correr de los tiempos va dejando en el aire. Todos los que nos dedicamos a esto lo sabemos, la Historia es una rueda que una vez tras otra no hace más que pasar por los mismos puntos.

Tú sabes bien del inmenso afecto que siento por tu persona, y lo sabes porque nadie en esta casa que siempre ha sido la tuya ha hecho jamás nada por ocultarlo. Yo sé que tu corazón guarda constancia del amor que aquí todos, yo el primero, sentimos por ti. Van ya catorce años desde que mi queridísimo Ovidio nos dejó en este valle de lágrimas. Y el pobre Adriano… Pobre, ni tiempo tuvo de llegar a ser tan siquiera una esperanza. Sabrás que yo te quiero como al hijo que ya nunca más tendré. Es por eso que estamos ahora aquí los dos, juntos por esta vuelta del tiempo. Tú y yo…

Yo, mi querido Víctor, no soy más que un viejo que ya no le aparta la mirada a la muerte cuando esta lo mira de frente. La muerte, a estas alturas… Ya ella y yo somos viejos conocidos, que bien distingue ella las paredes de mi casa, sus puertas y sus ventanas… De sobra sabe ella por donde entrar y por dónde salir, ¿no te parece?

Y tú, hijo mío, tú eres nuestro orgullo. Tendrás que saber que aquí todos celebramos mucho tu éxito, y tus triunfos enseguida los hacemos nuestros. Y no creas que no me he dado cuenta de que hace mucho tiempo ya que en tus cartas no me llamas maestro… Haces bien, Víctor, haces bien. Porque aquí el maestro ahora eres tú. Ya estás más y mejor preparado que ninguno de nosotros para afrontar ese trabajo que siempre has tenido en mente. De sobra sabes a qué me refiero, ese por el que tú, siempre tan respetuoso, nunca te has atrevido a preguntarme directamente… Pero yo bien sé de tu interés, sí. Sé por amigos comunes de la existencia de tus anotaciones, ésas en las que vas apuntando en azul y en rojo según su importancia cuanta información cae en tus manos… No te preocupes, porque también tengo presente tu infinito cariño para con esta casa, y comprendo que aunque a lo largo de toda mi vida he hecho cuanto ha estado en mis manos para intentar anular cualquier proyecto semejante, ahora ya es cuestión más que

inevitable. Por eso entiendo que, si ha de ser, nadie en el mundo más indicado que tú para redactar la biografía de mi amada Rosalía. Lo sé… Y por eso es que te escribo esta carta.

Víctor, todo cuanto he hecho en mi vida, desde la primera línea en que vertí mis tintas, ya allá, ¡en el siglo pasado!, hasta la última idea por la que esta tarde he estado luchando, ha sido nada más por una sola causa: la dignificación de nuestra cultura, de nuestra historia y de nuestras tradiciones, todo a la mayor gloria de esta tierra. Méritos como el de haber sacado adelante la fundación de algo tan necesario para este nuestro país como la propia Real Academia Galega jamás habrían sido posibles de no haber adquirido este compromiso con devoción casi religiosa. Y tú sabes bien que esa, mi querido Víctor, nunca fue tarea sencilla. Los años que están por venir son los que habrán de decidir cómo se me recordará. Héroe o villano… Sé que cuento con amigos como tú qué harán fuerza para que la balanza de la memoria baje por el lado bueno. Pero también sé que ni son pocos mis enemigos, ni débiles sus brazos… Serán éstos últimos los que se encarguen de poner el acento en mis errores, que también los ha habido, y probablemente hayan sido muchos… Aunque en realidad ahora ya no importe demasiado, pues sé perfectamente que los cometí, y que solo los dioses son capaces de acometer las más arduas misiones y regresar de ellas sin ensuciar sus laureles en error alguno. Yo cometí los míos, sí, y el tiempo y la propia Historia dirán de ellos si merecen ser juzgados o no. De todos, excepto de uno.

Porque hubo uno, Víctor, uno que no puedo dejar pasar. Si tu intención es la de profundizar en la vida de mi querida Rosalía, en aquello que a todos nos tocó, permite entonces que comparta esto contigo. Escucha a este viejo que ya va ajustando sus cuentas con la vida, y considera tú las obras posteriores.

La empresa era difícil, hijo, no menos digna de ser contada que uno de aquellos doce trabajos del mismísimo Hércules. Nuestra misión era la de construir un país nuevo, la de ponerlo en pie desde la nada. Necesitábamos un símbolo, una bandera. Dime, Víctor, ¿cuál mejor que nuestra amada Rosalía? Ella sería el estandarte, nuestra primera gloria nacional, nuestro orgullo y nuestra luz…

Pero, tú bien lo sabes, había episodios en su biografía, ciertos elementos, que no debían ser publicitados. Aquel su viejo pecado original… ¡Hija de madre soltera y de un sacerdote! No, aquello no podía ser. «La mujer debe ser sin hechos y sin biografía».

Y, con todo, resulta increíble, mi querido muchacho, comprobar hasta dónde puede llegar el poder cíclico, aquel terrible poder

cíclico del que antes te hablaba, del que la Historia se vale. ¿Cómo no fui capaz de ver que nuestra condena no sería otra que la de volver a pasar por nuestros propios errores?

Ya lo estábamos consiguiendo. Muchos habían sido los avances logrados en tan solo diez años desde la muerte de mi queridísima Rosalía. El traslado en el año 1891 de sus restos, desde las miserias del cementerio de la Adina hasta los mármoles del Panteón de Gallegos Ilustres en la capilla de Santo Domingo de Bonaval, fue uno de los momentos culminantes. Efectivamente, el símbolo en que Rosalía se estaba convirtiendo era ya la libertad que guiaba a nuestro pueblo, y su estela, la senda de estrellas por las que nuestro país, suavemente, comenzaba a caminar. Todo estaba saliendo bien. Y entonces, inexorable, la rueda volvió a pasar por el punto de partida.

A finales de 1894, hace ahora casi veinte años, comenzamos a recibir en nuestro hogar las visitas de un nuevo vecino. Con la excusa de conversar sobre la fascinación que la obra de mi mujer y madre de mis hijas le causaba, el nuevo sacerdote que había llegado para sustituir al anterior en la parroquia de San Nicolás comenzó a acomodarse en el salón de nuestra casa. Ya no era ningún chiquillo, y en el pico se notaban bien las muchas horas pasadas en el púlpito. Y Gala, mi pobre Gala, inocente ella, que de siempre ha sido una chiquilla tan impresionable… Supo esperar a una tarde en que yo, perro viejo, no estuviese en casa y, llegado el momento, el zorro se me metió en el gallinero.

No podía ser, amigo Víctor, no otra vez. ¡Una hija de Rosalía caída en el mismo error que su abuela Teresa! No, no podía ser, y menos en aquel momento. Un escándalo como aquel sin duda echaría por tierra todo el esfuerzo realizado hasta entonces…

Di orden estricta de que nadie dijera nada, y comencé a buscar una solución. Y no encontré otra salida, hijo, tienes que creerme, no la encontré. De nuevo, por segunda vez en la historia de mi familia, tuve que acudir a la casa de los Pan.

Como ya sabes, mis padres tampoco estaban casados cuando mi madre se quedó embarazada de mí, y su familia la envió a tomar las aguas al balneario de Arteixo, en aquel entonces muy afamado por las cualidades curativas y reconstituyentes de sus manantiales. Sé perfectamente que si la mandaron allí no fue tanto por eso como por mantenerla alejada de las luces de la ciudad, aunque ahora esto no venga al caso. Sucedió que cuando se encontraba a medio camino de su paseo diario entre el balneario y el santuario de la Virgen de la Pastoriza, de la que mi madre siempre fue muy devota,

le sobrevinieron los dolores del parto. Así fue como este viejo que ahora te escribe fue a nacer en la humilde casa de los Pan, labriegos del lugar de O Froxel, en Oseiro, que tuvieron a bien darle auxilio y refugio a mi madre sin hacer pregunta alguna. Tanta fue su buena disposición que el propio Manuel Pan, patriarca de la casa, fue quien al día siguiente me llevó personalmente a la Pastoriza, para que allí mismo me dieran el bautismo. Él fue mi padrino, y su mujer, quien pocos días antes también había dado a luz a otro varón, la encargada de amamantarme en mis primeros días en este mundo, teniendo en cuenta la debilidad de estado en que se encontraba mi madre. Desde aquel momento en adelante, mi madre primero y yo después, siempre mantuvimos una buena relación con los Pan. Discreta, sí, pero más o menos constante. Pasaron los años, murió mi madre, murió mi padrino, pero yo seguí manteniendo la amistad con su hijo Antón, aquel muchacho que había nacido apenas unos días antes que yo y con quien compartí la leche de su madre en los primeros días de vida. Comprenderás que esas cosas, hijo, nos hicieron ser, de algún modo, hermanos. Por eso fue a él, a mi hermano de leche, a quien en aquel momento recurrí.

No pienses que se trataba de la primera vez que Alejandra y yo caminábamos en su compañía por los caminos de O Froxel. No. Nosotros lo visitábamos de vez en cuando. Aunque nunca antes le había tenido que pedir yo favor alguno… Siendo como era una persona de rústica condición, sabía perfectamente de la importancia de nuestros proyectos, de las empresas en las que nuestra familia estaba comprometida, y no le costó nada comprender lo complicado de nuestra situación. Antón nos abrió las puertas de su casa, y nos ofreció su hogar para que Gala pasara en él cuanto tiempo fuera necesario. Y sí, el acuerdo también pasaba por donde imagino que ya estarás pensando: para cuando llegara el momento, la criatura pasaría a ser acogida como una más entre sus nietos. Otro Pan.

Estela nació en la primavera de 1895, y desde el primer segundo de aliento fue tratada como otro más de los hijos de Xesús Pan, el primogénito del señor Antón. Xesús, un tipo rudo, ya tenía dos hijos varones, pero en la casa no había dificultades como para no acoger a un tercero. Pasado el parto, Gala permaneció en O Froxel el tiempo justo para recuperarse, y cuando las fuerzas volvieron a ella, Alejandra se encargó de acompañarla en su regreso a Coruña, segura de que nada habría de poner en evidencia lo sucedido. Nada que no fuese más allá de aquel dolor, Víctor, la angustia terrible de la madre que deja atrás el fruto de sus entrañas. Tú bien sabes cómo es Gala, mi querido hijo. Bien lo sabes… Pobrecita, mi pequeño

gorrión… Tanto y tanto nos oyó decir, tanto nos vio luchar, que no me cabe duda alguna: ella haría cualquier cosa que nosotros, Alejandra y yo, le dijésemos con tal de seguir adelante en la glorificación de Rosalía. ¿Pero quién es realmente esa Rosalía, Víctor?

Mucho ha venido a mi cabeza esta misma pregunta en los últimos tiempos, días de viento, noches de lluvia. Tanta devoción por un símbolo les he inculcado a mis hijas que a veces pienso que hemos olvidado lo más importante: aquella mujer a la que todos llaman «la Santa» también fue, aunque ya nadie lo recuerde, la madre de estas mujeres. ¿Qué he hecho, Víctor, qué cosa tan terrible he hecho? Dar al olvido de mis hijas a su propia madre a cambio de unos cuantos versos, y a cambio de un pedazo más de gloria olvidaría Gala ahora a su propia hija… Devotos de las imágenes, olvidamos el amor por las personas.

Pese a tanto dolor, hicimos todo cuanto nos resultó posible por aparentar que nada de todo aquello había sucedido realmente, si bien lo cierto fue que desde aquel instante las cosas ya nunca volvieron a ser iguales. Antón Pan y yo nunca volvimos a hablar abiertamente del asunto. Tú sabes bien cuál ha sido siempre la situación en nuestra casa, y las muchas penurias que de siempre hemos ido pasando. Así y todo, yo nunca he dejado de enviar las pequeñas ayudas que para los Pan conseguía ir apartando. Las he ido enviando, sí, pero del asunto de la niña nunca más se ha hablado. Ni con la gente de Oseiro, ni tan siquiera entre nosotros mismos, aquí, en nuestra casa. Todavía es hoy el día en que mis ojos se cruzan con los de Alejandra, o incluso con los de Gala, y en el silencio del encuentro comprendo que es en aquella criatura abandonada en O Froxel en quien todos estamos pensando. Lo único mayor que nuestro propio pecado es la vergüenza de haberlo cometido, y esa es razón más que suficiente para mantener sellados nuestros labios. Hasta ahora.

Mi querido Víctor, hijo mío, no sé si estarás al tanto de esto, pero tres años más tarde llegó a nosotros una nueva alegría, una con la que intentar disimular aquella otra tristeza. Nuestra hija Aura, recién casada con el «Moro», como yo cariñosamente llamaba por aquel entonces a mi yerno, el señor Francisco Prats, acababa de traer al mundo por donde este se llama Yecla dos gemelos hermosísimos, Xaime y Rosa. Pero esa, como todas las alegrías en esta casa, tampoco tardó mucho en desaparecer… A finales del año 98, los pequeños morían sin llegar a contar tan siquiera el año de edad, ahogados mis pobres por las durezas de las tierras del sur.

Y aún hubo más, porque hace unos años que Alejandra y Gala me confesaron el asunto de Madrid. Por lo visto, parece ser que mi querido Ovidio había dejado un hijo engendrado en el vientre de una mujer gitana antes de venir a morir a nuestra casa. Pregunté todo cuanto me fue posible, sin llegar a sacar en limpio más que descubrir que la mujer se llamaba Visitación Oliva, y que no era gitana sino modelo. Se trataba de la modelo de mi hijo querido… Mas por lo visto, la muchacha no era del gusto de Pérez Lugín, como sabes pariente nuestro, y de ahí la marca como «gitana» y el desprecio de mis hijas. Más allá de esos datos jamás di con mayores posibilidades de localizarla.

Ya las puedes ver, Víctor, que ahí están, gotas y más gotas de mi sangre que, como lágrimas en el mar, se van perdiendo en la oscuridad del tiempo. Como te he dicho, hace años ya que no hablo con el señor Pan. Ni siquiera sé si vivirá aún, y la vergüenza me impide comprobarlo. Yo sigo enviando dinero siempre que puedo, y es hoy el día en que todavía ni el dinero ha venido de vuelta, ni noticias que hablen de muerte tampoco… Si los vientos del mar de Arteixo no han dado en torcer las cosas, aquella criatura que con tanta tristeza abandonamos en la casa de O Froxel tiene que ser ya toda una mujer. Y por sus venas no corre otra sangre, Víctor, sino la de nuestra querida Rosalía.

Para mí, que ya soy viejo incluso entre los ancianos, las cuentas con la vida ya van a más de medio saldar. Mucho he dudado antes de decidirme a poner en tinta y papel este asunto, pero hoy, esta noche en que la lluvia cae sobre la ciudad como si con agua quisiera Dios Nuestro Señor barrer de la faz de la tierra todo vestigio de memoria, pienso que no quiero morir yo sin dejar estos asuntos en conocimiento de alguien. Y no hay otro más indicado si el escogido no eres tú. *Primus inter pares*, querido hijo. Ahora ya lo sabes. Obra, pues, como consideres oportuno, pero no olvides nunca que cuando pienses en Rosalía su sangre sigue corriendo viva en las venas de una muchacha del lugar de O Froxel.

Dadme todos vuestro perdón, mis hijos queridos, tanto los que estáis aún con nosotros como los que ya habéis marchado, porque teníamos todos un país que construir. Las facturas de tal empresa siempre llamaron por las más altas cuentas, y hubo precios ante los que no nos quedó más remedio que pagar con nuestro propio juicio. Perdona tú si puedes a este viejo que te admira, Víctor, y recibe el más fuerte de los abrazos de quien sabes que te quiere de corazón.

Manuel Murguía

A Coruña, 17 de julio de 1914

¡Lo sabía, lo sabía! Mi instinto seguía ahí, sabía que estaba en lo cierto. Aunque, si he de ser totalmente sincero, aquello era mucho más de lo que esperaba encontrar de golpe. La boca entreabierta dejaba en evidencia lo desbordado de mis propias expectativas.

—Pero… ¿Cómo?

—Fíjate bien, aquí. —Sofía señaló algo con el dedo—. Fíjate en la fecha.

—Diecisiete de julio de 1914…

—Exacto —confirmó ella—. Murguía envió la carta sin saber que ese mismo día Said Armesto moría en Madrid.

—Que me imagino que por aquel entonces debía de quedar mucho más lejos de A Coruña que ahora…

—Y tanto. Por lo que el profesor Solano me ha contado…

—¿Has vuelto a hablar con él? —le interrumpí.

—Por supuesto —respondió Sofía ajustándose las gafas sobre la nariz—. Hoy, a primera hora de la mañana. En su opinión, lo más probable es que para cuando la carta llegó a su destino, la familia del filólogo no estaba para hacerse cargo de todos y cada uno de los asuntos postales que sin lugar a duda estaban llegando a la atención del difunto. Visto el remitente, nadie debió de darle demasiada importancia al asunto, y así quedó el sobre.

—Espera, espera, a qué te refieres… ¿Estás diciendo que el sobre quedó *así*, sin abrir?

—Así mismo. O, vaya, eso es lo que Solano me ha contado. Por lo que parece, nadie se preocupó de abrirlo para ver su contenido. En el momento de su muerte, el eminente filólogo que ya era Said Armesto mantenía una intensa actividad epistolar con remitentes de mucha más importancia que el propio Murguía. O por lo menos así era como lo veían en Madrid, donde no era extraño recibir cartas firmadas por Miguel de Unamuno, Jacinto Benavente, Sofía Casanova, Ramón del Valle-Inclán, Azorín u Ortega y Gasset, por citar a unos pocos. Y aquella, al fin y al cabo, probablemente no fuera más que otra carta del viejo coruñés pidiéndole sabe Dios qué nuevo favor al muerto. Nadie le hizo ningún caso en el momento, y así pasó al archivo.

Me costaba seguir el ritmo que la excitación marcaba en las palabras de la profesora.

—Un momento, espera, ¿cómo que *otra carta más*? ¿No estábamos en que solo existían veinte cartas cruzadas entre ellos? Tampoco me parece un número tan amplio de precedentes como para que nadie diera por sentado nada al respecto.

—No, no es eso. Lo que yo he dicho es que solo hay veinte cartas

porque ésas son las que se conservan en los archivos de ambos. Pero por su lectura resulta fácil comprender que tuvo que haber muchas más, muchas otras que no llegaron a ser archivadas y posteriormente catalogadas.

—*Catalogadas*… —repetí—, ¿por quién?

—Eso es, Aquiles —Sofía se dio cuenta de que yo estaba comenzando comprender—, esa es la cuestión… Catalogadas por el profesor Solano. Así fue como él dio con esta carta, la número 21.

»En el año 1985 la Universidad de Santiago organizó un congreso rosaliano con motivo de la conmemoración del centenario de la muerte de la poetisa. Fue precisamente preparando la documentación para una de sus ponencias, aquella sobre el papel de Said Armesto como posible primer biógrafo de Rosalía, que se encontró Solano con esta carta, olvidada en una carpeta cerrada en el archivo personal del filólogo. Fue Solano quien la abrió, y fue también él, quien, después de leerla, y ante la evidencia de un escándalo que, sin lugar a dudas, habría acabado con la reputación de absolutamente toda la familia, tomó la decisión de que semejante revelación siguiera permaneciendo en la oscuridad todo este tiempo.

—Hasta ahora —maticé.

—Justo.

Los dos volvimos a quedarnos en silencio. Mi mirada se mantenía perdida en aquella hoja antigua, restos de tinta reseca hablando de otros tiempos, tan lejanos y tan próximos a la vez.

—Tenemos que ir a buscarla —dije de repente.

Sofía me observó, tras mudar su gesto de excitación por otro más próximo al hastío.

—¿A quién demonios pretendes ir a buscar ahora? ¿A una mujer que nació hace ciento dieciocho años? —La profesora hablaba al tiempo que negaba violentamente con la cabeza en el aire—. Por favor, Aquiles, no me…

—¡No, por supuesto que no! O, por lo menos, no ella… Pero tenemos que ir allí. Alguien tendrá que haber que la haya conocido, que sepa de la historia. ¿Tú sabes cómo es O Froxel?

—¿O Froxel? —Sofía arqueó las cejas—. Pues no, ¿cómo es?

—No lo sé, no tengo ni idea —confesé—, tan solo lo preguntaba por si tú lo sabías. Pero bueno, me imagino que será poco más que una aldea, ¿no?

—Hombre, pues una gran ciudad está claro que no es…

—Bien, pues las aldeas son como son, lugares pequeños donde todo el mundo se conoce y todo se sabe…

—Aquiles, no creo que…

—¡Venga, Sofía! Tampoco querías ir a Coruña, ¡y mira, resultó que yo estaba en lo cierto, dimos con una buena pista! Tenemos que ir, seguro que encontramos a alguien que sepa algo de la historia.

—No sé, Aquiles… Yo ahora no puedo ir, esta tarde tengo cosas que hacer, he quedado con Dorian. Y por la noche tengo que preparar un trabajo, algo importante para la facultad. No sé… Y además, ¿qué pasa con tu amigo, el inspector Casaperda?

—¿Andrés? —pregunté sin comprender—. ¿Qué es lo que pasa ahora con él?

—¿Pero cómo que qué pasa? Pues que él es el policía, ¿no? ¿Por qué no se lo pasas a ellos? Digo yo que todos esos también tendrán que hacer algo por solucionar esta historia, ¿no te parece?

Sí, Andrés y *todos esos*, como Sofía se refería a la policía, también estaban haciendo *algo*. De hecho, en ese mismo instante recordé con total nitidez el último comentario hecho por Andrés apenas unas horas antes: uno de los últimos avances realizados por el equipo del inspector Casaperda, aquel sobre la procedencia de los correos, caminaba peligrosamente en dirección a la casa de la profesora Deneb. No, acercarse ahora la policía era tan mala idea como negativa para mis intereses la posibilidad de que Sofía descubriera las sospechas que flotaban sobre ella. No sé cuánto de cierto habría en toda aquella historia, si ella estaría implicada realmente en el asunto de los correos o no. Pero, ante la duda, lo que menos me convenía ahora era un cambio de actitud por su parte.

—Oh, vamos, Sofía, por favor —respondí despreciando exageradamente su propuesta—. Tú sabes que no podemos dejar esto sus manos. No sabrían cómo manejar esta información. Esto es algo que solo podemos hacer tú y yo. Juntos, ¿sí?

Había empleado mi tono más zalamero para intentar convencer a Sofía, y ahora tocaba esperar, comprobar si mi encanto era suficiente. En silencio, contemplando fijamente aquellos ojos azules de otro universo.

—Venga, va —acabé respondiendo yo mismo—, sabes que yo no puedo hacerlo solo. Te necesito. Venga, espero por ti. Pero mañana a primera hora salimos para Arteixo. Tú sabes lo que significa esto —dije sacudiendo la carta de Murguía ante los ojos de la profesora.

—¿Otra vez? Pero Aquiles, ¿qué quieres que te diga, que tenías razón? —protestó—. Está claro que esa niña, Estela, no puede ser la mujer del vídeo. Estela tendría que tener cincuenta y seis años en aquel momento. ¿A quién esperas encontrar? De acuerdo, sí, tenías

razón, ¿contento? Ahora sabemos que Gala tuvo una hija, ¡sí! Pero esa mujer no es ella, ¡Estela y la mujer de la película no son la misma persona!

—No, por supuesto que no, Sofía. No lo son.

Volví a clavar mis ojos en los de la profesora Deneb.

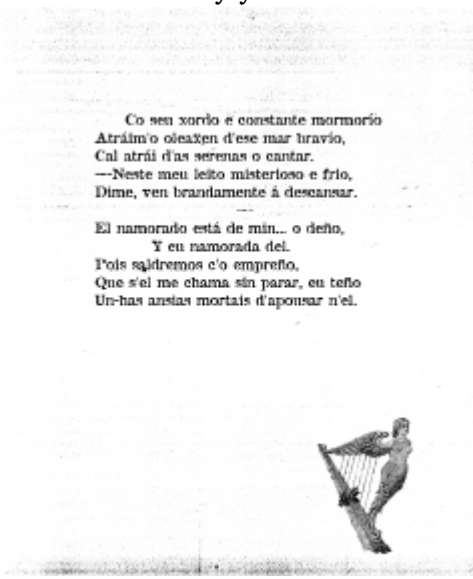
—Esa niña no es la mujer del vídeo —le confirmé—. Es su madre.

CUARTO ACTO:
EL FUEGO

«y estás conmigo si velo
y si duermo, en mí reposas,
y si suspiro, suspiras,
y si triste lloro, lloras…».
Aurelio Aguirre , «El murmullo de las olas».

No, no se mueva, quédese donde está. Ya voy yo. Sí, sí, soy yo. Solo quería ver cómo estaba. ¿Cómo se encuentra? Santo cielo, es usted la viva imagen de la desolación… Duele, ¿verdad? Disculpe, disculpe mi torpeza. Claro que sí, duele, duele mucho. ¿Cómo no iba a doler? Por supuesto que sí… ¿Le importa si me siento aquí? Aquí, así, a su lado… Duele tanto, que incluso cuesta pensar que pueda haber nada en el mundo que provoque más dolor. ¿Verdad, señor De Brión? ¿Puede usted imaginárselo? No, claro que no… Deje, deje que me acerque, quiero estar cerca de usted. Es tanto el dolor que asoma a su rostro… Y con todo resulta que sí. ¿Le importa si me acerco un poco más?, tengo algo que decirle. Es que, verá, resulta que sí lo hay. Algo que provoque más dolor, quiero decir… No, no me mire así, tan solo es una cuestión de información… Escuche, escuche lo que tengo que decirle: Calímaco, a su hijo lo he matado yo.

de: Adriano [enclosed recipient]
para: Sofia Deneb [sofia.deneb@gzmail.com]
fecha: 15.05.2013 00:47
asunto: el mar soy yo…



Co seu xordo e constante mormorío
Atráim'o oleaxen d'ese mar bravío,
Cal atrái d'as serenas o cantar.
—Neste meu leito misterioso e frío,
Dime, ven brandamente á descansar.

—

El namorado está de mín... o deño,
Y eu namorada del.
I'ois saldremos c'o empreño,
Que s'el me chama sin parar, eu teño
Un-has ansias mortais d'aponsar n'el.

* Con su sorda y constante melodía / me atraen las olas de esa mar bravía, / como de las sirenas el cantar. / «En esta cama, misteriosa y fría / —dice—, ven blandamente a descansar».
Enamorado está de mí… ¡demonio!, / yo enamorada de él. / Será el afán cumplido, / pues si él me llama sin parar , yo tengo / ansia mortal de reposar en él.

Despierta, bibliotecario, ha llegado el momento. Disculpa que te haya dejado aquí, durmiendo. Tenía algo que hacer, un viejo amor que reclamaba mi atención. Hay amores que, si no se lo recuerdas, se olvidan de amar. Pero vaya, supongo que eso tú ya lo sabrás, y en realidad esta es la hora de otras cosas. La de que hagamos frente a nuestros propios dolores. Como hace un momento te decía, tenemos cuentas que ajustar.

Oh, no, ¿es la puerta lo que buscas? Pues deja de mirarla, por ahí no va a llegar ninguna ayuda. Sí, es cierto, había un policía ahí fuera, en el rellano. Pero ya no está. Vivo, quiero decir. Es curioso lo fácil que resulta engañar a un agente de la ley gordo y aburrido… No tuve más que identificarme, decirle quién era, y me dejó pasar. Así, sin más. Como comprenderás, una vez abierta la puerta me he visto en la obligación de invitarlo a pasar. No tenemos por qué ser groseros con los invitados, ¿no te parece? ¿Qué ocurre, por qué me miras así? ¿Acaso no me crees? Busca, busca todo cuanto quieras, pero no creo que venga. No se camina nada bien con el cuello abierto en canal…

No, Calímaco, por ahí no llegará ninguna ayuda. Esta noche, tu única salvación soy yo. Y, debes creerme, no podrías merecer otra mejor.

Y en realidad no quisiera, no vayas a pensar. Nunca hubiese querido yo que las cosas llegaran este punto, señor De Brión. Pero así es la vida… Tú y yo, juntos en esta vuelta del camino. ¿Sabes por qué, Calímaco?

Porque tu elección no fue la correcta…

Ellos no comprenden nuestro trabajo, amigo, nuestra misión. Y todavía pasará tiempo de aquí a que la gente, este pueblo estúpido, valore la pureza de nuestros actos. Porque en el fondo es por ellos por quienes lo hemos hecho, ¿verdad, Calímaco? Todo cuanto hemos hecho lo hemos hecho por ellos, por devolverles lo que era realmente suyo. Y en cambio, ellos, país ignorante, no han sabido verlo. ¿Qué clase de enanos son éstos que vienen a rodearnos, amigo Gulliver?

Pero ya lo verán, ya lo harán cuando el momento sea el adecuado. Recuerda, Calímaco, que todo lo bueno se hace de rogar… Ya lo entenderán, desde luego que sí. Y entonces verán que lo que hacíamos contaba con todas las bendiciones porque era lo correcto. Pura y hermosamente correcto.

Y, con todo, ¿sabes qué? Hay algo que yo no he sido capaz de

comprender… ¿Por qué traicionarlo? Dime, ¿por qué? No lo entendí. Tú colaborando con esos perros… Se me revuelven las tripas solo de pensarlo… Les diste la película. No me mires así, yo estaba allí, lo vi todo. Incluso podría habérsela quitado, si hubiese querido. Pero no lo hice. Le miré a los ojos, y dejé que siguiese adelante. Desgraciado… Dime, Calímaco, ¿es esa la gente en la que ahora quieres confiar? Por favor… En realidad, el tal Aquiles no ha visto más que lo que yo he querido que viese. En todo momento. Dime, dime, Calímaco, ¿de verdad crees que esa gente vale la pena? ¿En qué demonios estabas pensando? ¿Por qué, explícamelo, por qué has tenido que hacerlo?

Y todo aquello que dijiste después… ¿Pero en que estabas pensando, Calímaco? «Una familia oscura que a nadie interesa ya…». ¿Qué manera es esa de hablar de mi familia? ¡Dime, quién te crees que eres tú para hablar así de mis muertos!

No, Calímaco, no. Eso no podía ser…

Por eso decidí darte un escarmiento. No me dejaste otra opción, pero has de saber que lo que hice lo hice por tu bien, amigo mío. Para que recordaras el valor de las cosas. La familia es lo más importante, querido. No hay nada, escúchame bien, nada, más importante que la propia familia. Fuiste tú, y nadie más, quien me obligó a arrojar a tu hijo por la ventana, para que nunca más volvieras a olvidarlo. Así que ahora, amigo, ya estamos en paz… Ambos con nuestros dolores, pero en paz. Tú ya no tienes familia, y a mí solo me quedan los versos de mi madre… Y de dolores ella lo sabía todo, porque todos los conoció. Escucha si no, ¿recuerdas estos versos?

«¡Cómo le duele el alma,
pero cuánto le duele!
De día ni de noche
no ceja su dolor.
¡Señor, Vos la hiciste
Señor, curadla Vos!».

Sí, claro que los recuerdas… Hablan de dolor, Calímaco, de mucho dolor. Y nosotros de eso también sabemos un mundo. Tú has perdido a tu hijo, y con él a toda tu familia. Y yo todo lo perdí. Madre, padre, hermanos, hijos… Todos perdidos, abandonados, enterrados en la memoria de un país adormecido. Todos muertos, en definitiva. Tú y yo somos almas gemelas. Y yo comprendo tu dolor, Calímaco, lo comprendo…

Bueno, bueno, ¿a qué viene ahora esa furia, compañero? ¿Acaso no te gusta lo que te estoy diciendo? «¿Os ensañáis porque digo,

verdades que sabéis de sobra?» ¿Y qué querrías hacer pues, bibliotecario? ¿Matar al mensajero? No, amigo, no. Tu dolor no está en mí. No, no es ahí… Mira en tu pecho, fíjate, busca bien. Ahí tienes la causa de nuestro dolor. La rosa de las cien hojas, «cada hoja una pena que vive pegada a otra»… Y por ahí no hay remedio, bibliotecario, pues tenemos un mal que no tiene cura. «Quitas una, quitas dos, penas me quedan de sobra. Hoy diez, mañana cuarenta, deshoja que te deshoja…».

Exacto, señor De Brión, exacto: nuestro mal es nuestro propio corazón. Lo tenemos herido. Y, señor, cuánto nos duele, ¡cuánto nos duele!, a nosotros, que sabemos que no se puede sanar de los males del corazón porque la Lluvia nos lo dijo…

Duele, ¿verdad? Claro que sí, cómo no va a doler… Tú y yo ya estamos en paz. Deja, pues, que ahora sea yo quien alivie tu dolor.

-21-
Mi corazón en tus manos

Miércoles, 15 de mayo

El sonido del teléfono me sacudió con toda su estridencia.

—¿Sí? —contesté todavía dormido.

—Aquiles, ¿dónde estás?

—¿Andrés? —acerté a responder, al tiempo que intentaba orientarme en la oscuridad que me rodeaba, tanto espacial como mentalmente—, ¿Qué ocurre, qué hora es?

—Las ocho y diez. ¿Dónde estás?

—¿Las ocho? ¿De la mañana? Estoy en la cama, Andrés —di más por protesta que por respuesta—, ¿dónde coño quieres que esté?

—Aquí.

—¿Cómo dices?

—Aquí —repitió en un tono todavía más serio—, quiero que estés aquí. Y quiero que sea ya.

A ver, vayamos por partes. Supongo que ahora lo más elegante por mi parte sería hablar de cómo había pasado la noche en blanco, reflexionando sobre todo cuanto estaba aconteciendo, intentando atar los cabos sueltos, buscándole un nuevo sentido a todo este galimatías… Pero lo cierto es que a las ocho de la mañana nunca acostumbro a hacer otra cosa que no sea una de estas dos: dormir, o no dormir, esa es la cuestión. A esas horas, o estoy durmiendo, o es que todavía estoy «en el día anterior», ocupado en la celebración y exaltación de algún estropicio personal cualquiera.

Esta vez era la primera opción la que me ocupaba. Dormía a pierna suelta después de haber pasado buena parte de la noche adelantando «trabajos de manutención». El señor Capón me había llamado a primera hora de la tarde, contándome que estaba al tanto de cierta información comprometedora. Por lo visto, existían indicios más que sólidos apuntando a la posibilidad de que el presidente de la Xunta fuera en realidad un extraterrestre. Hombre, bien visto, eso podría explicar muchas cosas…

Sofía me había dejado muy claro que no podría acompañarme en mi viaje a Arteixo si no lo aplazábamos un día, y yo ya tenía asumido que sin ella no sería lo mismo. En muchos más aspectos de los que yo mismo era consciente… Así que cuando don Pancho me encomendó que me centrara en este particular para el siguiente número de *Pico Sacro*, le dije que no se preocupara, que así lo haría.

Aproveché el resto de la tarde para poner en orden cuestiones pendientes, ciertos asuntos delicados (como pasar por la residencia para visitar a mi madre, aún en pie de guerra, y calmar sus ánimos por mi supuesto plantón), y por la noche me centré en hacer el riguroso trabajo de campo que el compromiso con el señor Capón requería, incluidas las pertinentes comprobaciones que una afirmación como aquella exigía. Vamos, que me encerré en mi estudio y afilé la pluma todo cuanto me fue posible, dispuesto a analizar los despropósitos de nuestro propio gobierno desde una perspectiva, digámosle, «marciana».

Terminé de despertarme tan rápido como pude, y a las nueve en punto estaba en la dirección que Andrés Casaperda me había dado. Carreira do Conde, número 2.

***

Muchos curiosos tras el cordón policial. Demasiada actividad en muy poco tiempo para una calle tan tranquila. Hay dos ambulancias en la puerta, y mucha policía. Mucha. No sé qué es, pero algo pasa. Algo diferente, quiero decir. Ya sé que Calímaco de Brión está muerto, Andrés me lo ha dicho por teléfono. Pero hay algo. En los rostros de los policías, en el aire. Electricidad, tensión. Y ese color en el cielo. En cualquier momento regresará la lluvia.

Subo hasta el cuarto piso. Ya estoy para entrar en la vivienda, pero tengo que echarme a un lado. Un enfermero sale del apartamento empujando una camilla sobre la que lleva una gran bolsa plástica, una negra y alargada. En su interior se adivinan las formas de un cuerpo. Entro con la mirada fija en la bolsa. Andrés está dentro, en el recibidor.

—¿Calímaco? —pregunto señalando para la camilla.

—No…

Andrés mueve lentamente la cabeza de un lado a otro. Lo veo agobiado. Completa su respuesta con la mirada también clavada en la bolsa.

—Ese era Cabanas, uno de los nuestros.

Comprendo. *Uno de los nuestros*… Ahí está la electricidad.

—Era él quien estaba en la puerta, el hombre que dejamos encargado de la guardia de noche. Era un buen hombre, Aquiles, le faltaban un par de meses para jubilarse. —Casaperda habla y no deja de negar con la cabeza—. Bueno, por lo menos él tuvo suerte.

¿*Suerte*? ¿Un tipo que al que se llevan de excursión al depósito metido en una bolsa para cadáveres?

—¿Suerte, Andrés?

—Sí, suerte, Aquiles. A él solo le han rebanado el cuello. Acompáñame.

Andrés Casaperda echa a andar, y yo le sigo. Pasamos del *hall* al salón contiguo. Sus ventanales convierten la estancia en un gran mirador abierto sobre la calle de A Senra. Desde donde yo estoy puedo ver la Porta Faxeira, con la Alameda a la izquierda y el tráfico en dirección a la plaza de Galicia por la derecha. En el centro de la sala, un amplio sillón. Calímaco, su cuerpo, permanece sentado. Andrés me hace un gesto para indicarme que me adelante. Lo hago con incomodidad, la imagen del psicoanalista muerto abriéndose paso rápidamente entre mis recuerdos más recientes. Los sillones, los cuerpos sin vida… Una escena se asemeja a la otra. Sin embargo, algo las hace diferentes… Algo. Al contrario que en aquel otro piso, en este no hay oscuridad. Pese a lo gris del día, la luz que entra por la ventana lo inunda todo, y la postura en que se encuentra el cuerpo del bibliotecario parece más relajada. Al igual que en la consulta de Carneiro, aquí el cuerpo del señor De Brión tampoco está amarrado al sillón. Pero, siguiendo con las diferencias, la expresión en su rostro es distinta. En la cara del bibliotecario no hay crispación, no hay terror. De hecho, este incluso tiene los ojos cerrados. Como el hombre que tras haberse acomodado en su sillón favorito se hubiera quedado dormido plácidamente contemplando las luces del nuevo día sobre la ciudad. Una bella estampa hogareña en la que todo parecería perfecto.

De no ser por el hecho de faltarle el corazón.

La herida brutal, abierta en el centro de su pecho, rompe con la calma insinuada en el escenario. Alguien le había abierto la camisa justo por debajo del cuello, y le había arrancado el corazón sin ningún miramiento. Así, sin más, y eso era todo. Alguien le había arrancado el corazón. Como si fuera la cosa más normal del mundo.

No, *alguien* no.

Y todo por debajo de esa herida es sangre. Un gran charco formado por la sangre que se ha ido derramando del pecho a la alfombra. Y a su lado, sobre una mesita auxiliar al lado del sillón, un libro de poemas abierto. Con mucho cuidado para no tocar nada, me coloco ahora por detrás del asiento, y leo. Leo todo el poema en silencio, pero la última estrofa es tan esclarecedora que no me resisto a repetirla en voz alta.

«Mi mal y mi sufrir
es mi propio corazón.
¡Quitádmelo sin compasión!

¡Después, hacedme vivir!».

Otro mensaje claro

—Adriano vino para darles cura a los males de Calímaco.

Andrés se queda observándome.

—Adriano… —repitió entre dientes—. Estoy empezando a cansarme de esta historia, Aquiles…

—¿Perdona?

—¡Basta, ya estoy hasta los huevos de todos estos cuentos de fantasmas! ¡No existe ese tal Adriano, no hay constancia de nadie con semejante nombre! Pero lo que sí sabemos es que quien haya hecho esto era un conocido del muerto, Aquiles. La cerradura de la puerta principal no estaba forzada, sabemos que tuvo que ser el propio Cabanas quien se la abrió. Y él nunca lo habría hecho de no haberse tratado de alguien próximo a De Brión. De hecho, tuvo que haber sido alguien que no levantara sospechas de ningún tipo, o de lo contrario Cabanas no habría permitido que se le acercara tanto como para llegar a rebanarle el cuello. Fue un corte limpio, preciso. Y no, Aquiles, en la agenda de Calímaco no aparece ningún Adriano. La hemos revisado de arriba abajo, y ese nombre no aparece.

Andrés hace una breve pausa.

—No, ese no… —repite—. Pero otros sí lo hacen.

Esta vez soy yo el que se queda mirando al inspector Casaperda.

—¿Qué quieres decir?

—De sobra sabes lo que quiero decir…

***

Llegué tarde, el asunto en la casa de Calímaco de Brión se había complicado más de lo esperado. Con todo, al recogerla comprobé que Sofía no sabía nada. No tenía buena cara, pero por lo visto no era por nada relacionado con la muerte del bibliotecario. No supo de la triste nueva hasta que yo se la comuniqué. «Calímaco está muerto», le dije nada más subirse al coche. El tacto habitual, ese *savoir faire* mío tan «marca de la casa», impactó de lleno en ella. La sorpresa inicial dejó paso a una cierta resistencia primero, hasta que finalmente las lágrimas se abrieron paso bajo sus gafas de pasta negra. Ni yo le di los detalles ni ella me los pidió. Tampoco era necesario, ambos sabíamos que no sería cosa agradable.

—He recibido otro correo —dijo de repente, como si estuviera hablando para nadie.

—¿Qué?

—Otro correo. Lo he visto hace apenas un momento, mientras desayunaba. Adriano me ha enviado otro correo.

Me preocupé. Pero ya no del mismo modo que la vez anterior. El maldito asunto de los correos… Esto comenzaba a ser demasiado incómodo.

—¿Qué es lo que te dice?

—Nada agradable.

—¿Otro poema?

—Sí.

Sofía resopló, incómoda.

—Adriano está convencido de que la atracción que hay entre él y yo es tan fuerte como la que el suicida siente por el mar.

—¿Por el mar? No entiendo…

Sofía volvió a revolverse incómoda en su asiento.

—En medio de todo cuanto dijo Carneiro había algo que no era del todo falso…

—¿Cómo?

—El asunto de las tendencias suicidas. Es verdad que en algunos poemas de Rosalía se pueden detectar ciertos impulsos auto-destructivos…

—¿Te refieres a aquello que decía de que Rosalía no era más que una suicida en potencia?

—Sí, si bien lo incorrecto fue decirlo refiriéndose a ella. Porque la que muestra esas ansias suicidas no es la poetisa, la persona, sino su voz, aquella que aparece en ciertas composiciones. Ese deseo de morir se muestra en la atracción que la protagonista siente por el mar, por dejarse sumergir en esa masa oscura y fría. El desgraciado este habla de *nuestro amor*, ¿sabes?, dice que él es el mar —Sofía hacía esfuerzos por disimular las lágrimas cayendo sobre sus mejillas—, e insinúa que de un modo u otro acabaremos juntos, yo en sus olas…

Para ser ella quien según Andrés estaba enviando los correos, parecía estar verdaderamente asustada, tanto que a punto estuve de dejarme llevar por mi primer impulso, que no era otro sino el de detener el coche un lado, y acercarme a ella. Abrazarla fuertemente contra mí y consolarla, decirle que no se preocupara, que todo iría bien. La observaba con disimulo, haciendo valer el espejo retrovisor. Santo cielo, me impresionaba verla llorar… Pero las palabras del inspector Casaperda volvían una y otra vez a mi mente, no me dejaban en paz. Era ella quien se ocultaba tras aquellos envíos, me había dicho Andrés, era ella. ¿Qué demonios significaba todo aquello? ¿A quién debía creer?

—Escucha, Sofía —dije con mi coche ya incorporado al tráfico de la AP-9, la Autopista del Atlántico—, por favor no me lo tomes a mal, pero ellos…

—¿Qué? —preguntó mientras intentaba enjuagarse las lágrimas.

—Sofía, la policía quiere hablar contigo —dije al fin, intentando sacudirme toda la incomodidad que mi propia voz me provocaba.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

Respondí con otra pregunta.

—¿Dónde estuviste ayer por la noche?

—¡Aquiles! —respondió clavando en mí sus ojos azules.

La situación no podía ser más incómoda.

—No soy yo, Sofía. Esta vez las cosas se han torcido de más. Adriano acaba de matar a un policía. Y en ese mundo hay rayas que nunca se deben cruzar. Nunca, lo sé de sobra. Las cosas están feas, y más que se van a poner. Ahora sí que están mirando debajo de las piedras. Y han encontrado vuestros nombres entre los papeles de Calímaco.

—¿Nuestros nombres?

—Sí. El señor De Brión tenía apuntado en su agenda un encuentro contigo y con Dorian para ayer por la noche.

Sofía volvió a quedar en silencio, observándome con la boca entreabierta y un gesto de incredulidad dibujado en el rostro. Finalmente, dejó salir todo el aire que había estado conteniendo y me respondió.

—Exacto, así era. Estábamos dándole vueltas a la posibilidad de preparar un nuevo libro juntos.

—¿Un nuevo libro?

—Sí, una antología de textos de Rosalía para nuestros alumnos. Pero esa cita la teníamos acordada desde hacía mucho tiempo.

—¿Acudiste?

—¡Por supuesto que no! Esto es absurdo, Aquiles, ¿en qué estás pensando? ¿De verdad crees que se me ocurriría ir a molestar al pobre Calímaco, con el cuerpo de su hijo todavía caliente? ¡Por favor, Aquiles, qué clase de persona crees que soy!

—No, no, Sofía. Oye, no soy yo. Son ellos los que te harán estas preguntas…

—¿Pero cómo que me harán estas preguntas? ¿Por qué? ¡¿A qué viene tanto interés en hablar conmigo?!

«Porque saben que fue desde tu dirección desde donde se enviaron los correos con los poemas que ellos recibieron». Lo pensé, pero no lo dije. No podía hacer aquello, cargarla con más preocupaciones. Sabía de sobra que Sofía no podía tener nada que

ver con este asunto. Lo sabía, algo lo gritaba en mi interior. No podía abrumarla más, bastante tenía con lo que ya sabía.

—Así que no fuiste…

—Por supuesto que no. Me quedé en casa, ya te lo he dicho, tenía mucho trabajo.

—¿Y Dorian?

—¿Dorian?

—Sí, Dorian, qué pasa con él.

—¿Cómo que qué pasa con Dorian? Pues no sé, Aquiles. Yo estuve con él ayer por la tarde, pero no te puedo decir si acudió a la cita o no. Me imagino que no, pero si en este tercer grado al que me estás sometiendo solo caben respuestas exactas, pues no te puedo decir más. ¿Te vale así? —respondió con evidente malestar.

—Sí… Bueno, no… No, Sofía, no me refiero a eso. Lo que te estoy preguntando es qué pasa con él. ¿Quién es? Quiero decir, ¿podrías asegurar que lo conoces realmente?

La profesora Deneb me miró con una ceja arqueada, y la montura de las gafas a punto de ser ajustada nuevamente sobre la nariz.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿De verdad quieres decir que sospechas de nosotros? —preguntó al tiempo que, por fin, se recolocaba las gafas.

—No, de vosotros no. Pero de Dorian… Ellos creen que se trata de alguien próximo, y yo no sé nada a cerca de ese ayudante tuyo…

—Por favor, Aquiles, ¡eso es absurdo!

—¿Por qué estás tan segura?

—Pues porque Dorian es incapaz de matar ni a una mosca… ¡No a menos que la mosca le haya copiado su último modelo de ropa de fiesta! Por favor… —respondió ella mostrando abiertamente todo el desprecio que mis preocupaciones le merecían—. Mira, no sé cómo será la imagen que te has construido de él, aunque me la imagino. Una especie de homosexual peligroso, un depredador que por las noches sale a matar gente, ¿me equivoco? Pues deja que te diga que en realidad Dorian «La Loca» debería ser para ti el profesor Castle, doctorado *cum laude* en literaturas romances por la universidad de Oxford en el año 2000. Llegó aquí por primera vez en el otoño de 2001, con la beca Wordsworth-Coleridge bajo el brazo.

—¿La beca qué? —pregunté con la misma sensación que si hubieran acabado de dirigirse a mí en arameo.

—La Wordsworth-Coleridge, una de las más prestigiosas becas literarias del mundo. Una ayuda exclusiva para aquellos alumnos que deseen especializar sus estudios en las diversas formas del

Romanticismo literario europeo. Apenas se entregan una o dos cada año.

»Dorian ya había tenido contacto con la obra rosaliana en Oxford, y aprovechó la beca para profundizar en su investigación. Después de ese primer año, regresó a Inglaterra para presentar su trabajo, y volvió al año siguiente, ya definitivamente instalado como profesor adjunto de la facultad de filología de la USC.

»Lo conozco desde su primer día con nosotros. Llevamos todos estos años trabajando juntos, y sé que no tiene más delito que su propia arrogancia. No conozco a nadie más presumido que él. Pero de ahí a que sea capaz de matar a alguien… Por favor, Aquiles. Lo único que el profesor Castle tiene peligrosamente afilado es la lengua. Más allá de eso, reconozco que no sé quién es la persona que estamos buscando, pero si de una cosa puedo estar segura es de que Dorian no es esa persona.

Tanta convicción convertía la respuesta de Sofía en sentencia, sin dejarme otra opción que aceptar todo cuanto acababa de decir y guardar el asunto para no volver a sacarlo. O por lo menos no por ahora. No sabría decir cuál de los dos se sentía más incómodo, si ella o yo.

—Escucha —dije para romper el silencio—, discúlpame si te he molestado con mis preguntas. Es que estoy preocupado, y no quiero que te pase nada…

Sofía volvió a observarme, y a mí me pareció percibir cierta sorpresa por su parte.

—¿Que tú qué?

—Bueno, quiero decir…

—Déjalo estar —atajó con gesto seco.

Se giró sobre su asiento orientando el cuerpo contra la ventanilla de su lateral. Y así hicimos casi todo el resto del viaje, en silencio. Tal vez pudiera parecer incómoda, pero por el reflejo del cristal pude contemplar en los labios de la profesora Deneb algo muy semejante una sonrisa.

-22-
Los viejos que contaban historias

Llegamos a Arteixo pasadas las once de la mañana. Mi GPS no había dado por bueno ningún «O Froxel» entre la memoria de sus mapas. Ninguna calle, ningún «lugar de», ni «sitio de», ni nada que se le pareciera. Así que, tras habernos perdido unas cuantas veces, decidí hacerle caso a Sofía. Paramos a preguntar en el primer negocio que vimos abierto, que resultó ser un taller de automóviles a un lado de la carretera. Nos acercamos al único operario que trabajaba en el establecimiento, un mecánico ya mayor, más allá de los sesenta años, embutido en un mono de trabajo de color ya más negro que azul y con las manos completamente manchadas de grasa. Expuestas nuestras dudas, el hombre tampoco supo darnos respuesta concreta.

—¿O Froxel? —repitió al tiempo que con una mano se rascaba el cogote y con la otra aquella parte por donde la espalda pierde su nombre—. A ver… O Froxel es ahí arriba —señaló—, ahí a la vuelta de esa curva.

—¿Y sabría usted decirnos si es también ahí donde está la casa de los Pan? —volví a preguntar.

Otra vez el mismo ritual, pero esta vez cambiando el orden de las manos. Aquel tipo tenía una manera curiosa de moverse, más próxima a la de un primate que a la de cualquier humano.

—¿La casa de los qué?

El viejo mecánico-gorila nos explicó que Arteixo había crecido mucho en los últimos años. Por un lado, se trataba de un activo núcleo industrial, «don Amancio nos ha traído mucho bueno para el pueblo», decía una y otra vez. Y por el otro, su proximidad a Coruña la convertía en otra de esas ciudades-dormitorio en imparable expansión. Se ve que la crisis del ladrillo no se había hecho notar tanto por la zona. Fuese por esa razón o por otra, aquel que alguna vez había sido el lugar de O Froxel del que se hacían eco los libros de literatura, era ahora una localización indefinida entre las calles en que los antiguos caminos de la parroquia de Oseiro se habían convertido.

—Ahora esa es la calle *tal* o la calle *cual*, que aquí ya nadie la llama así. De hecho —dijo tras una nueva demostración de arte *rascatoria*—, el único lugar que todavía lleva el nombre de O Froxel es el centro cívico —concluyó al tiempo que concentraba su

actividad fricativa en su enorme panza, esta vez a dos manos.

—¿El centro cívico? —repetí.

—Sí. Ahí es donde nos reunimos los viejos de tarde en tarde. Hacen talleres, teatro, gimnasia, incluso baile de vez en cuando… Y en la parte de arriba han puesto una biblioteca con su sala de lectura y todo. Yo no soy mucho de leer, libros y esas cosas, ya saben ustedes. Pero mira, ahí tienen todos los periódicos, y puedes echarles un ojo. Y oigan, que con los tiempos que corren, todo lo que uno se pueda ahorrar es poco…

—Ya, ya… Y mire una cosa, ¿no nos podría decir usted por dónde viene cayendo este centro cívico suyo? —pregunté nuevamente.

—Pues sí, claro —respondió el hombre con notable apatía—, no sé porqué no se lo iba a decir… Tienen que salir aquí abajo, y la primera no; la segunda, tampoco. La tercera a la derecha, esa es. Y por ahí todo recto para arriba, y ya llegan. No tiene pérdida.

Se nos quedó mirando, y por un instante debieron de asaltarle las dudas acerca de nuestras capacidades exploradoras, por lo que al momento añadió:

—Si ven que no lo encuentran, pregunten por la casa de Murguía Vilarrodís.

Al escuchar esas palabras, tanto los ojos de Sofía como los míos se encendieron como si el mecánico hubiera acabado de prenderles fuego.

—Disculpe —intervino Sofía—, ¿cómo ha dicho usted que se llama el sitio por el que debemos preguntar?

El gorila concentró su atención en la profesora Deneb, quien hasta el momento había permanecido en silencio. Pareció asombrado, como si le hubiese cogido por sorpresa el hecho de que una mujer tan hermosa también pudiera hablar.

—Casa de Murguía Vilarrodís —repitió como solo un autómata lo haría al tiempo que se rascaba ahora las comisuras de la boca entreabierta. Santo Dios, aquellas uñas llenas de aceite seco… Aquello no podía ser sano—. Es que es como se llama el chiringuito, casa de Murguía Vilarrodís. O vaya, eso es lo que pone la placa que hay en la puerta. Ahora, si es que ustedes lo conocen por otro nombre, entonces yo ya no…

Los dos reaccionamos como movidos de repente por algún tipo de resorte invisible. Casa de Murguía, ese tenía que ser el sitio. Nos despedimos de aquel eslabón evolutivo perdido y salimos calle abajo. Bajábamos tan rápido como nos era posible, pero aún tuvo tiempo mi curiosidad de hacerme una pregunta… Busqué su reflejo

en el espejo retrovisor y no pude evitar sonreír al encontrarlo. Sí, el tipo seguía allí, observándonos desde el portal del taller, y rascándose la entrepierna. Por supuesto.

No tuvimos ninguna dificultad en dar con el sitio. Las indicaciones habían sido claras. «La primera no, la segunda tampoco». La tercera y todo recto hacia arriba. Nos llevó el tiempo justo para preguntarnos si este modo tan curioso de dar las indicaciones sería también una de esas marcas exclusivas de país… ¿Por qué no podemos decir «cojan la tercera a la derecha», sin más? El nuestro es un mundo curioso…

El centro cívico era un edificio de construcción moderna, por lo menos si lo comparábamos con las casas que lo rodeaban, bastante más antiguas. Se levantaba en lo alto, al fondo de una extensa explanada. La carretera pasaba por delante del edificio, una construcción de dos alturas con una especie de torre en el lado izquierdo. Aparcamos el Mercedes justo al lado de la entrada y fuimos derechos al interior.

No había nadie en la planta baja, y subimos por la torre (la cubierta de las escaleras, en realidad) hasta el primer piso. Tampoco arriba nos encontramos con nadie, por lo menos en primera instancia. El pasillo al que daban las escaleras terminaba por el extremo opuesto en una sala iluminada. Nos pareció oír ruido en esa dirección, y hacia allí nos dirigimos.

El espacio en cuestión resultó ser la biblioteca de la que el viejo homínido metido a mecánico nos había hablado. Entrando a la izquierda, una mujer terminaba de acomodarse en su puesto, una especie de mostrador que hacía las veces tanto de escritorio como de escaparate para las novedades de la biblioteca.

—Hola —nos saludó con una amplia sonrisa—, ¿en qué os puedo ayudar?

Esta vez fue Sofía quien tomó la iniciativa.

—Sí, verá. Mi nombre es Sofía Deneb, soy profesora de la universidad de Santiago, y este es mi ayudante, el señor Vega. Trabajamos en un reportaje sobre la vida de Manuel Murguía, y estamos recogiendo información *in situ* sobre aquellos lugares que fueron importantes en su vida. Y por lo que nos han contado, parece ser que aquí podría estar la casa donde nació, ¿no es así?

Sofía hablaba con la mujer del mostrador al tiempo que iba alternando miradas cómplices conmigo. Demasiado cómplices… Tal vez su intención fuera la de hacerme ver que si de meter una trola se trataba, ella era tan capaz como la que más. Pero ese exceso de soberbia podía dejarnos en evidencia. Menos mal que la mujer no

prestó demasiada atención esos detalles.

—¡Ah, vaya, ya veo! —exclamó—. Así que han llegado ustedes aquí atraídos por el nombre, ¿no es eso?

—Sí, claro —intervine—. Porque esta es la Casa de Murguía, ¿verdad?

La mujer esbozó una sonrisa amable. Extrañamente amable…

—Casa Murguía Vilarrodís, sí —respondió añadiendo, como sin querer, ese pequeño matiz corrector—. Pero vaya, mucho me temo que este no sea el lugar que están buscando…

La mujer volvió a sonreír, al tiempo que se ponía nuevamente en pie para bordear el mostrador, acercándose a nosotros.

—No se preocupen, que no son ustedes los primeros a los que el nombre lleva a confusión. Soy Apolonia —se presentó ofreciéndonos su mano—, la encargada de la biblioteca.

Con aquella amplia y obsequiosa sonrisa de la que parecía no querer desprenderse, Apolonia nos explicó que aquella construcción en la que nos encontrábamos en realidad nada tenía que ver con la casa natal del viejo historiador. De todos los hijos de Arteixo, Murguía había sido su autoridad cultural más ilustre, y por eso, según ella suponía, le habían puesto ese nombre al centro.

—Comprendan ustedes: era o Casa de Murguía, o de Amancio Ortega —bromeó.

Le reímos la gracia a la bibliotecaria, aunque sin demasiado entusiasmo. Aquello suponía un revés en nuestras investigaciones.

—En realidad —siguió hablando—, la casa donde don Manuel nació está más allá, siguiendo por el camino que encontrarán si salen a la izquierda, unos cuantos campos más arriba.

Nuestros ojos volvieron a iluminarse, y un gesto en el pecho de Sofía, el de coger aire para volver a hablar, delató nuestro interés ante la mirada atenta de Apolonia, que al punto nos atajó.

—Aunque, de cualquier modo, ya les digo que por ahí tampoco encontrarán nada interesante para ese reportaje suyo. Ya hace muchos años que la casa original fue devorada por otra mucho más moderna.

—Pero ¿sigue siendo de los Pan?

—¿Los Pan? —Apolonia volvió a sonreír—. No, me temo que no… Esas tierras fueron divididas, compradas y vendidas muchas veces a lo largo del siglo pasado, y sobre la vieja casa se fueron haciendo los cambios y reformas que cada nuevo dueño juzgó oportunas. No —sentenció la bibliotecaria—, aunque se acerquen a ella, en esa casa no encontrarán nada que tenga que ver ya con sus dueños originales, esos Pan por los que ustedes preguntan.

Cada nueva explicación que la mujer nos ofrecía iba provocando en nosotros un efecto más y más desalentador.

—¿Y no sabe usted qué ha sido de ellos? —preguntó Sofía—, ¿acaso ya no queda ninguno aquí?

—No. Verán, cuando en el año 2000 la Real Academia Galega decidió dedicarle el Día das Letras al señor Murguía, fueron muchos los que, como ustedes ahora, vinieron a investigar en los orígenes de don Manuel.

»Según lo que por aquel entonces se pudo concluir, a los Pan se les pierde la pista en Arteixo a finales de la década de los años cuarenta del siglo pasado. Al poco de morir don Xesús, por aquel entonces el patriarca de la familia.

—Don Xesús… —repetí. Recordaba haber leído ese nombre en la carta de Murguía—. ¿Y no sabe usted si hubo descendencia que siguiera llevando el nombre «Pan»?

—No. O, por lo menos, no aquí.

—¿A qué se refiere? —preguntó la profesora Deneb.

Apolonia sonrió una vez más.

—Por lo visto, don Xesús había tenido tres hijos. De los dos mayores, ambos varones, se sabe que partieron en algún momento entre 1908 y 1910 a la búsqueda de fortuna allende el mar. Ahí se les pierde la pista, no se sabe más. Había quien contaba que fueron vistos haciendo diversos trabajos entre Buenos Aires, Rosario, Córdoba, pero sin más constancia documental que los rumores y cotilleos entre los viejos…

En parte, aquello coincidía con lo descrito en la carta que Solano le había entregado Sofía: ahí estaban los dos hijos varones que el tal Xesús Pan ya tenía antes del año 1895. Pero todavía faltaba otra pieza, y la propia Apolonia había hablado de tres hijos.

—¿Y el tercero —pregunté—, que ocurrió con él?

La bibliotecaria se apoyó contra el mostrador al tiempo que arrugaba ligeramente el entrecejo y se mordía con suavidad el labio inferior. Sofía cayó en la cuenta de que algo no iba bien.

—¿Qué sucede?

—Ese tercer hijo… —Apolonia parecía estar intentando poner orden en sus pensamientos—. Las cosas no quedaron demasiado claras en lo tocante a ese tercer hijo. Hija, en realidad.

Hija… Bien, ese era el matiz que yo estaba esperando.

—¿Por qué?

—No sabría decirles con exactitud… Por lo visto se trataba de una niña, pero lo cierto es que la historia no está clara ya desde el principio.

—¿Podría ser un poco más explícita? —la interpeló Sofía.

—Verán. Según he escuchado contar aquí mismo, parece ser que la muchacha ya había nacido en condiciones extrañas.

—¿Extrañas? —repitió la profesora ladeando ligeramente la cabeza.

—Sí. Como imagino que ya habrán visto ustedes al entrar, este centro cívico también funciona como casa de la tercera edad. Cuando aquellos que vinieron antes que ustedes preguntaron por todas estas cosas, algunos de los viejos que entonces paraban por aquí comenzaron a hablar de cosas raras… Lo más probable es que en realidad no se tratase más que de cuentos de viejos, ¡pero vayan ustedes a saber!

—¿A qué se refiere? —pregunté—. ¿Qué quiere decir con eso de que no fueran más que cuentos de viejos?

La bibliotecaria se encogió de hombros en un gesto de resignación, al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Me refiero a historias que los viejos habían escuchado de sus viejos, ya se imaginará usted… Cuentos de aldea, nada más.

—Y esas historias…, ¿hablaban de la niña?

—Sí —confirmó la bibliotecaria—. Por lo que aquí contaban, tras el nacimiento de aquellos hijos varones la mujer de Xesús había quedado imposibilitada. Era cosa sabida en toda la aldea que el matrimonio ya no podría tener más hijos. Y de repente aparece esta niña… Todo el mundo decía que la chiquilla no era en realidad hija de los Pan.

¡Exacto! Pude sentir cómo el corazón se me aceleraba. Esa era una de las piezas que estábamos buscando, y ahora nos llegaba su confirmación por otra vía. Superado ese punto, necesitábamos saber más.

—¿Y qué fue de ella? La niña, quiero decir. Ella sí se quedó aquí, ¿verdad?

—Sí, parece que sí. Aunque por lo visto murió siendo muy jovencita…

No podía ser. La bibliotecaria debió de notar algo en mi expresión.

—A ver, les estoy hablando de memoria, no sé si tendremos notas de esto por alguna parte… Pero por lo que ahora puedo recordar, según lo que alguno de aquellos viejos contaba, aquella muchacha nunca fue mujer de mucha vida social. Decían que apenas salía de casa. Por las fiestas del patrón, y poco más… Por lo visto la muchacha no gozaba de buena salud, hasta el punto de que en realidad ya llevaba muchos años muerta cuando el viejo Xesús

falleció.

—¿Sabrá usted en qué año fue eso?

—¿Se refiere usted a cuándo murió Xesús Pan?

—Sí.

La encargada arqueó las cejas, y dirigió su mirada al techo mientras buscaba ese dato en su memoria.

—No lo sé, no estoy muy segura… Creo que alrededor del cuarenta y ocho, cuarenta y nueve tal vez. Comprendan que así, de memoria…

Volví atrás, a una vieja sensación ya conocida, aquella de puertas entreabriéndose, muy lentamente, para cerrarse de golpe ante nuestras narices justo a continuación. De un segundo para otro la euforia volvía a dejar paso al cansancio. No, no podíamos venirnos abajo. No a estas alturas.

—Oiga, ¿y no sabe si podríamos hablar nosotros con alguno de aquellos ancianos?

La misma sonrisa, ahora con visos de resignación, regresó a los labios de Apolonia.

—Me temo que no… La mayoría era ya muy mayor allá por el año 1999, que fue cuando se hicieron casi todas las entrevistas. Y ya han pasado más de trece años desde entonces. Casi todos se han ido muriendo.

La bibliotecaria guardó el silencio justo para que el desánimo volviera a ganar enteros en nuestros rostros.

—Aunque…

—¿Sí? —preguntamos al unísono.

—Había una mujer… —dijo ella con gesto evidente de estar poniendo a prueba su memoria—, una de las que por aquel entonces acostumbraban a pasar por aquí de vez en cuando. Creo que sigue viva. Aunque,a ver —advirtió abriendo de nuevo los brazos, hasta ese momento todavía cruzados sobre el pecho—, tampoco sé yo si les va a servir de mucha ayuda esta mujer, porque, la verdad, muy habladora no era. Pero bueno, al menos estaba presente en casi todas las reuniones…

—Pero cómo, ¿quiere decir que no participaba en las conversaciones?

—No, no es que no participara en las conversaciones, ¡es que no hablaba! Me llamaba la atención porque jamás abría la boca. Se limitaba a estar ahí, callada, observando a los que sí hablaban, escuchando con atención todo cuanto se decía. A veces asentía con la cabeza, otras negaba… Pero siempre en silencio, jamás decía nada.

»Pero miren, si sigue viva y la cabeza aún le rige, quién sabe, a lo mejor todavía les puede dar cuenta de todo lo que aquí se dijo…

—¿Dónde vive? ¿Es de por aquí? ¿Sabe dónde podemos dar con ella?

—No, no, ella no era de aquí. Vivía un poco más arriba, y no venía más que las tardes que un familiar, creo que un hijo suyo, la podía bajar en coche. Pero no —concluyó—, no vivía aquí. ¿Conocen ustedes la Pastoriza?

La Pastoriza… Esa era la iglesia en la que según la carta había sido bautizado el propio Murguía.

—Sí —mentí—. ¿Y su nombre? ¿Recuerda usted su nombre?

Apolonia buscó esta vez la respuesta en sus brazos, de nuevo cruzados sobre el pecho. Lo pensó bien y, cuando por fin nos dio una respuesta, a pesar de la inseguridad con que lo hizo, yo tuve que hacer serios esfuerzos por mantener el corazón en el pecho.

—La verdad es que desconozco su apellido. De hecho ni siquiera sé si aquel sería su nombre, pero aquí todos la llamaban Ariel.

Otra vez en el coche. Sofía y yo, kilómetros y más kilómetros detrás de un fantasma. Y un paso por delante de nosotros, Adriano. Si no sentía el cansancio acumulado en mis músculos a lo largo de todos estos días era por la excitación que el nombre me había provocado. No era para menos. «Ariel», había dicho la mujer. El mismo nombre que dos días antes nos había dado el señor Bareda. Era ella, Ariel, la asistenta a la que el pequeño Antón Bareda había descubierto llamando «abuela» a Gala. Fue pronunciar la bibliotecaria de la Casa de Murguía Vilarrodís su nombre, y al momento estábamos nosotros ya saliendo por la puerta. Dos relámpagos corriendo tras la tormenta.

Siguiendo las indicaciones que Apolonia nos lanzó ya casi a gritos desde su escritorio, bajamos por Pérez Ballesteros, la calle del centro cívico, hasta llegar a su final, en el encuentro con una carretera mayor, la AC-415, que a su paso por donde nosotros la cogíamos llevaba el nombre de Travesía de Oseiro. No habrían sido más de tres kilómetros de distancia si yo no me hubiera perdido al llegar a la aldea de la Pastoriza. El templo no se encontraba al lado de la carretera, sino más arriba, torciendo a la izquierda. Cuando finalmente conseguí recuperar la orientación, torcimos por la calle Santuario, y apenas trescientos metros más adelante aparcamos el Mercedes. Justo al lado de la iglesia.

Nos bajamos del coche y, cada uno desde el punto en el que se encontraba, dimos una vuelta completa, intentando asimilar la condición del curioso enclave al que habíamos ido a parar. Aquella

plaza le confería una nueva dimensión al adjetivo «ecléctico».

Tras subir por la calle Santuario, y pasar por un tramo en el que la calle se convertía en el improvisado aparcamiento de uno de esos restaurantes gigantescos para bautizos, bodas, y divorcios, ahora estábamos de repente en aquel lugar. En realidad no se trataba de ninguna plaza, sino más bien de un trecho en el que la calle, sustituido el asfalto anterior por un empedrado de reciente colocación, agrandaba súbitamente su anchura. Rodeada por un frondoso robledal, la iglesia se erguía majestuosa a nuestra derecha. Y, del lado contrario, el más demencial popurrí de viviendas que ningún concejal de urbanismo hubiera podido soñar jamás en la peor de sus pesadillas. Dignas casas antiguas, muy antiguas, de dos alturas, con casas más nuevas por un lateral, y casas más viejas, abandonadas y en ruinas, por el otro. En uno de los extremos de la calle, una vieja casa caleada resistía adosada a un pequeño establecimiento hotelero que permanecía cerrado. Por el otro, casas tan antiguas como las demás, pero restauradas al modo «actual»: aluminio, uralita, y poco, muy poco gusto. Y nada más.

—Un sitio tranquilo —comentó Sofía, sin dejar de mirar a su alrededor.

—Por decirlo de alguna manera…

Y tanto que era un sitio tranquilo. De hecho, estoy seguro de que ninguno de los dos se habría sorprendido si de repente hubiera pasado rodando ante nosotros ese matojo que siempre aparece en las películas de vaqueros.

—Bueno, ¿y ahora qué, agente Mortadelo?

—No lo sé, jefe. No lo sé…

Bajé por la escalera de piedra que comunicaba la calle con el robledal, y Sofía se decidió a seguir mis pasos. Juntos recorrimos el atrio hasta detenernos en el extremo opuesto. Los terrenos en los que se encontraba el templo constituían un magnífico balcón sobre el valle a nuestros pies. Comprobamos que las vistas distaban mucho de estar a la altura de lo sugerido por la hermosura del mirador en cuestión. No se trataba más que de una colección monstruosa de chimeneas, depósitos y otras construcciones que se extendían a lo largo de los núcleos industriales de Nostián primero, y de Bens más allá. Y además no, aquello tampoco era lo que andábamos buscando. Sin acuerdo previo entre los dos, dimos la vuelta y desandamos el camino. De nuevo en la calle, volvimos a mirar a nuestro alrededor.

Nada. Allí no había nadie.

Yo ya estaba a punto de gritar, a ver si así aparecía alguien,

cuando escuché la voz de Sofía a mis espaldas.

—Ahí.

—¿Qué?

—Ahí —repitió—, en esa ventana. Hay alguien ahí.

Afiné la vista en la dirección que indicaba el mentón de Sofía.

—Yo no veo nada.

—Sí, fíjate. Nos están observando.

La profesora Deneb empleó el dedo para señalar en la dirección exacta y, al seguirlo con la mirada, esta vez sí lo vi: el movimiento brusco en una de las cortinas frente a nosotros, justo allí donde la calle se hacía más ancha.

—Sí, es verdad… —confirmé.

Para cuando me quise dar cuenta, Sofía ya había echado a andar en dirección a la puerta de la casa.

—Eh, eh, eh. ¿Se puede saber qué haces? —pregunté apurando el paso tras ella.

—A ti qué te parece…

Con una determinación inusitada que me dejó pasmado, Sofía se colocó delante de la puerta de la casa y empezó a llamar a ella. Tres golpes suaves con los nudillos sobre la madera. No hubo respuesta. Otros tres, esta vez un poco más fuertes.

Mientras Sofía aguardaba a que alguien respondiera, yo di un par de pasos atrás para poder contemplar mejor la casa a cuyas puertas estábamos llamando.

El número 15 de la calle era una de las construcciones de peor aspecto. Pintada de blanco en algún momento alejado en el tiempo, ahora se mantenía en pie de milagro. Daban sobre nosotros dos ventanas en el primer piso que algún día habían sido de color marrón. Y justo en frente, aquella otra ventana en la que apenas un minuto antes habíamos visto moverse una cortina; y la puerta, una vieja pieza de madera reforzada con planchas de aluminio que, por ahora, seguía cerrada.

Las llamadas de la profesora habían pasado a ser ya golpes decididos sobre la parte metálica de la puerta.

—Sofía, modérate —intenté calmarla—, a lo mejor no hay nadie…

Se detuvo por un instante, lo justo para mirarme con cara de asombro.

—¿Que a lo mejor no hay nadie? ¿Pero tú estás tonto? Pues claro que hay alguien. ¡Por favor! —gritó al tiempo que reanudaba su asedio a la puerta—, ¡solo queremos hacerles un par de preguntas sobre la historia de la aldea!

Bueno, si algo estaba claro era que la profesora había aprendido bien rápido lo de mentirles a los desconocidos. Demasiado rápido, tal vez… Pero, de cualquier modo, el resultado seguía siendo el mismo. Nadie abría la puerta.

—Es inútil —le dije al tiempo que volvía a dirigirme hacia el coche—. Está claro que no quieren hablar con nosotros. Déjalo estar, no hay nada que hacer…

Ya estaba sacando las llaves de mi Mercedes del bolsillo, convencido de que por ahí no íbamos a sacar nada en limpio y que lo mejor sería buscar alguna alternativa por otro lado, cuando un ruido a mis espaldas me hizo girar sobre mí mismo. Alguien había abierto la puerta.

—Gracias, gracias por atendernos —le oí decir a Sofía—. Tan solo queremos hacerle unas preguntas…

Pero la respuesta no fue afirmativa. Yo ya estaba demasiado lejos para poder oír nada, tan solo alcancé a ver una mano por fuera de la puerta. Una mano de anciana, llena de arrugas que, una y otra vez, se afanaba en negar algo en el aire.

—Pero, por favor —insistió la profesora—, solo queremos preguntarle por una vecina suya…

La negativa fue más firme. La mano que antes negaba en el aire hacía ahora ademanes evidentes para que Sofía se alejara de su puerta.

—No, no. —Llegué a escuchar esta vez.

Por la voz comprendí que se trataba de una mujer muy mayor.

—Escuche —volvió a intentarlo Sofía—, ¿sabe usted si por aquí vivía alguna mujer llamada Ariel?

Las indicaciones de alejamiento pasaron a convertirse en gestos evidentes de rechazo. Por mucho que dijera la profesora Deneb, estaba bien claro que la vieja no quería hablar con ella. Pero Sofía no parecía comprender lo que le estaba diciendo. Seguía insistiendo, y la mujer de la casa, ahora ya con una pierna apoyada por fuera de la puerta, comenzaba a mostrarse agresiva. Temiendo que las cosas acabaran poniéndose feas de verdad, decidí intervenir.

—¡Sofía, por favor, déjalo estar! —le advertí al tiempo que me acercaba a la puerta de la casa—. Esta buena mujer no quiere hablar, déjala en paz…

Yo había ido derecho a Sofía, pero cuando ya estaba a su altura no pude evitar echar un ojo hacia la puerta. Al verla allí, agazapada tras la hoja de madera, me sorprendió el aspecto de la anciana. Pese a permanecer medio encogida sobre sí misma, el rostro casi oculto tras sus brazos, bien podía apreciarse que se trataba de una mujer

ya muy mayor. Podíamos ver la piel de sus manos y muy poco de su cara, pero bastaba para contar sobre ella tantas arrugas como olas había en el mar de A Coruña. Y con todo era tanta su resistencia… Ya empezaba a llevarme a Sofía conmigo cuando la mujer, toda ella aún curvada sobre sí, comenzó a cerrar de nuevo la puerta de su casa. Fue nada, apenas un latido, una milésima de segundo, lo justo para que nuestras miradas se cruzaran. Y entonces caí en la cuenta. Espera…

—Espera… —dije deteniendo mis pasos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sofía, caminando a mi lado.

Di la vuelta.

—¡Espere!

La vieja se me quedó mirando. Esta vez fue ella quien clavó sus ojos en los míos.

Lo justo para confirmarlo.

—¡No, no! ¡Espere! —grité al comprender que estaba concentrando todas sus fuerzas en cerrar la pesada puerta lo más rápido posible.

Llegué cuando estaba a punto de conseguirlo, a tiempo de meter un pie entre la hoja y el marco de la puerta.

—¡Es usted!

Pero la mujer apartó sus ojos de los míos, que ahora eran los que la buscaban a ella. Sus ojos… No había sido ni un segundo el tiempo que nuestras miradas se habían cruzado, pero a mí me bastó para reconocerla, para reconocer aquella mirada intensa. A pesar de los muchos años transcurridos, aquellos ojos seguían siendo los mismos. Dos perlas desafiando el objetivo de cualquier cámara.

—¡Es usted! —insistí—, ¡usted es Ariel!

Al escuchar semejante afirmación, Sofía también se acercó a nosotros.

—No puede ser… —Le oí decir ya justo detrás de mí.

—Yo no conozco a ninguna Ariel —protestó la mujer mientras seguía haciendo fuerza por cerrar la puerta—, hagan ustedes el favor de salir de mi casa.

—Santo cielo, sí que lo es —la reconoció ahora Sofía—, ¡usted es Ariel Pan!

—¡Ese no es mi nombre! —bramó la mujer en un acceso de ira todavía mayor.

Y entonces lo comprendí. Dios está en los detalles.

—¡Tiene razón, tiene razón! —repetí intentando calmarla—, le ruego disculpe nuestra torpeza… Usted no es Ariel Pan —dije con tanta suavidad como me fue posible emplear, al tiempo que me

alejaba muy ligeramente de la puerta, mis manos abiertas mostrándole las palmas en son de paz—, usted no es Ariel Pan. Su nombre es Ariel Murguía.

Caí en la cuenta en el momento justo. Supongo que, en el fondo, todos tenemos nuestro orgullo, y, aunque disimulado por un océano de arrugas, el de aquella mujer era evidente. No había más que prestar atención al modo en que muchos años antes había clavado sus ojos en el objetivo de aquella cámara. Podrían haber pasado todos aquellos y muchos más, y su carácter no se perdería nunca. Solo era cuestión de llamar a las cosas por su nombre.

—Por favor, doña Ariel. Venimos desde muy lejos, solo queremos hablar con usted un momento…

De modo consciente modulaba mi voz con un tono tan cercano a la rogatoria como el del vasallo que suplica por la clemencia de su señor, y ella cayó en la trampa, concediéndonos su gracia.

Fue así como la lucha a la entrada de su casa concluyó. Ariel dio media vuelta y, dejando la puerta entreabierta a sus espaldas, se sumergió en la penumbra de aquel hogar en ruinas, casa vieja de moho y humedades. Interpretamos el gesto como una invitación a entrar, y avanzamos tras sus pasos.

La puerta daba a una especie de pequeño recibidor. De un mísero perchero de madera, devorado por la carcoma, colgaban un par de paraguas y dos abrigos, uno corto y otro más largo. Por detrás de ellos partían las escaleras, una colección de peldaños torcidos como sonrisas tristes que llevaban al piso superior. Y, a nuestra derecha, la puerta por la que la vieja se había metido. La cocina. La escasa iluminación de su interior era el resultado de mezclar la luz que a duras penas pasaba por las contras con las cortinas entreabiertas que Sofía y yo habíamos visto moverse desde la calle, y la que emanaba del fuego que ardía en el lar. No era mucha, pero bastaba para adivinar el escaso mobiliario que abastecía la pieza en que nos encontrábamos.

La mujer se sentó al calor del fuego y, todavía de espaldas a nosotros, nos hizo un gesto para que la imitáramos sentándonos a una pequeña mesa de madera al lado de la ventana. Tampoco por allí había mucho más mobiliario. Dos sillas separadas de la mesa, cubierta por un viejo mantel de hule, sucio y pegajoso. Sobre la mesa, dos manzanas se pudrían en el interior de un viejo cesto de mimbre que hacía las veces de frutero. Sofía escogió el asiento más próximo a la pared, al lado de un antiguo aparador con puertas de cristal donde la mujer guardaba la poca loza que en la cocina se veía. Apenas cuatro vasos, un par de platos, dos tazas… Yo me fui a

sentar, por lo tanto, en la única silla que quedaba libre, aquella otra al lado de la ventana. El calor que aún mantenía el asiento evidenciaba que era desde esa posición desde donde la vieja nos había estado observando cuando Sofía la descubrió.

Así, inmóviles en nuestros asientos, permanecimos en silencio durante un buen rato, viendo cómo aquella mujer trabajaba el fuego en el lar, bajándole la fuerza para poder colocar una olla con algo líquido, probablemente un caldo, a calentar sobre un fuego lento. Cuando consideró que la cosa estaba a su gusto, se giró sobre el tocón en que se había sentado y se quedó observándonos, los tres en silencio.

—No es cierto eso que dicen, el tiempo pocas veces pasa rápido cuando eres viejo —aseguró con voz cansada pero firme—. No, al contrario… Por muchos años, muchos y muy largos, mi castigo ha sido permanecer aquí, esperando a que ocurriera algo, a que alguien viniera y me llamara por mi nombre, por mi verdadero nombre.

Hablaba con voz vieja, sí. Pero a mí me dio la sensación de que el cansancio con que lo hacía, su lentitud, no tenía nada que ver con sus años. No, no era cosa de edad, sino de desencanto. Hablaba, y lo hacía con la mirada perdida en sus manos, entrelazadas sobre su regazo, a ritmo lento, al compás que su dedo pulgar iba marcando mientras acariciaba la fina piel de las palmas de sus manos.

—Señora —me atreví a hablar—, ¿podría decirme a qué se refiere usted cuando habla de su *castigo*?

La mujer alzó la cabeza y, todavía con severidad, volvió a clavarme aquellos ojos suyos. No había duda, era ella. Había cambiado el rostro, habían pasado muchos años, y aquella muchacha hermosa que aparecía en la película de 1951 se había vestido de mujer vieja, tierra devorada por los años. Pero aquellos ojos, duros y orgullosos, aquellos que tantos años atrás se habían engalanado de perlas y desafío, eran inconfundibles. Aquella mirada seguía siendo la misma. Bajo ella, algo semejante a una sonrisa afilada, tal vez una nueva estocada, se dibujó en sus labios.

—Supongo que si han llegado hasta aquí es porque quieren que les cuente mi historia, ¿verdad?

Apenas llegué a escuchar el hilo en que mi propia voz se convirtió para responderle.

—Por favor, señora. Me muero por oírla.

-23-
La escalera de Jacob

El odio…

Un sentimiento curioso, el odio, ¿no les parece? Lo cierto es que yo no hubiera querido, señores… No, no hubiera querido llevar esta vida que he llevado. ¿Y quién habría querido? No, las cosas no deberían haber sido así. Mas lo fueron. Lo fueron, sí, porque fue él, el odio, quien decidió que así fueran. El odio, sentimiento poderoso… Puedes emplear la más dulce de las sonrisas, incluso vestir tu lengua con los versos más hermosos, mientras el corazón se ahoga en este zumo amargo. Pura hiel. El odio te dará las fuerzas que necesites para salir adelante, para lo que sea necesario… Porque él no acaba nunca. No, no hay virtud tan persistente en nuestra alma como su capacidad para odiar. Sí… Bien veo en sus ojos, muchacha, que está usted pensando en otras posibilidades, ¿me equivoco? Piensa usted en la capacidad de amar, por supuesto. Desengáñese, desengáñese, que cuanto antes lo haga mejor será para usted. Porque cualquier idiota puede amar con locura, como si el mundo fuera a acabarse mañana. Pero odiar… Odiar, mujer, es todo un arte.

Mi vida fue un camino, una senda trazada por todo ese odio. Y ese camino hubo que andarlo a paso lento, bajándolo escalón a escalón, un golpe tras otro de rabia y furia contenidas.

Mi nombre es Ariel. Ariel… ¿Saben ustedes lo que significa? León de Dios, significa, por si no lo saben… León de Dios… ¿Y de qué Dios, Señor? ¿Del buen Dios? No existe tal, no. O por lo menos no para nosotros, no para los que llevamos nuestra sangre… Me llamo Ariel, y, si han llegado ustedes hasta aquí es porque ya saben que mis apellidos deberían ser Murguía y De Castro. Pero no son esos… No, no son tales, y en su lugar mi apellido es Pan. Ariel Pan, me decían. ¿Pero qué nombre es ese, me lo quieren decir ustedes? Por favor… Mi vida es un camino de odio, rabia y furia que de escalón en escalón no llevan más que a estaciones y más estaciones oscuras, miserables una detrás de otra y todas llenas de más odio. Un odio distinto en cada una, pero odio al fin y al cabo… Y fuego.

Llegué al mundo en el día más frío del invierno de 1927. A mi madre no la conocí, murió al nacer yo. La maté, supongo. No sé si ya habrán estado ustedes allí, me imagino que sí. Si lo han hecho, habrán visto cómo es O Froxel. ¿Les ha parecido duro? Pues

deberían haberlo conocido casi cien años atrás. No, O Froxel no es el mejor lugar para venir al mundo. Y menos si te toca hacerlo en una casa vacía, pobre y enferma. De mi padre tampoco puedo decir que lo conociera demasiado, maldito desgraciado. Había aparecido por Oseiro tan solo un año antes de nacer yo. Según mi abuelo no se trataba más que de un marinero llegado de allende el mar, un buscavidas que se había perdido fuera de los muros de la ciudad, y dando tumbos de un lado para otro había ido a caer entre las piernas de mi madre. Parece ser que lo intentaron, pero que la cosa no fue bien. El viejo y él nunca se entendieron, así que, muerta mi madre, Xesús Pan le pagó al miserable con cuatro monedas que tenía, y la luna nueva, la más oscura de todas, se lo llevó con la marea..

Además de mi madre, Xesús había tenido otros dos hijos antes. Los dos estaban ya emigrados cuando llegó la gripe del dieciocho. Junto con media aldea, la enfermedad se llevó también a la mujer de mi abuelo, y de aquellos dos emigrantes nunca más se supo.

La vida en la aldea no era cosa agradable, nunca me gustó. Desde muy pequeña, mis quehaceres habían sido siempre los mismos: limpiar los establos de los animales, atender la casa, trabajar el campo con mi abuelo. Siempre apestando a bravío, siempre el sudor resbalando por las sienes, siempre a punto de reventar. Y yo sabía que había otros mundos, ¡lo sabía!, Como también sabía que no estaban tan lejos… Algunos incluso muy cerca. De vez en cuando, el viejo Xesús y yo bajábamos a Arteixo. Pocas veces lo hacíamos, sí, pero cuando ocurría yo sabía acercarme al kiosco, o a la barra del café. Allí donde estaban los periódicos y las revistas. Apenas sabía leer, de modo que donde no me llegaban las letras me llegaban las orejas. Y así escuchaba lo que los demás leían en voz alta para la parroquia. Y aún más, que también sabía mirar, todas aquellas fotografías… Imágenes de una vida, aquella que se daba en las ciudades y de la que yo también quería participar. Contemplaba las fotos, los trajes de las mujeres, y me preguntaba a qué olería todo aquel mundo…

Con los años fueron avanzando tanto mi rechazo por aquella vida entre bestias y estiércol, como mi deseo, ¿qué digo deseo?, mi ansia, ni necesidad por salir de aquel universo de dos huertas y media. Y entonces ocurrió.

Llegó el invierno de 1948 y el viejo se puso a morir. Era el final, y él lo sabía. Ordenó que todos los vecinos que habían venido a acompañarlo en el tramo final de sus días salieran de la habitación, y le dijo al cura que me llamara, que quería hablar conmigo. Olía a

cera quemada y a rancio, a alimentos resecos, a animal muerto. Me pidió que me acercase a él y, con su mano cogiéndome del brazo, me lo contó todo. Todo.

Mi madre no había sido hija suya, ni de su mujer tampoco. Me contó la historia, tienes que saberlo todo, dijo, porque ya eres mayor y porque es tuya, dijo el viejo. Unos señoritos habían llegado de la ciudad y, según lo acordado con su padre, el señor Antón Pan, habían dejado a mi madre allí. La parieron y, como si de una perra cualquiera se tratara, la dejaron allí. ¿Qué historia era esa que el aliento de aquel animal traía? El viejo hablaba, y yo sentía como mi sangre iba pulsando cada rincón, cada curva de mis venas. Su mano en mi brazo se había convertido en una garra, una herramienta metálica que me apresaba y me hacía daño. Pero él seguía hablando. Hablaba y hablaba sin darse cuenta del efecto que su confesión estaba causando en mí. Poco a poco, palabra a palabra, el odio iba empapando mi cuerpo en toda su extensión. ¿Y quiénes eran aquellos miserables que tal cosa habían hecho? ¿Quiénes? Pronunció su nombre, los Murguía de Castro, y entonces los reconocí. Porque los conocía, sí, que eso era lo mejor: ¡yo los conocía! Los había visto en las revistas, había oído hablar de ellos… Especialmente de una de ellas… Mi madre era hija de la hija de Rosalía de Castro, aquella poetisa de la que todo el mundo había hablado siempre. Y la habían abandonado allí, como ni a un animal se deja… Xesús siguió hablando. Me contó que mientras don Manuel, el viejo viudo de la poetisa, vivía, aún había ido llegando dinero. De vez en cuando, por lo visto, pero llegaba. Pero al morir el viejo, en el año 1923, el río se secó y el molino dejó de producir harina. Las hijas, malas rameras, se olvidaron de ellos. ¡Siendo una de ellas la madre de mi madre!

Esa, junto al lecho en donde el hombre que me había criado moría, fue la ocasión en que por vez primera sentí que toda yo era odio. Odio puro.

Toda yo…

Odié a los Murguía por lo que se habían atrevido a hacer. Odié a los Pan por haber consentido su propia participación en aquella barbaridad. Odié a aquellas mujeres llegadas desde A Coruña por abandonar a mi madre y dejarla morir en el frío de O Froxel. Y, sobre todo, los odié a todos, a todos sin excepción, desde aquella Rosalía en nombre de quien tales cosas se habían hecho, hasta a mi propia madre, por haberme traído al mundo tan lejos de aquella otra vida que en verdad me correspondía.

Murió por fin el viejo Xesús Pan y, con su cuerpo aún caliente,

yo misma entré en los establos. Maté a los animales con mis propias manos, uno por uno. Vendí la casa y los dos campos que todavía nos quedaban, pagué las deudas que teníamos, y con lo poco que me quedó me fui de aquellas tierras, jurando no volver a poner un pie en aquella parte del mundo a la que yo nunca había pertenecido. Muchos eran los lugares a los que pude haber ido, pero no era más que uno aquel al que la furia, mi inmensa furia, dirigía mis pasos.

Por aquel entonces, solo una de las hijas de Rosalía quedaba con vida. Y quiso el destino que fuese justo la que había parido mi madre. Jamás habría ido a ningún sitio que no fuera aquel: al abrazo amoroso de mi querida abuela.

Recuerdo como grabado a fuego el momento en que a solas las dos le hablé mirándola a los ojos. Yo soy la sangre de tu sangre, le dije. Soy la de tu padre y la de tu madre también. Y soy, sobre todo, la de tu hija. De hoy en adelante pagarás por todo cuanto mal has hecho, tú y todos los tuyos. Y vas a empezar devolviéndome mi vida.

Deberían ver ustedes la expresión en el rostro de aquella vieja, el pánico en sus ojos. Se echó con fuerza la mano al pecho, y por un instante pensé que caería muerta allí mismo. Nada, así y todo, ni un solo movimiento se pudo ver en mi cuerpo. Absolutamente nada por impedirlo. Me quedé observando, curiosa, a ver qué pasaba. Y, ¿saben qué?, si les soy sincera, en aquel preciso momento nada me habría dado más gusto…

Pero no se murió. No, la vieja no se murió, y aquel instante no fue más que el primero de los muchos que vinieron después. A partir de aquella noche y a los ojos del mundo, pasé a ser su dama de compañía, única y exclusiva. Allí donde la presencia de la vieja Gala fuese requerida, allí aparecería yo. Justo a su lado. Daba igual lo que fuera. Salidas, visitas, excursiones… Una ofrenda floral, la inauguración de un monumento, una misa en la honra de su madre… Lo que fuera. Allí estaba yo. Porque aquella, justamente aquella, era la vida que me había sido robada, y yo no estaba dispuesta a otra cosa que no fuera recuperarla.

Por primera vez en mi vida estaba gozando de ella. De los aplausos, de las músicas, de las luces que cada vez se iban haciendo más y más habituales. No se equivoquen, sabía perfectamente que todas aquellas jaculatorias no iban dirigidas a mi persona. No, eran para otra, un fantasma para mí casi irreconocible en la oscuridad del tiempo. Pero tanto me daba… Me placían como si fuesen mías. Por fin, ahí estaba mi tesoro.

De entre toda aquella nueva corte que habitualmente nos acompañaba, por cierto cada vez más numerosa, mi presencia solo había despertado los recelos de una única persona: Anxo Aián, uno de los numerarios de la Academia. La gran serpiente…

Aián había sido, hasta mi llegada, el chichí, el niño bonito de la vieja Gala. Anxo, tú eres el hijo que yo nunca tuve, le oí decir en cierta ocasión… ¡No se pueden imaginar el tremendo esfuerzo que me vi obligada a hacer para no ahogarla con su almohada esa misma noche! Sí, él era el único que no había visto con buenos ojos mi llegada. Era una serpiente, una fiera sibilina escondida en aquella casa. Había llegado antes que yo, y sabía perfectamente cómo regalarle los oídos a la vieja. Y ella, ¡maldita estúpida!, se dejaba engatusar por la voz de aquella serpiente. No, él no me veía con buenos ojos, porque sabía que yo era una amenaza para sus intereses.

Y con todo, Aián nunca hizo nada. La vieja, por supuesto, jamás le contó nada sobre mí. Sabía perfectamente cuanto perderían todos, ella la primera, si yo sacaba a la luz mi historia. Pero lo cierto es que él tampoco hizo nada. Pudo haberle preguntado, forzarla tal vez a hablar. Pero no lo hizo. Y yo siempre creí saber el porqué.

Podía sentirlo, podía incluso notarlo…

Aquella vieja sensación, percibida ya en la aldea, cuando bajábamos al pueblo. O peor todavía, aquellas noches en que el viejo, los dos siempre a solas, se me quedaba mirando. Sí, aquella vieja sensación… De sobra notaba como aquel desgraciado dejaba caer sus ojos en mí. Aquellas miradas que, como las del viejo, también apestaban a bravío. Podía sentir su excitación. Pero no, no vayan ustedes a pensar. Lejos de apartarme, yo me acercaba a él más aún. ¿Me deseas, cerdo, me deseas? Sí, ¿quieres este cuerpo? Yo no me alejaba. Me acercaba a él, más y más cuanto más y más gente hubiese a nuestro alrededor. Aquella mirada suya de animal… Lo odiaba, y solo quería castigarlo, que sufriera, un poco más cada vez.

Así es como los años fueron pasando, con una mentira encima de otra mentira. Porque entre las paredes de aquella casa todo era cinismo y falsedad. Todo. Como nuestra manutención, por ejemplo. Todo el mundo pensaba que la vieja vivía en los lindes de la miseria, siempre al borde de la última peseta, y aquello no podía ser… ¡Se trataba de la última hija viva de la gran gloria poética de Galicia! De ninguna manera se podía consentir que viviera en condiciones miserables…

La primera pensión de la que yo tuve constancia era una que ya venían cobrando en tiempo de sus hermanas, otorgada por el mismísimo Congreso de los Diputados a la muerte de su padre. Más tarde, en el año 1938, la Diputación de A Coruña propuso el donativo de cinco pesetas mensuales por parte de cada uno de los ayuntamientos de la provincia. El tiempo, en plena Guerra Civil, no era el más indicado para llevarle la contraria a autoridad alguna, así que multipliquen ustedes las cinco pesetas por unos noventa ayuntamientos, y ya verán lo que les sale. Luego estaba la pensión que se enviaba desde el Centro Gallego de Buenos Aires, 1.500 pesetas cada mes. La competencia entre los gallegos en la diáspora, atajo de envidiosos, también llegaba hasta esos extremos, así que si los de Argentina mandaban dinero, los de Cuba no iban a ser menos… Fue por eso por lo que el Centro Gallego de La Habana comenzó a mandar una pensión de 2.100 pesetas mensuales. ¿Usted sabe cuánto dinero eran esas cantidades en aquella época? Y el mejor momento aún estaba por llegar… En el año 58, conmemorando los cien años del matrimonio contraído por sus padres, el Ministerio de Educación Nacional le asignó una pensión mensual de otras 1.500 pesetas. A finales de los años cincuenta, nosotras recibíamos más dinero que cualquiera de los catedráticos mejor pagados de la Universidad de Santiago…

Sí, las penurias que yo había conocido quedaban definitivamente atrás. O eso creía yo… Y, con todo, ella seguía ofreciendo esa imagen de anciana desvalida, necesitada siempre de ayuda. Miserable, supo elevar ese aire de mendicante hasta la categoría del más fino arte. Desgraciada… No pueden ustedes imaginarse el asco que producía en mí aquella vieja. Pese a todo, en la casa había abundancia, por lo menos para mí, y eso era lo que contaba. Por lo menos para mí… Hasta que se murió.

Murió, como algún día todas las viejas lo hacen. Murió, y ese era el momento. Mes a mes habíamos ido amasando una pequeña fortuna, mi pequeña fortuna, aquella que por sangre debería ser mía y de nadie más. Murió por fin la vieja, y cuando ya todo estaba dispuesto, preparado para por fin echarle la mano encima y gozar abiertamente de aquello, de aquella vida en plenitud que me había sido arrebatada, justo entonces, se echó todo a perder. Maldita vieja estúpida…

Yo estaba convencida de tenerlo todo bajo control. Pero la realidad distaba mucho de ser así. Porque las serpientes son silenciosas, saben moverse sin hacer ruido alguno. Se ocultan, entran en casa sin que nadie las vea. Y, cuando menos cuentas con

ellas, atacan. De repente, en lo más oscuro de la noche más fría.

La vieja Gala había hecho su testamento, lo había firmado delante de mí. Les dejaba los derechos de propiedad de todas las obras de sus padres a distintas instituciones, como la Diputación, el Ayuntamiento, el Patronato o incluso la propia Academia, toda esa ralea de parásitos que a todas partes la habían llevado como si de una santa en procesión se tratase. Y a mí no me importaba. Que llenaran las bibliotecas, ¡que las llenaran!, salas y más salas abarrotadas con todas aquellas montañas de libros y papeles viejos. Que los quemaran si tenían frío, o que hicieran con ellos lo que más les placiera, que a mí tanto me daba. Con aquel testamento, con aquel que yo había visto firmar, acabaría por tener lo que realmente quería, porque mientras toda aquella Santa Compaña de viejos ya más muertos que vivos se iba con las manos llenas de papeles que con el tiempo acabarían siendo comida para ratones, a mí me quedaba lo verdaderamente bueno. La plata. Todos los bienes materiales, algún terreno y el dinero. Sobre todo, el dinero. Aquella pequeña fortuna que mes a mes habíamos ido amasando. Yo la vi firmar aquel testamento…

Pero cuando el notario abrió el sobre, fue otro el documento al que se dio lectura. Aprovechando algún momento en que yo hubiera estado viendo en otra dirección, aquel traidor le había llevado a la anciana un nuevo testamento, y Gala, vieja idiota, engatusada por los encantos del zorro Aián, lo firmó. ¡Maldita casa de cerdos embusteros! Aquel nuevo documento era muy similar al anterior, con la diferencia de que donde antes estaba mi nombre ahora era el de la serpiente el que aparecía.

De repente me encontré sola, en la calle y sin nada en los bolsillos. Y entonces, justo entonces, en el momento exacto en que caí en la cuenta de lo que pasaría a continuación, odié con todas las fuerzas de mi alma condenada al despreciable Aián.

Porque sabía que ahora estaba en sus manos.

Sí, lo sabía y, lo que era todavía peor, el también lo sabía. Se acercó a mí, tanto como para poder sentir en mi nuca el calor repugnante de su aliento, y solo pronunció siete palabras. Sé quién eres, y ahora me perteneces.

Me montó.

El cerdo me montó, allí mismo, como si fuera un animal, en la misma cama que hasta tan solo unos días atrás había sido de la vieja. Y no le bastó con hacerlo una vez, ni dos. Durante todos los días que permanecí en aquella casa, el cabrón no dejó de venir ni uno solo. Y todas las veces eran la misma. Con mi cara contra la

pared, la falda levantada. Sus manos cogiéndome los pechos, apretándolos como si fueran suyos, y su aliento de puerco bravo en mi nunca. Sé quién eres, decía una y otra vez mientras me empapaba. Sé quién eres.

Yo soy la sangre de esa que todos adoráis, pensaba, y mientras sentía el cuerpo de aquella bestia reventándome por dentro, mi odio crecía. Cada embate de aquel animal hacía que mi sentimiento fuese más y más fuerte. Y entonces llegó el momento en que los odié. A todos. A Rosalía y a todo lo que ella suponía.

Yo ya iba embarazada cuando finalmente me sacó de aquella casa, apenas un mes después de morir la vieja, y el palacio del que entre asalto y asalto me había ido hablando resultó ser un establo. Este mismo en el que ahora estamos… El desgraciado supo hacerlo, porque esperó el momento exacto. Esperó el tiempo justo. Acababa de nacer el niño cuando un día entró el cerdo por esa misma puerta por la que ustedes acaban de entrar. Cogió al pequeño en brazos y, contemplándolo del mismo modo en que los tratantes sopesan a los animales en la feria, sentenció: vosotros os quedáis aquí. Y si abres la boca, te mato. A ti y a este miserable. Y en ese momento volví a odiarlos a todos. A él, al pequeño, a Rosalía, a la vieja Gala, ¡a todos! Pero sobre todo, sobre todo, me odié a mí… Sí, me odié a mí misma, porque convencida de que mi lugar era otro, queriendo huir de un destino que nunca había considerado mío, era exactamente ahí donde me encontraba ahora. Había regresado al punto de partida. Y, esta vez, lo había hecho para siempre.

***

Ariel se quedó en silencio, y yo, suspendido en el hilo de su relato, no caí en la cuenta de que ya llevaba un buen rato sin hablar hasta que la voz de Sofía me trajo de vuelta a la realidad.

—Su hijo es Adriano, ¿verdad? —preguntó la profesora.

Pero la vieja no contestó. O, por lo menos, no como Sofía esperaba. En vez de eso, aquellos ojos de verdemar, a partes iguales llenos de cansancio y de resentimiento, se quedaron mirando a aquellos otros, los ojos de la profesora Deneb, azules de otro universo. El tiempo se hizo infinito, y en él me pareció entender que Ariel estaba considerando hasta dónde había llegado la impertinencia de aquella muchacha que se atrevía a hacerle una pregunta. Hechas las consideraciones oportunas, Ariel volvió a hablar.

—Mi hijo… Él fue mi salvación.

»Yo nunca he amado a nadie. Ahogué mi corazón en odio para todos y cada uno de los que, de un modo u otro, me fueron robando la vida. Y cuando mi corazón terminó de hacerse pequeño, de tanta y tanta rabia como en él había ido guardando, entonces comencé a echar fuera toda aquella amargura. Ríos de hiel, mares enfermos de odio y rencor, las aguas negras en las que yo misma bauticé a mi hijo. Poco a poco, año tras año, fui asegurándome de que su sangre fuera tan negra como la mía.

La dureza de las palabras pronunciadas por Ariel no disuadió a la profesora de seguir haciendo preguntas.

—¿Le explicó usted cómo habían acabado los dos en aquella situación?

Creí que era fuego lo que de aquellos ojos, encendidos de verde, iba a salir.

Pero no.

—Se lo expliqué, sí. Le hablé de aquello y de todo cuanto me venía al pensamiento. Noche tras noche, luna tras luna, quise ir llenando su alma de tanto mal, de tanto odio como me fue posible. Y le hablé, sí. Le hablé de su padre y de toda aquella familia de monstruos, uno tras otro, hasta llegar al gran diablo, a la razón de todos nuestros males. Le hablé… Hasta que mi hijo dijo *no*.

»Él es más listo que yo. Siempre lo ha sido, ya desde muy niño. Pronto llegó el momento en que mi palabra no le bastó, y quiso conocer la historia por sí mismo. Se acercó a ella, sí, se acercó… Y con ella estaba todo el tiempo. Siempre en su compañía, por el día y también por la noche. Él supo ver algo que yo no había llegado a conocer. Él supo calentarse a su fuego, y esa fue mi salvación.

»Porque cuando ya el odio estaba a punto de reventar también las paredes de esta casa, cuando ya era tanto que a punto estaba de tumbar sus techos sobre nuestras cabezas, él supo redimirme. Ariel, me dijo de repente, el mal no está en Rosalía. No, que esas luces artificiales no te confundan, porque ella es la pureza. Consuélate, Ariel, porque el mal no está ahí. No… El mal está en toda esa jauría, en esa corte de fariseos y falsos profetas que en su nombre nos han estado hablando todo el tiempo. Mi hijo me contó cómo toda aquella gente había ocupado vidas enteras en llenarse la boca con palabras que no eran suyas, que no les pertenecían. Y me dio la paz. Porque se puede vivir odiando todo el tiempo. E incluso se puede vivir odiando a todo el mundo. Pero lo que no se puede hacer es ambas cosas durante toda la vida. No, eso no. Y yo ya no podía más. Mi hijo me alivió, tomó la parte más pesada de mi carga, y se fue.

La vieja Ariel volvió a quedarse en silencio.

—¿Qué quiere decir usted con que se fue? —me atreví a preguntar esta vez.

—¡Quiero decir que se fue! —me escupió en un súbito acceso de rabia la mujer—. Quiero decir que abrió esa puerta que tiene usted a su lado, y se fue. Dijo que había llegado la hora de realizar el trabajo que le correspondía, que de ahora en adelante ya se encargaba él, y se fue… —completó tranquilizándose un poco.

—De acuerdo, de acuerdo —intenté borrar de mi voz cualquier posible giro que pudiera volver a alterarla—. ¿Podría decirnos cuándo sucedió eso?

Y no, no se alteró. Bien al contrario, la vieja volvió a recoger sus manos la una sobre la otra, y con la mirada perdida en sus propias caricias, habló a través de una fina cinta de voz.

—Mi hijo se fue. Hace ya unos días. O quizás fue hace muchos años, no lo sé…

Un largo silencio, y la sensación de que en su cabeza la vieja no había sabido cómo llenar la partida de su hijo. Sofía intentó penetrar en aquellas memorias, esta vez por otra puerta.

—¿No volvió a verlo nunca más?

Y entonces reapareció aquella mirada. Apenas levantó Ariel la cabeza, lo justo para clavarnos sus ojos verdes. Ojos sucios, como las aguas revueltas de un mar enfurecido bajo la tormenta. Ojos traicioneros, de los que miran desde atrás, y aquella misma sonrisa, un desafío grabado en una película vieja.

—No —respondió.

Nada aportaba aquella respuesta. Nada más que desconfianza, y Sofía decidió repetir su primera pregunta. Ya el olor del caldo en el fuego inundaba por completo la casa cuando la profesora insistió en la misma cuestión.

—Su hijo, él es Adriano, ¿verdad?

Pero tampoco en esta ocasión le respondió. Giró sobre su tocón y comenzó a revolver en la olla. Y así, de espaldas a nosotros, siguió hablando.

—Son una extraña pareja —dijo refiriéndose a nosotros—. Sé por que están aquí, pero no acabo de comprender qué es lo que esperan llevarse con ustedes cuando salgan de nuevo por la puerta. Creen que yo traicionaría a mi propio hijo… Me pregunto con quién se creen que están hablando. No sé, tal vez pensaran que se iban a encontrar con una vieja enferma que, intuyendo en el aire el olor fétido de sus días finales, anduviera necesitada de confesión, de alivio para su espíritu en las últimas horas… No, yo no soy esa, y si

eso era lo que pensaban llevarse como botín de guerra, sepan que están ustedes muy equivocados. Porque no, yo jamás traicionaría a mi hijo. Puede que no esté de acuerdo con todo lo que está pasando, y por eso hable con ustedes. Pero de ahí a traicionarlo… Son ustedes unos ilusos.

Y a pesar de tanta negativa, tuve la sensación de que allí acababa de abrirse una grieta.

—¿A qué se refiere usted, Ariel? ¿Qué es eso con lo que no está de acuerdo?

La vieja siguió revolviendo en la olla.

—No —dijo al fin, todavía en tono ausente—, no todo estuvo bien hecho. El pobre muchacho…

—¿Qué muchacho? —preguntó Sofía aprovechando ese espacio que efectivamente parecía abrirse en las palabras de Ariel—. ¿Se refiere usted a Beltrán?

—Sí, ese pobre muchacho… Si era verdad que Rosalía no tenía culpa, entonces esa pobre alma tampoco. Esa es la luz que les ofrezco, la que necesitan para comprender el porqué de su modo de hacer, mas también para que, si llega el tiempo de ponerles nombres a los culpables, sepan que el mío es el que tiene que ir sobre los actos de mi hijo. Sí, fue él quien hizo todo eso. Pero quien lo empujó en el comienzo de ese camino no fue otra persona sino yo.

La mujer se quedó en silencio, observando el interior de la tartera, como si en aquella especie de caldo mágico estuviera contemplando la secuencia de hechos que habían conformado su propia vida.

—Y ahora que ya lo saben todo —dijo por fin, sin dejar de revolver en la olla sobre el fuego—, hagan el favor de salir de esta casa. De esta, donde nadie es bienvenido.

Inequívocamente, acababa de sonar la campana que anunciaba el final de la conversación. La mujer acompañó sus palabras con un gesto, su cuerpo recogiéndose todavía más sobre sí mismo, y comprendimos que ni la profesora Deneb ni yo sacaríamos nada más por mucho que lo intentásemos.

—¡Fuera! —bramó la vieja contra nuestra lentitud.

Una mirada en silencio compartida entre los dos fue suficiente para entender que el siguiente paso ya no podría ser otro sino salir de allí. Nuestro encuentro había llegado su fin.

Ya estaba Sofía saliendo por la puerta de la cocina, conmigo detrás, cuando volvimos a escuchar la voz de Ariel.

—Muchacha —dijo de espaldas, ladeando ligeramente la cabeza

por encima de los hombros—. Ignoro el porqué de su insistencia. Pero no, mi hijo no se llama Adriano. De sobra conozco la importancia de tal nombre, pero ese no es el suyo. Mi pequeño pudo tener muchos, muchos nombres, tantos como los que aparecen y desaparecen a lo largo de esta historia. Y supongo que si usted tiene tanto interés en que yo le confirme el dato será porque debe de ser ese el nombre bajo el cual se oculte ahora. O uno de ellos… Pero cuando nació, el nombre que le puse a mi pequeño no fue ese por el que ustedes preguntan. ¿Adriano? No… Mi hijo se llama Xacobe.

***

Caminando de regreso al coche parecíamos dos alucinados. Dos perdidos a los que el tornado acabara de pasarles por encima. ¿Qué demonios acabábamos de vivir? ¿Qué significaba todo aquello? La mujer, su historia… ¿Cómo se procesaba toda aquella información? Entramos en mi automóvil y aún nos quedamos así un buen rato, sentados uno al lado del otro en el Mercedes, sin que ninguno de los dos fuera capaz de decir ni media palabra. Yo, con las manos en el volante, mis dedos tamborileando sobre el cuero que lo recubría. La profesora, con la mirada perdida en el horizonte coruñés, fábricas, chimeneas y mar más allá de los cristales.

—Es curioso —dijo al fin, todavía con los ojos entreabiertos—. ¿Sabes?, me siento un poco como sor Lucía…

No comprendí. ¿Monjas, ahora?

—¿Sor quién?

—Lucía, la niña pastora aquella, los niños a los que se les apareció la Virgen en Fátima… No me digas que no sabes de lo que te estoy hablando.

¿La Virgen? Lo que nos faltaba… Pues sí que le había sentado mal el encuentro a la profesora.

—Vas a tener que disculparme, pero creo que no te sigo… —respondí al tiempo que ponía en marcha el motor de mi coche y comenzaba maniobrar para salir de aquel lugar. Debería hablar con Andrés sobre esto. Las dos de la tarde. En menos de una hora podría estar en Santiago. Cuanto antes me reuniera con él, mejor..

Ya enfilábamos la salida de aquella calle alrededor del santuario cuando ella negó con la cabeza, como si estuviera desechando algo que le rondara el pensamiento.

—No sé, Aquiles. Llevo toda mi vida como estudiosa e investigadora de la cuestión rosaliana convencida de que la historia

era así, así —repitió—, como siempre la dimos por buena.

—¿*Así*, cómo?

—Pues así, Aquiles, así —repitió nuevamente, como si le incomodara tener que aclarar algo que para ella resultaba obvio—. Con la descendencia de Rosalía muriendo con sus hijas. Y de repente, en apenas dos días, descubro no solo que no fue así, sino que su árbol ha seguido creciendo en secreto, tanto como para que hoy una descendiente de ella acabe echándome de su casa. No sé, Aquiles, no sé cómo lo verás tú, pero a mí me cuesta mucho encajar todo esto…

Desde luego, no era para menos. Entrando en el tráfico de la Pastoriza intenté ponerme en la piel de Sofía. En la de un erudito que se había pasado buena parte de su vida con la nariz metida entre las hojas viejas de libros viejos, con muy poco contacto con el mundo real… Si ya de por sí tenía que resultarle difícil asimilar el hecho de que la historia no era como siempre se la habían dado por buena, cuánto más no le debía suponer aceptar que todo se había complicado hasta el extremo de acabar involucrada en este asunto tan turbio. Intenté ponerme en la piel de sus razonamientos… Pero, por lo visto, la cosa no iba por ahí.

—Es la sangre de Rosalía la que corre por las venas de esa mujer…

Un momento… ¿Era en eso en lo que Sofía estaba pensando?

—¿Cómo dices?

—Venga, Aquiles, ¿no lo comprendes? Es su sangre, la propia Rosalía sigue viva en esa mujer…

—Madre mía… —apenas podía dar crédito a lo que estaba oyendo—. ¿Y todos vosotros sois iguales? Los eruditos, quiero decir. Porque mira que sois místicos…

—¡Aquiles! —protestó o Sofía.

—¡Sofía! —respondí todavía con más fuerza—. ¿Qué importa eso ahora? Ya puestos, esa sangre que tanto te preocupa será la de tu poetisa y la de siete personas más… ¡Y eso tirando por lo bajo!

—¿Qué es lo que quieres decir…? —preguntó Sofía desconcertada.

—¿Y qué voy a querer decir, Sofía? Por lo que sabemos, Ariel viene siendo la bisnieta de Rosalía, ¿no es así? Pues vaya, que yo sepa, todos tenemos cuatro bisabuelas y cuatro bisabuelos, ¿no? Tanta historia con la sangre de Rosalía… Por favor, ¡si por las venas de esa mujer corre tanta sangre como por el banco de la Hermandad de Donantes de la Cruz Roja! Como por la de todos nosotros… Incluso ella misma dijo algo sobre su padre, ¿cómo era? «Un

marinero llegado de allende el mar…». ¿De América, tal vez? Pues mira, a lo mejor resulta que la vieja también está emparentada con el pato Donald, y tú sin saberlo. ¿Qué más da el asunto ese de la sangre ahora? ¡Venga, profesora, no me jodas! ¡Basta ya de mitomanía! ¿Qué tal si en lugar de tanta chorrada sanguínea pensamos un poco en Carneiro, o en la señora Santalla? O en el pobre Calímaco y en su pobre hijo, ¿te parece? Que, oye, igual estoy equivocado —dije sin disimular mi cinismo—, pero a mí me da que ahora es bastante más importante esa otra sangre, esa que nuestro amigo Adriano sigue empeñado en derramar, ¿no crees?

Atónita, Sofía volvió a quedarse en silencio por un instante.

—Sí —admitió por lo bajo—, supongo que tienes razón…

¡Pues claro que la tenía! Y ahora que ya estábamos los dos de vuelta en la esfera de los asuntos más terrenales, urgía darle un repaso más a todo aquello desde otra perspectiva. Otra más… mortal.

—Y además —añadí con enojo—, por si esto no fuera bastante, ahora ya sabemos sin ningún género de dudas que el tal Adriano es el hijo de Ariel. Así pues, resulta que la vieja es la única persona viva que puede identificar a nuestro hombre, y yo, estúpido de mí, acabo de dejarla ahí, tan tranquila en su casa, sin que nos haya dicho quién coño es Adriano en realidad. ¿Pero qué cojones estoy haciendo?

—Según ella, su verdadero nombre es Xacobe —matizó Sofía.

Resoplé con fastidio al tiempo que el Mercedes detenía con brusquedad su marcha ante un semáforo en rojo, ya de vuelta en la calle Travesía de la Pastoriza.

—¡Y qué mierda se supone que importa eso!

Mi subida de tono cogió a Sofía fuera de juego.

—Venga, Aquiles, por favor, cálmate…

Pero yo ya no estaba por la labor.

—¿Qué me calme? ¡¿Qué me calme?! ¡Por qué! Dime, ¿por qué cojones habría de calmarme, eh? ¡Ahí fuera está muriendo gente, Sofía, y tú preocupada por si esta puta vieja tiene el RH en verso! ¿Que su hijo no se llama Adriano sino Xacobe? ¡Y qué! ¿De qué mierda nos sirve eso nosotros? ¡De nada!

—Aquiles, por favor, me estás asustando…

—¿Yo? —La fulminé con la mirada—. ¿Que yo te estoy asustando? Pues permíteme que te recuerde que no soy yo quien va por ahí dejando un rastro de cuerpos humanos desechos, profesora. No soy yo, ¡sino vuestro puto Adriano! O no, perdona, que ahora ya no es Adriano, sino Xacobe. ¡O no, aguarda, que tampoco es

Xacobe, sino *don Xacobe*, el ilustre tataranieto de Rosalía de Castro! ¿Te parece mejor así? ¡Pues muy bien! ¿Y de qué coño nos sirve ese dato, me lo quieres decir? ¿Acaso va a resultar que ahora tú sí conoces a alguien con ese nombre al que podamos señalar?

—No —respondió intimidada la profesora. Lo hizo sin apenas levantar la voz, con la cabeza baja, como si se avergonzara de no poder ofrecer nada mejor. No era culpa suya, pero yo tampoco alivié la presión que mi propia frustración estaba ejerciendo.

—¡Pues entonces! Adriano, Xacobe, lo mismo nos dan todos esos putos nombres…

Estaba rabioso. Aturdidos por el encuentro con la mujer, habíamos salido de su casa sin llegar en realidad a nada en concreto. Estaba rabioso, sí, porque tal vez para Sofía fuera bastante el haber conocido a un descendiente directo de su escritora querida, pero a cada kilómetro que el coche se alejaba de aquella vieja crecía en mí cada vez más la sensación de que habíamos dejado pasar una excelente oportunidad de resolver la cuestión… Estaba rabioso, pero al mismo tiempo tenía que ir dejándole también espacio a otra sensación: la de que había en todo este asunto o algo que no terminaba de encajar.

Avanzábamos por la carretera ya a la altura de Meicende, a punto de entrar en A Coruña, y yo no podía dejar de darle vueltas a algo… Una imagen que, una y otra vez, regresaba a mi pensamiento. Las dos manzanas a medio pudrirse en el frutero sobre la mesa de la vieja. Una y otra vez.

—Sofía —oí como mi voz volvía a llamar discretamente a mi compañera—, hay algo aquí…

—¿Qué? —preguntó ella sin demasiada confianza, probablemente aún molesta por mi reacción anterior.

—Hay algo…

Pero no conseguía terminar la frase. Las dos manzanas. Y también la loza en el aparador… Y la mesa, con las sillas… Una y otra vez, y yo no podía dejar de repasarlo todo. Una y otra vez… Estaba la puerta de la calle, y muy poca luz en la entrada que daba a las escaleras. No, no daba a las escaleras. Antes de ellas estaba el perchero. Un par de paraguas y dos abrigos, uno más largo que el otro. Las dos sillas separadas de la mesa. Aquella casa era como la del cuento aquel, ¿cómo era? El de los tres ositos… Los dos abrigos… Los platos el aparador, y las tazas. Una taza de caldo muy caliente, otra muy frío, otra en el punto justo… Pero aquí no había tres tazas. No… Aquí las cosas eran pares. Cuatro vasos, dos platos, dos tazas… Las sillas, las separamos para sentarnos… No. No, no las

separamos nosotros, ya estaban separadas. Eso era. ¡Eso era!

—¡Sofía, las sillas ya estaban separadas!

—¿Las sillas? No te entiendo, ¿qué pasa con ellas?

Pero yo ya no la escuchaba. Tenía que parar, ¡teníamos que parar! Lancé violentamente el Mercedes hacia el arcén, justo antes de que la travesía de Meicende se convirtiese en la avenida de Fisterra. Sofía me observaba con atención, pero no pudo prever la brusquedad de mi movimiento. Se asustó todavía más.

—¡Aquiles! ¡¿Qué pasa, qué es lo que haces?! ¡Para ya, me estás dando miedo!

—¡Ya estaban separadas cuando nosotros entramos en la cocina!

—¡Pero Aquiles, por el amor de Dios, no sé de qué estás hablando! ¿Quieres decirme qué ocurre? ¡Por favor!

Mi cabeza había empezado a atar cabos a más velocidad que la que yo usaba para explicar mis propios razonamientos.

—¡Y los abrigos, Sofía, cómo no me he dado cuenta antes! No es que uno fuera más largo que el otro, ¡es que era más grande!, ¿no lo comprendes? ¡Era más grande!

—¿Pero qué dices, Aquiles? ¿Que un abrigo era más grande que el otro? ¡¿Y qué?! ¿Me quieres decir de una vez por todas qué demonios es lo que está ocurriendo? ¡No te entiendo!, ¿qué tiene eso de especial?

—Pues tiene que uno era de Ariel, pero el otro era de alguien más grande que ella. ¡Era el abrigo de un hombre!

—¡Dios mío! —exclamó lentamente Sofía, al tiempo que empezaba a comprender.

¡Claro! Dejé escapar una carcajada nerviosa acompañándola con un golpe fuerte sobre volante. Eso era…

—Sofía, dime una cosa: ¿a que tu silla estaba caliente cuando te sentaste a ella?

Desconcertada por la situación, asustada, detenida en medio de la carretera, y con un energúmeno como yo haciéndole preguntas histéricas aparentemente sin demasiado sentido, la siempre sensata profesora Deneb todavía tardó en ordenar sus pensamientos para poder ofrecerme su respuesta con un mínimo de seguridad.

—Sí… —respondió por fin, aún con la incredulidad dibujada en la cara—. Creo que sí.

—Pues claro que sí, profesora, claro que sí —aseguré yo dando un nuevo golpe en el volante—. Como la mía.

—¿Como la tuya? —repitió Sofía—. Pero eso no puede ser. A no ser que…

—¡Y tanto que puede ser! Ambas estaban calientes, porque en

una se había sentado Ariel, y en la otra…

—Y en la otra… —repitió Sofía.

—En la otra estaba sentado Adriano. Agárrate, tenemos que dar la vuelta.

Cuando estuvo seguro de que nadie más que ella quedaba en la casa, bajó por las escaleras. Como si de otro ángel del cielo se tratase, también él bajó a la tierra, dispuesto a seguir con el trabajo que le había sido encomendado. Las manos pegadas al cuerpo, el paso lento pero firme, ahora fue él quien entró en la cocina.

—¿Qué es lo que has hecho, Ariel?

Pero ella no respondió. En la misma posición en que había quedado cuando Sofía y Aquiles se fueron, la vieja seguía revolviendo el caldo. En silencio, con la mirada perdida en la leña quemándose al fuego.

—¿Qué es lo que has hecho, Ariel —repitió—, por qué les has tenido que decir todo eso?

Se acercó, hasta quedar detenido justo por detrás de ella. Sus cuerpos en contacto, los dos en silencio mirando el fuego.

—¿Por qué les has contado todo eso sobre mí? —preguntó al tiempo que le echaba, como en una caricia, una mano por encima del hombro—. Ahora tendré que apurar un poco más si quiero llegar a tiempo, ¿no te parece?

El hombre hablaba lentamente, con voz baja y clara. Pero ella seguía sin contestar, aún con la mirada fija en el fuego. A la luz de la lumbre, ahora sí parecía cansada, agotada. Vieja.

—Andas a la búsqueda de calor. Tú, que tejiste sola tu tela, que plantaste sola tu huerta. Tú que sola vas por leña al monte, y que sola la ves arder en el fuego. ¿Tienes frío, mi viejecita? Ven, deja que también yo te dé calor.

Lentamente, pero con mano firme, fue acercando la cabeza de la anciana contra su cintura.

—No has debido hacerlo, Ariel. Tú no —siguió hablando—. Ellos no son como los otros, mujer, y tú sabes bien que ahora tendré que correr mucho más.

Nadie que hubiera podido espiar por la ventana que daba a la calle se habría dado cuenta de lo que estaba sucediendo. Al mismo tiempo que terminaba de hablar, el hombre comenzó a apretar, ahora con más fuerza, la cara de la vieja contra su propia barriga.

—No has debido hacerlo —repitió con una lágrima cayéndole sobre la mejilla derecha—, no. Deja que te abrace con fuerza. ¿Aún tienes frío? Deja que te abrace, mamá.

Pero Ariel no responde nada. No puede. Se revuelve con tanta fuerza como le es posible. Se está ahogando, y se revuelve violentamente, intentando con desesperación llegar al siguiente hilo de aire, mientras Xacobe, todavía con la mirada fija en las centellas que huyen del fuego hacia ninguna parte, canturrea una melodía.

«Miña nai, miña naiciña,
como miña nai ningunha,
que me quentou a cariña
co calorciño da súa…».[12]

-24-
La ciudad es un buen marco para tus ojos

Apuré todo cuanto pude, pero, por lo visto, *todo* no fue suficiente. No sé si mi aguerrido Mercedes tendrá algo parecido a hígados, pero en caso de tenerlos, debió de estar a punto de echarlos todos fuera aquella tarde de mayo. Apreté el acelerador hasta donde la maquinaria lo permitía, y el automóvil nos llevó de vuelta a la Pastoriza a tanta velocidad como el humeante motor teutón era capaz de entregar. Con todo, tampoco esta vez llegamos a tiempo.

La calle empedrada seguía en el mismo silencio de antes, y la plaza de la iglesia continuaba siendo el desierto sin almas de apenas media hora atrás. A tanta velocidad como había llegado, detuve el coche todavía más cerca de la casa de la vieja Ariel, y salimos del Mercedes como flechas directos a su puerta. Golpeé en ella con fuerza, pero el resultado fue el mismo que la primera vez. Ninguno. Sofía me sustituyó rápidamente, y yo corrí a la ventana. Hice vacío con mis manos pegadas al cristal, y escruté el interior. Sí, allí estaba ella, caída sobre suelo, tendida al pie del fuego. Inmóvil.

—¡Apártate, apártate! —le grité a Sofía.

Cargué con todas mis fuerzas contra la puerta de la casa, y después de haberlo intentado un par de veces más, la madera acabó cediendo. Aunque mi primer impulso hubiera sido el de entrar en tropel, no habría podido hacerlo. Detrás de mí, Sofía me agarraba por el brazo.

—Quizás todavía esté dentro —me advirtió, no sin cierto miedo en la voz.

Pero no. Yo sabía que, hecho el trabajo, Adriano ya no estaría la casa. En su propia casa. Con su propia madre.

—No tengas miedo —quise tranquilizarla.

Y entré con cuidado. Aunque no por él, por Adriano, Xacobe, o como quiera que se llamase. No. Entré con precaución por no estropear cualquier posible huella que el desgraciado aquel hubiese podido dejar en la casa, pese a saber con seguridad que todo sería en balde. Adriano ya estaba en la casa cuando llegamos por primera vez. Había tenido tiempo suficiente para esconderse, probablemente en el piso superior, antes de que nosotros entráramos. Y ahora, descubierto su refugio más íntimo, de sobra sabía yo que ya él habría hecho todo lo posible por eliminar cualquier traza que lo pudiera incriminar. Y si tenía que ser comenzando por su propia

madre, sería. No… Él había estado allí, había permanecido oculto hasta que nosotros nos fuimos, y esta vez tardamos demasiado en regresar. Ya era tarde. Para Ariel, para nosotros, para todo. Allí ya no había nada que hacer.

Dimos aviso a la policía, y, una vez llegados, comenzaron las preguntas. Quiénes somos, que rayos hacíamos aquí, y todo lo que sigue. Que para ser honestos fue bien poco, comparado con lo que nos habrían retenido en aquella casa de no haberse hecho un par de llamadas más que oportunas a *y* desde Compostela. Avalados nuestros movimientos por el inspector Andrés Casaperda, de la comisaría de Santiago, finalmente pudimos irnos, no sin antes responder una y cien mil veces más cómo era eso de que una profesora de literatura de la USC y un periodista especializado en cuestiones marcianas estuvieran interesados en visitar a una vieja anacoreta de la que en realidad casi ningún vecino de la Pastoriza sabia prácticamente nada. La verdad se cuenta una vez, las mentiras cien mil.

Salimos de la aldea ya con las luces del anochecer tiñendo las calles, y la oscuridad acabó de llegar cuando entramos en la autopista. Hicimos buena parte del viaje en silencio, yo intentando ordenar mis pensamientos al compás que la raya discontinua marcaba sobre el asfalto, y Sofía, incómoda en su asiento, sin dejar de revolverse a cada poco. Kilómetros y kilómetros sin decir nada, su mirada perdida en las tinieblas de la noche. Yo recordé que eran ya seis las muertes grabadas en el filo del cuchillo de Adriano, y, con todo, había sido este, precisamente este, el primer cadáver que la profesora Deneb, Sofía, había tenido que contemplar. Comprendí que una imagen como aquella suponía una impresión no fácil de asimilar. Por eso preferí dejar que fuera ella quien marcara el compás. Ya habría tiempo para sacar conclusiones más adelante.

Sin embargo, los gestos que se iban asomando a su rostro no hablaban precisamente de angustia. O yo todavía no la conocía bien, o algo empezaba a bullir en la curiosa cabecita de la profesora Deneb. Fue pasado el peaje de Sigüeiro-Aeropuerto, ya casi llegando a la ciudad, cuando por fin se decidió a hablar.

—Escucha, Aquiles, estaba pensando… No sé, igual no tiene importancia.

—Igual sí —dije para animarla a seguir.

Volvió a quedarse en silencio, mirándome, calibrando el peso de aquello que se le revolvía incómodo en el pensamiento.

—Sí, igual sí. Escucha. —Hizo una breve pausa, que apenas duró unos cuantos metros, para terminar de poner en orden su discurso

—. Venía pensando en algo que dijo Ariel, aquello de que «*si* llega el tiempo de ponerles nombre a los culpables», no sé si lo recordarás…

—Sí, creo que sí.

—Bien, porque a vueltas con eso he recordado algo que tú dijiste después. Ya sabes, antes de que diéramos la vuelta para volver a la Pastoriza.

—Sí.

—Eso de que tanto nos daba un hombre como otro…

—¿Te refieres a lo de Xacobe o Adriano?

—Ahá —confirmó ella.

—Sí, lo recuerdo. Y sí, es verdad, dije que daba igual. Pero me refería a que fuera uno u otro, eso significa muy poco para nosotros, porque no conocemos a nadie que se llame así —respondí en un tono, para mi sorpresa, casi rayano en la disculpa—. Oye, Sofía, puede que haya sido un poco demasiado brusco. Es que yo, a veces…

Pero ella no me dejó continuar.

—No, no te preocupes —me interrumpió, acompañando la negativa con un gesto de sus manos—, no se trata de eso. Lo importante de lo que te quiero comentar está en el asunto de los nombres, en los nombres en sí. Bueno, o por lo menos en uno de ellos.

—Adriano.

—Sí. Bueno, no. A ver… A estas alturas ya tenemos clara la importancia de ese nombre, *Adriano*. No se trata de una elección casual por parte de nuestro amigo, lo que desde el primer momento nos pone sobre aviso: aquí no hay nombres escogidos al azar. Y tienes razón también cuando dices que no conocemos a nadie que se llame así.

—Correcto. Pero ni por un lado ni por el otro. Porque tampoco conocemos a nadie que se llame Xacobe, ¿no? O por lo menos yo, vaya.

—Ya, no. En principio yo tampoco. Sin embargo…

De sobra percibí ese pequeño matiz. *En principio*…

—¿Y sin embargo qué, Sofía? ¿A qué le estás dando vueltas ahora?

—Le doy vueltas a que muchas veces las cosas no son lo que parecen, Aquiles. No es tan sencillo rechazar a un Xacobe.

Por lo que la profesora Deneb me explicó a continuación, el antropónimo «Xacobe» procedía del hebreo «Ya'akov». Muchos fueron los nombres en que derivó esta forma original. Según la

profesora, prácticamente todas las lenguas europeas, e incluso muchas asiáticas, poseían algún tipo de evolución a partir de la forma hebrea. Formas con el francés «Jacques», el catalán «Didac», todos ellos derivados del latín vulgar «Iacomus». De cualquier modo, terminó contándome, tal vez el ejemplo más evidente relacionado con nuestro idioma fuera el que pasaba por la variación latina «Iacobus», que en unión con el apócope de la forma también latina «Sanctus», acabaría deviniendo en «Sanct-Iacobus», como si de una sola palabra se tratase, evolucionando hasta dar lugar a nuestros «Iago» y «Santiago». No, no conocíamos a ningún Xacobe. Pero sí a muchos otros escondidos bajo cualquiera de esas formas posibles.

—No sé tú, Aquiles, pero yo empiezo a tener la sensación de que en este asunto nada es lo que parece —dijo volviendo a dejar la vista perdida en los escaparates ya sin luz de la calle del Hórreo—. La historia no era como nos la habían contado. Ni siquiera puedes estar segura de cuántas personas se ocultan bajo un único nombre…

Giramos a la izquierda al llegar a la plaza de Galicia, bajando por la Senra en dirección a la Alameda. Aparqué el coche al lado del instituto Rosalía de Castro (vaya, no podía ser de otra manera…), y me ofrecí para acompañar a Sofía hasta su portal. Aunque ella aparentara no haberle dado importancia, yo sabía que mi comportamiento no había sido el correcto. Me sentí frustrado después de salir por primera vez de la Pastoriza. Sabía que aquella mujer era el eslabón perdido entre aquel pasado tan oscuro y este presente tan sangriento y, sin embargo, la había dejado huir. En aquel momento, justo antes de dar la vuelta, yo iba con la sensación de no haber aprovechado la mejor ocasión de las pocas que hasta entonces se nos habían presentado. Me sentí frustrado, y sin darme cuenta acabé pagando mi rabia con ella. Cada día que pasaba, la sensación era más asfixiante que la del anterior, y no, el de hoy tampoco había sido el más fácil de los últimos días, ni mucho menos. Y yo sabía perfectamente que la disculpa que tan torpemente pretendí darle en el coche apenas unos minutos atrás tampoco había sido suficiente. Ya en la calle, quise ofrecerle mi brazo, pero mi galante iniciativa acabó convirtiéndose en un juego torpe, con mis manos tropezando nerviosas entre ellas, todo el tiempo enganchándose la una en la otra. Ya no recordaba demasiado bien, ni siquiera estaba seguro en realidad, pero juraría que una vez yo también supe cómo ser una persona agradable…

—Escucha, Sofía, yo… Siento mucho lo que pasó antes. Yo… Yo ya no hablo con nadie, y bueno, supongo que no debería ser así. Se

supone que tengo que ser un buen comunicador, ya sabes, por mi profesión y todo eso… Pero…, vaya, se ve que no lo hago muy bien. Ya no estoy acostumbrado a dar explicaciones. No sé, seguramente no soy la mejor persona del mundo con la que encerrarte en un coche.

Caminábamos con calma. Sofía, yo, y mis pobres, pobrísimas excusas. Ni siquiera me di cuenta, y ya habíamos cruzado la calle del Franco. Subiendo por su traviesa, dejamos atrás la Raíña y la calle del Vilar. Tampoco me había dado cuenta. Y ahora aquí estábamos, en su portal. Y yo aún no había acabado mi discurso. Casi sin que yo me diera cuenta (casi…) nos habíamos metido dentro, escaleras arriba, y ahora estábamos allí, parados en el descansillo del primer piso. Justo delante de su puerta.

—Supongo que lo que quiero decir, Sofía, es que…

No me dejó terminar. Puso su dedo índice sobre mis labios, y me hizo un gesto para que no hablara.

—Ya está, Aquiles, ya te lo dije antes. Los dos estábamos nerviosos. Fue un mal momento, una mala voz. No tiene más, ya está…

Retiró su mano, todavía con las llaves en ella, para abrir la puerta de su apartamento.

—Ya. Pero es que yo no consigo quitármelo de la cabeza, Sofía.

—¿El qué? —preguntó ella volviendo a clavar sus ojos en los míos.

—¿Pues qué va a ser? Lo de haberte asustado. No, no quiero que me tengas miedo.

—Y no lo tengo —sonrió—. Pero…

Fue como un relámpago, apenas una milésima de segundo, pero en ese preciso instante tuve la sensación de que un gesto entre tímido y quizás también ligeramente pícaro acabara de dibujarse en sus ojos.

—Si ves que aún tienes mucho de lo que seguir disculpándote, si eso, puedes pasar. Igual prefieres que continuemos dentro…

Mi corazón debía de andar muy cerca de su barrera, la del máximo de ciento ochenta pulsaciones. Y durante muchos, muchos latidos, los dos permanecimos allí, uno en silencio frente al otro, inmóviles bajo la luz mortecina de la escalera, y con todo un universo en suspensión a nuestro alrededor. Por el amor de Dios, aquellos ojos suyos eran tan hermosos, tanto y tanto, que dolían.

—No. —Oí cómo mi voz inundaba con su sonido todo el descansillo. Me pareció como si no fuera mía, como si estuviera escuchándola desde fuera, desde muy lejos. A un universo de

distancia. Y mientras aquel sonido se desintegraba en la nada infinita que nos rodeaba, fui acompañando su caída con el movimiento suave, terrible, de mis ojos cerrándose.

—¿No? —preguntó ella.

—No —le confirmé al tiempo que volvía a abrir los ojos—. Será mejor que no.

Y entonces, como si yo mismo hubiese acabado de convertirme en la vieja Ariel, me odié. Me odié a mí mismo, odié toda mi soledad y toda aquella lástima, la amargura que siempre va conmigo a todas partes. Los odié a todos. Justo como Ariel había dicho.

—Oh, ya… Bien, sí, de acuerdo —respondió ella, también de manera torpe, contrariada—. Esto…, pues nada, será mejor que descansemos, sí. Todavía nos queda muchísimo trabajo por delante, ¿verdad?

Los dos habíamos quedado en evidencia, y la situación se hacía ya demasiado incómoda. Para ella también, ocupadísima ahora en un baile torpe y nervioso de manos que no saben qué hacer con tanto dedo, y ojos que no saben hacia dónde mirar.

—Nos damos una llamada mañana, ¿te parece bien?

—Mañana —repitió ella sin levantar la vista del suelo—. Sí, muy bien. Adiós, Aquiles.

Y con la misma, Sofía volvió a convertirse ante mis ojos en la profesora Deneb. Volvió a ajustarse las gafas, caídas al final de la nariz, giró sobre sí misma, y con la media vuelta entró en el piso para cerrar la puerta sin mirar atrás. Y no es que lo hubiera hecho con demasiada fuerza. No. Simplemente cerró la puerta. Pero a mí me sonó como si el portal más grande de la más inexpugnable muralla hubiese acabado de cerrarse ante mí con todo su estruendo, el sonido de un mundo entero recogiéndose en su interior.

Y yo fuera.

Me quedé de pie, sin ser capaz de mover ni el más pequeño de los músculos de mi cuerpo, hasta que el temporizador que controlaba la iluminación de las escaleras decidió que ya era bastante para un desgraciado con tan pocas luces como yo. Cuando la bombilla del descansillo se apagó, yo le di las buenas noches a otra puerta cerrada. En silencio, como solo los cobardes saben hacerlo.

***

Giramos a la izquierda al llegar a la plaza de Galicia, bajando por la

Senra en dirección a la Alameda. Al principio no caí en la cuenta, absorta como iba en mis pensamientos. Pasó de largo la Porta Faxeira, el lugar en que todas las veces anteriores nos habíamos separado. No, no se detuvo para que yo me pudiera bajar. Siguió adelante, metiéndose por la avenida de Figueroa, y esta vez aparcó el coche al lado del instituto Rosalía de Castro (Rosalía, siempre Rosalía…). «Si te parece, puedo acompañarte hasta el portal», dijo al tiempo que echaba el freno de mano y salía de aquel anacronismo con ruedas que su coche era.

De acuerdo, porqué no…

Nada más pisar la acera, uno al lado del otro, Aquiles, con la mirada fija en el juego nervioso de sus manos, todo el tiempo cogiéndose y soltándose a sí mismas, comenzó con su cantinela. «Escucha, Sofía, yo…». Y bueno, supongo que en realidad tampoco era para menos. Desde luego que sí: había perdido los nervios al salir de la Pastoriza por primera vez. Lo cierto es que me dio un buen susto… No entendía por qué me hablaba de aquel modo tan brusco. Pero también es verdad que después no se lo tuve en cuenta. Todo el resentimiento que yo podía llevar conmigo desapareció al descubrir el cuerpo muerto de Ariel. Al fin y al cabo, Aquiles llevaba ya muchísimos días, si no más, viendo cosas que a nadie le resultarían agradables, y pese a todo nunca hasta entonces había tenido un mal gesto conmigo. No, ni era para tanto ni había porque ir disculpándose todo el tiempo… Pero a mí me gustaba estar con él. Sí, era cierto, su compañía me resultaba grata. O quizás algo más que eso…

Primero como alumna, inmediatamente después como profesora, la universidad llevaba ya muchos años siendo mi hábitat natural. Casi media vida allí metida… Acostumbrada como estaba a aquel ambiente, tal vez demasiado cerrado, hermético, seguro, la llegada del torpe, caótico, arrogante, desastroso y simpático periodista Aquiles Vega había supuesto un soplo de aire fresco en mi vida. Así que no, no había nada que perdonar, sino más bien todo lo contrario. Pero yo le dejé hablar. Sus disculpas eran en realidad una excusa tan buena como cualquier otra para dar los dos juntos un paseo, dejando que las estrellas del cielo se reflejasen a nuestros pies, completando constelaciones perfectas sobre las piedras mojadas de la ciudad.

Así, caminando por la ruta más larga, y sin que él dejara de hablar ni un instante, acabamos llegando a mi edificio. Yo ya había decidido llevar las llaves en la mano desde que doblamos la esquina de la calle del Vilar, de modo que al llegar abrí rápidamente el

portal y enseguida enfilé las escaleras. No sé si él también se dio cuenta de mi movimiento, pero el caso es que siguió detrás de mí, escaleras arriba. De acuerdo, quizás había llegado el momento de salir de mi burbuja de cristal. Cuando por fin nos detuvimos delante de mi puerta, Aquiles aún no había acabado con su discurso.

—Supongo que lo que quiero decir, Sofía, es que…

No le dejé terminar. Me atreví a ponerle el dedo índice sobre los labios, y le hice un ademán para que no hablara.

—Ya está, Aquiles, ya te lo dije antes. Los dos estábamos nerviosos. Fue un mal momento, una mala voz. No tiene más, ya está…

Retiré la mano y abrí la puerta del apartamento.

—Ya, pero es que yo no consigo quitármelo de la cabeza, Sofía.

—¿El qué?

—¿Pues qué va a ser? Lo de haberte asustado. No, no quiero que me tengas miedo.

—Y no lo tengo —sonreí—. Pero…

Tragué saliva, pensando en lo que estaba a punto de hacer.

—Si ves que todavía tienes mucho de lo que seguir disculpándote, si eso, puedes pasar. Igual prefieres que continuemos dentro…

El corazón estaba a punto de salírseme por la boca. Intentaba disimularlo lo mejor que podía (que seguro que no era mucho), pero esa era la verdad. Todavía nos quedamos un buen rato así, los dos en silencio. ¿Qué ocurría, por qué no se decidía?

—No —dijo al fin.

Santo cielo. ¿*No*?

—¿No? —pregunté como una idiota.

—No —repitió—. Será mejor que no.

Y entonces, como si hubiese acabado de desnudarme en público, me sentí vulnerable. Descubierta en mi debilidad. Me había puesto en evidencia delante de aquel hombre, y él me había dicho «no».

—Oh, ya. Bien, sí, de acuerdo —respondí de manera torpe, contrariada—. Esto…, pues nada, será mejor que descansemos, sí. Todavía nos queda muchísimo trabajo por delante, ¿verdad?

La situación se había vuelto tan incómoda, que ni siquiera era capaz de dominar mis propias manos.

—Nos damos una llamada mañana, ¿te parece bien? —dijo.

—Mañana —repetí intentando asimilar lo que aquello significaba, la mirada perdida en el techo, en el suelo, donde fuera con tal de no mirarnos a los ojos—. Sí, muy bien. Adiós, Aquiles.

Y con la misma eché mano de ese gesto que hago siempre que

estoy nerviosa, ajustarme las gafas sobre la nariz, y di media vuelta para entrar en el apartamento, cerrando la puerta sin mirar atrás. Necesitaba recomponer mi orgullo, recolocar todos los trocitos que había sentido caer sobre el felpudo. Apoyada de espaldas contra la puerta del piso pude escuchar con claridad cómo, después de unos segundos que a mí se me hicieron eternos, Aquiles se marchaba. Seguí con atención el sonido de sus pasos perdiéndose escaleras abajo, un escalón tras otro, cada uno más y más lejos que el anterior.

¡Me había rechazado! ¿Cómo podía ser? Estaba convencida de que yo también le gustaba. ¡Lo había sentido! Dios mío, ¿cómo había podido equivocarme tanto? Estúpida, ¡estúpida! Si es que yo no estaba acostumbrada a este tipo de cosas… Aún apoyada contra ella, me dejé resbalar puerta abajo, hasta quedarme sentada en el suelo, dándole vueltas a todo. Bueno, tal vez ese fuera mi sino. En realidad, yo había hecho un pacto de silencio con mi propio destino. Dame éxito, le había pedido, dame éxito en mi trabajo. A cambio yo ofrezco dedicación plena, le había dicho. Esa era la verdad, durante todos aquellos años para mí no había habido más universo que el que orbitaba alrededor de la facultad, ni más mundo que sus libros, sus documentos, mis estudios. Planetas escritos en un cosmos de papel. Y yo me había olvidado del amor.

Aún le daba vueltas a todo esto cuando me pareció sentir un ruido por las escaleras. ¿Había alguien ahí? Un escalofrío me subió por la columna vertebral al pensar que tal vez… Me quedé allí, con los ojos abiertos como platos y toda mi atención concentrada en mis orejas cuando un nuevo sonido hizo que mi cuerpo diera un salto en el aire. Alguien llamaba a mi puerta. ¡Sí! Aquiles se lo había pensado mejor, y volvía sobre sus pasos, había cambiado de idea. Me puse en pie, me recompuse a tanta velocidad como la de los nervios que me sacudían el cuerpo al completo, y abrí la puerta sin pensármelo dos veces, dispuesta a besarlo directamente.

Tuve que hacer un esfuerzo considerable por detener mi cuerpo, ya lanzado en un movimiento en forma de abrazo, al descubrir, pese a la penumbra del descansillo, que quien había llamado la puerta de mi casa no era Aquiles.

—¿Tú?

-25-
Torres altas, voces que escapan

¿De qué tenía miedo, de qué? Salí a la noche en la calle con esta pregunta golpeando fuerte desde cada rincón de mi pensamiento. ¿Dónde estaba el problema?

Eché a andar en dirección a la plaza del Toural con las manos hundidas en los bolsillos. Todavía no era demasiado tarde, no debían de ser ni las once de la noche, pero la ciudad ya estaba recogida. El mundo era hoy un desierto. Había llovido hasta hacía bien poco, y las piedras mojadas reflejaban mis pasos sobre ellas. Piedras duras de ciudad fuerte, disimuladamente inmensa. Saliendo a la plaza aún le lancé una mirada a la imagen de Atlas, el titán erigido en piedra sobre el pazo de Bendaña, y yo también sentí todo el peso de aquel mundo que la ciudad y sus secretos eran sobre mí. ¿A qué venía todo aquel miedo ahora? ¿Por qué no entrar en casa de la profesora Deneb? ¿Por qué no dejar que Sofía entrara en mi mundo? Por precaución, claro… «Sí, hombre, sí», les dije a las piedras de la plaza. No fuera a ser que aquella mujer tan hermosa echase a perder la perfección de mi espacio. Claro que sí, eso debía de ser… Tal vez, si la dejaba entrar, sus ojos azules aprovecharían la baja en mis defensas para arruinar mi perfecto caos. Esos eran mis miedos. Sí, la angustia de que su calor derritiera mi perfecta miseria, o, lo que era todavía peor, la de que su compañía borrara mi perfecta e insoportable soledad. Mi vida se había convertido en un completo desastre, y yo… A quién quería engañar: yo seguía teniendo miedo de que alguien la rompiera todavía más. Y eso que *más* empezaba a ser un concepto difícil de superar…

Bajando por la calle Bautizados fui a dar nuevamente al Franco. Pero al llegar a la Porta Faxeira no giré hacia la avenida de Figueroa. No, no tenía ganas de coger el coche. No quería dar con mis huesos de vuelta en Pandataria con todas estas cuestiones martillando en mi cabeza.

No había tráfico. Ni los taxis que tenían parada al lado del instituto venían. No, ni un solo coche pasaba, pero yo me quedé allí, plantado delante del paso de cebra, esperando el verde de un semáforo que toda la vida había tardado una eternidad en dar vía libre a los peatones. Había cosas que era necesario poner en orden. Porque quizás, y solo quizás, el motivo fuera otro. Sí… El momento.

Cruzando la calle desde la Porta Faxeira podían distinguirse con

toda claridad las ventanas del piso de Calímaco de Brión. Allá arriba estaban, a mi izquierda. El lugar donde apenas unas horas antes había contemplado su cuerpo muerto. La altura desde la que justo el día anterior su propio hijo había salido volando… No, no había salido volando. Al pobre muchacho lo habían arrojado por el balcón. Y nosotros sabíamos quién había sido. Adriano. Tal vez sí, quizás él fuera parte de mis razones: Adriano era un mal momento.

Seguí caminando Alameda adelante, con los puños cerrados en el fondo de los bolsillos de mi pantalón, sintiéndolos tan pesados sobre mis pasos como todas las culpas que todo yo arrastraba. En diez días eran ya seis los muertos que gritaban nuestros nombres. Caminaba yo y crujía la gravilla bajo mis pies, y, molesto con mi torpeza, siempre una zancada por detrás, di una patada al aire por cada miembro de aquella Santa Compaña. Las di por el pérfido Carneiro, por la presidenta Santalla, por Beltrán y Calímaco de Brión, otra por aquel agente que hacía guardia en la puerta del bibliotecario, y una más por la vieja Ariel Pan.

No, no. No Pan, que toda aquella historia tenía nombre propio. Murguía, Murguía de Castro. Y por encima de todos aquellos nombres, muertos, secretos, por encima de tanta venganza, de tanta sangre, dos nombres más. Adriano y Rosalía. ¿Quién era toda aquella gente? Por qué tanta sangre, tanta violencia. Tanta muerte… Avanzaba por el Paseo de los Leones, otra vez sintiendo con fuerza la presencia firme de la ciudad, en pie a mi vera. Me detuve junto a uno de aquellos eucaliptos centenarios, húmedo de la lluvia reciente, y camuflado en la soledad del paseo me quedé contemplándola un buen rato. Las del Pazo de Raxoi delante, las de la catedral detrás, todas las luces estaban todavía encendidas, y Compostela erguía orgullosa su perfil contra la oscuridad de aquella noche de primavera que, profunda, caía sobre ella.

¿Dónde estaban las respuestas? Las torres altas de la catedral se recortaban sobre el campo negro que la noche era. Indiferentes a mi mirada, ellas se balanceaban tranquilas, cañas en el viento bajo las estrellas. Las torres del Obradoiro, la de las Platerías, la del Tesoro… Ninguna daba respuesta, ocupadas como estaban en danzar con la noche al son de una música que yo no era capaz de comprender. Un runrún de voces entregadas al recital de un rosario de versos suspendidos en silencio sobre la ciudad. Aquellos versos de Rosalía que a mí se me escurrían entre los dedos, y que Adriano interpretaba en otra clave, una llena de acordes que nadie más que él conocía. La ciudad, Adriano, Rosalía, todos eran partes de una misma composición, una de sangre y poesía. Una canción triste de

melodía amarga que todas las piedras de la ciudad cantaban en silencio, sus ojos ciegos puestos en el más oscuro de los firmamentos.

Salté las vallas al final del paseo y seguí caminando hacia la parte posterior del parque. Al pie de las escaleras de Santa Susana torcí a la derecha, en dirección al mirador sobre el campus de la universidad, y fui a sentarme en un banco al lado del monumento erguido en el centro del camino. Allí, a los pies de su estatua, ambos observándonos en silencio. Sentados los dos, yo echado hacia adelante, los codos apoyados sobre las piernas. Y, allá arriba, Rosalía, sentada en su silla de piedra, la cabeza apoyada en la mano derecha y dos mechones de pelo cayéndole sobre el gesto resignado de la cara. Con la mirada perdida en el suelo de flores a sus pies, también los ojos de la poetisa parecían decir «pues hijo, yo tampoco sé qué decirte…».

Y así nos quedamos los dos. En silencio, intentando comprender qué demonios era todo aquello que sucedía a nuestro alrededor.

A pesar de mi angustia, en realidad tampoco estábamos tan mal como el principio. Sí, era verdad que avanzábamos con la sensación de ir siempre un paso por detrás de nuestro hombre. ¿*Sensación*? Supongo que debería decir más bien *certeza*… Habíamos hecho avances, sí. Pero el precio que tuvimos que ir pagando por ellos había sido muy elevado. Cada escalón que ascendíamos en el camino que nos conducía a Adriano llevaba implícito el hecho de no llegar a tiempo de evitar una nueva muerte. Yo había estado convencido casi desde el principio de que, fuese quien fuera el tal Adriano, tenía que tratarse de alguien próximo al entorno familiar. La violencia empleada en los dos primeros asesinatos hablaba de mucha pasión puesta encima de la mesa. Aquello tenía que ser algo muy personal. Por fuerza. Mi instinto me había alertado de la posible relación entre el asesino y la mujer que allí mismo me observaba desde su trono de piedra. Y ahora, a las alturas de aquella noche, las dudas quedaban más allá de lo posible. Sabíamos que Adriano, cuyo verdadero nombre era Xacobe, era en efecto un descendiente de Rosalía, hoy mismo nos lo había confirmado otro difunto. Puede que Adriano fuera el más bastardo de todos los bastardos del mundo, pero al fin y al cabo Sofía tenía razón: era la sangre de la poetisa la que corría, la que hervía en las venas de aquel hombre. Y ese mismo, la sangre, es el verdadero combustible de las más poderosas razones.

Me recliné sobre mi asiento, y abrí los brazos, extendiéndolos sobre el respaldo del banco. Con la mirada puesta en el suave

resplandor que del campus, allá abajo, salía, volví a preguntarme una vez más cómo podía ser, cómo podía ser todo aquello…

Y por qué.

¿Cuál era el motivo que los había empujado? La avaricia primero, y la ira después eran las pautas que habían guiado la vida de Ariel, una existencia marcada por el resentimiento. Pero… ¿Y Adriano? ¿Cuáles eran las razones que lo habían llevado a cometer semejantes atrocidades? ¿Cuáles las que justificaban cada uno de sus movimientos bárbaros? Respiré lentamente, sintiendo cómo el aire fresco de una noche que empezaba a ser demasiado fría me llenaba los pulmones hasta sus límites, y dejé caer la cabeza hacia atrás. No caí en la cuenta hasta entonces: más allá, por encima de las copas de los árboles, las nubes de lluvia habían decidido darle una tregua al mundo, y ahora el cielo parecía abierto a la noche. Y allí estaba yo. En Santiago, al lado de Rosalía, con los ojos perdidos en una noche llena de estrellas, y dos preguntas flotando sobre mi cabeza. Por qué. Y, sobre todo, quién.

QUINTO ACTO:
EL MAR

«¡Oh! Dímelo… tú lo sabes…
Dime, visión tentadora,
¿qué les dice a los que sufren
el murmullo de las olas?».
Aurelio Aguirre, «El murmullo de las olas».

Dolor, siento dolor…

¡Aire! ¡No puedo respirar, necesito aire! ¿Qué ocurre?… Toda mi cabeza es dolor. Y mi cuerpo una gran náusea. Tengo el estomago revuelto. ¿Voy a vomitar? No, parece que no. ¿Qué ocurre? Estoy… ¿viva? Sí, claro. Me va a estallar la cabeza… ¿Estoy bien? No veo nada, mis ojos están cerrados. No sé si puedo abrirlos… Tengo que hacerlo, tengo que hacerlo. Hazlo. El dolor se agudiza todavía más. Me siento como si tuviese agujas dentro de los ojos. Relájate… Eso es el techo. Estoy tumbada en el suelo. He de incorporarme… Todo está a oscuras. No, todo no. Hay algo de luz… Sí, la que entra por aquí detrás, por estas ventanas. Los cristales de una galería. Fuerzo la vista, y poco a poco mis ojos se van acostumbrndo a la oscuridad. Duele. Una galería. Son las formas de mi galería. Sí, estoy en mi biblioteca. Pero… ¿qué es lo que ocurre? Entorno los ojos, intento encontrar un poco más de luz entre toda esta oscuridad. Ya, ya me oriento. Estoy tumbada contra las ventanas de la galería, y este espacio oscuro que se abre ante mí es mi biblioteca. Miro a un lado, miro al otro. ¿Dónde está mi silla? Y mi escritorio… ¿Dónde están? Qué es lo que pasa… A medida que mis ojos van consiguiendo penetrar en la oscuridad que llena toda la habitación, centímetro a centímetro, descubro más y más… vacío. Mis libros, las estanterías, no están… No están, no hay nada. Las paredes están desnudas. Y el techo, la lámpara… ¡No, no hay nada! Siento el suelo bajo mi cuerpo. Está frío. ¿Dónde están las alfombras? En su lugar el suelo se ve desnudo, sucio. Muy sucio. Esto no puede ser, no puede ser. Estoy soñando, tengo que estar soñando… Pero no, no es eso. Estoy despierta, sé que estoy despierta, no se trata de ningún sueño. Todo me da vueltas, y en la cabeza siento un dolor agudo a la vez que espeso. Me han dormido. Me han drogado de algún modo, sí. Pero ahora estoy despierta, en mi casa. Me reoriento, y sí, aquí estoy. Son las proporciones que yo conozco, paso mucho tiempo aquí metida como para no reconocer el lugar. Me cuesta muchísimo moverme, casi no puedo ni girar la cabeza, pero puedo verla desde aquí. Me parece distinta, pero ahí está, veo la catedral, la torre de la Berenguela a mi izquierda. No sé por qué, deben de ser los efectos de las drogas, la veo distinta, diferente. Pero está ahí. ¿Qué es lo que ocurre, qué pasa? Es como un sueño extraño, una pesadilla. ¿Dónde están mis cosas, por qué se lo habrán llevado todo? Y mi cuerpo… Me pesa, me pesa mucho. Muchísimo. Apenas puedo

moverme… ¡Qué ocurre! Fuerzo todavía más los ojos, intento ver en la oscuridad. ¿Dónde está la puerta? Busco, busco en esa negrura, y entonces lo veo. Una luz anaranjada aparece suavemente en la oscuridad al fondo de la biblioteca. Poco a poco va haciéndose más brillante, llega a relucir, y de nuevo vuelve a apagarse. Huele. Es de un cigarro. Hay alguien más aquí. Conmigo.

—¿Hola?

No responde, pero tampoco es necesario, sé que está ahí. Puedo sentirlo y, ahora que lo sé, también puedo oír su respiración. Espera, ahora recuerdo algo. Aquiles… Sí, Aquiles había llamado a la puerta, y yo fui a abrir. No, aguarda, no era Aquiles… No, no era él. Alguien llamó a la puerta, y yo pensé que se trataba de él. Pero no era él. Era… Ahí está, de nuevo la luz anaranjada. El fuego de un cigarro. Por su altura comprendo que se trata de alguien sentado junto a la puerta. Alguien que fuma tranquilamente y que me observa cómodamente sentado en la oscuridad de mi biblioteca vacía.

—Hola, Sofía.

Es él, es él, ahí está.

—Bienvenida a casa.

—¿Qué ocurre? ¿Qué me has hecho? ¿Dónde están mis cosas?

—Vaya, veo que aún no comprendes… Por favor, permíteme que sea un poco más explícito: bienvenida a *mi* casa.

Hay una intención especial en la pronunciación del posesivo, la detecto.

—¿Cómo que a tu casa? ¡Esta casa es mía! ¿Qué has hecho con mis cosas?

Escucho un golpe de respiración, uno rápido y fuerte, algo así como una especie de risa contenida.

—A ver, Sofía, ¿acaso no sabes dónde estás?

—¿Qué? Pues claro que lo sé, ¡estoy en mi casa! —protesto al tiempo que tomo nota de lo mucho que me cuesta hablar. Respiro con dificultad—. ¡Estoy tirada en el suelo de mi apartamento!

De nuevo la risa, esta vez más explícita.

—Disculpa que me ría, pero la verdad es que no, mi amor. Este no es tu apartamento. Es el mío.

—Pero…

Me interrumpe.

—No hay ningún *pero*. Tu apartamento sigue estando donde siempre: justo debajo de este.

No entiendo

—Cómo…

—En el piso de abajo, querida. Tú vives en el primer piso, y ahora estás en el segundo. Este, como ya te he dicho, es mi apartamento. O vaya, eso siempre y cuando no aparezca por aquí nuestro casero, claro está… —Percibo cierto matiz extraño en su comentario, quizás algo semejante a la burla—. Por favor disculpa el desorden, mi flor, pero es que he estado un poco liado últimamente, y apenas he tenido tiempo para acabar de acomodarme.

El dolor sigue ahí, justo en el centro de mi cabeza, pero ahora comprendo. El segundo piso… Sí, por eso veo diferente la torre de la catedral. No estoy a la misma altura que de costumbre.

—Y mira tú, tanto tiempo que llevamos de vecinos, y aún no nos hemos pedido ni una mísera taza de sal… Esto no puede ser, ¿verdad?

¿*Vecinos*? ¿*Tanto tiempo*? Mi cerebro todavía padece los efectos de la droga que sea que me haya metido en el cuerpo el hombre que ahora me habla. Pienso con lentitud, pero empiezo a comprender. Poco a poco, pero lo voy haciendo… Me habla de *tanto tiempo*… Claro, claro, ¡eso es! Esta es la fuente de todos aquellos ruidos que yo escuchaba. Y yo que empezaba a pensar que me estaba volviendo loca, paranoica… Era él, escondido en el piso de arriba.

—Bueno, creo que ya va siendo hora de que tú y yo tengamos una charla. Una larga y clara, ¿no te parece… mi buen amor?

Mi buen amor… Es él, ¡es él! Siento cómo el corazón se me acelera de golpe. Estoy sudando, estoy sudando sin parar. ¡Es él! Quiero moverme, pero no puedo, no soy capaz… Mis piernas, mis brazos… Mi cuerpo no responde. Estoy respirando con fuerza.

—Venga, venga. Tranquilízate, Sofía, tranquilízate. Aún no es el momento…

—¿Qué es lo que quieres de mí?

Silencio. Otra calada larga al cigarro. Más silencio. Exhala lentamente, con parsimonia, todo el humo del que antes se había llenado el pecho.

—No es lo que quiero, Sofía. Es lo que no quiero.

»Llevo mucho tiempo observándote, profesora. Mucho tiempo admirando tu trabajo, tu entrega… Tu devoción por mi madre.

—¿Por tu madre? ¿Cómo que por tu madre?

—Sí, por Rosalía.

—¿Rosalía? Pero si tu madre es Ariel…

—No, Sofía, nada de eso. Mi madre es Rosalía. Tal vez no sea la mujer que me trajo al mundo, pero sí la fuerza de la que siempre se ha alimentado mi espíritu. Y el tuyo también, mi tesoro, no

pretendas decir ahora lo contrario. Como ya te he dicho, es mucho el tiempo que llevo al acecho, y he podido comprobar que tú también compartes esa misma pasión. Tu alma y la mía se alimentan de una misma energía, de esa misma intensidad. Somos almas gemelas. Y, durante mucho tiempo, pensé que tú y yo estábamos llamados a ser uno. Un único todo.

—¿Uno? ¿Tú y yo? —Poco a poco, voy comprendiendo…—. Por eso me enviabas los poemas, ¿no es así?

—Bueno, Sofía, sí… y no. En realidad, esa fue la razón por la que te envié el primero. Porque pensaba que tú y yo merecíamos esos *buenos amores* de los que en él te hablaba.

»Pensé, profesora, que tú estabas lista para comprender la hermosura de mis actos, la pureza de mis razones. Pero en estos últimos días he visto que estaba equivocado. No solo no estabas preparada, sino que incluso ibais tras de mí, tú y el perrillo ese del que te haces acompañar últimamente. Nuestro amigo Aquiles Vega… Incluso me atrevería a afirmar que no te agrada que me refiera a él en estos términos, ¿me equivoco? No, no te gusta… ¿Qué ocurre, profesora? ¿Es que el pobre ya no te parece tan desgraciado? Por favor…

»No, Sofía, no. Me partiste el corazón. Y, sin amor, un corazón no sirve para nada. Aurículas, ventrículos…, nada. Mejor sería arrojarlo al mar.

Sigo con tanta atención como horror cada una de las palabras que voy escuchando. Y siento miedo, pero también rabia. Y asco.

—¿La pureza de tus razones, dices? ¡Pero de qué demonios estás hablando, monstruo repugnante! ¡No existe eso que dices, no hay ninguna pureza en arrojar por la ventana a un pobre crío que a nadie le había hecho mal alguno!

—Oh, no, Sofía, me duele ver hasta dónde llega tu ignorancia. No comprendes nada… Tu pensamiento, siempre tan racional, sigue en la oscuridad, ciego a la belleza de los movimientos por los que discurre mi sinfonía.

—¡Pero qué estás diciendo! ¡No hay ninguna belleza en matar a tu madre, a tu propia madre!

—¡Basta! —siento cómo se golpea con rabia sobre sus propias piernas—. ¡Ya te he dicho que esa maldita vieja no era mi madre! ¡¿Por qué?!, dime, ¿por qué te empeñas en decir que Ariel era mi madre? ¿Porque me dio la vida, quizás? ¿Y qué clase de vida crees que me dio, eh? ¡¿Qué vida piensas tú que he llevado yo?! Siempre ocultándome bajo las sombras, siempre tras las luces. Sin ser lo que se ve, sin que nadie vea lo que soy en realidad. No, eso no fue vida,

¡no lo es! No, profesora, no: Ariel nunca fue mi madre. Yo vengo de Rosalía… ¡Ella es mi madre, mujer! ¡Ella! Ella, que fue la lluvia, y yo soy su hijo. ¡Yo soy el hijo de la lluvia!

Hay tanta ira en sus palabras que no me cuesta imaginar el fuego en su rostro. Busco, busco en la oscuridad unos ojos sobre los que clavar los míos. No los encuentro, y ahora es la cólera la que habla por mi boca.

—¿El hijo de la lluvia? —repito mordiendo con rabia cada una de las palabras que pronuncio—. Nada de eso, Adriano. Tú no eres hijo de ninguna lluvia. No… Nunca una aberración como tú podría haber salido de una lluvia tan hermosa como Rosalía. No… Tú, desgraciado, no eres hijo más que de un mal viento peor traído, y eso como mucho. Un hijo del viento, de una tormenta negra, oscura y salvaje. Pero sin lluvia. Sin agua que traiga vida, sin frescor… Podrás hacer conmigo lo que te dé la gana, maldito bastardo, pero tú nunca serás hijo de lluvia alguna.

Y ahora mismo quisiera moverme. Pese al miedo. Me lanzaría sobre él si pudiera. Pero no puedo. No sé qué es lo que tengo dentro, pero apenas puedo moverme. Mi cuerpo sigue sin responder. Todavía paralizada, le oigo cogiendo aire. Lo hace lenta, profundamente. Del mismo modo que ahora lo expulsa.

—Muy bien, Sofía, muy bien. Comprendo…

Para mi sorpresa, la calma vuelve a su voz. Para mi sorpresa, sí, mas también para mi preocupación. De cualquier modo, ahora ya es tarde para amedrentarse.

—El qué —le escupo—, ¿qué es lo que comprendes?

Vuelve a tomar aire.

—Comprendo que sigues ciega. Y es una lástima, querida. Cuánto lo lamento, me lo puedes creer. Porque ahora veo con claridad que jamás entenderás nada. Lamentablemente.

Termina de expulsar el aire contenido.

—Es la hora, Sofía. Debemos devolver tu corazón a las aguas.

Oigo como crujen los mimbres de la silla en la que ha permanecido sentado todo el tiempo. Se pone en pie, y ahora camina hacia mí. Se acerca sin prisa, saliendo de la oscuridad en la que todo el tiempo había estado refugiado. Poco a poco empiezo a verlo mejor. Primero sus zapatos. Un pantalón de punto gris. Trae algo en la mano, un paño blanco. Me lo pone con fuerza sobre la cara, sobre la nariz y la boca. No puedo respirar. Está volviendo a dormirme, ¡no! Lucho por revolverme, pero mi cuerpo apenas responde. ¡No tengo fuerzas para más! Me está durmiendo otra vez. Lo busco. Intento zafarme. Recuerdo cosas, la llamada a la puerta.

La última de mis fuerzas sirve para buscar sus ojos, ahora tan cerca de los míos. Había pensado que era Aquiles. Esos, esos ojos. Te veo. Había abierto la puerta sin preguntar. Me revuelvo, ya casi inconsciente. Tú… Pero no, no era Aquiles.

Era él.

-26-
No puedo dormir

La gente colecciona cosas. Dicen que para desconectar. Compra fascículos, construye maquetas a escala, va a buscar piedras al monte. Yo no. Yo veo amanecer. Parece muy romántico, así dicho, pero no lo es. Veo amanecer porque no puedo dormir. Porque yo no puedo desconectar.

A medida que la noche se había ido convirtiendo en día, yo fui asistiendo al proceso del mundo encendiéndose cómodamente instalado en cada vuelta de mi cama. No pude pegar ojo en toda la noche. Lo intenté, desde luego que sí, pero los recuerdos no me dejaron hacerlo. ¿Qué estaba pasando por alto?

Incapaz de sacar nada más en claro, me dediqué a fustigarme a mí mismo. Pensé un montón de veces en el hecho de que si yo fuera el personaje principal de alguna de esas películas con mucho presupuesto, seguramente tendría algún *hobby* interesante. Por el amor de Dios, pero si todo el mundo tiene alguno… Hasta el mismísimo Hitler tenía el suyo, aunque solo fuese algo tan absurdo como dibujar personajes de Disney… ¿Y cuál podría ser el mío? No lo sé… Tal vez recoger bolsas de cartón, aunque solo fuese para poder taparme la cara con una diferente cada día. O coleccionar excusas, que eso también era algo para lo que nunca me quedaría sin materia prima. Claro… Dicen que el *hobby* tiene que ir en consonancia con el carácter de la persona que lo practica. Pues entonces el mío tendría que ser el más patético de todos.

¿Qué tal el modelismo con legumbres? Sí, ese parece lo bastante lamentable. Otra noche más como aquella, y ya tendría la catedral de Santiago construida con garbanzos.

El nuevo día era ya un hecho, de radiante gris, con la más obstinada de las lluvias cayendo del más plúmbeo cielo. Mierda de tiempo… Y yo seguía allí, dándole vueltas y más vueltas a las mismas preguntas. ¿Por qué coño no tengo yo un *hobby* como todo el mundo a través del cual poder desconectar? Fue en ese momento cuando, probablemente ideada desde mi subconsciente por ese instinto mío que, harto de no conseguir contacto directo, intentaba comunicarse a través de líneas menos ortodoxas, mi catedral leguminosa me hizo concentrar toda la atención en un mismo punto: la cuestión del nombre.

Santiago.

Santiago…

La vieja Ariel nos había dicho que su hijo era responsable de todas aquellas muertes, sí, pero aclarándonos que su nombre no era Adriano, sino Xacobe. También a Sofía le había llamado la atención este asunto, fue ella quien me habló de la importancia de esta cuestión. «Aquí no hay nombres escogidos al azar», advirtió. Según ella misma me había explicado, «Xacobe» compartía ascendencia con muchos otros antropónimos. Muchos otros… Santiago entre ellos. «Y nosotros sí conocemos a algún Santiago», había dicho la profesora.

Sí, Santiagos todos conocemos muchos, yo mismo podría mencionar unos cuantos. Pero que tengan algo que ver con esta historia… Eso ya es cosa distinta. «Santiago», repetí en voz alta.

Hasta donde llegaba mi memoria, yo solo conocía a un Santiago relacionado con todo este asunto. Aquel que me había puesto en la pista de la profesora Deneb, Santiago Seoane, el decano de la facultad de Filología. Pero aquel tipo no había vuelto a tener nada que ver con toda la película, no volvió a aparecer para nada más. No… Pensar en él era una pérdida de tiempo.

¿O tal vez no?

Tal vez si ahora estaba pensando en él era por algo, alguna de esas razones de las que mi subconsciente hubiera sabido antes que yo. Si una cosa me había ido quedando clara a lo largo de esta historia era el hecho de que aquí, en este juego, muy pocas cosas eran lo que parecían ser. Y yo tampoco andaba tan sobrado de recursos como para desechar las pocas pistas de las que aún pudiera disponer.

No sé cómo acostumbran a hacer los grandes periodistas del *The Times* y del *Post*, del *Pravda* o del *Pero Grullo*, pero yo, cuando no tengo demasiado claro por dónde comenzar una investigación, hago lo que la inmensa mayoría de los mortales: bienvenido, míster Google.

Introduje el nombre, y el navegador dio paso a una buena cuenta de entradas. Algo así como unos dos millones y medio de referencias… Armado de paciencia, comencé desechando las primeras, una pila de perfiles de Facebook que no se correspondían con aquello que yo andaba buscando. Lo mismo sucedía con otras tantas entradas, relacionadas todas con redes profesionales. Descartadas éstas, aún tuve que filtrar otro buen número de páginas que me dirigían a un proctólogo murciano que compartía nombre y apellido con el decano de la facultad de Filología. Por ahí no íbamos bien.

Redefiní la búsqueda, y tras haber introducido nuevos parámetros en el navegador tales como *profesor*, *decano*, *USC*, la cosa mejoró notablemente. La primera de las entradas, un enlace a una página de la propia universidad, dejaba claro que esta vez sí estaba en la pista del hombre correcto. Pero no fue esa la que me llamó la atención, sino la que estaba justo debajo. Aquella que aparecía en compañía de una dirección también significativa: www.realacademiagalega.org…

Y entonces el recuerdo se abrió paso en mi pensamiento como la luz entre las tinieblas. ¿Cómo había podido pasar por alto aquel dato? Andrés me había hablado de él, y yo lo olvidé por completo. Fue desde la sede de la Academia desde donde habían salido los dos correos enviados por Adriano. El primero del que yo tuve constancia, el que le había enviado a Sofía, y aquel otro, el recibido por el difunto Calímaco de Brión.

Pulsé rápidamente en el enlace, sin pensármelo demasiado, y ante mí se abrió una nueva página.

Allí estaba, observándome fijamente, Santiago Seoane. Lo hacía desde la foto que acompañaba a su ficha, aquella en la que se contaba que el decano de la facultad de Filología era además miembro numerario de la Real Academia Galega desde junio de 2003. El decano pertenecía a la RAG…

Revisé con calma su ficha, y pude comprobar que si se le había concedido el sillón de académico había sido a propuesta de otro viejo conocido en todo este jaleo: el maestro Solano Dumont. Más bailarines para este carnaval de nombres que aparecían y desaparecían al son de una música siniestra, melodías que solo unos pocos parecían saber escuchar. Con todo, no fue este el detalle más llamativo. No. Según los datos de aquel breve curriculum, el discurso de ingreso pronunciado por el profesor Seoane tampoco era menos significativo que todo lo demás. *Follas novas: propuestas para un nuevo modo de acercarnos a uno de nuestros clásicos.* Santo cielo.

Desconcertado, me dejé caer sobre el respaldo de mi asiento, todavía con la mirada fija en la pantalla del ordenador. ¿Qué implicaciones tenía todo aquello? A ver, por lo pronto una única página bastaba para situar al discreto decano en uno de los escenarios relacionados con los crímenes, vinculado además a uno de los personajes centrales de la trama, el maestro Solano. Y eso por no hablar de lo sugerente que era el título de su discurso. ¿Qué entendería el profesor Seoane por *nuevos modos* de interpretar los poemas de Rosalía de Castro? O lo que era peor, ¿acaso no era eso

lo que estaba haciendo Adriano? A su modo de ver, resultaba evidente que todos aquellos asesinatos no eran más que interpretaciones libres de aquellos otros versos, adaptaciones de los sufrimientos descritos por la poetisa. Por el amor de Dios, ¿qué demonios significaba todo aquello? ¿Seoane y Adriano eran la misma persona?

¿Xacobe?

No sabía qué pensar. Me faltaban datos, yo ni siquiera había llegado a conocer personalmente al tal Santiago Seoane. No, no sabía qué pensar… Pero quizá Sofía sí. Vi el reloj, cinco minutos pasados de las nueve de la mañana. Busqué el número de la profesora Deneb en la agenda de mi móvil, y marqué.

Línea. Mientras aguardaba su voz, el recuerdo de nuestra despedida la noche anterior volvió mi pensamiento. Tono de llamada. ¿Qué pensaría ella de todo aquello? Quería, ella quería que yo entrara. No contesta, espero un poco más. Me había equivocado, yo, mis miedos, nos habíamos equivocado. Mierda. No, no responde. Probablemente esté ya en alguna de sus clases. Nada.

Volví a dejar el móvil donde estaba, al lado del teclado del ordenador, y de nuevo me quedé mirando el monitor, las manos cruzadas detrás de la cabeza. Aquel tipo en la fotografía. No sé, tal vez hubiera algo en sus ojos…

—¡Venga, Aquiles! —Me sorprendí a mí mismo al escuchar el sonido de mi voz hablando con nadie—, ¿y qué más?

Era verdad. ¿Qué coño se suponía que estaba haciendo? Solo faltaba que en aquella misma página, en el apartado reservado para la biografía del académico viniera escrito algo en plan «sí, Aquiles, fui yo. Además de ser un respetable profesor, decano de una de las facultades de la USC y miembro de la Real Academia Galega, también soy Xacobe, y sí, yo los maté a todos». Por favor, aquello era ridículo… Protesté con desgana al tiempo que descruzaba los brazos tras la cabeza, di una palmada sobre las piernas y, sin saber demasiado bien por dónde tirar, salí de la sala a la búsqueda del primer café del día.

Apoyado contra el mármol de la cocina, observaba atontado cómo la taza de café con leche se calentaba dando vueltas en el microondas. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. ¿Cómo rayos iban a ser Seoane y Adriano la misma persona? Todo un decano de la Universidad de Santiago… A ver, no quiero decir que los decanos no puedan tener impulsos criminales. Yo mismo tuve ocasión de conocer a unos cuantos profesores a los que les habría causado no poca alegría poder deshacerse de mí en mis años de carrera… Pero

aquello era demasiado. Ocultar un pasado como el de Adriano y llegar a decano de la USC eran dos acciones difícilmente compatibles.

Por lo general los microondas acostumbran a tener más bien poca conversación. Por eso, cuando el mío dijo *ding* comprendí que nuestra relación había llegado a su fin, por lo menos en lo referente a mi café. Cogí la taza y fui a sentarme nuevamente a la mesa el ordenador, ya en la compañía de mi almuerzo de saldo. Era necesario ver las cosas desde una nueva perspectiva. Una vez más…

Si había llegado a la conclusión anterior había sido concentrando toda la atención en aquel comentario de la profesora, aquello de conocer a *algún Santiago*. ¿Y si la clave no estaba ahí? Yo me había obcecado con esa posibilidad, pero, en sus palabras, muchos eran los nombres derivados de aquella forma hebrea que había dado lugar al actual *Xacobe*. Había pasado por el *Santiago*, sí, pero como ella misma dijo, las posibles evoluciones comprendían muchos nombres más.

¿Cuáles había mencionado?

Retrocedí por el historial del navegador, hasta recuperar la página inicial, y en el recuadro central introduje dos nuevos parámetros. *Xacobe, etimología*. De nuevo fue más de medio millón el número de entradas que la red ofreció para la llamada. Y yo, metódico como pocos, di por buena la primera que apareció.

Ahí estaba, todo cuanto la profesora había comentado la noche anterior. Asumí que sus fuentes debían de ser más profesionales y mejor documentadas que las que yo estaba manejando en ese momento, pero, *grosso modo*, la Wikipedia venía a ofrecer los mismos datos que Sofía me había dado. El origen, efectivamente, era el hebreo *Ya'akov*, nombre del patriarca que después pasaría a llamarse *Israel*. La lista de formas a las que evolucionaría en otras lenguas era inmensa. El árabe «Ya'güb», *el persa* «Yaghub»; *el armenio* «Hakob»; «Iacobus», «Jacob», «Santiago», «Xacobe», «Jaime»,«Jacques»… Y así hasta el aburrimiento.

Volví a recostarme en el asiento. El censo era interminable, y seguir por ahí era lo mismo que salir de expedición buscando agujas por un planeta lleno de pajares. De nuevo con las manos por detrás de la nunca, ya estaba a punto de renunciar a la búsqueda cuando aquel instinto mío posó toda su atención sobre un nombre en concreto. Uno en medio de toda la lista, y mis ojos fueron a dar con la aguja. *Ya'akov* también había evolucionado en otra forma castellana.

Diego.

Vi aquel nombre, lo vi, y algo hizo clic en mi pensamiento. «Aquí no hay nombres escogidos al azar», había dicho ella… Un recuerdo llamó a otro, y como traída por una electricidad desconocida, la memoria de un fragmento sacado de una conversación anterior volvió a mi cabeza. «La nuestra es una organización sin ánimo de lucro, y todos los que la componemos tenemos otros cargos…». Como en la tormenta, donde un rayo desata otro, una nueva descarga trajo la memoria de otro fragmento: «recibo cientos de correos todos los días, aquí, en la Academia…». En la Academia… Y todavía seguí recordando: el propio Napoleón Sevilla me lo había dicho (o más bien me lo había gritado), «Diego Castro, ¿te suena? Secretario de la Fundación Rosalía de Castro, director de la Casa-Museo da Matanza, y miembro numerario de la Real Academia Galega…».

Sí, eso es lo que había dicho.

Sentí cómo se me aceleraba el pulso.

Volví a abrir el historial de actividad reciente.

Ahí estaba.

Recupere la página con la ficha de Seoane, y su rostro apareció de nuevo ante mí. Pero no era a él a quien yo andaba buscando. No. Lo que me interesaba no era la ficha de Seoane como miembro de la academia, sino el directorio en sí. No tardé en localizar el enlace necesario. Ese era: «miembros de la Academia».

«De honor».

No.

«Correspondientes»

No, aquí tampoco.

«De número». Sí, ¡sí!, ese era, *de número*. Pulsé en el enlace, y al momento se desplegó una lista de apellidos por orden alfabético. Busqué con el puntero la letra correspondiente, y guiándolo con el ratón por la columna de nombres y apellidos abajo, no tardó el cursor en dar con lo que andaba buscando. Sí, ahí estaba, justo en donde esperaba, entre «Castillo López, Ángel del», y «Chamoso Lamas, Manuel».

Castro, Diego.

La foto no dejaba lugar a dudas. Era él. El mismo que me había sido presentado como secretario de la Fundación Rosalía y director de la Casa-Museo da Matanza. Y, por supuesto, miembro de número de la Real Academia Galega. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Me lo había dicho, él me lo había dicho. «Aquí todos tenemos otros cargos… Yo recibo correos en la academia…» «Idiota, ¡idiota!», pensé.

Como si mi vida dependiera de ello me lancé sobre su ficha, mi rostro casi pegado la pantalla, no se me fuera escapar ningún detalle.

Nacido en Rosario, Argentina, en el año 1958.

Miembro de la Academia desde julio del año 1999.

Rosario… Algo se revuelve en mi pensamiento. ¿Rosario? Qué es… ¡Rosario! Esta era una de las tres ciudades en las que alguien decía haber visto a los hijos de Xesús Pan, según la bibliotecaria de O Froxel nos había contado. Seguí leyendo, y no tardé en comprobar que los datos más asombrosos estaban aún por llegar…

Se había acordado concederle al señor Don Diego Castro su plaza en atención a la propuesta del académico don Anxo Aián, y leyó el nuevo miembro su discurso de ingreso bajo el título *Rosalía de Castro, una biografía por completar.*

El mecanismo de una pistola invisible me disparó de la silla para ponerme en pie. Esta vez sí, ¿qué significaba todo esto? ¿Era él? Adriano, Xacobe, Diego Castro… ¿Eran todos la misma persona? Dios mío, el corazón se me aceleraba más y más a cada paso que, como un león atrapado, daba de un lado a otro del salón de mi casa.

¿Era él?

Hice un nuevo y rápido repaso mental, intentando cotejar los datos que ya tenía con los que acababa de conocer. Los nombres pesan. Diego y Xacobe son el mismo nombre. Si Diego Castro era Xacobe, la fecha de nacimiento era falsa. Por lo que sabíamos, Xacobe había nacido tras la muerte de Gala, a finales de 1964. Y siguiendo por ahí, toda la historia del tal Diego Castro tenía que ser, obviamente, falsa. Desde la fecha de nacimiento en adelante. ¿Y qué pasaba con todo lo demás?

A ver, lo que pasaba era que todo lo demás ponía en contacto al secretario de la fundación Rosalía con el esquivo Adriano… Xacobe había empleado parte de la historia de los Pan, que él conocía bien por su madre, para componer sus falsos orígenes. Si él ya era hijo de una mentira, tampoco le debió de costar demasiado estirar esa misma mentira un poco más. Y la cuestión de su padrino en el ingreso a la Academia… Anxo Aián, ¡su propio padre!

En mi cabeza empecé a ver cómo todas aquellas piezas se iban moviendo, guiadas por una mano invisible, encajando unas con otras, componiendo poco a poco la imagen escondida de Diego Castro, el verdadero rostro de Adriano. Y al mismo tiempo fui comprendiendo. Esa, esa había sido la manera de ajustar cuentas con su verdadero padre, forzándolo para que fuera él mismo quien lo favoreciera en su ingreso en la Academia.

La Academia… ¡Joder, pues claro! Recordé la carta entregada por Solano. No podía ser… Tenía que comprobarlo.

Sí, ahí estaba, en la propia página de la RAG.

«Constituida el 4 de septiembre de 1905, gracias al impulso de dos vías principales del galleguismo en aquella época: el de la rica comunidad de gallegos emigrados en Cuba, y el agrupado alrededor de Manuel Murguía, hasta entonces máximo impulsor de la fundación de la Academia, y de ahí en adelante, su primer presidente, desde la inauguración oficial de la misma, en septiembre de 1906, hasta el fallecimiento del propio Murguía, en el año 1923».

La Real Academia Galega era, en realidad, la institución fundada por su propio tatarabuelo a principios de siglo… Las conclusiones caían, una tras otra, a la velocidad del rayo. Todo encajaba, todo cobraba sentido. Como si de la culminación de un plan maestro se tratase, todas las piezas iban revelando su significado, su verdadero papel en el juego. Y el discurso… *Una biografía por completar*. Perfecto, una jugada magistral. Aquel discurso tuvo que dibujarse en el aire como el jaque perfecto. Una bomba de relojería oculta en el mismísimo corazón de la cultura gallega.

Todo cuadraba. Todo, incluso el nombre. Xacobe, Diego… Ambos eran el mismo nombre, uno no era más que el disfraz del otro.

—Xacobe… —dije en voz alta, muy lentamente, saboreando cada sílaba del nombre.

Volví a pensar en todos aquellos nombres, la larga familia de los hijos de Ya'akov: Santiago, Xacobe, Diego… ¡Xaime!

Y entonces lo comprendí todo. Esa había sido la razón, el motivo por el que aquella mujer, aquella tan retorcida, había escogido semejante nombre para su hijo. La manera de llegar de Xacobe a Adriano… A tenor de lo aprendido, primero por Sofía y luego confirmado por el propio Murguía en la carta que este le había escrito a Said Armesto, Xaime era el nombre de uno de los dos hijos gemelos que Aura Murguía había tenido con Francisco Prats. Aquellos dos únicos pequeños que habían llegado a convertir al viejo Murguía en abuelo, aunque solo hubiera sido durante unos meses, ya que, igual que antes había sucedido con el verdadero Adriano, los gemelos Xaime y Rosa también acabarían muriendo al poco de nacer.

Eso era, eso era… Xaime, Xacobe, Diego, Adriano… Todos el mismo juego, todos la misma persona. Todos relacionados con Rosalía.

Con Rosalía… Señor, no daba crédito, ¡la cosa no terminaba ahí! ¡Pero cómo había podido estar tan ciego! Rosalía de Castro, ¡de Castro! ¡Castro! ¡Joder, pero si el tal Diego ni siquiera se había molestado en ocultar el apellido! El fulano se había pasado todos estos años llevando adelante su charada, y sin dejar de mostrar el apellido de la familia todo el tiempo al lado de su nombre. Era él, no había duda, y ahora todo encajaba a su alrededor.

Volví a coger el teléfono y de nuevo marqué el número de Sofía. Necesitaba contarle todo esto. Incluso, por qué no, necesitaba oírle decir que aquello era imposible, que no podía ser, que yo no tenía razón… Como cuando le dije en su despacho que estaba convencido de que Adriano era en realidad un descendiente de Rosalía. Necesitaba hablar con ella. Pero no. El resultado volvió a ser el mismo. Si antes estaba dando clase, ahora debía de seguir en las mismas, porque del otro lado nadie respondía a la llamada. «El número marcado no contesta. Deje su mensaje, y nosotros se la haremos lleg…». Colgué. Aquel recado no era para dejarlo de cualquier manera en ningún teléfono. Volví a abrir la agenda de contactos, y enseguida localicé el número del inspector Casaperda. Ya había pulsado la tecla de llamada cuando algo surgió en mi pensamiento.

La duda. Espera, espera un momento…

Corté la comunicación a tiempo. A ver, en realidad las cosas estaban como estaban… La policía no había tirado por el mismo camino que nosotros. Ellos habían preferido seguir una vía más convencional. Habían estado investigando las relaciones de las víctimas en tiempo presente, y, aunque por ahí tampoco parecía que hubieran sido capaces de sacar nada en limpio, cuando le hablé a Andrés de la posibilidad que a mí me había ocupado todo el tiempo, la de investigar en dirección al pasado, el inspector Casaperda no quiso ni oír hablar del asunto. El pobre tenía que cargar con el inútil de Napoleón Sevilla todo el tiempo a cuestas, y ya Andrés andaba demasiado agobiado por la presión que el incompetente comisario ejercía sin descanso sobre él como para seguir jugándose su prestigio por mis arriesgadas conclusiones. Porque sí, parecía obvio que todo apuntaba en esa dirección, pero…

Pero, siendo absolutamente franco, también podía ser que yo me estuviera equivocando. Al fin y al cabo, lo que por ahora tenía no eran sino conjeturas. Probablemente estuviera en lo cierto, sí. Pero antes de explicarle a mi amigo el giro de los acontecimientos necesitaba asegurar las cosas un poco más. Napoleón Sevilla era un auténtico imbécil, incapaz de identificar a la Virgen aunque esta se

le apareciera delante, encima de una nube, con un coro de ángeles celestiales a su alrededor, y un rótulo de neón sobre su cabeza en el que se pudiera leer «Apariciones María, milagro garantizado». El tipo era un auténtico zoquete, pero tampoco era cosa de ir dándole motivos… Aquella parada en seco sirvió para que me diera cuenta de que, en realidad, y después de darle un par de vueltas rápidas a la historia, ni siquiera yo estaba seguro al cien por cien de la validez de mis propias teorías. La idea parecía razonable, pero no tanto como para poner un anuncio en el periódico. Tal vez lo mejor fuese acercarme y echar un ojo. Yo solo, por mi cuenta. Tranquilamente, como si no supiera nada. Como si también yo fuese un perfecto imbécil…

-27-
El lobo

Si apenas un par de horas antes algo había hecho clic en mi pensamiento, era verdad que ahora aquel mismo engranaje comenzaba a hacer clac. A cada kilómetro que el coche rodaba por la autopista rumbo a Padrón una nueva duda surgía en mi cabeza. De hecho, a punto estuve de hacer directamente *crack* y dar vuelta al caer en la cuenta de un pequeño detalle que hasta entonces había pasado por alto. Si Diego Castro era en realidad el hijo de la vieja Ariel, entonces su esposa, la señora Alba Mendoza también tendría que estar implicada. ¿O cómo podía ser que un asunto tan complejo como aquel pudiera haberle pasado inadvertido a lo largo de tanto tiempo? O eso, o el mismo matrimonio era parte de la propia farsa… No podía ser, la corrupción no podía llegar tan lejos. ¿O sí? Quizás no fuera tan mala idea echar mano de un poco de ayuda externa… Sí, mejor llamar a Andrés. Rebusqué en el bolsillo de mi americana hasta dar con el móvil. No sin dificultades, localicé su número en la lista de contactos, y pulsé la tecla de llamada.

Ya tenía el aparato pegado a la oreja cuando me di cuenta de que el coche que me estaba adelantando tardaba demasiado en hacerlo. Decidido a dedicarle algún gesto más bien no demasiado amable me giré hacia él, justo a tiempo para descubrir que no se trataba de otro sino del de la patrulla de Tráfico de la Guardia Civil. Pero qué mierda de suerte la mía… Lo que me faltaba ahora, que me parasen por ir haciendo el capullo con el teléfono al volante. Con tanto disimulo como me fue posible (o sea, ninguno), arrojé el teléfono al asiento vacío del acompañante y puse mi mejor cara de niño bueno que no ha roto nunca un plato, ni muchísimo menos ha intentado hablar por teléfono al tiempo que conducía su coche a más velocidad de la permitida. Aquello tenía que ser una señal: o seguía mi instinto, o el destino me impondría un castigo, en esta ocasión en forma de multa de tráfico y retirada de puntos del carné.

Con todo, no dejaba de sentir curva a curva, recta tras recta, cómo mi propia seguridad hacía aguas y mi eufórica convicción inicial se iba convirtiendo poco a poco en un mar de dudas. Pero ahora ya estaba allí, con los cárteles de la autopista anunciando la proximidad de mi salida. No podía dar marcha atrás. Pisé a fondo el pedal como si se tratara de mi propio acelerador, y el Mercedes llegó a coger los ciento cuarenta kilómetros por hora. Y durante un

momento tuve la sensación de que el coche y yo compartíamos algo íntimo: los dos rodábamos cuesta abajo y a toda velocidad.

Entré en Padrón con el camino ya sabido de memoria: siguiendo por la carretera de A Coruña a Tui, hasta que esta se convertía en la avenida de Compostela. Torcí a la derecha justo al pasar el parque del Jardín Botánico, y la primera a la izquierda tras haber pasado las vías del tren. Aparqué el coche en el mismo sitio donde lo habíamos dejado la primera vez que Sofía y yo vinimos juntos a la Fundación, y nada más bajar me quedé mirando un montón de chatarra hacinada justo al lado de los raíles. En realidad, ya algo había llamado mi atención a medida que me iba acercando por el camino. Por lo visto habían estado arreglando algo en las viejas vías, probablemente reformándolas, o renovando sus componentes, y habían dejado allí los restos, a la espera de que alguien fuera a retirarlos. Me acerqué hasta donde pude, y cogí una de aquellas piezas tiradas a mis pies.

Y comprendí.

Yo ya había tenido delante otra pieza como aquella no hacía mucho tiempo. Un escalofrío bajó como electricidad incómoda por mi columna al imaginar a Adriano allí, inmóvil, en la misma postura que yo, escogiendo de entre todas la pieza que habría de clavar en el corazón del malhadado Xosé Carneiro. Con la mirada perdida en la estación del tren al otro lado de las vías, me guardé el clavo en uno de los bolsillos de mi americana, tomé aliento y di media vuelta, dispuesto a meterme en la boca del lobo.

Entré por el pequeño portal inferior, aquel construido tras la reforma de la finca, y atravesé corriendo el jardín. A punto estaba de llegar a la puerta de entrada al edificio principal cuando Tino, el conserje, apareció por la esquina del camino que llevaba a las oficinas.

—Vega… —dijo con rostro serio.

Pude ver la sorpresa reflejada en su cara, y la voz sonó desnuda, sin aquella cordialidad de las ocasiones anteriores. Era evidente que algo no marchaba bien.

—¿Todo en orden, Tino?

Tomando consciencia él mismo de la dureza de su primera respuesta, al momento volvió a revestir su voz de aquel tono conocido, alegre, como de perrito sumiso.

—Sí, sí, por supuesto —respondió haciendo un ademán con la mano, como si apartara de delante alguna sensación incómoda—, por supuesto… Disculpe mi torpe reacción, señor Vega. Es que no contaba con encontrarlo por aquí. ¿Y a qué debemos entonces el

placer de su visita? —preguntó de nuevo, ya con la más complaciente de sus sonrisas dibujada en los labios—. ¿Acaso viene usted solo? Veo que no le acompaña hoy la profesora Deneb. Ya sabe, siempre es un placer recibirla por aquí… ¡En esta casa todos la queremos como si fuera hija nuestra! —dijo al tiempo que, tambaleándose ligeramente al andar, terminaba de acercarse a mí.

—Pues no, Tino, hoy vengo yo solo, porque…

Al salir de mi casa lo había hecho completamente convencido de la validez de mis propias conclusiones. Y después, en el coche, había ido dándole tantas vueltas a todo que olvidé pensar en lo que diría al llegar a la Fundación. Había olvidado mi excusa… Decidí improvisar.

—Al final parece que la cosa de las cuentas de la Fundación sí que va a traer cola, Tino. Tengo que hacerle un par de preguntas al señor Castro sobre este asunto. ¿Sabes si está aquí?

—¿Don Diego? —preguntó Tino frunciendo el ceño.

Me sorprendió la pregunta del conserje. ¿Acaso había otro señor Castro?

—Pues no sé, señor Vega, pero me da a mí que hoy no va a poder ser… —siguió hablando con la mirada perdida en el suelo de gravilla.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo, Tino?

—No sabría qué decirle, señor —respondió dirigiendo ahora la mirada a la puerta de las oficinas, al final del camino que flanqueaba la casa—. El señor Castro sí está, pero lo que no creo es que sea un buen momento para hablar con él…

—¿Cómo dices?

Tino tomó aire.

—Bueno… Don Diego parecía muy nervioso cuando llegó hoy a primera hora. Me pidió que no le molestara con nada, y se encerró en su despacho. Y ahí lleva toda la mañana, sin salir y dando vueltas de un lado para otro. Lo sé porque habitualmente los jueves nunca concertamos actividades; estamos los dos solos en la casa, y entre don Diego y yo vamos haciendo.

»Pero hoy, ya le digo, señor, don Diego no ha salido de su despacho para nada, así que no me ha quedado otra que hacerme cargo yo de todo. Y cada vez que he tenido que entrar en la sala de juntas siempre ha sido la misma historia. Está ahí metido, hablando solo, abriendo y cerrando cajones con fuerza, dando golpes sobre la mesa… No sé, señor Vega, no sé qué es lo que estará pasando ahí dentro, pero para mí que este no es el mejor momento…

Yo escuchaba hablar al conserje, y mis ojos también iban

apuntando hacia la puerta de las oficinas, cerrada allá al final del camino. «Es él, es él —pensé—, tiene que ser eso…». Aquello que para el conserje era una conducta inexplicable se descubría ante mis ojos como agua cristalina. Si Diego Castro era Xacobe, Adriano, o como coño se quisiera llamar, entonces tenía motivos más que suficientes para estar nervioso, dados los últimos acontecimientos. No hacía ni veinticuatro horas que el muy desgraciado había matado a su propia madre… Y sí, si las cosas eran lo que parecían, entonces no había momento mejor para entrar en su madriguera. Atrapado, nervioso. No tenía escapatoria.

Durante una milésima de segundo, aunque nada más fuera una milésima, también se me pasó por la cabeza la posibilidad de que tal vez no fuera demasiado inteligente la idea de acorralar a un tipo tan peligroso en un espacio tan pequeño, pero vaya… Si esta vez estaba en lo cierto, aquello serviría para recuperar muchos puntos en la escala de consideración de mucha gente. Y, además, yo no estaba solo. Visto a tan corta distancia, Tino, el conserje, también era una pieza de fuerza a mayores muy digna de ser tenida en cuenta a la hora de enfrentarse a Xacobe. Digo yo que, llegado el momento, también me habría de echar una mano, ¿no?

—Acompáñame.

—Pero señor, ya le he dicho que…

No le dejé seguir.

—Necesito que me acompañes, Tino —dije al tiempo que agarraba al conserje por el codo y tiraba de él—, tenemos que entrar ahí.

—¿Pero por qué?, No entiendo…

—Porque es él, Tino —respondí ya casi corriendo hacia la puerta.

—¿Él? ¿*Él* quién?, ¿qué es lo que está usted diciendo? —se resistía—. Señor, no creo que sea una buena idea…

Pero yo ya no estaba para escuchar los consejos de ningún conserje.

—¡Es él, Tino! ¡Diego es Adriano!

***

Entré corriendo en las oficinas de la Fundación, sin prestar atención a nada que no fuera la puerta cerrada al fondo de la sala de juntas: el despacho de Diego Castro. Aunque lo hubiera querido, tampoco había mucho más en qué despistar la mirada. Una sala vacía, y un conserje a remolque.

—¿Don Diego? —le pregunté a la puerta al tiempo que golpeaba con los nudillos en la madera—. ¡Don Diego, soy Aquiles Vega, necesito hablar con usted!

Nada.

—¡Señor Castro!

Insistí, pero todo lo que obtuve fue más silencio.

—Ya se lo he dicho, ya se lo he dicho —repitió Tino en voz baja, ligeramente encorvado detrás de mí—. Déjelo para otro momento, que será mejor…

—De eso nada.

Eché la mano al pomo de la puerta. No abría, estaba cerrada con llave.

—Pero señor…

No. Esta vez no me iría sin solucionar el asunto. Ese error ya lo había cometido en O Froxel, y no estaba dispuesto a caer otra vez en la misma equivocación. Me había costado mucho llegar hasta allí. Muchos errores por el camino, muchas meteduras de pata, mucha mierda comida. No renunciaría ahora que por fin había cogido a aquel hijo de puta. No, de ninguna manera.

—Tino, échate a un lado.

Di un paso atrás, el justo para coger impulso, y me lancé contra la puerta con todas mis fuerzas.

Pero ella tenía más.

Mis costillas sintieron el golpe bastante más que la propia puerta.

—Señor, permita que le diga que esto no es una buena idea…

El conserje había bajado un poco el tono, ahora algo más neutro. Pero yo ya no estaba para nadie.

—Nunca he tenido una mejor.

Volví a echar el cuerpo hacia atrás, esta vez ganando un poco más de distancia, y cargué de nuevo contra la puerta. Algo debí de hacer mejor, que, esta vez sí, la puerta cedió con el estruendo de la cerradura reventando. Astillas de madera, la hoja abriéndose violentamente, golpeando con fuerza contra la pared en el otro extremo de su giro. Y yo, llevado por la inercia, entrando en tromba en el despacho de Diego Castro. Ahí estaba, ¡ahí estaba! El impulso me precipitó inevitablemente contra él.

Con la fuerza con que había entrado en el despacho, al principio solo pude ver que Diego Castro estaba delante de su mesa, de espaldas a la puerta, y contra él fui de bruces. Pero al momento caí en la cuenta de que algo no marchaba bien. Castro se había echado a un lado con increíble facilidad. Y yo no lo recordaba tan alto.

—No… —exclamé desde el suelo al comprender—, ¡no!

No es que Diego Castro fuera tan alto.

Es que estaba colgado.

Se había colgado del techo. «Hijo de puta», fue lo primero que me vino la cabeza, hijo de puta. Supuse que finalmente el tipo no habría podido con los remordimientos y decidió acabar de una vez por todas con la historia. O quién sabe, tal vez ese fuera su plan desde el principio. Quizás hubiera dado por completada su misión, el trabajo aquel del que le había hablado a su madre, y este, me gustara a mí o no, era el final que tocaba. El juego se acababa cuando Adriano así lo decidía. Exactamente como en todos y cada uno de los movimientos anteriores. «No, no, ¡no!», pensé. ¿Qué clase de final de mierda era este? Al fin y al cabo, en cierto modo aquello también era una huida para Adriano, por lo menos desde una perspectiva «rosaliana». Maldito hijo de puta…

Allí, todavía caído en el suelo de su despacho, observaba el cuerpo de Diego Castro, Adriano, o quien coño fuera realmente, colgado de una viga en el techo sobre mí, y sentía como una rabia inesperada iba contrayendo mis músculos. Se había librado, el muy mal nacido se había librado. No fui capaz de llegar a tiempo, y el muy cerdo se me había escapado entre los dedos. Tanto mal hecho, tanto mal, y pese a todo el desgraciado había conseguido huir. Aquella misma rabia hizo que mis manos se convirtiesen en dos puños cerrados con fuerza. Y entonces caí en la cuenta. ¿Qué era aquello?

Mis manos estaban viscosas, algo caliente las había vuelto pegajosas. Las busqué por primera vez con los ojos. Sangre… Tenía las manos empapadas en sangre… ¿Qué, qué era aquello, de dónde venía toda aquella sangre? Me había cortado, quizás me hubiese herido las manos al golpearme contra la puerta, tal vez al romper la madera, y con el ímpetu no me había dado cuenta hasta ahora… No, no, aguarda. Esta sangre no es mía…

Hay mucha sangre en el suelo.

Tengo las manos manchadas porque hay un charco de sangre justo donde he ido a caer, a los pies de Castro. Esta sangre no es mía. Es de Diego. ¿Qué es lo que hizo, qué demonios ha hecho?

Mi primer impulso es buscarle los brazos. ¿Acaso se ha abierto las venas? Pero no, no. La sangre no viene de ahí… ¿Qué ocurre, qué es lo que ocurre? Busco en otro lugar, el cuerpo del secretario de la Fundación todavía se balancea suavemente en el aire, llevado por la fuerza de mi impacto. Siguen cayendo gotas de sangre por la puntera de sus zapatos. Y lo veo.

Hay algo en su cuerpo, algo que no es normal. ¿Su manera de caer? Su pose… Sí, eso es, cómo está colgado. Lentamente vuelvo a ponerme en pie. Lentamente, sin dejar de contemplar el cuerpo de Diego Castro, colgado de una viga en el techo de su despacho. De espaldas a mí, ya de pie, puedo observarlo mejor. Su cabeza… No esta recta, no cae hacia delante. La cabeza de Diego Castro cae hacia atrás, sobre su espalda. No, no puede ser… Castro no está colgado por el cuello. Hay algo aquí que no va bien.

—Santo cielo…

Tiendo la mano hacia el cuerpo colgado ante mí. Lo empujo por un costado, y poco a poco comienza a girar sobre sí mismo. Lentamente comienza a desaparecer la espalda, y por fin descubro su frontal. Por el amor de Dios, pero qué barbaridad es esta…

La soga que sujeta el cuerpo colgado en el aire se divide en dos cuerdas a la altura del cuello de Diego Castro. El secretario tiene la camisa abierta de arriba abajo, dejando su pecho al descubierto.

O lo que queda de él.

Cada una de las dos cuerdas termina en sus extremos en una gran pieza metálica, una especie de gancho de carnicero. El que primero aparece ante mí es el derecho, hundido por completo en la carne de Castro. Pero el otro no. La otra pieza le entra por el pectoral izquierdo, y vuelve a salir del cuerpo, destrozándole el pezón, la piel terriblemente estirada. Siento el vacío de mi estómago revolviéndose. Por el amor de Dios, por el amor de Dios… La piel en el pecho del secretario es un despojo de color morado, amarilleado por donde los hierros entran y salen de su cuerpo, y todo bajo las heridas es sangre. Se me revuelve el estómago. Tengo que llevarme la mano a la boca, y entonces lo siento. Todavía tengo la mano empapada en la sangre de Diego Castro, y su olor penetra con fuerza por mi nariz. Tengo que hacer un esfuerzo supremo para contener el vómito que me puede.

—Por Cristo, Tino, ve a pedir ayuda, llama a la policía…

Y entonces lo veo. El cuerpo sigue girando en el aire. Lentamente. Caída la cabeza sobre la espalda, ahora tengo el rostro de Diego Castro a mi lado. Su expresión, el gesto congelado en sus ojos. Y comprendo. Es pánico, un pánico absoluto, aquello de lo que hablan sus ojos desorbitados. El mismo horror que días atrás había descubierto en los ojos de Xosé Carneiro. Y sigo comprendiendo. Porque no hay más que una persona capaz de provocar ese horror.

—¡Tino, llama la policía, ya! Esto no es ningún suicidio. Se trata de otro crimen…

Todavía sin poder apartar la mirada de la carnicería que cuelga

ante nosotros, ya estoy a punto de darme la vuelta. Ya estoy a punto, cuando oigo una voz. Una voz grave, serena, que habla justo detrás de mí. Desde la puerta.

—*¿Por qué, Dios piadoso, porque le llaman crimen, a ir en busca de la muerte que tarda, cuando a uno esta vida, le cansa y le aflige?*

Electricidad. Todavía con los ojos clavados en el infinito que se acaba de abrir más allá del cuerpo colgado ante mí, intento asimilar lo que está ocurriendo. Inmóvil, como si las palabras que oigo vinieran cargadas de electricidad, fuerza fría que no me deja moverme.

—*Cargado de penas*, dime, Aquiles, *¿qué cuerpo resiste?*

Y entonces comprendo. No parece su voz… Pero es él, no hay duda. Siento un frío de hielo que me recorre el cuerpo. Justo a mis espaldas. Y por un instante permanezco inmóvil, completamente paralizado. Incapaz de volverme, el terror me impide girarme. Es él.

Soy consciente uno a uno de los movimientos de todos y cada uno de mis músculos, el proceso que trae y lleva el aliento de mis pulmones. Por una décima de segundo siento como va y viene cada molécula de aire que entra en mi cuerpo. Es él, Adriano.

Tengo la boca seca. Hago por tragar la saliva que no tengo, y llamo por mis últimas fuerzas. Quizá si me muevo con rapidez… Hago una nueva llamada a mi cuerpo, reacciona. Estoy a punto de girarme, tengo que hacerle frente. Y entonces lo siento.

Crac, un golpe fuerte en mi nuca.

Una descarga, y el cuerpo colgado ante mí ya no es tal. Una explosión de luz en mi cabeza, miles de estrellas explotando ante mis ojos. Y, justo después, la oscuridad del universo.

***

¿Qué ocurre? Alguien tira de mí… Me están arrastrando, alguien me lleva de los brazos por el suelo. Intento ver por encima de mi cabeza. Yo te conozco… ¿Dónde estamos? Un edificio nuevo, herramientas de construcción. Cajas con azulejos en el suelo, una hormigonera pequeña… Bajamos las escaleras, ¿qué ocurre aquí? Mucho dolor, mucho dolor en la cabeza, no puedo reaccionar… Menos luz aquí, quién eres… Tino, Tino estaba conmigo… Nos detenemos, me dejan en el suelo. ¿Dónde estoy? Hay alguien a mi lado, un cuerpo tumbado. Qué ocurre, quién eres tú… ¿Sofía? ¡Sofía! Es ella. No se mueve, está muerta. ¿Sofía? ¡Sofía! Tengo que reaccionar, tengo que hacer algo. ¡Sofía! Ni siquiera puedo hablar, ¿qué me pasa? ¡Qué me está pasando! Haz algo, venga, muévete.

Hay alguien más. Aquí hay alguien más, justo detrás de mí. Una mano delante de mi cara, un pañuelo blanco. ¿Qué es eso? No puedo respirar, ¡no puedo respirar! No puedo resp…

-28-
Mi nombre es el de todas las cosas que no son

Me desperté con el sonido de una puerta cerrándose muy cerca de mí. Sentía la cabeza ida, más al modo de quien se recupera de alguna especie de coma, y al momento me di cuenta de dos cosas. El cuerpo de Sofía ya no estaba a mi lado. Y al mío le pasaba algo…

Apenas podía moverlo. De pronto era como si acabara de aterrizar en otro cuerpo, en uno que no fuera el mío. Y me pesaba. Todo él me pesaba mucho. Me sentía casi por completo paralizado, y el hecho de convencer a uno solo de mis músculos para que moviera cualquier parte de mi cuerpo más allá de medio milímetro suponía un esfuerzo de negociación titánico por mi parte. Lo intentaba, una vez tras otra, pero los pequeños avances conseguidos no compensaban en realidad el enorme cansancio que cada uno de ellos sumaba al anterior.

—*Esmerón* —oí decir justo delante de mí.

A tanta velocidad como me fue posible (o sea, muy lentamente) fui girando la cabeza, hasta conseguir mirar al frente. Necesitaba con urgencia ponerle un rostro a aquel sonido.

—*Esmerón* —repitió la misma voz—. Puede paralizar por completo todo el sistema muscular, pero sin alterar el nervioso, para que nada distraiga el espectacular gozo del dolor. Un producto fascinante, ¿no le parece, señor Vega?

Muy a mi pesar, en efecto la sensación era exactamente esa. Mi propio cuerpo era una losa de piedra que yo apenas podía mover, pero mis dolores estaban todos ahí, dispuestos a morder con fuerza. Comenzando por la cabeza, ahí justo donde había recibido el golpe. El dolor me había atontado, no me dejaba pensar con claridad.

—Tino, ¿eres tú?

—Bueno, podríamos decir que sí…

La habitación en la que nos encontrábamos era una especie de sala a medio terminar, convertida en almacén provisional para útiles de albañilería, cajas de cartón con baldosas medio derramadas por el suelo, sacos de cemento amontonados, palas, cubos de obra… No había más luz que la proporcionada por una bombilla eventualmente colgada del techo, justo sobre mí. La potencia era poca, pero resultaba suficiente para comprobar que, en efecto, no era otro sino Tino, el portero del museo, quien de pie frente a mí me observaba ahora con gesto seco, indiferente. Era él,

el conserje siempre risueño y dispuesto, y, sin embargo, algo había cambiado en él. Algo, tal vez su expresión, quizás toda aquella dureza en sus ojos, algo, algo había cambiado. Aquella persona erguida ante mí no era el conserje amable, el portero confidente que yo había conocido días atrás. El hombre que permanecía inmóvil por delante de mis pies me observaba del mismo modo que el niño que acabara de descubrir a una mosca atrapada en la tela de araña y, curioso, contempla cómo el desdichado insecto lucha por deshacerse de la trampa ante la inminente llegada de la araña.

—Aunque para usted, señor Vega, mi nombre es otro…

Grave, pausada, su voz sonaba como una amenaza solapada bajo un tono lento y sereno.

—Bienvenido, Aquiles. Yo soy Adriano.

—Adriano… —repetí, todavía confuso—, eras tú… Pero, nosotros pensábamos… Tino, Xacobe… —las palabras resbalaban por mi boca sin orden ni concierto al tiempo que mi cabeza intentaba ordenar las ideas—. Yo creía que…

—No —atajó secamente el hombre—. Yo soy Adriano, pero usted no ha sabido verlo. Xacobe… —sonrió—. Por eso quería usted hablar con el señor Castro, ¿verdad? O, mejor dicho, con Diego…

»Cuando la vieja Ariel les contó mi historia ustedes salieron corriendo a la búsqueda de algún Xacobe, ¿me equivoco? —Volvió a sonreír, y al momento, sin aguardar respuesta, siguió hablando—. Pero nadie supo ver mi verdadero nombre… Porque yo soy Xacobe, sí. Pero también soy Xaime, y soy Adriano, y… Y soy Valentín. Valentín —repitió—, *Tino*. Todavía no lo ve, ¿verdad? Pobre desgraciado… Yo soy Valentina, mi hermana muerta. Y soy Xaime, el nieto muerto. Y soy Adriano. El hijo muerto.

La voz era una cuerda grave, baja. Un alambre de espino, un hablar lento, muy lento, donde cada nueva palabra se oía mordida, como si antes de salir al mundo hubiese tenido que luchar por no ser devorada entre los dientes.

—Mi nombre, señor Vega, es el nombre de todos los que no tuvieron más vida que un registro olvidado en un papel que nadie vio jamás. El mío, señor, es el nombre de todas las cosas que no tienen nombre.

Y entonces, por fin más allá de cualquier duda, comprendí.

—Adriano…

El hombre volvió a sonreír.

—Sí, Aquiles. Yo soy Adriano.

Sus labios se iluminaron con una mezcla a partes iguales de satisfacción y cinismo. Y todo ello sobre un fondo de desprecio más

que preocupante…

Seguía allí, tumbado y todavía sin poder moverme. Al contrario, todo lo que no podían hacer mis músculos lo hacía mi pensamiento. Y, ya desatado, siguió comprendiendo. Si la persona que tenía frente a mí era Adriano, entonces no cabían demasiadas dudas sobre lo que estaba a punto de suceder conmigo…

—¿Por qué?

Mi pregunta pareció coger por sorpresa a Adriano.

—¿Por qué? —repitió con gesto divertido—, ¿cómo que por qué?

—Sí, por qué. Por qué todo esto, tanta muerte, tanto odio… ¿Solo por rencor?

—Señor Vega, por favor —respondió ahora en el más lacónico de los tonos posibles—. ¿Todavía no lo ve? Me decepciona usted… No puede ser que habiendo llegado hasta aquí, lo haya hecho sin comprender la verdadera razón de todo esto.

—Sí, así soy yo, una caja de decepciones… ¿Qué tal si me lo aclara usted, Adriano?

El hombre, ahora cómodamente instalado en una apariencia de falsa perplejidad, volvió a quedarse mirándome, con esa sonrisa sutil dibujada en los labios y cierto gesto de sorpresa divertida en los ojos.

—Antes había una máquina de café ahí fuera, en las oficinas. ¿Sabe usted cuánto cuesta un café, señor Vega? —preguntó el hombre caminando tranquilamente por la sala—. Un euro. ¿Prefiere un refresco, quizás? Uno con cincuenta… ¿Y una vida, señor Vega?

Se detuvo.

—¿Sería usted capaz de decirme cuánto cuesta una vida?

El hombre se mantuvo en pie, inmóvil, sus ojos clavados en los míos.

—No, no lo sabe… Nadie lo sabe. Creen que sí, pero en realidad no lo saben. La gente no sabe de esas cosas, porque la verdad es que no les importa nada. Nadie presta atención ya, preocupados como están nada más que por lo suyo. No…

»La gente, señor Vega, ya no escucha a los poetas. No. Ya nadie da un duro por nada, y nadie hace nada por nadie. Lo han olvidado todo. La gente se ha olvidado de las personas, y las personas han olvidado a la poesía. Y los versos, señor Vega, los versos han querido morir…

—Por eso los enviabas, ¿verdad?

Adriano levantó la vista del suelo y, mirándome de reojo, volvió a sonreír.

—¿Quién mejor que yo para hacerlo? Ahora ya me conoce usted, señor Vega, ya sabe quién soy. Un príncipe desterrado, de rodillas ante un pasado perdido, luchando en pie contra un presente obcecado en vivir de espaldas a sus propios poetas. Esta vez no, esta vez no les quedaría más remedio que escucharlos. Dígame, Aquiles: ¿cómo sino de este modo podría haber llamado mejor su atención?

Un pequeño espacio silencioso comenzó a hacerse hueco entre nosotros. Las palabras habían sido duras, pero el silencio no era una buena idea, por lo menos por la parte que a mí me tocaba. El tiempo que Adriano estuviera hablando era el tiempo que yo seguiría con vida. Urgía mantener viva la conversación.

—¿Pero cómo, cómo hiciste para enviarlos? Quiero decir, tú estabas en el museo…

Escuchándome, el hombre dejó salir largamente el aire que guardaba en el pecho entre las formas de una nueva y tenue sonrisa, retomando al momento su paseo por la habitación.

—Yo trabajo aquí, sí. ¿Qué sitio mejor que este para estar cerca de la memoria de mi madre? Pero eso no quiere decir que me pase todo el tiempo aquí metido, señor Vega. —Había cierta condescendencia en el matiz apuntado por el portero del museo—. Yo también sé salir de estos muros —aseguró levantando los brazos en el aire, señalando las paredes que a ambos nos rodeaban—. Y créame, lo hago bastante bien…

»Cuando salí por vez primera de la que hasta entonces había sido mi casa, cambié mi hogar de tantos años al lado de Ariel por uno nuevo en A Coruña. Por no poco tiempo, mi trabajo fue el de encargarme de las tareas de mantenimiento del número 11 de la calle Tabernas. ¿Le suena la dirección? Sí, claro que sí… Allí era el responsable de que todo estuviera en su sitio, listo para su funcionamiento. Yo era el encargado de que hubiera luz en la recepción del edificio. O de que no fallara la calefacción del primer piso, por aquel entonces igual que hoy ocupado por el museo de la Pardo Bazán. O de que todo estuviera operativo en las oficinas del piso superior. Sabe usted cuáles son, ¿verdad?

No fue necesario que respondiese nada. Adriano lo hizo por mí.

—Efectivamente, señor Vega: la Real Academia Galega. Fue así como conocí al señor Castro. Y fue él mismo quien más tarde me ofrecería la posibilidad de venir a trabajar aquí, al morir el anterior conserje de la Fundación. Una pérdida más que lamentable la de este hombre, por cierto. Parece ser que un desalmado le dio muerte tras un asalto que salió mal. O vaya —dijo con muy fingida afectación a la vez que detenía su paseo—, eso fue lo que contaron

los periódicos. Aunque ya sabe usted, señor Vega, que tampoco hay que darle demasiado crédito o a todo lo que dicen los periodistas, ¿no le parece?

Adriano volvió a clavarme su mirada. Un mirar sucio, lleno de cinismo. En la maldad de su expresión pude ver la realidad de lo que me estaba contando.

—Cuando por fin llegué aquí —dijo retomando habla y camino—, ya habían sido muchos los años pasados en A Coruña. Por eso, que yo apareciera de vez en cuando por la Academia a nadie le llamaba la atención. Y, con todo, si lo que quería era no ser visto, también sabía cómo hacerlo. Ese edificio no tiene secretos para mí…

—¿Y la profesora Deneb?

—¿Sofía? —matizó Adriano—, ¿qué pasa con ella?

—Existen dos correos que fueron enviados desde su IP. ¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Entraste en su piso?

Esta vez, Adriano dejó escapar una pequeña carcajada.

—No fue en su piso en el que entré, Aquiles. Fue en el mío.

La perplejidad de mi expresión le hizo tanta gracia como para provocarle una sonrisa.

—Señor Vega, como ya le he dicho, yo tengo más vida fuera del museo, y el apartamento encima del que ocupa nuestra querida Sofía llevaba muchos años vacío… Si yo lo sabía era porque alguna vez se lo oí decir a la propia profesora. Para alguien tan acostumbrado a vivir en casas viejas como yo, entrar e instalarme temporalmente en aquel espacio abandonado, en el segundo piso del edificio de la calle del Vilar, no fue cosa demasiado complicada.

—Pero…, ¿y el asunto del *e-mail*, cómo lo hiciste?

—Por favor, Aquiles, ¡mire a su alrededor! —Volvió a gesticular con los brazos abiertos—. ¿Qué es lo que ve? ¡Nada! Aquí no hay nadie más que nosotros dos. Es muy poca en realidad la gente que pasa cada día por el museo. Para un portero con tanto tiempo libre como yo, internet es un curioso modo de ampliar conocimientos. Curioso… y vasto. Cualquier información que uno pueda necesitar para las cosas de hoy en día está ahí, en la red. Solo hay que saber buscarla. Como tanta gente ahora mismo en sus hogares, la profesora Deneb tiene en su apartamento un *router*, un aparatito que, como si por arte de magia fuera, crea para acceder a la web una red sin hilos…, a la que también se puede conectar uno desde el piso superior.

»Convencida como estaba de ser la única inquilina del edificio, los niveles de seguridad que ella misma había establecido para

entrar en su red no eran más que los mínimos. Para alguien con tanta paciencia y tiempo libre como yo, romper las barreras digitales y penetrar en ese espacio virtual para valerme de su identidad informática a la hora de enviar los correos fue un juego de niños. Lo único que necesitaba era estar lo más cerca posible de la antena del router. Y, no pudiendo ser dentro del propio apartamento, ¿dónde mejor que desde el piso de arriba?

Escuchar la voz de Adriano, comprobar la naturalidad con la que hablaba, me intranquilizó todavía más. Quise apartar mi mirada de la suya y, al hacerlo, tuve la sensación de que ya podía mover la cabeza. No mucho aún, pero desde luego sí más que antes. La sensación percibida me animó a querer intentarlo de nuevo, esta vez con una mano.

Sí…

Tal vez no fuera demasiado, de acuerdo, pero poco a poco mi cuerpo comenzaba a recuperar su movilidad. Así y todo, distaba mucho de ser suficiente. Tenía que ganar un poco más de tiempo.

—Hay otra cosa que tampoco entiendo…

—¿Solo una? —preguntó con sorna Adriano.

—¿Cómo pudiste acercarte tanto a toda esa gente?

—¿Y cómo no hacerlo? —respondió él con una nueva pregunta, como si la respuesta a la mía fuera la cosa más evidente del mundo —. Échese un vistazo a usted mismo, sin ir más lejos. Usted pasó esta mañana a mi lado sin tan siquiera imaginarse con quien estaba hablando realmente. Por favor, señor Vega —dijo cargando su voz de suficiencia—, si incluso me pidió que le acompañara… ¿Qué fue, tenía usted miedo de abrir aquella puerta y encontrarse con el mismísimo Adriano? Claro, por eso era mejor llevar a su lado al bueno de Tino. El bueno de Tino… —repitió aún más lentamente—. Quién iba a sospechar de un desgraciado como Tino, pobre patán…

»A todos me pude acercar, señor Vega, porque todos conocían al portero de la Casa-Museo. Había incluso algunos, como don Diego o el propio señor De Brión, que ya lo conocían de antes, de cuando Tino era Valentín, el encargado de mantenimiento en el edificio de la Academia… ¿Quién iba a tener miedo del inofensivo Tinito? La amenaza más peligrosa que podía proceder de él serían los cotilleos de portero sueltos en la barra del bar, y muy poco más… Todo el mundo abría la puerta cuando era Tino quien llamaba a ella.

—¿Incluido Xosé Carneiro?

Adriano volvió a sonreír.

—Incluido él, señor Vega. Cuando llevas tantas personalidades metidas dentro sin que ninguna de ellas sea realmente la tuya, no es

muy complicado ofrecerle según qué síntomas a un psicólogo de cartón-piedra ávido únicamente de sacarte el dinero.

»Alguien tan despreciable como Xosé Carneiro no acostumbra a preocuparse demasiado por la veracidad de lo que está escuchando. A una sanguijuela como aquella lo único que le preocupaba aliviar no eran las cargas de mi alma, sino las de mi cartera. Fue una verdadera lástima que ese pobre desgraciado solo tuviera ojos para su propio ego, y no para donde dejaba las llaves de la consulta. Una lástima para él, claro.

—Pero tú no lo mataste por eso…

Una nueva sonrisa, esta vez una más cínica.

—Por supuesto que no. La verdad es que un zorro como Carneiro ya no merecería vivir tan solo por lo que era, pero si lo maté fue por todo lo que dijo sobre mi madre. Nadie que se atreva a hablar tan mal sobre una mujer como Rosalía merece vivir para ver la luz del sol un día más.

El matiz no me pasó inadvertido. Adriano, Xacobe, o quién demonios fuera realmente aquel individuo no se que consideraba hijo de la vieja Ariel, sino de la mismísima poetisa.

—Pero si tanto te preocupaba defender la memoria de tu madre —dije siguiéndole el juego—, ¿entonces por qué matar a Penélope Santalla? Por lo que tengo entendido, en toda la historia de la Fundación nadie había hecho tanto por recuperar la memoria de Rosalía como ella…

—¿Penélope? —Adriano rompió en una sonora carcajada—. Por favor, Aquiles, su ingenuidad me resulta difícil de creer… La señora Santalla nunca hizo nada por nadie que no fuera ella misma. Lo único que le importaba a aquella vieja era estar ahí, en el centro de todas las miradas. Al precio que fuera. Y si tenía que ser a cuenta de mi madre, pues así sería.

»Para que se haga usted una idea, amigo Vega, Penélope vivía tan pagada de sí misma que cuando descubrió lo que su propio secretario, el muy respetable señor Castro, estaba planeando dentro de la Fundación, no solo no fue capaz de plantarle cara, de denunciarlo, sino que acabó convirtiéndose en su cómplice.

—El famoso asunto de las cuentas —comprendí.

—Exacto, el famoso asunto de las cuentas… —La voz de Adriano destilaba desprecio y asco—. Esta casa que siempre fue nuestra se nos cae ahora a pedazos, señor Vega. Rara es la mañana que no descubrimos una nueva avería. La planta baja está llena de humedades, la instalación eléctrica es inestable, y, en caso de mal mayor, ni siquiera tenemos un sistema contra incendios fiable. No

se imagina usted cuánto tiempo nos llevó conseguir que en la Xunta nos hicieran caso… Y cuando por fin lo logramos, cuando por fin nos dieron el dinero, ese cerdo avaricioso no pudo resistir la tentación de meter la mano en la caja. La señora Santalla lo descubrió casi por casualidad. Pero no dijo nada. En lugar de hacer algo al respecto, le exigió al señor Castro una parte a cambio de su silencio. Lo que fuera, lo que fuera con tal de seguir con su tren de vida.

»El dinero venía dividido en varias partidas, según las finalidades indicadas en el presupuesto original. Una parte para arreglar las humedades, una para la instalación eléctrica, otra para el sistema de calefacción. Había entradas destinadas a los sistemas de alarma y seguridad, a la carpintería, e incluso una dotación para la incorporación de nuevas tecnologías audiovisuales para los visitantes… Por fin, después de tantos años, un poco de luz. Por fin.

»Pero entonces, después de que ya todas las providencias para acometer la reformas fuesen tomadas, cada una de las obras que se realizaron resultaron menores de lo que en un principio se había dicho. La evidencia de las faltas no pasó inadvertida para los miembros del Patronato, la junta de gobierno que dirige la Fundación, y sus miembros no tardaron en preguntar el porqué de aquellos recortes, de modo que no quedó más remedio que convocar una reunión extraordinaria. La junta se hizo aquí, en el auditorio de la Casa, para explicar el estado de cosas, y fue Diego Castro quien se encargó de dar las respuestas que todo el mundo exigía. Claro, no podía ser otro… «Voy a hablaros en confianza», dijo. «La lectura de la subvención se ha hecho en clave política. De cara a la galería. Había mucho interés por quedar bien delante de los medios de comunicación, y a los de la Consellería de Cultura se les había llenado la boca hablando de lo mucho que iban a hacer por nosotros, pero a la hora de la verdad lo ofrecido había sido mucho menos que lo prometido… Ya saben ustedes cómo son estas cosas, y ahora es a nosotros que nos toca luchar por hacer, como siempre, lo máximo con lo mínimo», dijo.

»Fue una respuesta muy emocionante. Como la del general que arenga a las tropas, brava, casi heroica. Yo lo sé porque estaba aquí, de pie al fondo del auditorio. En todo el tiempo que duró su explicación, Diego Castro no dejó de sacudir en el aire un montón de folios. Aquí tenéis las cuentas, decía todo el tiempo… Pero en realidad nadie prestó ninguna atención a aquellas cuentas. Rebaño de viejos estúpidos… Nadie prestó ninguna atención a las cuentas…, excepto yo.

»Por los clavos de Cristo, señor Vega… Yo sí que conocía bien las cosas. Sé mejor que toda esa gente lo que cuesta mantener la casa abierta cada día, lo que es hacer vida aquí una jornada tras otra… Yo sé mejor que nadie lo que se hace y lo que no. Aquellos números que Castro había presentado con tanta arrogancia llevaban más imaginación encima que un cuento para niños. De sobra lo vi, tanto eso como que todo aquello llevaba la firma, como mínimo, de otra mano más. Claro…

»A un gallo como don Diego no le debió de costar demasiado enredar a alguna gallinita idiota en toda aquella historia. ¿Y quién mejor para involucrar en aquella sangría que la eficiente señorita Muruáis, la gerente de la Fundación? Solo Dios sabe lo que el muy sinvergüenza le debió prometer a la pobre imbécil…

»Así pues, visto que finalmente nadie haría nada, decidí tomar cartas en el asunto. Convencido como estaba de que aquí el más listo era él, Don Diego ni siquiera se preocupó de proteger los libros de contabilidad. El desfalco, evidente hasta para un neófito en la materia, había sido tremendo y, de salir a la luz, sus consecuencias serían terribles para la continuidad de la Fundación. Y precisamente eso era lo que él buscaba. Porque para terminar de conseguirlo todo, lo único que le faltaba era que el asunto se investigara. Aquella serpiente había conseguido organizarlo todo de tal modo que el agujero pareciese un error en la contabilidad realizada por la gerente. De haberse descubierto el asunto, todas las responsabilidades recaerían sobre Andrea. Por eso estaban siempre tan ocupados él y la señorita Muruáis. Involucrada primero, engañada después una vez que Andrea hubiese encontrado la manera de disimular el error ante los auditores, él podría echarle la zarpa al dinero de forma definitiva.

»Yo siempre supe de qué madera estaba hecho el señor Castro. ¿Madera? Ni siquiera… Aglomerado de segunda. Barro. Lo había calado en la época en que nos conocimos, en la Academia. Un zorro, interesado solo en sí mismo. En su posición, en sus trajes, en el dinero… El único interés verdadero de don Diego en todo esto era el beneficio económico que la Fundación pudiera generar, y Penélope Santalla, ocupada como estaba en su propio lucimiento, no solo no hizo nada por impedir las conjuras de su secretario, sino que incluso había acabado manchándose las manos en aquel baño de basura y corrupción. Ninguno de los dos merecía seguir viviendo al amparo de la memoria de mi madre.

»Y con todo —añadió el hombre, de nuevo inmóvil, la mirada perdida en el suelo—, ¿llegó usted a pensar que don Diego podría

ser el responsable de todo esto? Por favor, señor Vega, tiene usted un modo de razonar muy curioso, por decirlo de una manera amable… ¿A qué altura del cuerpo lleva usted la cabeza, hombre?

Los pies. Mis pies ya podían moverse. Lo sentía. Poco a poco mi cuerpo iba recuperando su movilidad. Venga, un poco más…

—De acuerdo —mentí—, puede que fuera así con esos dos…

—*Puede* no —me corrigió Adriano con severidad—, era.

—Vale, vale, *era* —claudiqué—. ¿Pero qué explicación tienes para justificar la muerte del chico? Beltrán, el hijo de Calímaco… Aquel muchacho no le había hecho mal a nadie, mucho menos a la memoria de tu madre. Eso no fue justo, Adriano.

El hombre permaneció callado, sus ojos puestos ahora en los míos.

—Hasta donde yo sé —habló por fin—, nadie ha dicho que la vida sea algo justo, señor Vega. Porque no, no lo es… Y créame, es mucho lo que a este respecto le podría contar yo. Tal vez la muerte de Beltrán tampoco lo fuese. Justa, quiero decir. Pero sí necesaria.

»Calímaco había llegado a un punto en el que ya no recordaba lo verdaderamente importante. Es bien cierto que De Brión hizo mucho no solo por recuperar la memoria de mi madre, sino incluso por defenderla… Pero no es menos cierto que con el tiempo se fue alejando de lo que había detrás. Cada nuevo descubrimiento suyo no era más que una nueva medalla que colgar en la solapa de su toga. El orgullo de sus propios méritos le había ido quitando la visión de lo que realmente importaba…

—¿Lo que realmente importaba? —me atreví a interrumpir.

—Las personas, señor Vega, las personas. Mi madre no fue un simple hito histórico. Un dato que investigar, unos versos para analizar… Mi madre era una persona, una mujer que vivió y padeció. Una que rio y que lloró. Y, sobre todo, que sintió dolor, mucho dolor. Cuando Calímaco decidió desplegar ante usted todos los colores del arrogante abanico que su vasto conocimiento era, facilitándoles el avance a la profesora Deneb y a usted en ese empeño por dar conmigo, comprendí que había llegado la hora de recordarle al bibliotecario el regusto amargo del dolor. Y dígame, señor Vega, ¿conoce usted algún dolor más grande que el de ver muerta a la carne de su carne? Beltrán ya es otro hijo muerto, una sombra más caminando aquí, con nosotros —dijo señalándose a sí mismo.

—Claro… Y por eso mataste a tu madre, ¿no es así? Para ahorrarle también a ella ese dolor…

En ese momento yo debía de ser el único ser humano sobre la

faz de la tierra que, ante la inminencia de la muerte, jaleaba a su propio instinto de supervivencia por la vía de la insensatez. Ni yo mismo sabría decir de dónde había sacado argumentos para atreverme a hablarle a aquel hombre de manera semejante, mas, para bien o para mal, ahora la cosa ya estaba hecha. Creo que asombrado por mi inmóvil insolencia, después de un buen rato observándome, Adriano escogió sonreír ante mi atrevimiento.

—Comprendo que está usted refiriéndose a Ariel. Pero como ya le he explicado a su amiga, esa mujer no era más que la persona que me trajo al mundo. Tan dispuesta a hablar más de la cuenta como estaba, tal como yo mismo pude comprobar, su permanencia en este valle de lágrimas ya no tenía razón de ser.

Me resultaba repugnante oír a Adriano hablar de ese modo. Casi todo en su voz era indiferencia. No había sentimiento alguno en nada de lo que decía, mucho menos remordimientos. Era horrible, y algo de todo esto debió de ver reflejado en mi rostro.

—No comprendo su reacción, señor Vega. ¿Qué es lo que le llama tanto la atención? ¿El dolor, tal vez? Yo no he hecho nada, nada nuevo. Yo no he hecho nada que no estuviera ya ahí, todo este tiempo ahí, en los versos que mi madre nos dejó. Tan solo las formas eran nuevas. Los dolores… Los dolores ya eran viejos. Todo estaba ahí, Aquiles, en esas voces bajas que ya nadie quiere escuchar. Ingratos, pueblo de malos hijos…

Yo aprovechaba los intervalos en que Adriano hablaba para seguir con mis comprobaciones. Fuera lo que fuera aquello que me mantenía paralizado en el suelo, estaba claro que su efecto comenzaba a disminuir. Un movimiento demasiado brusco en mi brazo derecho, producto de una de esas comprobaciones de fuerza no controlada, me delató.

—Veo que los efectos del Esmerón comienzan a remitir. Bien… Un producto más que interesante, ¿verdad? Otra de las curiosidades de ese inmenso mercado negro que la propia red puede llegar a ser. Está todo ahí, señor Vega, todo ahí fuera; tan solo es cosa de tener paciencia…

»Confieso que en un principio no las tenía todas conmigo… Pero a la vista está que, para ser de fabricación clandestina, funciona bastante bien. Como hace poco le explicaba, lo que ahora corre por sus venas es un potente paralizante que, administrado en la dosis exacta, inmoviliza por completo al paciente, pero sin efecto anestésico alguno. Completamente inmóvil, absolutamente consciente… Se imaginará usted los deliciosos momentos que mis amigos y yo hemos pasado en la compañía de este simpático

producto.

Claro, así era cómo lo hacía… Por eso no había correas que amarrasen el cuerpo de Carneiro. Por eso no encontramos nada que retuviera a Penélope en la bañera, ni ataduras que prendiesen el cuerpo de Calímaco a su sillón. No era necesario sujetarlos porque no se moverían. No podían. Pero sí sintieron cada corte, cada herida… Cada atrocidad, en definitiva, que Adriano iba practicando sobre sus cuerpos… Y lo que era aún mucho peor: por eso no había nada que me atase a mí a nada. Si mi cuerpo pudiera hacerlo, temblaría.

—Bien, señor Vega, sintiéndolo mucho tengo que comunicarle que nuestro tiempo va llegando a su fin.

Temblaría muchísimo.

Adriano fue acercándose a mí. Muy lentamente, tanto que ahora ya podía sentir el calor de su aliento contra mi cara. La fuerza de sus ojos, de verde claro, clavados en los míos, me hizo sentir escalofríos. El recuerdo de tanta y tanta brutalidad empleada para las muertes anteriores ahogaba mi respiración. ¿Había dejado Rosalía algún poema escrito para mí? ¿Conocía tal vez Adriano los versos que llevaban mi nombre en su interior? Yo no lo sabía, y maldita la gana que tenía de descubrirlos, si bien a cada segundo que pasaba iba teniendo más claro que estaba a punto de conocer la respuesta para las pocas preguntas que todavía me pudieran quedar. Se agotaba el tiempo, y mi cuerpo seguía sin responder. O, por lo menos, no lo suficiente. Todo el esfuerzo hecho, tanto tiempo que había querido ganar, todo había sido en balde. Esperando que de un momento a otro llegara el primer golpe, mis músculos, aún incapacitados, se resistían en la medida de sus posibilidades a entregar la plaza que yo mismo era. Y entonces sentí el tacto de Adriano sobre mí.

Pero no como me había imaginado.

Me cogió por una mano, y con sus dedos índice y corazón en mi muñeca me tomó el pulso.

—Aún nos queda un poco —dijo sin que yo comprendiera a qué se refería—. Quince o veinte minutos tal vez. No más de media hora, en realidad. Escuche, señor Vega, porque esto es importante. Mucho.

***

Adriano me observaba con dureza, como si desde el fondo de su mirada pudiera calibrar la dimensión completa de mi alma. Todavía

permaneció un buen rato así hasta que, por fin, habló.

—Confieso, señor, que no es usted de mi agrado. Bien sé con quién estoy hablando, y la verdad es que en absoluto es usted de mi gusto. Reconozco que cuenta con algún que otro aspecto favorable, alguno que, bondadosamente interpretado, incluso podría llegar a ser confundido con virtud. Visto su comportamiento de hace un momento, yo mismo no sabría decir si es usted muy valiente, señor, o más bien un completo insensato, y lo cierto es que de tener que decantarme rápidamente por alguna de las dos opciones, diría que lo que a usted le ocurre realmente es que es un perfecto idiota. No, no me gusta usted, señor Aquiles Vega, pero voy a concederle el beneficio de la duda. Por eso, y porque a la vista está que a la señorita Deneb sí le gusta usted. Y yo, lo admito, adolezco de cierta llamémosle «debilidad» por la profesora. Su trayectoria es irreprochable, y la devoción que siente por mi madre y por todo lo que ella representa es incuestionable.

»Con todo, hay que reconocer que el comportamiento de la señorita Deneb venía siguiendo últimamente una derrota que tampoco era de mi agrado, me imagino que estará usted al tanto… Sí, por supuesto que sí, claro que lo está. Pero tampoco podemos olvidar su determinación a la hora de trabajar en la búsqueda de la verdad, y la pureza de sus sentimientos.

Durante unos segundos que a mí se me hicieron interminables, Adriano recorrió con sus ojos los míos, como si, nuevamente, intentase descubrir cuánto de todo lo que me decía estaba yo comprendiendo.

—Por esa razón es por lo que les voy a dar una última oportunidad.

Recuperada ya toda mi movilidad de cuello para arriba, el movimiento rápido de mi cabeza puso en alerta a Adriano.

—Sí —dijo en respuesta a la pregunta que mis ojos le estaban haciendo—, Sofía está viva. Pero no por mucho tiempo —me aclaró antes de volver a cerrarse en el silencio de una sonrisa cínica—. Ha llegado el momento, Aquiles Vega.

—¿El momento? ¿El momento de qué? —pregunté intentando disimular la rabia.

—Pues de qué va a ser, señor Vega: de ponerle a prueba, por supuesto. Y, por favor, déjelo ya —añadió con marcado desinterés al tiempo que señalaba levantando una ceja.

—¿Que lo deje? No sé a qué…

—Sabe perfectamente a qué me estoy refiriendo —atajó mi respuesta, al tiempo que volvía a observarme con severidad—. Deje

de disimular sus movimientos —dijo señalando mi mano izquierda, la misma que ahora yo intentaba ocultar bajo mi costado—. ¿Cree usted que no me doy cuenta? ¿Piensa que me puede engañar? Por favor… ¿Acaso cree que no soy consciente lo que está intentando hacer?

De nuevo esa sonrisa sarcástica.

—Mire, señor Vega, si en algún momento de esta conversación ha imaginado tener el control de la situación, siento traerle malas noticias. Está usted exactamente donde yo lo he colocado, y no es usted sino yo quien sabe cuándo recuperará por completo su movilidad. Y por mucha fuerza que haga, eso, ya se lo he dicho, no ocurrirá hasta dentro de… —Adriano echó un vistazo tranquilo al reloj de agujas que llevaba en su muñeca izquierda—. Quince minutos. O quizá incluso menos, ya. De cualquier modo, eso no importa demasiado: para entonces ya estará usted…

Miedo. Volví a sentir miedo de seguir escuchando la voz de Adriano. Miedo de la palabra que estaba a punto de pronunciar.

—Solo —dijo al fin. «¿Solo?»—. Sí, solo —repitió el hombre, ahora de rodillas a mi lado—. Se va a quedar usted aquí solo por un tiempo, amigo Aquiles.

»Yo voy a salir por esa puerta, que ya van siendo horas de que regrese a mi hogar —explicó con la mirada nuevamente puesta en su reloj—, y de que usted demuestre por fin de qué material está hecho su espíritu, señor Vega. Sigue sin comprender, ¿verdad? —Su sonrisa volvió a revestirse de cinismo. De cinismo, y de desprecio—. Permita que se lo explique.

»Son dos las opciones que ahora se abren ante usted: una vez se tenga nuevamente en pie, puede salir también por esa misma puerta, y venir detras de mí, o…

—¿O?

Su sonrisa se amplió todavía más.

—O, por el contrario, puede permanecer en este cuarto e intentar descubrir dónde está su querida profesora Deneb. La cosa es bien sencilla: si se decide por la primera opción, ya sabe usted a dónde me dirijo, yo mismo se lo acabo de decir, y tan solo tiene que seguir mis pasos.

»De optar por la segunda, entonces será un poco más lo que tenga que hacer. La señorita Sofía ya no está aquí, pero sí es aquí donde se esconden las huellas que llevan a ella. Aquí —dijo señalando a su alrededor—, ocultas.

—¿Ocultas? ¿Dónde?

—Por favor, señor Vega, no me haga reír… ¿Qué clase de reto

sería este si ya le diera yo las respuestas? Pero no se preocupe, Aquiles. En realidad no se trata más que de un desafío a la altura de una cabeza tan brillante como la suya…

Adriano volvió a quedarse mirándome, ahora con una expresión de marcado divertimento en su rostro. Estaba disfrutando con la situación. Cuando consideró que ya era suficiente la cantidad de espectáculo, sacudió con decisión su brazo izquierdo y volvió a consultar el reloj.

—Tengo que admitirlo, señor Vega: no sé cuál va a ser la opción por la que se decante. No es usted el único que sabe rebuscar entre las cosas de los demás, yo también sé con quién bailo —dijo con un tono divertido en su voz—. Sé quién es usted: un completo egoísta, en realidad demasiado orgulloso de su propia decadencia. Pero también sé que en estos días ha sido capaz de dar muestras de ser, tal vez, una persona mejor de lo que su propia fachada habla… Lo admito, no sé qué es lo que va a hacer. Y justamente por eso y no por otra cosa es que sigue usted vivo.

Con la última aclaración regresó su tono duro y severo, falto de vida. Apagado. Nuevamente, dejó sus ojos clavados en los míos. Ojos de hielo verde, en su intensidad pude adivinar que el hombre dueño de aquella mirada era capaz de hacer todo cuanto hasta ese momento yo mismo había tenido ocasión de ver.

—Vuela el tiempo, Aquiles. A mí se me hace tarde —dijo tiñendo nuevamente su voz de aquella cínica cordialidad—, todavía tengo una montaña de cosas por hacer. Y usted también, ¿verdad, señor Vega? Si me lo permite, deje que le dé un último consejo: no sea usted avaricioso. O atraparme a mí, o salvarla a ella. Es muy sencillo. La elección de una posibilidad anula la otra, aunque solo sea por una simple cuestión de tiempo. Veamos: son ahora mismo las diez y cuarto de la noche. Usted no podrá caminar hasta dentro de quince minutos. Yo ya me voy, que aún me queda mucho por recoger. Y…

Adriano volvió a consultar su reloj una vez más. En silencio, pensativo, con la otra mano por delante de la boca, su rostro fingía aparentar una gran concentración, como si se estuviera divirtiendo con algún cálculo que, en realidad, sabía de memoria.

—Sí… —se respondió a sí mismo, todavía con sus ojos entornados, como si acabara de llegar a alguna conclusión—, si mis cálculos son acertados, tiene usted setenta y siete minutos para salvar a la profesora Deneb. Setenta y siete minutos —repitió—, ni uno más. Tan pronto pasen dos minutos de las once y media, señor Vega, la señorita Sofía morirá, y yo estaré saliendo por la puerta de

mi hogar. Así pues, Aquiles, le toca escoger. ¿Dónde estará usted?

Con la misma, Adriano hizo girar sobre sí mismo el pomo de la puerta tras él y, como si en realidad nunca hubiera estado conmigo en el cuarto, su presencia se perdió por la oscuridad abierta al otro lado de la puerta. Yo ya no podía verlo cuando, desde la boca negra que era aquel corredor, volví a oír su voz:

—¿Un kilo de hierro, o un kilo de paja? ¿Un kilo de razón, o un kilo de amor? Piense, señor Vega, piense: ¿qué pesa más?

-29-
¿Dónde está mi cabeza?

Me quedé allí, tumbado en el suelo por un tiempo interminable, y sin dejar de mirar ni un segundo hacia aquella oscuridad, de repente abierta ante mí. Oscuridad, con todo, iluminadora, reveladora.

Tino, el portero, nos había engañado a todos. Tino, el portero, no era quien durante muchos años les había hecho creer a los demás. Tino, el portero, aquel hombre de aspecto afable, siempre con la sonrisa en los labios, siempre dispuesto a echar una mano, era en realidad la máscara bajo la cual se ocultaba un asesino sin piedad: Adriano. Porque Tino no era Valentín; ni siquiera Adriano era. Tino era en realidad Xacobe Murguía de Castro, el último eslabón de un nombre llamado a otras memorias de corte bien distinto. Jamás sería yo quien justificase ni uno solo de los actos cometidos por él en los últimos días. Mas, por lo menos, ahora estaba en disposición de conocer cómo funcionaban los engranajes de su pensamiento. De dónde venía cada una de aquellas terribles ideas que sus manos, inclementes, ejecutaban.

O tal vez sí, quizás existiera una pequeña grieta para la clemencia… Aquella por la que Sofía y yo nos habíamos colado para seguir vivos en este momento.

Fuese como fuese, lo que quedaba claro era que el control de la situación estaba ahora en las manos de Adriano. Exactamente ahí, en el mismo sitio en el que, en realidad, siempre había estado. Cada paso que yo había dado lo había hecho porque él así lo había permitido. Él había sido el primero en advertirnos sobre lo que verdaderamente se ocultaba tras el asunto de las cuentas de la Fundación. Era él quien nos había dejado salir con vida de la casa de la Pastoriza. Y, ahora, no era nadie más que él quien nos daba la última oportunidad.

Por mucho que lo intenté, finalmente no pude ponerme en pie antes del tiempo que aquel hijo perdido de Rosalía había anunciado. Apenas unos minutos pasaban de las diez y media, poco más de un cuarto de hora desde que Adriano había salido de la estancia perdiéndose en la oscuridad, cuando por fin, de nuevo instalado en la verticalidad, me fue posible reconocer la habitación. Probablemente hubiera maneras más dignas de hacerlo, pero de momento los cheques que mis fuerzas extendían no daban para

mucho más que permanecer en pie apoyando la espalda contra una de las paredes laterales.

Hasta donde yo había podido comprobar antes, aún tumbado en el suelo, el espacio en que me encontraba no era más que un proyecto de sala de unos diez o doce metros cuadrados, provisionalmente convertida en almacén para los trastos de albañilería. En un segundo me vinieron a la cabeza las formas del Instituto de Estudios Rosalianos, el edificio en obras en el lateral izquierdo de los jardines que rodeaban la casa de A Matanza. De espaldas como estaba contra la pared, ahora me quedaba a la izquierda el tabique con la puerta por la que había salido Adriano, la única en toda la estancia. Por lo demás, las cuatro paredes que cerraban la habitación eran muy semejantes, casi todas de ladrillo encalado con toda clase de herramientas y otros elementos de obra apilados contra ellas. La única diferencia estaba en la pared que quedaba a mi derecha, una mole de hormigón, coronada por un largo tragaluz, con una única hoja de cristal que recorría la pared de un extremo a otro. La luz en la sala era poca, la que proporcionaba una única lámpara de obra improvisadamente colgada del techo. A pesar de su escasa potencia, no mucho más de cuarenta vatios, la iluminación resultaba suficiente para enfrentarla a la oscuridad dominante al otro lado del tragaluz. Volví a mirar hacia la ventana, a la altura de mi cabeza. Del otro lado no se adivinaban más que restos de tierra adheridos a la parte baja del cristal, cuatro hojas con flores rozando el vidrio e, inmediatamente detrás, una oscuridad inmensa. La altura del tragaluz y los restos de tierra en la ventana me hicieron pensar que probablemente estuviera metido en un sótano. Una nueva mirada al reloj. Las once menos cuarto de la noche… Según Adriano, a Sofía le quedaban poco más que tres cuartos de hora. Cuarenta y cinco minutos para morir.

Piensa, Aquiles, piensa… ¿Cómo era aquello que dijo Adriano? La paja y el hierro. Qué pesa más, un kilo de razón o un kilo de amor… No, eso no significaba nada, Adriano solo me preguntaba qué haría yo, si salir tras él, o ir a buscar a Sofía. Víbora, de sobra sabía él ya lo que iba hacer…

¿Pero dónde, dónde? ¿Dónde estaba ese lugar al que tenía que llegar en menos de tres cuartos de hora? Adriano había dicho que Sofía ya no estaba aquí, pero sí las huellas que llevaban a ella. Las huellas… ¡Pistas! Adriano siempre dejaba el mismo tipo de pista en cada uno de los lugares por los que iba pasando: versos.

Parte de mis fuerzas habían ido reincorporándose a sus lugares

de trabajo habituales a lo largo de mi cuerpo, pero aún faltaban muchas por llegar, así que del mejor modo que me fue posible me eché contra todo lo que había en el almacén. Tal vez hubiera dejado algo, una hoja escondida en los cubos, o bajo los botes de pintura, o entre los sacos de yeso… No. Revolví entre las palas, entre los picos, busqué dentro de la hormigonera, terminé de esparcir por el suelo todos los azulejos… No, nada. ¡¿Dónde estaba, dónde?!

Algo se me escapaba. Adriano había dicho más, él había dicho algo más… ¿Qué era? «Es aquí donde se esconden las huellas que llevan a ella…». Sí, aquí, ¿pero *aquí* dónde? Escondidos, había dicho, aunque también había dado a entender que el reto quedaba al alcance de mis posibilidades. Él mismo lo había dicho claramente, «a la altura de una cabeza tan brillante como la suya…». El propio Adriano había dejado bien claro la poca estima en que me tenía, y siguiendo por ahí tampoco creo que me tuviera por una persona demasiado espabilada, por lo que la cosa tenía que ser bien sencilla. ¿A mi altura? Pues entonces tenía que tratarse de un juego de niños… Y eso me hacía perder los nervios por momentos, porque yo no encontraba nada y el tiempo, indiferente a mis tribulaciones, seguía corriendo.

Volví a darle un nuevo repaso a todo, ya en la mayor de las desesperaciones, pero con el mismo resultado: ninguno. Esta vez se había equivocado, mi cabeza no era tan brillante, y Adriano me había considerado más capacitado de lo que realmente estaba.

¿O no? Espera…

Mi cabeza

Espera, espera un momento…

Adriano… ¡No!

Adriano nunca había tenido ninguna idea en positivo sobre mí. ¡Pero si él mismo lo había dicho! Me había llamado egoísta, decadente, e incluso había llegado a comentar que mi manera de razonar era… ¿Cómo era? ¡Curiosa! Sí, eso había dicho, que mi manera de pensar era *curiosa*, supongo que por no decir lo que en realidad pensaba: que era una mierda… Y fue justo ahí cuando lo dijo: «¿a qué altura del cuerpo lleva usted la cabeza, hombre?». Por el amor de Dios, ya en ese momento me lo estaba diciendo… Había que andar bien atento, porque todo parecía indicar que nada de lo que aquel hombre decía era casual. Adriano no me consideraba tan inteligente ni nada que se le pareciera. «A la altura de una cabeza tan brillante como la suya…». ¡A la altura de mi cabeza! A eso se refería, ahí era donde estaba la respuesta, a la altura de mi cabeza, literalmente. Justo delante de mis ojos: en el cristal.

Eché mano del cable del que pendía la bombilla, y aún con algunas dificultades para tenerme en pie sin la ayuda de algún punto de apoyo, orienté el haz de luz contra la ventana. Y, por supuesto, ahí estaba. Ahí estaba…

Valiéndose del polvo que el tiempo había ido acumulando sobre cristal, Adriano había dejado un mensaje escrito sobre el vidrio. Con letra pequeña, casi imperceptible, de lado a lado del tragaluz:

DESDE LA PROFUNDA ORILLA MIRÉ ALREDEDOR…
LA MAREA VIVA GOLPEABA EN LAS TORRES,
HUÉRFANAS ENTRE LA LÍQUIDA SÁBANA QUE LAS ENVUELVE

Comprendí que, si bien esta vez aparecían convertidos en oración por una cuestión de espacio, aquello no podía ser otra cosa sino versos de Rosalía. Versos, siempre versos. Pero esta vez el mensaje no estaba tan claro como en las ocasiones anteriores… ¿Qué demonios significaban aquellas palabras? Justamente esta vez, esta en que yo no podía contar con la ayuda de la infalible profesora Deneb para arrojar luz sobre ellas. No, esta vez era yo quien tendría que espabilar para ayudarla a ella. Eché rápidamente la mano al bolsillo, pero lo que encontré en su lugar no fue mi teléfono móvil… ¿Una pieza de hierro? ¡El clavo! Sí, la pieza que tenía en la mano no era otra cosa sino el clavo de hierro que yo mismo había recogido del montón de chatarra frente a la estación de tren. Un clavo como el que Adriano había empleado para acabar con Carneiro. Pero, ¿y mi móvil? ¿Me lo había quitado él? No, espera, no había sido Adriano. Ya no lo tenía al entrar, aquel encuentro inesperado con la Guardia Civil en la autopista. No, no había sido él, sino yo mismo, que lo había lanzado al asiento del copiloto. Volví a mirar el reloj, las once menos cinco. No quedaba un segundo que perder, y mi permanencia en aquel lugar hacía tiempo que estaba de más.

-30-
Las puertas del mar

Salí por la misma puerta por la que casi tres cuartos de hora antes lo había hecho Adriano, y me lancé a la oscuridad sin más camino conocido que el que a tientas iba descubriendo. Después de tropezar una centena de veces con mis piernas y brazos contra el resto del mundo, por fin encontré la salida. Tal como había supuesto, era en un sótano donde había permanecido todo el tiempo, por lo que tras darme de narices con unas escaleras la cosa mejoró considerablemente. La escasa claridad que llegaba de los ventanales que daban al exterior iluminaba lo justo para reconocer el lugar como el recibidor del edificio donde había estado retenido. Caminando derecho a la puerta de salida, dos hojas de madera ladeadas por otra de cristal fijo, no tardé en descubrir que Adriano la había dejado cerrada con llave. Definitivamente, la cosa no iba a ser tan sencilla como en un principio él mismo había anunciado. A ver, calma. Una vez superado el acceso de pánico inicial, estando dentro bastó con abrir una de aquellas modernas ventanas en uno de los laterales de la puerta, y salir lo más rápidamente que pude al exterior.

Fui a caer contra la cepa de una vid. Mis fuerzas habituales tampoco es que sean demasiadas, de manera que para cuando conseguí reincorporarme pude comprobar que, a estas alturas, ya casi todas habían vuelto conmigo. No eran muchas, pero eran las que había. Miré a un lado y a otro y, reconociendo los jardines, confirmé que estaba en la finca de Padrón. Efectivamente, Adriano me había retenido en el edificio del Instituto de Estudios Rosalianos, según la explicación de Sofía todavía en obras y ya casi para demoler. Ahora, la gran mole pétrea de la Casa da Matanza se erguía a mi izquierda, al fondo de aquel paseo bajo las vides que comunicaban las antiguas huertas de la finca con el llamado Jardín de la Paz. Tantas visitas hechas a Padrón en los últimos días me habían servido, por lo menos, para saber dónde estaba. Orientado al fin, eché a correr hasta el portal verde. Tal como era de esperar lo encontré cerrado, así que salté sin mayores dificultades el muro y, ya en el exterior de la finca, seguí corriendo hasta mi coche. Por fortuna, las llaves estaban, éstas sí, en el bolsillo de la americana, así que para cuando me quise dar cuenta ya estaba sentado al volante del Mercedes.

Lo primero que hice fue echar mano al teléfono allí tirado, a los pies del asiento del copiloto. Urgía llamar ya, pedir ayuda a quien fuera. Y a punto estaba de hacerlo cuando algo llamó mi atención. Tan pronto como puse un dedo sobre la pantalla del aparato, esta se iluminó y un mensaje apareció en ella. «Tiene 23 llamadas perdidas». ¡Veintitrés llamadas perdidas! Yo nunca he sido capaz de causar tanta impresión como para que nadie se empeñe en llamarme más de dos o tres veces. Ya sea para darme malas noticias, para decirme que estoy despedido, o para amenazarme con partirme las piernas. Veintitrés llamadas era mucho empeño, y mi instinto me dijo que aquello tenía que ser algo importante. Pulsé la tecla en la que se me invitaba a comprobar cuál era el origen de esas llamadas, y al momento comprobé que todas procedían de dos únicos números.

La primera serie, repartida a lo largo de la mañana, procedía de un número largo. Aunque no pude identificar el número completo, si reconocí la secuencia inicial de cuando apenas una semana antes yo mismo había pedido un número de teléfono muy semejante: la centralita de la facultad de Filología. La segunda serie de llamadas, ya repartidas a lo largo de toda la tarde, provenían de un móvil desconocido. Mi instinto volvió a dirigirse a mí, esta vez ya casi a gritos: tenía que tratarse de algo verdaderamente importante relacionado con la situación. Pulsé rápidamente la tecla de llamada.

—¡Dioses de los cielos, por fin! ¿Puede saberse dónde demonios se han metido esta vez?

—¿Dónde qué? —pregunté sin comprender nada—. ¡A ver, tranquilícese! ¿Con quién estoy hablando? Dorian, ¿es usted?

—¡Por favor, pues claro que soy yo! ¿Quién esperaba que fuera si no, la reina de Inglaterra? ¡Dígale a Sofía que se ponga, y que lo haga ahora mismo!

¡Dorian! En ausencia de Sofía, el profesor Castle era exactamente la persona con la que necesitaba hablar.

—Escuche, profesor, necesito que me ayude…

Pero el amigo Dorian no estaba por la labor.

—Es que no se puede desaparecer así. Llevo un día de auténtica locura, todo el tiempo cubriéndole las espaldas, y…

—¡Cállese! —grité contra el teléfono con todas mis fuerzas—, ¡por favor, cállese de una vez!, y escuche.

Lo enérgico de mi orden cogió por sorpresa a Dorian, que, impresionado por mi arranque, enmudeció de golpe.

—Escuche, por favor. La profesora Deneb no está conmigo, y tampoco tenemos mucho tiempo para explicaciones. Lo que necesito

ahora —aclaré suavizando forzadamente el tono de mi voz— es que se concentre, y que me preste toda su atención, ¿de acuerdo?

Fue silencio lo que me llegó del otro lado de la línea, hasta que por fin volví a escuchar la voz del profesor adjunto.

—¿Ella está en peligro?

—Sí —le confirmé sin ningún tipo de miramiento—. Así que por favor, escúcheme con atención. ¿Qué le dicen a usted estos versos? «Desde la profunda orilla miré alrededor…«La marea viva…».

Aún seguía recitando cuando la voz de Dorian vino a solaparse con la mía.

—«…golpeaba en las torres, huérfanas entre la líquida…».

—¡Sí, sí! —exclamé—, exacto, eso es. ¿Reconoce usted este poema, sabe a qué se refiere?

—Sí, claro… Son versos de «Las Torres del Oeste»…

—¿El qué?

—«Las Torres del Oeste», lo que me recita usted son versos de otro poema de Rosalía. «Las Torres del Oeste», *Follas novas*, libro quinto, «Las viudas de los vivos y las viudas de los muertos» —enumeró con rápida y nerviosa precisión.

—Las Torres del Oeste… —repetí yo—. ¿Se refiere usted a las ruinas de Catoira?

—Exacto. Los versos de los que usted habla pertenecen a un poema ambientado en las ruinas del Castellum Honesti, en Catoira…

—¡Bravo, Dorian! —exclamé al tiempo que ponía en marcha el motor del Mercedes—. ¡Es usted un genio!

—¿Un genio, yo? ¿Pero dónde…

Supongo que después del *dónde* vendría un *está Sofía*. Si no lo sé es porque en realidad ya no le di más tiempo. Colgué el teléfono dejando a Dorian con la palabra en la boca, y me dispuse a dejar también atrás aquel camino del que hasta aquel preciso momento no había sabido por dónde salir.

Mi paciencia al volante es demasiado pequeña para lo grande que es mi viejo coche. Así que, a pesar de su tamaño, su peso y su —para qué seguir engañándonos— plúmbea capacidad de reacción diésel, a punto estuvimos de acabar los dos en la vía del tren gracias a lo violento de mi maniobra para salir del lugar donde lo había dejado aparcado. El mastodonte germano se balanceaba desproporcionadamente de un lado a otro del camino cada vez que una de sus ruedas pasaba por alguno de los múltiples baches que había hasta llegar a la carretera principal. La prisa era mucha porque el tiempo que perder comenzaba a ser muy poco.

Deshice mi camino por las calles de Padrón tan rápido como me fue posible. Mi viejo Mercedes derrapó al tomar el cruce de la calle Salgado Araúxo con la avenida de Compostela, en la esquina del Jardín Botánico, y desde ahí a toda velocidad hasta el nudo de acceso a la autopista. Sabía perfectamente a dónde tenía que dirigirme.

Situadas apenas a unos quince kilómetros río abajo, ya en la desembocadura del Ulla, las Torres de Catoira son, tal como había dicho Dorian, las ruinas del Castellum Honesti, una fortaleza del siglo IX de la que hoy tan solo quedan en pie las estructuras de dos de sus torres, una de ellas literalmente metida por uno de sus costados en las aguas del río, junto con una pequeña ermita. Si conocía tan bien el lugar al que me dirigía no era más que por las ahora providenciales ocasiones en que yo mismo había tenido que cubrir como periodista la fiesta de la Romería Vikinga, la verbena que allí se celebra cada primer domingo de agosto desde hace ya más de medio siglo, en recuerdo de los desembarcos vikingos por los que precisamente había sido construida la fortaleza.

Cuando por fin llegué a la zona de acceso a la autopista, tomé la primera entrada la derecha, el acceso a la AG-11, la Autovía del Barbanza. Pisé a fondo, y con el Mercedes rugiendo ya con vía libre volví a echar mano del teléfono. El reloj en la pantalla de mi móvil me recordó que ya eran diez los minutos que pasaban de las once de la noche. Justo, muy justo… Entré en «llamadas recientes». Línea. Tono.

—¡Andrés! ¡Andrés, escucha! No, cállate, cállate y escúchame tú a mí. ¡Te digo que me escuches! ¡Es Tino! El hombre que estamos buscando es Tino, el portero del museo. ¡Sí, estoy seguro, él es Adriano! Sí, sí, sí, estoy completamente seguro, es él. ¡Cojones, Andrés, ¿por qué coño crees que te estoy llamando a estas horas?! ¿Que cómo lo sé? ¡Pues porque acaba de decírmelo él mismo a medio centímetro de mi cara! ¿Te parece suficiente? ¡Escucha, también sé dónde va a estar! Envía alguien al número 41 de la calle del Vilar. Sí, ya sé que esa es la dirección de Sofía. Pero nos equivocamos al pensar que no había nadie más en el edificio. El muy cabrón llevaba tiempo escondiéndose en el segundo piso. Sí, Andrés… Que sí, Andrés, ya sé que el casero no sabe nada de esto… ¿Pero qué coño querías que hiciera, poner una placa con su nombre en la puerta? ¡Te estoy diciendo que ha sido el propio Tino quien me lo ha dicho! ¡Él estaba ahí, escondido dentro! Mira, escucha, no discutas ahora conmigo. Dijo que se iba para su casa, que todavía le quedaba mucho por recoger. Vete para allá, Andrés, ¡pretende

borrar su rastro! ¿Pero cómo que si estoy seguro? ¡Mierda, Andrés, ¿no te estoy diciendo que me lo acaba de decir él mismo?! Sí, estoy seguro, ¡segurísimo! Id para allá, ¡id, ya! —A punto estaba de colgar nuevamente el teléfono cuando recordé algo más—. ¡Ah!, Y escucha, Andrés: envía gente a las torres de Catoira. Policía, médicos, todo. ¡Sí, a las torres de Catoira! ¡Es ahí donde este hijo de puta ha escondido a Sofía!

La conversación con el inspector Casaperda no había sido cosa sencilla. Poca cobertura, bastante ruido de fondo, y sobre todo mucha desconfianza por parte de Andrés. Intenté comprenderlo… El asunto no estaba resultando fácil para nadie, mucho menos para él, permanentemente agobiado por la ineptitud de su superior, el incompetente comisario Napoleón Sevilla. Pero ahora ya no había un minuto que perder, y yo necesitaba que Andrés Casaperda actuara con toda la rapidez posible.

La llamada había ocupado todo el tramo de autovía, y ahora el Mercedes enfilaba la salida correspondiente, trabajando a toda máquina. Dejé la autovía por una rotonda que nos dirigía cuesta abajo, a través de una zona boscosa salpicada de pinos y eucaliptos, a tanta velocidad como fe mantenía yo en la vieja ingeniería de mi coche. Después de una buena cosecha de curvas imprudentemente trazadas y una mejor dosis de goma quemada, acabamos llegando a una nueva rotonda. La atravesé sin levantar el pie del acelerador, sin mirar ni a un lado ni a otro, para seguir recto, por el puente sobre el río Ulla.

A mucha más velocidad de la que jamás sería recomendable atravesar un puente tan estrecho como aquel, durante un segundo mis ojos buscaron, recortado contra la luz de la luna llena, el perfil de las Torres del Oeste a mi derecha. Ahí estaban, mastodontes de piedra muerta, inanes en el vacío allende la barandilla.

Giré a la derecha al llegar al otro lado del puente y fui bajando hasta el río.

Después de torcer un par de veces, la carretera terminaba donde empezaba el campo de la romería, una frondosa marisma extendida hasta el estuario del Ulla. De ahí en adelante era imposible seguir con el coche, así que dejé el Mercedes allí mismo, al lado del esqueleto de algún tipo de construcción en obras a medio terminar, y eché a correr campo a través, siguiendo el camino marcado bajo el puente.

Ya metido en la noche cerrada, la luz de la luna llena alumbraba lo justo para no matarme en mi carrera. Corría tan rápido como mis acomodadas piernas me lo permitían. Zancadas torpes por el

camino de tierra. Y, por delante, ruinas, piedras y agua negra, profunda.

—¡Sofía! —grité con el poco aliento que me quedaba tras haber llegado corriendo a la primera torre—. ¡Sofía!

Me asomé a lo que muchos siglos atrás había sido el interior de la torre de honor del castillo, la llamada Torre de Lugo. Nada. La rodeé por la izquierda para detenerme ante la vieja ermita adosada a los restos de la torre. Su única puerta permanecía cerrada. Golpeé en ella como un loco, volví a gritar, e incluso intenté echarla abajo con mi cuerpo. Sin éxito. Si aquellas ruinas habían aguantado el paso de mil años de historia era por algo, y aquella puerta no iba a dejarse tumbar ahora por un enclenque como yo. Un vistazo al reloj, las once y veinticinco. Se me agotaba el tiempo, se me escurría como agua entre los dedos. Necesitaba coger aire. ¿Dónde estás, dónde estás? Me di la vuelta y, de espaldas a la ermita, permanecí por unos segundos recobrando la respiración, la mirada perdida en la mole de la otra torre. La segunda, aquella que salía del agua… Y entonces caí en la cuenta.

¡El agua!

Adriano nunca hablaba en balde. Todo tenía un sentido, siempre. Esta vez, el peligro, la verdadera amenaza, estaba también en las palabras de Rosalía que él había escogido. «La marea viva golpeaba en las torres…». Las ruinas de Catoira están en la desembocadura del Ulla, allí donde el río se va convirtiendo en la ría de Arousa, y la corriente se encuentra con las olas del mar. ¡La marea! Allí donde están, las torres quedan expuestas a la subida y a la bajada de la marea. Ese era el peligro, la marea viva que golpeaba en las torres.

Eché a correr hacia la segunda torre como alma que lleva el diablo. El agua. Sabía que no era en el interior de las ruinas donde tenía que buscar a Sofía. Por fuera, ya apenas había espacio para un camino cierto, con las olas del mar lamiendo las piedras del muro exterior de la torre. Ahí, ahí era donde tenía que estar.

—¡Sofía! —volví a gritar.

Al doblar la esquina que me conducía a la pared más metida en el mar, la luz de la luna llena me mostró con claridad el peligro de caer en aquellas aguas. Era precisamente ella, la luna llena, quien provocaba las mareas vivas, y ahora la ría llegaba con mucha más fuerza que de costumbre. Un mar negro, bravo y revuelto, de rocas afiladas aguardando en su fondo. Como pude, con muchísimo cuidado de no caer al agua, continué haciendo equilibrios mientras saltaba de piedra en piedra, entre la pared de la torre y las rocas

que aún no habían sido devoradas por la marea.

—¡Sofía! ¡¿Dónde estás?!

Llevado por las olas, el reflejo de la luna danzaba con las algas del mar, sirenas traicioneras que por veces dejaban ver lo cortante de las rocas en que se enredaban. Aquello comenzaba a complicarse demasiado. Por un instante sentí vértigo, y a punto estuve de caerme al mar. Le di la espalda al agua y, como pude, me agarré a la pared inmensa que se erguía sobre mí. Me quedé unos segundos mirando hacia arriba. La luz de la luna reverberaba en las piedras del muro, todavía majestuoso, como si todo él fuera el depositario último del orgullo de aquello que un día la fortaleza había sido.

El sonido de aquellas otras sirenas, más ruidosas, me trajo de vuelta a la realidad. Ahí estaban los refuerzos que desde la distancia enviaba Andrés. Las olas seguían golpeando, cada vez con más fuerza, contra las paredes de la torre, indicando que la marea ya estaba cerca de llegar a su punto más alto, y el tiempo se agotaba. ¿Dónde estaba la profesora Deneb?

—¡Sofía!

El estruendo de varios coches de la Guardia Civil y una ambulancia pasando por él dirigió mi atención hacia el puente. Y entonces lo vi. En esa misma dirección, siguiendo hacia el puente, había otra construcción. Mucho más pequeña, no me había fijado en ella hasta entonces. Desanduve el camino hecho con tanta precaución y velocidad como me fue posible, y eché a correr hacia allá.

De lejos parecía una especie de estructura de piedra que se metía en el agua, tal vez un pequeño embarcadero, pero a medida que me acercaba iba viendo que se trataba de algo más complejo.

—¡Sofía! —seguía gritando al tiempo que escudriñaba en los espacios entre las rocas—, ¡¿estás ahí?!

Por fin, delante de la construcción, pude comprobar que se trataba de un muelle, sesgado en su mitad de modo perpendicular al agua, dejando su espacio central para la caída de unas escaleras de piedra irregular que, negras como la boca del lobo, se precipitaban en el mar. La grieta, estrecha y empinada, apenas dejaba pasar la luz de la luna. Por eso me costó verla.

—¡Sofía! —exclamé al identificarla.

A pesar de los ímprobos esfuerzos que la profesora Deneb hacia por mantener la cabeza a flote, cada ola que llegaba al embarcadero la sumergía bajo varios centímetros de agua, mientras el cuerpo de Sofía, todo él amarrado en posición fetal al final de las escaleras, quedaba ya por completo cubierto por la marea. Bajé corriendo y

me metí en aquellas aguas frías y amenazantes. Lo cogí con fuerza e, intentando que por una vez en mi vida mis movimientos no fueran torpes, saqué el cuerpo de Sofía del mar.

La tumbé sobre la superficie del muelle, le retiré la cinta adhesiva que le tapaba la boca, y deshice las ataduras que la mantenían inmovilizada tan rápido como fui capaz. Cuando por fin pudo abrir la boca, dejó salir por ella cuánta agua le había ido entrando.

—¿Estás bien, puedes respirar? —le pregunté al tiempo que volvía a abrazarla con fuerza.

—Sí, creo que sí —respondió sofocada, el susto aún dibujado en su rostro.

Las luces de los coches de la Guardia Civil y de la ambulancia se veían ya por el camino bajo el puente, allá al fondo, en el otro extremo de la marisma.

—¡Aquí! —grité—. ¡Estamos aquí!

—¡Adriano! —exclamó de repente Sofía, su cuerpo temblando violentamente—, ¡Adriano! Tenemos que movernos —dijo intentando separarse de mí—. Él…

Pero yo no la dejé seguir.

—Ya lo sé, ya lo sé. Yo también acabo de estar con él.

Me observó desde una mezcla de sorpresa e incertidumbre.

—¿Has estado con él? Entonces ya lo sabes, es…

—Lo sé, Sofía, lo sé. Pero ya está, ya he dado aviso a la policía para que sean ellos quienes se encarguen de él. Ya está, Sofía, ya ha terminado todo. Intenta relajarte.

Volví a abrazarla, intentando transmitirle mi calor mientras llegaba el personal médico.

—Tranquilízate, Sofía.

Cuando por fin llegaron las asistencias, tan solo me separé de Sofía para que los médicos se hicieran cargo de ella. Me costó Dios y ayuda soltar sus manos.

—¡Aquiles!

—No pasa nada, linda —respondí colocando la más tranquilizadora de mis sonrisas en los labios—. Estoy aquí.

Me eché a un lado y, a una distancia prudencial, dejé que el equipo médico hiciera su trabajo.

Dos agentes de la Guardia Civil se acercaron a mí, y a punto estaban de decirme algo cuando el sonido de mi teléfono móvil vino a salvarme de la inminente cascada de preguntas por responder. Una mueca en mis labios se encargó de fingir una disculpa, y de repente todas mis atenciones se dispararon al ver el nombre que

aparecía en la pantalla.

—¡Andrés! Dime, ¿lo habéis cogido?

En lugar de responder, el inspector Casaperda dejó transcurrir el silencio justo para llegar a ser incómodo.

—Andrés…

—No —dijo al fin.

—¿No? —repetí incrédulo—. ¿Cómo que no?

—No, Aquiles, no lo hemos cogido.

Deseperado, dejé escapar el aire retenido y por un instante volví a quedarme mirando a Sofía, tumbada en el muelle sobre una manta térmica de color metálico, sus ojos a la búsqueda de los míos. Volví a apartar la vista de inmediato, lo último que aquella mujer necesitaba ahora era reconocer mi preocupación. Eché a andar tierra adentro.

—Pero cómo que no, Andrés —retomé la conversación—. Iba hacia ahí, dijo que se iba para su casa… ¿Estáis en la calle del Vilar?

Pregunta estúpida.

—Pues claro que estamos en la calle del Vilar, Aquiles —protestó a Andrés—. ¿Qué cojones te pasa, acaso crees que no conozco mi propia ciudad?

Los nervios me habían hecho meter la pata.

—Por supuesto, disculpa… Pero es que no lo entiendo.

—Pues nosotros estamos aquí. Calle del Vilar número 41, segundo piso. Pero chaval, por aquí no ha aparecido nadie. Es más, Aquiles…

Nuevamente volvió el silencio a quedar colgado en la línea.

—Aquiles, ¿tú estás seguro de que venía para aquí?

—¡Pues claro que lo estoy! —protesté yo esta vez—. Él mismo me lo dijo, me voy para mi casa. ¡Sí, tenía que estar ahí!

—¿Seguro?

Andrés me estaba poniendo histérico.

—¡A ver, Casaperda!, ¡¿se puede saber en qué mierda de idioma habláis ahí, que no entendéis el significado de la palabra *sí*?! Te estoy diciendo que fue él mismo quien me contó que era desde ahí desde donde enviaba aquellos correos, los que tú creías que eran de Sofía. —Algo en mí, tal vez mi propia indefensión, comenzaba a manifestarse en forma de reproches—. Estaba ahí metido. ¡Es ahí —insistí—, tiene que ser!

El inspector tomó aire largamente antes a responder.

—Pues Aquiles, todo eso me parece muy extraño… Por no decir imposible.

—¿*Imposible*? ¿Cómo que imposible, Andrés?

—Pues *como que imposible*, Aquiles —repitió el policía a modo de sentencia—. Sé que nuestro hombre estuvo aquí. No sé cuándo, pero sé que estuvo. Ahora, lo que dudo mucho es que esta fuera su casa, compañero…

No daba crédito a lo que escuchaba.

—¿Pero cómo? —respondí confundido—, quiero decir, ¿por qué?

—Pues porque es imposible que aquí viva nadie, Aquiles. No hay nada, ni luz, ni agua… Nada, aquí no hay nada que no sea oscuridad, vacío, y la mierda acumulada de muchos años sin vida. Acabamos de hablar con el propietario, y él mismo nos ha confirmado que el piso lleva muchísimos años deshabitado, casi abandonado. Para que te hagas una idea, aquí no hay más mobiliario que una silla en la galería, y montañas de polvo.

No podía ser. Me había equivocado otra vez. Y con todo algo se revolvía en mi cabeza. Casaperda había dicho otra cosa… «Sé que nuestro hombre estuvo aquí». Había algo más.

—¿Qué ocurre, Andrés, que es lo que no me cuentas? —insistí—. ¿De verdad no habéis encontrado nada más en todo el piso?

El inspector no respondió al momento. Una vez más, aquel silencio correoso volvió a interrumpir nuestra conversación.

—Andrés, ¿sigues ahí?

—Eso es lo malo —dijo al fin.

De acuerdo, algo pasaba.

—¿Qué es lo que ocurre, Andrés?

—Ocurre que algo sí hemos encontrado…

—¿Algo?

—Un libro.

—Un libro… —repetí.

—Sí, Aquiles, un libro. Uno muy antiguo, para más datos, con el dibujo en la cubierta de un arpa con forma de mujer.

La respuesta no me sorprendió, en realidad. Sonreí, ahí estaba. Y antes de que Andrés contestara a la pregunta que estaba punto de hacerle, yo ya sabía la respuesta.

—¿De qué libro se trata, Andrés?

De nuevo ese silencio…

—Creo que tú ya lo sabes, Aquiles.

Sí, yo ya lo sabía.

—Una primera edición de *Follas novas*, ¿verdad?

—No sé si es la primera, la segunda, o cuál —respondió el inspector—, pero lo que sí sé es que se trata de una edición antigua

de *Follas novas* abierta por la mitad.

¿Abierta por la mitad? Si algo había aprendido a lo largo de todos estos días tras la sombra de aquel fantasma era que nada relacionado con Adriano sucedía de forma casual. El suyo era un camino sin espacios para el azar.

—Amigo, escúchame…, esto es importante. Nuestro hombre no es de los que deja las cosas de cualquier manera. ¿Os habéis fijado en cuál era la página por la que estaba abierto el libro? Quiero decir, ¿sabes cuál es el poema que hay en esa página?

Andrés volvió a tomarse su tiempo para responder. Y no sabría decir por qué, pero juraría que mi amigo sonreía ahora desde el otro lado de la línea.

—Sí, Aquiles, sí. Aquí no todos somos tan estúpidos como pudiera parecer. Sí, nos hemos fijado en cuál era el poema.

—¿Cuál? —pregunté con el corazón a punto de salírseme por la boca—, ¿cuál era?, ¿tenía título?

—Lo tenía —respondió el inspector.

—¡Cuál, Andrés, dímelo ya!

—«Adiós».

Mierda. Esta vez sí, otro mensaje claro. Adriano había dado por concluido su trabajo, esta vez sí, y ahora solo le quedaba despedirse. «Adiós», y ya estaba. Adriano volvía a convertirse en el eco de la sombra oscura que, en realidad, nunca había dejado de ser. Un hilo de humo que se deshace en el aire frío de la noche. Una ola en el mar de Catoira golpeando contra las Torres del Oeste.

—¿Aquiles, estás ahí?

—Sí, sí, aquí estoy. Escucha, Andrés, luego ya te llamo yo, ¿sí? Gracias por todo.

Disimulando mi preocupación de la mejor manera posible regresé al lado de Sofía. Se había incorporado, y ahora, sentada en el suelo, todavía protegida bajo las mantas térmicas, observaba asustada el ir y venir de gente a su alrededor.

—¿Todo bien? —preguntó al verme llegar.

Le regalé una sonrisa forzada.

—Todo bien —mentí.

Me senté a su lado y pasé un brazo por encima de sus hombros.

—Y ahora todavía mejor —profundicé en mi mentira al tiempo que la apretaba con fuerza contra mí.

Rodeados por el trajín del equipo médico, los miembros de la Guardia Civil y los agentes de policía enviados por el inspector Casaperda, la profesora Deneb y yo nos quedamos un buen rato en silencio. Allí, en el centro exacto del caos, en el medio y medio del

jaleo, los dos sentados en el viejo muelle, nuestras piernas colgando sobre el agua, en un abrazo tranquilo desde el que contemplar la oscuridad del río encontrándose con el mar.

De repente, Sofía movió el brazo y se quedó mirando el reloj que llevaba en la muñeca. No funcionaba. Se lo acercó a la oreja, y aún lo sacudió un poco en el aire. No, nada. El reloj se le había parado.

—Se ve que no era sumergible… —dije en tono concluyente.

Ella volvió a sonreír.

—Pues se ve que no… ¿Sabes qué hora es?

Le eché un vistazo rápido al mío, más preocupado por no deshacer el abrazo que por ver la hora.

—Las doce y cinco.

—Las doce y cinco… —repitió ella lentamente, como si aquellas palabras tuvieran algún tipo de sabor especial, uno que yo no alcanzaba a comprender—. ¿Sabes qué día es hoy?

La verdad es que por un momento me lo tuve que pensar.

—Jueves. No, espera, ya son y cinco. Viernes —corregí—, viernes *todo el santo día*, que diría mi madre…

—Mira que eres bobo —respondió ella al tiempo que me daba un golpe suave con el codo por debajo de la manta.

—¿Qué? —protesté.

—Hoy es 17 de mayo, ya. El Día das Letras Galegas… Si te digo la verdad, yo siempre he pensado que esta debería ser la fiesta de los vivos, no la de los muertos. Pero bueno, teniendo en cuenta que este es por fin el año de Rosalía…

—Vaya, pues curioso modo de celebrarlo esta vez, ¿no te parece? —comenté al tiempo que volvía a abrazar el cuerpo de Sofía contra el mío.

—Sí, muy curioso.

—Inolvidable…

—Insuperable.

La luna llena se reflejaba sobre las aguas de la ría de Arousa.

EPÍLOGO:
LA LUZ

«Cuando era tiempo de invierno
pensaba en dónde estarías;
cuando era tiempo del sol
pensaba en dónde andarías.
¡Ahora… tan solo pienso
amor mío, si me olvidarías!».
Rosalía de Castro

El sonido del teléfono móvil me coge de pie frente a los ventanales de la redacción, contemplando el espectáculo, allá abajo, de la gente caminando por la ciudad. Un par de días más y serán ya dos los meses desde aquella noche que pasamos junto a las ruinas de Catoira. En todo este tiempo, ni Andrés ni nadie ha sido capaz de dar con Adriano. Lo buscaron por todas partes, a conciencia. Pero nunca apareció. Ni en Arteixo, ni en A Coruña, ni en Padrón… Ni por supuesto aquí, en Santiago. Nada. Adriano ha desaparecido en la oscuridad, como si nunca jamás hubiera existido. Conocida la historia, todo el mundo salió en su búsqueda. Todos, excepto yo.

Yo nunca más lo busqué. Para qué. Adriano nunca se dejaría coger, y menos por alguien como yo. No, nunca más lo busqué. Me bastó con saber que su reguero de sangre se había perdido con él. Como si por fin hubiera quedado en paz con el mundo, desaparecido él los asesinatos también cesaron. Diego Castro fue su última víctima. O por lo menos oficialmente, ya que en realidad por aquí nadie ha vuelto a ver a la señorita Andrea Muruáis… Todo el mundo cree que a estas horas aún debe de estar saboreando los beneficios del desfalco que dejó en las cuentas de la Fundación, cómodamente tumbada en alguna playa tropical. Todo el mundo, excepto yo. Al principio intenté hablarle a la gente sobre la otra versión, aquella que implicaba directamente a Diego Castro, pero, tal y como había advertido el propio Adriano, todo en los libros de cuentas apuntaba a la gerente. Sea como fuere, en todo este tiempo nunca se ha vuelto a saber de ella, ni viva ni muerta, así que, mientras nadie demuestre lo contrario, Andrea Muruáis se ha escapado con una buena cantidad de dinero robado a las arcas de la Fundación Rosalía.

Con todo, a pesar del poco caso que conseguí que se me hiciera sobre este asunto, lo que sí he logrado es prosperar en mi trabajo. No mucho, lo justo para recuperar mi puesto en el periódico. No en vano, fui yo el periodista que descubrió la verdadera identidad del asesino que durante diez días mantuvo en jaque a toda la policía de Compostela.

La profesora Deneb y yo todavía seguimos viéndonos. No tanto como yo quisiera, es verdad. Pero también es cierto que cada vez nuestros encuentros se van distanciando menos en el tiempo.

Bueno, y en el espacio también… Me gusta pensar que, no sé, quizá esta vez las cosas sí puedan ir bien. De hecho, hemos quedado en volver a vernos tan pronto como ella regrese de este nuevo viaje. Porque a Sofía también le van bien las cosas. A ver, no es que antes le fueran mal, pero ahora le van todavía mejor. No en vano, fue ella la erudita que por fin descubrió la verdadera descendencia perdida de Rosalía de Castro, cerrando así y de una vez por todas el escurridizo árbol genealógico de los Murguía-Castro. Últimamente no para, todo el mundo quiere oír la misteriosa historia del hijo perdido. Esta vez está en Barcelona, ya lleva allí desde ayer. Participa como primera ponente en los actos que la Casa de Galicia y la Universitat de Barcelona organizan con motivo de los ciento veintiocho años de la muerte de Rosalía. Ha prometido llamar.

Como decía, he conseguido prosperar en mi trabajo. Y esta vez no estoy dispuesto a permitir que ningún teléfono del demonio vuelva a darme la oportunidad de echarlo nuevamente todo a perder. La idea de seguir teniendo un teléfono inteligente que fuese más inteligente que yo no me hacía ninguna gracia, y por eso acabé deshaciéndome de él. Ya va para un mes que ando con este aparato nuevo, una de esas patatas que solo sirven para que te llamen y, con suerte, llamar tú en caso de apuro. «Si está pensando en el primer teléfono móvil para su abuelo, no lo dude: ¡este es el aparato que anda buscando!», me había dicho toda pizpireta la chica de la tienda. «¿Tiene Twitter?», le pregunté yo. El desconcierto en los ojos de la muchacha antecedió a su respuesta. «No, señor —titubeó—. Llamar, recibir, y punto», me aclaró del mismo modo que lo habría hecho si estuviera hablando con un ser llegado de otro planeta. «¡Perfecto! —le respondí yo—. ¡Pues póngame seis!». La chiquilla se quedó en silencio, observándome con no poca desconfianza. Era broma, claro. La gente no comprende mi sentido del humor… Bueno, y la verdad es que, si ya antes no lo tenía demasiado claro, ahora, después de toda esta historia, de lo que sí estoy seguro es de que yo tampoco comprendo a la gente. Ni a la gente, ni en realidad (para qué disimularlo) tampoco como funciona el trasto este.

Por eso, ahora que vuelve a sonar, cuando veo en la pantalla de mi teléfono este número desconocido tan largo, tampoco le doy ninguna importancia especial. Tiene pinta de ser otro de esos números de centralita, y la primera persona que me viene a la cabeza es Sofía. Me la imagino en hotel de Barcelona, asomada a un balcón sobre las Ramblas, haciendo tiempo antes de salir para dar su conferencia. Original como siempre, esta vez seré yo quien la

sorprenda a ella.

—*Bon dia*, profesora Deneb, ¿cómo va eso?

—Va muy bien, Aquiles —me responde una voz pausada—. Pese a no ser yo la profesora Deneb…

Me he equivocado. Efectivamente, ni Sofía es mi interlocutora, ni mucho menos parece que la conversación pueda ser para hacer bromas con ella. Siento cómo se eriza cada pelo de mi cuerpo, y para cuando caigo en la cuenta, mi boca ya se ha convertido en un espacio seco, incómodo. El mundo acaba de congelar toda su actividad, y yo intento recomponerme dentro de la nueva situación tan rápido como me es posible.

—Adriano…

—Hola, Aquiles. N te importa que nos tuteemos, ¿verdad? Yo creo que cuando un hombre ha visto la muerte reflejada en los ojos de su oponente, la persistencia de ciertos formalismos entre ambos se descubre ridícula, ¿no te parece?

No respondo. Me quedo en silencio, todavía sin comprender demasiado bien qué es lo que está pasando.

—Sí, por supuesto que sí… Y dime, ¿qué tal sigue la vida, Aquiles? Por lo que tengo entendido, parece que no te van mal las cosas, ¿me equivoco?

—No gracias a ti —respondo secamente.

—Oh, venga, Aquiles, me duele oírte hablar así… Tú sabes que no es cierto eso que dices.

Adriano finge. No hay nada de verdad en su afectación.

—Por supuesto que lo es. Yo no te debo nada.

—Tú me lo debes absolutamente todo —su voz suena como una advertencia, como una amenaza velada—, me lo debes todo —repite suavizando un poco el tono—, y lo sabes. ¿O acaso vas a decirme ahora que si te ofrecieron volver a tu trabajo fue porque los editores de Madrid cayeron de rodillas después de leer alguna de aquellas sandeces que escribías sobre los extraterrestres del monte Pedroso? No, amigo, no… Si ahora estás dónde estás es gracias a mi historia. Lo sé yo y, lo que es más importante, lo sabes tú. Así que no veo por qué hemos de seguir con estas tensiones, Aquiles. Además, entre amigos no es bueno estar haciéndonos tantos reproches, ¿no te parece?

—¿Amigos? Tú y yo no somos amigos .

—¿Ah, no? Vaya, qué desilusión… Pues si te digo la verdad, he de admitir que a mí no me desagradó nada cuando tú me presentaste como tal… Es más, confieso que incluso me hizo gracia.

¿Cómo? ¿Qué demonios está diciendo? ¿Presentarlo yo como

amigo mío? No entiendo nada.

—Discúlpame, pero…

—Pero no sabes de qué te estoy hablando, ¿verdad?

—No, no es que yo no sepa. Es que creo que eres tú quien se equivoca.

—Aquiles, por favor —juraría que Adriano se está riendo—. A estas alturas ya deberías saber que yo no me equivoco nunca. ¿Es que ya no recuerdas aquella noche en que compartimos confidencias?

¿Compartir confidencias, este psicópata y yo? Pero de qué coño me está hablando…

—Vaya, veo que ya no te acuerdas… Me partes el corazón, Aquiles, me partes el corazón —de nuevo todo ese cinismo—. ¿No te dicen nada estas palabras, entonces?

—¿Palabras? ¿Qué palabras?

—*Chemita, ponle a mi amigo lo que te pida, que mi copa ya se la lleva puesta*…

¡Era él! Lo sabía, lo sabía…

—Me parece detectar cierta sorpresa en tu silencio, Aquiles. No me digas que ya lo habías olvidado. Por favor… Quizá lo complejo de mi disfraz fuera demasiado para lo sencillo de tu intoxicación etílica. O, vaya, ¿sería al revés? ¿Acaso una sola peluca es mucho para demasiados vodkas?

Sí, el exceso de alcohol lo había borrado casi por completo, pero con el paso del tiempo la sombra de aquel recuerdo, no dejó de volver una y otra vez. La persona con la que había estado hablando aquella noche no era otra sino Adriano.

—Sea como sea, Aquiles, aunque en aquel momento no fuera así, yo creo que como tal quedamos tras nuestro último encuentro en el sótano de la Fundación. Ya sabes, como amigos, quiero decir…

Descubrirme a mí mismo en un nuevo engaño después de tanto tiempo volvió a despertar mi orgullo. Mi insensato orgullo.

—Pues si somos tan amigos, ¿cómo pudo ser que me engañaras, *amigo*? —ahora soy yo quien echa mano del cinismo—. Porque, hasta donde yo sé, los amigos no se dicen mentiras entre ellos.

—¿Qué dices, Aquiles? Por favor, me ofendes con tus insinuaciones. Yo no recuerdo haberte mentido jamás…

—Por supuesto que lo hiciste. Fuimos a tu casa, y allí no había nadie.

—¿*Fuimos a tu casa*? —lentamente, Adriano hace chasquear tres veces su lengua—. Caramba, Aquiles, cuánta falacia para una frase

tan pequeña… No, ni tú estabas allí, ni aquella era mi casa. ¿Quién es ahora el mentiroso, amigo? —silencio tenso—. No importa, te lo perdonaré. Porque eso es lo que se hace entre amigos, ¿no es así? Y hablando de *amigos*, ya sé que fueron tus otros amigos, el inspector Casaperda y sus muchachos, los que entraron en el piso de la calle del Vilar. Pero yo nunca te mentí.

—¿Cómo que no? —protesto—. ¡Dijiste que ibas a tu casa, y antes de eso me contaste que te habías instalado en el edificio de la profesora Deneb!

—No. Nada de eso. Yo no te dije que fuese a ir a ninguna casa. El piso de la calle del Vilar nunca fue mi casa, sino otra manera de estar más cerca de Sofía, nada más.

»Lo que te dije fue que me iba *a mi hogar*, y allí me fui. Fue en él donde estuve todo el tiempo. Y fue por su puerta por donde, tal como también te había dicho, salí pasadas las once y media. Pero no sin antes observar ciertas cosas desde sus ventanas, Aquiles.

»Cosas como verte salir del edificio; o como verte orientándote en el jardín; o como verte saltando los muros de la finca para después pasar a toda velocidad por delante del portal, ya metido en tu coche…

Comprendo. No quisiera, pero comprendo lo que estoy escuchando. Dios mío…

—Estabas en el museo…

—En la Casa-Museo —matiza él—. En la casa de mi madre. ¿O qué pensabas, Aquiles, cuál iba a ser mi casa sino aquella? ¿Cuál mi cama sino aquella en la que ella murió? Piensa, Aquiles, piensa…

Pienso, y los recuerdos van llegando a mí. «Yo sé lo que es hacer vida aquí una jornada tras otra…», me había dicho el propio Tino en el sótano del Instituto. «Mejor que nadie, había dicho…». Y todas aquellas quejas por parte de Andrea Muruáis, «la colcha de la cama no está bien colocada», ese era uno de sus reproches habituales, tal como el propio Tino nos había contado… Claro, claro que no lo estaba: porque él dormía ahí.

El orgullo se convierte poco a poco en rabia. Y la rabia puede conmigo. Porque ya cuando todo ocurrió yo supe que Adriano nos había engañado a todos. Pero descubrir ahora la forma de aquel engaño, el modo en que había sido llevado a cabo, reabría la herida. Todo yo soy rabia, y ya no quiero más que ponerle fin a este asunto. Ya.

—Muy bien, Adriano, bravo por ti. ¿Dónde estás ahora?

La primera respuesta es un golpe de aire que Adriano lanza contra el teléfono. Probablemente mi pregunta le haya provocado

una sonrisa.

—Vaya, ¿y para qué lo quieres saber? ¿Acaso quieres venir a cogerme? ¿Ahora? Por favor, Aquiles… Mucho tendrías que andar. Además, tú ya tuviste tu oportunidad en su momento, fui yo quien te la dio, e hiciste tu elección. ¿O tampoco lo recuerdas? Pudiste escoger, venir a por mí o ir a por ella, y la escogiste a ella. Sofía… El amor, querido amigo, es el más poderoso de los motores. Pero también el más inútil, aquel que nos lleva siempre a tomar las decisiones más absurdas… Y dime una cosa, pues: ¿sabe ya Sofía lo que sientes por ella?

Adriano habla con elocuencia aplastante, y mi voz, nuevamente, no resiste el ritmo de su claridad. Ante mi silencio, es Adriano quien otra vez vuelve a poner las respuestas que yo no me atrevo a dar.

—No, detecto por tu silencio que todavía no te has atrevido a decírselo. Pues más vale que te apures, Aquiles, más vale que lo hagas. Porque, si no lo haces tú, igual lo hago yo…

Mierda, ¿qué coño es eso? ¿Una amenaza? No, no me interesa que la conversación siga por ahí.

—Quiero pensar que si te has decidido a llamar ahora no es para que tengamos esta discusión de patio de colegio por ver quién se queda con la chica, ¿no es así?

Esta vez es una sonora carcajada lo que Adriano deja escapar al otro lado de la línea.

—¡Oh, no, Aquiles, no! Ni mucho menos —responde recuperando aquella sensación de algo semejante a la cordialidad en su voz—. Relájate, no sufras, que todo eso ya está más que resuelto. No… Si te llamo ahora tan solo es para zanjar cierto asunto que ha quedado pendiente entre nosotros.

—¿Cierto asunto?

—Exacto, amigo.

—¿A qué te refieres?

—Oh, por favor, ¿es que no lo sabes? ¿No te has dado cuenta de que a estas alturas todo el mundo ya ha recibido su merecido, Aquiles? Todo el mundo… menos tú.

—¿Me estás amenazando? ¿Acaso pretendes matarme a mí también?

Escucho la risa contenida de Adriano.

—Oh, por favor, no… Matarte sería demasiado simple. Digamos, si lo prefieres, que tan solo llamo para despedirme de ti.

La respuesta me desconcierta.

—¿Despedirte? ¿Eso es lo que había quedado pendiente entre nosotros?, ¿acaso vas a desaparecer? No me digas que te estás

muriendo… —me atrevo a decirle.

De nuevo esa respiración, ese sonido en forma de sonrisa desde el otro lado.

—Bueno, tal vez sí… ¿Cómo eran aquellos versos?

«Los dos de la tierra lejos
andamos y sufrimos, ¡ay de mí!
Mas tú tan solo te acuerdas de ella,
y yo de ella y de ti.
Ambos errantes por el mundo andamos
y nuestras fuerzas acabando van.
Mas, ¡ay!, tú en ella encontrarás descanso,
y yo tan solo en la muerte lo he de hallar».

»¿Conocías este poema, Aquiles? «Tan solo», una joya. En él, ya mi madre advierte de las empresas por las que solo en la muerte encuentra uno descanso… Así que, mira, igual tienes tú razón, y ya sea lo que va quedando para mí. Sí, quizá estés de suerte…

»Pero antes, amigo mío, tal como te estaba diciendo, tengo algo para ti. Una última cuenta —dice volviendo a revestir de hielo su voz—. Nada complicado, un pequeño ajuste que, como te he dicho, nos había quedado pendiente. Ya estoy con ella. Y después…

Ese es, ese es el verdadero motivo de la llamada. El ritmo lento, frío y metálico en que Adriano empapa su voz vuelve a congelarme la sangre en las venas. Adriano está a punto de matar una vez más, y después, esta vez sí, desaparecerá para siempre. «Una cuestión que nos había quedado pendiente…». Algo para mí. ¿A qué se refiere? «Una última cuenta», ha dicho, «un ajuste…». ¿Un ajuste de cuentas? Una.. ¿venganza? «Todo el mundo ha recibido su merecido…». Todos, excepto yo. ¿Mi castigo? Piensa, piensa, tienes que reaccionar. Hay una respuesta en el aire. Apenas soy capaz de formular la pregunta, de pedir la conclusión de aquello que la voz ha dejado en el aire. Pero tengo que hacerlo, necesito ganar tiempo.

—*Y después*… ¿qué?

Largo silencio, incómodo. De hielo.

—No lo sé —responde al fin—. La verdad es que todavía no lo he decidido. No sé, igual ya me quedo aquí. No te imaginas lo agradable que es el clima por esta parte del mundo.

Giro sobre mí mismo, lo justo para echar una mirada de reojo a la ventana. Pese a ser 15 de julio, ahí fuera el día está gris. En el cristal aún quedan algunas gotas, restos del último chaparrón. «por esta parte del mundo…». ¿Desde dónde viene la llamada?

—¿Sabes?, incluso tengo la sensación de que la gente tiene otro color, y el sol luce de otra manera aquí…

No, no, Adriano está lejos, lejos de nosotros. «Mucho tendrías que andar», ha dicho. Perdida nuevamente la poca seguridad que a lo largo de la conversación he ido ganando, siento cómo la boca vuelve a convertírseme en esparto. «El sol luce de otra manera aquí…». Oh, no. Siento cómo la angustia se apodera de mí.

—*Aquí*…, ¿dónde, Adriano?

—Aquí —responde lenta y fríamente—. En Barcelona.

[1] Monte situado al oeste de Santiago de Compostela, visible desde la plaza del Obradoiro.

[2] «Picheleiros» es como se les llama, popularmente, a los habitantes de Santiago de Compostela.

[3] Del gallego, «Caramba, caramba, con don Saturio…», famosa cita extraída de la obra de teatro Los viejos no deben enamorarse, de Alfonso Daniel Castelao (1941), referida al momento en que una de las protagonistas, mujer joven, se asombra ante las intenciones amorosas de uno de los ancianos de la aldea. (N. del A.)

[4]Del gallego, «fiestecita por fuera, fiestecita por dentro». Rosalía de Castro, *Cantares galegos*. *(N. del A.)*

[5] Denominación para una cierta raza vacuna, autóctona de Galicia.

[6]Famoso personaje creado por Suso de Toro para sus novelas *Tic-tac* y *Círculo*.

[7]«Aquí somos así. Positivamente» una de las frases más recurrentes de este personaje en las obras de Suso de Toro.

[8] Residencia universitaria activa entre 1965 y 1995, muy famosa entre los estudiantes, situada en el campus Norte de la universidad compostelana.

[9] En gallego, «peregrinaje lírico a los lugares rosalianos».

[10]Famoso eslógan publicitario de la ciudad en los años noventa.

[11] Título de una serie de artículos publicados por Manuel Murguía en el periódico *La voz de Galicia*, entre los días 20 de octubre y 27 de diciembre de 1896.

[12] Madre, madrecita mía / como mi madre ninguna / que me calentó la cara / con el calor de la suya.